



Pedro Lissón y Dávalos

**La primera centuria: causas geográficas,
políticas y económicas que han detenido el
progreso moral y material del Perú en el
primer siglo de vida independiente.
Tomo II**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Pedro Lissón y Dávalos

La primera centuria: causas geográficas, políticas y económicas que han detenido el progreso moral y material del Perú en el primer siglo de vida independiente.

Tomo II

Causas Geográficas

Capítulo I

Introducción

Algo que bastante ha contribuido al atraso material en que nos encuentra el año de 1921, es el desconocimiento de nuestra realidad. Dueños de un inmenso territorio y árbitros de nuestros destinos desde la fecha en que San Martín juró nuestra independencia, en todo hemos pensado menos en darnos estímulo mutuo para crecer y desarrollarnos en forma adecuada a nuestras riquezas. España tenía organizada en el Perú una escuela económica defectuosa, pero escuela al fin. Ella tuvo por base el trabajo y como propósito la explotación de la riqueza minera y la exploración del territorio. La República pretendió enmendarla, suprimiendo el tributo y la esclavitud, habiéndole servido la palabra libertad para detener la energía española, concentrada durante tres siglos a la asimilación del suelo y la constitución de una fuente de riqueza. La República dedicó los esfuerzos nacionales a fines complejos netamente políticos, y en alas de la ficción alzó el vuelo en busca de una democratización exagerada. Sus consecuencias fueron lamentables: la escuela fundada -8- en el esfuerzo, en el deseo de enriquecerse en la industria y de conseguir la grandeza material que tanto distinguió al español, fue mirada como institución nociva del régimen caído. Se buscó la ventura en lo ideológico, y los hombres mejor preparados de las generaciones republicanas, jamás dedicaron por entero sus actividades a desarrollar la prosperidad pública e incrementar la riqueza individual a fin de constituir la fuerza fisiológica de la nación. La minería, la industria, el comercio y la comunicación merecieron atención secundaria. Lo esencial no ha sido el trabajo sino las leyes. Hemos creído que las gentes no explotan el suelo porque la constitución es mala, porque la ley electoral no es perfecta y la organización parlamentaria inadecuada.

Por causa de esta desorientación, el territorio ha sido mirado con desdén. Ha faltado cariño por el suelo, amor al río, a la cordillera, al bosque, al océano. Con rarísimas excepciones el país no ha sido visitado por los estadistas, ni los estudios geográficos, salvo los realizados

en la montaña, han merecido verdadera atención. Nuestras universidades han vivido atiborradas de doctrina, pero faltas de experiencias. Han sentido más inclinación a los estudios teológicos, jurídicos, de letras y a las ciencias políticas, que a los conocimientos geográficos, a los problemas de ingeniería y a las necesidades materiales del país. El Mercurio Peruano de Unánue, concentró su esfuerzo a describir el territorio: en los Anales Universitarios, son escasos los artículos que dan a conocer la naturaleza peruana. Raimondi es la única personalidad que dedicó su vida a conocer la República. Su obra quedó incompleta. Sus escritos hállanse inéditos o publicados sin orden ni concierto alguno. Luis Carranza, uno de nuestros pocos hombres superiores que también tuvo amor a la naturaleza, que publicó sus viajes por el centro del Perú -9- y que supo comprender la obra colosal de Raimondi, en bellísima forma literaria, en un artículo comenta su labor.

Si el territorio nos ha sido desconocido y más aún los medios adecuados para explotar su riqueza, ¿cómo es posible que la centuria vencida nos encuentre en prosperidad material? Pero no es sólo el desconocimiento del territorio lo que nos tiene en atraso, sino también sus adversas condiciones físicas. Dionos la Providencia un suelo rico pero de muy difícil explotación. En la costa tierra sin agua, en la sierra agua sin tierra y en la montaña tierra y agua en tanta abundancia, que cuando el suelo no está inundado está secándose. En la costa el desierto, en la sierra la altura, en la montaña el estorbo de los tupidos bosques ocupando las más fértiles planicies de la región y tal vez del mundo.

Tocole en suerte a la República Argentina recibir del Creador un territorio plano, sin bosques y siempre regado por continuas lluvias. Sus ríos no necesitan como los del Perú de represas y canales, ni sus campos agrícolas presentan el inconveniente de los doce mil pies de elevación a que se hallan las más dilatadas y bellas planicies de nuestras mesetas andinas. La comunicación, siendo el suelo plano, es rápida y barata. En nuestro territorio, la ascensión a las cordilleras es cara y morosa. Allá, una locomotora arrastra 30 y 40 carros: aquí, en gradientes mínimas de tres por ciento, ningún convoy puede ser largo. Si nuestro suelo fuera plano como en la Argentina, con lo que hemos gastado en ferrocarriles, pudiéramos tener un kilometraje tres veces mayor que el actual. Las vías férreas en la provincia de Buenos Aires cuestan de dos a tres mil libras la milla: en el Perú importan de 5000 a 8000 libras.

Un sabio explorador inglés comparaba la riqueza natural argentina a una mesa puesta y lista para sentarse a comer. -10- La Providencia no nos favoreció en esta forma. Nuestros valles costaneros no tendrían agua si no se hubiera hecho en ellos el extenso y costoso sistema de canales que los irriga. La sierra necesita andenes, siendo escasos los terrenos verdaderamente planos. La montaña no puede cultivarse si el desmonte no precede al cultivo, y este desmonte importa por fanegada tres o cuatro veces más de lo que igualdad de tamaño cuesta la tierra argentina en plena producción. Tuvimos en compensación guano y salitre, riquezas que la Argentina no posee. Por multitud de causas que ya apuntaremos en otro libro, el guano enriqueció al fisco peruano, pero en cambio empobreció a los ciudadanos, sacándolos de las industrias, acabó con tributación y con el estímulo por el trabajo como que perturbó el espíritu económico de la Nación. El salitre dejó de ser fuente de riqueza pública en los momentos en que comenzaba a ser conocido y empleado en los campos europeos, y en los nefandos días en que una guerra de conquista, no solamente asoló el Perú y le dejó en ruina, sino que por 40 años hale arrebatado los miles de millones

de soles que Dios le tenía reservados para modificar científicamente las imperfecciones de su territorio, mediante la construcción de costosas represas de irrigación en la costa y de ferrocarriles de penetración a la sierra y a la montaña. Si el salitre hubiera estado en la Patagonia, Chile hubiera batallado contra la Argentina y no contra los aliados de 1879.

La situación geográfica también ha favorecido a la Argentina desde el momento en que inició su vida republicana. Nosotros hemos vivido hasta 1916 a espaldas del mundo, y cunado Buenos Aires recibía un vapor a los veinte días de su salida de Inglaterra, el mismo buque llegaba al Callao a los 45.

-11-

Junto con el factor geográfico-físico, adverso, como lo demostraremos en el curso de este libro, nos ha sido también desfavorable el factor geográfico humano. Nuestros hombres dirigentes han carecido de espíritu práctico y hasta de sentido común en todo lo relativo a la asimilación del territorio. Por esta deficiencia, nuestro pueblo, que bajo ningún concepto es inferior a los demás, que pueblan la América Latina, ha carecido de leaders que le conduzcan a la explotación del suelo. La incomunicación en que hemos vivido le tiene, en el mismo estado de barbarie en que estaba durante el coloniaje. Lo más poblado de nuestro territorio es la sierra y cabalmente ella es lo que hay de más inculto en el Perú. La mayoría de nuestros habitantes no saben leer ni escribir, no conocen sus derechos y obligaciones para con la Patria. Aman únicamente el pueblo en que han nacido y no tienen la menor solidaridad con el resto de sus conciudadanos. De 4000000 de habitantes que tiene el Perú, posiblemente un veinticinco por ciento piensa y trabaja. Gran parte de la raza indígena está congregada bajo la forma social del ayllu o esclavizada por el gamonal. De un lado señores y esclavos; de otro, miles de hombres segregados de la comunidad peruana y cultivando la tierra únicamente en la extensión necesaria para el propio sustento. El mestizaje hállase en mejor condición social y económica, pero su criterio, como también el de las clases superiores no se halla orientado en el propósito de hacer patria por medio del trabajo del ahorro y del ejercicio de las virtudes republicanas.

La meteorología también nos ha sido desfavorable. En la costa la falta de lluvias, en la montaña el exceso de ellas y en la sierra las heladas. Año de heladas, año de hambruna. El clima ha favorecido el paludismo y la tuberculosis en la -12- costa, el beriberi en la montaña, la verruga, la uta, el tifus exantemático en la sierra, y la negligencia de los poderes públicos, la horrorosa mortalidad que ha ocasionado y sigue ocasionando la viruela en todo el territorio.

Capítulo II

Ríos

Nuestros ríos, durante la primera centuria republicana, han carecido de condiciones propicias para engrandecer nuestras industrias. Los incas sacaron gran partido de ellos en la costa y en la sierra. Sus canales, algunos de los cuales todavía existen, son obras admirables de ingeniería. Dedicados los españoles durante el coloniaje casi únicamente a la explotación de minas, no hicieron nada por mantener la agricultura en el pie en que la encontraron. La época republicana sacó mejor partido de nuestra red fluvial, y con toda posibilidad, sus aguas, en el siglo XX, mejor aprovechadas y distribuidas, servirán para fomentar una estupenda riqueza industrial.

Teniendo la inmensa mayoría de nuestros ríos, nacimiento en las cumbres de los Andes y curso por estrechas y empinadas quebradas, su paso por el territorio nacional ha favorecido poco nuestro desarrollo económico. Principia la cordillera occidental casi en el océano Pacífico, no siendo nunca mayor de cien millas en línea recta, la distancia que -14- media entre el mar y los altos picos. En tan corto espacio, ¿qué cuenca importante pudo formarse en ese lado del Pacífico? Es por esto que nuestros ríos costaneros, más que ríos son arroyos, y arroyos torrentosos y encajonados entre montañas de altísima elevación. Todos ellos bajan violentamente, saltando de roca en roca, y sólo a diez o doce millas de su desembocadura corren con relativa mansedumbre, aunque en ningún sitio con menos de uno por ciento de gradiente. Exceptúanse el Tumbes, el Chira y el de Lambayeque.

Si los Andes se hubieran levantado a doscientas millas del mar, nuestros ríos costaneros llevarían doble cantidad de agua de la que hoy corre por ellos. Esto es evidente; también lo es, que si la cordillera del Atlántico ocupara el sitio que tiene la del Pacífico y viceversa, y que si por esta situación, el Huallaga, el Marañón, el Mantaro, el Apurímac y otros, desembocaran en nuestras costas y no en el Amazonas, nuestros valles del litoral tendrían exceso de agua. También lo tendrían si el ramal occidental de la cordillera hubiera sido roto en algunos de los eslabones de su larga carrera, si por esta acción, los ríos de la sierra en lugar de orientarse hacia el Atlántico hubieran tenido salida hacia el lado del Pacífico. Todos en su labor de erosión, encontraron menor resistencia en la cordillera oriental, y por esta causa geológica ninguno pasó de la sierra a la costa. El Santa, el más largo de todos los cisandinos, es el único que tuvo fuerza para romper una subcadena andina llamada: cordillera Negra, y por esta razón trae al Pacífico agua propiamente serrana.

Si en la costa, los ríos con pocas excepciones tienen un sólo rumbo y casi en línea recta van de NE SO, en la sierra, estando los más de ellos encajonados entre cordilleras, -15- sus orientaciones no pueden ser otras que las paralelas a esas cordilleras. Sin embargo, cualquiera que sea el punto en que nazcan esos ríos interandinos, todos toman rumbo al norte. Esto se explica por la situación del río Amazonas, río troncal que en el Perú se halla entre los tres y cuatro grados de latitud boreal, y del cual son afluentes. La excepción de este uniforme rumbo lo encontramos en el Mantaro, el único río andino que por largo trecho camina hacia el sur, lo cual es consecuencia de su nacimiento en la parte meridional del nudo de Pasco.

Respecto a longitud, tienen los ríos de la sierra mayor extensión que los de la costa. Sin embargo, habiendo sido profunda la erosión que su curso ha hecho en las montañas andinas, sus aguas no tienen muchas tierras que irrigar. Lo que vemos en el Marañón y en el Huallaga interandinos, lo encontramos con mayor majestad y con espectáculo más

imponente en el Apurímac y el Mantaro. Corten las aguas de todos cuatro por cañones profundos, cañones que si en otras geológicas épocas estuvieron cerrados por formidables contrafuertes, y dieron origen a una serie de lagos separados entre sí por elevadísimas cataratas, lagos que después formaron valles como el de Jauja y el de Vilcanota, al presente los cañones dan paso a las aguas de esos ríos que corren con uniforme y monótona gradiente, no formando lagos ni valles, como que nada las detiene, y habiendo llegado sus aguas al máximo de profundidad en su obra de erosión. Por esta causa, es mísero el terreno de cultivo que tienen sus márgenes.

Cansados estos ríos interandinos de llevar sus aguas por estrechas gargantas y ansiosos de libertad para convertirse pronto en navegables y amazónicos, todos ellos rompieron la barrera andina que durante milenaria época les impidió -16- su paso franco al Atlántico, y por los pongos se abrieron camino hacia el mar.

Así como cambia la fisonomía nacional del Perú en su paso de la Colonia a la República, así también el Apurímac, el Mantaro, el Huallaga, el Marañón y otros, toman aspecto apacible, silencioso y mensurado al penetrar y al correr en la legión plana de los bosques.

Si por varias causas, en la Sierra y en la ceja de los bosques, los ríos que forman el Amazonas peruano no han sido provechosos en el campo del industrialismo, en la Montana propiamente dicha, ninguno de ellos ha sido empleado en los propósitos de irrigación o fuerza motriz. Caminando a razón de cuatro a seis millas por hora, sin orillas fijas en época de creciente, atravesando en su mayor parte tierras bajas que a capricho inundan, los ríos de la montaña sólo han servido para hacer flotar embarcaciones, y con toda seguridad en el futuro sólo seguirán sirviendo para lo mismo. Si en la sierra, en la marcha primitiva de su curso, nuestros ríos orientales caminan a saltos, atraviesan desfiladeros, pasan por gargantas estrechísimas y dan vida y armonía al paisaje, en la montaña los encontramos sin arranques ni impetuosidades, sin esa fuerza impulsiva que, en principal característica cuando cruzan el contrafuerte andino. En la región de los bosques, el río peruano es tan inmenso como tranquilo. Su ancho nunca es menor de doscientos metros. Sus aguas corren tersas y sin ningún tropiezo que las detenga. Sólo las vueltas rápidas y en ellas el promontorio rocoso que se prolonga en punta sobre el lecho, alteran la normalidad de su curso. También, las palizadas, las islas, los remansos arenosos y los fuertes declives.

Como veremos más adelante, en nuestras costas no hay toda la cantidad de agua que sus extensas pampas necesitan.

-17-

En la sierra, hay agua en abundancia pero faltan tierras planas para el cultivo. En la montaña se nos dio agua y tierra, pero se puso delante de ellas una doble cadena de cordilleras de paso difícilísimo. Si estas son las condiciones del Perú en lo que respecta a su distribución hidrológica, y si por fenómenos naturales sus terrenos de regadío no han estado tan a la mano como los que poseen los argentinos, ¿podiera afirmarse, en forma absoluta que la limitación en que por cien años han vivido la agricultura y la ganadería tiene por única culpa nuestras guerras civiles, nuestra negligencia y falta de concepto económico? Responderemos más adelante; mientras tanto sigamos observando y continuemos nuestro analítico estudio.

Ríos de costa

Nada más igual que las características de los ríos de la costa en las altas cumbres de las cordilleras. Sea que nazcan en los deshielos de los nevados o en las vertientes que existen en las alturas, la fisonomía es la misma, siendo para todos ellos semejante, el paisaje a los cuatro mil metros de altura. En la puna, los mismos picachos, iguales moles intercaladas entre las suaves ondulaciones de la altiplanicie. Al pie de esos picachos, muchos de ellos eternamente nevados, lagunas de tranquilas y purísimas aguas. Un poco más abajo, y antes de llegar a la zona de la cebada, los cerros comienzan a arrugarse y pierden la suave gradiente de la puna. En estos sitios, los arroyos descienden ya con mayor velocidad y principian a caminar por surcos bien pronunciados. Entre los 3000 y 1500 metros, la accidentación cambia. Los barrancos adquieren inclinaciones estupendas. En muchas partes descienden casi en línea recta hasta el fondo de la quebrada.

Una vez que nuestros ríos cisandinos abandonan las -18- gargantas que les forman los contrafuertes de la cordillera, toman aspecto diferente y se convierten en ríos netamente costeños. El declive pronunciado y las cascadas desaparecen; también las riveras silvestres y las múltiples ondulaciones causadas por las continuas acometidas de los cerros. Más abajo, a menos de 1500 metros sobre el nivel del mar, el paisaje pierde mucho de su belleza, por lo menos, su aspecto pintoresco. Cambian también el clima, la producción y el aspecto del habitante. La lluvia torrenciosa es sustituida por las garúas. El sol deja de verse en las mañanas a causa de los nublados, el trigo y la cebada son reemplazados por la caña de azúcar y el algodón, el hombre pierde los colores de su rostro, la robustez de sus músculos.

En la costa, en los terrenos planos donde los cerros llegan hasta la playa marítima, como pasa entre Salaverry y Cerro Azul, los ríos bajan por el medio de valles más o menos amplios. En cambio, cuando los contrafuertes andinos terminan en el llano y no en el mar, los ríos descienden silenciosos, con igual mansedumbre y a capricho formando su propio cauce. Pertenecen a este tipo el Tumbes, el Chira, el Piura y los de Lambayeque. Por último tienen también aspecto y fisonomía particular, los ríos australes del Perú, aquellos que principian en Ica y terminan en el Loa. Saliendo al océano por estrechos cañones que todos ellos se han abierto en la cordillera marítima, su característica especial es la de llevar sus aguas por el fondo de profundas quebradas socavadas en las extensas pampas que atraviesan, pampas a las cuales ninguno de estos ríos da una gota de agua.

Si en la sierra y en la montaña, los ríos corren en toda su extensión por zonas más o menos lluviosas, en la costa, únicamente goza de igual privilegio el río Tumbes. -19- Los demás sólo tienen lluvias sistemáticamente anuales en la parte alta de la cordillera.

La línea imaginaria que separa la parte húmeda de la seca en nuestro territorio del Pacífico, ha sido trazada con mucha aproximación por el ingeniero Adams, en sus famosos mapas hidrológicos. Causas climatológicas especiales, acercan o alejan esta línea al mar y son

consecuencia del mayor o menor caudal de agua que corre por los ríos del litoral. Hay otra causa de alimentación: la longitud que tienen los ríos por motivo del mayor o menor acercamiento a las cumbres de la cordillera. Río costanero que nace en ella, que principia a más de 4000 metros de altura y que ha formado su cuenca en las altas y múltiples quebradas existentes en los contrafuertes andinos, es siempre río de muchísima agua. En cambio, aquellos que se forman en las partes bajas, o que no tienen extensa zona de lluvia aunque nazcan en las altas cumbres, generalmente sólo tienen agua en invierno.

De acuerdo con estas consideraciones, Adams, clasifica nuestros ríos costeros en tres grupos. Al respecto dice:

El drenaje de Sudamérica tiene lugar por tres regiones bien definidas, todas las cuales están representadas en el Perú.

La región al Atlántico es la mayor y comprende todos los ríos que desaguan en el océano Atlántico; la del Pacífico que abarca todos los ríos que desaguan en el océano Pacífico y finalmente la del lago Titicaca a la que fluyen ríos cuyas aguas no llegan al océano, aunque se considera que desaguan en el Atlántico.

La divisoria continental de las aguas, está cerca y paralela a la costa del Pacífico, a distancia que varía de 100 a 200 kilómetros. Corresponde a la cordillera occidental de los Andes que es una altísima cadena cuyas más altas cimas varían de 3000 metros a 6000 metros; sus abras o pasos de 2186 metros a 5076; pero el mayor número de esas abras se encuentran de 4000 a 5000 metros sobre el nivel del mar. La pendiente de la falda de los cerros fronterizos al Pacífico, es -20- por esa causa grande y los ríos tienen mucha gradiente. En la parte central de la costa, los ríos desaguan por angostas quebradas interandinas. Hacia el norte y al sur, atraviesan cortas distancias de llanos costeros, pero no obstante su corriente es veloz.

El fuerte declive de la costa permite el desagüe en el mar, siguiendo casi líneas rectas. El río de Santa es la única excepción a esa regla. Los afluentes de cabecera de este río, nacen en la hoya formada por las cordilleras Negra y Blanca, en que allí está dividida la cordillera occidental.

La cuenca de los ríos de la costa, puede clasificarse en tres grupos, según la posición de sus afluentes de cabecera respecto de la cordillera y a la zona de lluvias anuales regulares. La primera y más importante, comprende aquellos ríos que nacen en la divisoria continental, dentro de la verdadera zona de lluvias anuales regulares. La segunda clase la forman los ríos que no tienen su origen en la divisoria continental; pero que tienen afluentes formados en la zona de lluvias anuales regulares. La tercera clase, comprende los ríos que nacen lejos de la cordillera y no tienen prácticamente afluentes de la zona de lluvias anuales regulares; por consiguiente colectan las aguas de la zona de lluvias periódicas variables.

En el cuadro que sigue, presentamos los ríos costeros clasificados sobre la base que precede. La importancia de los ríos de una misma clase, varía en proporción a la extensión del arca respectivamente drenada por ellos y la cantidad de precipitaciones atmosféricas que recibe en su cuenca.

1.ª clase	2.ª clase	3.ª clase
	1	Zarumilla
	2	Tumbes
	3	
	4	Mancora
	5	Pariñas
	6	La Chira
	7	Piura
	8	Lecho de Olmos
	9	Leche
	10	Lambayeque
	11	Saña
	12	Jequetepeque
	13	Chicama
	14	Moche
	15	Guañape
	16	Chao
	17	Santa
	18	Nepeña
	19	Casma
	20	Culebras
	21	Huamey
	22	Fortaleza
	23	Pativilca
	24	Supe

25	Huara	
26	Chancay	
27	Chillón	
28	Rímac	
29		Lurín
30	Mala	
31		Omas
32	Cañete	
33		Tupará
34	Chincha	
35		Pisco
36	Ica	
37	Río Grande	
38	Acarí	
39	Yauca	
40		Chala
41		Cháparra
42		Atico
43		Caravelí
44	Ocoña	
45		Manga
46	Majes	
47		Chili
48		
49	Tambo	
50		Moquegua

51	Locumba	
52	Sama	-22-
53		Tacna
54	Luluta	
55	Azapa	
56		
57	Vitor	
58	Camarones	

Algo he dicho referente a la topografía del país en relación con su drenaje. Merece agregarse que los ríos con valles de sierra, generalmente no se pueden desviar de su curso natural por canales usuales. La extensión de tierras de cultivo, a ellos adyacente, es tan limitada que en las crecientes hay más agua disponible que la que puede usarse.

Los ríos que fluyen en llanos, antes de llegar al mar, pueden desviarse más fácilmente para emplear sus aguas en tierras eríáceas cultivables. En tales ríos, la mayor parte, si no toda el agua de las crecientes, puede usarse para irrigaciones sistemáticas, con tal que las obras tengan la extensión requerida.

El problema de la acumulación y depósito artificial de aguas, se impone por consiguiente en los valles que sufren de escasez en el estiaje o de exceso en la estación de crecientes, si el ensanche de las obras de irrigación es técnicamente imposible. La exagerada pendiente de la costa es contraria a la acumulación y depósito artificial de las aguas; así como lo es a la acumulación natural de las aguas de lluvias. Sin embargo, es posible que existan lugares apropiados para la construcción de represas; pero por ahora no hay estudios de ingeniería que los haya conocido.

Hecha esta ligera descripción de nuestros ríos costaneros, los estudiaremos ahora en su aspecto industrial.

Exceptuando las regiones secas de la Patagonia y del desierto de Atacama, no hay en la América del Sur nada más árido que la costa del Perú. Es cierto que hay tierras ricas y extensas, pero siendo escasa el agua necesaria para irrigarlas, nuestros ríos de la costa no son comparables al -23- Nilo, al Mississipi, ni siquiera al Guayas o al Cauca. En verano traen doble y hasta triple cantidad del agua que se necesita para irrigar los terrenos de sus cuencas; en invierno, en algunos casos, ni la cuarta parte de lo que la tierra pide.

Estando en gran declive el terreno que atraviesan esos ríos costaneros, jamás tienen un remanso en su corta carrera, un momento de quietud que dé origen a una o varias lagunas, donde sus aguas queden estancadas. Si violenta es la gradiente en el curso principal, y por tanto empinado el terreno donde ellos formaron su lecho, mucho más lo es el de las quebradas laterales por donde corren las aguas de sus afluentes. Si en la primera, el declive fluctúa entre uno y quince por ciento, en las segundas o sea en las quebradas laterales, ese declive llega hasta el 45 por ciento. Las aguas de la cordillera oriental tardan lo menos quince días para llegar al Amazonas, las de nuestros ríos costaneros apenas necesitan el mismo número de horas para alcanzar las llanuras. Materialmente se descuelgan y por tal causa han labrado de tal manera el terreno por donde corren, que difícil es hacer en ellos obra de arte para represarlos. Todo esto es conveniente para el desarrollo de fuerza hidroeléctrica y representa gran riqueza para el presente y el futuro; pero siendo reciente en la industria el aprovechamiento de esta fuerza, no fue de ninguna utilidad en la primera centuria, que es la época que estamos tratando. Por esto, al hablar de los ríos de la costa como elementos de progreso en el siglo vencido, sólo podemos tomarlos en consideración en cuanto al aspecto agrícola, punto en el cual no podemos decir que la naturaleza fue pródiga con el Perú. Con agua para irrigar apenas tres por ciento de un territorio, no es posible hacer de ese territorio un emporio de riqueza. Esto hay que recalcarlo a fin de que las generaciones que han vivido desde 1821 hasta hoy, se vean libres del cargo que gentes sin preparación en los estudios analíticos les hacen en lo que toca a la labor agrícola del litoral. En lo que sí son culpables es en la conducta que han observado en todo lo relativo a irrigaciones. Por negligencia o falta de concepto, nuestros hombres dirigentes con muy pocas excepciones, jamás se ocuparon en estudiar el aumento de agua en la costa del Perú. Es cierto que hasta hace poco las tierras no valían mucho y buena parte de ellas bajo riego estaban incultas. Es cierto, también, que estas obras de arte son faraónicas, y costarán el día que se hagan algunos millones de libras esterlinas. Con todo, lo que más ha faltado para llevarlas a cabo, siquiera en parte, no ha sido dinero sino voluntad.

Geo I. Adams es el único ingeniero que ha realizado un estudio sistemático y casi completo de los ríos de la costa. En nuestro deseo de particularizar la característica de cada uno de ellos, tomamos de sus informes lo esencial de su notable trabajo, y al reproducirlo en nuestro libro, llamamos la atención hacia la indolencia con que los gobiernos han mirado la medida del caudal de agua de cada uno de nuestros ríos.

Los estudios de Adams fueron practicados en 1905. Desde esa fecha, hasta hoy, 1920, no se ha hecho nada que sea tan completo.

Río de Zarumilla

Este es el río más septentrional de la costa del Perú. Desde su nacimiento hasta su desembocadura es límite de hecho entre el Perú y el Ecuador y por consiguiente desagua una parte de territorio peruano y otra de ecuatoriano. Sus aguas de cabecera las colecta en el flanco septentrional de un contrafuerte de la cordillera occidental. El curso del río, medido en línea recta, es aproximadamente de 50 kilómetros. Desagua más o menos un área de 1800 metros cuadrados.

Todo el valle de Zarumilla se encuentra en la región de lluvias anuales regulares.

El Zarumilla lleva su caudal de diciembre a mayo o junio, pero en este período varía según las lluvias comiencen temprano o se retarden; y caigan densas o muy leves. En la parte superior del río, esto es, cerca de las montañas el curso del agua es de poco volumen en todo el año, pero en la parte inferior sécase el cauce desde mayo a diciembre de manera que el caudal permanente para almacenarse se encuentra en hoyos profundos, o zanjás de antiguo cauce como se puede ver más arriba del pueblo de Zarumilla.

Esa cantidad es poca y por consiguiente se excavan pozos en el lecho de arena del río para que beba el ganado que generalmente es vacuno y cabrío. También abren estos pozos para usos domésticos.

No la hay ni por canales ni bombas en el río Zarumilla. Sólo en las tierras bajas del valle hay algún cultivo que depende de las lluvias o de la humedad del terreno que se conserva bien por las corrientes subterráneas superficiales del río. El valle está pobremente poblado. El pueblo de Zarumilla consiste de 20 casitas y hay algunas familias que viven diseminadas en el valle. Su ocupación principal es criar ganado y los cultivos tienen por objeto procurarse la subsistencia y no la venta de productos. El ganado se mantiene con pastos naturales, pues no se produce forraje. Durante la estación seca, el ganado subsiste de deshechos como paja, hojas y ramas de árboles y de arbustos y tienen que viajar largas distancias para procurarse pasto y agua.

Río de Tumbes

El de Tumbes es uno de los ríos más importantes de la costa y su caudal es grande y perenne. La cuenca de este sistema de drenaje es angosta, pero larga, y parte considerable atraviesa territorio montañoso. Desde su nacimiento hasta el mar, su largo, medido en el cauce del río, es de 180 kilómetros; su cuenca tiene una área aproximada de 2850 kilómetros cuadrados. Procede del Ecuador y penetra a la provincia de Tumbes, en dirección oeste, que en una vuelta que hace cambia al norte y desagua en el canal meridional del Golfo de Guayaquil. A 75 kilómetros del mar, el río pasa el estrecho del Tigre y desde allí está encajonado por terrenos que se ensanchan hasta Tumbes, desde donde fluye hasta el mar por extensos terrenos bajos de la desembocadura o «delta».

Toda la hoya del Tumbes se encuentra en la región de lluvias anuales regulares; además los flancos del valle, en la -26- parte superior de la hoya, están cubiertos de espeso limo y densa vegetación, de manera que una parte considerable de la lluvia es absorbida y filtra al río en el verano.

En los meses lluviosos, las crecientes del río se desbordan a veces inundando tierras cultivables en la parte baja del valle. A veces cambia el río de canal en el delta y en la actualidad tiene tres desembocaduras, fuera de dos cauces antiguos, parcialmente obliterados, que se desprenden aguas arriba de la ciudad. El cordón litoral está invadido por esteros.

Los terrenos comprendidos en la desembocadura (delta) del río son de interés, puesto que representan un aumento reciente de terrenos de costa, que se ha formado por sedimentación arrastrada por el río y aumentada por las olas de la playa. Los terrenos del delta principian al oeste, cerca de Bahía de la Cruz, donde todavía son estrechos, pero al norte de Tumbes, anchan hasta diez kilómetros aproximadamente.

Río La Chira

El río Chira se forma por la unión del río Catamayo que nace en el Ecuador y tiene 140 kilómetros de longitud; y del río Macara que en una extensión de 125 kilómetros es límite entre el Ecuador y el Perú. Recibe por el norte el afluente Lamor de 70 kilómetros, que nace en el Ecuador. Por el sur recibe el río Quirós de 130 kilómetros de largo y el Suipirá que tiene 90 kilómetros. Estos dos últimos ríos corren en todo su curso en territorio peruano. La comarca drenada por estos ríos, al este de la desembocadura del Suipirá abarca una área de 14000, kilómetros cuadrados. Toda esta área se encuentra en la región de lluvias generales anuales. Desde la unión con el Suipirá al oeste, el río de La Chira es algo menos de 500 kilómetros cuadrados.

El río La Chira es uno de los más caudalosos de la costa y se debe al enorme territorio comprendido en la faja lluviosa desaguada por sus afluentes. Durante la estación, seca, su curso es continuo y según el ingeniero señor Viñas lo ha computado, su corriente no es menor de 44 metros cúbicos por segundo. En el período de lluvias sus aguas crecen a 5 metros y a veces hasta 7 metros. En estas ocasiones sale de madre e inunda gran parte de los terrenos del valle.

En algunas partes de la hoya del río La Chira, al este del valle del río principal, hay algunos lugares en los que se irrigan fajas angostas de terrenos para su cultivo; pero parece más cultivo de sierra que de costa. A lo largo del curso -27- del río, hay terrenos más extensos y es por allí donde se espera que desarrolle la agricultura.

Actualmente se está excavando un canal para irrigar que será el más largo de la costa. Antes de que comenzara esta obra, el cultivo se reducía a 4 terrenos inundados en la creciente que se regaban por canales cortos, utilizables tan sólo en las crecientes. Se regaba también por medio de bombas en varios sitios. Todavía hay cinco que funcionan regularmente. Se han abandonado varias bombas, a pesar de su costosa instalación, por el cambio de madre del río. Acontecía que los terrenos bajos quedaban lejos del río o cuando el río cortaba los barrancos, se derrumbaban las instalaciones. Las que han resistido se encuentran en la parte inferior del valle y el canal que se está excavando no llega todavía hasta allí. Las bombas que se encuentran al norte del río, es probable que se abandonen porque es más barato irrigar por el canal que por bombas. Tampoco se puede estar seguro que sigan funcionando las bombas que están en la ribera meridional, porque el aumento de cultivo en el valle ha influido en la baja de los precios de frutas y verduras que irrigadas por bombas se vendían antes a precios altos y ahora abarrotan el mercado.

Río de Piura

La parte superior del río de Piura, lleva su corriente en dirección noroeste al pie de los cerros de la cordillera occidental, y en una longitud aproximada de 130 kilómetros. Sus afluentes bajan del este de los cerros. El territorio que desagua se encuentra totalmente en la región de lluvias generales anuales y abarca próximamente 5000 kilómetros cuadrados. Más abajo de Chulcanas y a corta distancia el curso del río hace una curva y sigue de Tambo Grande a Piura y en esa distancia que es de 50 kilómetros no tiene tributarios. De Piura a Sechura y hasta el mar, más de 50 kilómetros de largo, el valle es muy ancho, y en su porción media e inferior, el valle no recibe lluvias, sino en años excepcionales.

Desde Chulcanas a Piura donde el río da una vuelta y cambia de dirección, su curso es por entre el valle más angosto.

Los terrenos de aluvión tienen la forma de media luna que ocupan cada vuelta del río. Esos terrenos son tan altos que sólo se inundan cuando el río está muy crecido y su situación hace imposible regarlos con acequias cortas. Los barrancos que sirven de límite al valle están muy cerca del río por el lado derecho en todo el largo hasta Piura. Pero la banda izquierda se separa del valle del que frente a la ciudad dista 7 kilómetros.

Los barrancos del río continúan siendo altos hasta un lugar entre Piura y Catacaos.

Más abajo de la ciudad de Piura el valle se dilata, el río ancha y corre encajonado a poca elevación. Los barrancos que se dijo eran límites del valle al este de Piura, desaparecen en el despoblado y no hay separación marcada entre la planicie y el río. Del lado oeste del valle principia el barranco en «Cerro del Ahorcado» del Tablazo de Payta a 15 kilómetros al occidente de Piura que más al sur se aproxima al río y forma el límite del Valle por la margen derecha.

El caudal del Piura es variable porque depende de la abundancia de lluvias. La generalidad de los años, las lluvias importantes están confinadas a las cabeceras de los ríos, en los años lluviosos se extienden hasta las llanuras.

Río de la leche

El río de la Leche tiene 255 kilómetros de largo y desagua 3300 kilómetros cuadrados, de los que 1250 están comprendidos en la región de lluvias anuales generales; su principal afluente es el río de Motupe, que se le une cerca de Jayanca; este tiene 150 kilómetros de largo y 1300 kilómetros cuadrados de cuenca. La cuenca del río de la Leche, aguas arriba de su confluencia con el Motupe es de 1350 kilómetros cuadrados, según el mapa de Raimondi, y aunque las cuencas de los ríos Motupe y el curso superior del río de la Leche difieren poco en extensión, difieren sin embargo mucho en el caudal de aguas que colectan. Posible es que esto se explique por errores del mapa pero más probable es que se deba a la cantidad de lluvias que reciben.

La sección inferior del río de la Leche tiene caudal en tiempo de lluvias y en años de escasez, no llega al mar. Esto acontece por el empleo que se da en la parte superior del río, para irrigación, de manera que, después de esa desviación, el resto de las aguas desaparecen en el lecho del río que es arenoso.

La extensión de terrenos cultivados que se irrigan con caudal del río de la Leche es de 4000 hectáreas que como puede estudiarse en el mapa adjunto proviene más de agua de la parte superior del río de la Leche que del de Motupe. Otros terrenos que no se mencionan aquí; son los que se cultivan en años de mucha agua. Se han hecho varias indicaciones para aumentar el agua en estos ríos.

-29-

En un manuscrito relativo a Obras Públicas hay un decreto del Gobierno, que otorga permiso a don José Félix Barandearán para que estudie a su costo el aumento de las aguas del Leche y Motupe. Otro documento análogo del año 1877 contiene una ley autorizando al Gobierno para que ordene se hagan estudios de irrigación comprendiendo:

1.º la canalización del río de la Leche;

2.º la construcción de un canal para conducir las aguas de la laguna hasta el pueblo de Salas; y

3.º desviar el agua de la quebrada de Tambillo y Quinmiar hasta el pueblo de Motupe. No consta que se hayan practicado estos estudios.

En el artículo publicado por el señor E. Bruning en el Boletín de la Sociedad de Ingenieros de marzo de 1904 que designó Apuntes sobre irrigación, dice: «Los vecinos de Motupe me han hablado hace tiempo con mucho entusiasmo de un sitio por el cual podrían desviarse hasta el río de Motupe unas aguas que bajan ahora de las montañas de Cañares al río de Huancabamba». Exigiría este proyecto desviar las aguas del flanco oriental de la cordillera al occidental con mucha probabilidad de que sólo podría efectuarse estas derivaciones, con enorme gasto; pero este problema es de aquellos que sólo se resuelven por nivelaciones instrumentales muy exactas.

En la parte inferior del curso del río Leche, la industria principal es la cría de ganado; pero la escasez de agua, no permite pensar en irrigaciones, para fomento de aquella industria.

Río de Lambayeque

El río de Lambayeque tiene de largo 115 kilómetros y se forma por la confluencia del río Chancay y del río Cumbil. Su largo desde la cabecera del Chancay hasta el mar es de 205 kilómetros, y la parte de su cuenca que está en la región de lluvias generales anuales tiene una extensión de más o menos 2900 kilómetros cuadrados incluyendo todas las áreas drenadas por el Cumbil y el Chancay.

El valle de río Lambayeque únicamente tiene 1700 kilómetros cuadrados y no recibe más que aguaceros locales.

La circunstancia de tener el río de Lambayeque sus afluentes bien al oriente en la zona de lluvias anuales generales explica la importancia del caudal de las aguas.

El señor Juan Ugaz de Chiclayo ha publicado una descripción del río de Lambayeque en el Boletín de la Sociedad Geográfica Vol. XV, pág. 60, año 1904. Allí se estima el caudal del río en 40 riegos en tiempo de sequía y en más de 1000 durante -30- las repuntas de enero, febrero y marzo y algunas veces en abril. Hace mención y describe hasta los menores tributarios, apreciando su relativa importancia. Da también muchos informes de interés local como por ejemplo la corriente subterránea conocida por El Tragadero; las aguas termales de la «Hariura», «Quilcate» y de la hacienda «Chancay». Llama la atención a la importancia que tiene la conservación de las selvas de las cordilleras como medio de favorecer la humedad atmosférica.

Indica que en el valle de Chancay cerca de Catache y en la playa de Sirato hay localidades aparentes para construir represas que almacenen aguas de irrigación.

La cantidad de agua que pasa La Puntilla que es un lugar más allá de la Boca Toma de la acequia Taymi se computa en 76 riegos de 72 litros por segundo. Apreciando esto en otros términos daría 5,47 metros cúbicos al segundo.

Los ingenieros Hohagen y Bonnemaision designados para el examen de la acequia Taymi informaron que habían encontrado en diciembre de 1891 de 5592 a 6444 litros por segundo o sea de 5,5 a 6,44 metros cúbicos por segundo y por lo tanto adoptaron 4752 litros como caudal medio del río en el estiaje.

El terreno cultivado por irrigación en Lambayeque puede fijarse en 40000 hectáreas. Pero no todo se cultiva en años de escasez de aguas, prescindiendo del que se deja en barbecho para que descanse. Esto tiene especialmente lugar cuando el cultivo de arroz agota los terrenos.

El caudal del río Lambayeque se divide en la toma del Taymi en esta proporción: 1/3 entra en la acequia del Taymi y los 2/3 restantes se dejan pasar para subdividirlos nuevamente así: 25% para la acequia de Eten; 40% para Pucalá, Calupe y Pomalca y del 35% restante: toma 2/3 la acequia de Chiclayo y 1/3 pasa a Lambayeque.

El agua del Taymi se calcula en 76 riegos que se distribuyen a su turno como sigue:

Tolupe y Pátapo 16 riegos
Tumán y Conchucos 16 »
Garrin 12 »
Chucupe 16 »
Luya 12 »
San Miguel 4 »
Suma 76 riegos

-31-

De lo que sobra toman 1/2 las haciendas de la parte baja del valle y el otro 1/2 los terrenos de Ferreñafe.

Cuando el caudal es menor que 76 riegos, se divide proporcionalmente a sus derechos.

Ignoro la distribución de las acequias restantes del valle.

El agua tomada por la acequia de Eten se distribuye entre las tierras de Reque, Eten y Monsefú.

Las tierras del valle de Lambayeque son relativamente bajas y la derivación de sus aguas por las acequias dejan su cauce inferior seco en la mayor parte del año, por lo que se cubre de vegetación y en los sitios próximos a tomas se acumula arena que en la creciente del río favorece su desborde y la apertura de nuevos cauces en las tierras bajas. En tales ocasiones se ha inundado la ciudad de Lambayeque y para evitar la destrucción de las tierras cultivadas se ha efectuado el encauzamiento del río construyendo diques.

Río de Jequetepeque

La hoya del río Jequetepeque es de forma irregular y estrecha en el centro, como se ve en el mapa. Cubre 5800 kilómetros cuadrados, de los que 4000 ubican en la zona de lluvias anuales generales, circunstancia que permite coleccionar mucha lluvia. Pertenece este río a los de primera clase según la clasificación establecida en las páginas anteriores.

La sección costanera del valle está limitada por llanuras esmaltadas de colinas aisladas y lomadas montañosas, usando el agua del río para regar los terrenos llanos, donde se han radicado los intereses agrícolas y comerciales.

El puerto de acceso, del valle de Jequetepeque, es Pacasmayo, de donde parte una línea férrea, tierra adentro hacia San Pedro, Chepén y Guadalupe, que facilita el tráfico. Un ramal de esta línea llega a las cabeceras del valle facilitando las comunicaciones con la sierra. Se proyecta prolongar este ferrocarril hasta Cajamarca.

Jamás se ha estudiado sistemáticamente el río Jequetepeque y nunca se ha medido su caudal, de modo que sean conocidas sus fluctuaciones estacionales; sin embargo en un informe del ingeniero señor M. A. Viñas se dice que: «en la repartición hecha en 1862 por el señor juez P. Larrea se había tomado la base de 278 riegos de 16 a 18 litros como caudal en tiempo de escasez».

El río Jequetepeque como todos los de la costa, tiene un caudal que varía de acuerdo con las variaciones pluviométricas de la sierra, de modo que crece o decrece según -32- llueva o no en las serranías. En algunos años, principia a llover temprano y los aguaceros son continuos, estos son años buenos; en otros las lluvias son intermitentes o se atrasan con detrimento de la agricultura.

En los años de abundancia, el río fluye hasta el mar, pero en los años secos esto puede no suceder o si tiene lugar, dura apenas pocos días pues el agua se deriva casi totalmente por las acequias de regadío.

En años excepcionales lluvias periódicas o excepcionales originan avenidas que causan muchos perjuicios. La última avenida notable que se recuerda es la del año 1891 que destruyó una parte del ferrocarril y ocasionó la invasión de los terrenos cultivados con huaicos que descendían por las quebradas laterales. Río Seco, que queda al norte de Jequetepeque y que generalmente no es sino un cauce seco, se transformó en un voluminoso río.

La cantidad de tierra bajo el riego en el valle de Jequetepeque, se estima en 30000 hectáreas que no están todas en cultivo cada año, pues más o menos la mitad se deja sin cultivar por falta de agua o para que se repongan. El plano levantado por el ingeniero J. Herbert Wood, muestra la posición de las acequias principales.

Existen restos de acequia y cultivos antiguos que se extienden al norte del Río Seco hasta Cerro Prieto, que demuestran que antes habían más tierras cultivadas.

En la actualidad los sembríos de arroz exigen fuertes cantidades de agua y los de caña cantidades constantes, y es probable que la pequeña cultura, o las chacras de pan llevar, sean las únicas que permitan suplir de agua a todas las tierras que se cultivaron antes, ampliando así el área actual cultivada.

La división de las aguas hecha por el señor Larrea en el valle de Jequetepeque, tiene como unidades la fanegada cultivada y el riego, asignando una dotación de 30 riegos por fanegada; la del señor Alvariño tomaba como base la parte proporcional de tierras cultivadas y el número de riegos disponibles. En el informe ya citado del ingeniero señor Viñas se han publicado tablas que indican estas reparticiones.

En estas tablas se indican los nombres de las acequias y haciendas con sus respectivas dotaciones.

En los documentos publicados no hay más referencias excepto el decreto que ordena que el expediente relativo a la mitad de la hacienda Tolón pase al juez de primera instancia de Pacasmayo.

-33-

Río de Chicama

El río de Chicama tiene una hoya de 4900 kilómetros cuadrados, de los que 2200 están en la zona de las lluvias anuales generales. Nace en la Cordillera Occidental, al norte, de la unión de las Cadenas Blanca y Negra. Es indudable que la gran elevación de las montañas en esa arca de unión, influye decisivamente sobre la precipitación atmosférica que dota al río de un gran caudal, que no está en proporción con su cuenca colectora de lluvias.

Cerca a la costa, el río está limitado por pampas extensas cuya arca es superior a lo que puede regarse y cultivarse con el limitado caudal del río.

En el valle no hay ninguna población de importancia y por eso él es tributario de Trujillo.

Mediante compras y arriendos se han formado gradualmente una pocas grandes haciendas cañaverales que dominan el valle. Las chacras se han anexado y los pequeños agricultores han desaparecido casi por completo, de modo que el mayor número de los habitantes viven en los caseríos construidos por las haciendas y trabajan para ellas como peones.

El cultivo de la caña absorbe casi por completo el agua disponible, de suerte que no existen otros sembríos, lo que origina una gran escasez de menestras, legumbres y frutas en los mercados de los pueblos y haciendas. Las raciones distribuidas a los peones consisten por lo general de productos que puedan adquirirse por mayor en otros valles.

No existen registros de mensuras del volumen de aguas del río de Chicama y las aguas se han administrado conforme al Reglamento de Saavedra y como este es imperfecto en sus disposiciones para medir el volumen de los ríos y acequias, sólo hay algunos datos aproximados expresados en riegos.

Las memorias del juez de aguas don Enrique Guimaraes, escritas y publicadas desde 1901, son documentos interesantes y contienen muy valiosa información respecto a los ríos de la provincia de Trujillo. La memoria de 1901, publicada en 1902, contiene cuadros de la distribución de las aguas, en los diferentes valles, incluyendo Chicama, conforme al Reglamento de Saavedra y muestra las áreas cultivadas y el número de riegos u horas que constituyen el derecho al agua, da el nombre de las tierras según Saavedra y el del propietario en 1901. Los informes sucesivos indican el progreso y las reformas instituidas junto con el caudal de los ríos, la época de cada repartición y las multas impuestas por abusos.

-34-

Río de Moche

Moche es un vallecito con pequeña cuenca colectora de lluvias que no pasa 800 kilómetros cuadrados, aunque su cuenca total es de 1950 kilómetros cuadrados. No obstante lo chico de su cuenca colectora, tiene el río Moche más agua de la que podría esperarse de ella, a causa de los altísimos picos que forman el nudo de las Cordilleras Blanca y Negra, donde nacen sus aguas.

No hay nieves perpetuas en esa región, pero hacia el este en casi la misma latitud y del lado oriental de la divisoria de aguas tenemos los nevados de Huaylillas, lo que indica ya una variación en las condiciones climáticas respecto de las que prevalecen más al norte, desgraciadamente no hay registros pluviométricos de esta región, pero parece probable que ella está favorecida con una mayor precipitación que las otras hoyas hidrográficas, que quedan más al norte.

Los únicos aforos del volumen del río Moche son los que se practicaron con el objeto de efectuar la repartición de aguas que se registran en la memoria del juez privativo de aguas del departamento y a la que me referí al ocuparme del valle de Chicama.

El deán Saavedra calculó que el caudal mínimun del río Moche era de setenta (70) riegos, pero el juez señor Guimaraes los estima en sólo treinta (30) en época de escasez; él afirma sin embargo que alcanza un volumen de cinco mil riegos en el período de las avenidas.

En el estiaje la estación de Poroto utiliza la totalidad del agua que pasa para mover su maquinaria, pero no basta para toda ella.

En la parte baja del valle hay dos puquios importantes que proporcionan una abundante dotación de agua que se aprecia debidamente en el Reglamento de Saavedra, que se administra conforme a él hasta hoy.

He estimado en 10000 hectáreas la extensión de tierras bajo el riego en el valle de Moche; pero la escasez de agua reduce a la mitad la superficie bien cultivada. Muchos terrenos contienen sembríos cosechables en el corto tiempo que duran las avenidas, agricultura que no aprovecha por lo tanto debidamente las tierras.

Al este de Trujillo, la parte más ancha del valle, constituye la hacienda Laredo y otras menores que se dedican principalmente al cultivo de la caña de azúcar, plantío que se ha extendido tanto que el agua ya no basta para él, sufriendo por eso la caña en el estiaje.

-35-

En las tierras de los alrededores del pueblo de Moche, se cultivan pastos y muy diversos sembríos, en los que se usa el agua con la característica parsimonia de los indígenas que habitan en el valle y el pueblo, desde tiempo inmemorial.

En estos dos tipos de agricultura presenta un contraste tan saltante que el porvenir de ambos merece un estudio serio.

Río de Santa

El río Santa es uno de los más caudalosos y grandes de la costa del Perú. Formado por los ríos Huaraz y Chuquicara, afluentes situados en la zona de lluvias anuales, que corren por largas distancias casi paralelamente a la divisoria continental de aguas; tiene una hoya de recepción de lluvias situada entre las Cordilleras Negra y Blanca, que abarca 10500 kilómetros cuadrados y que no sólo se alimenta de lluvias sino también de los nevados que se derriten en la cordillera Blanca.

El río Santa propiamente dicho sólo tiene una hoya de 800 kilómetros cuadrados, que queda aguas abajo de la confluencia de los dos afluentes nombrados ya, que colecta poca lluvia y en algunos años no recibe ninguna.

Desgraciadamente el valle adyacente al Santa es angosto y sólo tiene escasos terrenos cultivables, salvo en la vecindad de la costa; de modo que las enormes avenidas que hoy se pierden en el mar, apenas pueden utilizarse para la irrigación de limitadas extensiones de terrenos.

Jamás se ha medido el volumen del Santa; por lo que he logrado averiguar es un río tan caudaloso como el río Tumbes de la provincia de Tumbes, el Chira del departamento de Piura y el Ocoña y el Majes del departamento de Arequipa; de modo que si todas las tierras cultivables de su vecindad se irrigaran, el río Santa se daría abasto para ello.

Las aguas de este río a menudo están turbias y depositan un sedimento negruzco, que se dice proviene del afluente Chuquicara, al que a veces se denomina el río Negro, porque contrasta con la limpidez de las aguas del río Huaraz en épocas normales. Observadores dignos de fe me han insinuado que el sedimento negro del Chuquicara proviene de una zona de pizarras carbonáceas a través de las que este río se abre paso.

Estimo en 5000 hectáreas los terrenos bajo riego en el valle de Santa, de las que sólo hay tres quintas partes bien cultivadas, proporción que va creciendo a medida que se -36- reconstituyen las haciendas que han estado abandonadas en los últimos años.

Río de Nepeña

De los 2500 kilómetros cuadrados que abraza esta hoya, sólo 1200 ubican en la zona de lluvias anuales. El río es de los de la segunda clase; nace en la Cordillera Negra y no en la divisoria continental, y por consiguiente recibe menos lluvias y aguas de las nieves que se derriten en el estiaje, que los ríos que penetran más al oriente, circunstancia que no impide que el valle sea muy cultivado y tenga dos grandes haciendas cañaveleras.

Los terrenos bajo riego los estimo en 8000 hectáreas, pero de esta cantidad sólo la mitad está cultivada sistemáticamente.

El agua disponible es demasiado limitada en el estiaje para ensanchar los cultivos de caña; pero podría fomentarse chacritas de pan llevar regadas con las crecientes del río.

Se han hecho esfuerzos para utilizar los puquios en el valle y la cuestión de bombear agua se discute, porque hay abundancia de combustible y las aguas subterráneas están tan próximas al suelo, que alumbran naturalmente en forma de puquios.

Río de Casma

El río de Casma desagua una superficie de unos 2600 kilómetros cuadrados, teniendo 1300 en la zona de lluvias anuales generales. Es un río de la segunda clase pues no nace en la divisoria continental. La entrada al valle se verifica por el puerto de Casma, que dista una docena de kilómetros de la ciudad de Casma situada en el valle, en medio de los intereses agrícolas. Este valle es el camino real a Huaraz capital del departamento y también es la ruta por la que se hace gran parte del tráfico del valle del río de Huaraz.

El caudal del río Casma no basta para cultivar todas las tierras del valle, sin embargo se riega una buena extensión de ellas, pudiendo computar en 10000 hectáreas las que están bajo riego destinadas a pastos u otros cultivos. En este valle no se ha desarrollado el cultivo intensivo de otras regiones de la costa y las aguas no están monopolizadas por los cultivos de caña.

No conozco documento alguno que se relacione con el ensanche de los terrenos de cultivo por medio de irrigaciones o construyendo reservorios, aunque quizá sí existen sitios adecuados para ello en las serranías, donde nace el río. Cerca de la costa el valle es demasiado ancho para poderse -37- construir diques, sin embargo no difiere de los ríos adyacentes del norte y sur.

Río de Huarmey

La cuenca del río de Huarmey contiene 2700 kilómetros cuadrados, de los que 1700 están en la zona de lluvias anuales, pero su caudal no parece ser proporcionado a su cuenta colectora de lluvias si se le compara con la de los ríos vecinos.

El puerto de Huarmey permite el acceso al valle y algunos kilómetros tierra adentro está el pueblo de Huarmey.

Por ese puerto se trafica para Aija, Ticapampa, Recuay y hasta Huaraz.

El área cultivable del valle de Huarmey es de 2000 hectáreas casi toda cultivada. El valle es muy angosto, exceptuando en la vecindad del litoral, cerca al pueblo y por eso los terrenos de cultivo son escasos y mejor aprovechados que en otros valles costaneros.

La escasa agua disponible impide los cultivos intensivos pero basta para los pastos y los sembríos de pan llevar.

Tanto el valle de Huarmey como el de Culebra que deben considerarse juntos, están totalmente aislados por grandes extensiones de territorio árido, que los separan del valle de Casma por el norte y del de la Fortaleza por el sur, por lo cual hay poco tráfico por tierra, manteniéndose el contacto con el resto del país mediante el escaso tráfico marítimo.

Río de la Fortaleza

Este río es el más septentrional del departamento de Lima y su cuenca está casi toda en el de Ancachs.

Toda su hoya tiene una área de 21500 kilómetros cuadrados de los que próximamente 900 kilómetros cuadrados están situados en la región de las lluvias anuales generales.

El río nace al oeste de la Cordillera Negra y no en la divisoria continental.

La extensión del área colectora de lluvias del río, es relativamente grande, comparada con sus tierras de cultivo, que no se internan mucho y por consiguiente están en el departamento de Lima.

No se ha medido el caudal del río Fortaleza, pero cuando lo visité en el mes de enero, antes que principiaran las lluvias, había poca agua corriente y se me aseguró que siempre tiene un poco de agua en el período del estiaje y que en los meses de lluvia, es muy grande la

cantidad que desagua en el mar. Si los terrenos del valle estuviesen todos irrigados habría escasez de agua en el estiaje.

-38-

Al apreciar la cantidad de terreno de cultivo en el valle del río de la Fortaleza, hay dificultad para fijar la línea de separación de esas tierras, de las de Pativilca; sin embargo se pueden estimar en 2500 hectáreas. El agua que emplean es casi toda del río de Pativilca llevada por una acequia, por la quebrada del Cañado o Huaricango que la conduce a la gran hacienda de caña de Paramonga.

El río de Pativilca contiene bastante agua, motivo por el que no se emplea la del río Fortaleza.

Además de las tierras cultivadas con caña de azúcar, hay una gran extensión ocupada en el valle con huarangales. Estos terrenos sólo sirven ahora para pastos o se destinan a chacritas. Se han abierto pequeñas acequias para llevar las aguas del río a esos terrenos, pero no se les da importancia y no se labran metódicamente. No hay razón para que esos terrenos no se dediquen a la agricultura de la caña; o mejor dicho si hay agua bastante en el estiaje, es probable que se cultivarán ahora, puesto que pertenecen a Paramonga.

Es éste un ejemplo de lo que se encuentra en muchos lugares de la costa, cuando poseen las tierras, haciendas que se dedican a la explotación de un sólo producto.

Si se les vendiera por lotes pequeños, serían sin duda muy pronto ocupados por agricultores económicos.

Río de Pativilca

El río de Pativilca es uno de los más importantes de la costa, bajo el punto de vista de su caudal y de su curso permanente. Su valle lo ocupan intereses agrícolas valiosos y el valle del río Fortaleza al norte y el valle del Supe al sur, dependen en gran parte del río de Pativilca.

La hoya del río de Pativilca se extiende hacia el punto de la divisoria continental, donde la Cordillera cambia un poco su dirección y justamente hacia el sur de la bifurcación de la cadena, en las cordilleras Blanca y Negra. Es probable que esta combinación de rasgos físicos, origine condiciones climatéricas favorables a las caídas de lluvias y esta circunstancia, unida con la extensión considerable del drenaje, explique la importancia de este río. La hoya del río de Pativilca comprende próximamente 5300 kilómetros cuadrados de los que 4000 están en la zona de lluvias anuales generales.

El caudal del río no se ha estudiado y tampoco no se ha medido metódicamente el crecimiento o aumento de sus aguas. Todo el año el río descarga en el mar un caudal considerable. En el período de lluvias el río, es torrencial, y es -39- entonces cuando se choca con mayores tropiezos para irrigar los terrenos, porque se destruyen las tomas temporales de las acequias.

Los terrenos bajo agua por irrigación en el valle de Pativilca, pueden estimarse en 12000 hectáreas. Como se dijo al apreciar el área del valle del río de Fortaleza, la división de estos valles no es precisa, y se observa que la distribución de la agricultura depende del relieve del territorio.

Las montañas que limitan el valle y que se presentan como grupos de cerros, entre los terrenos de cultivo junto con planicies de Hormigón, impiden el aumento del área, con excepción de los que están próximos al puerto de Supe.

Río de Supe

La hoya del río de Supe comprende más o menos 1000 kilómetros cuadrados de los que 350 están en la zona de lluvias anuales. Es uno de los valles clasificados entre los de la segunda clase en este informe y carece de agua corriente en el período de seca.

Se cultivan más o menos 3000 hectáreas de las que 2200 pertenecen al fundo San Nicolás y el resto son terrenos de Supe.

La acequia del río de Pativilca, es de la que depende el valle en la estación de seca. La acequia alcanza apenas la parte baja del valle. Tiene fuerte pendiente y pequeña sección transversal. Si su declive no fuera tanto, entraría al valle al nivel superior, y por consiguiente le sería más útil, facilitando la irrigación de algunas tierras en las pampas que quedan ahora por encima de ella.

En el lugar del valle de Supe, en el que están ahora los terrenos encerrados por los cerros y al oriente de los cultivados, hay un puquio del que brota un poco de agua en la estación de seca.

Perforando galerías de filtración en este puquio, aumentaría indudablemente la cantidad de agua, aprovechando la corriente del subsuelo que más abajo del valle desaparece en el pedregoso cauce del río.

Río de Huaura

La hoya de este río tiene 6000 kilómetros cuadrados de los que 3400 pueden considerarse en la zona de lluvias anuales generales. El río lleva su caudal todo el año al mar, pero en el período de estiaje se reduce a un arroyo.

La importancia de este río se debe a que sus afluentes superiores alcanzan la divisoria continental de las aguas y por tanto es río de la primera clase, según la clasificación que he adoptado.

-40-

Los terrenos irrigados en el valle de Huaura comprenden cerca de diez mil hectáreas según cómputo de los vecinos.

La mayor parte están cerca de la costa y hay una faja larga al oriente, en la parte estrecha del valle. Cerca de la villa de Huacho, los terrenos están subdivididos en lotes pequeños cultivados como jardines y huertas. Sus productos se remiten casi todos a Lima.

Esta sección del valle se califica frecuentemente como la bonita campiña de Huacho, y es modelo de la frugalidad de los pequeños propietarios agrícolas del Perú.

El resto del valle de Huaura, se divide en grandes haciendas que cultivan caña de azúcar y algodón que se exporta al extranjero.

Río de Chancay

La hoya del río de Chancay comprende próximamente 4200 kilómetros cuadrados de los que 2200 están en la zona de lluvias anuales generales. Este río nace en la cordillera y su cuenca es bastante ancha.

El largo del río es de 110 kilómetros, medidos según el curso del lecho.

Toda la hoya es montañosa, excepción hecha de los terrenos del valle que principian 30 kilómetros tierra adentro de la costa, y continúan hasta el mar abriéndose en tres ramales como puede verse en la lámina adjunta.

La provisión de agua para la agricultura es por ahora suficiente. Si fueran a cultivarse todos los terrenos, es probable que entonces habría necesidad de almacenar agua para usarla en tiempo de escasez.

No se ha medido nunca el caudal del río, ni tampoco sus avenidas.

La cantidad de terrenos bajo riego se estima en 15000 hectáreas. Esta cifra no abarca todo el terreno irrigado; hay extensiones en semiabandono y se han empantanado y cargado de sales o se han cubierto de gramas y arbustos. Estas tierras pueden resanarse. Ya se está limpiando una parte, sangrándose y cultivándose y principian a desaparecer las eflorescencias salinas, lavándolas y desaguándolas.

Al norte de Huaral, hay una falda arenosa al borde de los terrenos de cultivo, que forma parte de una pampa que se puede irrigar; para el efecto se trata de cavar una acequia.

Río de Chillón

El río de Chillón nace en la cordillera y su valle, de ancho uniforme, comprende 2500 kilómetros cuadrados, de los que 1800 están en la zona de lluvias anuales generales. -41- Cerca del mar, los terrenos bajos del valle se confunden con los del valle del río Rímac al sur; y en el hecho la parte cultivada, se considera directamente tributaria de Lima por la línea férrea, que facilita sus comunicaciones y trasportes.

En el período de lluvias en la cordillera, el río Chillón tiene abundancia de agua, pero en el período del estiaje, no llega agua al mar; sin embargo, no se puede sostener que sufra de

escasez de agua, por que su agricultura está arreglada a las conocidas condiciones del aprovechamiento de sus aguas; pero hay terrenos que si hubiera más agua se podrían cultivar mejor.

No se ha medido ni el caudal ni la corriente del río.

La cantidad de terrenos cultivados que hay bajo agua en el valle Chillón es de 12000 hectáreas, pero hay más extensión de terrenos que no tienen cultivo.

Río Rímac

El drenaje de la hoya del «Rímac» comprende cerca de 3700 kilómetros cuadrados, de los cuales 2300 están en la zona de lluvias anuales generales. El «Rímac» nace en la Cordillera, y en la zona de lluvias referida recibe: por el norte, el afluente Santa Eulalia. La mayor extensión de la hoya, de norte a sur, está cerca de la Cordillera, y por consiguiente su caudal es relativamente grande, porque es en la Cordillera donde llueve con más abundancia.

No se ha registrado sistemáticamente la cantidad que llueve en el valle, con excepción de lo que se ha conseguido registrar en Lima, donde no hay más que garúas.

Aunque el Rímac es un río importante, el aprovechamiento de sus aguas en el valle, sobrepasa a cuanto ha ocurrido en otros lugares del país, que han disfrutado de facilidades y recursos análogos.

El progreso realizado, representa el mayor ensanche y prosperidad de la República y es una medida de lo que sucederá en otros lugares, en el curso del tiempo.

La dependencia de todas las industrias de la provisión de agua, directa e indirectamente, ha impelido a aprovechar el agua del Rímac en muchas formas y aunque hay mucho campo todavía para mejoras, ya se encuentran extensas irrigaciones, reservorios de agua en las cabeceras del valle y en terrenos de cultivo, galerías de filtración para proveer de agua potable a varias poblaciones, pozos artesanos, pozos tubados profundos que se bombean a vapor, con fuerza eléctrica y con molinos de viento; instalaciones hidráulicas de gran poder y para desarrollar energía eléctrica.

-42-

No se le ha medido regularmente, pero no faltan datos aislados que den idea de ese caudal.

El río Santa Eulalia tiene un caudal de 1 metro cúbico en el período de estiaje, y aproximadamente de 35 metros cúbicos en el de creciente. Pero el caudal de los ríos no se ha medido bien en la época de las avenidas.

De estos cálculos, el caudal de agua disponible más abajo en Chosica, varía de 5 metros cúbicos a 235.

Los terrenos bajo agua en el valle del Rímac se computan en 20000 hectáreas más o menos.

La cantidad de agua no alcanza para irrigarlos en el período del estiaje, especialmente en años de sequía. Algunos terrenos se abandonan o se destinan a pastales en determinados meses.

Algo ha mejorado el estado de cosas, mediante el establecimiento del servicio de las aguas represadas en las lagunas en las alturas de Santa Eulalia (lagunas en Huarochirí), pero la cantidad aprovechable todavía queda corta.

Entre los terrenos de cultivo, hay muchos estanques que sirven para dar agua al ganado y aún para depositarla para irrigar. Muchos de estos depósitos están revestidos de mampostería. Son utilísimos porque sin ellos los fundos que los poseen quedarían absolutamente desprovistos, los días que el derecho al agua toca a otro fundo.

Las depresiones de un suelo ondulado y la existencia de capas impermeables en el subsuelo, han ocasionado en algunos puntos del valle, el alumbramiento natural de las aguas subterráneas y formado puquios y terrenos pantanosos.

Río de Cañete

La extensión del drenaje del valle de Cañete es no sólo grande, sino que mucha parte ubica muy cerca de la cordillera y por consiguiente aprovecha las lluvias en abundancia.

La hoya tiene aproximadamente 70000 kilómetros cuadrados de los que 57000 están en la zona de lluvias anuales generales. La quebrada de Pocoto es tributaria de Cañete, pero adolece de escasez de agua, y en algunos años recibe muy poca.

Hay algunas chacras pequeñas en sus cabeceras, pero el valor principal la constituye el terreno de aluvión que se extiende sobre las pampas, hasta donde alcanzan sus avenidas.

El valle de Cañete es el primero de importancia al sur de Lima. Sus productos se embarcan por el puerto de Cerro -43- Azul; desde allí parte un ferrocarril de vía angosta que penetra al valle, pero que por ahora no atiende sino a una parte del tráfico.

Nunca se le ha medido, pero tiene agua suficiente para todos los terrenos cultivados. Aún en los años más secos, hay más agua de la que se emplea y de aquí que pueda aprovecharse para aumentar la irrigación.

Los terrenos cultivados de Cañete, se pueden estimar en 12000 hectáreas, y sólo sufren por el defectuoso sistema de distribución de aguas de regadío. Por ejemplo, el canal superior tiene socavones relativamente largos, cortados por entre puntas de cerros y la capacidad del canal está proporcionada a la de los túneles, que no pueden ensancharse sin gran desembolso. También las acequias tienen muchas curvas que reducen su pendiente efectiva y el corte de los barrancos en estos sitios, causa a veces roturas de consecuencias desastrosas. Merece la pena recordar que los socavones se atribuyen a los Incas; pero esto no es cierto, como se puede comprobar por una cuidadosa investigación. No he podido descubrir la fecha exacta de su construcción, pero ella es reciente.

Río de Chíncha

El río Chíncha nace en la cordillera, pero tiene relativamente pequeña cuenca colectora si se le compara, a la del río Cañete al norte y a la del río de Pisco al sur; su área es de 4500 kilómetros cuadrados de los que 2200 están en la zona de lluvias anuales. En su curso inferior fluye por un ancho valle excavado en las pampas costaneras, y es desde allí que derivan sus aguas para aplicarlas a irrigaciones. A la boca del río está el desembarcadero de Tambo de Mora, y cerca principia un ferrocarril de vía angosta que comunica, con la industriosa ciudad de Chíncha Alta.

Nunca se le ha medido, no obstante haberse practicado estudios y obras para irrigar más terrenos. Por informaciones lugareñas, sé que el caudal de agua no basta en la estación seca del año y que carga mucho más agua de la necesaria en la época de crecientes. Debe pues deducirse, que el aprovechamiento de las aguas de las crecientes, después de atender a las verdaderas necesidades, requiere estanques para depositar lo excedente.

Los terrenos irrigados, se estiman en 15000 hectáreas, incluyendo los que corresponden a Chíncha Baja y las pampas situadas al norte y a nivel más elevado, denominadas Chíncha Alta; que divide un barranco llamado La Cumbre.

-44-

Las aguas del valle de Chíncha, se dividen en tres partes iguales, de las que: dos partes se asignan al valle de Chíncha Baja y una a los terrenos altos o de Chíncha Alta, subdividida así: dos terceras partes para los terrenos bajos de Belén y el último tercio para Chíncha Alta.

En el mes de marzo principia la escasez, que dura hasta fines de noviembre; pero en los meses restantes, hay mucha agua que se pierde en el mar. Esta pérdida se debería evitar construyendo reservorios para depositarla y aprovecharla para extender y mejorar la agricultura.

Río de Pisco

El río del valle de Pisco, se extiende hasta la cordillera y además tiene una gran cuenca, de manera que es de más caudal que el río de Chíncha, al norte, o el de Ica al sur. El área total de la cuenca es aproximadamente de 60000 kilómetros cuadrados de los que 38000 se encuentran en la zona de lluvias generales.

La parte inferior del río atraviesa las pampas costaneras, en las que se aprovechan las aguas para irrigarlas.

Los terrenos del valle son algo angostos. Las pampas que quedan al sur del río las ocupan médanos, pero al norte son cultivables y es allí donde pueden extenderse las irrigaciones de los que tengan interés en aumentarlas.

El caudal del río de Pisco no ha sido sistemáticamente aforado, hasta el momento de escribir estas líneas. En la estación de crecientes es muy grande, pero en el estiaje no tiene agua suficiente para hacer frente a todas las necesidades de la agricultura. Sin embargo, que no es excepcional ese estado en los ríos de costa, y si la agricultura se adapta a él, el río Pisco se halla relativamente hablando, favorecido por más cantidad de agua y no hay razón porque no puedan aumentarse más los cultivos.

Las tierras en cultivo llegan a 10000, hectáreas en el valle de Pisco, pero en algunos lugares, la agricultura está aún descuidada y no hay razón que impida ensanchar el área cultivada.

Río de Ica

La hoya del río de Ica, por el lado del Oriente, es triangular y se estrecha de manera que sólo uno de sus ángulos toca a la cordillera.

A causa de esta posición, es relativamente pequeña la parte que se extiende en la zona de lluvias anuales.

El río y las quebradas que le llevan agua, desaguan próximamente 49000 kilómetros cuadrados, pero sólo nueve mil reciben lluvia por regla general.

-45-

En años excepcionales, cuando llueve poco, los intereses agrícolas del valle sufren inmensamente.

El curso de la parte central del río de Ica, está en la planicie mediterránea o pampas. Desde allí, puede derivarse sus aguas para la irrigación y por consiguiente es esta la parte poblada del valle. Más cerca de la costa, el río pasa por un cañón angosto y sus laderas carecen de terrenos cultivables suficientes que pudieran ocuparse, dado el caso de que se dispusiera de agua en cantidad bastante para sus sementeras.

No se ha medido ni los niveles a que alcanza el agua, ni el volumen medio del río. Algunos años es muy caudaloso y fluye hasta el mar, en otros, se desvían todas sus aguas del cauce para las irrigaciones de los terrenos, mientras que en años determinados, no carga agua para llenar las acequias y ni siquiera para llegar a la ciudad de Ica.

Los terrenos que es posible cultivar por medio de irrigaciones del valle de Ica, se aproximan a 11000 hectáreas. En los períodos de sequía, no todo se puede regar y sobrevienen fuertes pérdidas en las inversiones hechas en la agricultura. Recientemente se ha tratado de apelar a las aguas del subsuelo, pero pocos son los que han conseguido establecer bombas, para sacar agua en esos períodos de escasez.

Río de Lomas

El río de Lomas o de Acarí drena 4100 kilómetros cuadrados ubicados en la zona de lluvias generales anuales. Se ve pues que tiene una gran área de captación de aguas, adyacente a la cordillera, lo que explica su caudal relativamente abundante.

En la zona lluviosa de la costa hay ciertas montañas relativamente elevadas al nordeste del puerto de Lomas y al noroeste del pueblecito de Acarí, donde crecen pastos naturales (lomas) que durante una parte del año tienen agua suficiente para el ganado que allí pasta, pero sólo en años excepcionales se reúne y corre sin ser totalmente absorbida por el terreno.

El valle de Lomas es angosto, está situado entre cerros con excepción de la zona comprendida entre Acarí y la orilla del mar; zona en la que su río corre por un valle profundo excavado en las llanuras costaneras.

El volumen del río no se ha medido nunca sistemáticamente y en la estación de aguas no se puede cruzar a caballo durante muchos días, de modo que ha sido preciso establecer frente a Acarí dos cables (Oroyas) para facilitar el tráfico. -46- En el estiaje el agua no pasa de Acarí, superficialmente, y se conserva estancada en varios sitios de su cauce pedregoso.

Las tierras bajo el riego del valle de Lomas suman unas 1200 hectáreas, debiéndose esto a la estrechez del valle y la falta de reservorios para almacenar aguas para el estiaje. Procesos judiciales han permitido que la agricultura del valle caiga en un estado de abandono que en parte se debe también a su gran distancia a Lima y a la falta de regularidad del tráfico marítimo, que mantiene incomunicado ese puerto.

En la actualidad el proyecto para irrigar las pampas de la Bella Unión, que están entre Lomas y Acarí, se está llevando a cabo.

Río de Ocoña

Este río llamado también a veces Río Grande a causa de su caudal, es uno de los más grandes de la costa, y generalmente se le considera el tercero en importancia, siendo el de Chira primero y el de Santa segundo.

Su hoya hidrográfica desagua una superficie territorial de unos 112,00 (sic) kilómetros cuadrados de la zona de lluvias, siendo de notarse que en la sierra su cuenca forma un cuadrilátero, encausándose después de recibir todos sus afluentes en una garganta profunda y angosta para atravesar la región costanera, como un río único.

Salvo la afirmación de que el río Ocoña es el tercero de la costa, no existe otra que determine su volumen; pero juzgo, al ojo, que en sequía no le faltan veinte y cinco metros cúbicos de agua por segundo, volumen que justificaría el gasto de la mayor suma de dinero para utilizarlo en irrigaciones de las pampas adyacentes y no dudo que algún día se le derive a las planicies adyacentes.

Hay menos de 1000 hectáreas bajo cultivo en el valle de Ocoña, estando casi todas situadas cerca al mar donde su cauce es relativamente ancho. La divagación del río que cambia de

madre continuamente y las inundaciones del valle en las crecientes, hace muy inseguro el cultivo de ciertas hierbas.

En su cauce el río se divide en varios brazos que varían continuamente de importancia y las islas y terrenitos que constituye el suelo del valle, son inaccesibles y a menudo inadecuados para la agricultura.

Casi no pueden aumentarse las tierras bajo riego en la parte costanera del valle y su ensanche en el porvenir, depende del aprovechamiento de las aguas de la sierra y de su conducción a las pampas de la costa.

-47-

Río Majes

Este río tiene 97000 kilómetros cuadrados de su cuenca en la zona de las lluvias generales. Sus cabeceras se prolongan por la cordillera de modo que colectan un gran volumen de agua. El río Colca que es un afluente del Majes fluye casi paralelamente a la divisoria continental y otro de los más notables es el Andamayo que nace al pie del nevado Coropuna.

El río Majes tiene siempre mucha agua y durante la estación lluviosa es tanta que no se puede vadear a caballo, ni en los lugares donde se divide en dos o más brazos. Nunca se ha medido su caudal y no habrá necesidad de hacerlo mientras no se tenga un gran proyecto de irrigación, desde que siempre hay más agua de la que necesita la agricultura.

Las tierras regadas en el curso costanero del río Majes forman dos fajas: una próxima a Majes y Uraca que penetra a la sierra más allá de Aplao y la otra vecina al litoral y la ciudad de Camaná. El cauce del río es tan encajonado y angosto cerca al litoral, que carece de tierras cultivables.

Pueden estimarse en 3000 hectáreas la superficie bajo riego, pero este cómputo no pasa de una grosera aproximación, porque nadie se ha tomado nunca el trabajo de calcularla. Cerca de Camina se cultiva mucho arroz porque siempre sobra agua para esta planta que abona el cieno de las inundaciones.

Río Vitor

Esta hoya de drenaje tiene 96000 kilómetros cuadrados en la zona de lluvias anuales generales; pero no obstante esa gran superficie no recibe la cantidad de precipitaciones atmosféricas que por ello pudiera presumirse. Un examen del mapa indicará que el río es de los de la segunda clase, pues no nace en la cordillera, porque el río Majes por el norte y el Tambo por el sur lo excluyen de la divisoria continental, sin embargo su afluente, el río Sihuas, colecta una fuerte proporción de las lluvias de esta hoya y como desemboca en el Vitor cerca del límite occidental de la cadena de cerros de la costa, este es menos caudaloso en la región de las pampas, que en la región en que corta a los cerros costaneros para desaguar en el mar.

El volumen con que desemboca el río Vitor en el mar es mayor que el necesario para regar las angostas tierras del valle.

En el valle de Sihuas abunda el agua y en el mismo río Vitor también pero aguas abajo de la confluencia de él con el Yura; sin embargo en los alrededores de Arequipa el -48- área cultivada es relativamente pequeña y el agua no basta en el estiaje, lo que se debe en parte al método de distribución y en parte a la circunstancia que las tierras cultivadas están situadas de modo tal que, las filtraciones de las tierras superiores no regresan al río de modo que puedan aprovecharse de nuevo en la vecindad, sino que van a aumentar el volumen del río cuando está encajonado y sólo hay una fajita cultivable.

El río Vitor tiene dos afluentes principales, de cabecera, el Sumbay y el río Blanco que forman el río Chili hasta la confluencia con el Yura.

El único cómputo del caudal de estos ríos, es el del río Chili que, según el Ingeniero don H. C. Hurd es de 729042000 metros cúbicos anuales según cálculos basados en observaciones de las alturas del río, hechas por varios años por los miembros del Observatorio Astronómico del Carmen Alto, fundado por el Harvard College.

Río Tambo

La hoya del río Tambo entra hasta la divisoria continental de las aguas y capta lluvias en una área de 78000 kilómetros cuadrados, teniendo, como el río Ocoña su parte central estrangulada, cruzando las pampas sus aguas, unidas en un sólo cuerpo, por un cauce profundamente excavado en ellas, en forma de un angosto cañón.

En la zona costanera del río Tambo no hay poblaciones importantes, ni es su valle camino real del comercio.

Jamás se ha medido sistemáticamente el cauce del río Tambo.

En el valle de Tambo se calcula que existen unas 3000 hectáreas bajo riego, forman un conjunto que se extiende de la costa, tierra adentro hasta un lugar en que el cañón es muy angosto y pedregoso para ser cultivado. Del valle hasta Ensenada hay un canal que irriga una pequeña faja de terrenos que no son susceptibles de ensanche, porque las tierras son bajas y contienen mucha sal.

Río de Moquegua

El río de Moquegua es el único río peruano que tiene toda su hoya en el departamento de su nombre; su cuenca colectora de lluvias es chica y apenas si tiene 1300 kilómetros cuadrados en la zona de lluvias anuales generales, pues por el norte lo excluye de la cordillera el río Tambo y por el sur el Locumba, de modo que es un río de la segunda clase. Cuando los años son secos hay gran pérdida para la agricultura, por lo insignificante de los aguaceros -49- en la región occidental de la zona lluviosa y como esta es la parte más ancha de la cuenca colectora, no bastan las precipitaciones sobre el área triangular, del drenaje de las cabeceras del río, para regar el valle.

Jamás se ha observado ni medido metódicamente el volumen del río Moquegua, que sólo basta en la época de lluvias para regar el valle. Generalmente aún en la estación seca hay agua suficiente en el cauce del río hasta la ciudad de Moquegua. Para pasar la cumbre que separa ambos ríos, don C. O. Caster propuso un túnel de 695 metros.

Río Locumba

Este río nace en la cordillera y siempre tiene agua suficiente para regar el valle, aguas abajo de la confluencia de sus principales afluentes. La cuenca colectora de lluvias alcanza unos 2400 kilómetros cuadrados.

El agua de su afluente río Salado, es salobre, y más abajo de su desembocadura en el Locumba, ésta es también ligeramente salada; pero no lo bastante para dañar a la mayoría de los sembríos. El origen de la sal en el agua es una cuestión interesante que merece estudio. Parece que proviene de ciertas formaciones de la sierra por las que corre el río.

Las tierras bajo riego llegan a unas 1000 hectáreas confinadas a la inmediata vecindad del río, que corre por un cañón profundo, excavado en las pampas.

Un rasgo interesante de la irrigación local, es la desviación de las aguas de las cabeceras del río Tacalaya al río Sinto, canal que es el que se trata de utilizar para traer el agua de la laguna Istunchaca al valle de Moquegua.

Río Sama

Este río nace en la divisoria continental de las aguas y tiene unos 2600 kilómetros cuadrados de su hoya en la zona lluviosa. Su valle es largo y angosto. Es mucho menos encajonado que los de más al norte; pero sus barrancos son bien marcados.

El río Saina no tiene suficiente agua en el estío; pero su agricultura no sufre mucho sino en años excepcionalmente secos. Como nunca se ha medido y registrado la altura de sus aguas se ignora su caudal; pero debería establecerse esta práctica por los que consumen o distribuyen las aguas. Por el momento habría alguna dificultad en la sierra donde residen algunos propietarios chilenos; pero en la costa toda la agricultura radica en la margen cuya posesión mantiene el Perú.

-50-

Las tierras regadas del valle de Sama, alcanzan una superficie de 5000 hectáreas que forman una faja larga y angosta que se ensancha en la hacienda de caña de Buena Vista. En el estiaje el agua del río es ligeramente salobre, circunstancia perjudicial a ciertos sembríos y en especial a los de caña de azúcar. La caña cultivada es la variedad morada.

No se ha investigado la causa de lo salado de las aguas del río; pero quizá prevenga de terrenos cargados de sal, por los que discurre el río en las serranías.

Ríos de la sierra

Si en la costa del Perú hay 46 cuencas que originan 46 ríos, en la sierra propiamente hablando, sólo tenemos cinco ríos tributarios del Amazonas que poseen cuenca propia y que son el Marañón, el Huallaga, el Mantaro, el Apurímac y el Urubamba. Igual número tenemos en la comarca del Titicaca, ríos que también pertenecen a la Sierra, pero que no desembocan en el Amazonas y que se les conoce con los nombres de Suches, Ramís, Coata, llave y Desaguadero.

La zona peruana del Titicaca no es muy lluviosa, pero hallándose entre cordilleras perfectamente nevadas, los ríos que desaguan en el Lago y que son alimentados por la fusión de los hielos, tienen siempre abundante caudal de agua. Esta agua, hasta ahora, no ha sido aprovechada para la irrigación de las suaves planicies de la cuenca del altiplano; y aunque en realidad no es notable la extensión de terreno que media entre los picachos de las cordilleras y las orillas del Lago, ni tampoco muy favorable la temperatura para cultivos que no sean de climas fríos, no es mucho lo que allí se ha hecho en agricultura y ganadería. Otro inconveniente para el desarrollo de estas industrias lo encontramos en la perfecta horizontalidad de los terrenos limítrofes al Lago, los que, por tal causa, hallándose -51- inundados, no serán de utilidad si el drenaje no precede al cultivo, siendo de advertir que muchos de ellos, aun drenados siempre tendrán carencia de abrigo, hallándose en plena pampa y a merced de las heladas. Menos fríos son los terrenos situados al pie de los cerros que forman los contrafuertes andinos; pero la tierra en ellos es escasa, el terreno en mucho declive y las operaciones de arado y cosecha menos fáciles que en el llano.

Hallándose la llanura de Titicaca en región poco lluviosa del Perú y siendo escasísimas las lluvias en los meses de mayo a octubre, la sequedad del terreno en esos tiempos es fenómeno particular en aquella comarca. Y como las aguas de los ríos no han sido sacadas por canales para humedecer siquiera las tierras, los pastos se secan, toman color amarillento y son de escasa alimentación al ganado. Como zona ganadera, las pampas argentinas y las del Orinoco en todo respecto tienen inmensa ventajas sobre las lomadas del Titicaca, y si en ambas, poco hay que ayudar a la naturaleza, en Puno, el hombre casi debe hacerlo todo.

La Sierra norte del Perú sólo tiene dos cuencas: una de ellas forma el río Huallaga y otra el río Marañón. La del centro y la del sur, tres cuencas, cuyas aguas respectivamente originan el Mantaro, el Apurímac y el Urubamba. Tres de estos ríos nacen en el nudo de Pasco y los dos restantes en el de Vilcanota. De todos estos cinco, no hay ninguno que en tierra propiamente serrana tenga el largo curso que tiene el Marañón, ni que en sus primeros 500 kilómetros de longitud reúna tan pocas condiciones favorables para la navegación. Casi en iguales condiciones encuéntrase el Apurímac, no pudiendo hacer igual apreciación del Urubamba ni tampoco del Mantaro.

Río Marañón

Nace el Marañón en la cordillera nevada de Pelagatos, cuyos deshielos forman las lagunas de Huaihuac y Lauricocha. Atraviesa algunas provincias del departamento de Huánuco, y siguiendo su curso que casi siempre es N NO, pasa por las provincias de Huari y Pomabamba, corta la región aurífera de Pataz y al último sirve de lindero entre los departamentos de Cajamarca y Amazonas. Desde su origen corre por la profunda quebrada que el mismo se ha abierto por entre las cordilleras occidental y central que con rumbo al norte se desprenden del nudo de Pasco. Ya en Ancash lo encontramos muy profundo, muy cargado de agua y con cierta majestad en su descenso. Naturalmente, con mayor caudal y más encajonado al separar la provincia de Celendín de la de Chachapoyas. Desde Pomabamba se le cruza en balsas y aunque avanza silencioso y sin cascadas, su cauce continúa encajonado por altísimas montañas, ninguna de las cuales posee en abundancia tierras aparentes para el cultivo. Pocos ríos en el Perú tienen la inutilidad que el Marañón interandino en el largo curso que media entre su nacimiento y la confluencia con el Utcubamba. Ubicado en el fondo de un profundo cañón y al medio de dos altísimas cordilleras, cuyas cumbres entre sí no se hallan a mucha distancia, es poca la tierra de cultivo que ha dejado a sus orillas. Mejor suerte ha cabido a sus afluentes, aunque no a todos. Muchos de ellos, especialmente los de corta carrera no tienen en su curso un pedazo plano digno de atención. Ello es natural, descendiendo por grandes declives y habiendo podido horadar a su placer las quebradas por donde pasan. Si alguna meseta existe en las inmediaciones del Marañón, ella se halla casi colgada en los cerros y circundada por abismos profundos.

El espíritu se apena al contemplar desde las alturas la manera como el Marañón ha socavado el territorio por donde pasa. Lo que primitivamente fueron lagunas y planicies situadas a diversos niveles, algo parecido a la de Junín y al valle de Jauja, es ahora colosal y profunda hollada, comarca de barrancos y declives, zonas de numerosas quebradas, país rugoso, y en toda su extensión vuelto de un lado. Los que en viaje a Chachapoyas van en su demanda para cruzarlo en Balsas, con emoción pero también con displicencia le contemplan desde las altas cumbres. Desde ellas se le ve entrar y salir por cañones profundos, cañones que formó robando la cuantiosa cantidad de territorio que encontró a su paso, y que llevó hasta el valle del Amazonas. Visto desde esas alturas, el río, aparece como plateada y diminuta cinta, como algo perdido en las profundidades de colosales y estupendos cráteres. Si nos proponemos bajar a sus playas, nuestra mula necesitará diez horas de penosa marcha, y si queremos continuar viaje y ocupar la altura de la cumbre opuesta, será necesario caminar otras diez horas, y tal vez más. Y este viaje penoso que nos lleva desde las frías comarcas de las punas a las calurosas y palúdicas orillas del Marañón y que toma más de dos días, sólo nos proporciona un avance de 25 kilómetros, siendo esta mísera distancia que media entre ambas cumbres, la misma que en las pampas de Piura o de la joya cruzaríamos al galope del caballo en algo más de dos horas.

Los principales afluentes del Marañón interandino son, en Huánuco y Ancash, los ríos de Huallanca, Puccha, Yanamayo y Rupac; en Pataz, el Alpayaco, y el Nahuinbamba; en la Libertad y el Sur de Cajamarca, el Crisejas, el Zendoval, el Vilalla y el Laucán. Todos por

su escasa longitud -54- y por la carencia de amplios valles no han tenido condiciones para fomentar la riqueza de las regiones que atraviesan. Poco se obtuvo de ellos durante el coloniaje, menos en la República, no siendo muy halagüeñas las esperanzas que puedan cifrarse para el porvenir. Todo lo contrario puede decirse, en lo que toca a esperanzas, de los valles que riegan el Chamaya, el Chinchipe, el Utcubamba, el Nieva, el Ymaya, el Agapa, y ya en tierras de montaña el Santiago. Por desgracia, estos ríos irrigan tierras boscosas y despobladas, donde todavía la cultura y el progreso no han entrado.

Dedúcese de lo dicho, que es el Marañón antes de que se le una el Utcumayo, río de poco provecho, y que si por algo es notable, en sus cabeceras, es por la incomunicación en que ha puesto el oriente con el occidente en una tercera parte del norte del Perú. En tierra de montaña, como acabamos de decir, tiene afluentes de importancia que corren por el medio de riquísimas y planas comarcas, pero ninguna de las cuales hasta ahora es explotable por falta de población y caminos.

Río Huallaga

Tiene el Huallaga en su largo curso por el norte, mayor importancia que el Marañón. Atraviesa el territorio en línea casi paralela a éste, y al unírsele, descarga en su cauce igual cantidad de agua que la que el otro lleva. El Marañón es más serrano. Corre más tiempo por un suelo netamente andino, y por consiguiente a mayor altura sobre el nivel del mar. No le pasa lo mismo al Huallaga, el cual, hallándose más lejos del Pacífico, se ha abierto paso por entre cadenas de montañas menos altas. Por esto desciende más pronto a las tierras semiandinas.

No son muchos ni muy extensos los valles que el Huallaga forma en su larga carrera, en cambio, sus afluentes, -55- riegan las mejores tierras de cultivo que tiene el Perú. Fue en la colonia río explotado y tuvo en su cuenca poblaciones de importancia como Moyobamba y Tabalosos. La República no supo sacar ningún provecho de él por causas que ya expondremos.

Nace este río en el mismo mineral de Pasco. La quebrada de Pucayacu le da sus primeras aguas. Desciende con violencia y cuando llega a Ambo, en su rumbo hacia el norte, ya le vemos pasar con enorme caudal de agua. Mucho más lleva cuando atraviesa Huánuco, y posteriormente cuando entra en zona semimontañosa y toma hacia el este. Con dicho rumbo pasa por los valles de Chinchao y Panao, hasta llegar a Muña, donde violentamente se encamina hacia el NO, y recibe por la izquierda a los afluentes Chinchao, Cayumba, Monzón, Uchiza, Tocache, Mixioro, Huamcabamba y el Mayo que le viene del norte. Por la derecha, y a partir desde Muña hasta Chasuta en una distancia de 400 kilómetros, colinda con las famosas pampas del Sacramento, las que, por tener alrededor de 6000 kilómetros cuadrados de extensión, algún día tendrán tanto valor agrícola como tiene la provincia de Buenos Aires. Hállanse esas pampas, no solamente deshabitadas pues apenas viven en ellas unos cuantos salvajes, sino también casi desconocidas por el hombre civilizado. Aún más desconocido es el territorio situado a la izquierda del Huallaga, entre el Tocache y el Mayo, o sea una extensión de 180 kilómetros, territorio que nadie conoce porque nadie ha visitado.

En el departamento de San Martín, el Huallaga recibe al Mayo, afluente de importancia, no tanto por la cantidad de agua que le da, como por tener en su cuenca 400 leguas cuadradas de fértiles y planos terrenos, todos aptos para la agricultura.

-56-

Pasado Chasuta, sigue el Huallaga hacia el NO, cruza cañones profundos que le originan 42 rápidos, y termina su carrera interandina en el Pongo de Aguirre.

Una vez que sale de él, dejando hacia el occidente la cadena oriental de los Andes, se convierte en río navegable y forma parte de la región de los bosques.

No hay nada en el Perú que tenga la riqueza agrícola inexplorada que existe en la extensa cuenca del Huallaga. El Marañón posee en Jaén, en las hoyas del Santiago y el Chinchipe, ondulantes y fértiles valles muy ricos y muy hermosos, pero ninguno de ellos tiene la importancia de la Pampa del Sacramento, ni de las planicies que riega el Mayo y los demás afluentes que hemos mencionado. Hay en este pequeño mundo del Huallaga, tierra para algunos millones de hombres, hay climas deliciosos, hay agua en abundancia y en su suelo fructifican las plantas más nobles y más raras que tiene la Naturaleza. La República le encontró deshabitado, metido en el corazón del Perú, sin condiciones favorables para la navegación ni para construir caminos terrestres. Por estas causas no pudo hacer de sus tierras lo que ellas merecen. Si tuviéramos estas riquezas al lado del Pacífico, nuestra importancia agrícola sería igual a la de Cuba.

Uno de los ríos mejor estudiados por Raimondi en sus obras geográficas, es el Huallaga. Su descripción es interesante. Ella nos pone de manifiesto las dificultades inherentes a su navegación en la parte interandina, las mismas que impidieron la explotación de la cuenca en el primer siglo republicano. He aquí lo que nos dice de él:

El río Huallaga recibe un gran número de afluentes, tanto a la derecha como a la izquierda; pero en general, los ríos que le tributan por la derecha no son muy grandes, a excepción - 57- del Chipurana, que entra al Huallaga más abajo del Pongo de Aguirre, y que es el único digno de interés.

Entre los principales afluentes del Huallaga nombraremos el

Río Monzón.- Este río toma su origen de algunos ramales de la cordillera, en la provincia de Huamalíes, y baja a juntarse al Huallaga en Tingo María, que es el primer pueblo de la provincia litoral de Loreto. El río Monzón es navegable en parte por balsas y pequeñas canoas. Playa Grande o Pueblo Nuevo, situado en la orilla del río de Patayrondo, a media legua del río Monzón y a tres leguas de la confluencia de este río con el Huallaga, es el principal embarcadero para los habitantes de las montañas de Monzón que trafican por el Huallaga.

Río Huayabamba.- El río Huayabamba es el más grande entre todos los afluentes del Huallaga que hemos citado hasta ahora. Este caudaloso tributario del Huallaga, se halla formado en un gran número de riachuelos, que bajan en todos sentidos de los elevados cerros de la provincia de Pataz y del departamento de Amazonas. Su principal origen

parece ser el nevado de Cajamarquilla, que es el más elevado entre los cerros de la parte norte del Perú. El río de Huayabamba es navegable por un largo trecho y presta una fácil comunicación a los pueblos situados en sus orillas. Estos son: Huicongo, situado casi a tres leguas de la desembocadura del río Huayabamba en el Huallaga; Pachiza, una legua más abajo de Huicongo y Lupuna, en la misma confluencia del río Huayabamba con el Huallaga. Al principio de este siglo había en la orilla del río Huayabamba, a 20 leguas más arriba de su desembocadura otro pueblo llamado Pajaten; pero en el día apenas se notan los rastros.

Los ríos de Juanjuy y Saposo, que pasan por los pueblos del mismo nombre, son muy inferiores al precedente.

Río Mayo.- Este río es el más grande entre todos los tributarios del Huallaga; se conoce también con el nombre de Moyobamba porque baña la ciudad del mismo nombre. El río de Moyobamba se halla formado por la reunión de muchos riachuelos, que nacen de un grupo de cerros situados al NE de la ciudad; recibe, cerca de Moyobamba, dos grandes afluentes llamados Tonchiman e Indoche; y más abajo de Moyobamba, engruesan sus aguas los ríos Jera, Cachiyaco y Cumbasa. El río Mayo es navegable por veinte leguas más arriba de Moyobamba; pero a pesar de haber aumentado su caudal -58- de aguas, no es navegable desde la ciudad hasta la desembocadura por tener muchos malos pasos.

Estos obstáculos a la navegación del río Mayo, más abajo de Moyobamba, hacen que todos los efectos que vienen desde el Brasil por medio del Amazonas y del río Huallaga no puedan ser trasportados por aguas hasta la capital de la provincia, y sea indispensable hacerlos cargar por tierra, aumentando los gastos y de consiguiente su valor. Sería de suma importancia se hiciese un estudio detenido de todos estos malos pasos, para ver si se pudiera hacerlos desaparecer con pocos gastos. Con la navegabilidad del río Mayo, la ciudad de Moyobamba ganaría inmensamente, poseyendo en las inmediaciones, además del Mayo, otros ríos navegables, cuales son el Tonchiman y el Indoche, que permiten llevar a la capital de la provincia, con reducido costo, todos los productos agrícolas que se cosechan en el interior. A dos leguas antes de la desembocadura del río Mayo en el Huallaga, terminan los obstáculos que presenta este río a la navegación, y en este punto se halla situado el puerto de Juan Guerra, adonde se desembarcan los efectos que vienen por los ríos.

Río Parapurus.- El río Parapurus es mayor que los tres últimos y navegable por grandes canoas y lanchas. Este río desemboca en el Huallaga, por la izquierda, algunas cuerdas más abajo del puerto de Yurimaguas: es muy frecuentado por todos los habitantes de la provincia que hacen comercio con el Brasil o que preparan pescado salado en las orillas del Ucayali, los que remontando el Marañón y el Huallaga, entran en este río, y continuando su marcha hasta la confluencia de otro río llamado Cachivaco, entran en él y siguen navegando hacia el pueblo de Balsapuerto, que es el embarcadero principal. Del pueblo de Balsapuerto se traen las cargas a espaldas hasta la ciudad de Moyobamba. Casi en la confluencia del Cachiyaco con el Parapurus se halla otro puerto llamado el Varadero, en donde se embarcan los que vienen por el camino de tierra de Jeveros a Moyobamba. En la orilla del Parapurus, a dos días de subida desde su desembocadura en el Huallaga, hállase otro puerto llamado Muniches.

Río Aipena.- El último afluente del Huallaga es el apacible Aipena, cuya desembocadura se halla muy cerca de la confluencia del Huallaga con el Marañón. Este río singular se puede considerar formado por el exceso de agua de los ríos Huallaga y Marañón. En efecto, hállase situado en el ángulo formado por la confluencia de estos últimos ríos; corre en un terreno enteramente llano, de suerte que casi no tiene corriente, -59- y cuando el Huallaga o el Marañón se hallan crecidos, se abren paso al Aipena por medio de canales naturales. En los años que estos ríos crecen mucho, entonces el Aipena invade una gran superficie de terreno cubierto de árboles y da origen a verdaderos bosques subácqueos, que se extienden a larga distancia. El río Aipena se halla formado, como hemos dicho por las aguas de infiltración; éstas, hallándose por largo tiempo en contacto con las raíces, hojas y ramas que cubren aquellos vírgenes bosques, disuelven algunas materias orgánicas y adquieren el color amarillento particular, que tiene el agua del río Aipena, la que vista en grande masa parece negruzca.

El río Aipena es navegable en toda su extensión: su cauce tiene tanta regularidad que parece el de un canal artificial. En efecto, habiéndolo sondeado, casi de cuadra en cuadra, he hallado siempre ocho o diez varas de profundidad, en la parte media y 4 o 5 varas en la misma orilla. Esta regularidad en su cauce y su poca corriente, hacen del río Aipena el más a propósito para la navegación por medio de pequeños vapores.

Navegación del Huallaga.- Después de esta ligera revista de los principales afluentes del Huallaga, se podrá hacerse una idea del caudal de agua que lleva este gran río al Marañón y de la importancia que puede tener como medio de comunicación por la parte trasandina del Perú. Desgraciadamente, el río Huallaga, a pesar de poseer una suficiente cantidad de agua para ser navegable por medio de grandes embarcaciones, el tránsito de este río no carece de dificultades, y puede decirse que sólo más abajo del Pongo de Aguirre desaparecen todos los obstáculos que presenta a la navegación, de manera que sólo la cuarta parte de su largo curso carece de todo peligro.

El río Huallaga en todo tiempo puede ser navegado por vapores hasta el puerto de la Laguna; y en tiempo de creciente, pueden los vapores subir hasta el pueblo de Yurimaguas. Más arriba de este punto, el río Huallaga puede ser surcado por canoas aunque no sin peligro, hasta el pueblo de Tingo, María, situado a menos de 40 leguas de Huánuco.

El río Huallaga, desde Tingo María hasta el Pongo de Aguirre, presenta muchos malos pasos, adonde peligran las embarcaciones, perdiéndose todos los años numerosas canoas con sus respectivas cargas y a veces también, los hombres que las conducen. Estos malos pasos pueden reducirse a cuatro clases distintas a saber: 1.^a a una fuerte inclinación del cauce del río; 2.^a al estrecharse repentinamente el río entre dos rocas; -60- 3.^a a grandes piedras esparcidas en su mismo cauce; y cuarta a las vueltas bruscas o ángulos que forma el río en su curso. En el primer caso, bien se comprende que cuando el cauce del río tiene una fuerte inclinación, el agua correrá con mayor velocidad, y si este cauce es muy inclinado, el agua formará casi una cascada muy peligrosa para las canoas que bajan e imposible a la continuación de la marcha a las que vienen remontando el río.

En el segundo caso, esto es, cuando el río se estrecha repentinamente, se puede también comprender con facilidad, que una gran masa de agua, obligada a pasar por una especie de puerta y comprimida por la que continuamente va viniendo de arriba, deberá esta agua aumentar su velocidad. Además, en estos puntos en donde el agua se encuentra acanalada y las orillas cortadas a pique, aumenta la profundidad, de suerte que, los que vienen remontando la corriente, no hallan punto de apoyo para sus largos palos, llamados botadores, con que hacen adelantar la canoa, no pudiendo tampoco vencer la fuerza de la corriente con los remos. Estos malos pasos se hacen todavía más difíciles de transitar, cuando los ríos se hallan crecidos, porque siendo mucho mayor la masa del agua, esta ejerce más presión sobre la que debe pasar por esta encañada y le hace aumentar su velocidad de un modo notable. En este caso, se hallan todos malos pasos conocidos con el nombre de Pongo, entre los cuales citaremos el Pongo de Huayruro, situado entre Pachiza y la desembocadura del río de Moyobamba y el Pongo de Aguirre, que es, como hemos dicho, el último obstáculo que presenta el Huallaga en su navegación. Las Canoas que remontan el río son obligados a veces a detener su marcha algunos días para esperar que baje el río y que les permita pasar por esta puerta del Huallaga.

En el tercer caso, esto es, cuando el cauce del río se halle esparcido de grandes piedras además del peligro que hay de chocar por descuido con una piedra, sea a la superficie del agua, o debajo de ella, hay la dificultad de dirigir la canoa y evitar el peligro, de que la embarcación se estrelle, a pesar suyo, contra una peña. Cuando en un río se hallan muchas piedras, el agua es obligada a pasar entre ellas, como en el caso precedente de una encañada, aumentando su velocidad, y como estas piedras se hallan esparcidas sin orden alguno, se forman muchas corrientes parciales, que se cruzan y se dirigen en diferentes sentidos, dando origen a fuertes oladas que ponen en grande peligro las frágiles embarcaciones que se emplean en la navegación de este río. Un ejemplo de esta clase -61- de mal paso, es el conocido con el nombre de Yuracyaco, situado a algunas horas de marcha más abajo del puerto de Chasuta y poco antes de llegar al Pongo de Aguirre. Por último, cuando el río tuerce repentinamente formando un ángulo, el agua no puede continuar su recto camino; choca contra una de las orillas resultando una corriente en sentido contrario a la del río, y forma un remolino de agua muy peligroso por las Canoas cargadas que vienen remontando la corriente. Esta especie de malos pasos son bastante frecuentes en el Huallaga, y para dar un ejemplo, nos bastará citar el muy conocido con el nombre del Mal paso del Arpa, situado un poco abajo de la salina de Callanayaco, entre Chasuta y el Pongo de Aguirre.

Río Mantaro

El Mantaro nace al norte de la laguna de Junín. Describe una violenta curva a su salida y por varios kilómetros marcha hacia el este. En la primera etapa de su cursó atraviesa las

suaves colinas del nudo de Pasco. Su cauce en este trecho es profundo, sus aguas silenciosas y tan tranquilas, que por escaso desnivel pudieran navegarse. Después de pasar la Oroya, se encajona en los cerros de Cachicachi, corre con mayor velocidad y deja en sus orillas escasas tierras de cultivo.

Entra al valle de Jauja por una garganta situada al sur de la ciudad de este mismo nombre, y sin mucha corriente pasa por el medio de la más extensa y pintoresca planicie que existe en la sierra del Perú. Así como el Huallaga ha tenido influencia civilizadora en Ambo y en Huánuco en su curso netamente serrano, así también el Mantaro ha favorecido durante la República la vida agrícola de las poblaciones ubicadas en el valle de su nombre, siendo sus numerosos afluentes los que fertilizan las tierras que rodean los pueblos formados a derecha e izquierda de su curso, y algún día, las aguas del mismo Mantaro, servirán para la misma irrigación pero en más vasta escala.

-62-

En la parte sur de Huancayo el paisaje toma otro aspecto. Los contrafuertes de las dos cordilleras, que tan liberalmente se separaron a partir desde Jauja para dar al río paso por el medio de un hermosísimo valle, vuelven a unirse en Pucará, y de tal manera le estrechan, que apenas le dejan sitio para que pase entre empinados cerros. Ellos dan origen a numerosas gargantas, las que alternativamente se anchan y angostan sin perder nunca su carácter de tales. Así, apretado por ambas márgenes, sin tierras de cultivo importantes en sus orillas, sin hacer ningún beneficio a las comarcas por donde pasa y más bien horadando profundamente el terreno e interrumpiendo la comunicación de los pueblos que están en sus cercanías, el Mantaro, recorre algunos distritos del departamento de Huancavelica. En Tayacaja describe un semicírculo, y en su afán de buscar las tierras bajas de los bosques, perfora los Andes centrales y se abre paso entre ellos por el profundo cañón horadado al medio de altas montañas.

Si la cordillera occidental o sea los Andes que miran al Pacífico hubieran tenido rocas menos duras que las de la cadena opuesta, el Mantaro, en lugar de tomar al oriente hubiera desaguado en el Pacífico, y las pampas comprendidas entre Cañete y el sur de Nazca hubieran tenido todo el agua que necesitan para su irrigación.

A los 404 metros de altura sobre el nivel del mar, el Mantaro encuentra al Apurímac, se le une, y termina su larga carrera en la que no deja más bienes que los que hace en el valle de su nombre, que otros conocen también con el de Jauja.

En 1901, el doctor Ráez en su calidad de Subprefecto de Huancayo exploró el río Mantaro desde Pampas hasta su unión con el Apurímac. Tiene interés para el geógrafo -63- la hermosa descripción que hace de aquel río en el paraje en que se une al Eni.

Las fatigas del día debían ser, sin embargo, compensadas con el panorama que de «Montepunco» se divisa desplegándose ante la vista uno de los más hermosos valles del Perú; a la izquierda se divisa el «Mantaro»; al frente y a la derecha, el caudaloso «Apurímac»; y un poco más al N el «Eni», que cual inmensa serpiente, se arrastra orgulloso hacia el NE, por el centro de una inmensa llanura, cubierta toda de bosques seculares, formando a veces numerosos brazos y otras, uno sólo, potente y robusto; recibiendo a su

paso innumerables afluentes, y llevando el poderoso contingente de sus aguas al río más caudaloso del mundo. A diferentes distancias del «Eni», se ve muchas pequeñas lagunas, que forman sin duda este río en tiempo de sus mayores crecientes. Como a la mitad de su curso, se distingue una extensión o claro de terreno, de color rojizo, que a primera vista parece una gran ciudad y por entre el bosque y follaje de este inmenso valle, el humo de las fogatas de los infieles, que se eleva formando espirales.

De «Montepunco» para adelante, es necesario abandonar completamente las cabalgaduras so pena de rodar al abismo, y usar la sandalia llamada ojota o sucuy, que hace más firme la pisada en las rocas abruptas y desfiladeros infernales de que se forma la senda, apenas trazada, que conduce a «Buena libra», «Palmablanca» y luego Jerusalén, pequeños cocales de propiedad particular que se hallan a orillas del «Mantaro», no navegable aún, por sus muchos rápidos y saltos.

Desde Jerusalén y caminando con dirección E, fue necesario abrir trochas en el bosque, andando entre lianas y bejucos que daban buen trabajo a nuestros machetes, y hundiéndonos hasta cerca de la cintura en la hojarasca y los troncos podridos de los árboles, llegamos después de cinco kilómetros de marcha al último salto del «Mantaro» que merece detenernos.

Es esta una cascada de unos 10 metros de elevación, que deja debajo del arco que describe, un espacio por el que me han asegurado atraviesan algunos intrépidos, pasando así, de una orilla a otra del río, cosa que no he visto ni quiero creer, porque la gran aspiración que sin duda ejerce el agua al caer con tanta fuerza desde la altura, haría poco probable la conservación del centro de gravedad del que caminase en sus riberas.

-64-

Al contemplar este grandioso fenómeno, cuyo ensordecedor ruido contrasta con el silencio de los bosques, no puede menos de considerarse si la naturaleza dispuso que esa poderosa fuerza motriz, que sería tan envidiable en estos lugares para ser transmitida a largas distancias, por medio de alambres eléctricos, no había de servir para otra cosa, que para hacer más imponente la obra de la creación, en los solitarios parajes que le sirven de asiento. ¡Cuánta grandeza y majestad se ha encaprichado la naturaleza en sembrar en lugares donde la mano del hombre no pueda, quizá utilizarla jamás!

Siempre al E, y continuando la trocha con el machete a la orilla del río, que todavía forma rápidos y corrientes, y después de recorrer algo más de un kilómetro, se llega a un puerto donde el «Mantaro» se desliza tranquilo ya, cual río de aceite, y con suficiente profundidad y anchura para ser navegado por pequeñas embarcaciones en todo tiempo.

Desde aquí, en efecto, conserva el «Mantaro» una profundidad mínima de dos metros y una anchura de ochenta, y no presenta ningún salto ni correntada peligrosa, hasta su confluencia con el «Apurímac», cuyas aguas son rechazadas por las de aquel, en largo trecho. Este fenómeno se debe sin duda a la mayor gradiente del «Mantaro» que desagua a los 37 kilómetros del punto navegable por tres bocas: una con bastante caudal, y las otras con muy poco, asegurándose por los naturales, que estas varían más o menos, según la creciente del río. En ese punto, donde las aguas, al parecer fatigadas, moderan la velocidad de su

curso y hacen serena su superficie, es el que constituye el puerto desde el cual es navegable el «Mantaro», y el que me he permitido bautizar con el nombre «Puerto Romaña» en honor de Su Excelencia el Presidente de la República, que con tanto acierto rige los destinos del Perú.

Ya en «Puerto Romaña» la expedición, después de descansar un día, quiso estudiar por sí misma la navegabilidad del «Mantaro». Para el efecto se dispusieron dos balsas, cada una de las cuales fue ocupada por cuatro personas. El día 20 de junio, después de encomendar el éxito a la Providencia, nos pusimos en marcha a las 7 a. m., llegando sin interrupción alguna al poderoso río surcado por el coronel Portillo, meses antes, el mismo día 20 a las 12 a. m., después de 5 horas de navegación.

Nuestra expedición había terminado, habíamos llegado con felicidad al «Eni».

-65-

Nuestra serranía del sur, en la parte tributaria del Amazonas y no del Titicaca, tiene dos cuencas únicas, la del Apurímac y la del Urubamba. Ubicada la primera en plena cordillera de los Andes o sea en su parte más central y atravesando las aguas de su río el fondo de elevadísimas montañas, es mucho más serrana y menos beneficiosa al hombre que la del Urubamba. Hállase esta en parte oriental del Perú, teniendo por consiguiente como el Huallaga, poca extensión de tierra andina.

Río Apurímac

Nace el Apurímac en los nevados de Vilcanota y su primera aparición la vemos en el desagüe del lago Vilofrio a 4000 metros de altura. En su largo y tortuoso curso, recibe las aguas de las dos cordilleras entre las cuales está ubicado, tomando mayor cantidad de la que está al occidente. Su curso es N NE y sus principales afluentes en zona completamente fría son el Velite, el Santo Tomás, el Cotabambas, el Pachachaca y el Pampas. Ninguno de los cuatro primeros tiene el largo curso ni la importancia del Pampas, río completamente ayacuchano.

Corriendo el Apurímac y sus afluentes por el fondo de un terreno profundamente quebrado y andino, exceptuando Abancay, lo demás es pobre y miserable en terrenos de cultivo y hasta en planicies aptas para la ganadería. Si en su curso andino, el Mantaro tiene el valle de Jauja, y el Marañón la riqueza agrícola de Jaén, el Apurímac no tiene nada valioso en toda su carrera. Nace, corre y desemboca sin formar en sus orillas ni en las de sus afluentes, ninguna zona agrícola digna de convertirse algún día en un importante centro de civilización. Tiene la cuenca más profundamente horadada y el terreno más roto que existe

en el Perú. Nada más hondo ni más perpendicularmente cortado -66- que el cañón por donde pasa. Los abismos del Apurímac son célebres en la América Latina.

Fue el Apurímac durante la Colonia y época republicana difícil y obligado paso para la comunicación terrestre entre Lima y el Cuzco, paso que al fin ha sido salvado mediante la vuelta enorme que hoy se da por Arequipa para unir por ferrocarril aquellas poblaciones de Lima y Cuzco haciendo uso de la vía marítima del Callao a Mollendo. Siendo casi imposible en el terreno técnico cruzar el Apurímac para unir por ferrocarril el centro con el sur, será mejor no penetrar nunca en él, sino hacer el trazo ferroviario por las alturas andinas orientales de la cordillera occidental, atravesando en tan larga extensión las planicies que principian en Huancavelica y terminan en Sumbay, en el departamento de Arequipa.

El doctor Carranza, en un artículo de crítica sobre los viajes del señor Samanez por los ríos Apurímac, Eni y Tambo, hizo sobre el primero la siguiente e interesante descripción.

El Apurímac nace de la laguna Vilafro, provincia de Cailloma, a 15° 16' de latitud, corre en dirección NNE hasta el límite de la provincia de Canas; de allí cambia al ONO hasta cerca del Mantaro, donde vuelve a inclinarse al NNE; bañando en este largo trayecto las provincias de Canas, Acomayo, Paruro, Anta y la Convención, a la derecha; y Cailloma, Chumbivilcas, Cotabambas y Abancay, a la izquierda, para regar después las regiones orientales de Andahuailas, La Mar y Huanta, hasta unirse con el Mantaro para formar el Eni, a los 12° de latitud, según Paz Soldán.

En este trayecto recorre cerca de 3 en una extensión de 900, millas, por las inmensas curvas que describe en sus desviaciones longitudinales.

Su anchura y profundidad son tan variables como su caudal, siendo éste en la Banca próximamente de 260 metros cúbicos por segundo en su creciente media; aumentando después con las aguas del Pachachaca y del Pampas, cuyo caudal -67- puede estimarse aproximadamente en 200 metros cúbicos por segundo, en los puntos de confluencia y en la estación no lluviosa. El primero nace en la sierra de Aimaraes y riega el territorio de Abancay, desembocando en el Apurímac por la playa del Pasaje en el distrito de Huancarama, provincia de Andahuailas. El segundo nace en la provincia de Castrovirreina, y después de trazar una curva considerable entre las provincias de Cangallo, Andahuailas y La Mar, desemboca en el Apurímac, no lejos del Pachachaca.

Desde este punto, aumentan las aguas de aquel río un número incalculable de pequeños tributarios, de tal modo que en su confluencia con el Mantaro, su caudal puede apreciarse en 1200 metros cúbicos por segundo, según los datos indirectos que suministran los viajes del señor Samanez.

El Apurímac, en su largo curso, es un río siempre impetuoso, con un cauce, en general, muy estrecho y sembrado de rocas en más de dos tercios de su trayecto; explayándose algo desde Chaupimayo, en el distrito de Chungui, provincia de La Mar, a medida que el valle, a cuyo fondo corre, dilata por el E sus magníficos horizontes, volviendo a encerrarse en el angosto lecho del Eni, donde a intervalos baja la cadena de altas y ásperas sierras que lo

amuralla por la derecha, transformándose en risueñas colinas que se pierden a la distancia en el suave declive de hermosos oteros, que se levantan al frente de llanuras inmensas cubiertas de una vegetación gigantesca y sombría, coetánea acaso de los más antiguos imperios del mundo.

El agua que corre por los cinco departamentos de Junín, Ayacucho, Huancavelica, Apurímac y gran parte del Cuzco, se reúne en su profunda hoya; abrazando así, su red hidrográfica, un espacio de setenta y dos mil millas cuadradas.

La masa de sus aguas es considerable desde su origen, y llega a ser tan grande después que recibe al Pampas, que sería suficiente para hacerlo navegable por barcas en toda estación, si su impetuosa corriente y sus numerosas cascadas y rápidos no opusieran para ello dificultades y peligros casi insuperables, hasta cerca de su confluencia con el Mantaro.

Así, en el trayecto desde el Pasaje, o sea, desde la unión del Apurímac con el Pachachaca, hasta la playa de Simariva, en La Mar, el señor Samanez, encontró en sus exploraciones, entre otras, la cascada de Sombrero yok, donde el río precipita sus aguas con terrible ímpetu, contra una línea de rocas.

Enfrente de Chaupimayo, el Apurímac cae en una dislocadura -68- de su cauce, formando una catarata de seis metros de altura.

No lejos de Sapacani, hay un pongo estrechísimo donde las aguas del río chocan con gran violencia contra las peñas de sus flancos, haciendo imposible la navegación, ni por balsas.

Este pongo se encuentra cerca de Simariva. Más adelante, y en el distrito de Anco de La Mar, y no lejos de Quimalopitari desemboca el Mantaro en el Apurímac, y comienza el Eni; donde el señor Samanez, encontró a pocas millas, los temibles rápidos de Capasiarqui. Las aguas del Eni bullen allí entre espantosos remolinos, pero dejan un brazo navegable. Más abajo se presenta el canal de Packchapongo, formado por rocas perpendiculares y de imponente altura, en una extensión de mil quinientos metros, reduciéndose allí el cauce del río a 50 metros, de 600 que tiene antes de la entrada al canal.

Desde esa región, la cuenca del Eni, aumenta hasta 300 metros para estrecharse después, creciendo la rapidez de su corriente hasta ser de 6 millas por hora, frente a la isla Empalizada.

En el trayecto del Pasaje a Simariva, el Apurímac se explaya, antes de la cascada de Chircumpiari, hasta tener una anchura de 600 metros, por un pie y medio de profundidad en la estación seca.

Entre los afluentes de segundo orden descubiertos por el señor Samanez, figura el Quimbiri grande, que entra al Eni por la derecha, con un caudal tan considerable, que puede ser surcado por embarcaciones, muchas millas arriba de su desembocadura. Se cree que este río nace en la pueblo de Lucma.

Las márgenes del Apurímac presentan los más variados paisajes que puede contemplar el hombre. Unos abruptos e imponentes como los del Remolino a la Cueva, entre el Pasaje y Simariva; donde por todas partes se ven profundos barrancos y espantosos precipicios, medio oculto por espesísimos bosques; o los espléndidos panoramas, como los que ofrece la hermosa pampa de Capiro, en el distrito de Chungui, con sus oasis de palmeras; o perspectivas de una grandiosa solemnidad, como la que presenta el Eni en su origen, cuando la vista se pierde en la inmensidad de las selvas del E; o en el espacio azul de la cordillera, que cierra el poniente; en tanto que las aguas del río con su terrible agitación, despierta en el espíritu, ese instintivo terror que el hombre siente, ante la fuerza de la naturaleza, en sus revelaciones formidables.

-69-

En medio de esta naturaleza salvaje y bella, suele sorprenderse el viajero al ver campos cultivados, como los de Quimpitiriqui, en el distrito de Anco, donde una sociedad de chinos industriosos cosecha arroz y café para venderlos en Ayacucho, a 32 leguas.

En Chaupimayo, hay cañaverales y magníficos pastos que se extienden a mucha distancia de la margen izquierda del Apurímac.

Esta es la región de los cicales, del cacao y de la vainilla. Allí el caucho es escaso, y poco abundante la cascarilla de buena calidad.

El clima del Apurímac no es tan variado como sus paisajes y su flora. Una temperatura siempre elevada, entibia el húmedo ambiente de sus valles: siendo el calor muy intenso en la confluencia del Pachachaca, y en algunos otros parajes de sus riberas.

Tucker, en su exploración del Tambo, señala la temperatura de 24 centígrados para esta región, que debe aumentar dos o tres grados en la estación más cálida.

Nada puede compararse al calor que se siente en las playas areniscas del Apurímac, ni a la frescura de sus bosques, en esos días de un sol radioso.

Pero, una atmósfera dilatada por tan alta temperatura, y constantemente saturada de humedad por la enorme evaporación de un suelo cubierto de tan tupida vegetación, enerva las fuerzas del hombre; y aún cuando el vigor relativo de los Campas, que habitan en las márgenes del Apurímac, prueba que el clima es allí de cierta benignidad; se puede afirmar, sin embargo, que difícilmente prosperará en esas comarcas ninguna población de origen europeo, conservando la integridad primitiva de su vigor físico.

Las fiebres intermitentes que reinan endémicamente en algunos valles del Apurímac, serán, por otra parte, un poderoso obstáculo para que se aclimaten los que busquen en aquellas regiones hogar y trabajo, seducidos por la belleza y la fertilidad de sus campos.

Río Urubamba

El Urubamba nace en el nudo de Vilcanota y corre hasta Huambutío con el nombre de este nevado. Es casi paralelo al Apurímac en su parte interandina, hallándose separado de él por la cordillera central. Siendo esta su ubicación, tiene la cadena oriental de los Andes a su derecha, -70- la misma que por su lado opuesto da aguas al Madre de Dios. En tierra fría no tiene ningún afluente de importancia, lo cual se explica fácilmente no siendo muy ancha su cuenca y caminando por el medio de dos cadenas de montañas muy cerca la una de la otra.

Es uno de los ríos más importantes del Perú en el concepto de lo humano. En su curso interandino, tiene hasta Huambutío un suelo plano y fértil, suelo que hallándose cultivado en su mayor parte, alimenta a la población más densa que tiene el Perú. Ni el valle de Jauja aventaja al del Urubamba en la parte que lleva el nombre de Vilcanota. Ciudades como Cuzco, Sicuaní y Anta deben su importancia a la riqueza de las tierras que les rodean. Pasado Huambutío, pierde la anchura de su valle. Sus aguas corren encajonadas y torrentosas, pero antes de llegar al pongo de Mainique y de que se le unan el Paucartambo o Yavero y el Mishagua, lo cual acontece en tierras de montaña, forma los hermosos valles de la Convención. El Paucartambo, su principal afluente, es también un río interandino en buena parte de su curso, no así el Mishagua, que aunque nace en los deshielos de la cordillera oriental es muy poco lo que corre en tierras frías.

Luis M. Robledo, notable explorador cuzqueño recorrió el Urubamba desde su origen hasta su unión con el Tambo y publicó en 1889 una completa noticia de este río. De su opúsculo tomamos los siguientes interesantes acápites.

En el punto del contacto de las cordilleras de la costa y la oriental que se llama el nudo del Cuzco, donde se alzan, la más altas cumbres nevadas de esa sección de los Andes, arranca el valle del Urubamba o del Vilcanota de los flancos del nevado de este nombre por los 14° 31' 50" Lat. S. y los 73° 13' 4" Long. O de París. Luego bordea la base de la -71- cordillera que sigue rumbo al NO hasta tocar la base de los altos nevados de Ollantaitambo y Panticalla, donde el eje de los Andes toma rumbo franco al O. El valle corta transversalmente la cordillera con dirección N formando una estrecha garganta de erosión, para ir a perderse tras de un curso torrentoso y variable entre los contrafuertes septentrionales de la cordillera, en las vastas llanuras del N, donde confunde sus corrientes con las del Tambo o Apurímac, para formar el Ucayali por los 10° 43' 30" de Lat. S y los 76° 4' 49" de Long. O de París.

En este extenso trayecto desenvuelve un curso de mil cuatrocientos kilómetros, recorre los climas comprendidos entre los extremos de la puna donde nace y las ardientes llanuras de bosques a 200 metros de alturas sobre el mar, y atravesando las formaciones de terrenos más variados recibe numerosos e importantes afluentes que extienden el área de su cuenca al inmenso espacio de cuatro mil seiscientas leguas cuadradas aproximadamente.

Las condiciones topográficas más ventajosas, un clima sano y agradable y tierras fértiles con producciones variadísimas, han sido factores para que desde tiempos prehistóricos se hayan concentrado en esta zona grandes masas de población, cuyas sucesivas civilizaciones han dejado huellas imperecederas de importancia capital para el estudio de la primitiva historia americana. Allí se alzó ese poderoso imperio de los Incas, cuya cultura intelectual se inspiró en las escenas de esa naturaleza riente y fecunda y cuyas variadas producciones facilitaron sus progresos en las artes. Cuando los españoles llegaron al Cuzco quedaron sorprendidos de la cultura general y la densidad de la población que sólo en el territorio del departamento alcanzaba a más de ochocientas mil almas.

Hoy mismo es aquella sección la más poblada y productora del sur de la República, la más rica en elementos y la más preparada para iniciar el desenvolvimiento del gran programa que encierra la cuestión de nuestra región fluvial, que estriba sobre todo en ligar por comunicaciones que llenen las exigencias del comercio y la industria moderna, los puertos de los ríos navegables en los centros poblados y productores de hoy.

La vía del Urubamba une la meseta del Titicaca, en el extremo sur de la República, con los puertos del Amazonas en los confines del norte, y está llamada a ser columna vertebral del sistema de vías interiores del país, la gran puerta abierta a la inmigración del capital y del elemento extranjero y a la emigración que ha de partir de los centros de hoy. A ella están - 72- subordinadas invariablemente las vías orientales del Madre de Dios y del Purús, situadas a un lado de ese meridiano que recorre el corazón del país y que ha de reemplazar con ventaja el gran camino de las cordilleras que los Incas tendieron desde Chile a Quito como el nervio motor de su administración y poderío militar. A la apertura de esta vía de comercio universal está ligado el porvenir de la nación; tiene derechos de preferencia y de superioridad sobre las demás ventajas que vamos a estudiar luego.

El valle del alto Urubamba, comprendiendo en la denominación de valle las faldas y mesetas de las cordilleras que lo encierran, abarca toda la región de clima frígido y templado donde la población es más densa y la agricultura y las industrias existentes están más desarrolladas.

Desde luego, partiendo desde la frontera con el departamento de Puno, en encuentran las provincias de Canas y Canchis a uno y otro lado del río Vilcanota, que así se llama en esa sección el Urubamba, extendiéndose al norte por quebradas o valles secundarios, transversales, más o menos extensos, donde se cultivan los cereales como el trigo, la cebada y el maíz, papas y quinua, entre la escasa y raquítica vegetación de las Escalonias, Chachacomas y Queuña, de algunos saucos y el Quisuar, hasta las elevadas mesetas de la puna glacial donde no crece sino la paja con que se alimentan numerosos rebaños de carneros, llamas, alpacas y vicuñas. Limita la puna la muralla altísima de las crestas acantiladas de la cordillera cubierta de nieves perpetuas, donde ya no surge la vegetación, donde la vizcacha anida en las grietas de las rocas, y el cóndor se cierne sobre esas soledades de hielo bajo el cielo ora tempestuoso e inclemente, ora radiante y límpido de las cordilleras.

Ésta es la zona productora de lanas de oveja, alpaca y vicuña, la región de las minas de plata, plomo y mercurio. Allí quedan dentro del territorio de Canchis las poblaciones de

Maranganí y Sicuaní, término del ferrocarril del Sur, San Pablo, Tinta, Combapata y Checcacupe, situadas en las vegas del río y en comunicación con las mesetas de la puna por caminos que recorren las quebradas de Santa Bárbara, Tin[...]mba, Combapata Checcacupe, cuyas aguas afluyen al Urubamba, por la derecha; además hay un camino de las cordilleras que por fragosos y fríos parajes, practicables sólo para las llamas, conduce a la provincia limítrofe de Carabaya que recibe cereales de las provincias de Canchis y -73- Paucartambo, en cambio de oro, quesos, carnes saladas y tejidos groseros de lana.

De Urcos adelante principia esa otra sección del alto Urubamba que le ha dado su valle el renombre de país pintoresco y de delicioso clima. El río, ya muy caudaloso, se desliza tranquilamente en largos trayectos que invitan a la navegación de recreo, entre anchurosas vegas, que se continúan en suaves faldas hasta las pendientes de las sierras de ambos lados del valle o terminan al pie de enhiestas montañas de fantásticos acantilados que a su vez rematan en un extenso limbo de nieve eterna sobre el fondo azul intenso del cielo de las cordilleras. Y luego ese escenario radiante de luz y magnificencia, donde se alzan las moles colosales de los nevados de Calca, del Illahuamán y el Chicón sobre el Urubamba, del Padre Eterno, la Verónica y Panticalla sobre Ollantaitambo, a la entrada del cañón de la cordillera, forma el marco se puede decir de la escena primaveral que despliega el fondo del valle con sus vastas sementeras, sus bosques, sus huertas, con todas las deliciosas frutas de tierra templada, sus torrentes cristalinos que descienden en raudas cataratas desde las nieves a la vista, sus innumerables vallejuelos ocultos entre la arboleda en los hondos repliegues de las montañas.

Numerosas casas de hacienda, de construcción española de la época colonial y aldeas y poblaciones pintorescas, están densamente escalonadas a lo largo del valle, donde se ven también las más imponentes y hermosas ruinas de los monumentos que allí erigieron profusamente los Incas. Grandes admiradores de la naturaleza hermosearon esa tierra con sus más bellas y sólidas construcciones, tornándola en un vergel y sitio de recreo; recibiendo de su cielo radiante, de su clima primaveral, de las grandiosas escenas que se ostentan doquier, las inspiraciones de su vasta cultura, los refinamientos de su vida doméstica, el sello de sus costumbres y vida social, que han llegado hasta nosotros inmortalizados en la epopeya nacional de Ollanta, escrita en la lengua nativa con todas las modulaciones de esa variedad de influencias. Esa es la cuna del yaraví melodioso y sentimental, la tierra que ha inspirado las dulces estrofas de Vizcarra, el vate cuzqueño.

Allí se modela también el carácter nacional favorecido por la evolución etnológica de una raza robusta, rodeada de poderosos elementos en un vasto y fructífero campo de acción que sugiere grandes ideales y desarrolla poderosos alientos de prosperidad, desgraciadamente todavía muy aislados y no siempre coronados de éxito, debido a la dificultad -74- que opone la naturaleza misma, y más que todo a la falta de educación civil, a la carencia absoluta de preparación técnica en las manufacturas, la agricultura y el comercio que impiden la debida aplicación del capital y el fomento de la riqueza local.

En esta sección se encuentran a lo largo del río las pintorescas poblaciones de Huaroc y Andahuailillas, San Salvador y Pisac, donde se ven las famosas ruinas de Intihuatana, Taray, Coya, Lamay y Calca con el más plácido y pintoresco escenario y donde la bondad del clima registra a su favor las mayores proporciones de longevidad. Luego Urquillos,

Huailabamba y Yucay, el lugar de recreo favorito de los Incas; Urubamba, Ollantaitambo, inmortalizada en la leyenda con sus famosas ruinas y la extensa y pintoresca vega de Chilca al pie de la Verónica y el Padre, colosos en los que la nieve perpetua alcanza un nivel muy bajo.

A la izquierda del Urubamba y ligado a él por el espacioso valle de Huatanay, se encuentra el Cuzco en una elevada meseta en anfiteatro a 3496 metros sobre el nivel del mar, mientras que el valle de Yucay está entre 2900 y 2500 metros de elevación y a una distancia itineraria de la capital que varía de cuatro a siete leguas según la ruta que se tome. El Cuzco es el centro comercial y administrativo de todo el departamento, y sobre todo de la zona que nos ocupa y de la provincia de Anta que corre al N y al Oeste sobre las vertientes del Apurímac.

Hasta aquí el río flanqueando la base de la cordillera ha abierto su lecho entre los terrenos primitivos de los Andes y las formaciones sedimentarias que se recuestan a sus faldas. A partir de Ollantaitambo y Panticalla la cordillera toma rumbo franco al O y desprende en su dirección primera un ramal en el que se alzan los nevados de Lares y los altos picos de Condorsencca y Mesa Pelada, región donde se ostenta la más grande profusión de altos nevados que son una barrera fragosa para comunicar con los valles del lado norte. Es sugestivo observar que a cada desviación notable del eje de la cordillera real corresponde un ramal que lleva su dirección primitiva, abriendo un valle que es una cuenca hidrográfica que sigue todas las modificaciones y dirección del sistema orográfico del nuevo ramal. Hemos visto en el Ausangate formarse dos ramales y los valles por donde corren el Paucartambo y el Marcapata. El de Panticalla que ocupa el punto medio de la gran curva que forma la cordillera de Occidente a Oriente entre el Ausangate y el Salccantay, otro - 75- coloso de proporciones hasta ahora no bien apreciadas, se forman los valles del Yanatili y el Ocobamba, entre el ramal que desprenden los nevados de Lares en dirección Norte.

Hasta la vega de Chilca, al pie del nevado de La Verónica, el río acompaña la dirección de la cordillera bordeándola; pero en adelante la embiste de frente y la corta transversalmente con rumbo al NO dando origen a lo que puede llamarse el cañón del Urubamba, como el famoso del Colorado en los Estados Unidos; una estrecha garganta de erosión a través de las rocas cristalinas de las entrañas de los Andes, grieta que tiene una extensión de 16 leguas, un ancho medio de 300 metros en el fondo de la cuenca donde corre el río y una elevación de dos mil metros entre el nivel de las aguas y la altura media de las cumbres que bordean la garganta. Allí se pueden estudiar el fenómeno de la erosión en toda su magnitud y seguir su proceso que se manifiesta por muchas huellas que se encuentran a alturas enormes sobre el fondo del valle actual. En esta sección se muestran los más grandiosos panoramas de los Andes cuzqueños.

Con el pasaje de la cordillera principia el Urubamba medio, sección en extremo quebrada que se extiende en un trayecto de cuatrocientos kilómetros en que el río desligándose entre los contrafuertes de pizarra que cubren los flancos del N y E de la cordillera, cambia bruscamente de dirección, corre torrentoso formando enormes cataratas y remata con el Pongo de Mainique, otro pasaje de carácter igual al del cañón de la cordillera, en donde empiezan las llanuras no interrumpidas.

Para formarse idea de esta sección es preciso figurarse un río que arrastra 50 a 60 metros cúbicos de volumen por segundo, precipitándose por un plano inclinado en zigzags violentos, como los de un engranaje, entre aquella grieta profunda de cuyas paredes cubiertas de bosques, surcadas aquí por hondas quebradas que arrancan en ventisqueros a la vista, desgarradas allá por inmensos derrumbes que llenan el cauce del río convertido en una catarata vertiginosa cubierta de espuma, entre enormes rodados de granito, bajan numerosos torrentes de aguas cristalinas en raudas caídas. Una profusa vegetación tropical de helechos arbóreos, palmas, cedros, gramíneas gigantes, árboles de troncos enredados de lianas y tapizados sus troncos de orquídeas e innumerables criptógamas, contribuye a dar una vida maravillosa e imponente a este trayecto ensordecido por el fragor eterno del río despedazado entre las rocas.

-76-

El camino llamado de Torontoy bordea las márgenes del río, entre cuyas rocas el ingeniero ha abierto la angosta vía, en muchos parajes a través de la roca viva suspendida sobre el caminante, a manera de bóveda que refleja sobre su cabeza el estampido de la corriente convertida en espuma a 30 ó 40 metros bajo sus pies. Allí se admira atónito las formidables cataratas de Piccho y la de Potocusi o Media Naranja, para llegar al colmo de la admiración, presa de pavoroso estupor, ante el espectáculo formidable que se presenta al viajero en el sitio denominado Intihuatana o Puente de San Miguel. En este punto el río forma un vasto lago rodeado de bosques espeso y magnífico que remata con la cumbre empinada y desnuda del cerro de Intihuatana que se desmorona anualmente y forma a su pie un talud de rodados enormes, verdaderas ruinas de montaña. El lago se vacía por un angosto vertedero sobre el que se ha colocado un puente de hierro. De las barandas del puente cuyo calado se destaca sobre un fondo de extraordinaria magnificencia, se puede presenciar el río que despeña, en un plano inclinado de un kilómetro de extensión entre colosales rodados sembrados en el cauce formando saltos de más de ocho metros de altura, raudales vertiginosos, chorros de hirviente espuma que cubren las rocas, inundan las riberas o convertidos en vapor velan el caos de las revueltas hondas, cuyo estampido hace temblar el suelo, balancearse los árboles de las riberas inclinados sobre el abismo. Al estruendo ensordecedor que llena todo el ámbito del valle se mezclan la algazara de los pájaros que cruzan el aire, los gritos del arriero y el sonido de la esquila de las recuas numerosas que recorren este fragoso camino; todo bajo un cielo ardiente que derrama torrentes de luz que estallan sobre las aguas y las espumas, sobre las hojas de los árboles brillantadas por el vapor, sobre las siluetas oscuras de los picachos de formas fantásticas escalonadas en la falda de ambas riberas hasta alturas inmensas.

El valle del río Yavero es interesantísimo bajo muchos respectos, por el gran desarrollo de producción y explotación forestal que está llamado a promover una vez que se abra el camino al Puerto Samanez actualmente en construcción. Las lomas del Yaveroque también se llaman de Anchiuay se extienden por muchas leguas y forman una ancha franja de pastos bordeada de bosques. Estos pastales que hoy mismo mantienen mucho ganado son las dehesas más inmediatas al puerto de Urubamba del que distan diez leguas, y serán -77- el invernadero forzoso de todo el ganado en pie que se conduzca al Ucayali y después al Purús y Madre de Dios.

Estas lomas gozan de un clima delicioso que no es malsano como el de las quebradas vecinas, y dotadas de buenas tierras para la agricultura, convidan a la colonización inmediata. Los bosques del Yayero y del Urubamba en este trayecto son muy abundantes en vainilla, bálsamo del Perú, copal y cacao silvestre de primera clase. Pero la riqueza principal de esta zona está en la explotación del caucho y sobre todo en la gutapercha que abunda más todavía, y cuya existencia se ignoraba hasta que en agosto del 97 pasó por allí el coronel americano Joseph Orton Kerbey, antiguo cónsul del Pará, que encontró grandes manchas de los árboles de lúcumá que la producen. Sabido es que estos árboles de la familia de las sapotáceas rinden gutapercha igual a la que se obtiene en Borneo del Isonandra percha. Posteriormente el señor Castañeda encontró también en el valle del Yavero gran cantidad de estos árboles, de los que antes se habían sacado muestras de una resina que difería del caucho y del jebe y que no se sabía denominar.

El río Urubamba, después de una precipitada y borrascosa carrera oprimido por las sierras se lanza en un último ímpetu formidable contra la muralla de rocas y produce un portento de erosión. A la entrada del Pongo de Mainique descendiendo, el volumen inmenso y tormentoso de aquel río se precipita en una estrecha garganta cuyo ancho máximo es de 15 metros, entre elevadas paredes verticales cortadas a tajo y forman el tremendo remolino de Chubucuní que ocupa todo el ancho del canal, que es forzoso pasar con la canoa en el momento en que se llena el vértice para volverse a abrir minutos después. ¡Ay de la embarcación sorprendida dentro de su radio! Luego se desliza lentamente por espacio de una milla entre ese callejón sombrío, de cuyos costados se precipitan muchos torrentes de aguas calcáreas en rauda caída unas veces, en surtidores otras, cuyos chorros alcanzan hasta medio canal cubriendo el cauce con un mágico velo sobre el cual brilla el sol del cenit como en atmósfera iluminada entre las fantásticas decoraciones formadas por las estalagmitas de las fuentes calcáreas y las sombrías cavernas abiertas por las corrientes que se arremolinan impetuosas en ese trayecto de horrores y bellezas imponderables que termina con la grandiosa portada de Tonquiní, de entre cuyas paredes, perfectamente cortadas a pique, se sale a un vasto lago que forma el río, donde la luz se derrama a torrentes, pues las riberas -78- del bosque y las colinas quedan muy alejadas y se goza del amplio horizonte de los llanos. Aquello es la entrada triunfal de ese río vencedor de las cordilleras, a un nuevo mundo, al país de los llanos y bosques sin fin, donde sus ondas fluyen perezosas en inmensas curvas, arrastrando un caudal de promesas para la patria.

Estamos en el Bajo Urubamba.

En la llanura inmensa la selva primitiva, y en el horizonte, alejadas de ambos márgenes, las siluetas redondeadas de las colinas que forman las bajas cadenas que separan las vertientes del Urubamba de las del Mano y del Purús por el E y las del Apurímac por el O. Estas cadenas acompañan al río en todo su curso y en su misma dirección N, más o menos alejadas de las riberas, y de ellas nacen numerosos ríos navegables en canoa y lanchas que permiten el acceso de los bosques a grandes distancias de la costa, favoreciendo la explotación de las materias primas y su transporte.

Ríos de montaña

La región de los bosques, impropriadamente llamada montaña, sólo posee una cuenca hidrográfica y esta es la del Amazonas. Como hemos dicho ya, lo mismo pasa en la zona del Titicaca, no así en la sierra, donde hemos observado cinco cuencas y en la Costa 46. Para formarse idea de lo que es el Amazonas peruano basta decir que es el más importante de todos los ríos que tiene el Perú y también el mundo, y que en su paso por Tabatinga, en la frontera con el Brasil, lleva 20 metros cúbicos de agua al minuto. Su profundidad no es nunca menor de diez metros, llegando algunas veces a 250, y teniendo siempre canal libre para la navegación de vapores trasatlánticos. Su largo total es 4400 kilómetros, de los cuales 680 están en territorio peruano. Le forman el Maraón y el Ucayali en un punto situado a 113 metros de altura sobre el nivel del mar. Su rumbo es de oeste a este y su ancho de cuatro kilómetros cuadrados en su comienzo. Corre formando numerosas -79- curvas, y por esta causa, observado a grande altura desde un hidroavión, debe tener la figura de una descomunal serpiente. A pesar de su grandiosidad es monótono, por lo uniforme del paisaje. Sus orillas son planas, cenagosas y cubiertas de tupidos y altísimos bosques. Las prominencias de tierra cercanas a sus aguas son numerosas, y las únicas que dan albergue al hombre. En épocas de creciente sale de madre e inunda por muchas leguas las partes bajas que a su paso encuentra. En sus grandes irregularidades se inclina a cualquiera de sus orillas, dejando por este movimiento en las opuestas, numerosas playas, lagos, islas y pantanos. Su vaciante y creciente es lenta.

El Amazonas reúne condiciones hasta hoy invencibles para atraer hacia su valle la vida y la civilización que vemos en otros continentes. Posiblemente, sus tierras, serán las últimas que el hombre cultive en todo el mundo. Cuando todo esté poblado y las corrientes emigratorias no tengan donde ir, el sobrante de población existente en Europa, acosado por el hambre, buscará alimento en esas llanuras inundables. Hoy habitan la cuenca y no en el Amazonas propiadamente dicho, sino en sus afluentes, diminutas tribus salvajes. Nada más silencioso que las vastas planicies de nuestro oriente. Allí todavía no se siente el ruido de la vida, el choque del martillo, el mugido del ganado, la voz del niño en sus juegos. Quien quiera formarse idea de lo que fue el mundo en los primeros días de su creación, navegue en balsa, durante varios días los afluentes del Amazonas.

No existe en esta cuenca más medio de comunicación que el río, y este mismo resulta innavegable a vapor en toda su extensión. Por este motivo, el hombre, no ha tenido en los afluentes amazónicos otro vehículo de movilidad -80- que la canoa y la balsa. Esta para el descenso, aquella para la surcada, y en ambos casos, navegando sobre aguas correntosas o entorpecidas en su curso por palizadas, obstáculos que han dificultado el tráfico, haciéndolo pesado y peligroso. En tales condiciones, el único artículo que ha tenido y sigue teniendo demanda y que ha dejado grandes utilidades después de pagados los gastos de explotación, es el jebe y el caucho. Esta es la única industria que ha dado vida a la región

de los bosques, y que hasta cierto punto pero en mísera proporción la ha descubierto, la ha poblado y la ha semicivilizado.

A diferencia de lo que pasa en la Sierra y en la Costa, las aguas fluviales de la montaña hasta ahora no han servido para irrigar terrenos de cultivo. Únicamente son de utilidad para navegar sobre ellas, siendo posible que por algunos siglos más sólo tengan igual uso. Respecto a las tierras altas, es indudable que hay extensión y fecundidad en ellas, pero hallándose cubiertos de bosques, faltas de comunicación y habitadas por salvajes, difícil ha sido utilizarlas.

Cuanto ha hecho el hombre en los ríos amazónicos durante la primera centuria ha sido de importancia superior a sus fuerzas. Nada más digno de encomio que su labor viril y abnegada. Su triunfo fue completo en cuanto lugar pusiera su planta. Por desgracia, el clima, la ferocidad de los salvajes, su escaso número, su falta de capitales y lo nuevo del territorio, limitaron su acción a las zonas caucheras.

Alejandro Garland en su famoso libro El Perú en 1906, hace una ingeniosa división de los ríos que terminan en el Amazonas y los clasifica en 4 clases.

Primera clase

Los que nacen en la misma cordillera de los Andes y -81- tienen su origen en las vertientes interandinas a 4500 y hasta 5000 metros de altura sobre el nivel del mar. Fórmense estos ríos por el rebose de lagunas o pantanos más o menos a extensos que existen al pie de los nevados, y recorren antes de salir de las quebradas por donde pasan distancias enormes, corriendo sus aguas por el fondo de desmesuradas cuencas, abiertas muchas veces a mil metros más abajo de las planicies o cerros que los bordean. Su número llega a cinco y sus nombres son Mantaro, Huallaga, Marañón, Apurímac y Urubamba. Ninguno de ellos es navegable sino a mucha distancia de sus fuentes y por lo regular en forma amplia después de atravesar los pongos que les cierran el paso.

Segunda clase

Los ríos que nacen igualmente en la misma cordillera de los Andes y que también tienen su origen en alturas mínimas de 4000 metros, pero que se distinguen de la primera división en que ninguna cadena alta o prolongada los encierra por medio de un pongo, siendo así que por tal causa bajan libremente a las llanuras orientales y son navegables a distancias relativamente cortas de sus fuentes respectivas. Estos ríos, entre los cuales coloca al Madre de Dios, al Pachitea, al Perené, Morona, Tigre, Napo, Putumayo y Caquetá, sólo necesitan recorrer 100 a 150 kilómetros para llegar a niveles de 270 a 300 metros sobre el nivel del mar, niveles donde sus corrientes se deslizan con movimiento uniforme y suave, permitiendo la navegación en canoas, balsas y hasta en pequeñas embarcaciones a vapor.

Tercera clase

Los ríos que se forman ya en plena montaña, por la unión de dos ríos interandinos, o sea de dos grandes corrientes fluviales, ríos caracterizados, no sólo por la majestuosa -82-

amplitud de sus lechos, su lento declive y enorme caudal de agua, sino porque forman cuencas verdaderamente independientes. Entre estos coloca al Ucayali, formado por la unión del Urubamba y el Tambo; el Eni, por el Apurímac y el Mantaro; el Tambo, por el Eni y el Perené, y al Amazonas por el Marañón y el Ucayali.

Cuarta clase

Los ríos que no nacen en las alturas de ninguna cordillera, ni tampoco por la conjunción de dos corrientes, sino que se forman en plena montaña y en terrenos que se hallan a muy pocos centenares de metros sobre el nivel del mar, y que a pesar de esto tienen largo curso y notable caudal de agua. Entre ellos coloca al Yavary, al Yurúa, al Purús y otros de menor importancia.

-83-

Capítulo III

Cordilleras

Cuéntase de un viajero inglés que no teniendo palabras para explicar a un grupo de hombres científicos la accidentación del suelo andino peruano, sacó el pañuelo que llevaba en el bolsillo y después de estrujarlo lo tendió sobre una mesa que tenía delante.

-Estas arrugas que ven ustedes en este lienzo -les dijo- da una idea de lo que la naturaleza hizo en el suelo del Perú, suelo en el que existen desigualdades y rugosidades iguales.

La ciencia ha estudiado y encontrado las causas que dieron origen a este levantamiento andino. Ha encontrado también la sistemática orientación de sus líneas principales, las leyes que originaron sus cadenas, sus nudos, sus tramos, ramificaciones, contrafuertes, montañas, nevados y volcanes. Todo ello es de mucho interés para quien contemple los Andes en su aspecto geológico o netamente geográfico, pero no para quien desee apreciarlos en el terreno en que nosotros los buscamos. Para nuestro estudio, no son las estupendas alturas de sus picos, la soberbia majestad de -84- sus nevados, la imponente grandeza de sus planicies lo que debe llamarnos la atención, sino sus riquezas y las condiciones favorables o adversas para el trabajo y la comunicación. Al respecto debemos decir que si la naturaleza fue pródiga y puso en las serranías minerales en abundancia como no los tienen las demás cordilleras del mundo, en cambio estuvo mísera en darnos los medios adecuados para su

explotación. Nos dio carbón, oro, cobre, plata y cuanto mineral existe; pero los puso en las mismas crestas de las montañas, en parajes fríos, empinados, en sitios inaccesibles, a los cuales para llegar es menester hacer caminos de hierro que cuestan muchos millones de libras. En Chile, el carbón está a la orilla del mar. Por esta causa, sin grandes capitales, sin notables esfuerzos, Lota y Coronel han tomado el impulso que tienen. En el Perú, es imposible obtener carbón a menos de 2000 metros sobre el nivel del mar y siempre a grandes distancias del océano. Para llegar a Goyllarisquisga y a Jatunhuasi en Junín, es menester trasmontar la cordillera. Lo mismo sucede en los departamentos de Cajamarca, Ancas y Libertad, con excepción de Huayllay que se halla a 6000 pies de altura y a 60 kilómetros del mar, y a excepción también de algunos mantos situados en Pallasca y Huailas. Los yacimientos de cobre y plata hállanse todavía a mayor altura. Cerro de Pasco está a 4200 metros sobre el nivel del mar, Morococha aún más alto. El oro, por lo regular se halla en partes bajas, pero estas partes bajas, como son las de Carabaya y el Marañón están situadas más allá de la cordillera central y en muchos casos a más de 100, leguas del mar. Si Pataz estuviera en la costa del Pacífico, la explotación de su riqueza sería la primera del mundo. Hállase a 80 leguas del océano, y no habiendo podido la República construir -85- el ferrocarril que esta zona necesita, ha sido y sigue siendo un centro minero miserable. La riqueza minera de Ancas es también estupenda, pero estando las vetas materialmente colgadas en lo más alto de los cerros, y por tanto en sitios de difícil acceso, el hombre del primer siglo republicano no ha podido explotarlas. Mejor situados están el petróleo y el nitrato de soda, y debido a estas circunstancias sus zonas tienen la importancia que han adquirido. ¿Serían ambas fuentes de extraordinaria riqueza si se hallaran ubicadas en el Marañón interandino?

Si la altura en que están las riquezas mineras de la cordillera es para el Perú factor desfavorable para el desarrollo de dichas riquezas, aún es más desfavorable para la explotación de sus minerales, lo quebrado que es el suelo de nuestras serranías. Lo que en épocas recientes al solevantamiento andino, fueron ondulantes planicies, declives de monótono aspecto, son hoy terrenos quebradísimos. Apenas quedan vestigios de esas planicies en las punas y en los lagos. Todo lo demás está perforado y perforado sin piedad. ¿Quién, que ha viajado por el Perú, no recuerda haber visto absorto al llegar a las cumbres nevadas, la rugosa superficie, los profundos barrancos abiertos por los ríos? ¿Quién, al mirarlos, no ha sentido compasión por esta tierra tan terriblemente trabajada por los efectos hidrológicos?

Si es cierto que esta acción erosiva ha sido providencial para nuestro suelo y que debido a ella mantos y filones metalíferos tuvieron oportunidad de salir al sol, que de otra manera eternamente hubieran quedado enterrados, también lo es que para ir del mar a la cumbre de la cordillera no sólo es necesario subir y seguir subiendo y nunca cansarse de subir, sino dar enormes rodeos para salvar las -86- múltiples quebradillas que a cada paso cortan la quebrada principal.

Un viaje que tuviera por objeto pasar del Tumbes al Loa siguiendo de cerca las playas del océano, nos obligarla a caminar muchos días por terrenos accidentados y durante ese mismo tiempo a cruzar numerosos contrafuertes e infinitos espolones.

Si esto pasa en la costa, lo mismo acontece en la sierra. En ella nos perderíamos continuamente y jamás saldríamos de las mil quebradas y vericuetos que forman los Andes, si los ríos no orientaran nuestro camino. Son ellos los causantes del requebramiento del suelo que la acción geológica levantó; pero también son ellos los que dan paso a los caminos y los que han formado las tierras de cultivo que posee el territorio. Por desgracia, no siempre para ir de un punto a otro es posible seguir el curso de sus aguas, y en estos casos, la subida y bajada de los Andes es tan penosa como necesaria. Un viaje de Pacasmayo a Yurimaguas exige el cruce de cuatro cordilleras: la de occidente, las dos que forman el valle del Marañón y la oriental que pasa por Chasuta y forma el pongo de Aguirre. Yendo de Islay al Cuzco ocurre lo mismo; aunque sólo se atraviesan dos cadenas, la que pasa a inmediaciones del Misti y la que forma el nudo de Vilcanota.

Hablando de nuestras cordilleras en su aspecto físico en nuestro propósito de hacer deducciones de carácter económico, debemos repetir lo que ya hemos dicho, esto es, que para la comunicación terrestre, no hay nada que haya hecho el daño que ellas han causado y siguen causando. Estos Andes que al sur sólo tienen una cadena, la misma que separa a Chile de la Argentina, que en Bolivia, aunque tienen dos cadenas, en realidad sólo pueden considerarse -87- como una, estando unidas y formando sus terrenos lo que se conoce con el nombre de altiplano, en el Perú, en algunos puntos del norte se desparraman en cuatro ramificaciones, y en el sur, en Apurímac, Ayacucho y Huancavelica, forman sin orden ni concierto alguno un enjambre de subcordilleras. La comisión técnica que estudió el ferrocarril panamericano halló su más difícil tramo en la distancia que media entre Huancayo y el Cuzco. La proyectada línea tuvo que ser estudiada y trazada por los únicos lugares que proporcionan los encajonamientos del Mantaro, del Pampas y del Apurímac. Las gradientes y contragradientes, los túneles, puentes y curvas proyectados son tantos, que cuando el ferrocarril esté concluido no será económico, tampoco técnico, ni aún de satisfacción para los ingenieros americanos que intervinieron en su estudio preliminar.

También el Ecuador y Colombia tienen mejor disposición en sus Andes. El nudo de Loja reúne las cordilleras que vienen del Perú, y separándolas en sólo dos ramales, originan el extenso valle que con interrupciones de algunos páramos, da asiento a las poblaciones de Cuenca, Riobamba, Ambato, Latacunga, Quito, Ibarra e Imbabura. En Colombia, el nudo de Pasto origina tres cordilleras, la occidental, la central y la oriental y por las cuencas que forman corren las aguas del Atrato, del Cauca y del Magdalena.

Fue cosa fatal para este peruano territorio que la acción meteorológica no limara y destruyera en toda su extensión las partes elevadas de los Andes para que les hubiera dejado al igual de las que se encuentran en Huarmaca y Porculla. Este fenómeno, de haberse realizado en todo el Perú, habría originado dos circunstancias favorables: menor elevación en los Andes y por consiguiente facilidad para -88- cruzarlos, y mejor nivelación en sus terrenos, desde que los escombros limados habrían rellenado el fondo de las quebradas que en la Costa y la Sierra les son adyacentes. Si todos los Andes peruanos estuvieran a la altura que está Porculla y Huarmaca, todos los ríos de la costa correrían con la mansedumbre del Tumbes, del Chira y del Piura, y por el lado de la Sierra, todos los valles interandinos tendrían la extensión y la riqueza de los que riega el Chinchipe, el Santiago, el Utcubamba y el Mayo. Con el poder de la imaginación quitémosles a nuestros Andes cuatro mil pies de los 12000 que tienen por término medio, y las que hoy son frías e

inhospitalarias punas, planicies inhabitadas donde sólo crece el ichu, serían ondulantes terrenos propicios para el cultivo del trigo sin más riego que el agua del cielo. No quiso la Naturaleza hacer tan bienhechora labor en las cumbres de nuestros Andes, y es por esto que un silencio de muerte, una inamovilidad glacial, arrebatan al paisaje de nuestros páramos la vida y la poesía que el hombre exige a la tierra para morar en ella.

Podríamos conformarnos con la altura si la erosión de los flancos hubiera sido menor, si los descensos de las cordilleras en sus lados del Pacífico y de la montaña tuvieran la suave gradiente, la ondulante línea que encontramos en el oriente de la cordillera occidental, y de la cual tenemos un ejemplo en el espacio que media entre el túnel de Galera y la Oroya. No tienen los Andes en toda su longitud el insensible desnivel que observamos en los departamentos de Cajamarca, de Junín y de Puno en sus partes interandinas, y por esta causa, las cordilleras por el lado del Pacífico abundan en escarpados pasajes y profundos cañones. Si en el lado de la Costa esta alteración andina es imponente -89- y en el terreno apenas ha dejado sitio para construir caminos de hierro, como lo vemos entre San Bartolomé y Casapalea en la línea de Oroya, en las cejas de montaña, como ocurre en la línea de fronteras entre Chachapoyas y Moyobamba, en Carabaya y en las márgenes orientales del Apurímac y el Mantaro, llega al máximo. El camino de Tarma a Chanchamayo nos da una idea de lo que es el declive de los cerros en esos pasajes.

El doctor Carranza, disertando sobre la influencia de la cordillera de los Andes en el clima del Perú, en un magnífico artículo escrito en 1872 ha dicho lo siguiente:

Comparando la humedad y la prodigiosa vegetación del suelo casi horizontal de las inmensas selvas que se extienden al oriente de nuestra cordillera, con la eterna aridez y la sequedad de los desiertos del África, se puede apreciar la magnitud de la influencia que en el clima de la porción cálida de la América del Sur, ejerce la enorme elevación de sus regiones occidentales.

En efecto, supónganse reducida a su mitad la altura media de los Andes; el Amazonas quedaría convertido en un río mucho menor que el Magdalena; algunos de sus afluentes considerables desaparecerían, y el caudal prodigioso del Ucayali y el del Huallaga disminuiría en una proporción enorme; porque aumentando la temperatura media de la Cordillera hasta el grado a que llegaría por la reducción de su altura, es evidente que la cantidad de vapor atmosférico condensado por la radiación de su suelo, no representaría sino la mitad más o menos de la que hoy se precipita para formar los grandes ríos que riegan las selvas amazónicas.

Pero si la cordillera desapareciera, el vasto lecho del Amazonas quedaría casi seco, los bosques que sombrean sus riberas no existirían, y el espacio ocupado hoy por una vegetación gigantesca semejante a la de otras edades geológicas, sería la monótona continuación de las pampas de Buenos Aires, y tal vez, a excepción de algunos oasis, sería tan árido como la tierra de nuestra costa. Aquí sería la sequedad excesiva, la vegetación desaparecería de sus valles, y el paisaje tendría la inmutable uniformidad de sus arenales o el horrible aspecto de sus áridas quebradas.

La humedad del suelo y el estado higrométrico de la atmósfera de todo nuestro territorio se mantienen en su proporción actual, casi exclusivamente por la elevación de la cordillera que hace las veces de un inmenso aparato condensador, en el cual se precipitan las masas de vapor acuoso que los vientos arrastran de los dos océanos; y como hay una estrecha relación entre la temperatura de un clima y su estado higrométrico, siendo tan grande la influencia de la cordillera en la humedad de la atmósfera y del suelo de nuestra costa, es extraño que haya negado su poder perturbador en los fenómenos térmicos de nuestro clima.

Uno de los mejores artículos del doctor Óscar Miró Quesada en su libro Geografía Científica del Perú es el que versa sobre la cordillera de los Andes. De ese artículo tomamos los párrafos que siguen:

Al estudiar el suelo del Perú, lo primero que llama la atención es la inmensa cordillera de los Andes, formidable cadena de montañas que, como un gran empinado, recorre el territorio de nuestra patria a todo lo largo, de norte a sur, dividiéndola en tres zonas bien marcadas y completamente distintas: la costa, la sierra y la selva o montaña.

La importancia de los Andes en el Perú es enorme: la naturaleza de nuestros ríos; la ausencia de lluvias en la costa y su abundancia en la montaña; la variación de temperatura y de clima que hay en las diversas regiones de nuestro territorio, según sean más o menos elevadas; las distintas clases de animales y de plantas que existen en el Perú; las diferentes industrias nacionales; el género de ocupaciones y de vida de los habitantes de nuestra patria; gran parte de nuestra riqueza y también de nuestra debilidad y atraso como pueblo, se deben a la influencia geográfica todopoderosa de la cordillera de los Andes.

La gran influencia que ejercen los Andes en el Perú, se debe, sobre todo, a que convierten en lluvia el agua contenida en las nubes que los vientos alisios arrastran del Océano Atlántico. Estas lluvias, al caer en gran abundancia del lado de la cordillera que mira al Atlántico, producen la enorme fertilidad de nuestra región de los bosques, región del oriente o de la montaña, como también se le llama, y dan origen a ríos colosales, que como el Amazonas, el Ucayali, el Putumayo, el Napo, el Marañón, el Huallaga, etc., recorren, riegan y fertilizan -91- con sus aguas esas regiones del Perú. En otro capítulo estudiaremos, en detalle, cómo los Andes convierten en lluvia a las nubes que arrastran los vientos alisios del Atlántico; por ahora sólo diremos que siendo cadenas de montañas muy altas, las nubes tienen que elevarse mucho para pasar sobre ellas, y que las nubes, cuando se elevan en el espacio, se enfrían y al enfriarse, el agua que encierran en su seno se condensa y comienza a caer en gotas de lluvia. La cordillera de los Andes, por su altura, es, pues, la causa de las fuertes lluvias que fertilizan la región de los bosques peruanos. Como esta misma lluvia forma los ríos que corren entre los contrafuertes de la cordillera, en los valles de la sierra, y los que descienden por la ladera occidental hacia nuestros valles de la costa, resulta que la fertilidad y la vida de todo nuestro suelo depende de la existencia de la cordillera de los Andes, pues sin esos enormes cerros que transforman en lluvia a las nubes que vienen del Atlántico, casi no habría ríos en el Perú, y sin ríos, no crecerían plantas, ni vivirían animales ni personas en el suelo peruano.

Además, los Andes son la causa de la diversa naturaleza del suelo que pisamos en el Perú; sin ellos no tendríamos minas, pues en el esfuerzo gigantesco que hizo nuestro globo para que surgieran los Andes, brotaron del centro de la tierra las muchas sustancias minerales que componen el suelo del Perú.

La importancia que tienen, pues, los Andes en el Perú es enorme y, hasta cierto punto, decisiva: nuestro clima, la naturaleza de nuestros animales y de nuestras plantas, nuestras industrias y hasta nuestra civilización, dependen, en gran parte, de la influencia que ejerce la cordillera de los Andes sobre el suelo del Perú.

La cordillera de los Andes cubre una superficie de 1800000 kilómetros cuadrados y se extiende a lo largo de toda la América del Sur, desde Venezuela y Colombia hasta el Cabo de Hornos, pasando por el Ecuador, el Perú, Bolivia, Argentina y Chile. Su largo es de 7300 kilómetros. Su anchura media, de 500 kilómetros y su altura media, de 3500 metros sobre el nivel del mar. Esta enorme cordillera de la América del Sur corre por enmedio del Perú y divide a nuestra patria en tres regiones o zonas completamente distintas por su aspecto, sus producciones y sus habitantes: la costa, la sierra y la montaña.

Cuesta trabajo formarse una idea clara de lo que son los Andes. Cuando se contempla unas simples líneas negras en un -92- mapa, la inteligencia está muy lejos de imaginar todo lo que presentan de grande, de bello, de aterrador y de sublime esas sencillas rayas negras. Hay que pensar en cosas gigantescas; en cumbres que se elevan hacia el cielo como una amenaza de piedra, y en abismos que se hunden hacia abajo, como si quisieran penetrar en las entrañas mismas del globo; en quebradas donde serpentean ríos sonoros y pujantes, y en punas desiertas y frías, como heladas por la mano de la muerte; en el gris fúnebre de las rocas sin vegetación, y en la blancura deslumbrante de picos cubiertos por nieves eternas; en escarpados riscos que se elevan sobre el fondo pedregoso de las quebradas, con espantosa rectitud, y en el zigzagueo que dejan los «haicos» sobre la dura tierra de las cumbres más atormentadas. Todo reviste la severidad de las formas minerales; el paisaje es imponente, colosal y de extraña solemnidad. El hombre, perdido enmedio de las masas estupendas de los cerros innumerables, se siente anonadado y comprende la pequeñez y la miseria de su cuerpo mortal. Como un grano de arena en las playas, como una gota de agua en los mares: así se siente el hombre, absorbido, aniquilado en la inmensidad de la cordillera de los Andes, cuando viaja por la sierra del Perú.

Si a las alturas enormes, unimos la de una multitud de montañas y de contrafuertes de cerros que se entrecruzan y combinan de mil modos distintos entre las principales cadenas de la cordillera, formando quebradas, picos altiplanicies, páramos y lagos, y si, además salpicamos sobre ese conjunto formidable una serie de volcanes elevados, nos acercaremos un poco a la visión de los Andes del Perú.

La cordillera de los Andes entra al Perú por el sur en dos cadenas separadas; una que viene de Chile y otra de Bolivia. Ambos ramales se unen en el Cuzco, formando el macizo o nudo de Vilcanota. De aquí vuelven los Andes a separarse en dos grandes cadenas de montañas, llamadas cordillera Oriental y Occidental o de la costa. La cordillera Oriental es la que queda a la derecha, hacia el este, lado por donde sale el sol u oriente; de aquí su nombre de

Cordillera Oriental. La cordillera Occidental, o de la costa, es la que está a la izquierda, al oeste, lado por donde se pone el sol, u occidente, y de aquí el nombre de Cordillera Occidental. Esta cordillera corre paralelamente a nuestra costa.

Las dos cordilleras del sur del Perú se dirigen separadas hasta cerca de la ciudad del Cerro de Pasco, en donde se unen -93- para formar el macizo o nudo de Pasco, después de haber recorrido una distancia de 700 kilómetros de largo.

Del nudo de Pasco se vuelven a desprender tres ramales, que forman otras tantas cordilleras: la Cordillera Oriental, la Cordillera Occidental y una tercera cordillera que, como está situada entre las otras dos, en el centro del espacio que queda entre ambas, se conoce con el nombre de Cordillera Central. De estas tres cadenas, la Cordillera Occidental sigue siempre paralela a la costa; la Cordillera Central, a poca distancia de su origen, se dirige hacia el noroeste, formando ángulo con la anterior, pero varía pronto de rumbo, haciéndose su dirección más o menos paralela a la Cordillera Occidental, vuelve de nuevo a cambiar de rumbo y, después de describir una especie de gran curva, se junta a la Cordillera Occidental en el territorio del Ecuador, formando el nudo de Loja. En cuanto a la Cordillera Oriental, va disminuyendo poco a poco de altura, hasta unirse con la Cordillera Central, en donde termina.

El vasto sistema de montañas de la cordillera de los Andes, presenta a lo largo de todo su recorrido por el territorio del Perú, puntos muy elevados, que sobresalen de las montañas que los rodean: estos puntos o cerros aislados, son generalmente volcanes o picos prominentes de las cumbres más altas, llamados picachos. Pero además de estos picachos, que son como puntas agudas, como cumbres afiladas, los Andes forman, por el entrecruzamiento de sus cadenas, vastas extensiones más o menos planas, situadas a gran altura sobre el nivel del mar, que se conocen en geografía con el nombre de mesetas, pero que entre nosotros se llaman altiplanicies o punas.

La altiplanicie o meseta, comparada con las llanuras, es lo que una mesa comparada con el suelo. La superficie de la mesa es plana, pero queda más alta que el piso en que se apoyan las patas de la mesa; de igual modo, el suelo de la altiplanicie o meseta es plano, pero queda a gran altura, en vez de estar casi al nivel del mar, como la mayor parte de las llanuras. En los perfiles de la cordillera de los Andes que hay a la derecha, podemos comprender bien la diferencia entre las cumbres, los picos o picachos y las mesetas o altiplanicies. En el último perfil, en el de abajo, el trazo que sube desde la orilla del mar, en la costa, hasta los 4592 metros en plena sierra, representa las cumbres de la cadena occidental de los Andes. La punta que se ve a los 4592 metros, es un pico, que no viene a ser sino una cumbre alta y afilada. El trozo que se extiende entre ese pico y el pico que queda a la derecha, a los 5000 metros de altura, es la meseta o altiplanicie del lago -94- Titicaca, o altiplanicie del Collao, como muchos le dicen. Como se ve, la superficie de las altiplanicies es plana pero queda a gran altura; la del Titicaca queda a más de 3900 metros de elevación. En los otros perfiles se distinguen cumbres y picos, pero no hay ninguna altiplanicie, como la del Titicaca.

El accidente geográfico más notable en el Perú, es la cordillera de los Andes. Los Andes ejercen gran influencia sobre el clima, los habitantes y la civilización peruana, así como sobre el suelo, las plantas y los animales del Perú.

Los Andes se han formado, con todas las montañas del mundo por el arrugamiento de la corteza terrestre, debido a la contracción de la tierra. Su formación es un episodio en la historia de la formación geológica de Sud América.

Tomamos de los apuntes de uno de los cuadernos de Orografía del Archivo Raimondi, los siguientes datos sobre las alturas de la cordillera occidental.

De los cuarenta pasos o abras que ofrece la Cordillera occidental, los que corresponden a la parte sur y central del Perú son más elevados que los de la parte norte, de modo que aún la masa de la Cordillera va bajando de Sur a Norte.

Desde este límite con Bolivia, hasta el paralelo de Huamachuco, en 7° 45' de latitud sur, todos los pasos de la Cordillera occidental se hallan a más de 4000 metros de elevación sobre el nivel del mar, mientras de los pasos situados mas al norte, ninguno alcanza a esta altura.

No deja de llamar la atención el hecho de que todos los veintisiete pasos de la Cordillera occidental al sur de Huamachuco, sobre una extensión lineal de más de doscientas cincuenta (250) leguas, varían muy poco en su elevación sobre el nivel del mar. A excepción de cuatro puntos, en que la altura pasa de cinco mil metros (5000 m), en todos los demás se halla comprendida esta altura entre cuatro mil y cinco mil metros.

El paso más bajo de la Cordillera occidental, es el del pueblo de Huarmaca, en el departamento de Piura, que tiene solamente dos mil ciento ochenta y seis metros (2186 m) de altura sobre el nivel del mar.

La Cordillera occidental, geológicamente hablando, es la más moderna, esto es, se halla constituida de terrenos de más reciente formación que los de las demás cadenas. En efecto, se puede decir, de un modo general, que desde el paraje en -95- que dicha Cordillera entra por el Sur en el territorio peruano hasta los 15° de latitud sur, las formaciones volcánicas y principalmente las rocas traquíticas, son las más dominantes.

Desde los 15° hasta los 12' se observan de preferencia las rocas porfídicas y terrenos secundarios más o menos metamórficos. Por último desde los 12° para adelante hacia al norte, se hacen más frecuentes, entre las rocas eruptivas, diversas variedades de diorita que han levantado y trastornado los terrenos secundarios, introduciendo en estos numerosas vetas metalíferas, y entre los terrenos sedimentarios, los más dominantes, por su grande extensión, son los pertenecientes a la formación cretácea.

La cordillera occidental en la parte sur del Perú ofrece un aspecto particular; pues no presenta a la vista una serie continua de montañas cuya cumbre forme como una cresta con fuerte declive en ambos lados, sino una ancha y elevada faja de terreno casi llano o altiplanicie que tiene más de 4100 metros de altura sobre el nivel del mar y de la que se ven elevarse bruscamente colosales cerros, la mayor parte de los cuales se hallan cubiertos de nieve permanente.

Entre los 18° y 19° de latitud sur dominan la cordillera occidental, por su elevación, el pico de Sahama, que sirve de límite entre el Perú y Bolivia, los cerros conocidos con los nombres de Pomarape y Parinacota y el volcán Guallatiri que pertenecen al Perú.

Entre los 17° y 18° de latitud y poco más o menos al noroeste de los cerros Payachata, se nota sobre la misma altiplanicie de la cordillera occidental, otro grupo de cerros nevados entre los cuales el Chipicani llamado también Pico de Tacora; este último nombre se aplica aún al trecho de cordillera que se atraviesa en el camino de Tacna a Puno y a La Paz.

Después del Chipicani los picos más notables que se observan en la cordillera de Tacora son los siguientes: Chacapallani, Caracara, Quenuta y Pallahuari.

Siguiendo el curso de la cordillera occidental hacia el noroeste se encuentra en los valles del pueblo de Candarave, donde toma origen el río de Locumba, dos cerros nevados de los cuales el más grande es conocido con el nombre de Tutupaca y el más pequeño con el de Yusamani. Ambos cerros son volcanes extinguidos: el primero, o sea el Tutupaca, tiene dos cumbres, mientras que Yusamani tiene una sola y afecta una forma cónica muy regular.

Continuando hacia el norte y siguiendo siempre la línea -96- divisoria de las aguas que bajan a los dos océanos, se encuentran en el trecho de la cordillera occidental llamado del Huanzo, entre 14° y 15° de latitud sur tres grandes cerros nevados. Más adelante, en la misma latitud, pero más al oeste, en el territorio de la provincia de Lucanas, se interrumpe la cadena de cerros nevados, y la cumbre de la cordillera occidental en este paraje es casi llana, formando una altiplanicie que se conoce con el nombre de Pampa de Quilcata.

Siguiendo el curso de la cordillera se notan varios cerros nevados entre los 13° y 14° de latitud sur en el trecho de esta gran cadena que corre entre los departamentos de Huancavelica y Ayacucho. Más al norte se halla la célebre cordillera de Turpo y Cotay donde la cumbre presenta terrenos llanos y ondulados. Pero si este trecho de cordillera no tiene picos nevados, en cambio la planicie que media entre Turpo y Cotay es elevada y tiene más de seis leguas de ancho.

Desde este punto en adelante, la cordillera occidental ofrece, con ligeras interrupciones, una larga serie de cerros nevados, tales son: los de Pariacaca en el origen del río de Cañete; los de Tuctucocha que dan agua al río de Mala; de Piedra Parada entre Casapalca y Yauli; el Yanasinga cerca de la hacienda mineral de Morococha, a un lado del camino de Lima a Jauja; los nevados de la cordillera de la Asunción donde nacen el río de Santa Eulalia y de los cuales se extraía en otra época la nieve para el consumo de la ciudad de Lima; los de la cordillera de la Viuda en el camino de Lima al Cerro de Pasco y los de Quichas cerca del origen del río de Huara.

Pero de todos los cerros nevados que dominan la cordillera occidental o de la costa, los más colosales son sin duda los gigantes picos que forman parte de la cordillera blanca o nevada que ladea al callejón de Huaylas. Los principales son: el cerro de Huaylas que domina la población de Carhuaz, el cerro Huascán, que se eleva sobre Yungay y tiene dos picos. Este coloso es el más alto de todos, sobrepasando en altura al célebre Chimborazo que a principios de este siglo se consideraba como la más alta de todas las montañas de América; el cerro Huandoy que ostenta su blanca cabeza sobre la población de Caraz, y por último el gran nevado de Champará situado al sur de la hacienda de Urcón en el límite entre las provincias de Huaylas y Pallasca.

Continuando hacia el norte el curso de la cordillera occidental, se encuentra el cerro nevado de Pelagatos en el punto donde termina el departamento de Ancash y empieza el de La - 97- Libertad. Más adelante, a unas cuatro leguas antes de la población de Huamachuco, se halla otro cerro nevado conocido con el nombre de Huaylillas. Este cerro se llama también Cerro de la Nieve, porque abastece de este artículo a la ciudad de Huamachuco y también porque más adelante no se encuentran, en la cordillera occidental, otros cerros nevados; pues, como se ha dicho ya, esta gran cadena va continuamente bajando en su curso hacia el norte.

-98-

Capítulo IV

Océano

La superioridad del océano Atlántico sobre la del Pacífico por motivo de la longitud y naturaleza de las costas que baña y por la extensión de las cuencas fluviales que le alimentan, es punto indiscutible. Las costas del Pacífico llegan aproximadamente a 85 millones de kilómetros, ascendiendo a 105 millones las que baña el Atlántico. A éste, no solamente le tributan sus aguas casi todos los ríos de Europa y la mayor parte de los de África, sino también el San Lorenzo, el Misissippi, el Orinoco, el Amazonas y el Plata. Tiene el Atlántico una corriente templada que calienta y suaviza el litoral europeo; tiene el Pacífico en su parte sur otra cuyos efectos benéficos son dudosos.

Por esta y otras muchas causas, no ha tenido el Pacífico la importancia que tiene el Atlántico. Añádase a estas causas la incomunicación en que ambos océanos han estado hasta 1905 en que se abrió el canal de Panamá, y fácil será afirmar que nuestra situación geográfica en el mundo ha sido desfavorable, y que el Perú ha tenido para los efectos de su

vida económica todos los inconvenientes de -99- un océano, que más que océano ha sido para nosotros un mar Mediterráneo.

Durante los primeros cuarenta años del siglo XIX, cuando sólo se navegaba a la vela y cuando un buque que salía de Europa para el istmo de Darién o para voltear el Cabo de Hornos empleaba muchos meses en su travesía, era más fácil caminar por tierra a caballo entre Paita y Lima o entre Lima y Buenos Aires. Posteriormente, y a comenzar desde el año de 1840 en que se estableció la navegación a vapor en nuestros puertos, la vida marítima comenzó a cambiar y el océano Pacífico fue para el Perú, como sigue siendo ahora y lo será siempre, uno de sus más importantes factores de civilización. La obra del ferrocarril de Colón a Panamá y el establecimiento de cómodos transatlánticos ingleses, hechos en condiciones de cruzar el Estrecho de Magallanes, mejoraron aún más nuestra situación comercial, no obstante que por tener el Perú su costa a espaldas del mundo europeo, su progreso tenía que ser deficiente e inferior al de la Argentina y el Brasil. Tuvieron estas naciones, aún en la época en que nuestra riqueza fiscal era notable, preferencia de capitalistas y emigrantes. Le ha pasado al Perú por causa de su situación en el hemisferio, lo que a México con sus ricas costas del Pacífico y a Estados Unidos y el Canadá con los estados que baña el mismo océano. Fue menester que llegaran respectivamente a San Francisco y Vancouver las vías férreas que las unen al Atlántico para que estas regiones tomaran la importancia que tienen. Obstaculizada nuestra comunicación con el Istmo de Panamá por el norte y el Estrecho de Magallanes por el sur, Brasil y Argentina tuvieron la preferencia de los españoles e italianos que salieron de Europa en viaje a la América del Sur. No solamente las tenían frente a sus -100- territorios y a pocos días de navegación, sino que para venir al Perú estaban obligados a cruzar el Istmo o el Estrecho. En el primero, la fiebre amarilla dieztaba la población europea; en el segundo, los naufragios fueron continuos y la navegación era cara y larga. Ninguno de estos inconvenientes existió para los pueblos situados en Asia, y por esta causa nos trajeron emigrantes chinos.

Estos inconvenientes han sido salvados por el canal de Panamá. Él coloca al Perú en condiciones iguales a la Argentina, al Brasil y superiores a Chile; pero habiendo sido construido al término de la centuria republicana, sus ventajas son para el presente y lo serán aún más para el futuro. Nos vino muy tarde la comunicación interoceánica y su falta en todo el siglo XIX y buena parte del XX nos ocasionó una comunicación morosa e indirecta.

A este inconveniente ya salvado, hay que agregar al océano Pacífico peruano, otro también de carácter geográfico y de mayores proyecciones, como es el que causa a nuestras costas la corriente Humbolt. Ella ha limado cuanto ha podido nuestro litoral, dejándole casi en línea recta y de consiguiente con escasas bahías y poquísimas caletas. Si no fuera por los espolones de la cordillera andina y por la firmeza con que ellos se han impuesto al mar, nuestra costa no tendría ni islas ni puertos. Por causa de la citada corriente faltan a nuestras líneas marítimas la tortuosidad que vemos en el litoral sur de Chile, las numerosas ensenadas y golfos que existen en el Pacífico en esas latitudes, como también los centenares de islas que les son adyacentes. Por la misma causa no tenemos en el mar nada parecido al estuario del Guayas, ni a la bahía de California, ni al delta del Misissipi, como que la corriente peruana no ha tenido otra labor que borrar a su paso por el Perú cuanto estaba -101- en su camino. Si en Tumbes, por hallarse fuera de su influencia, han podido formarse tierras nuevas sobre lo que antes fue mar y éstas son las más fértiles de la región,

en las orillas del Chira, del Santa, del Majes y del Tambo, que son los más caudalosos del Perú, no ha podido repetirse el mismo fenómeno con los residuos terrestres arrojados al océano. Qué diferencia tan notable entre las costas del Perú y las que baña el Atlántico entre Terranova y cabo Hatteras. Aquí solo tenemos cuatro puertos dignos de llevar el nombre de tales y una isla de importancia por su tamaño: la de San Lorenzo. En esas costas norteamericanas son numerosas las islas, penínsulas, golfos y ensenadas. A este respecto no hay nada que iguale a las costas británicas. Si todo nuestro territorio estuviera rodeado por el océano Pacífico, qué gran país sería el Perú. Chile debe su grandeza al mar. Bolivia, su atraso a su situación mediterránea, y aunque es cierto que Argentina tiene muy poca costa en su parte poblada, en cambio, la pampa por sus facilidades para el tráfico tiene ventajas iguales a las que da el mar.

Hemos tratado del Perú en su relación con el océano en dos de sus principales aspectos: situación mundial y pobreza de sinuosidades en la costa. El primer inconveniente, ha sido salvado mediante la apertura del canal de Panamá; el segundo puede modificarse construyendo buenos puertos y reemplazando la vía marítima con el ferrocarril panamericano. Nos falta estudiarlo en las consecuencias que le irroga al litoral la frialdad de las aguas que conduce la corriente de Humbolt. Al respecto debemos manifestar que no hallándose científicamente comprobado que esa frialdad impida las lluvias en la costa del Perú, como se dice con insistencia, no es posible atribuirle en forma categórica efectos perjudiciales. Nuestras deducciones no pueden estar -102- fundadas en hipótesis sino en lo real. Por esto, en lugar de afirmar que la corriente fría de Humbolt perjudica la costa peruana, tenemos que decir lo contrario, estando probado que la temperatura de sus aguas disminuye el calor consiguiente a la zona tropical en que nos hallamos y es favorable a la abundancia del pescado en la estupenda cantidad que existe en sus aguas. Sin esta abundancia no habrían aves ni lobos por carecer de alimento, y no habiendo las unas ni los otros, hubiera faltado en la centuria que nos ocupa la gran riqueza que existió en las islas guaneras y de la que hoy queda la exigua cantidad que se produce de año en año. Como fuente de recursos no hemos tenido en la época republicana y en ella durante cuarenta años, nada que se iguale al guano. Él nos dio la renta más saneada que tuvo el Fisco. Siendo esto incontrovertible, el océano en cuyas aguas están las islas guaneras y los peces y las aves de que hemos hablado, tiene que ser considerado como el factor físico que más contribuyó durante la primera centuria al desarrollo económico de la nacionalidad.

Se descubrió el valor del guano en los momentos más críticos de nuestra vida republicana, en aquellos en que, el gobierno, sin crédito ni recursos, apenas tenía lo suficiente para sus más vitales exigencias. Su riqueza trastornó completamente la situación política y económica de la nación, y fue para el presupuesto y el crédito exterior la fuente de recursos más saneada que tuvo el Perú. Ella acabó con la anarquía, con la miseria, con la esclavitud del negro y el tributo del indio. No hay nada en nuestra vida económica, ni aún el salitre en la época en que nos pertenecía, que haya tenido la importancia del guano. En nuestro próximo libro, al tratar de las causas económicas, en extenso diremos mucho sobre este notable fertilizante.

-103-

Son principales componentes del guano, sales de amoníaco, arena, fosfatos térreos, sales alcalinas, agua y materias orgánicas. Es aprovechable en todos los climas y en todos los

terrenos y puede aplicarse a todas las plantas sin ninguna manipulación preparatoria. Es el abono por excelencia, el más fecundante de cuantos existen. Fue un elemento de vida para Europa en los precisos momentos en que millares de infelices parecían condenados a morir de hambre.

Los apuntes del sabio Raimondi traen la siguiente descripción de nuestras principales islas guaneras. Ellos fueron escritos en 1882.

Isla de Lobos de tierra.- Esta isla se halla a 10 millas de la costa y a 28 y media millas al N. 24° O de las islas de Lobos de afuera. Tiene 57 y media millas de largo y 17 y media de ancho y está rodeada de varios islotes y farallones.

La formación geológica pertenece a los terrenos cristalinos, siendo el granito la roca dominante.

Esta isla tiene todavía una gran cantidad de guano, habiendo sido explotado tan sólo una parte del gran depósito avaluado en 7347736 toneladas, en 1863, época en que se hizo la mensura.

Isla de Lobos de afuera.- Dos son las islas principales que forman el grupo de las llamadas Lobos de fuera, por hallarse a mayor distancia de la costa que la anterior. Estas islas, separadas una de otra por un canal de 26 metros de ancho, están situadas casi en el mismo paralelo del puerto de Eten, de cuyo lugar distan 49 millas y media. Su ancho máximo es de 1 milla y media, siendo la altura sobre el nivel del mar de 30 metros.

Las islas de Lobos de afuera tienen, muy próximos, algunos islotes y farallones; sin embargo ofrecen varios desembarcaderos, y entre ellos uno llamado por los pescadores del lugar Puerto grande, en el que hay algunas caletas muy cómodas para el desembarco. Tanto en el lado Norte como en el Sur, las islas, forman una ensenada; pero sólo la del Norte ofrece un tenedero seguro, siendo la del Sur enteramente desabrigada.

-104-

La constitución geológica de las Islas de Lobos de afuera es de cuarcita, roca debida al metamorfismo de un asperón o arenisca cuarzosa.

En cuanto al guano que en grande abundancia cubre tanto estas islas como la de Lobos de tierra, aunque haya sido explotado antes de la guerra con Chile por el Gobierno, y por los invasores durante ella, queda todavía bastante cantidad. En 1863 existían en las Islas de Lobos de afuera 607086 toneladas de guano.

El guano de estas islas es inferior al de las de Chincha, debido a que en las primeras no es solamente de aves marinas, sino mezclado con guano o excremento de lobos o focas, que se notan en gran número.

Los primeros análisis del guano de las islas de Lobos los hice yo hacen 34 años, habiendo obtenido, por el término medio de 6 muestras, 382 por ciento de azoe y 14,72 por ciento de ácido fosfórico.

En 1872, cuando se empezó la explotación del guano en estas islas, se mandó recoger muestras de distintos puntos, las que analizadas me dieron, para el guano tomado de la superficie y de consiguiente de peor calidad, 2,05 por ciento de azoe y 21,12 por ciento de ácido fosfórico, y para el de mejor calidad, extraído de la isla de Lobos de tierra, al NO de la bahía, 7,58 por ciento de azoe y 11 por ciento de ácido fosfórico.

Islas de Macabí.- El grupo de este nombre es formado de dos islas, situadas 6 millas al S 5° O de la punta de Malabrigo. Por su posición se distinguen en la Isla del Norte e Isla del Sur. Un canal de 35 metros de ancho las separa una de otra. La isla del Norte, más pequeña que la del sur, es, sin embargo, la más elevada, siendo su altura sobre el nivel del mar de unos treinta metros.

Estas islas tenían en 1863 una cantidad de guano evaluada en 681047 toneladas, que actualmente se hallan enteramente agotadas.

El guano de Macabí, aunque inferior al de Chincha, ha sido mejor que el de las islas de Lobos. El promedio de varias muestras analizadas en el mes de enero de 1867 ha dado 6,58 por ciento de azoe y 14,95 por ciento de ácido fosfórico. Hay que advertir que, a medida que se iba explotando las capas más profundas, iba continuamente mejorando la calidad, de modo que en el año de 1873 se exportaron de estas islas cargamentos que competían con el mejor guano de Chincha.

Islas de Guañape.- Bajo el nombre de Islas de Guañape -105- se comprenden dos islas grandes denominadas como las de Macabí, atendida su posición relativa, Isla del Norte e Isla del Sur, dos islitas situadas entre las grandes y algunos farallones. La isla del Norte es la más baja y más cercana a tierra, distando cinco y media millas al S SO del Morro de su nombre. La isla del Sur es elevada, siendo su altura sobre el nivel del mar de 165 metros, y cortada a pique en la parte que mira al Occidente. Ambas islas tienen fondeaderos tranquilos y seguros.

Las rocas dominantes en las islas de Guañape son de naturaleza anfibólica.

Estas islas, antes del año 1869, época en que comenzó la explotación del guano, tenían un depósito de este precioso abono evaluado en 1568550 toneladas; pero en pocos años de activa explotación se agotó completamente.

El guano de las islas de Guañape ha sido de calidad muy variada. La parte superficial, como en todos los depósitos de guano, hallándose expuesta a las intemperies y principalmente a la acción de la garúa del invierno y de algunas lluvias que de cuando en cuando suelen caer, queda como lavada de las sales amoniacales y de consiguiente empobrecida. Pero estas sales, sustraídas a las capas superficiales del guano, no se pierden, sino que penetrando más abajo van enriqueciendo las capas inferiores.

Esto ha sucedido con el guano de Guañape, el que en la parte superficial contenía solamente 4 o 5 por ciento de azoe; pero a medida que se fue profundizando aumentó su

riqueza en azoe, de manera que, como en las islas de Macabí, en los años 1873 y 74 se explotaban guanos tan ricos en azoe como el mejor de las guaneras de las islas de Chincha.

Pero lo que me ha llamado la atención en el guano de las islas de Guañape, es una capa de 7 pies de espesor, hallada a 35 pies de la superficie, de una materia muy liviana de color amarillo claro, enteramente distinta de las muestras comunes de guano, la que examinada al microscopio ofrecía una estructura semicristalina.

Esta materia sometida al análisis ha resultado ser formada en su mayor parte de oxalato de amoniaco; sal que hallé después en pequeños cristales, y a la que he dado el nombre de guañapita, para recordar su origen.

Es casi imposible explicar la presencia de esta sustancia en medio de las capas de guano, sin admitir que se han verificado distintas reacciones después de haberse depositado: reacciones -106- debidas sin duda a la acción del agua que se ha infiltrado a través de las capas de guano.

Un hecho en apoyo de lo que acabo de decir, lo tenemos en una especie de guano líquido hallado en una cavidad de la roca debajo del guano, y en haberse encontrado, casi sobre la roca, cierta cantidad de estercorita o fosfato doble de soda y amoniaco en trozos cristalinos y casi transparentes.

Islas de Chincha.- A once millas de la costa y en el paralelo del valle de Chincha, se halla el grupo de islas del mismo nombre. Las principales son tres y se distinguen con los nombres de Isla del Norte, Isla del Medio e Isla del Sur. Estas islas se han hecho célebres por los grandes depósitos de guano que contenían y que desgraciadamente tan desaparecido sin dejar, relativamente, un gran provecho para el país.

Las islas de Chincha, antes del año 1841, carecían de habitantes y sólo eran frecuentadas por millares de millares de aves marinas, cuyos excrementos iban formando los depósitos de guano que debían constituir más tarde la principal riqueza del Perú.

Fue después de dicha época que, informado el Gobierno del Perú del elevado valor que podía tener el guano en el comercio, empezó la exportación de dicha sustancia, la que fue aumentando tan rápidamente que en 1870 se había exportado ya, de las tres islas de Chincha, la ingente cantidad de nueve millones de toneladas.

En 1853, formando parte de la comisión encargada por el Supremo Gobierno de la mensura de la cantidad de guano existente en las islas de Chincha, pude ver, en la Isla del Norte, un corte en que el guano tenía 32 metros de espesor; y en algunos sondeos que hizo la comisión, en la Isla del Sur, se encontró poco más o menos el mismo espesor.

Al ver esa inmensa cantidad de guano acumulado sobre estas islas, muchas personas han dudado y algunas dudan todavía de que sea formado de excrementos de aves, forjando para esto diferentes hipótesis a cual más absurda.

En el Perú, el guano es conocido desde tiempo inmemorial, pues bajo la dominación de los Incas se conocía su origen y su empleo en la agricultura como lo prueba el siguiente párrafo de los Comentarios Reales del antiguo historiador Garcilaso que trata del modo como abonaban la tierra los antiguos peruanos:

«En la Costa de la Mar, desde más abajo de Arequepa hasta Tarapaca, que son más de doscientas leguas de Costa, no echan otro estiércol, sino el de los pájaros marinos, que - 107- los ai en toda la Costa del Perú, grandes, y chicos, y andan en bandas tan grandes, que son increíbles, si no se ven. Crían en unos islotes despoblados, que ai por aquella Costa; y es tanto el estiércol, que en ellos dejan, que también es increíble. De lejos parecen los montones del estiércol puntas de alguna Sierra Nevada. En tiempo de los Reyes Incas, abía tanta vigilancia en guardar aquellas aves, que al tiempo de la cría, a nadie era lícito entrar en las Islas, so pena de la vida; porque no las asombrasen, y echasen de sus nidos. Tampoco era lícito matarlas en ningún tiempo, dentro, ni fuera de las Islas, so la misma pena».

Por lo que acabamos de transcribir, se ve cuán conocido era en los antiguos peruanos el uso como abono, del excremento de las aves marinas, que se conoce con el nombre de guano, palabra que en la lengua quechua quiere decir, de un modo general, excremento.

Pero lo que quita toda duda sobre el origen del guano, es la presencia en él de plumas, huesos y huevos semifósiles, y por último, la igualdad de composición del guano con los excrementos que depositan en la actualidad las aves marinas que habitan la costa del Perú, si se exceptúa la mayor proporción de agua que contienen los excrementos frescos.

El guano de las islas de Chincha ha sido reputado como el de mejor calidad, pues casi desde la superficie tiene una fuerte proporción de azoe, que raras veces baja de 14 por ciento. Esto es debido a que en las islas de Chincha no llueve, mientras que el guano de las islas del norte del Perú está sujeto, de cuando en cuando, a la acción de las lluvias.

La formación geológica de las islas de Chincha pertenece a los terrenos de cristalización llamados primitivos, siendo la roca dominante una pegmática, formada de cuarzo y feldespatos de estructura cristalina.

En la parte O de la Isla del Norte, la roca adquiere algunas escamas de mica y pasa a una variedad de granito. En otras partes la mica es reemplazada por el talco clorítico y la roca toma los caracteres del protogino. Estas rocas se hallan inyectadas por algunos filones de trapp, bastante raros en la Isla del Norte y muy comunes y con dirección distinta en las otras dos. Estos filones varían en anchura desde unos 5 centímetros hasta más de un metro, y están a veces acompañados de vetas de petrosílex o de feldespatos compactos de color rojo de ladrillo, unidos a otros de petrosílex blanco.

La Isla del Norte, está situada a 12 millas al N 73° O del puerto de Pisco; tiene 33 metros de altura sobre el nivel -108- del mar, un poco más de una milla de largo y media de ancho. El fondeadero principal se halla en la parte norte de la isla.

En el año de 1853, época en que se hizo la mensura del guano existente en las islas de Chincha, la del Norte tenía 4389,477 toneladas, hoy no queda casi ni rastro.

La isla llamada del Medio se halla media milla al sur de la precedente. Aunque casi igual en superficie a la anterior, ha tenido una cantidad de guano mucho menor, porque la roca se eleva en la parte media, formando como dos promontorios casi desnudos de guano.

La cantidad de este abono hallada por la comisión encargada de la mensura en 1853 fue de 2505,948 toneladas, que han sido exportadas en su totalidad.

La Isla del Sur es la más pequeña de las tres y está separada de la del Medio por un canal de un cuarto de milla de ancho. En este canal hay varias rocas, de modo que tiene mal fondeadero. El mejor se halla en la boca este del canal. Aunque esta isla tiene una superficie más reducida que las dos anteriores, ha dado sin embargo una mayor cantidad de guano, siendo el depósito de mucho espesor.

La cantidad de guano encontrada por la comisión en 1853 en la isla del Sur, y hoy día completamente agotada, fue de 5680,100 toneladas.

Germán Stiglich, capitán de fragata de la marina nacional, en su derrotero de la costa, trae la siguiente noticia acerca de lo que llama: «Física del mar territorial del Perú».

Mirando desde las altas cumbres de la Cordillera Real de los Andes hacia el oeste, no lejos de ella, se encuentra el Océano Pacífico, que frente al Perú se presenta excepcionalmente apacible, pues jamás en él se han desarrollado las tempestades y ni siquiera los chubascos de agua que caracterizan a las costas vecinas del Ecuador y Chile.

En plena sección peruana del mencionado y tranquilo Océano, se deslizan tres enormes venas de agua como tres colosales ríos. Una es la corriente Peruana o de Humbolt. La segunda la corriente del Niño. La tercera es la de los Nortes. La primera con velocidad de una milla por hora es estable todo el año y recorre con un ancho medio de 150 millas nuestro litoral, de sudeste o Arica a noroeste hasta alcanzar el Cabo Blanco, en que se inclina bruscamente -109- hacia las islas Galápagos para perderse en Oceanía; es corriente fría. La segunda sólo se advierte en los meses de diciembre, enero y febrero y viene del río Guayas en creciente hacia el sur, es corriente cálida. La tercera se apercibe cuando predominan en nuestro litoral los vientos nortes, época eventual que queda también marcada por el alejamiento de la Corriente Peruana hacia el Oeste, con lo que queda paso para llevar estas aguas cálidas hacia el Polo Sur. En ciertos puntos del litoral peruano existen a la vez corrientes extraordinarias conocidas de los marinos, así como otras corrientes por lo general cerca de determinadas islas. Todas ellas son de débil intensidad.

Sobre el Océano Pacífico soplan los vientos alisios y los nortes. Los primeros con un ancho de cien millas, fijos todo el año, y llamados generalmente del sudeste. Son del sursudeste en el Perú; los segundos, ocasionales, son realmente del Norte, es decir de los nevados Andinos, por lo que son fríos. Hay además cerca de la Costa, dos derivados de los alisios; propias ventolinas, llamadas virazones, así como a las otras se les llama terrales. Las primeras vienen durante el día del mar o sea del Sur. Las segundas, durante la noche bordean el Continente, es decir vienen de tierra. Muy contados son los puntos de la Costa donde sopla el viento con alguna intensidad, siendo los más notables; Cabo Blanco, Mongon, Sangayan y Nazca. Tampoco faltan las calmas, sobre todo en el verano, que es justamente cuando el calor se hace más sofocante.

Las aguas del Pacífico en la Costa del Perú, por otra parte, no experimentan esa diferencia notable en otras partes, entre el flujo y el reflujó. Sólo alcanza en el Perú dos metros de diferencia máxima de mareas. En cambio, hay ocasionales bravezas de mar en casi todos los puertos del litoral no abrigados, y excepcionales cada quince años más o menos. También es de advertir que, felizmente en intervalos de casi un siglo, grandes olas o golpes de mar han ocasionado en nuestra Costa, tan tranquila por lo general, terribles desastres, pues pueblos enteros han sido barridos y los buques arrastrados a las playas.

El mar territorial del Perú está impregnado de infinidad de cuerpos orgánicos e inorgánicos provenientes de los continuos arrastres de detritus terrígenos y restos de plantas provenientes de los ríos que en creciente caen a él. El color del mar cerca de las costas es, casi todo el año gris claro, haciéndose oscuro azul conforme se penetra a mayores fondos. Sólo hacia las bocas de los ríos en verano, toma tinte amarillento, -110- y en cuanto a la algas, sólo se las encuentra muy cerca de la tierra en los puertos abrigados y peñascos.

Son pertinentes a este capítulo, los estudios sobre oceanografía hallados en los manuscritos de Raimondi. De ellos, en lo que atañe al océano Pacífico, tomamos los siguientes acápite.

Océano Pacífico.- Este inmenso depósito de agua que se extiende entre América y Asia y en el cual desaguan todos los ríos que bajan por la vertiente occidental de la cordillera más próxima a la costa, recibió el nombre de Océano Pacífico por las pocas tempestades que se experimentan en él, comparativamente a las que se sufren en el Océano Atlántico, pues el célebre navegante Magallanes que dio a este mar tal nombre, navegó en él más de 4000 leguas, sin un solo temporal.

Incalculable es la influencia que ejerce el mar sobre las comarcas que baña; y es realmente difícil, sin conocer los principales fenómenos físicos, formarse una idea exacta de las innumerables relaciones que existen entre el mar y el continente y que mantienen aquella admirable armonía que reina en la naturaleza.

En efecto, la evaporación que se produce en la inmensa superficie del mar bajo la acción de los rayos ardientes de un sol tropical, origina todos los vapores acuosos que, llevados por

los vientos a la frígida región de la cordillera, se condensan dando lugar a las lluvias que alimentan los ríos que bajan a la costa derramando la vida en todos los terrenos que bañan.

Este mismo mar es el que recibe el sobrante del preciso elemento vivificador cargado con los despojos orgánicos y minerales que arrastra del interior del continente, materiales que servirán después para la vida de los innumerables seres que pueblan sus abismos, o para la formación lenta de nuevas capas de terrenos que saldrán, quién sabe, más tarde a la superficie del líquido elemento, empujados por alguno de aquellos poderosos sacudimientos de la corteza de nuestro globo, tan frecuentes en la América del Sur.

Al mar debemos la suavidad del clima de la costa del Perú que contrasta con el excesivamente cálido de otros lugares tropicales situados en iguales latitudes; pues del mar, que baña la costa, salen aquellas frescas brisas cuya baja temperatura es debida al enfriamiento que sufre el aire al pasar sobre la corriente de agua fría que viene de las regiones polares y recorre toda la costa de Chile y del Perú.

En el mar tiene el Perú la más fácil y económica vía de comunicación que tanto facilita el comercio con las naciones limítrofes y el antiguo continente.

Al mar deben los habitantes de los pueblos ribereños un abundante y sano alimento.

Para facilitar la navegación y evitar los peligros a que están expuestos los marinos que recorren mares desconocidos, se han hecho prolijos estudios para la construcción de las cartas marinas, para cuyo objeto se han practicado en la costa del Perú numerosos sondeos que nos han dado a conocer la profundidad que tiene el Pacífico a muy poca distancia de tierra.

En la costa del Perú, en general, el mar es poco profundo cuando baña las tierras bajas y los valles cultivados; mas su profundidad aumenta en las inmediaciones de las puntas o cerros con rápida pendiente hacia el mar.

-112-

Capítulo V

Límites

Después del Brasil, que colinda con todos los estados de Sud América, menos con Chile, sólo Argentina y el Perú tienen la vecindad de cinco naciones. Las demás viven al medio de tres naciones, con excepción de Bolivia que se halla cercada por cuatro.

Paz Soldán, en su Geografía del Perú, publicada en 1860, daba en esa fecha a la República, las siguientes líneas de límites.

Los límites del Perú se arreglan al Uti possidetis del año de 1810; cuyo principio es reconocido en todas las secciones hispanoamericanas. Pocos estados tienen mejor comprobados sus derechos, respecto a sus límites; sin embargo la codicia por una parte, y el deseo de fomentar la discordia por otra, ha dado origen a disputas con las Repúblicas vecinas del Ecuador y Bolivia. Como nuestro objeto no sea citar hechos falsos, bajo el pretexto de defender nuestra patria; al determinar los límites, nos apoyamos en la Real cédula de 1802, en la geografía del general Neo Granadino Mosquera respecto al Ecuador y Nueva Granada. En cuanto a Bolivia, en documentos antiguos y resoluciones de los Virreyes: con el Brasil en el tratado de San Ildefonso, de 1777; y siempre en todos los casos en los tratados vigentes y en la material -113- posesión. La respetable autoridad de Humboldt y de algunos otros geógrafos, cae en tierra ante la verdad de los documentos y la materialidad de la posesión. En esta virtud diremos que:

El Perú linda al Norte con las Repúblicas del Ecuador y Nueva Granada. Son límites el Río Putumayo subiéndolo treinta leguas hasta que, por sus raudales y saltos inaccesibles deja de ser navegable. De allí una línea recta hasta la confluencia del río Napo con el Aguarico, que es casi a 1° y $55'$ de latitud sud y 77° de longitud O París; de suerte que el Napo corresponde al Perú desde su embocadura en el Marañón 70 leguas arriba. De este punto de confluencia hasta el pueblo de Andoas en el río Pastaza: el pueblecito de Andoas está en la confluencia del río Bombonaza con el Pastaza casi a los 2° $30'$ latitud S y 79° $15'$ longitud O París, y allí reside autoridad peruana. De Andoas se baja en línea recta hasta la confluencia del río Canchis con el Chinchipe: de este punto situado a los 4° $5'$, se sube también en línea recta hasta el pueblecito de Macará por la Quebrada de Espíndula. De Macará subiendo por la quebrada de Pilares se va hasta el pueblo de Pachas y de aquí se tira una línea para unirse con el lindero cerca del pueblo de Santa Rosa, situado a los 3° $21'$ latitud S y 82° longitud O de París. Quedando por consiguiente en el terreno peruano los terrenos de quijos y canelos, y los jíbaros y otras naciones semibárbaras.

La exactitud de estos límites está comprobada con numerosos documentos que existen en los archivos del Perú.

Es muy falsa la política del Ecuador al pretender terreno queriéndose apoyar en derechos que no existen. Examinando la conveniencia de la división territorial y excitando la generosidad del Perú, conseguirán lo que no podrán obtener con las armas ni la sofistería.

Por el Sur los límites del Perú son la quebrada de Tucupilla o Duendes, casi a los 21° $32'$ latitud S, lindero marcado desde 1763. Aquí principia el desierto de Atacama, perteneciente a Bolivia.

Por el Este limita con el Imperio del Brasil y con la República de Bolivia. Los límites con el Brasil son, según el tratado de 23 de octubre de 1851: la población de Tabatinga y de esta para el Norte la línea recta que va a encontrar de frente al río Yapurá en su confluencia con el Apaporis y de Tabatinga para el sud el río Yavary, desde su confluencia con el

Amazonas hasta su origen, de allí una paralela cerca de los 10° de latitud. Estos límites con el Brasil -114- fueron determinados de un modo que da a conocer la habilidad de una parte y descuido de otra. Felizmente en el tratado se determina que una comisión mixta reconocerá la frontera conformándose al principio *Uti possidetis*, proponiendo sin embargo los cambios de territorio que se creyeren oportunos. De no ser así, el Perú perdería más de 80 leguas de las orillas del Marañón y el triángulo formado por el Yapurá, el Amazonas y la línea pretendida por el Brasil, El Perú tiene un derecho incontestable a que sus límites por el E principien en la confluencia del Putumayo con el Amazonas, y no en Tabatinga como se quiere. La política del Brasil es anexadora, valiéndose de pretextos que no debemos calificar. No dudamos que el Perú reclame el inmenso territorio que se le pretende arrebatarse, bajo falsos supuestos.

Debió también haberse determinado previamente el origen, curso y otras circunstancias, relativas al Yavarí, de que sólo se sabe que entra en el Amazonas a 4° 38' latitud S una legua más abajo del pueblo de Tabatinga, y que parece que es un derrame del Apurímac. Vese por lo dicho que está todavía mal definido el confín oriental del Perú, con pérdida de territorio.

Desde la línea paralela tirada a los 10°, que sirve de límite con el Brasil, se baja una línea de N a S. Después se sigue la cordillera de N a S -sirviendo de lindero hasta los 15° 28' de latitud y 71° 45' O de París, que nos divide con la República de Bolivia, hasta encontrarse con el río San Juan del Oro, que sigue su curso aguas arriba hasta los 13° 40' a orillas del Titicaca.

De la laguna del Titicaca se tira una línea recta hasta el río Desaguadero por el estrecho de Tiquina, quedando el pueblecito del Desaguadero al lado de Bolivia. De este punto se tira una línea recta S O hasta el nacimiento del río Mauri, y continúa el lindero por la misma cumbre de la Cordillera, hasta que se encuentra con el lindero que sube por la quebrada de Duendes. Estos son de hecho los límites con Bolivia; pero de derecho y por el orden natural del terreno, el límite debería ser el estrecho de Tiquina, como se puede ver en un expediente organizado por el Intendente de Puno el año 14; evitándose de este modo las continuas dificultades que resultan de que el pueblo de Yunguyo, situado en el istmo de la península de Copacabana, sea el límite entre ambas naciones.

Hoy (1920) nuestros límites indiscutibles son la línea -115- Apaporis-Yavarí, el río de este nombre y una línea sinuosa en las cabeceras del Yurúa y el Purús. Esto por la parte del Brasil; por la parte de Bolivia, la confluencia del Yaverija con el Acre hasta el Heath en el Madre de Dios, el Heath y el Tambopata, la cordillera de los Andes desde Palomani, una línea por en medio del Titicaca hasta el Desaguadero y la cordillera Occidental de los Andes.

Quedan por resolver los límites del sur hasta el río Loa, los del Ecuador y Colombia o sean varias líneas sinuosas desde la ensenada de Santa Rosa en el Pacífico hasta los puntos en

que dejan de ser navegables los ríos que desaguan en el Marañón y Amazonas por su parte septentrional.

Límites con Chile

Hasta 1883 el desierto de Atacama nos separó de Chile. El tratado de Ancón nos lo puso en la parte austral, y desde la época en que dicho tratado se firmó, el Perú no ha tenido tranquilidad en sus relaciones internacionales. Si Chile, en lugar de estar situado en la vecindad de Bolivia y Argentina hubiera sido colocado por la naturaleza en el Atlántico, en Centro América o en cualquier otra parte, nuestra situación política y económica estaría hoy a la altura de la que ocupa la Argentina. Coincidió su posición austral respecto a nosotros, con la existencia de riquísimos yacimientos de salitre en su frontera, y aunque anteriormente a la guerra del Pacífico, como ya hemos dicho, el desierto boliviano nos separaba de él, su persistencia en apoderarse de ese desierto nos obligó a vivir en tanta alarma como si le hubiéramos tenido; a la orilla del Loa. Por desgracia, la mayor parte de los peruanos que figuraron antes del año de 1879 carecieron de eso que se llama el sentido -116- de la realidad. En la defensa que hicieron de Bolivia dejáronse llevar únicamente por sentimientos de americanismo. No se dieron cuenta de que nuestra política internacional en los asuntos de Chile y Bolivia más que altruista debió haber sido egoísta; y no por cierto para apoderarnos de la costa boliviana sino para defender nuestra provincia de Tarapacá, amagada por las pretensiones conquistadoras de Chile desde 1842, época en que el diminuto grupo conservador que le gobernaba en Santiago, pensó algún día llegar hasta Arica.

Mirados hoy los acontecimientos históricos del siglo pasado con la claridad que tienen los sucesos realizados, nuestra mente se confunde y nuestro espíritu se abate al analizar lo que fue la psicología de nuestros gobernantes en los años que precedieron a la guerra del Pacífico. De todos ellos fue el Presidente Castilla, que entre chilenos vivió en diversos tiempos y que les vio actuar con voluntad inquebrantable para demoler la confederación santacrucina, el que penetró mejor en los ocultos y tenaces propósitos de Chile. Tuvo visión clara de su época y comprendió que a Chile no le quedaba sino la ruina o la conquista. Por esto, durante los muchos años que gobernó al Perú se preocupó de educar marinos, de comprar buques y de colocar nuestra escuadra a la cabeza de todas las de la América del Sur. Y es que fue el único hombre de su tiempo que supo sacar provecho de la historia patria al tener en cuenta que el poder de España en el Perú y la estabilidad de la Confederación Perú Boliviana estuvieron perdidas desde el momento en que el poder naval de uno y otra fueron barridos del mar. Testigo presencial de los movimientos sorpresivos de la escuadra de Chile, respectivamente en 1821 y 1836 y -117- sabedor de lo que significaba para el Perú tener la riqueza del guano en el mar, comprendió su situación, sus peligros en el océano y en tierra y la necesidad de armarse.

Castilla murió en Tiviliche en 1867 en los momentos en que batallaba para subir nuevamente al poder. Su muerte para los asuntos internacionales del Perú fue de fatales consecuencias. El mando supremo que le hubiera correspondido durante los años de 1868 a

1872 si hubiera vivido aún, le fue dado al coronel Balta, testigo presencial de los avances de Chile en territorio boliviano durante su período, pero sin la experiencia de Castilla para apreciar el peligro nacional que se avecinaba por el sur y que si mandó construir buques blindados, lo cual no está comprobado, no los pagó por adelantado o no señaló los fondos para su terminación. Manuel Pardo, que fue el que le sucedió y que autorizó la demostración naval peruana de Mejillones en 1872 y el tratado secreto de 1873, tuvo confianza en las escasas fuerzas navales que encontró al subir al mando, y tanto por esto, como por falta de recursos, no construyó nuevas unidades. En 1877 tuvo oportunidad de tratar de cerca a los chilenos y conocer con toda evidencia sus miras conquistadoras en el destierro voluntario que le llevó a Santiago. A su regreso a Lima en 1878, conferenció en secreto con sus amigos y aún se dice con el presidente Prado. Les comunicó sus temores, y buscaba los medios de conjurar el peligro cuando una bala fratricida le cortó la existencia. Jamás en el Perú, como en aquella ocasión, la falta de un hombre público tuvo tan terribles consecuencias en lo internacional. Chile, que se hallaba resuelto a guerrear con alguno de sus vecinos y que se inclinaba a pelear con la Argentina, al conocer la muerte de Pardo comenzó a promoverle graves -118- cuestiones a Bolivia, hizo regresar su escuadra que había salido para el Estrecho y pronto ocupó Antofagasta.

El suceso internacional de 1879 o sea la guerra que duró hasta 1883 y que ocasionó la pérdida del departamento de Tarapacá, es acontecimiento de muy vastas proyecciones. Él envuelve la más valiosa desmembración realizada en el mundo en el siglo XIX. Sus consecuencias las veremos en extenso en nuestro libro Causas económicas y sus múltiples vicisitudes en Causas políticas. Uno y otro libro darán a conocer las perturbaciones de todo género que ocasionó el magno suceso, la quiebra financiera e institucional del Perú, y la situación de violencia y de peligro internacional nacidas y fomentadas por el incumplimiento del tratado que Chile mismo impuso por la fuerza de sus bayonetas. Así como el guano fue para el Perú el factor más valioso de su prosperidad, así también la vecindad de Chile ha sido la más terrible de todas nuestras desventuras.

La Naturaleza, que al máximo arrugó el suelo de nuestro territorio, que colocó las extensas y fértiles tierras de montaña lejos del mar y los minerales en los puntos donde la altura culmina en la cordillera, nos dio el salitre para que todo fuera conquistado por el esfuerzo y el capital. Quiso que sus recursos sirvieran para vencer el desierto, dominar la cordillera, irrigar la costa, abrir las minas y construir los ferrocarriles que necesita nuestro agreste territorio. Chile interrumpió bruscamente la realización de este hermoso programa, y desde 1879 desvió hacia lados estériles la riqueza que nos arrebató. A semejanza del malhechor que en desierto camino arrebató al transeúnte el dinero que lleva para levantar su casa, Chile, al apropiarse del nuestro, sacó de su cauce natural, de su verdadera finalidad humana la riqueza del salitre; y llevándola a tierras -119- pobres e improductivas le dio aplicación diferente a la que Dios tuvo al ponerla en el sur del Perú. El día que se agote o que no tenga el valor de hoy, Chile será tan miserable como lo era antes de la guerra. Ha gastado y sigue gastando lo que produce el salitre en sostener costosas legaciones y empleos de ninguna utilidad, en mantener 26000 hombres armados en mar y en tierra, en satisfacer su vanidad construyendo edificios públicos de ningún provecho y lo que llama ferrocarriles estratégicos para defender los territorios usurpados, como son el longitudinal y el de Arica a la Paz. Como consecuencia de la irrupción chilena, nuestro progreso ha vivido estancado durante 25 años. Haciendo esfuerzos supremos hemos conseguido concluir los ferrocarriles

comenzados en 1869, y habiendo encontrado en la agricultura de la costa y en la minería imponderables riquezas, hemos recomenzado con el siglo la labor que paralizamos en 1879 por la vecindad de Chile.

Límites con el Brasil

Teniendo nuestro territorio mayor longitud que latitud y hallándose el Brasil al oriente del Perú, nuestra línea de fronteras con ese país tiene tanta extensión como la que nos separa del océano Pacífico.

Posesionados nuestros vecinos de la boca del Amazonas, tuvieron para realizar sus propósitos conquistadores facilidades que los españoles primero y los peruanos después, nunca encontraron en la difícil navegabilidad de los ríos de cabecera. España, que era muy celosa de sus posesiones en América, organizó el gobierno de Mainas, y posteriormente celebró con la corte de Lisboa los tratados de Tordesillas y San Ildefonso. Estos tratados pusieron término ostensible pero no real a esos avances, siendo sabido que -120- los virreyes brasileros dejaban a sus súbditos hacer excursiones sobre el Perú a pesar de los reclamos de España. Este modus vivendi del Brasil tomó creces cuando ambos virreinos se independizaron, y el Perú con sus disensiones civiles olvidó el señorío que tenía en los terrenos que le señalaban los tratados vigentes. Su negligencia llegó a tal extremo que en 1851 fue necesario proceder a una nueva demarcación de fronteras en la que el Perú sin razón alguna cedió al Brasil grandísima porción de sus montañas. El tratado de 1851 nos quitó la boca de Yapurá y los territorios que le son anexos hasta la línea imaginaria que va del Yavarí al Apaporis. Habiendo aceptado el Perú en la discusión preliminar que precedió al tratado el principio del uti possidetis, nos fue forzoso convenir en esta cesión territorial y perder Teffé que fue cedido al Brasil no obstante que anteriormente había pertenecido a la Corona de España de hecho y de derecho.

Siendo casi desconocidos por estos años de 1851, por lo menos inexplorados, el Yurúa, el Purús y el Acre, y no habiendo tomado posesión de ellos el Perú ni tampoco el Brasil, intencionalmente los gobiernos de ambos países silenciaron en el tratado Herrera-Da Ponte todo lo referente a los territorios situados al sur de la línea Yavarí o sean las comarcas que bañan los mencionados ríos y sus numerosos afluentes.

El tratado de 1851 fue ratificado en 1858, y sólo en 1874 quedaron demarcados sobre el terreno los límites acordados. La comisión mixta enviada al efecto, exploró las nacientes de Yaraví y levantó el plano respectivo. El marco del lindero quedó fijado a los 7° 1' 17" de latitud sur y a los 74° 8' 27" de latitud oeste de Greenwich. Con gran sorpresa se vio entonces (1874) que el Yavarí nacía muy -121- cerca del Ucayali y que su rumbo no era de sur a norte como se le veía en todas las cartas geográficas de esa época, sino de SO a NE.

Demarcada también la confluencia del Apaporis con el Yapurá y señalada la línea geodésica por el Putumayo, la comisión mixta suspendió tareas. Antes de hacerlo, el comisionado peruano, señor Rouand y Paz Soldán, solicitó del gobierno del señor Manuel Pardo autorización para dar principio al trazo de la línea geodésica del Yavarí al Madera. El ministro de Relaciones Exteriores del Perú, teniendo en cuenta que el tratado de 1851 modificó el de 1777, que las relaciones del Perú con Chile eran difíciles y que estando para aprobarse en Buenos Aires el tratado tripartito de alianza convenía no molestar al Emperador don Pedro II, negó la autorización solicitada. Además, si la escuadrilla peruana del Amazonas, compuesta de cinco vapores por esos años, jamás entró al Yurúa ni al Purús y nunca en sus orillas se fundaron poblaciones peruanas, ¿cómo se podía alegar posesión en los territorios de dichos ríos?

El año de 1867 el gobierno de Bolivia celebró con el del Brasil un tratado. En virtud de él, se aceptó como límite de uno y otro país la línea que partiera de las nacientes del Yavarí y que cortando los ríos Yurúa y Purús, terminara en el Madera en el punto en que se le une el Beni. El gobierno del Perú protestó contra las usurpaciones que envolvía este tratado, y sus razones están contenidas en la nota que el doctor Barrenechea, Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, pasó al de Bolivia, doctor Muñoz, ese mismo año de 1867. Este contestó la nota recibida algunos meses después, y no habiéndose tomado ninguna medida posterior, el asunto quedó virtualmente terminado. La protesta debió haberse llevado también ante el gobierno de -122- Petrópolis, desde que la línea Muñoz-López Netto tomaba gran parte del Yurúa y el Purús. El Perú estuvo lerdo en su defensa. No debió haber descansado ni puesto término el asunto hasta no haber conseguido sustituir en el tratado la palabra Yavarí por las de frontera peruana. No hizo nada; y por causa de esta desidia nos vimos envueltos en complicaciones posteriores. Mareados los estadistas del Perú con la riqueza del guano, sin conocimientos de los territorios amazónicos por falta de mapas verídicos, no dieron al Oriente la importancia que tiene.

La explotación del caucho y el valor que llegó a tener en los mercados extranjeros a comenzar de 1890, volvió a poner en tela de juicio la cuestión fronteras. Bolivia conquistó el Beni, Brasil el Acre y el Perú las cabeceras del Yurúa, del Purús y del Madre de Dios. No habiéndose dedicado nunca el montañés peruano al cultivo del jébe sino a derribar árboles de caucho para extraer goma, sus avances en los ríos mencionados nunca tuvieron carácter definitivo. Haciendo vida nómada en los múltiples afluentes, su residencia en ellos fue temporal. El gobierno peruano se vio siempre en grandes dificultades para hacer la policía de sus ríos y mucho más para cobrar el impuesto a las gomas.

Obligado el Brasil a respetar los territorios situados al sur de la línea Beni-Yavarí, permitió al Perú y a Bolivia ejercer autoridad en los ríos situados al sur de dicha línea. Sin embargo, la riqueza gomera del Acre ocasionó sucesos desagradables a la cancillería de La Paz, sucesos en los cuales, el Perú, fue siempre espectador y protestante romántico. ¿Qué otra cosa pudo haber hecho si jamás tuvo entrada ni la menor posesión en dicho río? Bolivia, que en realidad era dueña del Acre pero que no tenía facilidades para sofocar las intenciones de independencia que algunos -123- aventureros fomentaron con el auxilio del gobierno del Estado de Manaos, contrató con un sindicato norteamericano en 1902 la semiventa del Acre. No habiéndose puesto nunca en duda en el Brasil la soberanía de Bolivia sobre el territorio contratado, la semiventa no fue controvertida por la cancillería de Río, pero

siéndole perjudicial el negocio realizado, compró las acciones del sindicato por medio de sus agentes en Nueva York. Posteriormente, pactó con Bolivia el tratado de Petrópolis. Mediante el cual, el Acre y todos los territorios situados en la línea Beni-Yavarí en la parte colindante con el Perú, fueron vendidos en dos millones de libras. Este temerario acuerdo celebrado por el gobierno del general Pando y que la cancillería del Perú no supo o no pudo impedir en la parte que afectaba nuestros derechos sobre el Yurúa y Purús, trajo consecuencias desagradables con el Brasil. Casi por la fuerza, tropas de Manaos, en 1903, desalojaron a los caucheros peruanos de los ríos Chandles y Amuenya, y el gobierno de Río hubiera avanzado más en el camino de sus atropellos -entre ellos la extracción en el Pará de las armas del Perú que los transatlánticos llevaban hacia Iquitos- si el Secretario de Estado, Mr. Hay, a solicitud del gobierno peruano en 1904, no hubiera manifestado al ministro del Brasil en Washington la extrañeza con que el gobierno americano veía estos sucesos. El *modus vivendi* Velarde-Río Branco, de 12 de julio de 1904 puso término a esta situación irregular en que vivían el Perú y el Brasil. El artículo I de ese acuerdo provisional neutralizó algunos territorios.

A principios de 1908, el representante del Brasil en Lima, señor da Gama, insinuó la propuesta de dividir por mitad los territorios neutralizados. Un año después, habiéndose hecho intolerable la situación del Perú por motivo de -124- las cuestiones de límites que mantenía con cinco naciones, entre ellas, Bolivia que había desconocido el laudo argentino y Chile que maniobraba en este asunto en forma hipócrita y malévol, la cancillería de Lima en su deseo de terminar amigablemente y en forma directa el litigio de fronteras con el Brasil, solicitó la línea máxima que podía obtener el Perú en esa controversia. El señor Hernán Velarde, ministro del Perú en Río obtuvo del Barón de Río Blanco, no sólo el íntegro de los territorios neutralizados, sino también retazos de terreno brasilero para obtener líneas naturales evitando así las geodésicas. En esta línea perdimos las cabeceras del Yurúa; en cambio obtuvimos las del Purús y las nacientes del Acre.

Límites con Bolivia

Fue una desgracia para el Perú que el vencedor de Ayacucho no hubiera sido La Mar o Santa Cruz. Suceso de tan magna importancia, habría quitado a Bolívar el formidable poder militar que alcanzó en los años que siguieron al de 1824, poder que fue causa de la forma antojadiza como jugó con la suerte de medio continente. Nacido en Caracas, soñando siempre con la preponderancia de la gran Colombia, celoso de Buenos Aires, pero más aún de la grandiosa nacionalidad que constituían el Alto y Bajo Perú, su política fue contraria a la unión de estos dos estados. Sucre, su teniente, supo fomentar durante su permanencia en las ciudades de altiplano el sentimiento genuinamente humano que todo pueblo tiene en favor de su autonomía, y de lo que fue un territorio gobernado por el virreinato de Buenos Aires una vez pero casi siempre por el de Lima, hizo una república independiente. No fue un anhelo, una necesidad imprescindible, mucho menos -125- una convicción lo que dio Bolivia la vida propia que tiene. Fue un acto político inconsulto, y sus consecuencias

adversas y dolorosas las encontramos a cada momento en las páginas de su historia. Lo que pudo ser un pueblo feliz, respetado y rico si desde 1824 hubiera formado parte de la Argentina o lo que es más natural del Perú, es un pedazo de nacionalidad sin razón de existencia, un mundo extraño y pequeño enclavado en la parte más fría de los Andes, una tierra malquerida por sus poderosos vecinos, el origen de cuanta injusticia se ha cometido en el continente y la causa de casi toda la sangre hermana derramada en la América del Sur. ¿Qué sería hoy Bolivia si sus provincias formaran parte de la confederación Argentina o de la República del Perú y en Antofagasta flameara el pabellón de San Martín, o nuestro amado bicolor? Las guerras santacruquinas no hubieran tenido lugar, tampoco la intervención chilena de 1839, ni la guerra del Pacífico. El desierto de Atacama en este momento no sería de Chile, y en América tendríamos tres nacionalidades poderosas: Perú, Argentina y Brasil. Chile sería lo que es hoy el Uruguay o el Ecuador.

Lo menos que se puede decir de Bolívar en su carácter de hombre público es que fue desacertado en sus propósitos, Imaginó engrandecer a Colombia desmembrando al Perú y sólo consiguió favorecer a Chile y al Brasil. Si como militar fue genial y superior a San Martín y a Washington, como político estuvo muy lejos de adquirir la fama mundial que ganó en los campos de batalla. Sin la menor razón, sin el menor provecho para nadie, deshizo la más potente nacionalidad que existió en los albores de la independencia. De lo que fue una entidad que principiaba en el Guayas y terminaba en Tarija, hizo tres estados, ninguno de los cuales tuvo el menor motivo para separarse. Guayaquil quedó a merced de Colombia, -126- y más tarde fue envuelto en el movimiento separatista promovido por las provincias de la antigua audiencia de Quito. Peor fue la suerte del Alto Perú y su historia así lo comprueba. Encajado en un altiplano, su salida al mar por Cobija de nada le sirvió. Sin amor al desierto de Atacama ni tampoco a las tierras bajas del Acre y del Madera, con tranquilidad las ha visto pasar a otras nacionalidades. Sus pobladores viven felices en el altiplano y jamás han sentido nostalgia por el litoral o por la selva.

Había en 1821 tan completo acercamiento entre el Perú y Guayaquil, que todavía en 1840, todo el comercio de aquel puerto se hacía con Lima. Cuanto a lo que es hoy Bolivia, la vida de relación entre el Cuzco, Arequipa y Puno de un lado y la Paz, Cochabamba, Oruro y Sucre del otro, era más intensa que la del sur con la del norte de Perú. Quilca y Arica eran los puertos únicos del Altiplano. Solo un malévolo propósito o un erróneo concepto pudo separar lo que la Naturaleza y los hombres unieron durante tres siglos de coloniaje y cuatro de Imperio Incaico.

La obra separatista del año de 1824 originó entre otras cosas desagradables para el Perú y Bolivia, el tratado Muñoz-Netto, firmado en 1867, tratado que podemos considerar como el punto de partida del embrollo de fronteras que terminó con ventajas para el Brasil. Faltó unidad de acción en la defensa de la línea Yavarí-Madera pactada en 1777, y existiendo dos nacionalidades en lo que antes fue una, Brasil se entendió con la más débil. Esta fue Bolivia.

Pudo el Perú desahuciar de hecho el pacto de 1867, y manu militare haber ocupado los territorios que le pertenecían. Desgraciadamente, la adversidad cruzó su camino. Aun recuerda el Cuzco como si ayer hubiera sucedido el desastroso fin de la expedición La Torre y la muerte de -127- este hombre superior en 1874, en los momentos en que

conquistaba el Madre de Dios en su propósito de llegar hasta el Beni. Con igual sentimiento hay que recordar el naufragio de la lancha «Adolfito» en 1895, y la muerte de Fiscarrald, el descubridor del Istmo que lleva su nombre, en circunstancias en que su vida significaba para nosotros la pronta y efectiva incorporación a la nacionalidad peruana de los territorios del Acre, del Alto Purús y del entero Madre de Dios. Con capitales, con audacia y temeridad sin límites, ¿de cuánto hubiera sido capaz el audaz cauchero peruano si la muerte no le hubiera sorprendido? ¿Hasta que confines de la hoya del Madera no habría llevado su bandera y sus expediciones, si la malhadada maniobra del capitán del «Adolfito» no hubiera causado el naufragio que le ahogó en las turbulentas aguas del Caspajali?

El 9 de julio de 1909, el presidente de la República Argentina expidió sentencia arbitral en la cuestión de límites pendiente entre el Perú y Bolivia, de acuerdo con el pacto canjeado el 9 de marzo de 1904 entre las cancillerías de ambos países limítrofes.

La parte resolutive de dicha sentencia dice así:

«Por tanto: De acuerdo con lo aconsejado por la Comisión asesora, vengo en declarar que la línea de fronteras en litigio entre las Repúblicas de Bolivia y del Perú, queda determinada en la forma siguiente: Partiendo del lugar en que la actual línea de fronteras coincide con el río Suches, la línea de demarcación territorial entre ambas repúblicas cruzará el lago del mismo nombre hasta el cerro de Palomani Grande de donde seguirá hasta las lagunas de Yagua-Yagua y por el río de este nombre llegará al río San Juan del Oro o Tambopata; continuará por la corriente de este río Tambopata aguas abajo hasta encontrar la desembocadura del río Lanza o Mososhuayco; desde la confluencia del río Tambopata con el río -128- Lanza la línea de demarcación irá a encontrar la cabecera occidental del río Abuyama o Heath y seguirá por éste aguas abajo hasta su desembocadura en el río Amarumayu o Madre de Dios: por el thalweg del río Madre de Dios, bajará la frontera hasta la boca del Toromonas su afluente de la margen derecha; desde esta confluencia del Toromonas con el Madre de Dios, se trazará una línea recta que vaya a encontrar el punto de intersección del río Tahuamanu con la longitud de sesentinueve (69°) grados oeste de Greenwich y siguiendo ese meridiano la línea divisoria se prolongará hacia el norte hasta encontrar el deslinde de la soberanía territorial de otra nación que no sea parte en el tratado de arbitraje de 30 de diciembre de 1902. Los territorios situados al oriente y al sur de la línea de demarcación que queda señalada, corresponden a la República de Bolivia y los territorios situados al occidente y al norte de la misma línea corresponden a la República del Perú. Póngase este laudo en conocimiento de los enviados Extraordinarios y Ministros Plenipotenciarios de las Altas Partes contratantes a los que se remitirá un ejemplar de conformidad con el artículo 9.º del tratado de arbitraje. Dado por triplicado; sellado con el gran sello de las armas de la República y refrendado por el Ministro Secretario en el Departamento de Relaciones Exteriores y Culto, en el Palacio de Gobierno Nacional, en la ciudad de Buenos Aires, capital de la República Argentina, a los 9 días del mes de julio del año de 1909.- (firmado) J. Figueroa Alcorta.- (firmado) V. de la Plaza.

De los considerandos de la sentencia arbitral se desprende que el árbitro no encontró claros los títulos aducidos por las partes y aplicó el principio de equidad. El Perú aceptó la sentencia arbitral. Bolivia no aceptó ninguna determinación definitiva, e hizo saber que esperaba la reunión del congreso para resolver si aceptaba o rechazaba el fallo. Actitud tan insólita conmovió la América del Sur y puso en peligro las relaciones de amistad que sosteníamos con ella. Estando para terminar su mandato el presidente Montes, autor del atentado cometido contra el Derecho Internacional y las prácticas de los países civilizados, la opinión del congreso no fue oída hasta que este dejó el -129- mando. Correspondió al presidente Villazón, su sucesor, la labor de dirimir la contienda con el Perú de un modo amigable sin recurrir a las armas, ni tampoco sin salir de la serena altura del Derecho. El laudo argentino fue aceptado mediante una enmienda en la cual, sin lesionar derechos fundamentales, la línea de fronteras sería demarcada reconociendo el principio de canjes de territorio a fin de que fuera posible regularizar linderos y armonizar intereses. Después de largas y laboriosas gestiones sobre permutas territoriales que se realizaron a base de la demarcación arbitral, se firmó el 17 de setiembre de 1909 el protocolo que con posterioridad aprobaron los parlamentos de Lima y La Paz. En 1911 se realizó la operación del canje, y ella se hizo sobre la base de la equivalencia, sin destruir el fallo ni los hechos establecidos en el laudo argentino, ni menoscabar la situación favorable que este creó para nosotros. Hallándose el Perú en 1909 en controversia de límites con todas las naciones que le son limítrofes y sólo en armonía con el vecino del oeste o sea con el océano Pacífico, le faltó fuerza moral para mantenerse inflexible en los detalles de la línea de demarcación arbitral.

Si en los asuntos de límites con el Brasil jamás tuvimos con él la más ligera lucha sangrienta ni en lo menor sus connacionales interrumpieron nuestro progreso en la selva, la proximidad de Bolivia a nuestro territorio, su frontera en las mismas aguas del Titicaca, en el nacimiento del Desaguadero y en el río Madre de Dios, ha sido teatro de sucesos lamentables. Hoy, (mayo de 1920) a pesar de haberse concluido definitivamente el asunto de fronteras y de hallarse fijadas en parte en forma material, todavía tenemos a nuestros oídos la sonaja de Bolivia, en esta vez pidiendo lo que no le pertenece. No es Antofagasta, que fue suyo y que -130- legítimamente le corresponde, lo que aspira reivindicar el gobierno boliviano del señor Gutiérrez Guerra, sino la posesión de Tacna y Arica que son y han sido siempre peruanas, como si su propósito fuera poner entre Chile y nosotros una barrera infranqueable por tierra para que Antofagasta sea eternamente chilena y Tarapacá también. ¡Qué extraña sicología la de ese pueblo!

Van a continuación los comentarios del doctor Lissón respecto a los conceptos que le mereció Bolivia como factor sociológico externo en su libro Sociología del Perú escrito en 1886.

Muy excepcional es nuestra actual situación con esta República a la que todavía llamamos nuestra aliada y hermana, y que en realidad no lo ha sido, ni lo será jamás. Y muy caro nos cuesta, y muy mal correspondida ha sido siempre nuestra condescendencia con ella. Sin embargo de todos sus actos siempre la hemos mirado con cariño, cual se hace con una hermana menor a quien se presta atentaciones y servicios.

En los tiempos que tenían un litoral propio y el puerto de Cobija, ambicionaba y pretendía sin embozo Tacna y Arica; y esta pretensión era como es hoy, bandera de verdadero patriotismo entre sus hijos, y un título político para subir a los ministerios y a la primera magistratura. Bastante sangre ha corrido en las fronteras de ambos países por este motivo. El Perú, siempre magnánimo, para cortar de raíz toda disensión sangrienta, borró las fronteras estableciendo con Bolivia el libre cambio; y compartió con ella el puerto de Arica. Y fue aún más lejos en este camino de concesiones generosas; pues cuando Tarapacá se hizo un portento, Bolivia se apoderó de hecho del territorio situado entre el Loa y la quebrada de los Duendes que es límite del Perú; y el Perú no dijo una palabra, dejándola participar de nuestra fortuna. ¡Cuántos errores!

Chile entre tanto estaba alerta; y cuando se descubrieron los veneros argentíferos del desierto de Atacama, se los apropió, metiendo en ellos grandes capitales y obligando a Bolivia a entrar en una nueva e injustificable demarcación de límites, ya fijados por España entre los virreinos de Santiago y Buenos Aires. Inmenso error cometido voluntariamente por Bolivia, sin participación nuestra, que abrió las puertas a interminables disputas de límites con un vecino poderoso; y error trascendental también de nosotros, puesto que nos ponía en contacto con un pueblo que de antaño nos tenía mala voluntad.

El Perú que no se había cuidado de que los Bolivianos se apoderasen de los Duendes, había cometido igual incuria con las salitreras de Tarapacá. Las poseían por la mayor parte, sin título legal, los que las trabajan; y cuando se encontró con los chilenos al frente, abrió los ojos y los vio dueños de ricas salitreras, y el territorio poblado en gran parte por ellos. Atendidos los antecedentes dichos, el peligro era inminente; y el Perú para conjurarlo, después de varias medidas que adoptó para que los salitreros reconociesen su soberanía, tomó la radical de expropiarlas para evitarse cuestiones jurídicas sobre su posesión, convirtiéndolas por este medio legal en propiedades nacionales que el Perú podía vender o dar a quien tuviese a bien.

La guerra no se hizo esperar. El objetivo de ella era el Perú por que Bolivia estaba ya vencida en su litoral; y la alianza ofensiva y defensiva fue una necesidad ineludible para nosotros con esa República. En la guerra, después de la batalla del Campo de la Alianza, no fue muy varonil el papel de Bolivia: de aliada se convirtió en simple amiga, y esperó los acontecimientos. El desarrollo de estos no pudo ser más tremendo. Nosotros perdimos Tarapacá, Taena y Arica, y Bolivia toda su rica costa, quedando más encerrada que antes entre sus cordilleras. ¿Hizo Bolivia en la guerra del Pacífico todos los esfuerzos que debía para defenderse y defendernos del enemigo común? ¿No quedamos solos en el campo de batalla? ¿No permitió que los chilenos llegasen a Arequipa y Puno impunemente? ¿Esto se llama aliada y hermana...?

Al terminar la guerra no podíamos en manera alguna estar satisfechos de la amistad y hermandad de Bolivia. Lejos de eso, razón teníamos para estar desconfiados de ella por las ideas diplomáticas que aun en medio de la lid había mostrado uno de sus partidos políticos, declarándose partidario de Chile. Con todo, continuamos dispensándole la misma benevolencia.

Con la guerra la hermandad aduanera de Arica concluyó; y nos reemplazó en ella Chile que da a Bolivia un camino de las entradas de ese puerto. Ya nada teníamos que hacer nosotros en favor de nuestra aliada y hermana, y ningún compromiso nos obligaba a ello. No obstante, le abrimos -132- la vía férrea de Mollendo; por ella se comunica hoy con el Pacífico, mandando y recibiendo sus mercaderías sin que el Perú perciba más impuesto que el de los alcoholes. ¿Cómo ha contestado Bolivia esta liberalidad? Gravando con un veinte por ciento la internación por puerto Pérez, obligando con esta medida a que toda ella se haga por el puerto chileno de Arica, matando el peruano de Mollendo. Estos son hechos palpitantes. ¿Es esto alianza y hermandad con el Perú?

Todavía hay más. Vamos a lo imposible. Hoy que Chile la ha despojado de su litoral, nada le pide para salir de la posición mediterránea en que la ha puesto, sino al Perú que nada le ha quitado, invocando para ello la alianza y hermandad. ¿Y qué le pide? Un imposible, lo que el Perú no tiene: Arica y Tacna de que está en posesión Chile. La absurdidad de esta petición sólo se explica por la enemistad que Chile nos profesa.

Bolivia no ha podido pedirnos tamaño despropósito sino sugestionada por Chile, que le habrá hecho entrever la posibilidad de entregarle por su parte Tacna y Arica si el Perú consiente en ello; y este es sin duda el origen de su descabellada pretensión. Lastimosamente se engaña Bolivia si da fe al miraje que Chile le pasa por los ojos. La posesión de Tacna y Arica es indispensable para Chile, pues de otro modo no puede asegurar la valiosa Tarapacá; y además debe también tener en cuenta Bolivia que su comercio exterior del Potosí y otros de sus departamentos, está hoy disputado por Chile y Buenos Aires quienes encaminan su vías férreas hacia el centro de ella con ese objeto; que en la competencia, Chile lleva la ventaja con la próxima apertura del Canal de Panamá y que para su victoria mercantil necesita tener el camino de Arica y Tacna en su poder. Ya lo verá Bolivia pronto. El día que se cumplan los diez años, Chile hará en Tacna y Arica el plebiscito, y entrará en la propiedad de ambas plazas con todas las apariencias de un derecho perfecto, inalienable e intrasmisible; y desaparecerá para Bolivia el espejismo de Tacna y Arica. ¿Es esta alianza y hermandad con el Perú?

Aún no hemos concluido: queda más. Ya hemos visto la parte que tomó Bolivia en la común guerra. Terminada esta, siguió para el Perú otra civil fomentada por Chile, que en realidad fue continuación de la anterior. No podía cabernos mayor desgracia; y era el momento en que una nación con la que habíamos peleado juntos nos mostrara toda su simpatía respetando nuestros apuros y absteniéndose de complicarlos más ¿Y qué hizo Bolivia? Cuando el ejército nacional andaba -133- errante por las breñas nos promovió la cuestión límites, de suyo enojosa y complicada, que sólo puede debatirse en el seno de la paz por que demanda la mayor tranquilidad y muy profundos estudios. Esto hizo Bolivia; y nuestro Plenipotenciario, sin datos y sin medir el alcance de los preliminares que iban a establecerse en asunto tan trascendental, obligado sin duda por las circunstancias, firmó un protocolo que en mala hora aprobó nuestro Congreso, en vez de relegarlo a los idus de marzo que era lo que merecía. ¿Es esta alianza y hermandad con el Perú?

En vista de lo sucintamente expuesto, ¿tenemos o no razón para haber dicho al principio que Bolivia no ha sido, ni es, ni será jamás nuestra amiga?

Límites con el Ecuador y Colombia

Las mismas causas que dieron a Bolivia la posesión del Beni, del Mamoré y Guaporé, favorecieron el dominio del Perú sobre los ríos Santiago, Morona, Pastaza, Tigre, Napo, Putumayo y Caquetá. Hállase el Perú en posesión de las partes navegables de todos estos ríos y con sus guarniciones las ocupa sin que nunca nadie le haya sacado de sus dominios, porque tiene, no sólo la ocupación centenaria de dichos ríos, sino títulos de carácter incontrovertible emanados de su herencia colonial.

La real cédula que agregó el gobierno de Mainas al Perú, cuyo fallo es inapelable en el derecho americano, dice textualmente: «extendiendo aquella comandancia general de Mainas (Perú) no sólo por el río Marañón abajo hasta las fronteras con las colonias portuguesas, sino también por los demás ríos que entran al mismo Marañón por sus márgenes septentrionales y meridionales como son el Morona, Huallaga, Pastaza, Ucayali, Napo, Yavari, Putumayo y Yapurá y otros menos considerables hasta el -134- paraje en que estos mismos por sus saltos y raudales inaccesibles dejen de ser navegables».

Según toda probabilidad, el término de la centuria encontrará indivisa nuestra frontera con Colombia y el Ecuador. Hay motivos para creerlo así, siendo nuestros vecinos del norte opuestos al arbitraje.

El 2 de mayo de 1890, los plenipotenciarios, respectivamente del Perú y el Ecuador, doctores García y Herrera, firmaron un tratado de límites en el cual quedó fijada la divisoria de ambos países. Según ese tratado, debieron quedar para nuestros vecinos, el Santiago, el Morona, el Pastaza, y buena parte del Tigre, del Napo y del Putumayo. Habiendo sido aprobado el convenio por el Congreso del Ecuador, mas no por el del Perú, el statu quo pactado el 1.º de agosto de 1887 volvió a quedar en vigor.

A mediados de 1894, el gobierno de Colombia que alegaba derechos sobre el Napo, Putumayo y Caquetá, intervino en la discusión de límites que se había reanudado entre el Perú y el Ecuador y tomó parte en las ocho conferencias tripartitas que comenzaron en Lima el 11 de octubre de 1894. En ellas, Colombia reconoció la Real cédula de 1802 y convino con el Perú en adherirse a la convención de arbitraje canjeada en Lima por los representantes del Perú y el Ecuador el 14 de abril de 1888. Acordose en esta convención, no sólo atenerse a los títulos y argumentos de derecho sino también a las conveniencias de las partes contratantes, conciliándolas de modo que la línea de fronteras esté fundada en el derecho y en la equidad. Este pacto fue aprobado únicamente por los congresos del Perú y de Colombia y por tanto quedó sin efecto.

Diez años después, el 19 de febrero de 1904, los plenipotenciarios, -135- Mariano H. Cornejo y Miguel Valverde, firmaron en Quito un nuevo protocolo. Fue nombrado árbitro en este nuevo arreglo, Su Majestad Católica el Rey de España, y por su consejo vino a América el señor Ramiro Menéndez Pidal, que visitó las cancillerías de Quito y de Lima.

El 1.º de julio de 1908, la comisión asesora nombrada por el gobierno de Su Majestad Católica, emitió el informe que le competía, y en ese mismo año, el asunto, pasó a la consulta del Consejo de Estado. No obstante que el dictamen de la comisión técnica, como también el informe del Consejo de Estado tuvieron carácter, estrictamente reservado, pudo informarse el gobierno del Ecuador que el laudo arbitral no le sería favorable. Dio esto lugar a una serie de manifestaciones hostiles al Perú. Prensa y hombres públicos declararon unánimemente que el fallo no debía acatarse, y como tal declaración, caso de que el gobierno de Quito la hubiera hecho, envolvía un reto al Perú, organizáronse en Quito y demás ciudades ecuatorianas cuerpos de voluntarios para engrosar el ejército nacional. Coincidió este apresto de carácter guerrero con los ultrajes que en los días 4 y 5 de abril se hicieron a los consulados de Machala y Guayaquil, a los peruanos residentes en ambas poblaciones y a la misma legación del Perú en Quito. La noticia de todos estos hechos produjo en Lima indignación incontenible y en el meeting monstruo que hubo se cometieron algunos excesos. Este estado de cosas puso a las dos naciones al borde de un conflicto armado, y el conocimiento que se tuvo de la crisis y de sus verdaderas, causas, determinó a los gobiernos de Estados Unidos, Brasil y Argentina a ofrecer su mediación. El Perú la aceptó sin condiciones. El Ecuador quiso imponerlas, pero al fin se le obligó a convenir en las -136- condiciones formuladas por los mediadores sin la imposición de otras. Todo esto favoreció el retiro de las fuerzas peruanas de la frontera y posteriormente el licenciamiento de las reservas que fueron movilizadas. Con posterioridad a estos sucesos, el ministro de Estado Español comunicó a los ministros del Perú y Ecuador en Madrid, que el pronunciamiento del fallo quedaba aplazado y que el agosto árbitro no encontraría reparo que oponer a cualquier acuerdo directo que los países litigantes tomaran en el asunto.

De entonces acá, han pasado ocho años, durante los cuales, nada se ha adelantado para solucionar la cuestión de fronteras con el Ecuador. Como el Perú tiene absoluta fe en la fuente incontrovertible de sus títulos coloniales, como se halla en posesión de la mayor parte de los territorios en disputa y su derecho no sufre menoscabo con la demora, su situación es tranquila y favorable a un nuevo convenio de arbitraje en esta vez con la intervención de una potencia que haga respetar el laudo, ya que el arreglo directo parece imposible.

Con Colombia tampoco ha sido posible llegar a ningún acuerdo.

El tratado de arbitraje sobre límites firmado en Lima el 6 de mayo de 1904, no fue aprobado por el gobierno de Colombia. El árbitro elegido fue el Rey de España.

El tratado celebrado en Bogotá el 12 de setiembre de 1905 en que se sometía a la decisión del Papa el litigio, no fue aprobado por el gobierno del Perú.

El modus vivendi de 6 de julio de 1906 en que los dos gobiernos se comprometían a mantener el statu quo fue aprobado por ambas cancillerías; pero como ocurrieron en el Putumayo graves sucesos y el gobierno del Perú no habla -137- aprobado el tratado de setiembre de 1905, Colombia denunció el modus vivendi de julio de 1906.

En abril de 1910 resolvió Colombia establecer una aduana en Puerto Córdova sobre la margen derecha del Bajo Caquetá, frente a la desembocadura del río Apaporis. Esto dio origen a la reserva del Perú de 1.º de diciembre de 1910. Colombia repuso en ese mismo mes que el territorio donde establecía la aduana era suyo. El 19 de julio de 1911 se firmó en Bogotá un acuerdo internacional para mantener en Puerto Córdova o La Pedrera una guarnición que en ningún caso pasaría de 110 hombres. Este convenio no previno el conflicto que se trató de evitar y fuerzas peruanas desalojaron de La Pedrera el resguardo colombiano en los días 10, 11 y 12 del propio mes. Después de estos hechos, volvió a plantearse el problema de un modus vivendi y de entonces a 1920 sólo han habido de una y otra parte buenas intenciones, buenas ofertas, pero obra efectiva ninguna.

Bajo el punto de vista geográfico, podemos decir de la vecindad del Ecuador y de Colombia exactamente lo mismo que hemos manifestado al tratar de nuestra vida de relación con el Brasil. Exceptuando la interrupción temporal de 1829 por motivo de las pretensiones de Bolívar que ensangrentaron los campos de Jirón y después choques y luchas de guarniciones como las de Torres Causana y Caquetá, nada de importancia ha perturbado la paz entre las tres repúblicas, ni entorpecido nuestro desarrollo económico.

Refiriéndose al Ecuador, el doctor Lissón decía lo siguiente en su Sociología en 1886.

El Ecuador como todas las secciones Americanas es dueño de vastas soledades en el centro del Continente, y aunque por reales cédulas estaban fijados los límites entre el -138- virreinato del Perú y el de Santa Fe, esa República ha alegado continuamente derechos señoriales a algunos terrenos amazónicos. Últimamente ha sido encontrada en Moyobamba la real cédula que agregó el gobierno de Mainas al Perú, cuyo fallo es inapelable en el derecho americano; pero esto no ha bastado para que el Ecuador dé punto final a sus pretensiones. Esta es cuestión de tiempo, porque éste sólo disipa las ilusiones y hace conocer el derecho cuando está apoyado en títulos fehacientes incontrovertibles. Dejando pues por ahora a la acción de este agente misterioso, que haga su luz radiante, y contrayéndonos al presente, debemos confesar que la acción del Gobierno y del pueblo ecuatoriano ha sido noble y digna en nuestros conflictos. La cuestión límites no ha sido puesta en debate, cuando alguna esperanza pudo halagar a las almas mezquinas; y su suelo ha sido hospitalario albergue para nosotros contra la tiranía extranjera y la doméstica.

Extensión territorial

Causa física de mucha importancia y que en grado superlativo ha impedido el desarrollo moral y material de la República, es la inmensidad del territorio en proporción al número de habitantes y a las condiciones del suelo para vivir en él. Si todo el Perú tuviera la densidad que puebla Puno, Cuzco y Ancas, nuestra población alcanzaría a nueve o diez millones de habitantes; pero ni aun con esta cifra, su tamaño estaría en relación con el total de pobladores que puede contener y alimentar.

La extensión, cuando toda ella no está constituida por terrenos propios para la agricultura es un inconveniente, mucho más cuando el relieve del suelo no es homogéneo. Cuba, Venezuela, Bolivia, la Argentina, con ligeras variantes, están situadas respectivamente a la altura de un mismo plano. Estados Unidos, a pesar de su enorme extensión y de hallarse cruzado por la cordillera que termina en Alaska, tiene un territorio poco accidentado. Argentina es una pampa, Chile un valle longitudinal al medio de dos cordilleras, Bolivia un altiplano, Venezuela un extenso -140- llano circundado por el norte, sur y oeste por suaves montañas. No pasa lo mismo con Colombia, Ecuador y Perú, que hallándose en el trópico y cruzadas por varios ramales de cordilleras, presentan diferencias notables en climas y alturas, y por consiguiente en producciones y hasta en el espíritu de sus habitantes.

En el Perú, la extensión y el relieve han originado el desierto, la puna, los valles aislados y la carencia de aquellas suaves y continuadas ondulaciones de terrenos cultivados existentes en El Salvador y en Cuba.

Coloquemos en un papel a escala kilométrica, en forma sucesiva todos los valles de la costa del Perú, y su extensión comenzando por Tumbes en el norte, cuando más llegará a Chiclayo por el sur. Ha sido el desierto costanero inconveniente territorial de notable magnitud. Felizmente, petróleo en el norte y nitrato de soda en el sur, compensan una agricultura que apenas llega a un tres por ciento en todo el litoral.

En los primeros tiempos de la República, en aquellos en que la comunicación a caballo era más eficaz que la marítima en buques de vela, penoso fue para los pobladores costeros ir de Lima a Piura o de Lima a Tarapacá. Los pocos que hoy trafican esos longitudinales caminos, miran con asombro en los blancos huesos que hallan a su paso los restos de acémilas que por cansancio, hambre o sed quedaron a mitad de la marcha. Menos costosa y de mayor seguridad personal es la comunicación por vapor; sin embargo, haciéndose ésta a razón de diez millas por hora y con arribada forzosa en todos los puertos cuando se caletea, son doce días los que se necesitan para ir desde Tumbes hasta el Loa. Si costosa es la navegación a lo largo del litoral por el número de días que hay que emplear en recorrerlo no serían muchas las ventajas que para -141- fletes y pasajeros se obtendrían si toda la costa de norte a sur tuviera una línea férrea longitudinal. En la inmensidad del territorio costanero no es la distancia el obstáculo principal, sino la accidentación del suelo, arenoso en la mayor parte de sus pampas, ondulado en las cercanías del mar y a menudo atravesado por

terribles espolones, por morros estupendos, por altos contrafuertes que vienen desde la cordillera y casi verticalmente se hunden en el océano. El único valle intermediario entre Lima y Huacho es el de Chancay. Si los tres estuvieran unidos y no separados por el desierto, el ferrocarril actual no tendría la distancia ni las dificultades técnicas que vemos en él.

Si son 1900 millas las que tiene el Perú, en línea recta a lo largo de toda su costa, su anchura es también estupenda, alcanzando entre Paita y el Yavarí a 1700 kilómetros. El desierto costanero, lo inhabitable que es la cordillera en muy buena parte de ella y lo difícil que se hace desmontar la zona boscosa de la montaña, han mantenido despoblados extensos territorios en las tres comarcas. Por esta causa, el desarrollo industrial del Perú ha sido lento y las pocas ciudades que existen en relación a lo extenso del territorio aparecen desparramadas en él.

Tienen la costa y la montaña vías acuáticas para su comunicación. Carece la sierra de ellas, y las distancias que en el Pacífico y en los afluentes del Amazonas se salvan navegando algunos días, en la sierra no se pueden cruzar longitudinalmente sino empleando numerosas semanas. Son las cordilleras y sus valles anexos ricos en minerales, y en ganadería, no faltando tierras para la agricultura, pero nada de esto está junto, ni siquiera aproximado. Los principales yacimientos de plata y cobre se hallan separados unos de otros por centenares de kilómetros. Si todos estuvieran -142- en una sola provincia, el problema de la comunicación hubiera sido resuelto económicamente. Si a inmediaciones del Cerro estuvieran las minas de Huallanca, Pataz, Conchucos, Cajabamba y Hualgayoc, una sola vía férrea hubiera solucionado el problema del transporte. Si todo el carbón que posee la República, estuviera también en las cercanías del Cerro y no desparramado desde Tumbes hasta Huancavelica, el mismo ferrocarril serviría para transportar por el puerto del Callao al exterior todo el carbón que mandáramos al extranjero.

Si extensa es la costa, mucho más lo es la sierra, teniendo la montaña proporciones superiores a las dos juntas. Los incas y los españoles intentaron conquistarla; los primeros en sus cabeceras, los segundos navegando sus ríos. Sin embargo, el medio les fue adverso. Hubo extraordinario empeño en ello y abnegación sin límites en los sacerdotes católicos que durante tres siglos intentaron realizar la conquista espiritual de los salvajes. Fue también el medio, obstáculo insuperable para conseguir tan loable propósito. La República ha hecho prodigios en descubrimientos geográficos y en comunicaciones fluviales; también en poblar nuevas ciudades, entre las cuales, Iquitos, es una prueba del espíritu civilizador peruano del siglo XIX. A pesar de estos esfuerzos inauditos, la riqueza forestal, la minera, ganadera y agrícola de la región fluvial están intactas. Se ha sacado un poco de caucho y hoy se pretende sembrar algodón.

Hallándose diseminadas en el vasto territorio que forma el Perú, las riquezas agrícola y minera, mediando entre una y otra soledades pavorosas, infranqueables quebradas, -143- la población que habita la República vive también diseminada y únicamente ocupando lo poco que hasta ahora ha merecido explotación en nuestro suelo. Siendo tantas las dificultades que existen para irrigar los valles de la costa, y tan costosas las obras de comunicación necesarias para llegar a la cumbre de las cordilleras donde se encuentran las riquezas minerales, el Perú no ha tenido sitios preparados como los tuvo la Argentina para

colocar nuevos habitantes, y por esto, no habiendo llegado a sus playas corrientes emigratorias europeas, su población ha permanecido estacionaria. En 1876, época en que se hizo el último censo el Perú tenía 2704998 habitantes. Hoy, 1920, hay quien eleva esa población a 4500000, no faltando autores de textos geográficos que la limitan a 3500000. La verdad se conocerá cuando se haga un nuevo censo.

La mayor parte de nuestra población reside en la sierra, siendo la montaña la menos poblada.

El mejor artículo que se ha escrito sobre extensión territorial, tiene por autor al distinguido contra almirante de nuestra armada, señor don Melitón Carbajal, actualmente Presidente de la Sociedad Geográfica de Lima. En él dice lo que sigue:

La determinación de la superficie de un Estado, o más generalmente, de la superficie de una porción de la tierra, es operación que no da resultado exacto sino cuando se ha trazado un canevas geodésico cuyos elementos se han llegado a conocer con la debida exactitud.

Pocas son las naciones que pueden contar con tal conocimiento, y éstas son las únicas que pueden dar con suficiente exactitud la extensión superficial que abraza su territorio. Las demás que poseen mapas trazados con sólo el conocimiento de algunas posiciones geográficas y de levantamientos planos parciales más o menos aproximados, no tienen recurso -144- que medir en estos mapas la extensión contentándose, por consiguiente, con la aproximación que dichos mapas permiten.

Por otra parte, el trazo de un canevas geodésico que cubra el territorio de un Estado y su medición son operaciones que requieren numeroso y escogido personal técnico y años de trabajo y que exigen cuantiosos gastos que no todos los Estados están en la posibilidad de realizar.

En este número debe contarse el Perú, que sin embargo viene trabajando en la medida de sus recursos y de los elementos de que puede disponer, en unir con destino al trazado de su mapa las observaciones astronómicas y los estudios de todo género que, en materia orográfica e hidrográfica se han realizado por los hombres de ciencia en la extensión de su territorio.

Uno de estos, y sin duda el que más ha trabajado en beneficio de la geografía nacional -ha sido el sabio naturalista Don Antonio Raimondi-. A éste se debe el mapa del Perú que ha adoptado la Sociedad Geográfica, por ser el que de menos errores adolece en la colección de todos los conocidos hasta hoy, como que no es más que la corrección de estos en virtud de datos obtenidos y de observaciones posteriormente realizadas.

Por esto y por la gran escala en que está trazado, he elegido el mapa de Raimondi para practicar en él las mediciones necesarias a la determinación de la superficie del Perú y he obtenido ésta midiendo provincia por provincia con el conocido planímetro de Amsler.

Este instrumento, cuya verificación he logrado obtener a punto de medir el decímetro cuadrado con un error por defecto de medio milímetro cuadrado -lo que en la escala del

mapa, que es de 1 /500,000 corresponde a un error de K2/0,125 -dará las áreas con un error relativo de 1/20,000 puesto que el decímetro cuadrado del mapa representa 2,500 kilómetros cuadrados y por consiguiente, el resultado de la medición planimétrica, por lo que respecta al instrumento, no deja que desear, quedando afecto sólo por las imperfecciones inherentes al mapa en que he practicado las mediciones.

Esto establecido, los resultados se verán en el siguiente cuadro que expresa en kilómetros cuadrados la extensión de cada provincia, la de cada departamento y del Perú entero, a la cual he agregado la densidad de población que he obtenido calculando esta última por medios que designaré en un próximo estudio.

-145-

-146-

-147-

-148-

En este cuadro no está comprendida la superficie que abraza la parte peruana del lago Titicaca, ni las de las principales islas que tenemos en el Pacífico, cuyas extensiones representan 44722 1/3 kilómetros cuadrados, como sigue:

Islas de Lobos de tierra k2 16,29
Islas de Lobos de afuera » 2,60
Isla Macabí » 0,06
Isla de Guañape » 0,01
Islas del Grupo de Huaura » 2,29
Islas de Pescadores (Callao) » 1,15
Islas de Chincha » 2,20
Isla Ballesta » 0,86
Isla San Gallán » 6,87
Lago Titicaca (parte peruana) » 4440,00
Total k2 4472,33

-149-

En el tomo VI, página 223 del Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, con el título de La extensión superficial del Perú corre inserto el resultado de mis mediciones planimétricas sobre la extensión superficial de cada una de las provincias y departamentos del Perú, conforme a los linderos internacionales que en aquella época, 1897, consideramos oficialmente, pero habiendo los arreglos sobre límites con Bolivia y Brasil respectivamente celebrados a fines del año 1909, modificado sustancialmente dichos linderos ha sido necesario rectificar las extensiones de los departamentos de Loreto, Cuzco y Puno que son los apartados por tales arreglos.

Practicada nueva medición en los planos y con referencias publicadas encuentro estos resultados:

Tenía en 1897 Porción cedida Tiene en 1910
Departamento de Loreto 747,296 k2 227,200 470,096
Ídem de Cuzco 404,845 120,150 284,695
Ídem de Puno 106,731 26,712 80,019

La nueva superficie del Perú que en el primero de dichos años se estimaba en 1806,894 k2 comprendiendo la porción peruana del lago Titicaca y las islas del Pacífico, queda pues hoy reducida a 1382,832 kilómetros cuadrados.

-150-

Capítulo VII

La costa

Algo que sorprende al viajero que por primera vez arriba a playas peruanas, es el cambio completo del paisaje apenas deja el golfo de Guayaquil. Acostumbrada la vista a recrearse en la lujuriosa vegetación de Colombia y Ecuador, es notable el efecto que produce la amarillenta línea del litoral piurano. Su aridez sorprende el espíritu y oprime el corazón. Lo que por muchos días es verde y lluvioso, conviértese a partir de Tumbes hacia abajo en desiertos de arena, en paisajes que sólo dan vida y relieve rugosas y áridas serranías. Para que el efecto sea completo y el concepto de que se ha llegado al país de la desolación no dé motivo a duda, hasta los puertos han sido edificados en lo más seco del litoral. Qué aspecto tan raro, qué panorama tan singular presentan Paita, Eten, Salaverry, Chimbote, Supe, Pisco, Mollendo, Ilo, etc., vistos desde el mar. El Callao, circundado de vegetación en su parte plana es una rareza en nuestra costa, es un pequeño oasis y una revelación de la sabiduría de los conquistadores al colocar la capital del reino que fundaron a dos leguas de su bahía.

-151-

Nuestro litoral carece de amenidad. El paisaje rara vez es tranquilo y uniforme. Son los Andes montañas agresivas, y sus contrafuertes a menudo penetran en el océano en forma de espolones. Pocas serranías hay en el mundo que sean tan continuamente imponentes y que se encuentren tan inmediatas al mar. Desde la bahía de Chimbote es posible contemplar en los días serenos de mayo los 24000 pies de altura a que se hallan las grandes moles nevadas del Huascarán.

La parte de costa en que no llueve o que por lo menos llueve muy poco, puede estimarse en 38,850 kilómetros cuadrados, estando irrigado tan sólo el 3 por ciento de tan extenso territorio. Hay posibilidad de irrigar un uno por ciento más; y cuando esto se realice, los valles, las ciudades y puertos de nuestra costa, hoy poblados con una cuarta parte del total de habitantes que tiene el Perú, tendrán mucha más gente.

Terminan en Pacasmayo los tablazos y las pampas costaneras que observamos desde Tumbes. Lo que hasta Eten es plano, ligeramente elevado sobre el mar y sombreado por bajas serranías que se ven desde el océano, como los cerros de la silla de Paita, tiene hacia el sur aspecto diferente. Desde Chérrepe, los cerros llegan hasta la playa marítima, y cuando penetran al océano, las olas bañan con furia sus bases, como también los macizos acantilados. En esta sección del litoral, como ya hemos dicho, los ríos bajan por valles angostos y los únicos terrenos extensamente llanos se encuentran en la desembocadura de ellos. A partir de Cerro Azul hacia el sur, vuelven a repetirse las mismas llanuras costaneras que hemos visto entre Tumbes y Salaverry. En esta sección, el llano está formado por pampas más o menos extensas, pampas que se hallan socavadas -152- por los ríos que corren por el fondo de profundos cañones que esos mismos ríos formaron. Viene después la sección meridional, aquella que termina en el Loa. Ella ha sido admirablemente pintada por el ingeniero Lissón, y a él le cedemos la palabra.

La región estudiada entre Mollendo y Chala contiene los tipos característicos de los tinajones y chiras.

La acción erosiva sobre la línea de la orilla es bastante clara en esta sección. Las olas atacan un terreno que sufre un desplazamiento negativo; los acantilados reculan. Los desmontes no se acumulan formando plataformas de abrasión, estables. Las olas chocan directamente contra la base de los acantilados con toda violencia, labrando el límite de su acción, aun no alcanzando. Las arcadas y cuevas de la orilla, y la ventana sumergida de los tinajones, demuestran esta aserción, con su abundancia y proporciones.

Este proceso de abrasión marina se desarrolla sobre un relieve de terreno rocalloso. Este relieve no es más que la Cadena de la Costa que, en esta parte de nuestro territorio, llega al mar; cadena cuya altura media es de 700 a 1000 metros sobre el nivel del mar y que representa las raíces, a veces arcaicas, de una cordillera antigua, y anterior, por consiguiente a la de los Andes occidentales. En este sentido, asistimos en este momento a la destrucción de los restos venerables de aquella vieja sierra.

La costa que se extiende desde Mollendo hasta Pescadores de Ocoña y aún Atico y Chala, con varias excepciones, permanece elevada y escarpada; ofreciéndose a los ojos de un viajero de a bordo, como el tablero de una mesa, largo e inclinado. Es una terraza marina solevantada. Su acantilado varía de 20 a 80 metros (máximo) de altura. Su superficie está ligeramente ondulada y atravesada por cortas y estrechas quebradas secundarias; y su anchura oscila entre límites muy latos, desde medio kilómetro, y a veces menos, hasta 10 y 20 o más kilómetros. La faja inmediatamente vecina a la línea de playa, es la que presenta mayor número de accidentes superficiales. Por la naturaleza granítica de la roca en que está labrada esta zona litoral, la suavidad de la superficie del suelo está interrumpida por causas secas de avenida y angostas quebradas, restos deformados del primitivo relieve orogénico

de la mencionada cadena de la costa. Y entre estas -153- hondonadas y fosas, se extienden llanos arenosos, salpicados de vez en cuando por oasis de verdura, centros agrícolas que rompen la monotonía del panorama. Según que esta faja se encuentra en la base o en la falda de la cadena, la erosión marina se realiza sobre roca arcaica o sobre sedimento terciario y cuaternario.

Detrás de la cadena de la costa, a manera de muralla divisoria, se extienden formaciones de facies diferentes, pero que entran en el cuadro genérico de la zona costanera. Detrás, se extienden dilatadas pampas como las de Islay y Caravelí, con terrazas marinas escalonadas, análogas a las de Ocucaje (Ica) y puerto de Chala; yacimientos de derrame y aún napas de rocas volcánicas como basalto y rhyolita, de edad neogénica. Pero lo importante allí es la existencia de una formación persistente y dominante, que da un carácter típico al relieve del terreno, cuya formación puede compararse, sin exageración, al valle longitudinal clásico de la región de Tarapacá, emporio del salitre de soda.

Melo, en su Derrotero de la Costa del Perú, describe así el borde marítimo, o sea la línea que pone en contacto la tierra con el mar.

Al avistar tierra, el navegante sólo distingue masas de cerros que elevan hacia el interior, sin que alcance la vista las cimas más distantes, que se ocultan en la densidad atmosférica. A medida que la distancia se acorta, cerros refundidos en la masa emergen distintamente; pero en todos se vota una especialidad común: la absoluta aridez. Al que acaba de recorrer las costas de Colombia y Ecuador, exuberantes de lujuriosa vegetación, le afecta esa falta, no sólo de arboleda, pero hasta de yerbas espontáneas.

Acorta aún la distancia, no siempre resulta la perspectiva menos ingrata. En partes, la llanura alta avanza hasta el mar, delante del cual cae bruscamente, ofreciendo a la vista del navegante frontones acantilados, en los que golpean las olas; en otras partes quedan fajas más o menos estrechas, entre los barrancos y el mar, fajas compuestas de arena, las más veces, y algunas de guija; en otras partes, en fin, cadenas de cerros descienden hasta el mar, haciendo los extremos de senos hondos, que resultan abrigados por dichas puntas; pero en resumen la perspectiva es siempre semejante: hacinamientos caóticos de cerros desnudos, separados entre sí por desiertos de arena.

-154-

Sin embargo, a espacios, la llanura alta o la sierra se aquebran y por la grieta se precipitan desde la cima de los Andes torrentes que bajan con desnivel de cascada; esas grietas se ahondan y ensanchan hasta hacerse valles, y el agua torrentosa que serpentea por los planos inclinados que forman esos valles se distribuye con pequeño esfuerzo por sus superficies y los mantiene cubiertos de abundante, permanente y variada vegetación. Sobre la verde superficie que forman, y que resulta encuadrada por el desierto, resurge la vida en sus múltiples manifestaciones, reacciona el espíritu atrofiado por la monótona desolación que causa tanta sierra desnuda, tanta llanura árida y el turista extraño se reconcilia con el país que visita.

Las costas del Perú, a las que casi todos los geógrafos dan 1900 kilómetros de largo, tienen el inconveniente de ser poco recortadas y por tanto escasas de entrantes y salientes. Gran parte de los barrancos rocosos que el mar baña, tienen en su ondulación variantes muy ligeras. Por esta causa, la accidentación marítima está muy distante de igualar a la que observamos en el sur de Chile. Exceptuando Paita, Chimbote, Callao, Ilo, Arica y algún otro, puerto de poca importancia, el resto de nuestras bahías carece de abrigo y buen fondeadero. Aurelio García y García, Melo y Stiglich, los tres con el mismo título: Derrotero de la costa del Perú, han descrito con bastante precisión y rara habilidad el perfil del litoral peruano. Raimondi, en pocas páginas nos da idea completa de lo que son las bahías, puertos y caletas de nuestra costa. Los apuntes que van a continuación han sido tomados de los manuscritos inéditos de nuestro sabio e ilustrado explorador.

Dominando en toda la costa del Perú los vientos del SSO ESE y teniendo la corriente marina la misma dirección de la costa, sólo las bahías defendidas por ese lado pueden ofrecer un fondeadero seguro; y así los mejores puertos tienen por el lado sur algún cerro, lengua de tierra o punta -155- que se avanza al mar; pues las bahías abiertas por ese lado están expuestas a fuertes marejadas y grande reventazón.

Empezando la enumeración de las bahías de la costa del Perú por el Norte, tenemos:

Bahía de Tumbes.- En la ensenada formada por la punta de Malpelo se halla la espaciosa y abrigada bahía de Tumbes. El mejor tenedero de esta bahía se halla 3 millas al E del extremo de dicha punta y al N de la boca del río, en un paraje llamado El Pozo.

El río de Tumbes desemboca en la misma bahía, pero en tiempo de creciente entra al mar por varias bocas.

Puerto de Paita.- Al este de la precedente punta se halla el hermoso y ancho puerto de este nombre, que es el principal del Departamento de Piura. En cualquier parte de este excelente puerto hay fondeadero seguro, hasta cerca del muelle y de la población, que se encuentra al lado sur. Esta última es abundante en provisiones, pero el agua es costosa; pues hay que traerla desde el pueblo de Colán, distante unas dos leguas, y a veces de un lugar llamado la Huaca, situado en la orilla del río de la Chira, a más de 6 leguas de Paita.

El puerto de Paita está rodeado hacia el E y NE por un elevado barranco casi cortado a pique, sobre el cual se extiende un terreno llano conocido en el país con el nombre de Tablazo.

Bahía de Sechura.- Esta espaciosa bahía está abierta al O y NO y de consiguiente bien abrigada de los vientos del SE. La bahía de Sechura tiene 35 millas de boca y 14 de saco; ofrece buen fondeadero en todas partes, pero los surgideros que se usan de preferencia son los llamados Salina y El Pueblo.

El principal artículo que se exporta por la bahía de Sechura es la sal.

El río de Piura desemboca en la parte NE de la bahía cerca del pueblo de Sechura.

Roda de San José de Lambayeque.- A trece millas antes de llegar al Morro de Eten, viniendo del Norte, se halla la rada de San José, que impropriamente llaman puerto; pues no puede recibir este nombre un lugar enteramente abierto, sin abrigo de ninguna clase.

El embarque y desembarque se hace allí por medio de balsas, que aunque muy toscas y primitivas, sin duda alguna iguales a las que usaban los antiguos peruanos antes de la conquista, son al menos muy seguras; principalmente en un mar tan abierto, donde es muy frecuente quedar incomunicado por uno o dos días.

-156-

Rada de Pimentel.- El llamado puerto de Pimentel es otro surgidero que tiene todas las malas condiciones del de San José, del que dista solamente cuatro millas.

Puerto de Eten.- Este puerto está al N del morro del mismo nombre y aunque abrigado en parte por este último, no se halla defendido de las marejadas del SO que producen grandes reventazones.

Unos barrancos escarpados que rodean al puerto, casi no dejan playa. Sin embargo es mucho mejor que los de San José y Pimentel.

La costa al norte del puerto es formada de playa de arena en la que azota el mar con mucha fuerza.

Caleta del Progreso.- Esta caleta situada entre el morro de Eten y la caleta de Chérrepe, de la que dista siete millas hacia el norte, tiene un fondeadero desabrigado a una milla de tierra. En este lugar no se encuentran recursos de ninguna clase, habiéndose abierto la caleta tan solo para la exportación de leña, carbón y otros productos de las haciendas cercanas.

Caleta de Chérrepe.- La caleta de este nombre se encuentra inmediatamente al norte de la Punta de Zaña, que le sirve de abrigo. Tiene buen fondeadero para los buques que vienen a cargar los productos de las haciendas Cayaltí, Ucupe y otras situadas a poca distancia, para cuya exportación ha sido habilitada.

Rada de Pacasmayo.- A 15½ millas de la Punta de Zaña, con dirección al SSE, se encuentra la Rada de Pacasmayo, que comúnmente llaman puerto. El mejor surgidero se encuentra al O del pueblo a 4½ millas cables de la playa.

El embarque y desembarque se hace fácilmente mediante el largo muelle de fierro provisto de rieles, sobre los cuales corren los carros, algunos de los cuales, provistos de árbol y vela como una embarcación, son movidos por el viento.

Caleta Puemac.- Inmediatamente al norte de la Punta Arcana, llamada también Puemac, se halla la caleta que lleva este último nombre. Como está poco abrigada se experimenta una marejada muy molesta.

Rada de Malabrigo.- La rada de este nombre forma una grande ensenada abrigada por el lado sur, pero abierta al SO, O NO. Su mejor surgidero se encuentra en el fondo de la ensenada, entre las casas y una pequeña punta negra llamada el Observatorio. En la rada de Malabrigo hay en general poco fondo; pues a una milla de tierra no se encuentra más de 9 a 10 metros de profundidad, en todas direcciones.

-157-

Caleta del Brujo.- A 3 millas al norte del valle de Chicama y casi E O con el pueblo llamado Magdalena de Cao, se halla la caleta del Brujo, conocida también con el nombre de San Bartolomé. Su tenero es muy malo por las numerosas piedras sueltas de que está sembrado y por la fuerte marejada.

Puerto de Huanchaso.- El puerto de este nombre se halla a 14½ millas de la desembocadura del río de Chicama, en dirección casi al SE. Tiene mal fondeadero a una milla de tierra, pues no tiene abrigo para la continua marejada que se experimenta de través y en tiempo de bravesas revienta el mar muy afuera.

Los indígenas acostumbran, para pescar, unas balsitas de totora que llaman caballitos, desafiando con estas débiles embarcaciones el furor de las olas del mar embravecido; pues siendo muy buenos nadadores y prácticos del lugar, vuelven con presteza a asir sus caballitos cuando les es arrebatado por las olas.

Caleta de Huamán.- A una milla al NO de la boca del río Moche y muy cerca de Trujillo, se halla la caleta así llamada; su fondeadero es malo y no tiene abrigo alguno.

Puerto de Salaverry.- El puerto de este nombre está a 12 millas al SE del de Huanchaco y a sotavento del Morro Carretas. La playa tiene tasca como en Huanchaco, pero el desembarque se hace con más facilidad que en este punto. Salaverry es puerto mayor, creado recientemente para reemplazar a Huanchaco por ser más seguro.

Caleta de Guañape.- Esta caleta se encuentra al E de la pequeña punta que forma parte del Morro del mismo nombre. Su mejor fondeadero se halla a media milla de tierra cerca de unos ranchos. En la playa hay mucha reventazón, de manera que no es prudente desembarcar en los botes de a bordo, siendo preferibles para ello las lanchas de tierra.

Fondeadero de Chao.- El fondeadero que lleva este nombre se halla 2½ millas al NNO de la caleta de Coscomba y a 1½ de tierra frente de los ranchos que hay en la orilla. En este fondeadero hay continua marejada y reventazón en la playa.

Bahía de Santa.- A dos millas al NNE de la isla de Santa se abre la bahía del mismo nombre y de la cual forman su parte S el Morro. La caleta es pequeña, pero tiene buen fondeadero de 4½ a 5 brazas hacia el lado de la punta.

Santa es puerto menor, y por él se embarca leña, carbón, arroz, algodón, etc.

-158-

Puerto de Chimbote.- La hermosa bahía de Chimbote, llamada también de Ferrol, tiene 7 millas de ancho; completamente limpia, esta defendida hacia el S por una península de cinco millas de largo. Su boca se halla a 9 millas al NO de la bahía de Samanco, y los islotes, del mismo nombre, la cierran por el SO; es muy segura y poco menor que esta última, de la que la separa un istmo de arena.

Toda la playa que rodea la isla es muy baja y arenosa, de modo que las embarcaciones no pueden acercarse a menos de media milla de tierra.

Bahía de Samanco.- Inmediata a la precedente y a 14 millas al NO del puerto de Casma, se halla la bahía de Samanco que es la más grande de todas las de la costa peruana al norte del Callao pues se prolonga por seis millas de NO a SE; tiene tres millas de saco y dos y tercio de boca. En cualquier punto de esta bahía se encuentra fondo; desde 21 brazas, a la entrada, va disminuyendo gradualmente hasta sólo $32/3$, en la parte norte, y a $2/3$ de milla de tierra.

Bahía de Casma.- A unas $10\frac{1}{2}$ millas al SE de la bahía de Samanco, se encuentran los cerros situados en la parte norte de la de Casma, la que tiene una abra y de una milla y dos tercios. Internándose hacia el E se descubre la playa baja de arena que rodea aquella parte de la bahía.

Su mejor fondeadero se halla hacia el E.

Bahía de Huarmey.- Esta bahía es una ensenada formada por la punta Cabeza de Lagarto que avanza hacia el mar y la defiende por el sur.

Bahía de Gramadal.- Continuando al SE por ocho y media millas del morro Bufadero, se llega a la punta del Jargüey, que forma la bahía del Gramadal. Esta bahía tiene buen fondeadero abrigado hacia el sur, con 9 a 13 metros de agua, y debe su nombre a la grama que cubre a muchos mogotes.

Bahía de Barranca.- A nueve millas hacia el SE de los cerros de la Horca, está la pequeña bahía de Barranca, que casi es inaccesible por la continua reventazón que impide acercarse a la orilla.

Puerto de Huacho.- El puerto de Huacho está inmediatamente al NE de la punta de su nombre. Tiene regular fondeadero de catorce a ocho metros, a unos tres cables de la playa SE.

Huacho es puerto menor y hay en él un movimiento de embarque bastante activo, pues abunda en frutas, y otras provisiones.

Bahía Salinas.- Inmediata al puerto de Huacho, y hacia el S, se abre la espaciosa bahía que tiene tres millas de -159- saco y $4\frac{1}{2}$ de boca y en la que se puede fondear en cualquier punto.

Puerto de Chancay.- A sotavento de la punta de Chancay se encuentra el puerto del mismo nombre que tiene fondo de veinticuatro a doce metros a la distancia de tres cables de tierra.

La población de Chancay se halla a ocho kilómetros de distancia sobre los barrancos del N.

Puerto de Ancón.- Inmediatamente a sotavento de la punta Mulatas, se halla el excelente puerto de Ancón.

Tiene tenedero muy seguro cerca de tierra a la distancia de tres o dos y medio cables hacia el seno del SE, con fondo de arena en catorce a nueve metros de agua.

Bahía del Callao.- Esta hermosa y cómoda bahía que es reputada como la mejor de la costa occidental de Sud América, por su extensión, comodidad, abrigo e importancia comercial, está abierta hacia el NO y N; limitada hacia el SO por la isla de San Lorenzo; al S por la lengua de tierra llamada La Punta y al E, por la costa que corre hacia el N.

En esta bahía se encuentra fondo en todas partes con buen tenedero de fango, desde ocho metros muy cerca de tierra, hasta treinta y seis, al centro de la bahía, esto es, a cuatro millas distante de tierra. Por estar abrigado del mar del sur, y por hallarse cerca del muelle, el mejor punto para fondear es a sotavento de la costa sur.

La mar brava.- El trecho de costa desde La Punta hasta Miraflores es inabordable casi en toda época del año, por la continua reventazón que hay en este paraje, por cuyo motivo es conocido con el nombre de Mar brava.

Puerto de Cerro Azul.- A cinco millas en dirección casi al sur de la punta anterior, está la caleta conocida con el nombre de Puerto de Cerro Azul; tiene fondo de piedra y está sujeto a continua marejada del SO con fuerte reventazón, lo que hace su tenedero poco seguro.

Puerto de Tambo de Mora.- Siguiendo la costa con dirección, al SE se encuentra a seis y media millas de la punta Fraile, la desembocadura del río de Cañete, y a 28 millas más adelante, en la misma dirección, la quebrada, casi siempre seca, llamada del Jagüey. Desde este punto continúa la costa con dirección al S SE, y a 8½ millas distante se halla el puerto de Tambo de Mora.

Puerto de Pisco.- Aunque comúnmente se comprende con nombre de bahía de Pisco al seno limitado por la isla de San Gallán la gran península de Paracas y la costa al E -160- y N, el verdadero puerto está situado al N 65 E de la isla Blanca, de la que dista cinco y media millas.

El puerto de Pisco no está abrigado de la marejada del SO que es casi constante; tiene surgidero con fondo de fango de catorce a ocho metros, pero el mejor fondeadero es el SO del muelle a dos cables de la punta, donde hay ocho metros de agua.

Puerto de Lomas.- Siguiendo en la misma dirección E SE y a 7 millas de la punta de Lobos se halla el puerto de Lomas que tiene fondeadero bueno y seguro cerca de tierra en el seno del E, en 22 a 14 metros con fondo de arena.

Puerto de Chala.- A 8 millas al E SE de la punta de Chala se halla el puerto de este nombre que no es más que una pequeña inflexión de la costa que tiene varias rocas a barlovento. Hallándose este puerto casi sin abrigo alguno está expuesto a una continua marejada y reventazón en la playa.

Este puerto tiene fondo de piedra de 40 a 30 metros a 1½ millas del desembarcadero.

Caleta de Quilca.- A 9½ millas, siempre en dirección E SE de la punta de Pano, se encuentra la caleta de Quilca, notable por un pequeño recodo que hace hacia el interior que le da la forma de un garabato.

Esta caleta tiene una entrada angosta y ofrece el mejor tenedero para buques menores. Su fondo es de 18 a 12 metros.

El mejor surgidero para los buques mayores se halla al S de la caleta, entre ésta y la boca de la quebrada.

Caleta de Mataraní.- Tres millas al SSE de la quebrada de Mollendito, al pie de una pequeña quebrada abierta en el mismo seno al N del puerto, se halla la caleta Mataraní, que tiene adelante una pequeña playa de arena. Es el mejor tenedero de la ensenada de Islay.

Puerto de Islay.- Este puerto, uno de los principales de la costa del Perú, ofrece el aspecto de una gran fosa redonda rodeada de barrancos y peñascos cortados casi a pique, que no dejan playa alguna en su base.

El fondo en el puerto de Islay es de piedra con 22 a 26 metros de agua, a medio cable de tierra, y va en aumento hasta 30 a la mitad del puerto.

Puerto de Mollendo.- Este puerto se halla a 5 millas al E de la punta de Islay; su fondo es de arena gruesa con 24 metros de agua, cerca de la costa, y 44 a 3 cables distante de tierra. Hay algunas piedras al N y S pero son fáciles de evitar.

Caleta de Mejía.- La caleta de este nombre se encuentra -161- a 9 millas al SE del puerto de Mollendo. Su fondeadero es de 20 a 18 metros, a 5 y medio o 6 cables distante de tierra. No ofrece abrigo y siempre hay reventazón en la playa.

Puerto de Ilo.- Este puerto se halla en la ensenada del mismo nombre. El fondeadero está situado en la parte S a no menos de dos cables de tierra en 20 a 16 metros de agua. En este fondeadero se encuentran muchos peñascos y se experimenta continua marejada de través; de modo que se prefiere la inmediata caleta de Pacocha.

Caleta de Pacocha.- Esta caleta dista una milla del puerto de Ilo; es sin duda la más importante de la ensenada de Ilo y tiene el mejor tenedero en 28 a 24 metros con fondo de piedra. En la caleta no hay agua potable, pero se proveen de ella en el cercano río de Ilo.

Caleta de Sama.- A cinco millas al SE de la desembocadura del río Locumba se halla la caleta de Sama, la que tiene fondo de 26 a 18 metros cerca de tierra. Esta caleta es frecuentada solamente por los buques cargados de guano para la agricultura del país, y sólo los guardianes de este abono y algunos pescadores habitan allí.

Puerto de Arica.- Inmediato al valle de Azapa se halla el puerto de Arica, el que se abre al N de la isla Alacrán, que la defiende por el lado S. Este puerto es formado por una curva que describe la costa la que varía en este punto de dirección, siguiendo por 3 y media millas al S SO.

El puerto de Arica es espacioso; tiene fondo de arena gruesa, en 20 a 10 metros de agua cerca de tierra. El mejor tenedero es al N de la isleta, de 2 y media a 3 cables de distancia.

En los meses de junio a agosto se experimentan con frecuencia bravesas del mar.

Lo que observado desde el océano parece tierra maldita, sin agua ni vegetación, en realidad no lo es. Sesenta ríos, algunos muy caudalosos, irrigan el territorio costanero que estamos describiendo y le dan la relativa prosperidad que tiene. Una descripción de lo que vería un viajero que le cruzara a caballo, pasando por la faja de terreno inmediata al mar, puede dar una idea de las condiciones físicas que son causa de su imitado progreso, y de su pequeñez agrícola al lado de los cultivos existentes en Cuba, Uruguay, la Argentina -162- y el Sur del Brasil. Estéril en su mayor parte por falta de lluvias y por este mismo motivo cubierto en más de la mitad de su extensión por capas de arena que los vientos trajeron del mar, casi toda ella está cubierta de sedimentos adecuados para fines agrícolas. Lo que posee tierra de aluvión posiblemente representa el 40% de la lengua costanera inmediata al mar, y aunque de poca latitud, pues su ancho varía de 2 a 6 leguas, felices seríamos si toda ella estuviera bajo riego, o lo que es lo mismo, si agua hubiera para fertilizarla en toda su magnitud. Si esto sucediera, el Perú tendría más terreno de cultivo que Cuba. Desgraciadamente, como ya hemos manifestado al tratar de nuestros ríos, no corren por el cauce de ellos, con excepciones raras, todo lo que las sedientas tierras exigen, y como muchas de estas tierras de aluvión están a mayor altura de las que tienen los lechos de los ríos, sin poderlo evitar, mucha agua se pierde en el mar no siendo posible aprovecharla.

Como estas consideraciones no son suficientes para apuntar las causas naturales que impidieron el progreso de nuestros valles costaneros, se hace indispensable hacer la descripción que hemos insinuado. Ella formará concepto geográfico y facilitará el análisis de las causas materiales que en cien años han impedido mayor crecimiento.

Tampoco tuvo suerte nuestra costa en minería a pesar de haber tenido petróleo y salitre, riquezas que no solamente son valiosas sino de inmediato desarrollo por su ubicación

cercana al mar. El petróleo recién principia a explotarse en cantidad apreciable. Respecto al salitre, sólo nos fue posible sacar muy poco provecho de él por las causas apuntadas en el capítulo de límites y que también trataremos en extenso en el libro Causas Económicas.

-163-

De Piura a Lima

Costas de Tumbes y Piura

Viniendo del Ecuador, es la región de Zarumilla la primera que el viajero encuentra en tierra peruana. Es un distrito rico en petróleo, carbón y salinas. Es ganadero y agrícola; tiene mucho monte, siendo por ello valiosa la cantidad de carbón de palo que se fabrica y se exporta. Apenas está poblado por 800 habitantes, de los cuales viven en la capital, Zarumilla, una miserable aldea, 200. Sus llanos son susceptibles de mejor irrigación.

Viene a continuación el despoblado de Cabuyal, rico en pastos naturales, donde se mantiene ganado vacuno y cabrío, y enseguida el valle de Tumbes, cuyo río, como ya hemos dicho, es uno de los más importantes de la costa por tener agua abundante y perenne todo el año. Tiene el distrito varios caseríos y numerosas haciendas. La riqueza de sus bosques es notable. Exporta carbón de algarrobo, frutas, cocos, cereales. Hay en él criaderos de ostras y langostas, magníficas maderas de ebanistería y tiene tierra y agua para que puedan vivir 300000 pobladores. Al presente sólo tiene 4000 habitantes, en su mayor parte mestizos indolentes y sin espíritu para explotar ese pedazo de riqueza agrícola, único de la costa del Perú donde llueve y cuyo aspecto es igual al que se contempla en los valles de Jaén y del Huallaga. Un hombre de imaginación dijo de Tumbes que aquello era un pedazo de tierra oriental escapado de las manos del Creador al tiempo de colocarlo en las riveras del Ucayali. Es rico también en pesquería. Sus lizas y robalos son notables por el tamaño y la calidad. Como si todo eso no fuera suficiente y la Providencia hubiera querido darle más, toda la provincia reposa sobre yacimientos -164- de petróleo y sobre riquísimos mantos de carbón. A media legua de Tumbes se halla San Pedro de los Incas, lugar que queda muy inmediato a la antigua población indígena que encontró Pizarro a su llegada al Perú, y que por la extensión de los canales y de las mismas ruinas, se cree que puede haber tenido 100000 habitantes.

La construcción de nuevos canales para irrigar el valle de Tumbes es obra fácil y de poco costo. El trazo de estos canales, hecho por el ingeniero inglés, Mr. Melville, sigue aproximadamente el de los que abrieron los Incas. El de la margen oriental del río tiene 66 kilómetros y el del lado del oeste, 55.

Hacia el N O de Tumbes se encuentra Puerto Pizarro, llamado antiguamente La Palizada. Se halla en la región de los esteros y en el comienzo del Golfo de Guayaquil. Dista 12 kilómetros de la ciudad de Tumbes.

Pasadas las Lomas de Salvajal, cuya área llega a 500 kilómetros cuadrados no irrigables pues están muy cortadas por colinas y las aguas de lluvias sólo corren en verano, se llega a la región explotada del petróleo, la que principia en las inmediaciones de la quebrada de Boca Pan. Tiene esta quebrada y sus alrededores 1000 kilómetros cuadrados. Es susceptible de ser irrigada mediante la construcción de un muro de represa más abajo de Tamarindo, sitio donde se estrecha la quebrada hasta llegar a 90 metros de ancho entre paredes de roca natural.

A la quebrada de Máncora sigue la pampa de Pariñas y después el despoblado de la Chira. Este último con 2000 kilómetros de extensión y con abundante pasto en tiempo de lluvias. En los terrenos de estos tres lugares existe la zona petrolífera del norte del Perú, la única de todo el territorio que se trabaja en vasta escala por capitales extranjeros. -165- En La Brea, Lobitos, Zorritos y Talara se hallan los yacimientos mejor explotados. En Talara se beneficia gasolina y keroseno. La región tiene como 9000 habitantes, consagrados casi todos a trabajos mineros. El puerto principal de la zona es Talara, situado entre Cabo Blanco y Punta de Pariñas. Es bastante abrigado, tiene un buen muelle y está unido a Negritos por un ferrocarril de vía angosta.

Saliendo de Negritos con rumbo hacia el sur, el camino de herradura sigue la playa del mar y hállase abierto a inmediaciones de los barrancos que delinean las pampas que forman el despoblado de la Chira. La distancia que media entre Negritos y la desembocadura de río de la Chira es de 20 kilómetros, siendo un poco mayor la que es necesario recorrer para llegar a Colán y después a Paita.

Todo lo árido y mineralizado que es el territorio desde Caleta Grau hasta el sur de la región de Talara, se transforma en fértil y agrícola apenas se divisa la margen septentrional del río de la Chira. Mucho antes de penetrar en él, piérdense de vista los cerros de Amotape, formidables macizos que se desprenden de la cordillera que pasa por el sur del Ecuador y que encierra riquezas mineras que el siglo XIX ni siquiera supo descubrir.

Es el Chira un Nilo en miniatura y el Piura un pequeño Cauca, y así como los terrenos del Nilo en gran parte permanecieron infecundos hasta que los ingleses no hicieron en él estupendas represas, así también los valles del Chira y de Piura, todavía sin esas represas, han sido cultivados durante la primera centuria en pequeña extensión. Recién hoy se inician irrigaciones modestas, las que no tomarán para el regadío ni la cuarta parte del agua que por los ríos corre en verano y se pierde en el mar.

Es Piura unido a Tumbes territorio tan grande y tan -166- rico como lo es Guayaquil y la provincia de Entre Ríos en el Ecuador. La clásica fecha próxima a celebrarse le encontrará en situación naciente. Poco se ha hecho en 100 años, siendo causas muy complejas las que le tienen estacionario. De todas ellas, ninguna tan sustantiva como la falta de canales para irrigar las tierras. Hombres como Federico Moreno, Víctor Eguiguren, Coronel Zegarra, con fe profunda y conocimiento perfecto de sus soledades, valles agrícolas y yacimientos mineros, en magníficas monografías hicieron propaganda de las inmensas riquezas que ese suelo posee. El medio nacional les fue adverso y todos ellos han muerto sin haber visto realizado ninguno de sus vastos proyectos.

Arenal, Pueblo Nuevo, Amotape, Huaca y Colán, son villorrios inmediatos al mar en el valle de la Chira. Más adentro hállase Sullana, la población más importante del valle y hacia el interior, Querecotillo, La Huayala, Chalacaya, Chocán y Sonate.

Paita, después del Callao, como puerto es lo mejor del Pacífico peruano, como ciudad es una población infecta, donde la bubónica, el paludismo y la fiebre amarilla están diezmando los 4700, habitantes que actualmente tiene. Dista de Piura 14 leguas y hállase unido a ella por un ferrocarril. A inmediaciones de Paita está la pampa llamada el Tablazo, llanura con 2500 kilómetros cuadrados, sin agua y muy fértil cuando llueve, lo que ocurre generalmente cada siete años. Hállase el Tablazo a 54 metros de altura sobre el nivel del mar, y según Adams, por causa de esta altura es inirrigable por el Chira, a no ser que las aguas de este río en lugar de derivarlas por canales se elevaran por medio de bombas.

La ciudad de Piura, que es la capital y que hoy tiene -167- 10000 habitantes, fue visitada por Raimondi en 1869. De ella y otras poblaciones dijo lo siguiente:

Huarmaca está situada en la misma cumbre de la cordillera que en este lugar está bastante baja, por lo que no se experimenta frío; y la abundante vegetación que cubre los cerros de los alrededores, da a conocer, desde luego, que su clima debe ser bastante templado. Cosa notable en este pueblo es que la iglesia se encuentra en la parte central de la población, en la misma línea divisoria de las aguas que bajan a ambos mares, y como el terreno está ligeramente inclinado en los dos lados de la iglesia, resulta que cuando llueve bastante el agua que cae a un lado del techo baja por la vertiente oriental y va al Huancabamba que es tributario del Marañón, y la que cae al otro lado va al río de Piura, que desagua en el Pacífico.

Aunque se ha dicho que el pueblo de Huarmaca se encuentra en la cumbre de la cordillera, no se crea que se halla rodeado de elevados picos. El terreno en sus inmediaciones no es muy quebrado y se podría decir que apenas es ondulado, pues lo rodean cerritos formados de tierras arcillosas y enteramente revestidos de vegetación, lo cual da al paisaje un conjunto bastante pintoresco.

Las casas no forman calles, sino que se encuentran diseminadas unas en suelo llano, otras en una hoyada, y algunas sobre terreno más elevado.

Hacia el NE del pueblo hay un cerro elevado de donde se originan dos pequeñas quebradas que bajan casi paralelas, y enseguida divergen bajando en sentido contrario. Una de ellas es la que se sigue en el camino de Congoña y la otra es el origen del río de Piura.

Huarmaca es cabeza del distrito que lleva el mismo nombre y que actualmente pertenece a la provincia de Huancabamba, de cuya población distará unos 60 kilómetros. En sus alrededores se cultiva cebada, maíz, trigo, papas y alfalfa: también se cría ganado.

Este distrito no tiene más poblaciones que Huarmarca, pero tiene por anexos la hacienda de Congoña y varias parcialidades o caseríos situados a más o menos distancia, tales como Naranjo, Muluco, Hualca, Bateas, Casapite, etc.

La mayor parte de los indios de este pueblo hablan castellano. Los que no han salido de su tierra usan moño largo, esto es, el pelo reunido en trenza que le cae sobre las espaldas; pero los que han bajado a la costa ya no lo usan. La mayor parte -168- lleva poncho de color gris. La tez de los individuos es cobriza, y sus facciones marcadas.

Gran parte del departamento, o sea la que comprende las provincias del Cercado y de Paita, está formada por grandes llanos muy ardientes, de magníficos terrenos, pero muy escasos de agua, de manera que la mayor parte no son cultivados.

La provincia de Piura ofrece aspecto del todo particular, que la distingue de las demás de la costa del Perú, teniendo solamente analogía con la de Ica.

El terreno es casi enteramente llano, y es la única provincia en la que los llanos situados a poca elevación sobre el nivel del mar, se internan en algunos puntos más de 175 kms. En efecto, Huarmaca, que es el origen del río de Piura, pertenece a la provincia de Huancabamba, y se halla situada en la misma cordillera, y 35 kilómetros más al O de este pueblo, en donde empieza la provincia de Piura, el terreno es ya muy llano y su elevación sobre el nivel del mar es poco mayor que la de Lima, aunque ésta dista del mar menos de 10 kilómetros, y aquel de Paita más de 175 kilómetros.

La provincia de Piura está bañada, en pequeño trecho, por el río de Chira y por el de Piura, que, como hemos dicho, tiene su origen en Huarmaca; es caudaloso en tiempo de aguas, esto es, en los meses de febrero, marzo y abril, en cuya época es preciso pasarlo en balsas; pero se seca en agosto o setiembre y permanece en este estado hasta enero. En las hoyadas o partes más bajas del cauce del río, se conservan algunas pozas de agua, la cual al cabo de poco tiempo se pone verde por el desarrollo de una alga microscópica. Estas pozas sirven para los animales y reciben el nombre de bebederos, como se ha dicho ya.

Para el consumo de los habitantes que viven en las orillas se usa excavar pozos en la misma arena, hallándose agua a uno o dos pies de profundidad, según la sequedad de la estación. Cerca de Piura como a medida que va adelantando la estación seca, el agua se pone salobre, las casas que tienen comodidad acostumbran envasijar el agua y reservarla para la época en que la de los pozos se pone mala. El agua guardada empieza por corromperse, pero al cabo de poco tiempo sufre una especie de fermentación y después se pone de buena calidad, conservando, sin embargo, gusto particular. El río en la estación seca alcanza hasta la hacienda de Pabur.

Aunque el río se seca, la vegetación continúa ostentándose debido a la humedad del terreno, y todos los habitantes ribereños forman sus chacras a las orillas y cosechan antes de la creciente.

En la gran hoyada por donde corre el río, todo el terreno en ambas bandas se halla cubierto de monte de algarrobo, paypay, obero, etc., etc., y más arriba de Tambogrande, gran parte del camino pasa en medio del monte, de manera que se marcha a la sombra de hermosos árboles, casi sin experimentar calor y oyendo por todas partes el cantar de millares de pajarillos escondidos, los cuales se multiplican prodigiosamente, disfrutando de la abundante comida que suministran los árboles con sus frutos.

A cada momento se deja sentir el agudo grito del industrioso chilala (turnarias, cinanomeas) que construye en las ramas sus admirables nidos de barro que simulan en su forma pequeño horno; la doméstica soña (*utimus lonsicaudatus*), saltando de rama en rama y agitando continuamente su larga cola e imitando el grito de los habitantes del bosque. Poco más al interior del monte se oyen los repetidos golpes del laborioso carpintero, afanado en golpear los troncos para desprender algún trozo de corteza que oculta alguna larva, que pronto ha de ser su víctima; el dorado chiroque (*ictenus*), distrayéndonos con su melodioso canto; las mansas cuculíes, haciendo oír, de cuando en cuando, su triste y monótona tonada; centenares de tordos o negritos (*cassicus palliatus*), gritando o emitiendo en coro sus variadas notas. A esta abundancia de vida se pueden añadir las ardillas que van saltando de rama en rama o resbalando a lo largo de los troncos con asombrosa agilidad. Las iguanas y gallanes, correteando entre las hojas secas cazando algún insecto, y por último el permanente zumbido que se siente por todas partes sin ver al insecto que lo produce, es una especie de abeja que va tomando su carga de polen de las flores de algarrobo.

A la sombra de los árboles viven en estos bosques numerosas cabras que buscan alimento en las hojas y frutos del bichayo y del obero. La cabra es el animal más útil en el departamento de Piura, porque se mantiene con cualquier cosa y se multiplica prodigiosamente, sin necesitar de mucha agua. En la provincia de Piura suministra la mayor parte de la carne que no tiene el olor que se nota en Lima, y casi toda la leche que se consume, que también es mejor, y que, además de servir para todos los usos domésticos de la de vaca, se prepara con ella quesillos.

Los terrenos de la provincia son de feracidad asombrosa y sólo les falta agua. Así en los años de lluvias en la costa (verificándose esto como en la sierra, en los meses de febrero y marzo), todos los terrenos de la provincia, aún en despoblado, -170- se cubren de hermoso y elevado pasto con el que se alimenta gran número de ganado.

Los especuladores cuando ven caer dos o tres aguaceros, no aguardan que crezca el pasto, sino que van luego a la vecina república del Ecuador (provincia de Loja) a comprar partidas de ganado vacuno donde es muy barato, de 8 a 10 pesos cabeza, y luego regresan y encuentran el pasto crecido para engordar el ganado adquirido, improvisando fortunas en muy poco tiempo, pues venden el ganado engordado de balde a precio muy subido.

En estos años por todo el despoblado se ven manadas de vacas y cabras que pacen libremente en medio de este extenso campo de verdura.

Desgraciadamente estas lluvias providenciales que de improviso convierten el árido desierto en verde y alegre campo no las hay todos los años, y pasan a veces 5, 10 y aún 15,

sin que se humedezca siquiera esa tierra calentada continuamente por rayos de un sol abrasador.

La provincia de Piura no tiene minerales metálicos o a lo menos hasta ahora no se han descubierto. Cerca de Tambogrande hay minerales de fierro en abundancia, y 15 kilómetros al N de Ayabaca se encuentra oro.

Las abundantes salinas de Sechura situadas en despoblado, proveen a todo el departamento y a la vecina provincia de Lambayeque. En los montes se encuentra pavas silvestres y en el despoblado muchos güerequeques (*himantopus mexicanus*) los cuales se crían en casi todas las costas de Piura.

La ciudad se halla situada en la orilla derecha del río del mismo nombre, en llano algo arenoso. Las calles son un poco estrechas y no muy rectas. Tienen veredas angostas construidas de ladrillo, con bordes de madera de algarrobo. La parte del medio no está empedrada.

Las casas, por lo general bastante sólidas, están fabricadas de adobes y sus paredes son algo gruesas; todas ellas están blanqueadas, de manera que reflejan los rayos del sol con mucha fuerza; y tal disposición aunque molesta mucho por la gran reverberación de calor, tiene sin embargo la ventaja de mantener las habitaciones frescas, por que las paredes reflejando los rayos solares, no se calientan mucho.

Las casas tienen hacia la calle un poyo asiento a todo lo largo de la fachada, que servía para respirar aire fresco en las tardes y en las noches, pero en el día se ha perdido esta costumbre y las que se construyen actualmente no tienen asiento alguno hacia la calle. Algunas son muy bien construidas y prestan bastante comodidad en su interior, pero la mayor -171- parte están fabricadas con poco gusto, y se ve en las que tienen altos muy poco separados los balcones del techo, lo que les da aspecto de poca holgura.

Piura tiene un pequeño hospital para hombres y mujeres, pero está mal tenido; panteón colocado en las afueras de la población y seis iglesias.

La plaza mayor es cuadrada y de regular tamaño; en el medio hay una estatua de la libertad groseramente esculpida, dispuesta sobre un pedestal y rodeada de una pequeña verja de fierro. A un lado está la iglesia Matriz, una de cuyas torres fue derribada por un temblor. Más tarde se construyó otra para colocar el reloj, pero se hizo mucho más pequeña que la otra, de manera que choca a la vista esta falta de simetría. En la misma plaza se observa en otro costado la iglesia de Belén, más pequeña que la Matriz, y que tenía en otra época convento y cuya comunidad tenía a su cargo el hospital. Siguiendo más abajo, casi al extremo de la población, se encuentra otra plaza cuyo piso se halla cubierto de arena. En ésta se ven otros dos templos: uno es la Merced, cuya iglesia de tres naves, aunque pequeña, es bonita y en su interior presenta mejor vista que la Matriz. Esta iglesia, como se ha dicho, tenía su convento que se llevó el río en una gran avenida, a principios del siglo pasado. En la sacristía existe una cruz tosca, de palo, que se dice fue con la que desembarcó Pizarro.

El otro templo es San Sebastián, que ha sido parroquia de los indios en tiempo del gobierno español.

Otra iglesia llamada del Carmen, se halla casi al extremo opuesto de la población; pertenecía al convento de Carmelitas en cuyo local se encuentra ahora el colegio. Este local es espacioso y con poco gasto se le podría refeccionar dejándolo cómodo.

Anteriormente se hacían en Piura hasta los estudios profesionales para recibirse de abogado. Pero últimamente se suprimió la clase de derecho y el colegio se consagró solamente a la instrucción media.

Finalmente, la sexta iglesia es la capilla de Santa Lucía.

Piura no tiene paseo público, ni tampoco teatro, no pudiendo casi recibir este nombre el local donde representan alguna vez.

Piura, desde mucho tiempo, se ha hecho célebre por su clima, pues es excelente para las enfermedades sifilíticas. Esta propiedad del clima para la curación de tales enfermedades, se debe tan sólo a la acción del calor que, abrasador en esta -172- región, favorece la transpiración cutánea, primordial remedio para expeler el virus sifilítico.

Por otra parte, Piura es bastante sano, pero de pocos años a esta parte ha sido visitado por epidemias desconocidas anteriormente.

Para conocer detalles relativos a Piura, consúltese los escritos antiguos, en especial a Cieza de León.

Todos los techos de las casas de Piura se hallan cubiertos de gruesa capa de una especie de carrizo delgado que llaman grama, sobre la cual hay otra capa de barro bastante espesa que hace los techos muy pesados.

En la tierra que cubre estos techos, se halla, en algunas casas, una especie de abeja del tamaño de la que produce miel.

La mayoría de los habitantes de Piura son de color trigueño.

Catacaos es pueblo muy antiguo, anterior en mucho a Piura y anterior, también, a la conquista. En otra época era pueblo puramente de indígenas y en tiempo de los españoles se conservó la raza indígena de pura sangre, porque en el decreto dado para la fundación de Piura se puso como condición que se estableciese lo más distante posible del pueblo de ellos, para que no se les molestase en lo menor.

Pero actualmente los indios mismos vendieron parte de sus terrenos y desde hace algún tiempo se han establecido en la población algunos vecinos.

Catacaos se ha extendido mucho y se han levantado casas de adobe, algunas de las cuales son bastante bien construidas, con paredes blanqueadas y buenas puertas, que prestan

alguna comodidad. Las casas de los indígenas son todavía ranchos de carrizo, de caña brava, y las más lujosas están formadas del mismo material y enlucidas con barro, como todos los ranchos de indios que habitan en la costa.

Catacaos ha sido siempre pueblo dedicado a la agricultura y desde la época más remota habían sacado una acequia del río cuya toma se halla propiamente enfrente de la actual ciudad de Piura, en el punto llamado Tacalá, y figura en los documentos de fundación de esa ciudad del año 1588, en donde se dice que se debe establecer más arriba de la presa de agua de Tacalá, que abastece de ella al pueblo de Catacaos.

La iglesia ha sido muy bonita y construida por el mismo arquitecto que intervino en las de Sechura, Lambayeque, Guadalupe y Sama, pero un temblor trajo abajo gran parte de la bóveda y la falta de pericia de un individuo que se titula arquitecto, hizo botar otra parte; de manera que -173- hoy se conserva cubierto el altar mayor y las capillas laterales, quedando todavía, aunque muy desquiciada, toda la media naranja.

La torre forma como cuerpo aislado y sólo se ha destruido la cúspide. Esta torre, en lo que se refiere a su construcción, es uno de las mejores obras del tiempo de los españoles; toda es de cal y ladrillos y de elegante dibujo.

Alrededor de la plaza, en los otros tres costados, hay una especie de portal o más bien de ramada para poder pasear a la sombra; en el costado donde está la calle principal hay muchas tiendecitas de comercio.

Catacaos tiene la industria de fabricación de sombreros de paja llamados de Guayaquil, que le produce buena entrada. Desde que los indios se han dedicado a este trabajo, el pueblo ha ido progresando continuamente, y en el día es centro de activo comercio. Los domingos se observa gran movimiento, y se ve bastantes personas en número mucho mayor de las que se ve en la capital.

Se puede decir que en Catacaos. se realiza todos los domingos una especie de feria, a la cual concurren de todos los puntos inmediatos para vender sus sombreros a los comerciantes que vienen de Piura. En esos días circula bastante dinero, porque los indios gastan de preferencia toda la plata que reciben en la compra de paja para su trabajo y maíz para la chicha; lo restante lo emplean en géneros y bebida.

Todo el portal en dichos días está lleno de géneros, camisas de color y bancos con paja. Asimismo, por toda la calle principal no se ve más que pequeñas mesas con grandes mazos de paja, indios con sombreros en la mano para venderlos y comerciantes ya en las tiendas o en la calle para comprarlos. Como se ha dicho, la concurrencia es grande, y por todas partes reina actividad y movimiento.

Saliendo de la ciudad de Piura se atraviesa el despoblado de su nombre, después el de Sechura y por último el de Olmos. Tiene el primero 6000 kilómetros cuadrados, está cerca

de la región lluviosa y no carece cerca de Chulvicanos de arboleda y pastos. Al sur de este despoblado se halla el de Olmos. Su extensión puede calcularse en 3500 kilómetros cuadrados. Se encuentra al oeste de la región de las lluvias anuales; no tiene ningún curso de agua permanente, y sólo -174- en tiempo de lluvias corren por sus tierras tres riachuelos denominados Iscunisluz, Cascajal y Olmos.

El despoblado de Sechura comprende la planicie arenosa y árida que está al oeste de los despoblados de Olmos y Piura y entre los valles de los ríos de Piura y de La Leche. Tampoco tiene agua. Cerca de la desembocadura del Piura y al sur de los cerros llamados, Silla de Paita, cerros visibles a mucha distancia como que tienen 1300 pies de elevación, está la población de Sechura, con 2500 habitantes, la que ha sido edificada sobre una lomada bastante árida.

Al oeste de los cerros de Illescas están las famosas azufreras que no pudieron explotarse en los años de 1900 a 1905. En la bahía de Sechura se ha construido un muelle en puerto Bayovar, y un ferrocarril de 47 kilómetros de vía angosta que va hasta las minas de azufre. Al presente se hace uso de esta comunicación para el transporte de la sal que se beneficia en las inmediaciones.

Costas Lambayecanas y litoral de la libertad

Partiendo de Bayovar, no hay más camino para ir al sur, que la huella que existe entre la playa del mar y los cerros que culminan entre Punta de Aguja e Illescas. Pasando este último lugar, se entra en una llanura baja y arenosa, la que por el este tiene el despoblado de Olmos. Las playas de estas llanuras están caracterizadas por la carencia de puntas, de bahías y hasta de arrecifes, y por las continuas bravezas de mar. San José, Pimentel y Eten, sus únicos desembarcaderos, no tienen ninguna de las condiciones portuarias que el comercio exige para el tráfico marítimo.

No hay en toda la costa del Perú territorio más bajo ni más abierto a los vientos del sur que el litoral lambayecano. La única prominencia que se divisa del mar es la punta y el morro de Eten. Es menester desembarcar e internarse algunas -175- millas para divisar por el sur las serranías de Reque y por el centro el cerro de la Puntilla. Hay en este pedazo de suelo costanero mayor cantidad de tierra de cultivo que la que existe en Piura. Desde Olmos hasta el principio de la quebrada de Zaña todo es plano y de insignificante gradiente. Los ríos que lo irrigan corren silenciosos por sus cauces y cuando llueve en exceso en la serranía, inundan las tierras que les son cercanas y hasta la misma ciudad de Lambayeque. Hurt quedó admirado de la geología del lugar y de la riqueza que allí existe en tierras de labranza. Si todas ellas tuvieran agua, en esas dilatadas pampas viviría un millón de hombres. La República ha hecho mucho allí en agricultura y el esfuerzo de los industriales ha sido superior a la calidad de las clases populares, a los capitales con que han contado y a la cantidad de agua que baja por los ríos Leche, Chancay y Zaña. Aún no se ha puesto mano

a las obras de irrigación ya estudiadas. Necesítanse algunos millones para realizarlas y muchos más para derivar por medio de túneles las aguas orientales del río Huancabamba hacia el Pacífico. Los peruanos del siglo XX harán estos notables trabajos, habiendo carecido de condiciones financieras para tales obras los pobladores que vivieron en esas regiones en los años transcurridos desde 1821.

Viniendo del norte a caballo y caminando por el litoral a buena distancia del mar, es Mórrope la primera población a que se llega y después Ferreñafe. De aquí tomando hacia el N E y caminando cosa de 20 leguas, se arriba a los pueblos de Muchumí, Túcufme, Illimo, Pacora, Jayanca, Motupe y Olmos, todos ellos en gran atraso por falta de agua. No pasa lo mismo con Ferreñafe, Lambayeque, Chiclayo y Monsefú poblaciones de gran prosperidad en el norte del -176- Perú, debido a los extensos llanos que el Chancay irriga, llanos donde se cultiva arroz y caña de azúcar.

Lambayeque, por causa de las inundaciones, por el progreso de Chiclayo y por no haber sido elegida capital, ha decaído notablemente. Como ciudad, como población y centro social y comercial, ya no es lo que fue en 1871, año en que fue inundada. En 1912 publicamos una monografía sobre el departamento de Lambayeque. De ella tomamos los siguientes acápite:

En esta parte septentrional de la República que colinda al norte con el desierto de Sechura y cuyas playas baña un mar indómito, hállase el extenso territorio conocido desde los tiempos coloniales con el nombre de Lambayeque. Al oriente le limita la Cordillera de los Andes y por el sur la cadena de montañas que separa el valle de Saña del que le es contiguo, el cual riega el río de Jequetepeque.

Condiciones geográficas especiales, originalidades y costumbres en las gentes que le habitan, dan al país del que me ocupo genuina existencia, caracteres nacionales propios, como también límites verdaderos que encajan admirablemente en las extensiones territoriales que la ley le dio al crear la vida departamental.

Mal conocen la costa del Perú los que dicen que toda ella es igual. Lambayeque se asemeja, y sólo en parte, al departamento de Piura. Aquí como allá, el suelo es plano y la tierra sedienta; y como este suelo plano casi no tiene desnivel, las aguas de los ríos caminan silenciosas y escondidas por entre bosques y matorrales. En tiempo de avenidas, en botes y canoas todos ellos son navegables. El torrente destructor, característico de otros costaneros e inclinados valles del Perú, sólo se ve aquí en la parte cercana a la Cordillera y a muchísimas leguas del mar. Hay en todo esto mucho de parecido a lo que se ve en el Egipto, siendo así que cuando el año es lluvioso, aquí al igual del país africano, la tierra baja queda inundada y fertilizada por el limo que traen las aguas.

Otra de las características del suelo lambayecano hállase en su aspecto geológico. No solamente es comarca de llanos sino también territorio de bajas serranías. Como una rareza, como algo atrevido y de gran pujanza, uno que otro cerro se destaca sobre la chata cadena andina que pasa al NO del -177- Departamento, y como una gran cosa sube hasta trece mil pies de altura sobre el nivel del mar. Todo lo demás fluctúa entre diez y doce mil pies;

siendo lo común en plena cordillera, en el mismo divorcio de aguas, encontrar portachuelos con diez mil pies de altura.

Qué diferencia tan notable entre estos andinos pasos del norte del Perú y los que vemos en Ancash y los departamentos que le están al sur. Los primeros tupidos de vegetación, calurosos, abundantes en manantiales de riquísimas aguas, poseen bosques de cedros en los sitios donde los cerros se replegan. Son lugares agradables, propios para la vida civilizada. En ellos se suda y se realiza todo esfuerzo corporal sin temor al soroche. En los otros pasajes, en aquellos situados en los Andes del centro y sur del Perú, la nieve perpetua, la soledad, la muerte en lo animal y en lo vegetal, y de consiguiente un espectáculo tétrico ante el cual el alma se deprime y su tristeza no tiene límites. Más vegetación y más calor hay en Porculla, (punto culminante de los Andes lambayecanos por donde pasará el ferrocarril al Marañón), que en Matucana y en San Mateo.

El aspecto físico de las provincias de que me ocupo es una consecuencia lógica de la depresión de sus montañas. En Trujillo, en Ancash y en Lima, la Cordillera principia en el mismo Océano; en Arequipa y en Moquegua ocurre lo mismo, aunque en diversa forma, porque sobre la primera cordillera, que es la del mar, están las pampas de Cachendo, de la Joya y las de la Clemencí. En Ica ocurre algo especial, pero que tampoco es lo que existe en esta tierra lambayecana, donde sobre la costa, bordeando el mar, vemos como único cerro sobre las mismas playa al morro de Eten. Subiendo sobre él, contemplo vasto y bellissimo panorama. El cerro de Reque, amplio pero chato y de limitada altura, es en todo el departamento el que algo se aproxima al mar. Haciendo con la vista una variante de 45 grados de Reque hacia el Norte, mírase hacia allá, pero en parte muy lejana, las últimas estivaciones de la cordillera, las mismas que separan al río Chancay del de la Leche. Un poco más al NO, el horizonte, único límite de una pampa colosal cubierta toda de vegetación, algo parecida a lo que se ve en la República Argentina, en las inmediaciones de Mendoza o de Jujuy [...].

Eten, con excepción de Mollendo, es el peor puerto de la República. El muelle se halla firme a pesar de los cuarenta años que tiene de construido, por estar enclavado en un durísimo suelo de arcilla. Si estuviera sobre fango, como pasa en Salaverry, -178- hace mucho tiempo que habría desaparecido. Su longitud es de 840 metros y su posición en el mar la mejor que científicamente le pudo dar el ingeniero Backus, que fue quien lo construyó. El morro de Eten muy poco le abriga; y en los días de tormenta, que son numerosos en los meses que corren de mayo a diciembre, las olas pasan por encima del maderamen y temporalmente le inutilizan para el tráfico.

En los días de bravezas los vapores se limitan a hacer acto de presencia en el puerto. Se mantienen al ancla una o dos horas, cambian señales con tierra y sin poder dejar siquiera la correspondencia, abandonan el fondeadero. Los pasajeros que vienen del sur son dejados en Paita; y los del norte en Pacasmayo. Estos últimos avanzan por ferrocarril hasta Guadalupe y a caballo atraviesan el desierto que media entre esa población y la hacienda de Cayaltí. La carga que viene del sur muchas veces sigue hasta Panamá y en cierta ocasión un dinero venido desde Lima con urgencia para Chiclayo, llegó a su destino al mes de su salida para el Callao. Con estos inconvenientes, materialmente el comercio vive de milagro, y todo está recargado en proporción a las demoras y a los riesgos marítimos.

El mal por ahora es incurable y su origen, como ya lo he dicho está en el mar y no en la voluntad de los hombres. Andando el tiempo y cuando estas dos provincias tengan en habitantes siquiera un cuarto de millón, lo artificial podría suplir lo natural, y la construcción de una dársena en Eten daría al puerto un desembarcadero tan seguro como lo es el Callao. La obra costará, según el ingeniero don Emeterio Pérez, dos o tres millones de soles, y no importará más por la circunstancia favorable de tener a la mano en el cerro de Eten material de primera clase para edificar sobre el mar. Otro proyecto de gran magnitud, pero no para ahora tampoco sino para cuando Trujillo, Chiclayo y Lambayeque sean grandes centros de producción, es hacer un puerto comercial y militar de primera clase en Pacasmayo y unirlos con ferrocarriles por el norte hasta Paita y por el sur hasta Chimbote.

El sistema ferroviario que tiene su punto inicial en Eten, abarca un largo de 78 kilómetros. Por el norte le falta el ramal de Lambayeque a Motupe, por el oriente el de Pátapo a Chongoyape y por el sureste el del Combo a Pucalá y Cayaltí. Este último de muy fácil realización pasándolo por el portachuelo de Samán, no se concibe como no se ha hecho en tiempos anteriores; siendo su tráfico, si se hiciera hoy, algo antieconómico, desde que Cayaltí tiene línea propia, y Pucalá -179- buscará el empalme con Pomalca en el ferrocarril que se proyecta a Pimentel.

La línea troncal va desde Eten hasta Ferreñafe, pasando por Monsefú, Chiclayo y Lambayeque. El desvío a las haciendas de Pomalca, Tumán y Pátapo es el único que tiene la empresa. El tráfico de trenes no corresponde a las exigencias del movimiento departamental. A las haciendas mencionadas sólo hay tres trenes a la semana, y por lo regular, quien va al puerto y desea ocuparse en él un tercio de día, no puede regresar sino al día siguiente [...].

A tres cuartos de hora de Eten caminando por ferrocarril, está la ciudad de Chiclayo, la primera del departamento, la que por circunstancias y vicisitudes que muy rara vez se repiten, se ha hecho dueña de la mejor parte de la vida política, industrial, social y comercial de este suelo lambayecano. Lo estrecho de sus calles, la falta de buenos templos y la carencia de casas de estilo colonial, revelan al viajero, a primera vista, su origen humilde, su procedencia indígena.

¡Qué diferencia entre Chiclayo y Lambayeque! Fue ésta, ciudad desde que nació a la vida de los pueblos. Su plaza, su iglesia, las portadas y patios de sus mansiones señoriales manifiestan que fue edificada por gente española, dueña de tierras y con dominio sobre los indios de la comarca. Háceme Chiclayo el efecto de una personalidad improvisada por el mérito de sus facultades; antójaseme Lambayeque, aristócrata señor, arruinado por los vaivenes de la fortuna, a quien sólo quedan y con poco valor, los títulos nobiliarios de su viejo abolengo.

En Chiclayo todo es real, verdadero, producto del mérito de la labor propias. En Lambayeque, la ciudad, casi vive de prestado. Como recurso económico acaba de recibir la concentración de las tropas regionales. Fue Saña quien le dio la vida y es Chiclayo quien se la quita.

Chiclayo, al igual que Iquitos, es una ciudad donde viven numerosos forasteros. Gran parte de personas decentes que residen en él, han nacido en Lambayeque; siendo así que con toda impunidad, posible es hablar públicamente mal de la ciudad, la cual cosa no merece bajo concepto alguno, por lo menos en todo aquello que está bajo el control de sus actuales pobladores. Efectivamente, no es la generación presente la que tiene la culpa de la ubicación en terreno bajo y húmedo que le dieron los indígenas que en tiempos coloniales la fundaron. Tampoco que sus calles sean estrechas, mucho menos que en los tiempos de las siete vacas gordas del Perú, cuando el Presidente Balta preguntó a los chiclayanos en que forma deberían pagarles el -180- servicio prestado con la sangre del pueblo el 7 de enero de 1868, le pidieron templo y teatro, cosas que costaron cerca de dos millones de soles, a cambio de haber solicitado agua potable que todavía no la hay y aumento de aguas para los valles. El teatro, en la actualidad, es todavía un aceptable edificio y llena una buena necesidad social. El templo es un monolito de cal y ladrillo, de magnífica arquitectura a medio concluir, y que no hay manera de echarlo abajo, ni tampoco de terminarlo, y que, en tales circunstancias es para la generación presente y las venideras, prueba de la vanidad de los hombres que pidieron y malgastaron tan tristemente en tan innecesaria obra los tesoros de la República.

Chiclayo tiene aproximadamente quince mil habitantes. No tiene agua ni desagüe, y por estas causas la mortalidad es considerable. Se bebe agua malísima y se excluye las que están sucias, en la misma calle y en pozos que existen en las mismas casas. El subsuelo debe estar terriblemente envenenado, pues a él van a parar todas las substancias excrementicias humanas. Si no fuera porque nunca faltan los rayos solares ni tampoco terribles ventarrones que diariamente soplan del SO sería imposible vivir en esta ciudad por lo mortífero de ella. Como es natural, hace tiempo que el Municipio y la junta Departamental se preocupan del problema higiénico. El estudio técnico de la materia está a cargo del competente ingeniero sanitario Mr. Bingham Powell, quien aún no ha presentado sus planos. La obra de canalización para el desagüe será costosísima, pues la ciudad está más baja que el río, y por medio de bombas será necesario levantar las aguas excluidas para arrojarlas a un nivel alto que las conduzca al mar. Cuanto al agua potable, no habiendo en los alrededores fuentes naturales, habrá que hacerlas artificialmente, por medio de cámaras de filtración.

La población de Chiclayo debió haberse construido en los terrenos elevados, secos y bien ventilados que están alrededor del cerro de Pimentel. Para allá es para donde el Municipio debe encaminar la nueva población, prohibiendo que se siga urbanizando la parte baja.

Ferreñafe tiene menor importancia comercial que Chiclayo. Es una ciudad pequeña, bien trazada, con mejor iglesia y mejor plaza que la que existe en la capital de este departamento [...].

Al sur de Eten está Chérrepe, caleta que se halla abrigada por la punta de su nombre y que sirve de lindero norte -181- a la provincia de Pacasmayo. Abarca esta provincia de Pacasmayo 36 millas de litoral marítimo, todo él caracterizado por lo tendido y limpio de su

fondo, por la violencia con que el mar rompe en sus playas y por las grandes pampas, todas irrigables que se atraviesan cuando se viaja a inmediaciones del océano. Al este de dichas pampas existen lomas, arenales y mesetas, todas sin agua y tan calurosas en las horas de sol, que nadie las cruza sino en la noche. Antes de llegar a Pacasmayo se bajan los barrancos que dan paso al Jequetepeque, río notable por el caudal de sus aguas y por estar ubicado en condiciones favorables para irrigar todo su valle. Desde su desembocadura en el mar se contemplan los últimos contrafuertes del ramal que forma la divisoria norte del valle de Jequetepeque, contrafuertes sobre los cuales se destaca un alto cerro llamado Sùllivan, con no menos de 5000 pies de elevación.

La prosperidad del valle, y ella no es mucha, está limitada al caudal de las aguas que trae su río. Obra de irrigación no se ha hecho ninguna, y ni siquiera se ha estudiado la posibilidad de bajar las aguas de la laguna de la Jalca en las cordilleras de «Los Negros». Últimamente, el ingeniero Wood levantó los planos del canal que se proyecta construir en la banda sur del Jequetepeque para irrigar las pampas situadas al norte de Paiján y al sur de san Pedro de Lloc.

El progreso del puerto y el de las poblaciones que le son inmediatas, no ha sido mayor por la escasez de tierra en beneficio. De 30000 hectáreas que tiene el valle, apenas se hallan en cultivo la mitad de ellas. Por falta de irrigaciones, San Pedro y Guadalupe han ido a menos. Mejor suerte han tenido Pacasmayo y Chepén. Hasta que todo no esté intensamente cultivado, la provincia no saldrá del -182- estacionarismo en que vive. El siglo XIX no pudo irrigarla. El siglo XX realizará la obra y nuevos campos de caña de azúcar, de algodón y de arroz, evidenciarán al que visite el valle, que han desaparecido las causas que detuvieron el progreso de esta provincia, hoy apenas con 20000 habitantes, pudiendo tener el doble y hasta el triple.

Raimondi, que visitó la provincia en 1868, nos da las siguientes relaciones:

San Pedro de Lloc es población que, como lo indica su nombre, fue fundada por los españoles sobre los restos de algún caserío de los indígenas llamado Lloc. Es una de las poblaciones de la costa que va progresando continuamente; es notable por la regularidad de sus casas, por las calles rectas y muy aseadas y por la falta de aquellos ranchos de caña de paredes torcidas y desvencijadas tan comunes en todos los pueblos de la costa, pudiendo decir que esto los caracteriza.

San Pedro tiene como Trujillo, aunque en menor escala, cierto aire señorial, de manera que a la vista parece que no hay pobreza.

En las calles de San Pedro, sobre todo en la principal, parece que han tenido el propósito de encubrir la pobreza con un manto, no diré de riqueza, pero al menos de mediocridad. En efecto, al alejarse del centro, se ven en la calle largas paredes blanqueadas y con buenas puertas, comúnmente cerradas, lo que presenta buen aspecto y ofrece cierta regularidad y limpieza que agrada; pero sí se abre una de estas puertas, entonces se puede apreciar la miseria, siendo tanto mayor el contraste cuanto que por la vista exterior se forma una idea de que el interior le corresponde.

De todos modos es muy loable para un pueblo (y creo que sea carácter de progreso y civilización) el empeño de ocultar las miserias y los padecimientos, y ojalá poblaciones de mayor importancia que San Pedro tuvieran el buen sentido de imitarlo.

La plaza es grande y rodeada de buenas casas, de manera que presenta buena vista.

La iglesia tampoco es mala: tiene una verja delante y es de sentirse que su torre esté inconclusa.

Existen dos alamedas: una a la entrada del camino que viene de Trujillo y otra a la salida por el de Chiclayo.

-183-

La primera es más antigua y está formada por cuatro series de sauces que dejan un camino a cada lado para los que viajan a pie y otro más ancho al medio para las bestias. Es lástima que el piso de esta alameda sea tan arenoso. La otra alameda es reciente, tiene una reja por delante y hacen 2 y ½ años que se hizo (1868).

Este pueblo es abundante en recursos; su mercado está regularmente surtido de carne, pescado de mar, frutos, etc.

Una costumbre particular es la de comer unas grandes lagartijas que se venden en el mercado ya desolladas. Los aficionados a ellas dicen que tienen carne exquisita. A estas lagartijas se les conoce con el nombre de gañán. Tienen un modo particular de caminar: cuando andan lentamente, apoyan las cuatro patas en el suelo como todas las de esta familia; pero cuando se les apura, levantan un poco los miembros anteriores, y apoyándose solamente sobre los posteriores y sobre el vientre, empujan el cuerpo hacia adelante del modo más extraño.

Al S de Pacasmayo a 7½ kms hay unos cerritos que se prolongan al mar formando una caleta llamada de Puémape.

En esta caleta habitan constantemente pescadores que viven puramente de su industria. La mayor parte están matriculados para el servicio de los buques en Pacasmayo, y regresan a su caserío cuando terminan sus labores.

Pacasmayo, como todos los puertos del N, exceptuándose Paita, no es muy abrigado; sin embargo, no es tampoco de los peores. Aunque no está defendido por ningún cerro, hay una punta de terreno que se prolonga en el mar formando una rada.

La población, si bien reducida, es bastante bonita y tiene hermosas casas; hay comercio activo y una casa con bodega, con oficina de escritorio y lo necesario para el movimiento de un puerto.

También hay máquina a vapor que sirve para despepitar y prensar algodón, para moler trigo y aserrar madera.

El comercio en este puerto consiste en la importación de todas las mercaderías, vinos y aguardientes que se consumen en los pueblos inmediatos y en gran parte del departamento de Cajamarca, así como en la exportación de los productos del país, tales como los algodones de Talambo, Cayaltí, etc., el arroz y tabaco de Saña, chancaca, sombreros del país, frutos de algarrobo, etc.

Ahora que se piensa establecer un ferrocarril entre Pacasmayo y Cajamarca, el puerto ganará inmensamente, puesto -184- que todo el comercio de los departamentos de Cajamarca, Amazonas y Loreto, se practicará por esta vía.

Falta ahora que se estudie el modo de dotar de agua a la pampa que conduce de San Pedro a Pacasmayo, obra que cambiaría totalmente la faz de estos lugares.

Guadalupe es población fundada por los españoles, como lo comprueba su nombre y el convento de agustinos con su iglesia que es su principal edificio.

El pueblo es pequeño, pero célebre por la feria que en él tiene lugar todos los años en los últimos días de noviembre y principios de diciembre.

El aspecto de la población es bastante bonito. Además de la iglesia del convento hay otra que actualmente está en ruinas.

La del convento es una de las más bonitas que hay en los pueblos del N; principalmente la bóveda del templo es digna de citarse por ser toda de ladrillos con cordones del mismo material y de estilo gótico: estos cordones además de servirle de adorno, dan al edificio mayor solidez.

Igual construcción y dibujo se nota en la iglesia arruinada de San Agustín del pueblo de Saña; sin duda su construcción fue dirigida por la misma persona.

El altar mayor está recargado de adornos dorados y casi en ruinas.

La sacristía y el bautisterio son bastante bonitos.

Las paredes internas de este templo están revestidas de grandes cuadros ordinarios que representan varios episodios de la vida de la virgen.

Otros cuadros mucho mayores se hallan colocados en los retablos de ambos lados del altar mayor.

Desde hace mucho tiempo el convento está suprimido y en el día es una hermosa finca; sus viviendas están bien amuebladas, el patio o atrio del convento es delicioso jardín lleno de variadas flores y de árboles frutales, como mangos, cacaoteros, nísperos del japon, plátanos, etc., dominados por tres elegantes palmeras de cocos.

Además del jardín hay también una huerta en la que se cultiva café y cacao, observándose algunos árboles de maguey y una palmera de dátiles.

En un local inmediato al convento, hay también una máquina a vapor para despepitar algodón.

Guadalupe tiene alameda a la salida de la población, pero no es frecuentada.

Como hemos dicho, lo que da a Guadalupe verdadera importancia es la feria que se verifica todos los años desde el 25 -185- de noviembre hasta el 9 o 10 de diciembre, y se puede decir que dura casi un mes por la dificultad que encuentran los comerciantes para su movilidad.

Para los comerciantes que llevan sus efectos a esta feria hay en la población 54 tiendas que en esta época se hallan bien surtidas de toda clase de artículos. La concurrencia a Guadalupe en esta época es muy grande, porque vienen comerciantes y compradores de todos los puntos de la costa del norte y también del interior.

El valor de las transacciones en estos días, llega más o menos, a 2000000 de pesos.

En la época en que se elevó tanto el precio del algodón a consecuencia de la guerra civil de los EE. UU. y durante la cual todos los agricultores de la costa del Perú se dieron a sembrar algodón también los de Guadalupe ensayaron esta nueva industria, pero por lo general no les fue muy bien y el entusiasmo algodonero decayó muchísimo.

Un verdadero ramo de riqueza agrícola que promete mucho para el porvenir, es el cultivo del café en grande escala, porque ya es bien conocido el del lugar, por la cantidad que se recoge anualmente (de los sembríos de los señores Goiburu y Plaza).

El señor Goiburu tiene de 30 a 40000 pies de este precioso árbol. Se sabe, pues, que el café de Guadalupe es de muy buena calidad, pudiendo conocerse a primera vista por su grano pequeño. Su cualidad sobresaliente es el aroma; parece que todo el aceite esencial que contiene un grano grande como el del café común, se encuentra concentrado en el grano muy pequeño del café de Guadalupe, de modo que en igual peso este café contiene mayor cantidad de aceite esencial.

Lurifico es hacienda regular donde se cultiva algodón, maíz, etc.

El cerro de Chepén queda a poca distancia y a la izquierda. Enseguida empiezan las casas del pueblo de Chepén, que es algo grande, y tiene toda la apariencia de los pueblos de la costa: casuchas de quincha, las más decentes con sus paredes enlucidas de barro y blanqueadas, y las demás, ranchos rústicos de caña brava o más bien jaulas de este material. Sin embargo, está próximo a progresar por su posición, pues es como la portada para salir a la sierra. Por esta razón es el pueblo favorito de los serranos, que viniendo del interior, hacen en él inevitablemente su pascana, como los que regresan de la costa al interior.

Para dar mayor cantidad de agua a los terrenos de su hacienda, -186- el dueño de Yanacancha, a poca distancia, comenzó a construir una acequia en los altos de Hualgayos

para traer a este lado de la cordillera las aguas de un riachuelo que baja al oriente. No sé por qué motivo no se ha terminado este trabajo.

El pueblo de Jequetepeque que da nombre al río que baja de la Magdalena, es muy miserable y sus pobladores casi todos indígenas. Queda a la izquierda del camino que va de San Pedro a Guadalupe. Es extraño ver aquí un pueblo cuyo nombre no pertenece a la lengua quechua; y todavía es más extraño ver que este nombre sea guatemalteco, en el que se encuentra un gran número de voces que terminan en peque. En la lengua de Guatemala, peque significa lugar y jequete choclo; de modo que en lengua guatemalteca, Jequetepeque significaría lugar de choclos, ¿cómo ha venido por acá este nombre? ¿Ha habido tal vez alguna inmigración de Centro América? ¿pertenerían a esta misma nación los habitantes de Eten, Monsefú, Reque, Morropón, etc., cuyos indios llevan el mismo vestido y se asemejan en las facciones? Todas estas cuestiones sería muy importante estudiar, porque nos proporcionarían mucha luz acerca del origen peruano y sobre las antiguas inmigraciones.

Hay de San Pedro a Trujillo, pasando por Paiján y Chocope, 113 kilómetros. El viaje se hace por Puémape, caserío de pescadores que se halla a 12 kilómetros al sur de Pacasmayo siendo la caleta de Malabrigo la primera que se halla al paso antes de entrar al gran valle de Chicama. Siguiendo por la orilla del mar se encuentra después, la caleta del Brujo, la desembocadura del río Chicama, la rada de Huanchaco, Moche, el puerto de Salaverry, la caleta de Guañape, el río Virú, el de Chao y la punta del mismo nombre. Al sur de esta punta termina el departamento de La Libertad y viene a continuar con el de Ancachs. Como ya hemos dicho en el capítulo ríos, son tres los que irrigan esta vasta región: Chicama, Moche y Virú. El primero en una extensión de 35000 hectáreas, el segundo 10000 y el tercero 5000. El valle de Chao no merece mencionarse. Como acontece en casi todos los valles de la costa del Perú, únicamente -187- la mitad de los terrenos se hallan cultivados por falta de agua en épocas de sequía. Los estudios de Adams nos dan triste idea de lo poco que en irrigación se ha hecho en el valle de Chicama. No solamente se aprovecha mal el agua que se reparte por medio de acequias, sino que todavía ni siquiera se ha estudiado la manera de represar en grandes reservorios los sobrantes del verano. Los diagramas del ingeniero Lavalle dan para los valles de Santa Catalina y Chicama 22,55% de extensión cultivada y 77,45 de extensión sin cultivar, o sea en 36,239 fanegadas un aprovechamiento de 8180. De estas 64,95% corresponden a caña de azúcar.

A pesar de todo esto, Chicama ha sido durante la centuria uno de los valles más productivos del Perú. No hay lugar en la costa donde se haya invertido mayor capital en la agricultura ni donde la intensidad y perfección técnica en los cultivos hayan llegado a tanto. Sus haciendas producen un poco más de la tercera parte de todo el azúcar que exporta el Perú.

Viniendo de norte a sur en esta costanera sección del territorio, se recorren las poblaciones de Malabrigo, Paiján, Ascope, Santiago de Cao, Trujillo, Huanchaco, Moche y Salaverry. Hasta 1870 Huanchaco fue el único puerto de la comarca. Construido por ese año el ferrocarril a Trujillo, la salida al océano pasó hacia el sur, a un sitio que se llama la garita

de Moche y que fue bautizada con el nombre de Salaverry. Posteriormente, la grandeza de la hacienda Roma habilitó de nuevo Huanchaco, y hoy la potente y vida agrícola de la hacienda Casa Grande, acaba de abrir Malabrigo, construyendo en su rada un magnífico muelle. Ninguno de estos puertos tiene buen abrigo, siendo todos forzados fondeaderos, donde es mucho lo que sufre -188- la gente de mar dedicada a los servicios de exportación e importación marítima.

Exponente vivo de la poca fortuna que cupo a los antiguos poseedores de las haciendas de Chicama y Santa Catalina, es la situación estacionaria en que se halla la ciudad de Trujillo en 1920. Ricas tierras que por muchos años estuvieron en manos de 45 propietarios, íntegramente han pasado a pocas corporaciones, dos de las cuales son extranjeras. Fueron aquellos propietarios hombres de riqueza, muchos de ellos señores de título y casa solariega en la ciudad norperuana que les vio nacer. ¡Qué diferencia entre la suerte de ellos y la que ha cabido a los terratenientes de otros valles. Ya no hay en la ciudad de Trujillo quien pueda vivir en la grandeza y el boato de los antepasados. Son pocos los que pueden pagar la servidumbre que exigen las grandes mansiones.

Raimondi visitó Trujillo y sus valles en 1868. Son de él las siguientes descripciones:

Trujillo.- Esta bonita ciudad fue fundada en 1535 por Francisco Pizarro, poco después de la fundación de Lima. La llamó así, en recuerdo de la ciudad de España, del mismo nombre donde él nació.

La ciudad, con su hermosa campiña, está limitada por dos ríos: el de Moche que pasa a 5 kilómetros al sur de la población y el de Chicama a 25 kilómetros al norte. En línea recta no dista 2½ kilómetros del mar, pero su puerto, que es Huanchaco, está a 10 kilómetros.

Después de Lima, Trujillo es la única ciudad del Perú que está rodeada por murallas. El área encerrada por éstas o sea la verdadera población tiene la forma de una elipse regular.

La muralla tiene 15 cortinas o bastiones y 5 puertas de entrada que son: la de Moche, la de Mansiche, la de la Sierra, la de Miraflores y la de Huamán.

Después del terremoto de 20 de octubre de 1686 se ha operado un cambio en la atmósfera que ha hecho que no se -189- pueda cultivar trigo tanto en el valle de Lima como en los inmediatos a Trujillo. El solo valle de Chicama daba 160000 fanegas de trigo que se llevaban a Panamá y Guayaquil. Este cambio se extendió hasta Lambayeque y Piura y por más de 30 años no se pudo recoger ni la semilla que se había sembrado; pero ahora parece que va recobrando la virtud perdida, como sucede en Lima donde produce 25 por 1.

La parra y el olivo sufren alteraciones muy grandes, quedando 2 ó 3 años sin madurar sus frutos, pero después dan con abundancia. Por esta irregularidad las haciendas de estos productos se han perdido.

La ciudad es muy aseada, con calles anchas, rectas y alegres. Las casas están por lo general bien construidas y hay algunas muy elegantes, lo que da a la población cierto aire que no se encuentra en las demás del Perú.

Lo que proporciona agradable aspecto, es la variedad de la arquitectura de sus casas, que no da lugar a la monotonía de algunas poblaciones cuyas casas son iguales en construcción. Muchas de éstas presentan grandes y hermosos patios, lo cual da a conocer que no se ha economizado terreno. Estas casas ofrecen mucha comodidad en su interior, siendo muy grandes en comparación del número de individuos que las habitan.

Trujillo tiene sobre Lima gran ventaja en la distribución de sus acequias, que no corren abiertas por las calles, despidiendo a veces los miasmas más fétidos, sino que atraviesan, por el interior de las casas ofreciendo gran comodidad para el desagüe y limpieza de la población. Estas acequias están cubiertas comúnmente con tablones que se quitan para limpiarlas. Con esta disposición no se arrojan las basuras a las calles que así se conservan limpias y aseadas.

La ciudad tiene varios paseos, pero por el carácter retraído de sus habitantes son muy poco frecuentados y están algo descuidados. Estos paseos son: la alameda de Mansiche, la de Huamán, la de Moche y el Recreo. Este último está situado en la misma población, tiene un aire sano por hallarse en la parte más elevada y goza de hermosa vista. En el Recreo remata la calle principal llamada del Progreso. En este paseo hay una pequeña pila por la que desgraciadamente rara vez corre el agua.

Esa pequeña alameda tiene grandes árboles de sauce, matas de rosales y en uno de sus extremos está la caja de agua de donde salen las acequias que la distribuyen a la población.

Los establecimientos de diversión que tiene Trujillo son: el teatro antiguo, el teatro de la Libertad, la plaza de toros, situada -190- fuera de la población y a la que se va saliendo por una pequeña portada que se abre solamente en los días de función y que está situada casi en la extremidad de la alameda del Recreo.

La plebe de Trujillo es de buen carácter y muy rara vez se oye decir que haya cometido algún crimen. Es de admirar la moralidad de los habitantes de esta provincia, pues se halla colocada entre las de Santa y Chiclayo que se han hecho célebres por el gran número de causas criminales.

Ascope es población reciente, pero va adelantando todos los días a pasos agigantados. Situada casi al extremo del valle de Chicama, en el camino que conduce a la sierra, se puede considerar como la puerta para salir de la costa, y por consiguiente tiene posición favorable para el comercio. En efecto, de poco tiempo a esta parte se han establecido en este pueblo gran número de tiendas de comercio con buen surtido de efectos para hacer activos negocios.

Con la bahía de Santa principia la serie de buenos puertos que tiene el departamento de Ancachs. Atacada y roída su costa por el mar y hallándose esta defendida por cerros de amplia extensión y no despreciable altura, el litoral ancachsino está formado por numerosas entrantes y salientes, las cuales dan a su perfil originalidad que no tiene otro lugar costanero del Perú. Qué contraste tan marcado entre la línea recta, igual, casi uniforme que vemos en la parte septentrional de Santa y la ondulosa que principia en la bahía de este nombre y termina en Huarmey. Todo lo que en el norte es monótono, bajo, casi sin ensenadas ni caletas, aquí en Ancachs toma la característica especial que le dan tres hermosas bahías, numerosos cabos, algunas caletas y hasta el istmo que separa Samanco de Chimbote. Si todo el Perú fuera así, sus costas tendrían poco que envidiar a las de Inglaterra.

A estas ventajas de un orden marítimo, hay que agregar en Ancachs, las que encontramos en los hermosos valles que terminan en el litoral. Si estériles son las pampas -191- que median entre los ríos que descienden al océano, valiosos son los valles irrigados, pudiendo todos ellos tener mayor riqueza el día en que se les irrigue en forma científica.

Carecen de agua perenne los valles de Huarmey, Culebra, Casma, Nepeña y Lacramarca. Únicamente tiene agua en exceso el río Santa. Los cuatro primeros son susceptibles de tener mayor irrigación si se represan las lagunas que dan origen a sus ríos en la cordillera Negra.

Las poblaciones de ese litoral han tenido y siguen teniendo escasa importancia que corresponde a valles semiirrigados y semicultivados. Santa dejó de ser hace 48 años la ciudad importante que fue anteriormente. Chimbote, que sólo tiene el mismo tiempo de existencia, le quitó vida marítima. Elegido para servir de puerto a un gran ferrocarril de penetración, dotado de excelente bahía y rodeado de tierras que pueden ser irrigadas, tiene por delante muy lisonjero porvenir. Será tan importante como Mollendo y Paita. Hoy es una aldea de escaso movimiento comercial y en la que todo está en ruina.

Samanco, Nepeña, Moro, Casma y Huarmey, han tenido mejor suerte que Santa, especialmente Casma, cuyo puerto hace muchos años es la principal salida de Huaraz y de buena parte del callejón de Huaylas. Casma dista tres leguas de Samanco, seis de Santa y ocho de Huarmey.

Media entre Huarmey y el río de la Fortaleza, 18 leguas de terrenos estériles. El viaje a caballo es penoso por la aridez del terreno y por las pampas arenosas que hay que cruzar. Entre estas pampas, ninguna tan terrible para el caminante como la conocida con el nombre de Mataballos. El viaje se puede hacer en su principio por canto de playa o por un camino que dista dos y medio kilómetros del mar. De Huarmey a Mataballos hay 25 kilómetros y de -192- esta pampa a la Zorra, 15. Desde este punto se divisan los cerrillos de las Tetras, notables por sus 1620 pies de elevación. La Zorra, como también Gramadal, son los únicos sitios del trayecto donde se nota algo de vegetación, debido a la presencia de agua subterránea. Saliendo de estos pequeños oasis se vuelve a entrar en el desierto, siendo preciso marchar primero por la orilla del mar y pasar de trecho en trecho pequeñas cuevas y después por los llanos situados entre Gramadal y Bermejós, llanos que terminan en la conocida cuesta de los Callejones. A la izquierda de estos pasajes, yendo hacia el sur, se contempla el hermoso cerro Darwin, que se descubre de muy lejos por su forma cónica y

sus 5800 pies de altura. Vienen después ondulados cerros de muy original aspecto por la coloración verde, amarilla y ocre de sus tierras, y por último las ruinas de la fortaleza de Paramonga. A pocos kilómetros principian los campos que irrigan los ríos de la Fortaleza, Pativilca y Supe, y nuevamente vuélvese a la zona habitada y productiva, cuya vida manifiesta en el verdor de los campos, forma contraste extraordinario con la aridez del desierto recorrido. Al entrar en esas tierras de labor, en esas planicies amarillentas o verdes según el cultivo de caña de azúcar o algodón, hasta las acémilas se reaniman. Todas ellas apuran el paso y relinchan de placer como si los vientos del sur trajeran a su olfato aromas de guarango, y sauce, penetrantes perfumes de alfalfa en flor.

Por desgracia, estos oasis, que nunca tienen anchura mayor de siete leguas y que a veces como sucede en los valles pequeños sólo bordean el litoral en dos o tres kilómetros, apenas llegan a 64 en toda la costa del Perú. El resto de esa costa es estéril, inhabitable, como que no hay agua y en su mayor parte está cubierta de arena. Si toda estuviera -193- irrigada, el Perú, en su litoral, por la calidad de los terrenos y el valimiento de los productos sería tan rico como Cuba. Muchas son las posibilidades que existen para darle agua y aumentar siquiera en un 50% lo que hoy está bajo riego. Los hombres del siglo XIX, más por negligencia que por imposibilidad económica, abstuvieron de iniciar esta obra de civilización, esta conquista del suelo, por medio de la ingeniería, del capital y del trabajo. Según Raimondi, en siglos pasados descendía al océano por nuestros ríos mayor cantidad de agua de la que hoy baja. Es esta una causa geográfica desfavorable a nuestro progreso y que por desgracia no está en nuestras manos remediar.

Costas de la provincia de Chancay

Desde el río de la Fortaleza hasta Cañete la costa es montañosa y en muchas partes el mar ataca con furia la base de los rocosos cerros. Esta acción marítima ha contribuido a formar los acantilados del litoral que median entre valle y valle, acantilados de los cuales son magnífica muestra los barrancos -194- del río Pativilca y los que vemos entre el Callao y Chilca. Por este motivo, un viaje terrestre hacia el sur es penoso, y una vía férrea entre dos lugares, como sucede entre Huacho y Lurín, resulta ondulosa y llena de subidas y bajadas.

El único puerto de la zona agrícola que principia con la hacienda de Paramonga y termina con la de San Nicolás, es el de Supe, siendo Barranca la principal ciudad de los valles donde están situadas las haciendas mencionadas. Tanto Supe como Barranca han progresado muchísimo y tendrían mayor valimiento si se aprovecharan mejor las aguas del río de Pativilca, uno de los más importantes de la costa, bajo el punto de vista de su caudal y de su curso permanente. Los estudios realizados para aprovechar mejor sus aguas, irrigando las pampas inmediatas a Supe, se hicieron en 1904, habiendo faltado capitalistas para llevar a cabo la obra.

Entre la caleta Corral de Vacas y Huaura, primera población del valle de su nombre, media un desierto de seis leguas. Dejando Huaura y caminando hacia el sur, se halla la ciudad de Huacho, centro importante de comercio y agricultura, donde termina el viaje a caballo para los que vienen del norte. Un ferrocarril le une con Lima, y los ascensos y descensos que tiene esta vía, su fuerte gradiente y las enormes curvas que describe entre Huacho y Ancón, nos dan una idea de la accidentación de nuestra costa. No solamente falta agua en los desiertos que median entre valle y valle, sino paso fácil para la construcción de ferrocarriles o carreteras. Por esta causa, jamás se ha tomado en serio el propósito de unir Piura con Lima por medio de una vía férrea.

El valle de Huaura, que otros llaman de Huacho, tiene cultivadas 2959 fanegadas sobre una área de 3690, o sea -195- el 82%. A la caña corresponde 16% y al algodón 42%. Estos datos son tomados del libro del ingeniero Lavalle. En la pampa de las Ánimas existen 2000 hectáreas susceptibles de ser irrigadas si se construyera un canal más abajo del sitio en que nace la acequia de Huacho. El plano y los estudios están hechos, pero la obra no se ha realizado. También al norte de Huaral, en el valle de Chancay, que tiene el 78% de su extensión cultivada, existe una enorme pampa sin agua, la que ni siquiera ha sido medida ni estudiada. Los propósitos para aumentar la irrigación del valle de Chillón tienen más importancia que los anteriores, alcanzando a 16000 hectáreas la extensión de las pampas incultas en Ancón. Estas pudieran tener agua, si se represaran las lagunas de Azulcocha, Chunchucocha y Torococha, situadas en la cumbre de la cordillera, represa que almacenaría 74 millones de metros cúbicos de agua. Los terrenos bajo riego en el valle de Chillón solo alcanzan a 12000 hectáreas.

Toda la importancia que tuvo Huaura en 1821, la tiene al presente la ciudad de Huacho. Su situación favorable sobre un alto barranco con vista al mar, su clima, la riqueza de sus campesinos, la misma unión a Lima por ferrocarril, todo en conjunto ha contribuido al progreso que hoy tiene. Raimondi lo visitó en 1867, y dijo de él lo siguiente:

En el día la villa de Huacho es la capital de la provincia de Chancay (hasta hace pocos años Huaura era la dicha capital) situada a 5 kilómetros de distancia. La posición más ventajosa de Huacho respecto a Huaura -Huacho es puerto- hizo que esta población progresara rápidamente.

Huacho, que bajo el gobierno español era pueblecito de indígenas, hoy, mediante la facilidad de comunicación con la capital por diferentes compañías de vapores establecidas en el Pacífico, progresa a pasos agigantados y después de pocos años será una de las más importantes poblaciones de la costa del Perú.

El adelanto de Huacho data de la Independencia y siguió -196- hasta 1840. En esta época hubo una sublevación de los indios con amenaza de muerte para los que no eran de su raza, cosa que produjo retardo en el progreso de este pueblo.

En estos últimos años, con el establecimiento de los vapores caleteros, la exportación de los cochinos y gallinas, y principalmente de las frutas, tomó mayor ensanche y la población siguió su marcha, engrandeciéndose cada vez más. Se construyeron nuevas casas, se estableció un buen hotel, se hizo muelle y buen camino para bajar al puerto, además de

otras mejoras. Por último lo que da idea de su gran adelanto y del bienestar de sus pobladores es que actualmente se construye un bonito teatro.

Su clima es inmejorable, puesto que aún en las épocas de mayor calor, sopla fuerte brisa del mar que refresca la atmósfera y pasando por la población arrastra los miasmas que se desprenden del terreno.

En Huacho se goza de aire bueno y de la infatigable vista del mar y al mismo tiempo de las delicias que proporciona su verde y alegre campiña. Con dificultad se puede dar idea de la variedad de cuadros y escenas campestres que se presentan sucesivamente, al recorrer los innumerables callejones que se cruzan en todo sentido, sombreados casi enteramente por árboles y atravesados por sinnúmero de acequias con puentes de palo, formando verdadero laberinto, en medio del cual, a cada paso, se encuentra casitas del más variado aspecto; aquí una decente, con paredes blanqueadas; allá, otra, rústica, construida sencillamente con barro; por otro lado, una simple casucha de caña; adelante, choza cuyas paredes son de esteras de totora y que representan las primitivas construcciones de Huacho. Estas hermosas casitas multiplican la variedad de los cuadros, con los cultivos distintos que las rodean, viéndose trechos cultivados de maíz, otros de alfalfa, de ají, pepinos, caña, algodón, etc. A esto hay que añadir los numerosos árboles frutales que adornan y rompen la monotonía, cambiando a cada paso el aspecto del paisaje y dando lugar a continuo contraste, producido por la forma distinta y el diferente matiz del follaje y crecen entremezclados el sombrío lúcumo, el verde chirimoyo, el pulverulento pacaé, el frondoso palto y el hermoso naranjo cargados de innumerables y dorados frutos, que por su peso enorme doblegan las ramas hacia el suelo, poniendo sus dulces y refrescantes frutos a nuestro alcance, como convidando a tomarlos para apagar la sed producida por el ardoroso clima de los trópicos.

Conocida en Lima, de poco tiempo a esta parte, la salubridad -197- del clima de Huacho y los recursos que ofrece esta población, varias familias decidieron trasladarse allí, para pasar la estación de baños o para convalecer. Restablecidas completamente y habiendo experimentado lo agradable del clima alentaron a otras a seguir su ejemplo. Actualmente, Huacho, parece que entra de moda, pues las familias prefieren la vida sencilla del campo, al excesivo lujo que se ha desarrollado en Chorrillos; lo que hace esperar que en breve, será el lugar preferido para pasar algunos días de campo, tomar baños de mar y recobrar la salud perdida.

La Municipalidad, por su parte, introduce nuevas mejoras cada día; para esto tiene a su disposición las rentas que proporcionan sus extensas salinas.

El puerto forma una ensenada grande, limitada por dos puntas salientes; una de éstas, la que está hacia el N la forma una lomada, en cuya parte superior se ve un mojón de tierra que parece artificial y en donde se encuentra restos de la industria humana excavando a poca profundidad. Toda la parte elevada de esta lomada se halla cubierta de conchas fragmentadas.

Al otro lado de la lomada hay una ranchería de indios pescadores llamada Carquín y en la ensenada que forma el mar se observa los restos de un vapor que naufragó hace dos años.

La campiña de Huacho forma una ensenada, limitada, de un lado, por cadena de cerros, que se extiende hasta la punta al sur del puerto y que se pasa para ir a las lomas de Chancay y que encierra también una pampa grande, sin agua, llamada de las Ánimas.

Esta pampa que al presente es improductiva, puede transformarse en otra verde, mediante una acequia que se saque del río, poco más arriba de la que sirve para el riego actual de la campiña. Una compañía o sociedad que acometiera esta empresa, ganaría inmensamente, ahora que los terrenos de Huacho adquieren cada día valor mayor. Hacia el N tiene el río de Huaura, cuya agua sirve para dar vida a todo el valle; por último hacia el O, limita con el mar.

En esta campiña, como se ha dicho, hay innumerables casitas, pero el punto que se podría considerar como la capital de este mar de verdura, es el lugar llamado Luriana, que da nombre a la misma campiña.

El río de Huaura, cerca del puente, corre de ENE a -198- OSO y el camino va de S a N. En la banda derecha del río, a pocos pasos del puente, hay una capillita donde se venera una virgen que se dice aparecida, pintada en la peña.

En las inmediaciones de Huacho hay algunas haciendas, entre las cuales se puede contar la del Ingenio, situada a 5 kilómetros y al canto de la población de Huaura. En esta hacienda se cultiva caña y algodón. Para la caña tiene dos trapiches. Se fabrica azúcar y los residuos se destilan para hacer aguardiente. Del algodón se cultiva dos variedades, el de Ica y el de Egipto. Este último da más pronto, pero no produce tanto como el otro y además hay que sembrarlo todos los años. La hacienda de Quipico cuya industria era antes la cría de chanchos, hoy día es de algodón y se ha abandonado completamente la cría de cochinos. Vilcahuaura, situada a 25 kilómetros de Huacho en el camino de Sayán, también tiene cultivos de algodón.

En Huacho hay una buena plaza de mercado, cubierta. Está bien surtida y se vende en ella a más de la carne, legumbres, frutas y muchas clases de pescado.

La plaza mayor es grande, pero las casas que la rodean son de muy mezquina apariencia. La iglesia se quemó hace casi dos años y el puente se reconstruye.

La instrucción, gracias a los fondos que tiene la municipalidad, con el impuesto de medio real por cada piedra de sal, está bien atendida, sosteniéndose 6 escuelas, de las cuales 5 son para hombres. Además de éstas, se fomenta otra en Huaura, porque esta población no tiene rentas suficientes.

Las casas varían mucho, desde la simple choza de totora, al estilo primitivo, hasta las elegantes de construcción moderna.

El pan de Huacho es muy bueno, semejándose al de Chorrillos.

Chancay, como lugar de residencia ha perdido mucho en población y en condiciones sociales. En cambio, Ancón, que cuando le visitó Raimondi el año de 1859 era un pueblo de pescadores que vivían en rústicas chozas, se ha convertido desde la época del presidente Balta, que fue quien le dio importancia, en un aristocrático y lujoso balneario.

-199-

Lima, Callao, Miraflores, Barranco, Chorrillos y Magdalena

Al sur de Ancón y a orillas del Rímac está la capital del Perú. Hállase al centro de la República, pero en sitio detestable respecto a climatología. No hay lugar en la costa que sea más insalubre, más húmedo; que tenga menos días de sol y donde la brisa del mar sople con menos fuerza. Edificada al medio de un llano que cercan los cerros de San Jerónimo, San Cristóbal, Agustino y San Bartolomé, las nubes amontónanse sobre ella en invierno, y en todo tiempo fáltale las corrientes de aire que observamos siempre en las orillas del océano. Si se la hubiera edificado en el sitio donde está el Callao, su crecimiento como ciudad y puerto habría sido extraordinario, y su extensión llegaría por la playa hasta Chorrillos. Fue en 1821 la primera ciudad de la América del Sur: hoy ocupa el séptimo lugar. Un libro entero sería necesario escribir para precisar las causas geográficas, políticas y económicas que la exhiben hoy, en vísperas de celebrar el primer centenario republicano, en el atraso en que se halla. Fue también la primera ciudad de la América Latina que canalizó sus acequias y que tuvo desde el siglo XVIII magnífico servicio de agua potable. Esta es hoy insuficiente, hallándose viejos y en mal estado los tubos de distribución. Respecto a los canales que conducen las aguas excluidas, debemos decir que aún están inconclusos, faltando los colectores terminales.

Fáltale a Lima pavimento, aseo e higiene en las calles y en los hogares. Todo está cubierto de polvo, y por este motivo la mortandad de sus pobladores es horrorosa. No -200- tiene hoteles higiénicos y los pocos que hay carecen del confort que existe en Norte América y Europa. Los escasos edificios públicos que tiene y que en su mayor parte fueron construidos durante el coloniaje, están en mal estado de conservación. En este mismo estado de desaseo y descuido se encuentra por lo menos el 70% de la edificación privada. La fachada de la Catedral hace 25 años que no se restaura y que ni siquiera se la quita el polvo que la cubre (1920).

Las rentas municipales han sido siempre escasas. Por muchos años nunca pasaron de un millón de soles. Hoy todavía no alcanzan al doble. El producto de los predios rústicos y urbanos correspondientes al distrito de su jurisdicción no le pertenece. La desproporción

que existe entre el crecimiento de la ciudad y el pequeño aumento de las rentas municipales es notable.

La acción del Poder Ejecutivo en lo que toca a ornato y embellecimiento fue mediocre hasta 1879 y casi nula después de esa fecha. Los monumentos a Bolívar, al Dos de Mayo, el Palacio y los Parques de la Exposición, la Penitenciaría, la Alameda de los Descalzos y una que otra obra más, fueron hechas en la primera época republicana. Hallándose al presente (1921) en parte destruida y en parte remendada en forma grotesca la alameda de los Descalzos, es interesante saber lo que ella fue cuando la admiró y la describió en 1867 un distinguido viajero chileno.

Precioso paseo de quinientos metros de largo más o menos.

Está situado a la extremidad oriental de la ciudad. Su entrada es de una sencillez agradable; fórmanla columnas unidas entre sí por verjas de hierro, en cuyas extremidades descansan pequeñas estatuas de mármol, sin alusión alegórica alguna correspondiente al objeto.

-201-

En toda la extensión, a uno y otro lado, lo encierra una verja de hierro traída de Europa, de un trabajo magnífico y cuyo importe es crecido. A la parte exterior se encuentran los elevados y preciosos árboles que la forman, en su mayor parte castaños silvestres, y al interior una cenefa de variadas flores, en cuya línea y a distancias iguales, están colocadas sobre pedestales, colosales estatuas de mármol que representan los doce signos del Zodiaco. Entre estas se ven distribuídos gran número de jarrones traídos de Europa y cada cual colocado sobre un pedestal de dos metros de alto; completan el adorno de este paseo doce faroles de gas.

A la extremidad, bajo un dosel de plátanos y otros árboles tropicales, hay una fuente campestre al centro de un estanque circular. Paralelo a esta fuente, en la avenida de la derecha, se encuentra un kiosco, donde se sitúan las bandas de música, que, con sus melodías, dan más atractivo a este delicioso paseo, que ha costado la suma de ciento diez y nueve mil cuarenta y siete pesos, ochenta y siete medio y centavos.

Convaleciente la República de la miseria en que vivió en los primeros treinta años que siguieron a la guerra del Pacífico y ahora con mayores ingresos que los que tuvo antes de 1879, el Gobierno vuelve a dar a Lima las obras que su municipio ni su vecindario le pueden proporcionar. Entre éstas figuran el Palacio Legislativo, la apertura de avenidas, el monumento y la plaza de San Martín y el saneamiento de la capital.

Por estas causas, que más que causas son efectos, pues la falta de dinero no es causa sino efecto, Lima no es ciudad monumental ni notable por el costo de sus edificios. Naturalmente, este motivo no es aplicable al abandono, a lo sucio y a lo terroso en que la ciudad vive y ha vivido desde 1821. Para ser limpio no se necesitan ingentes cantidades de dinero. La escoba, el trapo, el jabón y el agua, están al alcance de las modestas fortunas.

Somos sucios por incuria y apatía, y nos abandonamos porque la negligencia es una de las características nacionales. Vecinos y ediles en Lima, -202- se disputan el triste privilegio de no conservar nada de lo que existe. Lo que se ha hecho en la Alameda de los Descalzos es una prueba de lo que decimos. El municipio compone un desperfecto en la vereda o en la calzada sólo cuando él implica un peligro para el tráfico. Los baches en el pavimento necesitan tener lo menos dos metros de circunferencia para que se piense en taparlos. La decencia urbana no existe. Trabajo cuesta que los vecinos conserven, asean y pinten sus fachadas.

Otra causa por la cual Lima tiene el aspecto feo y antiguo que le da el 80% de sus viejísimas casas, es la poca tendencia que hay por la obra voluntaria de la reedificación. Grandes incendios nunca los hemos tenido. Antes habían terremotos y Lima fue dos veces reedificada. Hace siglo y medio que ninguno nos visita.

Quienes construyen casas de lujo para vivir, lo hacen en Miraflores y en Barranco, y ahora en San Miguel, Magdalena y La Punta. En 1903 y 1904 algo se mejoraron las fachadas de los edificios de comercio; pero con anterioridad a esta fecha y a contar desde 1879, la reedificación en Lima estuvo casi totalmente paralizada. La guerra primero, y las consecuencias de miseria que trajo la paz de Ancón, ocasionaron este pavoroso estacionarismo, este estancamiento urbano que duró 25 años.

Indudablemente que Lima ha crecido. Una comparación entre el plano de Joany de 1872 y el que lleva por fecha el año de 1919, pone en evidencia que la ciudad tiene por lo menos un 33% más de extensión. Este crecimiento no puede ser motivo de orgullo nacional, habiendo aumentado en el mismo tiempo diez veces el área urbana de Buenos Aires, tres el de Santiago de Chile y seis el de la Habana.

-203-

La Prensa, prestigioso diario limeño, comentando la inconveniencia de celebrar el centenario republicano, dijo de Lima en 1920 lo que va a continuación:

La ciudad principal de una nación debe, según el criterio generalmente profesado, ser el exponente de los progresos y de la cultura alcanzada por todo el país; y de aquí resulta que a pocos meses de distancia de la fecha clásica, nos preguntemos angustiados la opinión que de nuestras energías cívicas y de nuestra capacidad nacional, van fatalmente a formarse los extranjeros que en dicha ocasión nos visiten.

No ha de ser con toda certitud muy halagüeño el concepto que provocaría en los visitantes que recibamos las características de una población que, cualesquiera que sean las condiciones de cultura y de inteligencia de sus habitantes, se ofrece, después de un siglo de vida independiente, en condiciones que poco difieren de las que ostentaba cuando fuera una simple ciudad principal de una colonia española. Los espíritus más optimistas habrán de reconocer con nosotros que los progresos alcanzados por la ciudad de Lima en el curso de estos últimos cien años han sido debidos más a la fuerza avasalladora de las inmediatas necesidades públicas que al esfuerzo consciente y disciplinado de las autoridades y de las instituciones llamadas a procurar, para la capital de la república, todas aquellas ventajas que el espíritu del siglo colocaba al alcance de las asociaciones humanas.

De este esfuerzo desordenado y fatal hacia un mejoramiento que aquí nadie deseaba ni buscaba, ha provenido el carácter defectuoso e improvisado que en Lima ostentan todos los servicios públicos. Ellos se resienten de la falta de reglamentaciones previsoras capaces de presidir a su ejercicio y es por esta circunstancia, por esta falta de previsión y de doctrina en los encargados de orientar la actividad comunal que hoy, pese a todos los dineros invertidos, la capital del Perú se ofrece a la consideración de los extraños como una ciudad dotada de un alumbrado deficiente y sumariamente instalado con una pavimentación indigna de una urbe con las tradiciones y la antigüedad de la nuestra, con un servicio de agua que no basta a surtir las necesidades de la mitad de sus pobladores, y con un estado higiénico manchado por la existencia de vergonzosas endemias, capaz de atemorizar a quienes, viniendo de lugares más cultos, juzgan que la garantía ofrecida a la salud del hombre es la primera ventaja que a sus visitantes debe ofrecer una ciudad moderna.

-204-

Si a estas circunstancias que se refieren al lado práctico del problema agregamos los atentados contra la fisonomía peculiar y contra el aspecto tradicional que antaño Lima ofrecía y que se han cometido en los últimos tiempos, podremos con toda facilidad darnos cuenta de la opinión que la capital ha de merecer dentro de siete meses a sus visitantes. Ciudad que no ha respetado sus características peculiares, y población donde las nuevas construcciones se han levantado de acuerdo con los caprichos particulares y sin que norma alguna legal fuera capaz de regir y uniformar el desenvolvimiento urbano, Lima va a presentarse en el centenario desprovista de su aspecto tradicional, tarada con el estigma de esas poblaciones atrasadas que poseen servicios públicos descuidados, y convertida por el interés particular y el descuido gubernativo y municipal, en una ciudad llena de escombros, y sin atractivo alguno para el turista que las visite. Nuestro valor como pueblo, y nuestras cualidades como raza susceptible de progresar no pueden menos de resentirse de semejante constatación.

En el primer tomo de esta obra, en el capítulo Atraso Urbano, hemos manifestado lo que es el puerto del Callao. Esto nos releva de decir lo que es esa ciudad. Las mismas causas que ya hemos mencionado y que han motivado el atraso de Lima, existen también en el Callao, habiendo en ese puerto una más y es su proximidad a la capital. Pocas son las personas que teniendo negocios relacionados con el movimiento marítimo, mejoran sus propiedades o viven en ellos. La atracción de Lima es notable. La Punta crece y se embellece, no por ser un barrio del Callao sino un balneario de la capital.

La insalubridad de Lima ha favorecido el crecimiento de Miraflores, Barranco y Magdalena, lugares cuya edificación adquiere cada día mayores proporciones, habiendo principiado desde hace diez años la afición por las construcciones de carácter monumental. Antes de cincuenta años, Lima será únicamente un centro de negocios, donde pasarán la noche gentes pobrísimas que no puedan vivir fuera de él.

-205-

La mayoría de la población ocupará el litoral que se extiende desde Chorrillos hasta La Punta, y cuando este litoral esté totalmente poblado, la capital del Perú principiará en la orilla del mar y será tan extensa como Buenos Aires.

El último censo de la República se hizo en 1876. Por este motivo es difícil saber qué población reúne Lima y sus alrededores, incluyendo Callao, Chorrillos, Barranco, Miraflores y la Magdalena. Ahora diez años se le calculaba esta población en 250000 habitantes. Hoy que el tráfico de pasajeros ha aumentado extraordinariamente, también los consumos y que se hallan totalmente ocupados los barrios nuevos construídos en Miraflores, Barranco y otros lugares, hay que aceptar que la cifra de 300000 habitantes es la que corresponde a Lima y anexos mencionados.

Una descripción de lo que fue nuestra capital en los años que precedieron a la independencia, es de utilidad al estudio que hacemos. Tadeo Haenke, explorador y naturalista alemán, que nos visitó en 1808, dijo de Lima en esa época, lo que va a continuación:

Comprende la ciudad unos dos tercios de legua de largo, y casi lo mismo de ancho. Hacia la parte N corre el río que separa el arrabal de San Lázaro y se une a la ciudad por un puente de piedra, construido en tiempos del Marqués de Montes-Claros, y sirve de entrada a la ciudad y de tránsito a la plaza que se halla poco distante. Esta es de las mayores, y tal vez la mejor de todos los dominios españoles después de la de Madrid, a la cual se asemeja mucho, aunque no tienen tanta elevación los edificios que la componen. Es cuadrada, y cada lado lo componen 190 pasos regulares, constando por consiguiente su superficie de 36100 pasos o unos 90250 pies geométricos, computando cada paso por algo menos de dos y medio pies geométricos. Miran sus cuatro frentes a los cuatro vientos principales; al E cae la Catedral, con fachada de orden corintio, y el edificio Arzobispal; al N el Palacio del Virrey, edificio irregular y vasto, pero sin fachada ni adornos: avistan a la plaza algunas de las galerías de -206- Palacio, y la entrada de las caballerizas, y hay adelante un conjunto de tiendas pequeñas, que equivalen a las covachuelas de San Felipe el Real de Madrid, y que se llaman en Lima cajones de Rivera. En los lados de O y mediodía hay dos galerías de portales con tiendas de paños y sedas, las unas con cuatro arcos y las otras con treintaiocho.

Consiste el principal adorno de la plaza en una muy primorosa fuente de bronce afiligranada, que se halla en el centro, pintada de verde, bastante capaz, y sobre la cual descansa la estatua de la Fama, de una y tres cuartas varas de alto, con las armas reales en una mano y en la otra el clarín, concurriendo también a darle cierto aire de grandeza el conjunto de gentes, vivanderos, compradores y caballerías de los indios, negros mulatos y blancos, y de cuantas castas hay en la América, siendo esta plaza una de las más abastecidas del orbe, en donde se encuentran a un tiempo las frutas de América y Europa, a precios bastantes cómodos y baratos.

Todos los géneros se conservan en parajes señalados, puestos con orden y aseo sobre mesas, o en el suelo sobre las anchas y frescas hojas del plátano. Suelen ser negras las vivanderas en la mayor parte de estos géneros, y a juzgar por su buena ropa y el modo con que se manejan, puede asegurarse que muchas de ella pasan una vida cómoda, y las más se enriquecen.

Las calles de Lima son, en general, anchas y rectas; corren una de N a S y otras de Oriente a Occidente, formando cuadras o manzanas de casas, de 150 varas cada una. Todas las calles están empedradas, notándose mucho aseo desde el nuevo establecimiento de carros de limpieza formado en el año de 1792.

Las habitaciones interiores tienen bastante capacidad y conveniencia. Las paredes son todas de adobe, y la techumbre de simples cañas cubiertas de argamasa de barro; la duración del adobe compite con la de las piedras sillares de otras partes, y el techo permanece como si fuera de robustas maderas y de tejas bien cocidas. Dos circunstancias particulares obligan a los habitantes a preferir esta clase de edificios. La primera, que jamás se experimenta en este país otra lluvia que una llovizna a que llaman garúa, que corrompe las cañas con mucha lentitud, y nunca es tan abundante que disuelva la greda y tierra de que se compone; y la segunda, que hallándose esta ciudad sujeta a frecuentes terremotos (de que se dará noticia en otra parte) la misma fragilidad del edificio contribuye a su conservación, pues siguiendo éste en las conmociones el movimiento de la tierra, es menos factible la destrucción y ruina -207- del edificio que si su robustez opusiese al ímpetu del estremecimiento un cuerpo más resistente, contra el cual sería mayor el choque y más terribles sus efectos.

Dentro de las murallas, y en los barrios más apartados, se cultivan varias huertas; y muchas casas principales tienen jardines para diversión y recreo.

Se cuentan en Lima 3641 casas y 355 calles, repartidas en cuatro cuarteles, y estos en 35 barrios, celado cada uno por un Alcalde elegido entre los vecinos de distinción, y sujetos a cuatro Alcaldes de Corte. Hállase también dividida en seis parroquias que son la del Sagrario, Santa Ana, San Sebastián, San Marcelo, San Lázaro y Santiago del Cercado, servidas por 10 curas. Ascienden sus rentas a 14800 pesos anuales, y en los arrabales y en las grandes haciendas que ocupan su territorio, hay además otros ocho curatos cuyo total de renta asciende a 10033 pesos.

Ya dijimos anteriormente que se divide la Ciudad en treintaicinco barrios, compuestos de 3641 casas; y ahora añadimos que según el último censo, formado en el año de 1790, asciende a 52627 personas el número de las que la habitan. De estas hay 17215 españoles, 3912 indios, 8960 negros, y el resto de las castas producidas de estas tres principales, sin contar los clérigos que suben a 292 y 991 religiosos, 572 mojas y 84 beatas. Compréndese entre las clases de españoles más de trescientas casas de nobles establecidas en Lima, y que pueden considerarse subdivididas en las tres clases: primera de los conquistadores y, pobladores de aquel Reino, segunda de los sujetos que han sido empleados por Su Majestad, hijos de casas solariegas e ilustres de la Península; y tercera, de los que se han formado por el comercio. Muchas de ellas han logrado títulos de Castilla, y se cuentan en el día hasta el número de 49. Mantiénense todas con gran opulencia, sosteniendo un crecido número de domésticos y esclavos con las grandes rentas que disfrutaban unos y otros con sus mayorazgos, también por los varios puestos que ocupan, empleos políticos y militares, y los muchos consagrados al comercio, numerándose hasta 400 comerciantes.

Síguense a estos los hacendados, cuyo número sube a sesenta: los eclesiásticos, abogados, escribanos, médicos, los empleados en oficinas particulares y del Rey, los abastecedores y otras personas acomodadas, cuyos salarios, sueldos y emolumentos puestos en perpetua circulación mantienen y vivifican el tráfico interior, sustentando varios oficios mecánicos y liberales que sostienen 1027 artesanos como plateros, herreros, -208- zapateros, sastres, silleros de montar, pasamaneros, bronceros, pintores, carpinteros, hojalateros, relojeros, impresores, albañiles, canteros, escultores, guitarreros, tintoreros, chocolateros, cereros, sombrereros y botoneros, casi todos reducidos a gremio para el pago de alcabala, igualmente que los pulperos, que llegan a 130 con otras tantas tiendas.

Hallan igualmente motivo de ocupación muchas mujeres pobres en trabajar todo género de costura y bordados de hilo y seda, tejer trencilla, calcetas, hacer ramos y flores de mano, botones de hilo, bordar zapatos y componer medias de seda, hacer agua de rostro, aguarrica y aguardiente de ámbar, de lo cual se mantienen muchas, dedicándose otras (dentro y fuera de los conventos) a dulceras, bizcocheras y tamaleras, hacer plumeros y rizar mantos, con otros varios destinos en que se emplean muchas españolas pobres. Entre la gente baja o de color hay chicheras, arroceras, humiteras, carniceras al por menor, y cocineras de todo género de guisos de la tierra.

A pesar de todos estos recursos se encuentran en Lima innumerables personas de ambos sexos, que no hallando ocupación se abandonan al ocio y corren precipitadas, como es natural, por la carrera de los vicios.

Contribuye principalmente a esta falta de destino, la particular circunstancia de carecer enteramente de fábricas y manufacturas que entretengan y sustenten a crecidas masas de operarios, a excepción de algunos pocos telares de pasamanería que tiene el gremio de extranjeros, y la fábrica de sombreros que está mandada suspender. De aquí es que puede asegurarse sin temor de errar que no bajarán de tres mil personas, incluso los esclavos y criados, las que como meros jornaleros deben adquirir su alimento diario, cantidad excesiva para los pocos recursos que presenta esta gran capital, y medio inefable que arrastra a los peligros a muchas personas honradas, a quienes tal vez harán malas las circunstancias. Pero si esta falta se hace sensible entre los hombres, aún es más lastimosa entre las mujeres, cuyos menores recursos para vivir las exponen continuamente a ser las víctimas de esta misma falta de medios en un país que podía ser el más feliz de la tierra. Concorre mucho a aumentar las necesidades, entre las mujeres españolas, la fatal preocupación de considerar como deshonroso el ejercitarse en oficios destinados a gente de más baja condición, habiéndoles faltado también el medio de subsistir que proporcionaba a muchas la costura de camisas y otros géneros que llegan de Europa, y que en el día se remiten cosidos desde - 209- Cádiz. Así que aquellas que tuvieron la desgracia de perder a sus padres o parientes, sin heredar de ellos algunos bienes, se ven reducidas, a una condición ciertamente miserable y desdichada.

Se ofrece sin duda a primera vista la idea de que un país tan falto de medios de subsistencia deben ser por consiguiente baratos los jornales, y se encontrarán muchos operarios; pero, por el contrario, en ninguna parte son respectivamente más caros, y los edificios salen costosísimos por la exorbitancia de la mano de obra. Un palafrenero gana diariamente ocho reales de aquella moneda, que compone veinte reales vellón; el oficial doce, y a proporción

todos los demás, habiendo también peones de seis, siete y ocho reales que no pasan de tales. Con todo, no pueden mantenerse y andan siempre andrajosos, prueba cierta de que trabajan poco. Así me lo aseguraron en Lima, diciéndome que se ocupan sólo dos días a la semana, y que los restantes los emplean en jugar o enamorar. No parece que puede atribuirse este exceso de los jornales al precio de los comestibles, pues además de que todos se encuentran con cierta equidad, se dan trabajadores por sí mismos una vida miserable, gastando apenas un real diario en la comida y cena. Es preciso convenir, en que es sólo efecto de su ociosidad natural, fomentada en cierto modo por las circunstancias del país.

Habiendo hablado de la comodidad en que se venden todos los artículos de consumo diario, parece oportuno insertar aquí una lista de algunos de los principales, en comprobación de nuestra opinión.

Dan seis o siete papas por medio real: ocho camotes o batatas por medio real; una col, un real: una arroba de vaca, dos pesos: un cuarto de carnero, cuatro reales: una gallina, seis reales, y la polla cinco; un cabrito, doce reales; el borrego doce reales; un pavo tierno, dos pesos; un lechoncito, dos pesos, advirtiéndose que estos dos últimos artículos no se venden regularmente en la plaza, y cuando se necesitan es necesario ir a buscarlos por las chacaras o huertas. Un par de pichones, tres reales; y lo mismo una docena de palomitas cuculíes, a real cada una; manteca a dos y medio reales la libra; un pedazo de tocino, como de onza y media, a medio real; un jamón de Chiloé, doce reales; uno de Jauja, dos pesos; un pavo, cuatro reales. Los garbanzos a cinco pesos la -210- fanega; cada copal de quinua a siete pesos; la carga de carbón a tres pesos; la de aceite, de cinco a seis pesos; la carga de leña, a doce reales; un queso grande veinte reales, y el pequeño ocho reales. Encuéntrase igualmente el pescado con comodidad: cada bonito a real; los lenguados, a tres y cinco reales, y aún más si excede el tamaño regular; pámpano, (aunque este es bien raro) a seis reales cada uno; bacalao de Chile a tres reales la libra; congrio de Cobija a tres reales. La sal es baratísima, por la intermediación de las salinas de Chilca y Huaura. Esta última es sal piedra y se proveen de ella todos los minerales, en que hay un consumo prodigioso, embarcándose también mucha porción para Chile por el puerto de Huacho.

El pan es de dos clases y dan un panecito de a libra por medio real, y del otro más barato, a que llaman semitostados, por medio real; la fanega de trigo vale dos pesos fuertes. Un toro de lidia vale de veinte y cinco a treinta pesos, y lo mismo el que se compra para el arado. Una yunta de bueyes ya hechos, ochenta pesos; una vaca diez o doce pesos; los caballos de cien a trescientos pesos, según su calidad y propiedades, aunque los que comúnmente se usan valen, por lo regular, cincuenta pesos. Una mula de calesa vale sesenta pesos, pero con otra pareja igual vale doscientos, y el mejor burro de los traídos de Valles vale diez pesos.

Esta breve exposición del precio medio de la mayor parte de géneros de Lima, dará una idea de la abundancia de esta gran capital, no habiendo memoria de que se haya padecido en ella escasez, aunque por breve tiempo haya tomado algún incremento el precio del trigo, duplicando y aun triplicando el valor indicado; bien es verdad que goza de esta excelencia por un principio físico que procede de su situación. Ella está colocada en la costa, donde se goza por más de un espacio de quinientas leguas de un temperamento benigno, empezándose a experimentar el frío a diez o veinte leguas tierra adentro, en el país que llaman de Sierra. Por otra parte, la abundancia del Reino de Chile, y su temperamento igual

al de Europa hacen a Lima feliz, pues lo que se siembra y cosecha en las costas y sus valles se cosecha también en la Sierra, y en Chile. Por esta razón, si el mal tiempo pierde la sementera en un paraje, se logra en otro: y aun cuando en todo se perdiese no se haría sensible la escasez por la diversidad de los temperamentos, pues sucediéndose las estaciones -211- en diversos meses, cuando se está sembrando el trigo en la costa está ya en la Sierra en grano, y en Chile en las eras.

El sabio Mateo Paz Soldán también se ocupó de Lima en 1855, y su descripción es de interés por haber retratado nuestra capital 47 años después de haberla visitado Haenke. He aquí la Lima de 1855.

Tiene Lima sin contar lo que no está dentro de murallas, diez y ocho calles principales en dirección de NE a SE, y ocho transversales de E a O próximamente, que cortan a las anteriores en ángulos rectos.

Hay acequias en el medio de las calles, que corren de SE a NO, las más acanaladas de media vara de alto y ancho. Por desgracia del país, estos canales son los destinados a hacer limpieza general y exhalan vapores que es difícil respirar sin daño de la salud, sobre todo a las once de la noche, hora en que arrojan enormes cantidades de inmundicias. Gracias a la bondad del clima que no hay frecuentes pestes en Lima sólo por esta causa.

La Plaza Mayor es algo irregular por el resalte que el Palacio Arzobispal y el Sagrario hacen sobre ella.

Enfrente del Portal de Botoneros está el Palacio de Gobierno, de la más humilde fachada y con un antemural de unas pequeñísimas tiendas, que llaman La Rivera, sobre las que se eleva una balconería tan vieja y extravagante que no es fácil describir.

Encima de los dos Portales hay edificios con balcones de celosía, a excepción del cabildo y parte de lo que ha construido Mr. Morin para su hotel. La Municipalidad ocupa el dicho local.

Casi en todas las calles de la ciudad hay faroles de gas, unos sobre repisas de fierro clavadas en la pared, otros que se elevan junto a las aceras sobre columnas de fierro fundido. Son cinco los que tiene cada cuadra; pero el Correo, Palacio, casa del Gran Mariscal Castilla, tienen dos, uno a cada lado de la Portada.

Lo que se llama Palacio es una confusa, intrincada y heterogénea aglomeración de salones desproporcionados en sus dimensiones, salas y retretes de diferentes formas de construcción, que forman un verdadero laberinto. Ocupa una manzana entera, inclusive el local de la Policía, el de las Cortes, -212- Tesoro, juzgados de primera instancia, Tribunal Mayor de Cuentas, etc.

El Palacio Arzobispal es de muy triste y pobre fisonomía: apenas merece el nombre de casa de un hombre de mediana condición.

En cada ángulo de la plaza hay un pilón, formado en un zócalo y tres y medio puntos guarnecidos de molduras, de uno de los cuales sale una pirámide adornada de florestas de medio relieve, que despide por tres caños el agua a su taza que es también de bronce. Circunvalan esta obra, en que brillan la magnificencia y buen gusto arquitectónico, veinte piezas de artillería que sostienen gruesas cadenas de fierro las que cercan el todo de la Fuente, dejando un paso por en medio y cuatro muy estrechos por sus cuatro ángulos para que no entren los animales. Se construyó en 1650 y costó 85000 pesos.

De una arca general, situada en Santo Tomás (en la Plazuela), parte el agua que corre en esta Fuente y las demás piletas de la ciudad por diversas cañerías. Está doce varas y tercia sobre el nivel de la Plaza Mayor.

El Puente es un monumento de consideración, construido en 1610, bajo el virreinato del marqués de Montes Claros. El terremoto de 28 de octubre de 1746 echó por tierra el arco triunfal de su entrada, sobre el que había una estatua ecuestre de Felipe V. Se rehízo en 1752 y 1771. Hoy se halla encima un magnífico reloj de dos fases, una que mira hacia la Plaza y otra a San Lázaro. Se debe esta mejora al general Castilla que lo hizo traer de Londres en 1850.

La Penitenciaría será el primer monumento del Perú y de la América.

La estatua ecuestre elevada a la memoria del Libertador Bolívar es un bello monumento de bronce. Tiene 4 metros de altura y representa a Bolívar en actitud de saludar al pueblo. Es obra del escultor Adán Tadolini que llevó por el modelo 4500 escudos romanos o sean 4824 pesos. Fundida en Munich por Miller por 11300 escudos romanos o 12113 pesos. El costo total incluso, flete, conducción, colocación de la reja, etc., es de 22251 pesos.

La estatua de Cristóbal Colón, obra de Salvatore Revelli, es un bello grupo de mármol, en el que está el grande hombre descubriendo la América, representada por una India a la que entrega la cruz símbolo del cristianismo y civilización y ésta deja la flecha símbolo de la barbarie.

La Maquinaria para la pólvora traída últimamente de Europa -213- por su director el ilustrado señor Cabello es excelente. Será una de las mejores de la América del Sur.

La Máquina de Moneda traída de Estados Unidos con todas las mejoras y adelantos en este ramo, merece una especial mención. Costó el plantificarla 44000 pesos.

La Fábrica del Gas establecida en 1855 fuera de la ciudad en el espacio comprendido entre san Jacinto y la portada del Callao, es de una maquinaria muy buena; pero la contrata es demasiado onerosa para el público. Se calcula que en 1860 el consumo mensual era de 3500000 pies cúbicos que alumbraban 10560 luces particulares y 1780 faroles de las calles, lo que daba una entrada de 40000 \$ por mes.

El Teatro no corresponde al estado de ilustración y grandeza de Lima; es de una arquitectura fea, demasiado pequeño y viejo. Tiene 3 filas de palcos fuera de la cazuela y una platea. Puede contener a lo más 2000 espectadores. Fue fundado en 1602 por Juan Gutiérrez Molina en la calle llamada de la Comedia vieja. Importó 58000 \$ y se trasladó al sitio en que hoy está en 1662 y costó 62132 \$.

Se está concluyendo una Plaza del Mercado en parte del que antes era convento de la Concepción, obra que se debe a la energía del que entonces era ministro don José G. Paz Soldán. Desgraciadamente dura su construcción mucho y cuesta por consiguiente más de lo que debía.

Tres son los paseos principales de Lima: el de la Alameda Vieja, poco frecuentado: el de la del Acho y Amancaes. Sin embargo se visita todavía la bellísima Portada del Callao, en que los pájaros, árboles, etc., hacen muy ameno el sitio.

La Alameda de los Descalzos o Alameda Vieja ya se le llamará Nueva porque se ha hecho completamente desde el nivelado.

La Alameda de Acho es amenísimo sitio; tiene a su derecha al Río Rímac y a su izquierda en el óvalo, la Plaza de Acho, en el que se ha colocado últimamente la estatua de Colón.

En este como en otros paseos y en las casas particulares se descubre la grandeza y opulencia de la antigua Ciudad de los Reyes. Multitud de lujosísimos coches, tirados por briosos y hermosos caballos, ruedan por las calles como en las primeras ciudades de Europa. Asombra el lujo de las casas de los ricos y aun de los que sólo tienen medianas entradas; y hay algunos de aquellos que remudan cada tres o cuatro años toda la mueblería, que cuesta algunos miles de pesos. Una soirée de las personas de tono, es asunto de cuatro o cinco mil pesos; o cuando menos de mil.

-214-

Es un escándalo que en una ciudad de tanta importancia como Lima, no haya agua limpia para el consumo, por que unos cuantos negros aguadores han monopolizado este ramo, a tal extremo, que maltratan brutalmente a los que van a las piletas públicas a sacarlas, no siendo aguadores matriculados. No hay precio, ni súplicas que basten para que le surtan a uno de agua el día que no quieren traerla o cuando la casa está lejos de la Plaza. Parece increíble semejante narración y sin embargo es la verdad.

Este mal cesará pronto con la colocación de cañerías de fierro por una empresa particular. El agua vendrá por tubos de fierro a las pilas públicas y los particulares podrán tenerla en sus casas pagando según convenio.

La población de la capital ha tenido la siguiente marcha. Lima la fundó Pizarro con 10 españoles. Este número se acrecentó hasta 70 pues de Sangallan vinieron 30 y 25 de Jauja. Después la población ha sido en las diferentes épocas la siguiente:

1600 14262
1700 37259

1790 52627
1820 64000
1836 54618
1859 100341

Según este último censo practicado por el doctor Fuentes resulta: que 23714 eran limeños, 37030 son de los otros pueblos del Perú y 39597 son extranjeros. Pero es necesario no prestar mucha fe a todos estos censos por la dificultad que hay para hacerlos y las falsas ideas que hay en el pueblo, de tal modo que en las casas jamás se dice el número completo de inquilinos. Hay quien cree que atendiendo a la mortalidad de Lima, su consumo y movimiento, la población llega a 150000 habitantes.

Durante los dos años de 1859 y 1860 la mortalidad ha sido la siguiente:

1859	1860
Hombres 1334	1235
Mujeres 1079	994
Párvulos 1816	1435

-215-

El valle de Lima es extenso y las aguas del Rímac riegan 18000 hectáreas. Los únicos reservorios que tiene el Perú se encuentran en la cuenca de este río. Hállanse ubicados a 4000 metros de altura en las llamadas lagunas de Huarochirí. Las obras de arte en ellas realizadas represan y almacenan 36816048 metros cúbicos de agua, cantidad que sirve para el riego del valle de Lima en la época de sequía. La obra se terminó en 1875, costó cerca de un millón de soles de 48 peniques y fue hecha por el contratista, señor Dionisio Derteano, sirviendo de ingeniero el chileno don Aurelio Lasarria.

De Lima a Tarapaca

La distancia que media entre Lima y Lurín se recorre desde hace diez años en ferrocarril. Entre ambos lugares existe una vía angosta, la que se pretende llevar hasta Pisco. El trazo se ha hecho a distancia del litoral y desde las lomadas altas por donde pasan los trenes que arrastran las locomotoras, se divisan hacia el lado del mar las poblaciones de Miraflores, Barranco, Chorrillos, las haciendas de San Juan y Villa y por último el distrito de Pachacamac, que se halla a continuación de la tablada de Lurín. Esta pampa principia en quebrada Honda, tiene 20 kilómetros de largo y tierras excelentes para el cultivo si fuera posible irrigarlas, lo que hasta ahora nadie ha intentado. La escasa dotación de agua que

tiene el valle de Lurín y la falta de reservorios, hacen imposible el aumento de su agricultura. No se ha sugerido proyecto alguno para aumentar la dotación que lleva el río en la época de estiaje. Únicamente se ha proyectado perforar pozos para irrigar las tierras áridas situadas al sur del valle, lo que hasta -216- ahora no se ha practicado a pesar de la concesión dada al doctor Peachy.

A partir de Lurín, el camino continúa por las lomas y llanos de un extenso arenal de siete leguas, arenal que se halla contiguo a las caletas de La Capilla, la Lancha, Cruz de Palo y Curayaco. Viene después el distrito de Chilca, cuyo puerto está a 12 kilómetros de Pachacamac, habiendo tomado ahora mucha importancia por motivo de explotarse en los cerros de sus alrededores algunos yacimientos de yeso, producto que se lleva al Callao por mar. Chilca dista de Lima 13 leguas. Posee su distrito excelentes tierras de cultivo, las que podrían irrigarse si se abrieran pozos artesanos. Siendo abundante la cantidad de agua que pasa por el subsuelo, los habitantes de Chilca plantan sus sementeras en pozas profundas que hacen en el terreno para acercarse por este medio a las partes húmedas.

Después de atravesar un nuevo desierto de arena, se llega a Mala, valle que riega el río de su nombre. Su extensión no tiene más de media legua. Fertilizan el terreno en tiempo de estiaje, varios puquios o veneros de agua, siendo ésta abundante en los meses de verano. Tiene 3000 hectáreas cultivables, existiendo numerosos terrenos secos y susceptibles de ser irrigados. Contigua a la hacienda de Bujama se encuentra la bahía y caleta del mismo nombre. El pueblo de Mala, que dista 8 kilómetros de Bujama, es una miserable aldea con una sola calle larga y tortuosa, provista de una sola plazoleta donde se ve un pobrísimo templo.

Más al sur está el río Omas, que irriga una faja angosta inmediata a Coeyllo. Cerca de la costa los terrenos se ensanchan y cuando el año es lluvioso pueden irrigarse hasta 1000 hectáreas de terreno. No hay proyectos para -217- almacenar aguas o alumbrar las subterráneas, lo que podría ser más eficaz, siendo éstas abundantes. Asia, así como Coeyllo, son también miserables aldeas.

Siguiendo más adelante se encuentra el importante valle de Cañete, cuyas principales haciendas son Casa Blanca, Santa Bárbara, Arona, Unanue, Herbay alto y Herbay bajo. El puerto de Cerro Azul se encuentra al norte del valle. Cerca de él existen extensos terrenos bajos, susceptibles de ser drenados y cultivados. Están cubiertos de grama y algunos empantanados. Al oriente y a mayor altura de la acequia superior, existen las célebres Pampas del Imperial. En 1904 se dio permiso a don Primitivo Sanmartí para hacer en ellas estudios de irrigación. Recién hoy (1920), el ingeniero Sutton por cuenta del Gobierno ha principiado trabajos en vasta escala.

Costa Iqueña

Un viaje hacia el sur en demanda de Chincha, exige el paso del río Cañete y el cruce de la milla y media de playa que precede a los barrancos escarpados de arcilla que separa el mar

de las pampas de Ñoco, notables por sus ricos terrenos. Ya en su término y antes de entrar a Chíncha Alta, se atraviesa la quebrada de Topara, que tiene poca agua porque su cuenca no llega a la zona de lluvias anuales. En ella hay pequeños lotes de terrenos cultivados, pero no hay irrigación de importancia.

Un río cuyo régimen es igual al del Rímac y cuyo nombre es el de Chíncha, fertiliza en ese valle 15000 hectáreas. La población urbana se ha concentrado en Chíncha Alta, no siendo mucha la que habita en Chíncha Baja. Toda la provincia cuenta con 21840 habitantes. Son estos laboriosos y ricos, hallándose muy repartidas las tierras de labor y siendo muy adecuadas para el cultivo del algodón.

-218-

Es el valle de Chíncha uno de los mejor cultivados en la costa del Perú, y su progreso pudiera ser mayor si los capitalistas hubieran irrigado las extensas pampas de Ñoco, donde hay 70000 hectáreas de tierras limpias, de buena calidad y apenas con una gradiente de 0.25 por ciento. En 1899 fue iniciado por don Federico Amat el propósito de represar las lagunas y vertientes que existen en la cumbre de la cordillera en Yangas y Castrovirreina, con el objeto de obtener toda el agua que se necesita para las pampas de Ñoco. En 1903 se principió con gran actividad algunas secciones del canal y la apertura de los socavones, pero por falta de dinero y por haberse declarado defectuosos los primeros estudios, la obra quedó paralizada. Hoy después de 17 años, pero bajo mejores auspicios, se han vuelto a iniciar estudios de irrigación en esas pampas.

A nueve leguas de Tambo de Mora se encuentra el puerto y la ciudad de Pisco. Para llegar a él se hace necesario cruzar el nuevo desierto que media entre las haciendas de Lurinchíncha y Caucato. Dista Pisco tres leguas de la boca del río y es lugar de importancia por tener comunicación fácil con el valle de su nombre y con Ica. El valle de Pisco tiene 10000 hectáreas de terrenos irrigados, pudiendo aumentar esta cifra en diez mil hectáreas más, si se irrigan las pampas del Cóndor.

Existiendo una vía férrea de Pisco a Ica que tiene 47 millas de largo, y camino abierto y transitado de Ica hasta Palpa y Nazca, nadie que desee seguir viaje por tierra al sur, tomará la extensa y arenosa pampa conocida con el nombre de Tablazo de Ica. Principia este tablazo al sur del pueblo de San Andrés y viene a terminar cerca del puerto de Lomas. A caballo, no podría recorrérsele en menos de tres días. Es una de las planicies más dilatadas y más estériles que tiene -219- la costa del Perú. No tiene agua permanente y aunque la tuviera, siendo su situación relativamente alta y quebrada e irregular su superficie, no habría manera de aprovecharla. En su litoral están las bahías de la Independencia, Caballos, San Nicolás y San Juan, ninguna de las cuales tiene siquiera una caleta habilitada, ni siendo posible establecerla por la sequedad del terreno. Hállase cortado el tablazo por los ríos Ica y Grande, los que nunca llevan agua, exceptuando algunos días en el verano. Esta agua, cuando pasa, no es de ninguna utilidad al tablazo, siendo profundo y angosto el cañón por donde ella corre y muy altas e irregulares las pampas que forman la planicie, toda ella es estéril por las causas apuntadas y probablemente lo será siempre. Es muy rica en depósitos de fierro, los que están reconocidos pero no explotados. Si no existiera la vía marítima al lado del tablazo, y fuera necesario cruzarlo para ir de norte a sur, su existencia sería dañosa y de perjuicio para la comunicación.

Tiene el territorio del Perú, especialmente en la parte costeña, parajes numerosos que nunca servirán para la agricultura. Este tablazo, como también el de Piura, pertenecen al número de ellos.

La esterilidad del litoral entre Pisco y el norte de Lomas, está compensada con la vegetación que anima y encanta el valle de Ica y los que al sur de él se encuentran en Nazca y Palpa. El agua es en la costa del Perú la civilización y la vida, la riqueza y la esperanza. El río que pasa por el medio de la angosta faja de terreno que principia en Huamani y termina en Ocucaje, irriga el valle de Ica en una extensión de 11000 hectáreas, siendo susceptibles de aumentarlas en 20000 hectáreas más, si se lleva a cabo la construcción del canal que derive hacia el Pacífico las aguas de las lagunas de -220- Ocrococha y Choclococha y se realiza la apertura de otro canal que pase hacia el río Ica las aguas excedentes del río Pisco.

Son comunes en la costa del Perú los equívocos que sufrió la Naturaleza al distribuir sus aguas sobre los terrenos del litoral. Lo que vemos en el río de Pisco, cuyo exceso de aguas va al mar siendo escasas las tierras de cultivo, lo encontramos también en Piura con el Chira y en Chimbote con el Santa, dos ríos cuyas aguas en invierno y en verano se pierden en el océano, no teniendo, aun irrigándolo todo, más terrenos que fecundar. Si el Chira y el Santa corrieran en el departamento de Lambayeque, esa zona agrícola sería rival de Puerto Rico.

El ingeniero Sutton ha puesto en evidencia la posibilidad de desaguar las lagunas de Choclococha y Ocrococha sobre el origen del río Ica mediante la construcción de un canal, cuya longitud sería la de 114 kilómetros y su costo completo Lp. 961998290.

La extensa pampa de Huayurí separa la ciudad de Ica de los vallecitos que irriga el Río Grande. Compónese éste de siete afluentes, y sobre dos de ellos, respectivamente, están situadas las poblaciones de Palpa y Nazca. Cada afluente irriga un valle, y cuando todos ellos se unen y forman uno solo, el río se ve estrechado por las paredes de un cañón profundo, corren dentro de él sus aguas a tanta hondura, que difícil y tal vez imposible sería derivarlas para irrigar las altas planicies del tablazo de Ica, del cual ya hemos tratado.

Costa Arequipeña

Viene a continuación la pampa de Tunga, tan seca, árida, extensa y arenosa como la de Huayurí. Por su parte longitudinal y provisto de agua, de alimento y de forraje para las acémilas, debe viajar quien intente ir de Nazca a Lomas. Antes -221- de llegar a este último lugar y después de pasar muy cerca del gran cerro de Tunga y de los que a continuación le siguen, llamados los Cerrillos, se atraviesa la quebrada de Jaguey, que rara vez tiene agua, y antes de terminar el viaje se atraviesan las hermosas pampas de la Bella

Unión, una de las promesas de nuestra presunta irrigación. Tienen estas pampas 36000 hectáreas de extensión, y según el ingeniero Darío Valdizán, hay posibilidad de represar seis lagunas andinas para irrigarlas y obtener agua para cultivar alrededor de 6000 hectáreas. La obra está en proyecto desde 1898 y no obstante que algún dinero se gastó en ella, hasta ahora nadie intenta continuarla.

El camino que viene de Nazca termina en el puerto de Lomas y sigue por la playa pasando por la caleta de Chaviña, que dista seis leguas del pueblo de Acarí. Hállase este pueblo a media legua de la gran hacienda de Chocavento, la única de importancia que tiene el estrechísimo valle que riega el río de Lomas. Dista Acarí 19 leguas de Chala, 24 de Nazca y 109 de Lima. Hállase el puerto de Lomas a 7 leguas de Acarí, Lomas no tiene agua y está rodeado de arenales. Tendrá mayor tráfico el día que se irrigue las pampas de la Bella Unión.

Toda la importancia agrícola que hemos visto en la costa norte del Perú y aún en la parte central, piérdese en el sur a principiar desde Lomas. Son causas principales de este hecho, la falta de puertos y la fisiología del territorio austral. Desaparecen en él los terrenos montañosos, aquellos que dieron origen a los valles que existen desde Salaverry hasta Cerro Azul, siendo sustituidos por llanuras costaneras que si en Piura y Lambayeque son bajas y están casi a la misma altura del mar, en la parte meridional de nuestro territorio hállanse a gran altura y son de muy difícil irrigación, -222- no corriendo los ríos por encima de ellas sino por su fondo y por el medio de profundísimos cañones. Esta característica, que en pequeño la hemos visto en la desembocadura de los ríos Ica y Nazca, la encontramos con mayor longitud en los ríos Ocoña, Majes, Vítor, Tambo, Moquegua y Loa. El de Ocoña que debería regar las pampas de su nombre, el Majes las de Siguan, y el Tambo, las de Islay y la Clemencí, casi desde su origen socavan profundamente su lecho, siendo así que al llegar a la costa, sus aguas hállanse a un nivel tan bajo que no pueden irrigar las altas y sedientas pampas que le rodean. El río de Ocoña, considerado como de primera clase en la costa por su caudal, casi íntegramente pierde sus aguas en el océano. Añádase a este inconveniente la falta de un puerto, siendo inabordable la costa por donde desemboca el río. Una y otra razón geográfica han impedido al hombre del siglo republicano sacar provecho en esta bien regada zona de nuestra costa. Algo semejante podemos decir de los ríos Majes y Tambo. El primero tiene por puerto a Quilca y el segundo a Mollendo, ambos distantes de sus respectivos valles y ambos en condiciones desfavorables para el movimiento marítimo.

A ocho leguas al sur del puerto de Lomas está el valle de Yauca, estrecha faja de vegetación, a donde se llega después de cruzar un camino llano, sin agua, cubierto de arena en su mayor parte e interrumpido por algunos cerros. Entre Yauca y Jaquí se encuentra la hacienda de Mochica, con terreno propicio para su irrigación, si se repesara la gran laguna de Ancascocha, situada al norte de la ciudad de Coracora, cerca del pueblo de sierra Chaviña. Aguas arriba de Yauca y a no mucha distancia de él, existe una angostura en roca sólida por cuyo fondo corre el río, y que -223- tiene todas las condiciones para ubicar en ella un dique o presa para formar un extenso reservorio. Esta obra de escaso costo, irrigaría tierras valiosas que hoy son improductivas.

De Yauca a Chala hay ocho leguas de un nuevo desierto, el que se atraviesa por un camino áspero, pero ventajosamente favorecido por la Naturaleza, hallándose en su paso la

quebrada de Atiquipa. Es hermosa la vegetación que cubre este oasis, y mucho más lo verde que se ponen los elevados cerros de la comarca en la época de lomas. Por su calidad y extensión, las lomas de Atiquipa son unas de las mejores de la costa del Perú. El pueblo, capital del distrito en el cual está el vallecillo, se llama también Atiquipa, y es notable por su clima. Entre Yauca y Chala se encuentra el gran Morro de Chala, que por su altura de 3740 pies sobre el nivel del mar es uno de los más elevados de la costa del Perú.

El pueblo de Chala se encuentra a dos leguas del mar y del sitio en que se halla ubicado el puerto del mismo nombre, como lugar agrícola tiene poca importancia, siendo más valioso como sitio de tránsito entre el puerto y las provincias de Parinacochas y Lucanas.

Nada parece más desolado en la costa del Perú que el desierto de 30 leguas que media entre Chala y el puerto de Atico; pero aún más desolado es el que sigue a Atico y termina en la caleta de Quilca. Más que ríos, en esta extensa faja de terreno, lo que falta en ella son puertos. Por carencia de estos, cuanto se exporta de Cháparra es menester transportarlo por tierra a Chala, puerto donde cada 15 días arriba un vapor. Hállase Cháparra a 1050 metros de elevación y a 12 leguas del mar. Su valle tiene 400 hectáreas de terreno cultivado, siendo posible irrigar las pampas que le son adyacentes, si a poco costo se cerrara con un dique la angosta y profunda garganta que el río ha excavado en roca viva en su propio cauce.

Atico, bajo su aspecto agrícola es más pobre que Cháparra. Junto al mar hay puquios que proporcionan agua para cultivar 100 hectáreas de terreno. Su importancia es tan modesta, que sólo en forma eventual tocan en él vapores para embarcar ganado.

A quince leguas de la caleta de Gramadal y a 1850 metros de elevación, se encuentran el pueblecito de Caravelí, situado en una angosta, pedregrosa y seca quebrada, donde apenas hay agua para irrigar 200 hectáreas de terreno. El tráfico de este pueblo se hace por Atico o Chala, circunstancia desfavorable que mantiene su aislamiento e impide su progreso. Obras hidráulicas en la laguna de Parinacochas o a inmediaciones del nevado de Sarasara podrían aumentar el caudal de las aguas que lleva el río que pasa por Caravelí.

No hay tráfico directo entre Atico y Ocoña, siendo necesario para ir de un punto a otro hacer un largo rodeo pasando por la población de Caravelí. Relativamente a la importancia que tiene el río de Ocoña, su valle es uno de los más abandonados del Perú. Apenas hay 1000 hectáreas bajo riego, habiendo posibilidad para irrigar 20000 hectáreas. La situación del río, cuyo cauce se halla en el fondo de un cañón profundo, y lo costoso que sería derivar sus aguas hacia las pampas contiguas, ha impedido el progreso de esta importante sección territorial de la costa del Perú. También ha sido grave inconveniente, la falta de un puerto, quedando a mucha distancia el de Quilca. Iniciáronse los primeros trabajos de irrigación en 1870, época en que se concedió la restauración del antiguo canal de los Incas y permiso para abrir uno nuevo con 143 kilómetros de largo, de los cuales 125 debían excavar en la parte rocosa de los barrancos del río. Este canal debía tener capacidad para diez metros cúbicos por segundo y su costo se estimó en 4500000 soles de 48 peniques. La obra comenzó en 1873 y mucho trabajo se hizo con el auxilio fiscal, pero la guerra con Chile impidió su término.

Habiendo apenas 1000 hectáreas cultivadas, todo el distrito de Ocoña sólo tiene 2000 habitantes, de los que 600 corresponden a la capital.

La ciudad de Camaná es el centro del importante valle que irriga el Majes, tiene este río bastante agua y aún en la estación seca es difícil vadearlo. Las pampas costaneras inmediatas al Majes poseen tierras de cultivo susceptibles de ser irrigadas; sin embargo, corriendo el río por un cauce encajonado, la posibilidad de esta obra, por ahora parece impracticable, cerca de Camiña existen tierras irrigables, cuya propiedad pertenece a los señores Piérola, Flores y Rivera. Esta circunstancia ha obligado al Supremo Gobierno a cancelar la concesión que se hizo para la fácil empresa de darles agua. También ha existido el propósito de irrigar parte de la faja angosta de terrenos costaneros vecinos a Camiña. Parte de los trabajos se llevaron a cabo en 1872 y hoy están completamente abandonados. Tíepese el Valle de Majes el inconveniente de no tener salida al mar. Quilca, su puerto más cercano, encuéntrase a buena distancia de él, y se halla separado del pueblo de Camaná por un árido y sediento desierto. Los productos de la región tienen que transportarse a lomo de mula, sufriendo un recargo enorme en -226- el costo de producción. Los agricultores que residen en el centro del valle dan salida a sus algodones por Vitor, situado en el ferrocarril de Mollendo a Arequipa. La playa de Camaná es baja y pantanosa. A esta desventaja hay que añadir una más, la existencia de bajos peligrosos, uno de los cuales fue causa del naufragio del Tucapel, perdido totalmente en una noche oscura en esta peligrosísima costa. Camaná no tendrá importancia ni nadie acometerá la empresa de irrigarlo hasta que no se construya en la desembocadura de su río un desembarcadero, lo que se pudiera conseguir construyendo y anclando en el mar un dique flotante, dique que podría conectarse con tierra por medio de una vía aérea o sea de un cable carril montado sobre torres.

Corta es la distancia que media entre Camaná y Quilca, distancia que sólo tiene ocho leguas de largo, y que va por la pampa de Sigvas. Tuvo Quilca, como puerto durante los 30 años que siguieron al de 1821, importancia extraordinaria. Islay primero y Mollendo después, le arrebataron la supremacía que le dio la Colonia. Por su parte norte desemboca el río Vitor del que es afluente el Sigvas.

El total de las tierras cultivadas en la cuenca del Vitor puede estimarse en 10000 hectáreas, de las cuales corresponde a la campiña de Arequipa y su alrededores 8000 hectáreas, al Valle de Sigvas 1500, teniendo la vecindad de Quilca, o sea los terrenos del litoral, apenas 500.

Este río, como todos los del sur del Perú, corre por el fondo de la estrecha quebrada que se ha formado en la pampa de su nombre, la misma que colinda por el norte con la de Sigvas y por el sur con la de Islay. Hallándose encajonado, sólo riega la angosta faja de terrenos que está en su nivel, dejando en seco los terrenos elevados. Acerca de -227- ellos no existe hasta ahora ningún proyecto de irrigación, no obstante que hay agua abundante en el río para tal propósito. Mejor suerte ha tenido la campiña de Arequipa, a la que se intenta beneficiar con un aumento de agua en su río, el Chili, mediante la construcción de una represa en el río Colca, tributario del Majes. La obra está en proyecto desde 1830, pero sólo en 1905 fue estudiada por el ingeniero Hurd, quien la declaró factible a un costo de Lp. 21866000. La ejecución de esta represa daría un caudal permanente de agua de 2000 litros por segundo, lo que sería bastante para irrigar 632 hectáreas. Hay también el propósito ya

estudiado de construir un dique de 35 metros de altura a un costo de Lp. 14577000 en el angosto cañón existente en el Chili en un lugar que dista 35 kilómetros aguas arriba de Arequipa. Se ha calculado que el reservorio almacenaría 24 millones de metros cúbicos de agua, las que podrían regar en época de sequía 1140 hectáreas de terrenos.

Consecuencia lógica del estado de proyecto en que se hallan hasta ahora las obras de arte necesarias para retener y aprovechar las aguas del Vitor es el atraso en que vive la población que habita su cuenca. Arequipa, por otras causales, vive y progresa en forma diferente, y de ella trataremos más adelante.

Nadie que quiera ir de Quilca a Mollendo cruzará el escabroso litoral que media entre ambos puertos. Son tantos los barrancos, tan empinados los acantilados, tan numerosos los caletones que interrumpen el paso, que solo en viaje de carácter científico se puede caminar a las inmediaciones del océano.

La travesía se hace por mar, en pequeños vapores que tienen un movimiento regular cada semana. Dos leguas antes -228- de Mollendo se encuentra la que fue ciudad de Islay. Al verla sin vida y en ruina los edificios que aún quedan en pie, el espíritu se entristece y se revela contra la inconstancia de los hombres que intervinieron en este injustificado abandono. Desgraciada la suerte de las comarcas costeñas que no tienen un puerto real. Lo mismo aconteció en Lambayeque con San José, Pimentel y Eten y en el departamento de La Libertad con Malabrigo, Huanchaco y Salaverry. Al ocuparnos del océano ya hemos precisado los males que a nuestra costa hizo la acción corrosiva de la corriente Humboldt. Por esta misma causa el departamento de Arequipa no tiene puertos.

No fue desacertada la elección de Mejía como punto terminal de los ferrocarriles del sur. Como playa para construir una población es lo mejor que existe entre Quilca e Ilo. Por desgracia, la caleta, con ser tan mala como la de Mollendo, tiene el inconveniente de sufrir el embancamiento que le producen las arenas que arroja el río Tambo.

Siendo Moliendo la salida de Arequipa, Puno, La Paz, Cuzco y hasta Abancay, y teniendo un radio de influencia en extensión territorial tan grande como toda Francia, debía ser un puerto de gran importancia. No lo es por hallarse inconclusas las líneas férreas que deben unirlo al Madre de Dios y al Bajo Urubamba. La causa geográfica más importante que mantiene estacionario el sur del Perú, es la pobreza de la mayor parte de las comarcas cruzadas por el ferrocarril sur interandino. Entre Mollendo y Arequipa no hay nada importante que explotar, lo mismo pasa entre Arequipa y Puno. Ferrobamba, al norte de la pampa, de Arrieros, y Cerro Verde, en Tiabaya, hasta ahora no son sino bellas promesas.

-229-

De Moliendo se pasa a Mejía y de Mejía al centro del valle de Tamba. El viaje se hace en ferrocarril. Tiene el río Tambo tanta agua como el de Ocoña. Él apenas irriga 3000 hectáreas y por consiguiente, su exceso de agua se pierde en el mar. La última concesión dada por el Gobierno para irrigar las pampas de Islay y Clemencí, pampas adyacentes al río de Tambo, se hizo en 1903. Corriendo el río por el fondo de un profundo cañón, la obra proyectada resulta difícil y costosa. Ella demanda un esfuerzo económico extraordinario, y por esto, ni siquiera los estudios preliminares se han hecho. Si la excelencia de los terrenos

que vemos en las pampas de Cachendo y la joya es algo seductor, aún son más ricos los de las pampas de la Clemencí, y a esta ventaja hay que añadir mejores condiciones topográficas para el riego. Los hombres de la centuria que vence en 1921 no han tenido dinero para acometer esta y otras empresas semejantes.

La ciudad más importante de la costa sur del Perú y también la segunda de la República, es Arequipa. Paz Soldán dijo de ella en 1855, lo que sigue:

Esta ciudad es sin duda de las más importantes, bajo mil respectos, no sólo del Perú, sino de América. Según Weddell es la más agradable de toda Sur América, tanto por la amenidad de su clima, como por las costumbres sencillas y dulces de sus habitantes.

Fundose esa ciudad por orden de Francisco Pizarro y con bando solemne el día 15 de agosto de 1540. Su primer sitio, fue atrás de Caima, pero después se trasladó al en que hoy se halla, por presentar más extensión y comodidades. Al trazarla se cuidó de que sus calles se cortasen en ángulos rectos y en dirección casi de NS y EO, y de que cada cuadra tuviese 150 varas de largo y doce poco más o menos de ancho. Para conservar la salubridad, comodidad y aseo, se cortaron acequias en el medio de las calles, así rectas como transversales, cuyo cauce está bien acanalado. Las calles que corren -230- de E a O son ocho (las principales) y las otras también ocho: sus aceras todas están bien enlosadas con una especie de piedra blanca volcánica, llamada Sillar y el piso restante empedrado con guijarros.

Los edificios de Arequipa son de la piedra arriba indicada que se extrae de canteras muy próximas a la ciudad.

Las portadas de las casas tienen en general alguno de los órdenes de arquitectura, lo mismo las ventanas que caen a la calle. Los patios y traspatios son de la extensión mayor que permite el terreno, tanto por la comodidad, cuanto por el temor de los temblores que son muy frecuentes, aunque creemos, que los terremotos que han asolado en otros tiempos la ciudad, no derribarían las actuales casas, porque en esa época se hacían estas o de adobe o de piedra sillar con barro en vez de cal, casi sin cimientos. Dase así mismo toda la latitud posible al pesebre o corral. Es tal la sequedad del clima que toda porquería, lejos de fermentar, se seca antes de veinticuatro horas.

La mayor parte de las casas tienen huertas o jardines, regados por acequias pequeñas que hacen ramificar de las de las calles. Algunos de estos jardines están en el medio del traspatio en forma rectangular y con balaustradas de fierro. Es muy pintoresca la casa que posee esta clase de pequeño huerto, lo mismo que la perspectiva general de toda la ciudad, a causa del bello contraste que forma el verde de las plantas con la blancura de los edificios. No creemos que se halle otra población de aspecto más risueño y poético, ni que se halle menos expuesta a las inmundicias y miasmas.

Desde donde arranca la bóveda que es, poco más o menos, de cuatro varas corre en derredor de las habitaciones una comiza que le da grande belleza. Las paredes interiores se

estucaban antes; pero hoy se emplea el papel, por ser más vistoso, pronto y barato, aunque de menos duración.

De un estudio que hicimos en 1909 sobre las provincias del Sur, extractamos los siguientes acápite:

Hemos llegado a Mollendo. Desde la cubierta del vapor contemplo la ciudad, el rompeolas, la extensa y cerril costa que casi verticalmente se levanta desde el océano, y en cuyos declives empinados, rugosos y casi sin playas revientan con furia las embravecidas olas. La mar está agitada. ¿Cuándo deja de estarlo y cómo no ha de ser así si aquí no hay golfo, ensenada, bahía, ni nada que defienda al puerto de los vientos y las correntadas del sur?

-231-

Hacia el norte, a tres leguas de distancia, está la bahía de Islay. Allí hubo puerto posiblemente desde los primeros días de la colonia como también intensa vida comercial, todo lo cual, fue abandonado por darle al valle de Tambo una vida que hoy no tiene ni nunca tendrá. Esta obsesión, calurosamente sostenida por los hombres que gobernaron en 1868, dio a los ferrocarriles del sur un puerto infernal y a los contratistas oportunidad para prolongar en 47 kilómetros más una línea que tiene en total 172 y para cobrar por todo aquello quince millones de soles, cuando otros, partiendo de Islay, ofrecieron hacer el ferrocarril por ocho.

El gobierno de don Manuel Pardo trató de subsanar la crueldad cometida con Islay en 1868, uniendo este puerto con Mollendo por medio de un ferrocarril. Estudiada la obra dio un presupuesto de tres millones de soles. Un precio tan alto para hacer un remiendo que si daba beneficios también alargaba la extensión de la vía, dio por resultado que nada se hiciera. Otro señor Pardo, el que gobernó hasta 1907, pensó sustituir Mollendo con el ideal puerto de Ilo; pero el ingeniero peruano señor Jiménez Velázquez, evidenció por medio de sus estudios, no la imposibilidad de la obra, sino lo caro e inconveniente de ella. Fue entonces necesario, de cualquier modo, hacer un puerto en ese escarpado barranco; y esto es lo que al fin, con magnífico éxito, se ha conseguido después de varios años de trabajo. La obra se ha llevado a cabo mediante la construcción de un rompeolas gigantesco, cuya posición sobre el mar da origen a una abrigada caleta. Dicho rompeolas ha sido hecho a conciencia por los ingenieros Curri y López Aliaga y la circunstancia de haber resistido en los últimos años terribles bravezas de mar, acredita su completa solidez. Su costo ha sido de un millón de soles y su capacidad hállase limitada a un movimiento aproximado a 1500 toneladas diarias.

Aún no se hallan terminadas del todo las obras del puerto y ya se vislumbra la época -nada lejana- en que su presente capacidad sea sobrepasada por un notable aumento de carga y descarga para los actuales muelles.

Para la época en que la dificultad se presente, pueden encontrarse dos caminos de salvación. Extender el rompeolas hasta el sitio en que estaba la isla del Toro, o abrir de

nuevo el puerto de Islay y en este caso construir un ferrocarril que partiendo desde la bahía de Matarini -dos kilómetros al norte de Islay- pase no por Mollendo sino por las lomas que están encima de él, que se interne por la serranía de la costa -232- poco antes de Mejía y llegue a Huagri, o sea a la pampa de la joya y empalme con el actual ferrocarril del sur en el kilómetro N.º 70.

Posiblemente por esto se decidirá la Peruvian Corporation, y por tal motivo acaba de pedir una autorización al supremo gobierno para hacer los estudios que el caso requiere.

Pasa con la realidad de las cosas lo que con la verdad y la justicia. Tardan pero llegan. Después de cuarenta años, Islay va a recibir la reparación que merece por el ultraje que a su fama e intereses se le hiciera en 1868. Para entonces, ¿qué quedará de Mollendo? Cuando las generaciones venideras, navegando a la vista de las playas que ahora contemplo, vean sobre esas escarpadas lomas los vestigios de una población y al rompeolas firme, indestructible, año tras año, dando a las embravecidas olas sus rocallosas defensas, no se preguntarán con asombro ¿por qué se hizo Mollendo?

Estoy en viaje hacia Arequipa y desde la ventanilla del «Pullman» que a ella me conduce, vuelvo a contemplar la interminable pampa de la joya. Su extensión es de tal naturaleza que forma horizonte por el norte y por el sur. Aquello es un océano de tierra fecunda e improductiva. Los siglos han pasado sobre ella como los años sobre el vientre de la mujer estéril. Sobre su suelo, jamás semilla alguna fue fecundada por el rocío del cielo. ¡Qué emporio de riqueza! ¡De esa pampa se recoge tierra para formar jardines en Mollendo! ¡Qué sería el sur del Perú si en las llanuras de la joya y en las colindantes de la Clemencí lloviera como llueve en el Cuzco! Por fortuna, la naturaleza que nunca hace el bien por entero ni el mal completo y que ha dado a esos territorios un cielo sin nubes y por tanto exento de vapores acuáticos, ha compensado su deficiencia dándonos las aguas del río Tambo. Es cierto que ellas, después de que bajan de las cordilleras, corren a muchísimos metros más abajo del nivel de las pampas de la joya; pero también lo es que es posible desviarlas en su origen y a corto declive traerlas por gigantescos canales a las alturas en que se encuentran las pampas. Millones de metros cúbicos de agua arroja el Tambo cada año al mar. Cambiemos su curso, derivemos sus aguas hacia los llanos; y eso que hoy se pierde vivificará la semilla del trigo y del algodón y nos dará anualmente algunos millones de libras esterlinas. La obra es factible. Fue estudiada en 1904 por un sindicato que presidió el señor Primitivo Sanmartí; siendo ella una de las posibilidades económicas más valiosas del sur del Perú.

Antes de entrar a Arequipa, el tren se detiene en Tiabaya, -233- y desde la explanada del paradero admiro la hermosa carretera construida por la «Andes Exploration», en una extensión de catorce kilómetros y a un costo de doce mil libras. Ella conduce a las minas de Cerro Verde, exploradas durante cuatro años por la citada compañía mediante un gasto de ciento cincuenta mil libras. La obra de reconocimiento ha sido larga y penosa por el estado de guerra en que ha estado el mundo y de dificultad para conseguir materiales de perforación.

Discurriendo sobre el porvenir de Arequipa, pienso que ella no será una gran ciudad hasta que no ejerza sobre el norte de Bolivia, sobre Tacna, Arica, Tarapacá, Antofagasta, y todo

el sur del Perú la misma atracción que Lima tiene sobre toda la república. Arequipa, por su plano, su clima, su proximidad al mar, su situación central y sus bellezas naturales, tiene incomparable superioridad sobre La Paz, Puno, Cuzco, Apurímac y las poblaciones del Perú y Bolivia que Chile retiene por la fuerza. Posee, pues, lo principal, lo que no se compra, lo que no se consigue aunque se gasten muchos millones. Puno y La Paz siempre serán insufribles por el frío y la altura sobre el nivel del mar; Iquique y Antofagasta, poblaciones sin raíces, centros temporales que pronto vendrán a menos cuando el salitre artificial se imponga en el mundo. Sin embargo, faltan a la ciudad del Misti comodidades, higiene y arte en la disposición de las cosas, y a todo ello debe dar preferencia si quiere alcanzar la superioridad a que mi fantasía la invita. Ya tiene tranvía eléctrico, magnífico hospital y un buen mercado. Le faltan ahora pavimento, agua, desagüe y un buen hotel. Le falta también higienizar el hospital Goyeneche y ponerlo, para que sepa sacar mejor partido de él, bajo el absoluto control de la Sociedad de Beneficencia.

Sigo mi viaje. El tren asciende y se interna hacia el este. No aparto la vista del monótono paisaje que nos acompaña. Nada tan estéril en la sierra del Perú como la zona que media entre Arequipa y Crucero Alto, trecho que en la línea férrea se recorre en 187 kilómetros. Exceptuando la campiña de Arequipa, bellísimo oasis que el Chili riega, cuanto alcanza la vista hasta el límite del horizonte es estéril y deshabitado. La vida milenaria del planeta se sigue en las capas de lava y ceniza que muchas veces arrojó el Misti por su cráter. Estos campos, en otros tiempos cubiertos de vegetación, tienen mucho de la aridez lunar. Aquí, como en el astro de la noche, la vida ha concluido, y cuanto rodea el volcán sería un desierto, si el Chili piadosamente no calmara en parte la sed -234- de esta tierra que por causas inescrutables, Dios, en sus iras, quemó para siempre.

A los 29 kilómetros de Arequipa, camino hacia Puno, está el paradero de Yura, el mismo que conduce a las termas de igual nombre. Hállanse éstas en las faldas del Chachani, entre dos laderas de escasa altura, al medio de un pequeño valle que se extiende de norte a sur, y cuyo fondo acaricia un miserable arroyuelo. A lo largo de este valle, en la falda septentrional de la ladera y en terreno empinado y sinuoso hay numerosas casas, y en lo profundo, en una especie de cañada, las aguas que dan renombre al lugar. Yura posee las mejores aguas termales que hay en la América del Sur. Así lo creen los hombres de ciencia que las han estudiado, entre ellos el sabio doctor Escomel. Algún día eso será un centro social, por motivos terapéuticos, igual a Colorado Springs en Estados Unidos. Es imposible hablar de Yura sin recordar los inmensos beneficios hechos a las termas por los señores coronel Zapata y Víctor Larco Herrera.

De Arequipa al Loa

Moquegua, Locumba y Sama, son ríos de segunda importancia. La fisiología del terreno en que están ubicados difiere poco de la que caracteriza al departamento de Arequipa. Todos tres corren por el fondo de quebradas profundas, las que apenas dan cabida a estrechas zonas de cultivo. Las aguas del río de Moquegua jamás llegan al mar en la estación seca y a veces no pasan más allá de la ciudad de su nombre. Hay el propósito de derivar hacia el Pacífico las aguas de la gran laguna Istunchaca. La obra requiere construir un dique, hacer un canal y después un túnel, todo lo cual es muy costoso. La escasez de agua y la falta de mercado, habiéndose perdido el de Tarapacá desde 1879, acabaron con la importancia de Pacocha como puerto y de Moquegua como ciudad. Poco ha ganado la comarca con la reconstrucción del ferrocarril que hoy parte de Ilo.

A veinte leguas al sur de este puerto, se encuentra Locumba, población que apenas tiene 250 habitantes. Se halla -235- a 413 metros sobre el nivel del mar, y es el centro de un valle fértil, pero muy estrecho y escaso de agua.

La quebrada de Samamarca por hoy el término de la jurisdicción peruana. Ocupamos únicamente la banda norte del río. La capital del distrito lleva el mismo nombre y hállase a diez leguas de Tacna.

Mas al sur están Tacna, Arica, Pisagua e Iquique, poblaciones peruanas de importancia ocupadas por la fuerza militar de Chile desde el año de 1880. Tacna fue por muchos años la ciudad de tránsito obligado entre Arica y La Paz, y tuvo notable importancia comercial. Igual importancia tuvo Iquique en los tiempos en que era gobernada por el Perú y en los que se inició la gran industria del salitre, de la cual, hasta 1879, la nación peruana tuvo poco provecho.

-236-

Capítulo VIII

La sierra

¿Dónde termina la costa y dónde principia la sierra?

¿Es costa todo lo cisandino y sierra únicamente lo interandino? Caravelí, Arequipa, Moquegua, ¿son pueblos de costa? Ninguno de nuestros geógrafos ha dado importancia a esta serie de cuestiones. Sólo Adams, en sus famosos mapas hidrológicos, ha separado con

una línea imaginaria la zona lluviosa de la zona seca, y considerando como sierra la primera y la segunda como costa ha resuelto la dificultad. Exceptúanse de esta regla el valle de Tumbes, que por hallarse en el golfo de Guayaquil es costa y recibe anualmente lluvias. También los desiertos de Piura y Lambayeque, donde torrencialmente llueve periódicamente.

No siendo uniforme la fisiología de la cordillera en la parte que termina en el litoral y de consiguiente muy variada la altura de sus contrafuertes y de sus pampas o tablazos, la línea Adams se acerca y se aleja del mar en forma al parecer caprichosa, pero en realidad sujeta a la formación andina. En el norte del departamento de Piura principia en el mar. -237- Se aleja al este de los despoblados de la Chira y Olmos, para volver hacia el mar en el departamento de Lambayeque, pasando casi por Chongoyape. Sigue próxima al mar hasta Pisco, donde vuelve a alejarse del océano y así sigue hasta el río Loa, haciendo una excepción en Chala, donde por algunas leguas se aproxima mucho al litoral. En el Departamento de Lima pasa por Chosica a 54 kilómetros del mar, y en el sur, al interior de la ciudad de Moquegua, y por consiguiente a 110 kilómetros del puerto de Ilo.

Sierra y Andes es la misma cosa, y hallándose estos en su parte occidental constituidos por montañas agresivas cuyos contrafuertes en forma de formidables espolones penetran hasta el mar, posible es divisarlos desde el océano en los días claros y serenos en que la visual cruza el cielo diáfano de la serranía. Cuando las primeras cortinas de montañas costaneras son bajas, la mirada alcanza las distantes cimas que se elevan en la zona de las nubes. Muchas de estas hállanse nevadas. El Huascarán, contemplado desde la bahía de Chimbote en los escasos días del año en que se le puede ver desde el mar, es de un efecto maravilloso. La blancura de su montaña hace contraste con el amarillento sucio de la línea costanera. Es en estos momentos cuando la mirada, alcanza 24000 pies.

Si hermosa y apacible es la vista de nuestras serranías contempladas desde el litoral, el espectáculo de ellas en plena altura es soberbiamente grandioso. Si entre Ayabaca y Huanachuco, los pasos o abras que conducen de la costa a la sierra nunca llegan a 4000 metros, en el centro y en el sur esos pasos alcanzan 5700 metros. Nuestras líneas férreas los han cruzado en dos puntos, siendo interesantísimo para quien desee formarse idea de nuestra serranía, contemplarlos viajando por ferrocarril entre los puntos comprendidos - 238- entre San Bartolomé y Huancayo o entre Oroya y Cerro de Pasco. La ascensión culmina en el túnel de Galera, pero aún más alto se encuentra Morococha, la región semipolar de nevadas y ventisqueros, de inaccesibles picachos, de bellísimas lagunas, en cuyas aguas se reflejan el azul profundo del cielo y los límpidos rayos solares. La altura fluctúa entre 15000 y 17000 pies, y siendo el frío intenso, hállase habitado únicamente por mineros. En estos parajes no crece ni siquiera la paja. En ellos la desolación es tal que ni aún llamas y vicuñas la recorren. Es la zona desierta y bravía de los Andes, la zona de los contrastes, siendo común observar al lado de severas cumbres y diamantinos nevados, ondulaciones y llanadas tan suaves y tan amplias como las que vemos en los tablazos de la costa. De noche, la temperatura descende varios grados centígrados bajo cero, las aguas de los charcos se hielan y sólo resisten este inclemente frío enanas plantas forrajeras que viven a raíz del suelo y se hallan revestidas de gruesas películas que les dan abrigo. Es en estas alturas donde se encuentran las tierras más planas de nuestras serranías, y las que serían más propicias para el cultivo del trigo si el frío fuera más clemente. Como ya lo hemos

dicho, si ellas estuvieran a diez o doce mil pies de altura, nuestra riqueza ganadera sería igual a la de la Argentina. El ancho de estos ondulantes llanos varía de una a tres leguas, y a su término, en nuestro camino hacia el este, el descenso se manifiesta en forma placentera para la vista. A trece mil pies principian los buenos pastos que alimentan el ganado vacuno y lanar, un poco más abajo los cultivos de papas, quinua y cebada, cultivos, que vemos ya encerrados por altos cerros que les sirven de abrigo en las noches de helada. La zona del temple principia -239- con la quebrada. Cuando ésta es estrecha y empinados los cerros, abundan los rincones abrigados y poéticos. Oroya es un buen ejemplar de estos parajes. Por el fondo de sus tierras pasa el majestuoso Mantaro, y sus aguas turbias hacen contraste con el oro pálido de las cumbres en la hora en que el sol declina y la tarde languidece.

De Oroya parten tres caminos. Uno por las pampas de Bombón hacia el Cerro de Pasco, otro para los valles de Jauja y un tercero para Tarma por Tilarnío. Este es el único de los tres que todavía no se trafica por ferrocarril, siendo necesario emplear automóvil para recorrer por carretera las siete leguas que median entre ambos puntos. Las cuatro primeras se hacen por terreno de puna. El camino cruza pampas y faldas cubiertas de pastos naturales. No siendo éste abundante, escaso es el ganado que vive en la comarca. Las sequías y las heladas le son adversas. Mientras el terreno no se irrigue y el establo no se construya, la mortandad de los carneros y vacunos no podrá disminuir. La soledad, el melancólico silbido del aire en los momentos en que roza los erizantes tallos del pajonal, el frío, la altura, lo tétrico del paisaje, ejercen acción deprimente sobre el espíritu, le anonadan y le desmoralizan. No hay nada que haga grata la vida en estas punas. En ellas, cuando el viento no tiene la defensa de los cerros, apenas crece un pasto raquíptico. La mitad de la sierra está a esta altura y en esta desolación, y por esta causa a más de otras, la agricultura y ganadería andinas vivieron en la pobre condición en que todavía están hoy. La naturaleza venció aquí al hombre. Los ferrocarriles, los canales de irrigación, el abrigo por medio de estufas eléctricas en los establos y en la casa del pastor, modificarán estas fatales condiciones naturales.

-240-

Cruzada la puna en una extensión de tres leguas, violentamente principia el descenso hacia Tarma. Campos de cebada, mustios, raquípticos y sin fruto al principio por la altura; lozanos y espigados después por el abrigo que les da la honda quebrada, nos ponen en evidencia de los grados de calor que la naturaleza va ganando en estas andinas regiones a medida que en ellas se baja. El primer árbol que a nuestra vista aparece es el quinal, arbusto de durísima madera que tarda mucho en crecer. Más abajo viene el aliso, el sauce, el guindo, el eucaliptus y por último el cedro en las quebradas profundas y muy abrigadas. A proporción que se baja todo se hace animado y vistoso. La alegría vuelve al espíritu y la esperanza también. El panorama cambia: la pampa y la falda andina son reemplazadas por la quebrada. Al llegar a ella, vemos por el fondo correntoso arroyo, y con satisfacción contemplamos las acequias laterales sacadas de su cauce para irrigar numerosas mesetas inclinadas. En ellas se cultiva trigo, papas, ocas y cebada. En la puna la pampa y el suave declive se miden por miles de hectáreas, acá abajo sólo por centenares. Allá arriba hay terreno, pero no crece el trigo. Como causa geográfica, esta formación física debida a la altura, ha sido y es una desdicha, y esto no únicamente en esta comarca que describimos, sino en toda la sierra del Perú, siendo todo ella igual con muy pocas excepciones.

Como aún estamos en la zona de las heladas, todavía no vemos el maíz. Sigue el descenso, unas veces por veredas empinadas, otras por suaves gradientes y al fin entramos al temple, donde ya se encuentra hasta la caña de azúcar. El frío cesa, el ambiente tórnase grato y perfumado. Bandadas de palomas cruzan en todo sentido y numerosos -241- pajarillos, entre ellos el chuichuí nos encantan con sus trinos.

Las variantes de esta descripción cambian al infinito, también el paisaje y la climatología según la latitud; pero las líneas generales, el aspecto montañoso de las cordilleras, las alturas, los descensos, la invariable quebrada, son casi similares en toda la serranía. Exceptuando la puna, el tono del paisaje es siempre bello y maravillosas las perspectivas. Siendo posible contemplarlo todo en diversos planos, las vistas panorámicas son numerosas. Qué cosa más bella que el valle del Cuzco visto desde Sacsahuamán, el de Arequipa desde Jesús, el de Caraz desde Pueblo Nuevo. El Huascarán, el Misti, el Coropuna, el Pelagatos y otros centenares más de picos y montañas nevadas pueden contemplarse por toda una vida sin que jamás causen hastío.

Cuando la bajada es rápida y va desde 16000 pies a 7000 pies, como sucede en la provincia de Tarma, el contraste es soberbio, y encantador. No sucede lo mismo cuando el descenso es apenas de 2000 pies, como pasa entre la Oroya y Huancayo. Es entonces suave la gradación y propicio el terreno para el paso del ferrocarril construido. El río y la vía férrea caminan casi paralelos. Al principio, a poca distancia el uno del otro, en la estrecha quebrada que pasa por Huari y Pachacayo, pero después, y a comenzar desde Llocllapampa, completamente separados el uno del otro. La monotonía del paisaje entre Oroya y Llocllapampa termina en este lugar. El aspecto del valle, contemplado desde la colina a cuyo pie está la ciudad de Jauja, es encantador.

Hállase Jauja a 11000 pies de altura y al costado norte de una extensa y elíptica llanura de doce leguas de largo -242- por tres en su mayor anchura. Suaves colinas rodean el llano y le dan aspecto de zona costanera. Todo él hállase cultivado y bordeado de numerosos lugarejos. A distancia las torres de sus iglesias y el amontonamiento de sus blancas casas, parecen puntos enclavados en el verde amarillo de los árboles que forman la línea del horizonte. Jauja, como valle, es lo más valioso de la sierra del Perú y único que reúne en terreno plano tan extensa latitud. Las tierras fértiles del Vilcanota tal vez son más extensas, pero planas.

Hallándose la pampa de Junín a mayor elevación que la del valle de Jauja, es diverso el espectáculo que nuestros ojos contemplan al recorrer en ferrocarril las frías punas que terminan en el mineral del Cerro de Pasco. Es esta llanura, como también el hermoso lago que existe en su centro, una de las muchas variantes que presenta la serranía nacional. Ella es formada por el nudo de Pasco y en pequeño es un símil del altiplano boliviano. La misma altura, el mismo frío, el raquitismo en la fauna, la vida penosa del ganado y la incomfortabilidad del habitante. Con tres mil pies menos de altura aquellas téticas llanuras hubieran sido más verdes y más productivas que el valle de Jauja. Deshabitadas por el frío y paupérrimas por sus condiciones adversas a la agricultura, serían uno de los tantos inútiles páramos de nuestra cordillera, si la naturaleza no les hubiera dado la gran riqueza que tienen en minerales.

Los apuntes de Riva-Agüero contienen una admirable descripción de lo que es nuestra serranía. Ella completa la deficiente pintura que hemos hecho del paisaje interandino y por eso íntegramente los copiamos.

-243- Si procuramos armonizar y fundir las innumerables divergencias de los detalles pintorescos, para obtener la expresión de conjunto, el íntimo sentido de la tierra andina, llegamos a dos notas fundamentales: ternura y gravedad. Hay indecible ternura, esquiva y pastoril, en las lagunas altísimas ceñidas de totoras y pobladas de nuñumas, quellhuas e ibis blancos; o todavía más elevadas entre orillas roquizas y gramosas, zafiros olvidados en copas de piedra, solitarios espejos de inviolable castidad, en que sólo se miran las cúspides glaciales. Hay una ingenua ternura en los ondulados páramos, cuando las aguas del verano los visten de un verde nuevo y de menudas flores silvestres, azules y amarillas. Hay una incomparable ternura, melancólica y resignada, cuando la lluvia destila en las arboledas de las aldeas, cuando golpea los techos de teja y gotea incesantemente en los cobertizos de icho, mientras mugen en la sombra crepuscular los ganados, chispean mal protegidas las hogueras campestres, y suena lejana y fluida la música indígena, de monotonía penetrante y dulce, como un canto de infancia arrullador y maternal. Y hay gravedad en todos los aspectos de este país fragoso, claro y frío; en sus despoblados, peñascales y peñoles, y en sus quiebras que son bandas de vegetación entre abismos; en las laderas de trigo, y en los dentellados picachos; en la sobriedad más que europea de la flora, y en la inextricable maraña de las cadenas de los Andes, que toman formas de monstruos y esfinges; en el atormentado relieve de los altos y hondonadas; en los hoscas perfiles de los cerros, y en su colorido que va en los próximos, del bermejo sangriento al áureo tono de la piel de los pumas, hasta revestir en las lontananzas la serenidad episcopal de la amatista. País triste y luminoso, de encumbrados pastos y de yermos, de idilio y de epopeya, hirsuto y asperísimo, con una que otra muelle intermisión en sus valles calientes.

Penetremos en algunas de las típicas poblaciones serranas. Está oculta en el repecho de una quebrada repuesta, con riachuelos cascajosos, huaycos floridos, y potreros que declinan en lomas y adenes; cercada por el verde vivo de los cebadales y los alfalfares, y el verde plata de los quishuares, los magueyes y los recientes alcanfores. Es capital de distrito y tal vez de provincia, aunque no lo parezca por la ruindad y sordidez de su caserío. Las más de las viviendas, blanqueadas de cal; otras presentan al desnudo sus adobes parduzcos, a veces de color ocre y como dorado; y nunca faltan en buen número las destechadas y arruinadas. Al lado de las tejas y las -244- coberturas de paja, se elevan las horrendas planchas de calamina, que son allí el signo de la renovación y el progreso. Si ha sido villa de vecindario español, habrá de seguro casas de sillar y abovedadas. Las pocas de dos pisos tienen barandas y balcones abiertos de madera; casi todas, ventanas escasas y estrechas, de balaustres torneados y crucecitas en lo más alto de los aleros. Se intercalan a cada paso las tapias de los corrales y las huertas. En la entrada de los caminos, desde mayo las cruces de las capillas y humilladeros están adornadas con diversidad de flores y estolas blancas. Las principales callejuelas, con cuestas, escalones, y piso de guijarros, lucen cursis nombres modernos de ciudades costeñas, remotos ríos de la montaña o caudillos revolucionarios; pero muchas conservan aún añejas denominaciones castellanas, como calle del Suspiro, de la Amargura, de la Alcabala, del Corregidor; y hasta suelen designarse los barrios por los términos quechuas de Hanan y Hurin (alto y bajo), y por el origen de los mitimaes, Yuncas, Huancas, Collas, procedentes de la época incaica. Se hallan rincones con muros de pirca,

toccas irregulares, y toscas fuentes de límpida agua entre molles y alisos, que dan la más neta sensación indígena. La iglesia parroquial, de macizas y rechonchas torres, tiene en la fachada, sobre piedra o cemento, burdos mascarones de ángeles, palomas y culebras semejantes a los más informes balbuceos de la escultura románica medieval; y en su interior guarda de ordinario retorcidos altares salomónicos, un Santo Sepulcro y un Santiago a caballo de los tiempos de la Colonia. En el arco toral, entre andas con imágenes vestidas, se ven rudísimas pinturas de artistas indios, que representan a los apóstoles y patronos con primitiva y bárbara rigidez.

Si la costa es fácil recorrerla longitudinalmente sin que su arenoso suelo oponga al paso mayores tropiezos, no es la sierra la que nos da iguales facilidades. Lo impide la intrincada armazón de altísimos cerros, regulares y en concierto en sus líneas generales, pero disparatados y confusos en las orientaciones de los ramales. No creemos que sería difícil atravesar la cordillera occidental andando en línea recta sobre el lomo de ella, o sea por jalcas y punas desde el Chinchipe hasta el Loa. Un ferrocarril que por estas alturas se trazara, sería de poca gradiente y de económica -245- construcción. Desgraciadamente, la vida humana de nuestras serranías no está en esas jalcas y punas sino en el fondo de las quebradas. A ellas forzosamente hay que entrar si se desea conocer la parte poblada del territorio andino, siendo paso obligado para pasar por ellas la ruta que da el curso de los ríos.

Así como la larva necesita subir a la superficie del agua en que se desarrolla para aspirar el aire que la vivifica, así también las poblaciones andinas del Perú han tenido que comunicarse con algún puerto del litoral para buscar contacto con el mundo civilizado y poder desarrollar sus industrias, su comercio y hasta su existencia social y política. Muchas veces esta comunicación no es la más corta sino la más fácil. Ayacucho, que ha sido favorecido por el ferrocarril que llega a Huancayo, tiene ahora salida por el Callao, no obstante que Pisco le es más cercano. Abancay, que como puerto natural tiene también a Pisco, se comunica con el de Mollendo y construye una carretera al Cuzco. Lo mismo pasará con Cajamarca, que ahora hace su tráfico por Pacasmayo, pero que indudablemente lo hará por Chimbote cuando se termine la línea que se ha comenzado de Chiquicara a Cajabamba. Por estas causas, pueblos cercanos entre sí, muchas veces con fácil comunicación, viven sin intercambio de productos como sucede entre Huarás y Huánuco, entre Abancay y Ayacucho, entre Coracora y Ayacucho, Pataz y Chachapoyas.

Prescindiendo de las zonas cisandinas, ninguna de las cuales tiene importancia, exceptuando aquella en que está Arequipa, ciudad que hemos considerado como población costanera, comenzaremos el estudio de la serranía peruana por la parte norte.

-246-

Núcleo Cajamarquino

Es uno de los más ricos del Perú, pero también es uno de los más pobres en industrias y comercio por causa de numerosos motivos geográficos. De estos, ninguno tan radical como la incomunicación en que ha vivido con el mundo a causa de la muralla andina del lado del Pacífico, muralla que le ha cerrado el paso por la única vía por donde se puede entrar. Otra causa de atraso ha sido la escasa población que vive en todo el departamento.

Como zona tropical para la agricultura, tiene Cajamarca las riquísimas tierras de la provincia de Jaén. Puede cultivarse en ellas café, cacao, caña de azúcar, algodón, tabaco, pudiendo sus pastos naturales dar alimento a ganados que se cuenten por cientos de miles. Algún día, esta zona y la que le sigue y termina en el Nieva y las cabeceras del Mayo, tendrán un millón de habitantes. Hoy, y durante todo el tiempo de la República, ha sido comarca casi deshabitada y en el más completo abandono. La tierra en el noventa y nueve por ciento de su extensión está inculta. Una colonia europea con 100000 pobladores que explotara Jaén y, que comenzara por unirlo con el mar por medio de un ferrocarril, produciría tanto cacao como Guayaquil, tanto algodón como Piura y tanta azúcar como todos los valles costaneros del Perú.

Sus límites -los de la provincia de Jaén- llegan por el norte hasta el Ecuador y por el oeste hasta el pongo de Manseriche. Topográficamente le pertenece todo el norte del departamento de Amazonas. También le pertenece Huancabamba, provincia que se halla en su cuenca, que es netamente -247- serrana y que sin embargo por motivos de comunicación pertenece a Piura.

El suelo de la provincia es bajo debido a la depresión existente en la cordillera del Pacífico. Huarmaca, que se halla en la cumbre de esta cordillera, apenas tiene 2194 metros de altura. Jaén de Bracamoros, San Ignacio y Bellavista, sus principales poblaciones, tienen respectivamente en metros, 740, 1324 y 441 de altura. Su extensión es extraordinaria. Los geógrafos le dan 50000 kilómetros cuadrados, siendo su límite natural por el oriente la cordillera que atraviesa el pongo de Manseriche. Cruzado por otras subcordilleras y habiendo éstas dado origen a varios caudalosos ríos, el aspecto físico de la zona es uniforme en lo rugoso del terreno y en la carencia de grandes llanos. Todo es ondulado y en las partes bajas de pendiente suave, lo que motiva el que sea propicio para la agricultura y para la ganadería. Es una de las provincias donde llueve más en el Perú. Por esta causa, sus ríos principales, el Chamaya y sus afluentes el Chotano y el Huancabamba, el Chinchipe y sus tributarios el Tabaconas y el Canchis, son notables por el caudal de sus aguas. El Chinchipe tiene origen en la cordillera oriental del nudo de Loja. Recibe algunos afluentes de importancia en territorio peruano, y aunque es caudaloso, no tiene mucha corriente. En el sitio llamado Zapote, tiene mucha playa. Sus aguas cristalinas en verano hacen contraste con las del Marañón, turbias en todo el año. Se le une en el punto llamado Tomependa. En tiempo de lluvias, dificulta la comunicación, siendo peligroso pasarlo en balsas. Tiene mucho oro en su lecho. En sus orillas están las mejores haciendas del distrito de San Ignacio. Cerca de Bellavista, en un punto alto llamado Tablarumi se -248- contempla la unión del Chinchipe con el Marañón y los llanos por donde éste serpentea, formando en su cauce islas cubiertas de vegetación. Mas allá se ve la garganta en que se engolfa el Marañón para desfilar por una serie de angosturas que se llaman pongos. El primero que se divisa es el de Rentena. Vienen a continuación los llamados Cumbinana, Escurrebragas, Huarancayo, hasta que se llega al de más altura y renombre, que es el llamado pongo de

Manseriche. Tiene cinco kilómetros de largo y a su término, el Marañón interandino deja para siempre los cerros que le comprimieron y entra en plena región de los bosques.

Riegan también la provincia de Jaén el Utcumayo, el Imaza, el Nieva, que se halla en la provincia de Luya, pero que en realidad forma la misma zona. El Santiago viene del Ecuador y es navegable en canoas por un largo de 40 leguas. Raimondi visitó Jaén en 1862, y sus apuntes dicen de ella lo siguiente:

San Ignacio está situado al extremo N de la provincia de Jaén, a poca distancia del límite con el Ecuador, sobre una meseta casi llana a 10 kilómetros del río Chinchipe y a más de 500 metros sobre su nivel.

El pueblo es muy reducido, pues está formado de pocas casas agrupadas alrededor de la iglesia. Otras están diseminadas en terreno ondeado a diferente distancia, habiendo unas que se encuentran hasta a 5 kilómetros.

En los días de trabajo no se ve gente, porque todos están en sus chacras, y sólo en los días domingos, al tiempo de la misa, se nota algún movimiento.

El pueblo es muy miserable y falto de recursos, y para obtenerlos es preciso esperar mucho tiempo por la distancia en que viven sus habitantes. Aun el pasto natural que es bastante abundante en muchos puntos de la provincia, no lo hay en las inmediaciones del pueblo, y sólo se encuentra grama pequeña y desabrida, que no mantiene a las bestias, pues lejos de reponerse se aniquilan completamente. El pan y otros artículos de suma necesidad se encuentran muy rara vez.

-249-

Esta población está situada sobre una alta lomada continuación de la cadena que llaman en el lugar la cordillera. El pueblo está formado por pocas casas de adobes o de palos y por la iglesia; ésta, aunque muy sencilla, presenta sin embargo vista agradable por tener sus paredes bien blanqueadas.

El pueblo es muy escaso de recursos, porque sus habitantes viven diseminados a largas distancias y hasta el gobernador rara vez visita a su pueblo. Los transeúntes que no encuentran al cura, se ven apurados para conseguir hasta lo más indispensable para la vida.

Si Chirinos es una población casi desierta y falta de recursos, en cambio tiene temperamento agradable y es uno de los lugares más sanos de toda la provincia de Jaén. Lo que tiene de inmejorable es su vista: situado como hemos dicho en la cumbre de una alta lomada y como cabalgada sobre la misma cuchilla, domina todos los terrenos inmediatos y la vista se extiende sin obstáculos a larga distancia, presentándose por un lado la cadena de cerros montañosos por donde viene el camino de Huancabamba y por el otro el hermoso cuadro que presenta abajo el caudaloso río Chinchipe, que se distingue por largo trecho caracoleando como monstruosa culebra en terreno llano entrecortado de cerros.

Jaén está situado en una especie de hoyada llana cerrada por un lado por los cerros que dan origen al río, y por los costados por el barranco en cuya parte superior se hallan las pampas.

Esta posición lo perjudica, porque hace que el aire no se renueva fácilmente y se halle impregnado de miasmas que hacen el clima malsano.

Como el agua del río corre entre montes, conserva temperatura bastante baja y como en la población hace bastante calor, se cree que la baja temperatura del agua de que se hace uso sea la causa de las frecuentes pulmonías que hay en la población.

Al mencionar la ciudad de Jaén, se podría formar fácilmente idea muy errónea sobre su extensión. La tal ciudad, capital de provincia, no tiene siquiera la apariencia de pueblo pequeño, pues está formada por la reunión de 58 casas, algunas de las cuales no pasan de ser miserables ranchos de caña brava, sin enlucido siquiera.

Aunque las casas se hallan dispersas en su mayor parte y sin orden alguno, se dice que hay en esta población, seis calles, cuyos nombres hemos indicado.

La ciudad es un desierto, pues muchas veces no se ve -250- un solo individuo, ni se puede encontrar un hombre para que corte un poco de pasto.

El pueblo más cálido es el de Bellavista, y después la capital y el pueblo de Perico, situado en la orilla del Chinchipe.

En Bellavista, en el mes de noviembre que no es el más cálido, el termómetro centígrado subió al mediodía hasta 32°.

En la provincia de Jaén hay plaga de garrapatas que son de dos clases.

En los pueblos situados a cierta elevación sobre el mar, entre 1500 y 2500 metros, hay garrapatas que viven en las casas. Tan asquerosos y molestos animales infestan casi todas las casas y viven en la tierra del piso, principalmente en los ángulos. Suben también a las camas.

Esta clase de garrapatas producen picaduras casi venenosas, porque el escozor y la mancha duran muchísimos días y si se rasca el individuo o tiene la sangre mala, produce entonces llagas muy persistentes y difíciles de curar.

En los lugares ardientes no se encuentra esta clase de garrapatas, pero en cambio hay otra que vive en el monte y se adhiere al cuerpo cuando se roza los arbustos viajando a bestia o a pie. Esta última especie pertenece a la familia de las arañas; y se fijan tanto a la piel que para desprenderlas es preciso arrancarlas con las uñas. Su picadura no produce tanto escozor como la de la otra.

En 1860, la provincia de Jaén tenía 11864 habitantes. Hoy esta cifra, después de 60 años, apenas llega a diez mil pobladores, y el territorio hállase en las mismas condiciones de

atraso en que la vio Raimondi. Hace 40 años que se intenta cruzarlo por medio de un ferrocarril que principie en Paita y termine en Puerto Limón, (Manseriche). Hasta ahora sólo se han hecho los estudios. No es solamente falta de población y falta de caminos lo que tienen la provincia abandonada y hasta desconocida del geógrafo en más de la mitad de su extensión, sino también la vecindad de los salvajes jíbaros, cuyas invasiones no ha sido posible detener en las cercanías del Marañón. En 1845 y 1846 los pueblos de Capellin y Puya fueron destruidos por ellos. El clima también -251- le ha sido adverso. Suave, seco y templado en las alturas, que no son muchas, en la parte baja en las orillas de sus ríos, es húmeda en exceso y propicio para el paludismo. El cielo, casi siempre hállase encapotado con negras nubes y los temporales de agua acompañados de truenos, rayos y relámpagos se repiten a menudo.

Tiene el camino que conduce de Jaén a Chota 123 kilómetros. Viniendo hacia el sur, se pasa por los caseríos de Cayadud, Pimpinos y Tacabamba. De ciudad a ciudad, la vía corre casi de norte a sur, y en todo el trayecto, exceptuando cerros y bosques, no hay cosa más que ver. Cerca de Pimpinos hay que pasar en balsa el caudaloso Chamaya. Para comunicarse con el mar o mejor dicho con Chiclayo, es esta la única vía abierta y que tiene recursos para el tránsito. Estos despoblados entre zona y zona en la sierra del Perú, tienen alguna semejanza con los desiertos de la costa; sólo que, lo que es ondulado y ardiente en la parte marítima, es quebrado y frío en la serranía, y aunque en una llueve y hay bosques y pastos naturales y en la otra sólo se ve aridez, en las dos hay soledad y desamparo completo.

La provincia de Chota está formada por la curva de este a oeste que violentamente hace la cordillera de la costa. Tiene, como las provincias de Hualgayoc, Cajamarca y Cajabamba, terrenos andinos y también cisandinos. Estos comienzan en las inmediaciones de Chongoyape y en ellos están las poblaciones de Cachén, Huambos, Querocoto y Llama. Este último notable por sus campos de trigo. Al otro lado de la cordillera están Cutervo, que ya es capital de provincia y Lajas. Chota se halla situada a la derecha del río Chotano, en una meseta bastante llana. Tiene una preciosa campiña, como 2000 habitantes y edificación de buen aspecto. Es una -252- provincia rica en agricultura pero desolada por muchísimos motivos, todos de carácter geográfico, algunos o muchos de los cuales no han podido ser vencidos por sus laboriosos pobladores.

Bambamarca, capital de la provincia de Hualgayoc, queda al SE de Chota y a 13 kilómetros de él. Es una bonita aldea formada por tres jirones cortados en ángulo recto por otros tres. Tiene temperamento agradable y preciosa campiña. Siguiendo el río que nace en la cordillera occidental está Hualgayoc, mineral famoso por su riqueza, y que ha vivido cien años en paupérrimo estado por falta de un ferrocarril a la costa.

Celendín es una provincia bien poblada. Tiene 14000 habitantes, de los cuales, 2840 pertenecen a la capital. Hallándose todavía su comunicación en manos del arriero y a mucha distancia del mar, su vida agrícola y comercial es insignificante. Entre las ciudades de Cajamarca y Celendín hay 88 kilómetros. Son sus hijos laboriosos y en la selva se han hecho notables en la extracción del caucho y en el comercio.

De Hualgayoc a Cajamarca hay 72 kilómetros, los que se recorren en su mayor parte por terrenos fríos y solitarios. Las haciendas de Porcón y Yamachilla están en su tránsito. San Pablo, Asunción y Magdalena se hallan en el lado cisandino. Ichoacán, Jesús y San Marcos en el andino.

Cajamarca es la capital del departamento. Tiene 14600 habitantes y fue durante el coloniaje ciudad de primera importancia. También lo fue en época precolombina. Las grandiosas construcciones de una y otra época hacen contraste con el estacionarismo urbano de los tiempos republicanos. Todo lo que hay bueno en Cajamarca pertenece al siglo -253- XVIII y a los anteriores. Templos y mansiones de hidalgos hállanse en semirruina. No solamente no se ha construido nada nuevo, sino que tampoco ha habido espíritu ni dinero para conservar lo antiguo. La ciudad es hermosa; tiene numerosos jirones. No habiéndose modernizado, nótase el sello de las cosas que han sido abandonadas por descuido. La causa principal tal vez única del atraso en que ha vivido cien años hállase en la falta de comunicación rápida y eficaz. La provincia de Cajamarca y las que las rodean son eminentemente agrícolas. Ellas solas pueden dar todo el trigo que se consume en la costa del Perú. Desgraciadamente, la agricultura no puede existir en buenas condiciones económicas en lugares donde el transporte a los puertos de mar se hace a lomo de burro. Desde 1867 los hijos de Cajamarca solicitaron al Estado la construcción de un ferrocarril. Éste se comenzó en 1871, llegó hasta la Magdalena, y no solamente por dificultades económicas no pudo pasar de allí, sino porque en 1878, gran parte de los terraplenes cercanos al río fueron destruidos por el agua. La guerra del Pacífico impidió reconstruir lo destruido. Hoy llega a Chilete y una carretera en construcción completará la obra. Van a cumplirse 50 años desde la fecha en que se puso el primer riel en Pacasmayo y todavía el ferrocarril de Cajamarca no llega a su destino. Las consecuencias de esta incomunicación las vemos en el atraso en que está todo el departamento. Hay en él riqueza y población (229500 habitantes), para un gran desarrollo minero y agrícola, y sin embargo, casi todo está en la misma situación en que se hallaba en 1821.

La provincia de Cajabamba tiene extraordinarias riquezas. El valle de Condebamba puede dar tanta azúcar como -254- el de Chicama. Hoy todavía se muele la caña con trapiches de madera movidos por bueyes. En minería tiene a Sayapullo, Araqueda y la zona carbonífera de Huayday. Recién ahora, en las postrimerías del siglo republicano, todo esto despierta y recobra la vida que tuvo en la colonia. Así como las malas hadas encantaban a los príncipes de la fábula y encantándolos los inmovilizaban, así también la República, por muchas causas, tuvo el fatal privilegio de paralizar la labor industrial de la sierra del Perú. El departamento de Cajamarca es una muestra de este estacionarismo, en el cual, como no hemos podido ir adelante, hemos ido para atrás.

Provincias serranas de La Libertad

Las provincias de Otuzco, Huamachuco, Santiago de Chuco y Pataz, forman la serranía del departamento de La Libertad. Hállanse cruzadas tres de estas provincias en la mitad de su extensión por la profunda quebrada que lleva por su fondo las aguas del río Marañón. En ellas, la riqueza minera es superior a la agrícola. La provincia de Pataz tiene mineralización suficiente para ser algún día el primer centro productor de oro en el mundo. Su extensión es enorme, encontrándose vetas auríferas desde el límite del departamento de Amazonas hasta el sur de Buldibuyo. No es tanto la potencia de las vetas lo que hace notable la zona, sino la alta ley de oro que sus minerales contienen. Dista Tayabamba, que es la capital de la provincia, 431 kilómetros de Trujillo. Andando 40 kilómetros diarios, se necesitan once días de viaje a mula por caminos malísimos. Por liviana y pequeña que sea una maquinaria de minas, no es posible transportarla desde el mar hasta Buldibuyo en menos de -255- ocho meses. El costo de la conducción es superior al de la maquinaria. Los placeres de oro del río Marañón son numerosos. Ninguno de ellos, como tampoco las minas de Pataz, serán explotados hasta que un camino carretero no inicie la apertura posterior de un ferrocarril.

Raimondi visitó estas provincias en 1860. De entonces acá han transcurrido 60 años, siendo tan pocas las variaciones que el viajero encuentra hoy en ellas, que casi puede decirse que todo se halla en el mismo estado y en algunos lugares, quien sabe si peor que antes. Copiamos algunos acápites de su interesante itinerario:

El pueblo de Pataz está en un declive de cerros muy inclinados; de modo que no tiene un trozo de terreno llano.

Es un pueblo que da nombre a la provincia, aunque al presente no sea la capital. En otra época era mucho más habitado y corría en él bastante dinero por la gran cantidad de oro que se sacaba de sus minas. Entonces era la capital de la provincia; pero habiendo disminuido el trabajo de las minas, fue empobreciendo y su comercio decayendo poco a poco.

Las casas en general están blanqueadas y cubiertas con tejas, lo que le da aspecto más decente que el de los demás pueblos de esta provincia. Pataz, con sus anexos, tendrá como 3000 habitantes. Tiene una escuela de niños.

Su temperamento es templado y bastante agradable; de modo que no se siente excesivo calor ni tampoco demasiado frío.

Los habitantes se dedican al trabajo de minas y a la agricultura. En el día como el trabajo de las minas es muy poco activo a causa de la falta de brazos y de emprendedores capitalistas, se han dedicado más a la agricultura que a la minería.

Parcoy es la capital de la provincia de Pataz pero no la residencia del subprefecto actual, que vive en Chilla. Está situado en la confluencia de dos riachuelos que bajan al río de Alpamarca. El pueblo se halla construido sobre el declive de un cerro; por lo que no hay un trozo de terreno llano y las calles son todas planas inclinadas. Las casas están dispuestas sin orden y si hay algunas callecitas son muy torcidas -256- y estrechas. Se ve que este pueblo ha sido fundado por el descubrimiento del oro y que poco a poco se han ido aumentando las casas sin tener la idea de formar pueblo. La iglesia presenta el mismo

aspecto que otras de esta provincia; no tiene torres y las campanas se hallan sobre un arco como las de Cajamarquilla, Condurmarca, Soledad, etc. Parece que todos estos pueblos han seguido el mismo modelo en su construcción. Las casas en general tienen feo aspecto y dan mala idea de la capital de la provincia.

En Parcoy en tiempo de invierno, cuando caen fuertes aguaceros, corre el agua por las calles y arrastra pequeñas partículas de oro, a veces hasta el peso de un tomín. En esta época los muchachos se ocupan en recoger estas pequeñas pepitas, llamadas en el lugar astillas.

Huailillas es pueblo nuevo fundado a principios de este siglo. Anteriormente se hallaba como a unos dos kilómetros del lugar que ocupa el pueblo actual, en el que se notan todavía los restos del convento en que vivían los misioneros.

El pueblo de Huailillas está situado casi en la confluencia de los ríos que bajan de Buldibuyo y de Tayabamba. Su temperamento es inmejorable, porque no se experimenta ni frío ni calor y en sus alrededores se obtiene casi toda clase de frutas. La caña no da muy grande y necesita para madurar de dos y medio a tres años. Los pacaes abundan; las naranjas y las chirimoyas son muy buenas; la uva da preferentemente.

El pueblo está construido en terreno llano pero no presenta la regularidad de Buldibuyo; sus calles son algo tortuosas y sus casas de aspecto triste. La plaza es regular; la iglesia algo miserable tiene una pequeña torre. Los habitantes son en su mayor parte blancos y en general tienen buenas facciones. No tiene escuela.

Este pueblo con sus anexos contaba hace pocos años como 1200 habitantes, pero el tifus se llevó como 300 y en el día no cuenta más que con 900.

Tayabamba.- Es el mejor pueblo de la provincia de Pataz y aunque es antiguo, la mayor parte de sus casas han sido blanqueadas y tienen habitaciones bastante cómodas. Una gran parte tiene techos de tejas y altos.

La plaza es regular; la iglesia se está construyendo actualmente y se halla casi concluida. Su fachada, aunque sencilla, es mil veces mejor que la de los demás pueblos de la provincia. En efecto, tiene dos torres de regular forma que le dan aspecto simétrico agradable a la vista.

-257-

Collay.- Este pequeño pueblo queda al NE de Tayabamba, a la otro banda del río que pasa al pie de este último pueblo y a más de 3½ kilómetros de distancia.

Collay ha sido un pueblo de misión, tiene plaza bastante grande, iglesia de regular tamaño, y las casas son de adobes con techos de paja y no blanqueados.

Los habitantes de Collay como los de Tayabamba, cuando han acabado sus siembras, se van a los lavaderos de oro y regresan a sus hogares en tiempo de cosecha. Sus cultivos son de trigo, papas, ocas y habas; también cultivan maíz pero en los terrenos más bajos.

Territorio Chachapoyano moyobambino

Nacen en el nudo de Pasco tres cordilleras, las que, antes de volverse a unir en el nudo de Loja, forman extensos territorios entre los grados 6.º y 8.º de latitud austral. La longitud de estos territorios, medidos desde Huarmaca hasta la ciudad de Moyobamba puede estimarse en 300 kilómetros, y excluyendo la provincia de Jaén, de la que ya hemos hablado, sólo existen en ellos dos centros importantes de población, uno que se agrupa alrededor de Chachapoyas y otro en la vecindad de Moyobamba. El primero, políticamente tiene bajo su jurisdicción a Jumbilla, San Carlos, Leimebamba, Lamud y otras insignificantes aldeas; y el segundo a Saposoa, Calzada, Habana, Rioja, Soritor, Tarapoto, Lamas, Tabalosos y algo más de mísera significación. Tiene la primera zona 36000 habitantes y la segunda 38000, y en conjunto, las dos, 120000 kilómetros cuadrados. Hay en ellas mayor extensión territorial que Cuba, y teniendo ambas los más fértiles y regados terrenos agrícolas de la República, algún día darán la misma cantidad de azúcar que hoy produce la gran Antilla. (Año de 1920, 4000000 de toneladas). En este cálculo territorial no hemos incluido a la zona que se halla -258- entre Chachapoyas, Pataz, el río Huallaga y el Tocache. Llámase zona del río Huayabamba o territorio inexplorado del Perú, porque en verdad es la única sección peruana que el geógrafo desconoce. Tiene 150 kilómetros de N a S y 200 de E a O. Esta ignorancia es vergonzosa no sólo para el Perú, sino también para las naciones ricas del universo, cuyas sociedades geográficas tienen dinero para realizar exploraciones.

Sin poder decir una palabra del Nieva, del Santiago, del Apaga, ríos cuyas extensas cuencas están tan despobladas como el Huayabamba, nos concretaremos al Mayo y al Utcubamba. El primero irriga 400 leguas cuadradas y es tal vez como zona agrícola la más valiosa que tiene la sierra del Perú. La colonia le dio mucha importancia. La extensión urbana que tiene Moyobamba prueba nuestra opinión. Raimondi, que la visitó en 1859, calculó su población en 15000 habitantes. Hoy, más o menos, tendrá 8000. La viruela, el paludismo, la disentería y el sarampión la han despoblado. También la miseria de sus pobladores, los cuales, en cantidad sensible cuando el apogeo del caucho emigraron para siempre a Iquitos y a Yurimaguas. Tuvo 36 jirones. La mitad de ellos están hoy en escombros. Su aislamiento y la industria del sombrero acabó con la agricultura. Cada familia tiene su chacara y cultiva lo que necesita para vivir. La tierra es tan fértil que no necesita arado ni abono. El sembrío se hace cavando un hueco con un palo en punta y depositando la semilla en dicho hueco.

Siendo Moyobamba, centro de una de las zonas más ricas del Perú, no solamente no ha progresado nada en 100 años de vida independiente, sino que cada vez ha ido a menos. Dista 18 días de Pacasmayo por camino de herradura, -259- y como no tiene tampoco fácil salida por Yurimaguas, vive en terrible aislamiento. Si el Mayo y el Alto Huallaga fueran navegables, sería hoy una gran ciudad. El pongo de Aguirre la tiene encerrada entre

cordilleras. La tierra fértil y abundante que posee la comarca no tiene valor. No se cultivan artículos de exportación porque no hay quien los compre, y nadie los compra porque no hay caminos para sacarlos al exterior. El mismo río Mayo, no obstante ser navegable por canoas, aún no ha sido explorado en sus nacientes. Lo mismo se puede decir del Tónchiman y del Indoche, sus principales afluentes. Raimondi visitó la zona Moyobambina en 1859. Tiene interés la siguiente relación que hizo de ella:

Moyobamba grande y antigua ciudad existía antes de la conquista. En el día tiene como 14 o 15000 habitantes, la mayor parte blancos.

Las calles son muy largas y en general muy rectas. Las casas tienen feo aspecto por estar en su mayor parte cubiertas de hojas de palmera que les da el aspecto de chozas.

El interior está en relación con el exterior: sus paredes están desnudas y la mayor parte no blanqueadas, el piso de las habitaciones no tienen siquiera una estera; en fin, carecen de todas las comodidades que hacen agradable la vida en lugares tan aislados como estos.

Los techos de paja, las paredes con grietas y la poca limpieza, hacen que el interior de estas casas esté infectado por una multitud de cucarachas y de hormigas, verdadero azote que todo lo ataca y destruye y del que con dificultad se puede salvar.

En Moyobamba residen el prefecto, subprefecto, juez de 1.^a instancia, etc.

Por lo que respecta a iglesias, no tiene una buena. La catedral, llamada también iglesia Matriz, aunque grande, tiene feo aspecto, y una capilla llamada del Señor del Perdón, y otra de Belén están en completa ruina.

El comercio es bastante activo siendo casi la ciudad la que provee a toda la provincia de Mainas que es muy extensa; tiene sus tiendas de comercio regularmente surtidas, pero los artículos son muy caros a causa de la dificultad de proporcionárselos.

-260-

En Moyobamba llueve mucho, de manera que las chacaras no necesitan riego. En la estación de verano no pasa 15 días sin que llueva, principalmente en los movimientos de luna.

En la época de lluvias se puede decir que llueve todos los días durando a veces hasta por 15 o 20 días consecutivos. Las lluvias empiezan indistintamente por la mañana, tarde o noche, y no guardan aquella regularidad que se nota en las de la sierra, donde comúnmente empiezan después de medio día.

Tarapoto es la segunda ciudad del departamento de San Martín. Dista 132 kilómetros de Moyobamba. Tiene cerca de 8000 habitantes y más comercio y agricultura que la citada capital. Su principal cultivo es tabaco. Lamas se encuentra en las inmediaciones y también

vive de la industria del tabaco. En los fértiles terrenos de esta provincia se produce en estado salvaje café, algodón, caña de azúcar y cacao. Últimamente, con éxito se ha plantado la vid.

Mucho más al sur de Tarapoto se encuentra Saposoa, con 3000 habitantes, capital de la provincia de Huallaga, aldea que se halla situada a orillas del Sapo, río navegable todo el año por canoas. Es viajando en balsas por este pintoresco afluente del Huallaga como se puede contemplar la rusticidad y la desolación en que se hallan sus orillas. Siendo tan silenciosas, nos hacen el efecto de una selva encantada. Al sur, al este y al oeste de Saposoa principia el dominio de la gentilidad. Las fértiles llanuras que le rodean hállanse pobladas por salvajes emigrados del Pachitea y el Ucayali.

La importancia de la parte habitada del departamento de Amazonas es inferior al de San Martín. El despueblo de Chachapoyas y la miseria en que hoy se encuentra, no tiene cotejo con ninguna otra capital de departamento. Fue -261- Chachapoyas en el siglo XVIII ciudad de muchísima importancia. Entre sus pobladores aun quedan restos de esa raza superior y viril que contribuyó a formar el gobierno de Mainas. Hace medio siglo que ese pueblo lucha por salir del aislamiento en que le han colocado los nuevos rumbos que la República dio a la comunicación en el norte del Perú. Hombres como el Obispo Ruiz, Eguren, don Mariano Albornoz, Aguilar y otros intentaron abrir trochas para los ríos navegables. Por desgracia, sus esfuerzos fueron infructuosos. Hoy no les queda otro recurso que salir a los llanos y fértiles pastales del valle del Utcubamba. Bagua grande y Bagua chica serán muy pronto centros ganaderos de primera importancia. El viajero Ralfh decía de Chachapoyas lo siguiente en 1917:

Este rico e importante departamento, pero con riquezas ignoradas, y por consiguiente inexploradas, se encuentra sumido en el más doloroso atraso material. Sin industrias de ningún género, sin agricultura, sin ganadería, no obstante los inmensos terrenos de vegetación lujuriosa, sus grandes mantos de carbón, sus inagotables minerales de oro, bosques grandiosos, todo lo que la pródiga mano de la naturaleza ha podido derramar en beneficio del hombre, se encuentra acumulado en el fértil Amazonas. Pero su decadencia es tal que, repetimos, doloroso es ver sus pueblos y caseríos anémicos, habitados por miserables indios que con indiferencia musulmana sólo se preocupan de averiguar si éste o aquel gamonal «ha ganado su política», para ser tenientes gobernadores, jueces de paz, etc.

Chachapoyas, la capital del departamento, es un poblachón antiquísimo: su estado material es el mismo que, sin duda, tuvo en el siglo XV: si algo progresó, quedó estacionario cuando menos. En dicha ciudad, que luce un buen colegio nacional de instrucción media, un seminario regido por su ilustrado obispo, señor Lissón; con establecimientos intelectuales perfectamente organizados, como el Kindergarten, los centros escolares, etc.; las instituciones locales, oficiales -262- y la administración pública en general, son la irrisión y el sarcasmo mayor que en una república democrática puede existir. Es en Chachapoyas donde la desorganización administrativa y comunal está en relieve; donde la culpable indiferencia de los más redundante en provechos de los menos.

La sierra Ancachsina

El océano Pacífico y el Marañón andino, respectivamente por el oeste y el este; y el nevado de Pelagatos y el nudo de Pasco, a su vez por el norte y el sur, limitan la extensa zona de nueve provincias que constituyen uno de los territorios más bellos, más ricos y más poblados que existen en los Andes peruanos. Si Paita es el puerto natural de todo el norte y algún día comunicará con Jaén, Chachapoyas, Moyobamba, Puerto Limón y Yurimaguas, abarcando una zona de influencia más grande que todo el Ecuador, Chimbote, puerto principal sobre el río Santa, es la salida de las provincias meridionales de Cajamarca, de Pataz, Santiago de Chuco, Huamachuco y las de todo Ancachs y aun las provincias del 2 de Mayo, del Marañón y Huamalíes. Es tanta la riqueza que hay en su zona de influencia, es tan valioso en oro Pataz y el resto del territorio en plata, cobre y carbón, que algún día tendrá más movimiento comercial que el que hoy hallamos en Valparaíso. La depresión de la cordillera en las nacientes del río Chuquicara, dará fácil paso al ferrocarril que hoy sale de Chimbote y que terminará en Hualgayoc y Chota por el norte, en Pataz y el río Huallaga por el NE. La ruptura de esta misma cordillera en el cañón de Pato, servirá de entrada a este mismo ferrocarril para todo el Callejón de Huaylas, y por el SE hasta Huallanca y Aguamiro. Estupendas riquezas, muchas de ellas ya descubiertas y reconocidas, -263- aguardan impacientes la construcción de la gran vía troncal de Chimbote. La obra principió en 1871, y hoy después de 50 años, recién intenta cruzar el cañón de Pato. Esta demora, demasiado desesperante para los que aman el progreso rápido, es la principal causa por la cual el suelo andino de Ancachs, en muchos lugares hállase tan deshabitado y pobre como lo estaba en 1821.

Una cordillera y dos ríos, el Santa y el Marañón, han formado el arrugado territorio ancachino. La cordillera tiene dos ramales paralelos y numerosos contrafuertes en los lados del río Marañón y del océano Pacífico. Por el medio de los ramales que llevan los nombres de cordilleras Blanca y Negra, respectivamente, pasa el río Santa, al que se le une el Chuquicara, que baja del norte. Los contrafuertes del lado oriental originan los ríos Rupac, Yanamayo y Puccha, que descienden al Marañón; y los del lado occidental, los ríos Samanco, Casma y Huarmey que terminan en el mar.

El suelo de Ancachs alimenta una población que llega hoy a 300000. La riqueza minera es inmensamente superior a la agrícola, reuniendo favorables factores de explotación como no existen en otras partes del mundo. Con raras excepciones, esta riqueza hállase en las mismas condiciones en que se encontraba en el siglo XVIII. Si alguna industria en el Perú necesita transporte ferroviario, esta es la minería. Ancachs no tiene más movilidad que aquella que le da el arrieraje, y como no hay medio de explotar en vasta escala cobre, carbón, tungsteno y otros metales haciendo uso de mulas y burros, su vida principal, que será algún día la minería, aun ni se ha desarrollado.

Raimondi visitó la sierra de este departamento en 1860, y lo encontró en un estado de atraso y de incultura que -264- felizmente, ha desaparecido. No hay nada que embrutezca más que el aislamiento, el alcohol, la ociosidad y la miseria. El relativo incremento que ha tomado la minería en Pallasca, Huari y Recuay, las exportaciones de lana y de ganado, que cada vez son mayores y el dinero que dejan los contratistas de las haciendas de la costa en el enganche de operarios, dan al departamento el dinero que necesita para pagar las mercaderías europeas y costeñas que consume. Siendo todas las provincias de clima frío, el intercambio de cereales entre una y otras no es intenso.

Es Ancachs la Suiza del Perú y algún día será por excelencia el país del turismo. Tiene en climas desde el calor del trópico en el Marañón hasta el frío de la Siberia en la cordillera Blanca. Sus caídas de aguas son numerosas y ellas darán fuerza eléctrica para todos los usos de la vida. Por esta causa es uno de los países donde la existencia será confortable y barata. Los panoramas del Callejón varían al infinito y son siempre de extraordinaria belleza. El río Santa corre por el medio de las dos cordilleras y sus orillas proporcionan espectáculo encantador. Sus aguas no forman remansos ni corren nunca lentas. De cuando en cuando se precipitan en forma de cascadas. El Huascarán es tan imponente y majestuoso como el Misti. Sólo por verlo merece hacerse una excursión a Yungay.

Tomando como punto de partida Huarás, tenemos las siguientes distancias en kilómetros: a Yungay 45, a Caraz 140, a Cabana 180, a Pomabamba 150, a Chiquian 91, a Huari 95, a Casma 129, a Aija 55, a Carhuaz 37, a Recuay 23. La ciudad de Caraz tiene 3500 habitantes y Huarás 20000. El ferrocarril de Chimbote a Recuay tendrá cuando esté concluido 266 kilómetros.

-265-

De las provincias orientales, Huari es la más importante. Es rica en minas famosas y en magníficas planicies para pastos. Posee al río Marañón en lugares en que su valle es sano y explanado, terrenos favorables para los cultivos de coca. También los ríos Yanamargo y Puccha irrigan terrenos adecuados al cultivo de cereales. Toda la provincia tiene 70000 habitantes, correspondiendo a Huari, la capital, 3400.

Como riqueza minera en el Departamento, no hay nada superior a la de Pallasca. Cuando se termine el ferrocarril que parte de Chuquicara, será un nuevo Cerro de Pasco y tal vez superior a Yauli y Morococha. Raimondi visitó la serranía de Ancachs en 1860. De sus apuntes tomamos los siguientes párrafos:

Conchucos es pueblo bastante antiguo; se halla situado en una pequeña llanura formada por el ensanchamiento de la quebrada, la que en su curso es bastante estrecha.

La población llega a 1200 habitantes.

El pueblo tiene poca regularidad en su plano y las calles están mal trazadas, pero estando la mayor parte de las casas cubiertas de tejas y blanqueadas, no tienen aquel aspecto miserable que ofrecen muchos pueblos de la sierra del Perú.

Pallasca es pueblo grande cuyas casas se hallan situadas sobre el declive de una lomada. Parece bastante antiguo y en el día se observa aún el convento con una iglesia muy adornada.

El convento tiene portales a dos lados del patio, una sala y cuartos bastante espaciosos. En la actualidad sirve de casa parroquial.

Las casas de Pallasca están casi todas cubiertas de tejas, pero muy pocas tienen las paredes blanqueadas. La plaza es bastante grande.

El pueblo tienen como 3000 habitantes y el distrito más de 7000.

Sus moradores, se ocupan tanto en la agricultura como en el trabajo de las minas.

-266- Las minas de Pallasca son de oro, el que se saca de vetas y también de los lavaderos en la playa del río. El oro de Pallasca es de buena calidad y actualmente (1860) se paga 20 reales el castellano.

Huandoval es pueblo regular que tendrá como 1300 habitantes. Pertenece al distrito de Cabana, y aunque no es capital de distrito es sin embargo residencia del Gobernador.

La plaza es bastante grande, la iglesia tiene aspecto algo feo. Las casas están cubiertas de tejas y pocas hay blanqueadas.

Los habitantes se ocupan en la agricultura; cultivan alfalfa para recoger la semilla que se vende a 20 reales arroba.

El pueblo de Cabana es el más poblado del distrito y sus habitantes trabajan en los lavaderos de oro y cultivan también alfalfa, cuya semilla venden a los de Santiago de Chuco, Huamachuco, Cajamarca, etc.

Los de Tauca tienen cultivos de varias clases, asemillan la alfalfa y pocos son playeros o buscadores de oro en el río.

Los de Llapo tienen semilleros de alfalfa y cañaverales en los Temples.

Corongo es pueblo grande, con calles bien alineadas que se cruzan en ángulo recto.

Las casas están construidas con tapiales. La mayor parte no están blanqueadas. Como todas las casas de la sierra casi no tienen ventanas, de modo que en general son muy oscuras.

La población de Corongo está formada casi en su totalidad por individuos de raza indígena, y aunque la mayor parte de los coronguinos van a Lima, muy pocos hablan el castellano, siendo su lengua la quechua.

La plaza es de regular tamaño, la iglesia no está en proporción con el pueblo, pues es pequeña y de aspecto miserable.

Sihuas es la capital de la provincia de Conchucos; sin embargo Corongo es mucho más grande.

En Sihuas se notan casas algo regulares y sus habitantes son los más civilizados de la provincia.

Huaylas es pueblo bastante grande; tiene algunas casas de aspecto decente con techos de tejas.

La plaza es regular, algunas calles son rectas y largas, pero un poco angostas.

El piso de las calles está empedrado. Los habitantes son agricultores.

-267-

La campiña de sus alrededores es muy linda y presenta vista muy hermosa, y no sin razón se ha llamado a este pueblo con el nombre de Cosecha, pues ésta es muy abundante.

Caraz es regular, tendrá cerca de 4000 habitantes. Tiene casas decentes, tiendas de comercio y buen empedrado. Las calles están bien trazadas, la mayor parte de las casas construidas de adobes están blanqueadas, algunas tienen altos y casi todas techos de tejas.

Su temperamento es algo cálido y cuando hay sol se experimenta calor sofocante.

El pueblo es en general bastante sano; se conoce las tercianas, pero sólo de cuando en cuando; la enfermedad de verrugas no es rara.

La población está situada casi en la orilla derecha del río de Huaylas, en el delta que forma este río con otro riachuelo que pasa a un lado de la población.

Sus habitantes se ocupan en la agricultura, y el cultivo más general es la caña de azúcar.

El carácter de los habitantes es muy afable y hospitalario, de modo que este pueblo no desmiente el nombre de Dulzura que se le ha dado.

Yungay es pueblo bonito, situado a algunas cuadras a la derecha del río de Huaylas en hermosa llanura, en la que se notan cultivos de caña, alfalfa, maíz, etc.

La población tiene aspecto decente, las casas en general están regularmente construidas y algunas de ellas son bastante elegantes, tanto en su aspecto exterior como interior.

Este pueblo tiene una escuela de niños y otra de niñas situadas en buenos locales. Sus calles están bien trazadas y empedradas. Los patios de las casas están bien empedrados, y generalmente tienen dibujos variados.

En los habitantes de Yungay se notan facciones regulares; las mujeres por lo general, tienen talla elevada.

Lo que da a este pueblo aspecto agradable, es la vista de la cordillera nevada que se halla situada muy cerca.

La cordillera de Yungay es tan escarpada que la nieve resbala con facilidad, de manera que cubre la parte más baja hasta un nivel muy inferior al de las nieves perpetuas.

Carhuaz es pueblo bastante grande, su plano es regular, sus casas en general tienen aspecto decente, tanto en su interior como en su exterior.

Las calles y principalmente los patios de las casas están bien empedrados. Las casas de la parte central de la población están blanqueadas, las demás, a pesar de la abundancia -268- de yeso en las cercanías de la población, no están enlucidas, y de lejos el pueblo no presenta buena vista por el color oscuro de las paredes.

Los techos de las casas son de tejas; la plaza bastante grande y su catedral de regular aspecto.

En Carhuaz se encuentra sociedad agradable, habiendo muchas familias decentes.

La población se halla situada a pocas cuadras del río de Huaylas en su orilla izquierda.

El camino que se dirige de Carhuaz a la costa atraviesa una línea recta el callejón y pasa el río de Huaylas sobre un puente de madera, para subir al otro lado la Cordillera Negra.

Sus habitantes son bastante afables y hospitalarios, la plebe en general se entrega al vicio de la bebida.

Huari.- Dichosa provincia, favorecida por la Naturaleza en su posición y producciones, vive entregada a su desidia y en manos de autoridades participantes de las inclinaciones de los habitantes y que por tanto muy poco propenden al bienestar de la provincia. En el pueblo de Chavín, pueblo ruinas, de pocos habitantes, sin industrias, y entregado a la bebida, cuando llega algún extranjero comienzan sus relaciones con él por relatar las jaranas que han tenido. Lo único que llama la atención es el castillo de que ya se habló en otro lugar.

Pueblo de San Luis.- Un miserable villorrio en el que no se ve más que una aglomeración de casas ruinosas, paredes desquiciadas, techos caídos, calles llenas de barro y carencia hasta de lo más necesario para la vida. He aquí el sombrío cuadro que presenta el pueblo de San Luis; sin embargo parece haber sido en otro tiempo algo distinto de lo que es al presente.

Chacas.- Es pueblo un poco mejor que San Luis: sus casas son más decentes y menos ruinosas, su plaza más regular, sus calles más limpias. Además de esto en Chacas se encuentran algunas familias decentes que forman reducida sociedad, que falta enteramente en San Luis.

En Chacas da muy bien la alfalfa y el trigo.

La industria de los habitantes de Chacas es la agricultura y la minería.

El pueblo de Chacas tiene nevados a un lado y otro, de manera que es bastante frío y está sujeto a tempestades.

Pomabamba parece antiguo pueblo que actualmente se halla en estado ruinoso. Su plaza es bastante grande y en su centro -269- existe un grupo de sauces y algunos cedros. El terreno está cubierto de yerba. La iglesia, de miserable apariencia, tiene gran cementerio. La torre se halla caída y parece que actualmente se piensa en levantar otra. Las casas, exceptuando pocas situadas en la plaza, son feísimas.

En Pomabamba hay oficina de correos y pocos artesanos como herreros, hojalateros, silleros, etc.

El pueblo de Llamellín es bastante grande, sus casas no están blanqueadas, excepto pocas; la mayor parte de sus techos son de paja. La iglesia hace diez años que se ha empezado a construir, pero por falta de fondos adelanta muy lentamente, mientras tanto las ceremonias religiosas tienen lugar en una capilla situada en una esquina de la plaza.

En Llamellín hay escuela, pero como en todos los demás pueblos de la república el preceptor está muy mal pagado; por esta razón no puede entregarse enteramente a la enseñanza, pues le es insuficiente el miserable sueldo que gana para subvenir a sus necesidades. El local, situado en la plaza, se halla en estado deplorable.

Los habitantes se dedican a la agricultura y principalmente al sembrío de trigo que exportan hasta el Cerro de Pasco.

El pueblo, aunque dista solamente 15 kilómetros del Marañón tiene clima bastante frío por estar situado sobre una falda muy elevada.

Chuquibamba.- Es pueblo situado en las mismas orillas del Marañón que lo divide en dos partes y que comunican entre sí por un puente formado por grandes palos de aliso. El Marañón en este punto pasa entre dos rocas de esquisto talcoso y se estrecha tanto que sería muy fácil la construcción de un puente de cal y canto. El ancho del Marañón en este punto es de 15 metros.

El puente de palo se renueva cada dos años, de manera que estos gastos frecuentes se compensarían con la ejecución de un buen puente de cal y canto.

Chuquibamba goza de temperamento templado, muy agradable y al mismo tiempo muy sano; cuando al contrario casi todos los lugares situados a orillas del Marañón, más abajo de Chuquibamba, están infectados de tercianas malignas.

Las casas del pueblo, exceptuando pocas, tienen aspecto miserable.

Chavín de Paríarca es pueblo más grande que Singa y situado en la banda derecha de la quebrada del Marañón.

Su temperamento es algo frígido pero no tanto como Singa. -270- Su población pasa de mil almas, casi todos indígenas. En Chavín no hay sociedad; si se exceptúan al cura, el gobernador y el juez de paz, no hay persona con quien hablar castellano.

Chavín es bastante escaso de recursos. Su plaza es grande, sus casas de aspecto miserable, porque todas tienen techo de paja. Su industria es la agricultura. La casa parroquial se llama el convento.

Huánuco, Junín y Huancavelica y Ayacucho

Los ríos Huallaga y Marañón en la primera etapa de su carrera constituyen la región departamental de Huánuco. Situada la zona al SO del nudo de Pasco, hállase atravesada por tres cordilleras, las mismas que nacen en dicho nudo y le dan un suelo quebrado y en parte boscoso. Es fría y elevada en Huallanca, Queropalca, Baños y las lagunas de Huayhuach que dan origen al Marañón. Es templada en Aguamiro, la Unión, Llata, Ambo y Huánuco, y calurosa en las partes bajas del Huallaga y en las nacientes del Pachitea. Tiene de puna, de sierra, y lo que es más valioso, en Chinchao, Panao y Pozuzo, extensa ceja de montaña. Llega por el norte hasta Pataz y San Martín y por el oeste hasta Loreto. Poblada en la parte fría y con singular riqueza minera en el altiplano, tiene también importantes regiones agrícolas en las des pobladas zonas inmediatas a los ríos seminavegables que la cruzan. Huánuco, ciudad metrópoli del departamento, tuvo población y comercio intensos hasta fines del siglo XVIII. Sus numerosos templos, casi todos en el suelo, sus amplias señoriales residencias, su blanca y aristocrática población atestiguan su pasada grandeza. El decaimiento de la minería en Huallanca, en el Cerro y en sus vecindades auríferas, y el progreso que la costa tomó en la República con detrimento de la Sierra han convertido a - 271- Huánuco en ciudad andina de tercera categoría. Su infortunio es tanto, que el resurgimiento actual del Cerro, no es a ella sino a Oroya, Tarma y Huancayo a quienes está beneficiando. Hubo hace diez años una esperanza para Huánuco: la construcción del ferrocarril a Pucalpa. No se hizo y no se hará, siendo la vía natural para el Pachitea la que parte de Ninacaca, caserío situado cerca del pueblo de Junín, y pudiéndose hacer la entrada al Ucayali por el sur de Pataz. El ferrocarril intercontinental en su larga carrera por todo el interior del Perú, tampoco le favorecerá. Recuay, y Cerro quedarán unidos sin tocar Huánuco, pudiendo pasar la vía por las altas cumbres de la cordillera. Tiene este trazo ventajas técnicas de un orden económico superior y el cruce de algunas zonas cupríferas y carboníferas de importancia. Bajar de Recuay a Huánuco pasando dos cordilleras para después subir al Cerro es de todo punto innecesario y ruinoso para el tráfico.

El departamento tiene 98000 habitantes, y la capital, Huánuco, 6000. Dista del Cerro 115 kilómetros, de Lata 125, de Unión 80, de Ambo 25, de Huacrachuco 320, de Panao 50, de Pozuzo 110, del Mairo 165. El camino de Huánuco a Ambo es el único que es bueno y ancho.

Hallándose la ciudad de Huánuco a 2915 metros sobre el nivel del mar y el Cerro a 4352, hay que subir para llegar a esta última ciudad la diferencia que media entre ambas. Hay el propósito de unir las por medio de una carretera para camiones, la que pondrá a Huánuco a ocho o diez horas del Cerro, viaje que hoy se hace a mula en malas condiciones en tres días. Hasta que dicha carretera no sea un hecho, no hay que aguardar en Huánuco ningún progreso.

Comienza el departamento de Junín con los pueblos de -272- San Rafael, Pallanchaca y Huariaca y termina por el sur en Pucará. La cordillera occidental de los Andes lo separa del Departamento de Lima y los ríos navegables de oriente de los verdaderos territorios de Montaña. Como zona minera y agrícola en explotación es lo más importante que tiene la sierra del Perú. Cajamarca, Ancachs, Huancavelica y Cuzco posiblemente tienen suelo más feraz y más abundantes filones metalíferos. Junín ha tomado la importancia que posee por las facilidades que para la explotación de sus ricos productos le dan sus buenas vías de comunicación. Es la única sección territorial andina que se halla cruzada de norte a sur y de este u oeste por ferrocarriles y carreteras. Cuzco y Puno, que también tienen buena comunicación, no han progresado tanto como Junín porque sus ferrocarriles están incompletos. Viajes que antes se hacían de Lima a Huancayo y al Cerro, respectivamente en nueve y diez días, ahora se verifican para ambos lugares en 18 horas. En minería, lo que hasta 1900 se producía en un año, ahora se produce en un día. La carretera primero y el riel después han transformado todo Junín. Uno y otro sirven para explotar en vasta escala los yacimientos mineralizados de Cerro, Huarón, Yauli, Morococha, Casapalca, Yauricocha y otros de no menor importancia. La obra de engrandecimiento industrial aún no tiene 20 años de comenzada y ya da estupendos resultados. Junín es la muestra de lo que ha podido ser el Perú desde Hualgayoc en el norte hasta Yabricoya y Collahuasi en Tarapacá, si toda la sierra hubiera sido comunicada con el mar durante la primera centuria por ferrocarriles o siquiera carreteras. Junín como centro industrial minero, marcha a la cabeza del despliegue nacional, y lo que hoy produce es una revelación de lo rica que es la inexplorada sierra del Perú.

-273-

El centro de Junín es Oroya. Actualmente se construye en su hermosa planicie una fundición para tratar 2500 toneladas diarias y una ciudad moderna con capacidad para 8000 pobladores. Tiene actualmente plantas eléctricas para desarrollar 12000 caballos de fuerza y agua para triplicar ese poder.

A 50 kilómetros de distancia hállase Tarma, lugar privilegiado por su belleza y su clima. Será lugar favorito para residencia temporal de jefes y empleados de la Gran Central Metalúrgica, y puerta de entrada a la región agrícola de Chanchamayo y del Perené. Hacia el norte, en el kilómetro 92, hállase la estación de Ninacaca, de donde arranca el trazo ferrocarrilero que llegará a las márgenes del Pachitea y a las Pampas del Sacramento. Más adelante, Shelvi, Ricrán y Fernandini, que sirven respectivamente para la salida por vía

férrea, de los productos de la compañía Francesa, de Nuarón, la Vanadium Company, y los ricos mantos de carbón y plata de la instalación Huaraucaca. Por último el Cerro, hasta ahora el mineral de cobre más desarrollado que tiene el Perú.

Por el sur, la línea férrea alcanza 122 kilómetros Beneficia las zonas de Jauja, Concepción y Huancayo, y pronto servirá para comunicar los altiplanos de Yauyos, Jattunhuasi y Huancavelica. Por el oeste tiene 222 kilómetros, llega hasta el Callao y favorece a Yauli, y Morococha.

Tarma es la más bella provincia de Junín. El valle de Jauja también tiene bellezas, pero es triste y sus panoramas despiertan sentimientos melancólicos. Albino Carranza, en una magnífica monografía de Tarma, escrita en 1895 hace del suelo provincial la siguiente interesante descripción:

-274- La población, según el censo de 1876, es de 45030 habitantes distribuidos de la manera siguiente:

Tarma, inclusive la Oroya 136422
Acobamba 9965
Chanchamayo 1408
Vitoc 1060
Junín 7712
Carhuamayo 4640
Marcapomacocha 1277
Yauli y Chacapalca 5326
Total 45030

El terreno es en su mayor parte quebrado; pero al N presenta la extensa llanura llamada pampa de Junín, donde se encuentra la laguna de Bombón, conocida hoy con el nombre de Chinchaycocha o de los Reyes. A poca distancia del pueblo de Junín en el caserío de Chacamarca, existe una modesta pirámide, conmemorativa de la célebre batalla que se libró en ese lugar el 6 de agosto de 1824, erigida en 1846 por el prefecto del departamento don Mariano E. de Rivero.

En el territorio de la provincia se encuentran innumerables vallecitos, formados por las sinuosidades y declives de las montañas, a los que se desciende por caminos accidentados, formando un contraste agradable, entre lo pintoresco de la vegetación en las quebradas y la aridez e imponente majestad de esas grandes moles graníticas, cubiertas de nieves perpetuas en las alturas. Muchas veces el viajero, al trasmontar una de esas eminencias se encuentra sorprendido al divisar en torno suyo el panorama más encantador. Supóngase ver a larga distancia un pueblo que se encuentra en el fondo de un delicioso valle o recostado en la falda de un cerro, en un plano inclinado, presentando grupos de casas con sus cobertizos en formas irregulares, sus blancas paredes con techos de tejas o de paja y todas rodeadas de verdes cercos donde pastan diversidad de animales, distinguiéndose las propiedades divididas por hileras de árboles. En otros lugares, la campiña se presenta bajo distinto aspecto: las cabañas y casitas campestres diseminadas en un vasto mar de

vegetación, cruzados por arroyos que llevan en su curso tortuoso direcciones caprichosas o por canales tirados a cordel semejando hilos de plata que van a fecundar la tierra. Más allá se ve torrentes que se precipitan -275- bulliciosos entre peñascos, luego llegan a la llanura refrenando su ímpetu, corren suavemente sobre lecho de fina arena y finalmente van a mezclar sus purísimas aguas con las de un río que lleva consigo los rezagos de las borrascas de las alturas; otros van a perderse entre las tranquilas aguas de un pequeño lago de los muchos que se ven esparcidos aquí y allá, como espejos que reproducen las imágenes de esa bella naturaleza. Así se va descendiendo de la eminencia como por escalones de vegetación más o menos exuberante, desde la paja y las yerbas enanas que se vivifican con el frío de las altas y perpetuas nieves, hasta los corpulentos árboles que se desarrollan con el calor de los rayos solares en las profundas quebradas. Esta es una sucesión de pintorescos y variados cuadros que se presentan a la vista del viajero.

La vía de Ninacaca, cuando sea una realidad y los rieles lleguen hasta el Pachitea, resolverá el problema de la comunicación que hoy se hace en forma morosa y a mula por el gran camino de herradura que va de Tarma a La Merced y se prolonga hasta el Pichis navegable. Los valles de Chanchamayo, Tulumayo y Perené son importantes, aunque muy lejos de competir en tamaño con los de Jaén y Moyobamba. Perdidos aquellos a fines del siglo XVIII, tiene la República el honor de haberlos reconquistado para la civilización. El salvaje ha sido abatido y las hermosas praderas en que vivía, convertidas en plantaciones de café. De Tarma a La Merced hay 72 kilómetros de un camino de Herradura que fácilmente puede convertirse en carretero.

Como población de importancia, en el Departamento de Junín, la más notable es hoy Huancayo. Es manifiesto el progreso agrícola y minero que ha tomado en los últimos diez años. El Cerro decaer en su vida urbana. Ya no tiene razón de ser lo que fue. Oroya le está quitando población y pronto le arrebatará totalmente su comercio y la supremacía política departamental. Estando construida la ciudad -276- del Cerro sobre las minas, posiblemente será necesario derribarla. Una de las características de la minería es la mudanza. La edificación de Oroya y la muerte del Cerro después de tres siglos de existencia, prueba lo que decimos. Tarma será muy pronto la más bella ciudad de reposo que tenga el centro del Perú.

A partir de Marcavalle para el sur, vuelven a unirse las cordilleras que separan el valle de Jauja. El Mantaro pierde su amplitud, sus playas, su relativa mansedumbre y por larga distancia corre por el fondo de un cañón. Así atraviesa Huancavelica, hace en la provincia de Tayacaja una circunferencia casi completa, y sin favorecer nada la comarca por donde pasa, desemboca en el Apurímac y forma el Ené.

La riqueza agrícola de Huancavelica hállase en las suaves planicies que a buena altura bordean los afluentes del Mantaro. Si hubiese comunicación ferroviaria, esa región daría todo el trigo que se consume en Lima. Si en agricultura puede ser importante, en minería lo será más. Es insignificante el valor de sus tierras trigueras, al lado del que tienen los riquísimos yacimientos de cobre, plata, carbón y azogue que poseen sus cordilleras.

Huachuocolpa es una magnífica promesa. Recién hoy se conoce su valor y pronto será un centro minero superior a Yauli y Morococha. Las minas de cinabrio de Santa Bárbara han permanecido paralizadas siglo y medio. Hace apenas tres años que han merecido la atención del señor Fernandini, quien gasta en la región cerca de cien mil libras en reconocerlas mediante la apertura de un nuevo y profundo socavón. En lo industrial, exceptuando, Ruispicisa, propiedad de los señores Pflucker, todo Huancavelica ha vivido cien años en la más completa improductividad. El movimiento civilizador iniciado en Junín -277- y que como ya hemos dicho, no se ha orientado hacia Huánuco, comienza a extenderse por este departamento. Cuando el ferrocarril pase por sus cordilleras, asombrará al Perú por su riqueza minera.

De Lima a la ciudad de Huancavelica hay 445 kilómetros, de los cuales 344 se hacen por ferrocarril. Las otras distancias, partiendo de Huancavelica son las siguientes: a Pampas 70 kilómetros, a Castrovirreyna 110, a Huando 30, a Moya 85, y a Lircay 45.

Si algún departamento de la sierra del Perú ha vivido en asfixiante aislamiento durante cien años este ha sido el de Ayacucho. Su capital, llamada ayer Huamanga, ya no es el paso obligado entre Lima y Buenos Aires, ni tiene ahora como en tiempo de la colonia la riqueza que todavía se ve en la magnificencia de sus templos y edificios, y en la cantidad y calidad de sus blancos pobladores. Ayacucho es el departamento más incomunicado que tiene el Perú. Chachapoyas y Moyobamba hállanse en el camino que va del océano al río Amazonas y por mucho tiempo fue necesario tocar en ellas para ir de Pacasmayo a Iquitos. Ayacucho no tiene ni siquiera esta ventaja, y como se halla escondido en el último rincón del Perú, de nada le han servido sus riquezas agrícolas y mineras, su proximidad a las bellísimas cejas de Montaña que irrigan los ríos Pampas y Apurímac. No es ésta la única causa de su atraso, hay otra más importante: la falta de caminos. La civilización y el progreso se resisten a entrar cabalgados sobre el lomo de una mula. La capital ayacuchana dista de Pisco 390 kilómetros. Por la Oroya hay más distancia, siendo 588 kilómetros los que median entre Lima y Ayacucho haciéndose 333 kilómetros de viaje por ferrocarril. Como ciudad es una de las más hermosas del Perú. Tiene 32 templos y una área urbana que -278- corresponde a 60000 pobladores. Hoy sólo tiene 27000. El estado de estos templos, casi todos en ruina, el abandono en que se encuentran las señoriales mansiones, son exponentes de la miseria en que ha vivido Ayacucho durante cien años. Hermosas casas de veinte habitaciones, apenas tienen cuatro o cinco que se pueden habitar. La invención de las anilinas mató su principal industria, que fue la cochinilla. Hoy vive del dinero que le produce la exportación de cueros de chivo y del ganado en pie que baja a la costa.

El departamento, en latitud, va desde los contrafuertes de la cordillera marítima hasta los terrenos bajos y boscosos que inician la Montaña del Perú. Su principal río en la parte sur es el Pampas, al que alimentan el Pampamarca y el Soras. La provincia más cercana al mar es la de Lucanas y su distancia a la capital del departamento es tan larga, que es imposible que la autoridad política pueda visitarla y atenderla con oportunidad. Lo mismo acontece con Coracora, capital de la provincia de Parinacochas. Lucanas hállase cortada por la cordillera de Huanzo y es notable por la elevada y extensa pampa conocida con el nombre de Quilcate. Es provincia rica en pastos naturales y en yacimientos de cobre y plata. Tiene 36000 habitantes, de los que corresponden a Puquio, la capital, 2950.

La provincia de Cangallo tiene su mayor población al norte del caudaloso Pampas. Esta cruzada por cadenas de cerros cuya altura es favorable a la ampliación que pudiera darse a la industria ganadera.

Pasa por Huanta la gran divisoria que marca el divortium aquorum del Mantaro con el Apurímac. Posee numerosos valles, algunos ocupados por salvajes campas. Sus productos son tropicales y subtropicales. En La Mar, la mayor -279- parte de los cerros son bajos, hay menos frío que en Huanta, y desde sus cumbres se divisa la prodigiosa vegetación que cubre el valle del Apurímac.

La capital de Ayacucho hállase separada de otras poblaciones por las siguientes distancias: de Cangallo 65 kilómetros, de Huancapí capital de la provincia de Fajardo 90, de Huanta 35, de San Miguel capital de La Mar 60, de Puquio 280, de Coracora 355. Con distancia tan largas y una población que para todo el departamento es de 238000 habitantes, ya es de imaginarse los enormes despoblados que es necesario caminar para ir de una provincia a otra.

Las pampas de Ninabamba y de Chinche que forman allí una meseta, fueron sin duda lecho del Pampas, en remotas edades.

Apurímac, Cuzco y Puno

Es el río Apurímac paso obligado entre Ayacucho y el Cuzco, siendo Andahuaylas y Abancay las poblaciones de más importancia que se hallan en el tránsito. Pertenecen las dos al departamento de Apurímac, constituido por las provincias de Antabamba, Abancay, Aimaraes, Andabamba y Cotabambas. Tiene la segunda hacia el norte la ciudad de Abancay, la cual la separa 420 kilómetros del puerto de Chala, distancia que por lo áspero del camino no es posible recorrer en menos de cuatro días. Cotabambas hállase al medio del departamento, y su suelo rugoso y desigual tiene extraordinaria importancia minera. Aimaraes también es rica en minerales, pero hallándose estos inexplotados, sólo vive de la ganadería. Challuanca, su capital, tiene 1500 habitantes. Andahuaylas, después de Abancay, como ciudad, clima y riqueza es lo mejor de toda la comarca. Dista 90 kilómetros de Abancay y tiene 5380 pobladores.

-280-

El mismo alejamiento en que ha vivido Ayacucho es también la causa de la despoblación y atraso que hallamos en Apurímac. Por fortuna, la proximidad al Cuzco, a donde ya llega el ferrocarril, ha comenzado a transformar su agricultura, y la terminación del camino carretero que hoy se hace entre Cuzco y Abancay, camino que tiene 340 kilómetros, dará a esta ciudad y a las que le son inmediatas intensa vida agrícola y minera. Posiblemente todo

el valle de Abancay quedará cultivado de algodón y su bienestar será consecuencia de la comunicación que no tuvo durante los últimos cien años. Hállase también en el suelo de este departamento, importantísimas riquezas en cobre y oro. Cochaysahuas es una muestra, siendo Ferrobamba lo más importante, no sólo en el sur del Perú, sino tal vez lo más valioso que tiene la República en cobre. El yacimiento hállase estudiado pero no explotado.

Es el Cuzco lo más clásico de la sierra del Perú. La provincia de su nombre es la más poblada de todas, y su capital, no estando considerada Arequipa como población andina, la más populosa de la zona fría. El ferrocarril acaba de penetrar en ella y sus benéficos efectos aún no son palpables. Su aislamiento durante la centuria republicana fue tan completo y su despoblación tan grande, que recién principia a despertar de la miserable situación en que ha vivido desde la época en que los españoles la entregaron a la Patria. Sustituida por la vía marítima la comunicación terrestre que existió entre Lima, el Alto Perú y Buenos Aires, comunicación que obligaba al paso del viajero por Ayacucho y el Cuzco, paralizadas las minas de Huancavelica, Puno y Potosí, el sur del Perú, especialmente Cuzco, dejó de ser lo que había sido durante los tres siglos del coloniaje. -281- El decaimiento en todo orden que hemos patentizado al hablar de Ayacucho y Cajamarca, lo encontramos casi en igual magnitud en la ciudad predilecta de los Incas, en aquella que hollaron sus regias sandalias y a quien debemos llamar por su antigüedad y clasicismo la Atenas de América. ¡Qué poco queda en ella de las grandezas de ayer! Es ciudad de ruinas, de recuerdos, de pasados esplendores, ciudad que posiblemente no volverá a ocupar el rango que tuvo, ni la magnificencia que le dieron los incas y los españoles. No es que la República le haya sido fatal, ni que los presidentes que gobernaron el Perú la hubieran abandonado, sino que su posición geográfica es mala y cada día será peor.

Siendo la provincia del Cuzco el centro de una vasta zona que va desde Abancay hasta Puno, los valles y ciudades que le son anexos, sufren el sino estacionarismo que hallamos en ella. Fueron estos valles durante la colonia graneros del Alto Perú, mercados seguros del altiplano, el cual dejábales ingentes sumas de plata extraída y sellada en Potosí. Por los años de 1824 a 1840, la contribución que pagaba el indio cuzqueño era la más saneada renta del Estado. Una revolución en el Cuzco ponía económicamente en peligro la estabilidad del gobierno de Lima. Posteriormente y en los años que sucedieron a la supresión del tributo indígena, el Cuzco y sus provincias vivían de los contingentes fiscales tomados de las rentas del guano y que se enviaban desde Lima. Hoy que el ferrocarril ha llegado a la capital incaica y que se le prolonga hasta que llegue a Santa Ana, que se abre una carretera al Apurímac, que se estudian yacimientos mineros y se trata de dar salida a los valles de la Convención, volverá a la vida que siempre tuvo y una centuria entera paralizó.

-282-

Raimondi visitó las comarcas cuzqueñas en 1865. Son interesantes sus descripciones. Ellas nos dan una idea de lo que ellas fueron por esos tiempos, y sus narraciones deben formar parte de este capítulo para que se tenga idea de la miseria andina del Perú en su parte más poblada y en los mejores años de nuestra riqueza fiscal.

Marangani pertenece a la provincia de Sicuaní. Se halla situada a la orilla izquierda del río Vilcanota y a la derecha de un riachuelo que tributa sus aguas a este último. Tiene regular

extensión, pero en general sus casas son pequeñas y ofrecen mezquino aspecto. Su plaza es grande. La iglesia de una sola nave, su interior está adornado con cuadros que representan los hombres más ilustres de la Compañía de Jesús, lo que hace presumir que haya sido fundada por los jesuitas.

El pueblo tiene temperamento algo templado y en sus inmediaciones, a más de los cultivos de trigo, cebada, quinua, papas, etc., se encuentra un poco de alfalfa, pero en muy pequeña cantidad.

Tinta en otra época era capital del partido del mismo nombre; pero actualmente es distrito de la provincia de Canchis, cuya capital es Sicuani, como hemos dicho.

Se halla situada en la orilla izquierda del río Vilcamayo. Tiene bastante extensión, pero sus casas son de humilde aspecto y las calles durante el día están completamente desiertas, porque sus moradores se ocupan en los trabajos del campo y no regresan a sus hogares sino por la tarde, cerca de la oración.

El número de los habitantes de Tinta no guarda proporción con su extensión, porque gran parte de terreno está ocupada por pequeños corrales anexos a cada casa, cultivados con cebada, quinua o papas; de manera que en la mayor parte de las calles se encuentra paredes de adobes con una o dos casas cuando más.

La plaza es un verdadero campo, con pasto, y las casas que la flanquean no tienen por cierto arquitectura elegante.

En la plaza hay una iglesia y una capilla a su costado; la primera es de pobre apariencia exterior e interiormente -283- y la capilla no tiene techo. La torre es de piedra, pero muy baja. En la misma plaza, delante de la iglesia se nota una como meseta o altar de piedra labrada, sobre el cual se elevan tres enormes cruces también de piedra; en ellas hay que admirar la longitud de la piedra que forma la rama mayor que es de una sola pieza y en la cruz del medio, que es la más grande, la piedra llega a tener como cuatro metros de largo.

Tinta por lo general es población muy sucia y en casi todas las casas el patio es un chiquero con fangal en el que se revuelcan los cochinos que son muy abundantes; también se encuentra en cada casa vacas y borricos.

Urcos es capital de la provincia de Quispicanchi que ha sido dividida, formando, con parte de ella, la nueva provincia de Acomayo.

Urcos, como se ha dicho, es capital de la provincia, pero las autoridades no viven en él: el subprefecto reside en Oropesa y el gobernador en el pueblo inmediato de Huaroc.

En el pueblo hay escasez de recursos, hallándose con dificultad pasto. También carece de posta, de manera que los transeúntes no encuentran sino con trabajo lugar donde alojarse y las bestias que necesiten.

En el departamento del Cuzco los pueblos presentan menos comodidades que los del departamento de Puno, siendo difícil que las autoridades residan en el pueblo, pues habitan comúnmente en sus haciendas.

En hermoso anfiteatro de cerros y a orillas del riachuelo Huatanay, se eleva la gran ciudad del Cuzco, capital en otra época del dilatado Imperio de los Incas.

En esta población fundada por Manco-Capac, por donde quiera que se dirija la mirada, se nos presenta a la vista importantes restos de generación laboriosa, pasada ya: y no se puede dar ya paso sin que se despierte en el viajero infinidad de recuerdos que lo trasladan, en imaginación, a aquella época remota, en la cual el Cuzco, cuna y centro de la civilización, señoreaba sobre tan vasto Imperio.

Si la ciudad del Cuzco admira por los restos de sus antiguos monumentos, no es menos digna de observación por los suntuosos templos erigidos bajo la dominación española.

Caído el Imperio de los Incas por el arrojo de unos cuantos intrépidos y temerarios españoles, el Cuzco cambió luego -284- de aspecto. Sobre las ruinas de la ciudad pagana, se levantaron prontamente gran número de hermosos y ricos templos y de espaciosos conventos y monasterios que cubren gran extensión de la ciudad.

La ciudad del Cuzco tiene calles estrechas y sucias. Sus veredas están en mal estado, notándose gran número de lozas partidas y movibles, las que en tiempo de lluvias son muy molestas, porque no se puede pisar sobre ellas sin que salga, por efecto de la compresión, un surtidor de barro que ensucia a los transeúntes.

Las plazas principales de la población son tres y se hallan situadas en la parte central de la ciudad. Estas son: la plaza mayor, la cual es muy grande, cuadrada y presenta hermosa vista. A un lado de esta plaza se nota la Catedral, en otro la iglesia de la Compañía, con su hermosa fachada y en los otros lados hay portales con tiendas. En medio de la plaza se observa una pila de piedra de forma algo tosca.

La plaza del Cabildo está separada de la primera por una sola calle, es un poco más pequeña y tiene portales en los tres costados.

En uno de estos portales se nota el Cabildo en cuyo local existe la Prefectura. También esta plaza tiene pila de piedra. Por último, la plaza de San Francisco, se halla separada de la precedente, también por una sola calle.

En esta plaza no hay portales ni pilas y todos los sábados por la tarde se hace una especie de feria que llaman el Baratillo, vendiéndose zapatos, géneros, ponchos y mil otras fruslerías de poco valor.

A medida que han aumentado las tiendas de comercio, este baratillo ha ido decayendo de año en año; de manera que al presente no es ni sombra de lo que fue.

La mala orientación económica de la República en materia de comunicaciones y la influencia de los políticos que gobernaron el Perú allá por los años de 1868 a 1872, favorecieron la construcción del ferrocarril a Puno. 32000000 de soles de 48 peniques costó unir Puno con Arequipa. Hacen 44 años que la locomotora llegó al Collao y todavía no se palpan los provechos de tan estupendo desembolso. Con muy ligeras variantes, el suelo de ese altiplano cosecha la -285- misma cantidad de productos alimenticios que sus habitantes necesitan para su manutención. Algo ha mejorado la industria ganadera y las exportaciones de lana son mayores, pero nadie aún en ese frío suelo que circunda el Lago, ha cambiado los métodos antiguos y rutinarios que establecieron los conquistadores españoles. Tanto el ganado vacuno, como el lanar y caballar, por la acción del clima y la negligencia en que se tienen los pastos, han desmejorado notablemente. El vacuno es pequeño, siendo necesario si se quiere mayor cantidad de leche y carne, cruzarlo con razas europeas superiores. El ganado lanar es raquíto y su lana áspera. Son pocos los carneros Rambouillet introducidos. Ramadas no existe. Los vacunos o lanares no tienen donde cobijarse durante las tempestades y los fríos que allí son continuos. Nadie ha hecho uso del ferrocarril para introducir madera y construir techos. Las pariciones de las ovejas acontecen en los meses de agosto y diciembre, respectivamente de heladas y granizadas. En ambos tiempos el frío mata la mitad de los corderillos recién nacidos. Las lanas no se lavan o se lavan mal y el precio desmejora. La mayor parte de los campos están cubiertos de pastos poco nutritivos, como es la paja ichu. Si esos campos se irrigaran después de abonarlos cada año, desaparecería el raquitismo del ganado. Como producto alimenticio se produce en las comarcas abrigadas papas, quinua, quíñahua, habiéndose hecho magníficos experimentos en el cultivo del lino. Este cultivo en vasta escala, pudiera ser una fuente valiosa de explotación si la rutina y la lucha económica en que se hallan propietarios e indios no esterilizara toda innovación, todo nuevo factor de riqueza. El plantío del pino sería también una riqueza en el departamento de Puno. Se tendría a bajo -286- precio madera y combustible. Hasta ahora, ni autoridades ni hacendados han hecho ningún ensayo.

Además de las minas de plata que trabajaron los españoles en el siglo XVIII y que todas se hallan paralizadas, existe en el altiplano de Puno, petróleo en Pusi, y en diferentes lugares mármoles y tierras apropiadas para fabricar cemento hidráulico.

Estas observaciones que hemos hecho sobre la inmovilidad en que se encuentran las pocas industrias que tiene este departamento, ponen en evidencia que no es únicamente comunicación lo que el Perú necesita para su progreso. A Puno llegan los rieles del gran ferrocarril troncal del sur, y sin embargo su estado actual es tan lastimoso como el de ahora 50 años. Su minería es nula, su agricultura escasa. Esta realidad prueba que no son únicamente el medio físico y la incomunicación los factores que detienen el progreso material del Perú, sino también la calidad y la cantidad del habitante.

Posee el departamento de Puno, como todos los de la sierra, importante zona de ceja de Montaña. Ayacucho tiene al Bajo Apurímac, Cuzco a los valles de la Convención, Puno posee la región de Carabaya. La riqueza minera de esta provincia es extraordinaria. Durante la colonia produjo 33000000 de pesos en oro. Durante la República solo se ha explotado la mina Santo Domingo y algunos bosques, para extraer cascarilla y caucho. La región no

tiene caminos, exceptuando el que une la altiplanicie del Collao con las nacientes del Inambari.

Con el departamento de Puno termina la sierra poblada del Perú. Arequipa, Moquegua, Tacna y Tarapacá son departamentos de costa. Lo que existe en las nacientes de -287- los grandes ríos Apurímac, Pachachaca y Majes, es tan desolado como los desiertos del litoral. Entre Arequipa y Juliaca no existe una mediana población, no obstante que la distancia de uno a otro punto es de 305 kilómetros. Lo mismo ocurre entre Arequipa y Cailloma poblaciones que separa 214 kilómetros pasando por Pampa de Arrieros. Entre Cailloma y Santo Tomás, capital de la provincia de Chumbivilcas, la distancia es aún mayor, siendo tan brava la cordillera de los Andes en esos parajes que ni siquiera hay caminos entre una y otra población. Vetas de minerales inexplorados y pastos para alimentar escasas manadas de carneros, son las únicas riquezas que existen en esas extensísimas mesetas andinas, cuya superficie cuadrada es tanta, que en ella cabría toda la serranía de Huánuco, Junín y Huancavelica. El día que por esas mesetas cruce el proyectado ferrocarril andino que por las alturas se estudia entre Huancavelica y Pampa de Arrieros, estas punas, que si son valiosas es únicamente por sus riquezas mineras, tendrán la vida y el progreso que les falta y que nunca tuvieron ni aun en los tiempos coloniales.

-288-

Capítulo IX

La montaña

Si llamamos sierra a todo lo que es interandino, debiéramos considerar como montaña a lo que está fuera de la cordillera. Esta definición simplicísima como todo aquello que no consulta la naturaleza de las cosas sino las exigencias de la lógica, en realidad no es aplicable al territorio del Perú. La sierra oriental no termina en las últimas estivaciones de la cordillera, ni la montaña está siempre en tierras planas. Cajamarca y Amazonas, departamentos netamente andinos, tienen, uno en la provincia de Jaén, y el otro al oeste del Pongo de Manseriche terrenos de montaña. Pasa lo mismo con la provincia de Pataz en los lugares inmediatos al Huallaga, y aún en Huari en los sitios en que está unido a las montañas del Monzón. Huánuco tiene al Pozuso, Junín los valles de Chanchamayo y del Perené y a puerto Bermúdez en el Pichis, Jauja y Huancayo las montañas del Pangoa. Ayacucho las montañas de Huanta, el Cuzco los valles del Bajo Urubamba, y Puno la zona de Carabaya, que está en plena Montaña y sin embargo es una de las más andinas del Perú.

-289-

No hay nada que divida mejor en nuestro territorio las tierras que son serranas de las que no lo son, como las manifestaciones climatológicas. Pertenecen a la montaña las comarcas cuya temperatura media es de 24 a 28 grados y cuya atmósfera hállase tan cargada de humedad que en pocos días los zapatos y los libros se cubren de verdes vegetales microscópicos. No es únicamente la humedad y excesos de calor lo que caracteriza las tierras de montaña, también las caracteriza las frecuentes lluvias, la extraordinaria cantidad de agua que cae, las tempestades y los huracanes que preceden los cambios de estación.

La región de que tratamos principia en el Ecuador y termina en Bolivia, teniendo al NE y al E, respectivamente a Colombia y al Brasil. La parte sur y algo del centro es ondulosa, la del norte y el este casi toda llana. Hallándose la parte plana formada por terrenos de aluvión, no solamente es baja y susceptible de inundarse sino exenta de rocas y aun hasta de piedras rodadas en las playas de los ríos.

Tiene la montaña del Perú dos entradas, una oriental por el río Amazonas y otra occidental por la cordillera de los Andes. Si fácil es para quien viene del Brasil surcar las aguas de los ríos peruanos que salen a esa república, difícil y muchas veces imposible es penetrar a la región de los bosques por el lado del Pacífico. Si en las alturas hay malos caminos y con dificultad se puede caminar a bestia, en las tierras montañosas sólo es posible caminar a pie. En ellas no hay caminos y muchas veces imposibilidad de hacerlos. Esa suave gradiente que observamos en la Argentina cuando se trasmontan los Andes chilenos y se descende a Mendoza, no tiene similitudes en el oriente del Perú. Ya hemos descrito, al - 290- tratar de los ríos, lo que son las bajadas al Marañón, al Urubamba, y lo que es la entrada a los valles de Jaén por el lado de Piura y a los de Moyobamba por la cuesta de los Ventaabras por donde se descende al Inambari, al Chanchamayo, al Huancabamba, al Alto Madre de Dios, al Bajo Apurímac y otros ríos de menor importancia. Esta valla andina, esta muralla estupendamente alta, y geológicamente formada por un terreno deleznable que todavía las lluvias siguen socavando y haciendo cada día más intransitable, ha sido la más poderosa causa geográfica habida en el Perú desde los tiempos precolombinos para que los hombres hayan fracasado en la conquista de los bosques amazónicos. Inconveniente físico de tan grande magnitud, ha mantenido incomunicado el Pacífico con el Amazonas y ha sido motivo para que Iquitos y otras poblaciones del Marañón y Ucayali hayan llevado vida semiindependiente, muchas veces teniendo más contacto con el Brasil, los Estados Unidos y Europa que con las ciudades andinas y con la misma capital del Perú. Hacen 50 años que se proyecta llevar un ferrocarril de Paita al Pongo de Manseriche, y 25 que se piensa comunicar los departamentos de Junín, Cuzco y Puno, respectivamente con el Pachitea, el Bajo Urubamba y el Madre de Dios. Nada se ha hecho porque la República no ha tenido fuerza económica para realizar obras tan colosales, y porque el mundo tampoco ha tenido necesidad absoluta de los productos alimenticios e industriales que se pueden obtener en esta parte del territorio nacional.

La comunicación telegráfica, recién se ha conseguido mediante el sistema inalámbrico. Esto, el aeroplano y el hidroavión, en parte salvarán la falta del ferrocarril. Hoy es -291- posible, en cada momento, saber desde el Pacífico lo que ocurre en la montaña, conocer sus necesidades diarias y atenderlas. Antes se necesitaba un mes para esto. Cuanto a la navegación aérea, no solamente servirá para el transporte de pasajeros sino también para

movilizar carga, y lo que es más importante, para descubrir zonas boscosas y civilizar al salvaje.

La navegabilidad de los ríos de oriente ha favorecido la comunicación de nuestros puertos fluviales con el Brasil, Nueva York y Europa, pero hallándose el Amazonas a espaldas de los puertos del Pacífico y por consiguiente en divorcio con ellos, las ventajas de esta comunicación han sido verdaderamente locales y de ningún provecho para la costa y la sierra. No hay ningún inconveniente en salir embarcado del Callao y llegar en la misma nave a Iquitos, pero para hacer este viaje es necesario dar la vuelta por el canal de Panamá y en años anteriores cuando esta vía estaba cerrada, pasar por el estrecho de Magallanes, para después entrar al río Amazonas. Esta fue la ruta que siguió el vapor Constitución en 1896, en los días difíciles en que Loreto proclamó un movimiento separatista y en que fue necesario enviar por mar una expedición militar. La travesía duró cerca de dos meses. Si el Tumbes fuera un río navegable de larga extensión y separado del Bajo Marañón por una lengua de tierra igual a la del istmo de Fiscarrald, el intercambio de productos entre la costa y la montaña habría alcanzado tan estupendo desarrollo, que ya las selvas de Loreto estarían notablemente pobladas.

A más de la situación geográfica y de la muralla de los Andes, causas sustantivas del aislamiento de la montaña, -292- existen también otras de carácter físico de no menor importancia. Es una de ellas, lo impenetrable e inadecuado para la agricultura y la ganadería que son los bosques de la montaña por causa de la tupida y arbórea vegetación que la cubre. Nadie desconoce el extraordinario valimiento de nuestra selva, su importancia forestal y la riqueza que allí se encuentra en maderas de construcción, de tinte, de ebanistería y ramaje para fabricar papel. Nadie niega lo que valen los Manchales de caucho, seringa, cascarilla, canela, vainilla, cacao, bálsamo, resinas, etc., que abundan en su seno; pero todo el mundo sabe y en especial el montañés, el terrible trabajo humano que se necesita para desmontar un lote de terreno, si sobre él se quiere cultivar caña de azúcar, algodón, tabaco, etc. Si toda la selva o la mayor parte de ella estuviera cubierta de pajonales, sencilla sería la labor del colono y muy semejante a la que se hace en la pampa argentina. Por desgracia, los pajonales son escasos y los árboles de los bosques tan altos y desarrollados, como seculares que son, que por lo común exigen muchos días de labor para derribarlos, para quemarlos y lo que es más penoso, para extraer las raíces. En la costa y en la sierra no hay bosques, pero hace falta irrigación. En la montaña agua sobra, como que pocos lugares hay en el globo donde llueva tanto. En cambio es menester desmontar, y este trabajo es tan costoso que por su causa no hay en todo el oriente, zona que tenga bajo cultivo una extensión igual al diminuto valle de Tambo. Si el promedio de una fanegada de tierra en la costa, a orillas del mar y cerca de un puerto, puede valorizarse en los últimos 40 años en 500 soles, y el desmontar en la montaña una extensión igual costaba esa cantidad y en algunas -293- partes tal vez algo más, ¿cómo es posible suponer que el agricultor peruano hubiera preferido radicarse en la montaña y soportar todos sus inconvenientes e incomodidades, teniendo en la costa al mismo precio y en mejores condiciones tierra que comprar? Al tratar de agricultura, en Causas Económicas, ya tendremos oportunidad de extendernos sobre este motivo geográfico desfavorable a nuestro progreso.

Consecuencia de la selva es la falta de caminos. Vía que en nuestra montaña no se abra en diez metros de ancho, vuélvese a cerrar en muy pocos años. Una trocha dura 20 a 24 meses

y en algunos sitios el follaje es tan tupido y los árboles tan altos, que es fácil estarse uno o dos días desorientado y perdido en los bosques, a pie y cargado con la cama, los víveres y el rifle al hombro. Esta misma vegetación tupida y boscosa de la montaña hace estrecho el panorama, no siendo posible contemplar la línea del horizonte sino en los grandes ríos o en las cumbres que dividen las cuencas hidrográficas. Es también, esta tupida vegetación causa adversa para la vida del montañés en lo que toca a la fauna. No es únicamente del león y del tigre de quienes hay que cuidarse sino también de numerosos insectos sanguinarios y de ponzoñosas arañas, como también de culebras y víboras, algunas de las cuales son terriblemente venenosas. Raimondi hizo un estudio de la fauna de nuestro oriente. Siendo el más completo y científico de cuantos se han escrito, y contribuyendo su publicación a darnos idea de lo que es la región de los bosques, le damos cabida en nuestro libro.

No hay palabras para dar una idea de la inmensa variedad de reproducciones naturales, y de la actividad de la naturaleza -294- en el continuo desarrollo de sus seres. En efecto, en la dilatada comarca, surcada por los ríos Huallaga, Ucayali y Amazonas, se reúnen todas las condiciones más favorables para la vida; tales como, una atmósfera constantemente cargada de vapores acuosos, una temperatura bastante elevada y un suelo virgen y fecundo. En esta singular región, por doquier, se fije la vista, se nos presenta delante los ojos, una exuberancia de vida tan grande, que toda la materia parece estar animada por aquella misteriosa fuerza, que rige el mundo orgánico, y al ver estas densas nubes de molestos mosquitos y ávidos zancudos, se diría que la naturaleza haya comunicado el soplo de la vida hasta a los mismos átomos de la atmósfera que nos rodea.

En estas solitarias regiones, no modificadas aún por la mano destructora del hombre, la naturaleza se halla continuamente en activo trabajo, experimentando en profundo silencio, los más grandes cambios en el mundo orgánico y ostentando su munificencia con las más variadas y ricas producciones.

Pasando ahora a los animales mamíferos dañinos al hombre, que se encuentran en esta parte del Perú, nombraremos, entre los principales, el sanguinario tigre o jaguar (*felis tigris*, lin.) el león o puma (*felis concolor*, lin.), el feroz uturunco llamado también tigrillo (*felis pardalis*; lin.), el oscollo (*felis celidogaster* tmm.); los que viven de rapiña, atacando tanto a los animales del monte como a los domésticos.

El género oso tiene dos representantes; el *ursus ornatus*, cuv. y el *ursus frugilegus* tschudi; conocido por los indígenas con el nombre de hacamari. El primero casi siempre vive en los lugares fríos y se alimenta de venados, vicuñas y guanacos, atacando también a los becerros y a las pequeñas vacas; el segundo al contrario habita los bosques y se nutre de materias vegetales, principalmente de los frutos del humiro o yarina (*phyt elephant macrocarpa*), también entra en los sembríos de maíz en donde hace grandes daños.

El hediondo añaz (*mephitis amazonica*, licht.) que se defiende de los animales que lo atacan despidiendo un olor sofocante y pestilencial.

El omeiro (*galictis bárbara*, vagn.); la flexible comadreja (*mustela agilis*, tschudi) y la carachupa o mucamuca (*didelphys azarae* tmm.), hacen sus invasiones en los corrales destruyendo un gran número de gallinas.

En fin, otro grupo de animales, no menos perjudiciales al hombre, que los precedentes es el de los murciélagos, que -295- chupan la sangre, tanto al hombre como la de sus animales domésticos. Los murciélagos, son tan abundantes, en algunas partes del Perú; que no se puede dormir, sin cubrir enteramente la cama con un mosquitero. Las especies principales, que causan mas daños, pertenecen a los vampiros (*phyllostoma*) y son, los *phyllostoma bastatum*, *innominatum*, y *erythromos tschudi*.

Por último, tenemos que citar aquí algunos mamíferos, que el vulgo mira como peces, porque los ve vivir en el agua; estos son, los buefos y las vacas marinas.

De los buefos, se notan dos especies, de las que una es la *inia geoffrensis*, *blanv.*, de la talla de más de dos varas y que se encuentra en el Amazonas, Napo, Ucayali y otros ríos, a más de 600 leguas del mar: otra especie, un poco más pequeña es el *delphinus fluviatilis*, *gervais*, que se nota en los mismos ríos.

Las vacas marinas (*manatus*), que se pescan en los ríos de la provincia litoral de Loreto, pertenecen a dos especies, estas son; el *manatus americanus*, *tilisius*; y el *manatus latirostris*, *harlan*. Las vacas marinas son unos animales que adquieren una talla de casi tres varas de largo y son dignas de interés, por su carne, sana y agradable. Los indios del Ucayali y Amazonas, cazan frecuentemente a estos animales, de los que comen su carne asada.

Si la provincia litoral de Loreto tiene, como hemos visto, reptiles muy útiles, también tienen otros que son el espanto de los indios por su voracidad o por la actividad de su veneno. Los reptiles de esta clase, que merecen ser citados, son los voraces y terribles lagartos, (*champsia*) los que a pesar de ser conocidos indistintamente, con el simple nombre de lagartos, pertenecen sin embargo a tres especies distintas: a saber, *champsia scleropes*, *nigra* (*wagl*). Esta última especie, esto es, el *champsia nigra*, es la mayor llegando a tener más de cinco varas de largo.

Entre las variadas y horribles serpientes citaremos: el gigantesco *yacumama* (*boa murina*, *lin*), el que a pesar de no ser venenoso, es sin embargo terrible por su prodigiosa fuerza. Los indios exageran mucho la talla de este animal, la que casi nunca pasa de cinco varas de longitud y el grosor de un muslo. Los indios tienen además la preocupación de que el *yacumama* o serpiente *boa* pueda atraer a un hombre con su resuello.

La mortífera culebra de cascabel (*crothos horridus*, *dand*), de veneno muy activo, pero que no puede ocultar su -296- presencia, por el ruido que hace el choque de algunos anillos córneos que rematan su cola. La peligrosa *echidna* (*ocellata*, *tschudi*) que, aunque de pequeña talla, su picadura es sin embargo mortal. Los venenosos jergón (*bothrops pictus*, *dum.*) y flamón (*lachesis rhombeata* *pr. mat.*); el elegante coralillo (*elaps affinis*, *fitz*), y por último algunas especies de grandes *bothrops*, casi tan peligrosos como la culebra de cascabel.

Entre las hormigas citaremos la especie más notable, por los daños que causa en los sembríos de coca. Esta especie es de una talla más que mediana y provista de una gruesa

cabeza armada de fuertes y cortantes mandíbulas, con las que parte como con tijeras las hojas de coca, para trasportarlas hacia su hormiguero. Esta especie es la *oecodonta cephalotes* (lep. st. targ.) conocida en las montañas de Huánuco, con el de cutaca, en Tocache se le llama ranguera, y en la parte más al norte de la provincia, se conoce con el nombre de curuhuinsi o también runahuinsi.

Otra especie perteneciente al género *atta* y conocida en las montañas del Cuzco con el nombre de chaco, invade en ciertas épocas las casas y hace una policia de todas las cucarachas, arañas y cuantas otras sabandijas encuentra.

Una tercera especie, de color negro, es conocida en las montañas del Cuzco con el nombre de opasisi (*cryptocertis atratus*, fabric.). Otra especie mucho más grande, cuya talla pasa a veces de una pulgada, se conoce con el nombre de Isula, y se teme mucho sus dolorosas picaduras.

En fin, en el interior del tallo y ramas de unos árboles llamados en la montaña del Cuzco, Palo santo, y en la provincia litoral Tangarana (*triplaris peruviana*, fisch et *triplaris poeppigiana*, wedd), se encuentra otra especie de hormiga (*myrmica triplarina*), la que lleva el nombre del árbol en donde vive; llamándose en las montañas del Cuzco, hormiga del palo santo y en la provincia litoral, hormiga Tangarana. Esta especie es de un color amarillento, de talla pequeña y muy ágil; su picadura es muy dolorosa. Basta dar un pequeño golpe en el tronco del árbol para que salgan y traten de picar al que se acerca a su morada.

Por último, citaremos entre los insectos perjudiciales al hombre y que habitan la provincia litoral de Loreto, al destructor comején (*termes obscurum*). Este pequeño animal, construye grandes nidos de barro, los que a veces se hallan colocados entre las ramas de los árboles y tienen más de dos pies de diámetro; otras veces se hallan pegados a un lado del tronco - 297- o lo rodean a manera de anillo, o también se elevan del suelo como pequeñas chozas. Este nido se halla en comunicación con el suelo, por medio de tubos de barro contruidos por los mismos animales y que a veces bajan a lo largo del tronco desde la parte más elevada del árbol. Mas lo que hace este animalillo muy perjudicial al hombre, es que no se contenta con hacer sus galerías sobre los árboles, sino que las hace en las mismas casas, escavando todos los palos y destruyendo en muy poco tiempo la más sólida madera. Cuando estos animales no son perseguidos por el hombre, construyen en poco tiempo sobre todos los palos sus largas galerías cubiertas y trabajan después con mucha actividad en su interior; de manera que poco a poco, toda la madera se reduce a polvo, pierde su solidez, y cae bajo el peso del techo.

En las aguas poco corrientes algunos puntos de la provincia litoral de Loreto, tales como en las inmediaciones de Jeveros se encuentra una especie de sanguijuela conocida en el país con el nombre de Callo-callo (*hoementeria ghiliani*, F. lippi).

Una causa más del atraso en que se halla el oriente por motivo de razones físicas, es el relieve de la zona, que si en algunas partes es alta, al extremo de presentar punas iguales a las de la sierra y hermosas laderas propias para cultivos de algodón, café, cacao y caña de azúcar, en la región boscosa y favorable para la navegación a vapor, es tan llana y baja que cuando los ríos crecen el terreno se inunda por centenares de kilómetros. El Amazonas, el Yavarí, el Bajo Ukayali, el Bajo Marañón y otros, corren por el medio de comarcas tan bajas y planas, que cuando no están inundadas, están secándose. En sitios como estos, donde el llano forma horizonte y la vista alcanza hasta cuarenta kilómetros, el hombre no tiene donde edificar ciudades, ni medios de cultivar artículos alimenticios. Sólo es posible explotar caucho, jebe, tagua, maderas y algunas resinas. Es por esta causa y también por la escasez de población, que Loreto importa casi -298- todo lo que consume. Hasta el azúcar y el chocolate se traen del extranjero.

Como causa secundaria podemos mencionar la existencia de numerosas tribus salvajes en los mejores terrenos de la montaña. Ya tendremos oportunidad al hablar del habitante, de manifestar el papel que el salvaje ha hecho en la civilización del Perú, especialmente en los tiempos republicanos.

Raimondi estudió en 1860 las principales causas que habían impedido hasta ese año el desarrollo comercial de nuestro oriente. Muchas de ellas subsisten a pesar de haber transcurrido 70 años, y siendo todas pertinentes al estudio que estamos haciendo, dámoles cabida en nuestro libro.

Cuando se echa una mirada sobre la admirable disposición hidrográfica de la provincia litoral de Loreto, y se observa esa intrincada red de ríos y canales, preparada de antemano por la naturaleza, para el fácil y económico transporte de las ricas producciones de esta comarca, se queda sorprendido no encontrar acá y allá florecientes y animadas ciudades, sino que por lo contrario hallar a esta tierra de promisión, que reúne en sí los más grandes elementos de prosperidad, todavía sumergida en el más profundo letargo.

¿Cuál es la causa que ha impedido el desarrollo del comercio en esta tan bella como rica porción del Perú? Algunos sin duda lo atribuirán a la escasez de brazos; pero ¿cómo no ha sucedido lo mismo con las risueñas y animadas orillas del Mississipi, que un poco más de un medio siglo hace no eran sino vastas soledades? No, en mi concepto la falta de brazos, no ha sido el obstáculo al desenvolvimiento del comercio de la región que nos ocupa. La verdadera causa es el aislamiento de esta provincia con las otras naciones. En efecto, por un lado la limitada y onerosa navegación de la compañía de vapores brasilera, y por el otro falta de caminos, a través de la elevada cordillera que la separa de los puertos del Pacífico.

El otro mal que adolece esta parte del Perú, es la escasez de brazos, que se hace sentir cada día más a medida que va desarrollándose un poco el comercio. Como hemos visto, -299- esta escasez depende de que la mayor parte de los brazos útiles de esta provincia, son empleados en el transporte de las cargas, tanto por tierra, cuanto por río, empleándose en este trabajo, casi todos los hombres de Chasuta, Yurimaguas, Balsapuerto, Jeveros, Laguna, Nauta etc. Ahora, es preciso decir, que para ese trabajo se les obliga casi de viva fuerza, y estos pobres indios deben contra su voluntad salir del seno de sus familias, abandonar el trabajo de sus chacras, y servir como bestias de carga, llevando sobre el dorso por los más

escabrosos caminos, un fardo que con su cama y alimentos, tiene más de cuatro arrobas de peso. Este trabajo forzado ha ocasionado la notable disminución de la población, la que se ha reducido en algunos pueblos, a menos de la mitad y en otros, a la cuarta parte; y tomando por ejemplo la ciudad de Jeveros, diremos que en 1840, por un censo hecho por el Ilustrísimo señor obispo Arriaga, de 15 almas de población; en el día no llega a tres mil. Balsapuerto, que en dicha época tenía 400 familias, actualmente cuenta solamente cien. Parece que los indios para no servir de cargadores, emigran y van a habitar lugares muy apartados, en donde no son inquietados por las autoridades. Los pueblos situados en las orillas de los ríos suministran los bogas, o sea los remeros y poperos, que sirven para dirigir las canoas, que continuamente suben y bajan por los ríos con cargas; de manera que, como acabamos de decirlo, todos los mejores hombres, los brazos más útiles, vienen empleados en esta clase de trabajo y todavía no son suficientes, permaneciendo las cargas muchas veces por varios días en los pueblos de Balsapuerto y Nauta por falta de indios para trasportarlas.

Ahora se comprende fácilmente como esta ocupación debe ser perjudicial al progreso de la agricultura y de la industria de la provincia litoral de Loreto, quitándole los principales brazos útiles.

Otra medida conducente al mismo fin, es la de sustituir las embarcaciones para el transporte de las cargas por los ríos, con pequeñas lanchas de vapor, economizando de este modo el gran número de brazos empleados en el día como bogas.

Con estas medidas todos los brazos que ahora se emplean para el transporte de las cargas, tanto por tierra como por río, quedarían expeditos para los trabajos de la agricultura, o para otra cualquiera industria, tal es por ejemplo el cultivo del café, cacao, añil, algodón, y todos artículos de pronta realización; o la fabricación de los sombreros, la preparación del pescado salado, del que el vecino Brasil aumenta cada día su consumo, la extracción de la sal de las inagotables -300- salinas de Callanayaco y Pilluana cuyo artículo se exporta también al Ecuador, etc. Con buenos caminos, no sólo se exportarían con ventaja las producciones de la provincia, sino que también los departamentos vecinos hallarían una salida para sus producciones y de este modo el comercio de la provincia litoral de Loreto tomaría tanta extensión que podría cubrir los gastos necesarios, para la plantificación de una compañía nacional de navegación por vapor en grande escala; y evitar de este modo el funesto resultado del monopolio que hace pesar sobre el Perú la compañía brasilera.

A estas causas hay que agregar las que ya hemos apuntado al tratar de nuestros ríos de Oriente, siendo maravilloso y digno de orgullo para los peruanos del primer siglo republicano, que con medios civilizadores tan diversos, las regiones de los bosques y especialmente Loreto, hayan alcanzado el notable progreso geográfico, industrial y comercial que hallamos en ellas. Débese esto principalmente, al espíritu superior, al carácter y energía de sus exploradores y a la labor tenaz y abnegada de los cascarilleros, primero, y después de los caucheros. Aquellos, en su tiempo, ocuparon todas las cejas de montaña, los segundos el corazón mismo de la zona fluvial y hasta sus más recónditos

afluentes. Es cierto que lo explotado es como uno en mil y que los albores del año de 1921 encuentran la montaña tan virgen como estaba antes que Colón descubriera la América, pero ese uno en mil es un esfuerzo gigantesco, es labor de titanes y sin duda alguna el paso más audaz y extraordinario hecho por la República en el camino de la civilización y de su progreso material. En esta labor de cultura, es la geografía la que más se ha enriquecido. Es notable la manera como los hombres de ciencias, en especial nuestros marinos corrigieron y aumentaron nuestro mapa. Una comparación -301- entre lo editado últimamente y lo que Paz Soldán publicó en 1855, nos da idea del atraso geográfico en que hemos vivido en nuestros primeros tiempos republicanos, atraso que ocasionó los inconsultos tratados de límites de 1851 y 1867. Raimondi en el 3.er tomo de su gran obra El Perú, hace la historia de las exploraciones y descubrimientos de los ríos orientales.

Una de las características de nuestro oriente es la forma errante como sus habitantes han vivido en los últimos cien años. Los asaltos de los salvajes y la fuga de los pobladores para librarse de la tiranía de los gobernadores y principalmente del enganche para explotar el caucho, despoblaron por completo antiguas aldeas fundadas en su mayor parte por misioneros franciscanos. A estas causas hay que añadir el establecimiento del Apostadero de Iquitos, el impulso dado a Contamana en el Ucayali y Yurimaguas en Huallaga. Si Iquitos llegó a tener 15000 habitantes en la época de la prosperidad del caucho, en su mayor parte obtuvo esta población a expensas de pueblos desaparecidos como Nauta, Pebas, Omaguas, Sarayacu, Balzapuerto, etc., etc., y del despueble de Moyobamba.

Raimondi visitó Loreto en 1856 y halló las siguientes poblaciones de importancia.

Yurimaguas.- Este pueblo se halla situado en un terreno elevado, a la orilla izquierda del Huallaga, entre la desembocadura de los ríos Sanusi y Parapuras, a dos días de bajada de Chasuta. Yurimaguas es uno de los puertos del Huallaga que tiene mejor vista al río. No hay palabras para describir el hermoso paisaje que se presenta a los ojos del viajero, situado sobre la meseta donde se halla construido el pueblo. Desde este punto su vista se extiende a lo lejos sobre el río Huallaga sembrado de numerosas islas cubiertas de las más espléndida -302- vegetación; mientras que el agua de este caudaloso río se desliza suavemente a sus pies, siguiendo taciturna su majestuosa marcha, en medio de esta rica pero despoblada región. Contemplando este bello cuadro de la naturaleza virgen, el observador experimenta una sensación de melancolía, y quisiera cambiar esta muda escena en otra más viva y animada, viendo la tranquila corriente surcada por numerosos vapores, llevando el comercio y la vida en el seno de esta apartada comarca.

El pueblo de Yurimaguas, tendrá a lo más 250 habitantes. Los individuos de Yurimaguas son activos e industriosos y al mismo tiempo los más diestros navegantes del Huallaga. Los habitantes de Yurimaguas fabrican ollas y toda clase de vasijas de tierra con un arte admirable. Los cántaros que se usan en Moyobamba para llevar agua, son generalmente contruidos en Yurimaguas. Estos cántaros son barnizados exteriormente y tienen sobre un fondo blanco, caprichosos dibujos de color negruzco y colorado.

La principal ocupación de los habitantes de Yurimaguas es la de servir de bogas en la navegación del Huallaga y el Parapuras. Algunos hacen viajes a las salinas de

Callanayaco y Pilluana, situadas en las orillas del Huallaga, un poco más arriba, para traer cargas de sal.

En el pueblo de Yurimaguas se usan, como moneda, las agujas, los anzuelos, tocuyo, machetes, etc. Las cosas de poco valor, tales como plátanos, yucas etc. se pagan con agujas o anzuelos; así, por ejemplo, cinco agujas grandes representan el valor de un medio y con ellas se puede obtener una cabeza de plátanos. El trabajo personal se paga con tocuyo, machetes, hachas etc. Los tocuyos que sirven de moneda en toda la provincia litoral de Loreto, son de varias clases; pero los principales son tres; esto es: el del país, el inglés y el norteamericano.

Jeveros.- Esta población es la capital del distrito, y al fin del siglo pasado lo era de la provincia, residiendo en Jeveros en aquella época, la autoridad principal. La población de Jeveros tiene el título de ciudad y se halla situada a una legua de la orilla derecha del río Rumiaco, afluente del Aipena, el que tributa en el Huallaga cerca de la confluencia de este último con el Marañón. La ciudad de Jeveros dista de Moyobamba menos de treinta leguas; pero el camino es tan malo que se necesitan a lo menos ocho días para trasladar las cargas de un punto a otro. A pesar de que la población de Jeveros se halla habitada por indios que andan medio desnudos y que casi todas sus casas están formadas de palizadas, con techos -303- de hoja de palmera, tiene, sin embargo un aspecto agradable. Sus casas son dispuestas en calles derechas y más anchas que las de Lima, siendo todas de 18 a 20 varas de ancho. Estas calles se cruzan en ángulo recto, y en casi todos los puntos de cruzamiento, se nota una grande cruz. Su iglesia aunque rústica es bastante grande y regular; pero lo que da a la población de Jeveros un sello especial, es la grande limpieza que reina en sus calles y plaza.

La población de Jeveros ha disminuido de un modo considerable el número de sus habitantes, existiendo un censo hecho en 1840 por el Ilustrísimo señor obispo Arriaga, que da a Jeveros una población de cerca de 5000 habitantes. Otro censo hecho en 1859 hace ver que Jeveros en el día no tiene mas de 3000 habitantes. Los indios de Jeveros son inteligentes, dóciles y obedientes, su ocupación es servir en las casas de Moyobamba y cultivar las chacras de las inmediaciones de esta ciudad; servir de cargueros para el transporte de los efectos que vienen a Jeveros por el río Aipena; y por último en fabricar cerbatanas para cazar, preparar cerillos con una especie de cera negra mezclada con resina copal que recogen en el monte y fabricar grandes velas, o mejor antorchas para alumbrarse a todo viento, las que preparan en forma de grandes cilindros con resina copal envuelta en hojas de palmera. Estas antorchas se conocen en el lugar con el nombre de Shupive.

Los indios de Jeveros son bien desarrollados y se pueden considerar como los mejores indios para toda clase de trabajos. El salario que ganan es de cuatro pesos al mes si es afuera de Jeveros (en Moyobamba por ejemplo). En su misma población se les paga diez varas de tocuyo y diez reales en plata por cada mes. El transporte de una carga de tres arrobas y media desde Jeveros a Moyobamba, vale dos pesos.

Balsapuerto.- El pueblo de Balsapuerto se halla situado en la orilla izquierda del río Cachivaco, afluente del Paranaपुरas. El pueblo de Balsapuerto está situado casi en la mitad del camino entre Moyobamba y Jeveros. Balsapuerto ha sido en otra época un pueblo

bastante grande; pero actualmente, lo mismo que Jeveros, va continuamente decayendo y despoblándose de un modo muy notable. Así en 1840, Balsapuerto tenía 400 familias, las que juntas hacían una población de cerca de 2000 almas; mas, poco a poco algunas de estas familias desertaron del pueblo, para irse a establecer a otra parte. En 1846, hubo una grande emigración, habiéndose separado del pueblo 108 familias, y desde esta época ha ido continuamente disminuyendo, quedando actualmente sólo 100 familias, -304- las que equivalen a una población de 500 almas poco más o menos. Los que abandonaron este pueblo se fueron a establecer a Tarapoto, Yanayaco, Santa Catalina, Sarayaco, cerca de Loreto, y hasta en la misma frontera del Brasil. Con esta gran deserción, la mayor parte de las casas de Balsapuerto, se hallan en un estado ruinoso o completamente abandonadas. La causa principal de esta deserción es el continuo trabajo que se les hace sufrir, obligándolos casi de viva fuerza a servir de cargueros.

Nauta.- El pueblo de Nauta ha sido fundado solamente el año de 1830 y tiene actualmente como 1200 habitantes. Por su posición, la que es en la orilla izquierda del Marañón y casi enfrente de la desembocadura del Ucayali, el pueblo de Nauta está llamado a engrandecer mucho. En efecto, en el tránsito de todas las embarcaciones que bajan al Brasil con sombreros y pescado salado y de las que vienen cargadas de efectos variados, y además casi en la boca del caudaloso Ucayali, adonde se dan cita todos los pescadores de la provincia, el pueblo de Nauta domina los dos más grandes ríos y va adquiriendo mayor importancia cada día.

Ahora mismo, en Nauta se hallan establecidas algunas casas extranjeras, con un buen surtido de efectos de cambio, tales como tocuyos y telas de varias clases, hachas, machetes, cuchillos, agujas, granos de vidrio colorado, anzuelos y además varios comestibles que no se hallan de venta en la misma capital de la provincia.

Todos los efectos de comercio se hallan más baratos en Nauta que en Moyobamba, lo que es debido a su fácil comunicación con el Brasil, Estados Unidos y Europa: trasportándose todas estas mercaderías por agua, mientras que para entrar a Moyobamba hay siempre que atravesar escabrosos y difíciles caminos, sea que los efectos vayan a Moyobamba por los caminos de tierra o por los ríos.

El pueblo de Nauta se halla en un terreno un poco elevado y a la altura de 153 varas (128 metros) sobre el nivel del mar. Las casas de los indígenas están construidas de caña brava (*ginerium sagittatum*, beauv.); las de los extranjeros son de tapiales y las únicas que presentan alguna comodidad. Las casas no están dispuestas en orden y sólo forman una calle que de la plaza se dirige al río. El desembarcadero en tiempo de creciente del río es fácil; pero cuando este río baja es muy molesto por la cantidad de barro que deja el agua al retirarse. En esta época se entra en una quebradita, a pocos pasos más abajo y se desemboca a un costado de la población.

-305-

El principal trabajo de los habitantes de Nauta es el de servir de boga en la navegación del Marañón y del Ucayali.

Iquitos.- El pueblo de Iquitos, se halla situado en la orilla izquierda del Amazonas, casi en la confluencia del río Nanay y a un día de bajada desde Omaguas. El pueblo se halla colocado en un terreno un poco elevado; actualmente tiene una población que pasa de 400 almas, y dividido como en dos pueblos, de los que uno tiene casas más cómodas y es habitado por unos 100 individuos, originarios del pueblo de Borja, destruidos por los salvajes; el otro es habitado por indios de Iquitos, los que no sólo viven en el pueblo, sino que una gran parte habitan en el estado salvaje los bosques de las inmediaciones. Estos andan desnudos y sólo se cubren cuando vienen a la población para hacer sus cambios.

Pebas.- El pueblo de Pebas se halla situado en un terreno elevado, en la orilla izquierda del río Amazonas, casi una legua más abajo de la desembocadura del río Ambiyaco y como a diez leguas más abajo de Chorococha. Pebas es un lugar de misiones habitado por indios de la nación de los pebas y algunas familias de peruanos blancos. El pueblo tiene como trescientos habitantes, los que se ocupan como los de Iquitos en tejer hamacas y bolsas de Chanvira, y además en la fabricación de veneno para cazar por medio de la cerbatana.

Loreto.- La población de Loreto, situada en la orilla izquierda del Amazonas, no tiene otra importancia que la de haber dado su nombre a toda la provincia por ser la última posesión peruana, hacia el E, sirviendo de límite al Perú con el Brasil.

Con el nombre de Loreto, se comprende todo el territorio ocupado por varios caseríos; pero el verdadero pueblo de Loreto, tan mentado, es formado de diez o doce casas, bastante alejadas una de otra y construidas sobre un piso muy desigual; sus pobladores, en número de 80 o 100, son casi todos portugueses o brasileros.

Cabalcocha.- La población que se conoce con este nombre, se halla situada a seis o siete leguas antes de Loreto, en la orilla de una laguna bastante grande, a más de media legua de distancia de la orilla derecha del Amazonas. Cabalcocha es un lugar de misiones; sus casas son construidas en un terreno llano y habitado por indios Ticunas. La población tendrá 150 ó 200 habitantes, los que son muy inconstantes, variando continuamente de lugar.

Sarayaco.- La población de Sarayaco se halla situada a una legua de la orilla izquierda del río Ucayali, y a más de -306- noventa leguas más arriba de la desembocadura de este río. Sarayaco es un pueblo de misiones, fundado en 1790 por el reverendo padre Girbal, con algunas familias de infieles Setebos; desde entonces ha ido continuamente aumentando su población, de manera que en 1859, cuando yo pasé por este lugar, Sarayaco tenía 1030 habitantes. La población actual de Sarayaco es muy heterogénea, hallándose en este pueblo individuos de casi todas las tribus de infieles que habitan las márgenes del río Ucayali. La población puede dividirse en tres partidos principales panos, omaguas y llánicos; pero estos últimos se han mezclado con los otros, de manera que en la época de mi tránsito por este pueblo no existía más que una sola mujer que fuera llamea legítima. Además de estos tres partidos, viven en Sarayaco algunos indios setebos, sipibos, conibos, amahuacas, remos, campas, mayorunas y capanahuas. Por último, en Sarayaco se hallan también algunos indios de los diferentes pueblos ribereños del Huallaga.

El pueblo de Sarayaco goza de un buen clima, siendo situado sobre un terreno elevado y arenoso, el que por su grande permeabilidad al agua, se halla completamente seco, poco después de la caída de los más grandes aguaceros. Las casas son numerosas y situadas a una cierta distancia una de otra, de suerte que el pueblo ocupa una extensión de terreno bastante grande. La altura del pueblo de Sarayaco sobre el nivel del mar es de 19 varas (16 metros).

Contumaná.- San Buenaventura de Contumaná es una pequeña población fundada en 1807 por el reverendo padre Márquez, con algunas familias de conibos; se halla situada en la orilla derecha del Ucayali, a siete leguas más arriba de Bepuano. Pocos años después de su fundación tenía 150 habitantes, pero después de la Independencia del Perú fue completamente abandonado; y en 1858 se han ido a establecer allí dos familias de indios sipidos.

El autor de este libro visitó Loreto en 1894 y encontró el desarrollo comercial y la prosperidad urbana que se manifiesta en las siguientes notas, notas que tomamos de las correspondencias que ese mismo año fueron enviadas a El Comercio de Lima.

La capital de la provincia de San Martín es Tarapoto, población que si hoy tiene una mediana importancia, la tendrá -307- más tarde muy grande por su posición geográfica, número de habitantes y producción de un tabaco tan bueno como el mejor de Cuba. Está a cuatro horas de camino del puerto de Shapaja, que está situado en la banda izquierda del caudaloso Huallaga. Cuenta pues Tarapoto para el desarrollo de su agricultura, con una vía de agua. Su tabaco, por su calidad, será solucionado algún día en el extranjero para mejorar a otros escasos de aroma y fuerza. Es insignificante la producción actual, y no se siembra más porque no hay mercado, existiendo al lado de los actuales cultivos miles de hectáreas cubiertas de bosques que no tienen dueño alguno.

El tabaco de San Martín no tiene otra plaza de expendio que la de Iquitos. En ese puerto lo compra a vil precio el comerciante por mayor, y lo negocia para el consumo de la misma población y de toda la región fluvial, especialmente para el Ucayali y el Yavarí. Al Brasil se le exporta en pequeñas cantidades. A su vez, el comerciante de Tarapoto pone la cuerda al cuello al pobre agricultor, a quien no compra su producto, sino que lo cambia por mercaderías, las que le da con el recargo que quiere. El beneficio del tabaco se hace por métodos imperfectos. Por fortuna es tan rico el suelo para este cultivo, que el aroma natural de la hoja se sobrepone a todo, y el tabaco de Tarapoto es el mejor del Perú. Esperamos que el producto se abra paso en esta provincia, y que muy pronto veamos venir una empresa que traiga tabaqueros de la Habana para comprar por plata y no por mercadería hoja sin preparación para beneficiarla a la manera que se hace en Cuba. Este tabaco así beneficiado se puede vender, a buen precio en cualquier mercado europeo.

Algo parecido pasa en Moyobamba con el sombrero; el que no se puede vender primero en la Costa sin ir antes a Piura a ser beneficiado en el lavado y en el blanqueo. Este viaje recarga notablemente el costo de la mercadería; para evitarlo, la casa de don Vicente Najjar,

ha traído dos industriales piuranos, para encargarles de la preparación de la notable cantidad de sombreros que exporta.

Tarapoto como población es muy parecida a Moyobamba, aunque mucho más pequeña. El termómetro marca hoy, diciembre 1.º, 31 grados centígrados, y materialmente nos estamos ahogando de calor. Su comercio está formado por varios almacenes en los que sólo se consiguen telas de algodón. Los víveres son escasísimos y muy caros. Pan y carne los hay de vez en cuando, y hasta los plátanos y yucas son escasos.

-308-

Al tercer día de haber salido de Shapaja amanecimos en Yurimaguas, hoy capital de la provincia del Alto Amazonas y lugar de importancia por ser el puerto que comunica al Perú Occidental con el Perú Fluvial. Esta circunstancia le dará gran desarrollo el día que la inmigración pueble Loreto. Yurimaguas tiene que ser con respecto al Perú, lo que el Pará respecto al Brasil, esto es: la puerta de entrada a la región de los ríos. En la actualidad es una ciudad en construcción y por tanto de contraste: al lado de una magnífica casa y en una calle principal, se ve una choza de caña con techo de palmera. Yurimaguas sólo tendrá doce años de construida. Anteriormente no era sino una triste ranchería de indios, con dos o tres casas de blancos. Era entonces un desembocadero sin industria y sin comercio. Hoy está trasformada debido a la evolución comercial que ocasiona en Mainas la industria del caucho. Varios negociantes se establecieron en Yurimaguas, no como lugar productor sino punto estratégico. Por él se exportan en grandes cantidades, tabaco, ganado, fréjol, sombreros, aguardiente, café, etc., productos todos que vienen de las provincias de San Martín y Moyobamba y de algunos pueblos del departamento de Amazonas. Muchos de estos productos, como el tabaco que viene de Tarapoto, se negocian en esta plaza, la que ya por su cuenta los remite a Iquitos o al Brasil. No es pues Yurimaguas, lugar productor. En ella no hay más industria que la fabricación de aguardientes, la que se hace en varias haciendas situadas en ambas márgenes del Huallaga, en donde se muele la caña en trapiches movidos a vapor. Excusado es decir que la internación de mercaderías para las provincias de Moyobamba y San Martín se hace por este puerto.

Yurimaguas está edificada sobre una planicie elevada de terrenos, de manera que no tiene por qué temer las inundaciones periódicas del Huallaga. Puerto, propiamente dicho, no existe. Los vapores atracan al lado de una playa llena de lodo, en la cual principia un suave barranco, atravesado en todo sentido por profundos surcos. El barranco no es alto y en su límite superior, está la hermosa pampa en donde se construye la ciudad. Al presente sólo existe una plaza de forma irregular y varias calles no muy rectas; pero todas con dieciséis metros de anchura y con nuevos edificios. Estos son de dos pisos, de estilo elegante, lo que demuestra gusto y fortuna en sus propietarios. Al presente se construye seis buenas calles. La madera labrada viene de Iquitos y las tejas y ladrillos, se hacen en una fábrica especial que hay en las inmediaciones. Si continua la fiebre edificadora, Yurimaguas será -309- gran población dentro de diez años. Lo sensible en este progreso, es que las calles no se están haciendo a cordel y que dentro de un siglo, cuando se quiera enderezar tanto entuerto, tendrá que gastar el Municipio algunos millones para hacerlo. ¿Por qué las autoridades no piden al Gobierno que se autorice al ingeniero señor C. A. Pérez, para que haga el trazo de la ciudad de Yurimaguas? El plano de este trazo quedaría en la municipalidad, para que por él se rijan todos los que quieran edificar.

Este puerto está situado a igual distancia de todas las capitales de provincia de este departamento, y como punto central será algún día la capital de Loreto. En sus inmediaciones posee como cuatrocientas leguas cuadradas de terrenos no inundables completamente planos: en donde pueden cultivarse todos los productos tropicales. No se crea que todos los terrenos de Loreto son propios para la agricultura: existen algunos miles de leguas cuadradas, que quedan en cada año bajo de agua por dos o tres meses. A más de estos terrenos propios que posee Yurimaguas, es el único puerto de salida de los inmensos valles de Moyobamba, Jeberos, Tarapoto y Saposoa, valles en los cuales existen los mejores terrenos de cultivo de todo Loreto, los que se poblarán algún día y traerán a Yurimaguas, para su expendio, sus múltiples productos. Algo parecido a lo que pasa en Chile con Valparaíso.

En suma: yo espero mucho de ese puerto: juzgo que más tarde será un rival de Iquitos y uno de los primeros de la República.

La instrucción primaria se da en Yurimaguas en cuatro escuelas: dos de varones y dos de mujeres. La fuerza pública está formada por dos soldados bajo las órdenes de un mayor de ejército, de nacionalidad italiana, que recibió ese grado el año de 1854.

Iquitos es una ciudad que a grandes pasos marcha a su formación, pero que todavía no está concluida. No existe muelle ni explanada ni algo parecido a un desembarcadero: los vapores atracan a lo largo de una orilla desde la cual principia un barranco alto y profundamente accidentado por la acción de las aguas. Después de que ha llovido, todo aquello se convierte en un lodazal. Propiamente hablando no hay puerto. Sobre dicho barranco que tendrá una altura de diez metros, se ha formado un terraplén con gradiente de 30%. Por ella corren sobre rieles los carros que suben y bajan las mercaderías. Es un andarivel a vapor que parte desde la orilla del río y que termina en la factoría del Estado. Por medio de un -310- desvío que hay frente a esta factoría, la carga sujeta a revisión pasa al Almacén Fiscal.

Si de lo que se llama el puerto se pasa a la ciudad, el desencanto es todavía mayor. El suelo de las calles está en su primitivo estado, lo único pavimentado en las calzadas son las veredas, mejora que ha sido hecha por los mismos propietarios, usando tierra aplanada o ladrillo. La calzada, propiamente dicha, está cubierta de yerba menuda, la que se produce con exuberancia al medio de ella, donde las aguas han formado su propia acequia. Esta, por no tener gradiente igual las empoza de trecho en trecho y da origen a charcos y lodazales de lo más insalubres. En estos últimos meses el municipio ha ordenado que los vecinos arenen las calles; pero la orden se ha cumplido a medias. Por el centro de la calzada, cuando llueve, corren verdaderos riachuelos, los que sería peligroso atravesar en días de tempestad, si el Municipio no hubiera construido, de madera, como también de mampostería largos y fuertes puentes que van de vereda a vereda.

El aspecto que a la población le dan sus construcciones es agradable, no obstante que la mayor parte de los techos son de hoja de palma y que las paredes están blanqueadas con cal. Al presente comienza a construirse con más gusto y costo. En estas nuevas fábricas las paredes que dan a la calle están ornamentadas con azulejos iguales a los que tienen los

conventos de Lima. Los techos se cubren de buena teja, la que viene desde Europa, como también las puertas y ventanas que son de buen estilo. Muchas residencias y almacenes de comercio han sido construidos en esta forma.

La ciudad se extiende sobre una alta y magnífica planicie. Está formada por largos jirones que siguen la ondulación del Malecón sobre el río. Tiene éste un curso caprichoso por haber seguido las variantes que frente a Iquitos hace el Amazonas. Tiene este malecón un ancho variable, nunca menor de quince metros. El día que se le arregle construyéndose sobre el barranco un muro sólido, que se le terraplene, adoquine y adorne con árboles y bancas de mármol, será la primera avenida de Iquitos. En él están situadas las Casas de Gobierno, el Almacén Fiscal, la Factoría y la hermosa casa de los Señores Welche y Compañía y otras muchas de elegante construcción. Siguen a este jirón tres que le son paralelos; el principal y más extenso tiene el nombre de «El Próspero». Es uno de los más largos de la ciudad y tendrá catorce cuadras. Las cuadras en Iquitos tienen cien metros de largo por dieciséis de ancho. Son todas tiradas a cordel; sufriendo se los girones vueltas bruscas -311- por la ondulación del río, cuyo curso ha servido de base al trazo.

La propiedad tiene enorme valor. Una habitación con puerta a la calle, acompañada de una pequeña huerta cuesta quince y hasta veinte soles por mes. Por lo regular se calcula en dos por ciento mensual el interés del capital invertido en fincas. Esta alza en los arriendos ha despertado fiebre de edificación y consecuentemente el crecimiento de la ciudad, cuyo número de casas se ha duplicado, casi en ocho años. Terrenos para edificar todavía vacantes en el Malecón y en el «Próspero» se venden hoy por treinta y cuarenta soles la vara cuadrada.

Solares que en el año de 1887 se dieron gratis por el Gobierno y que entonces no tenían valor, se encuentran hoy en el centro de la población, habiendo servido para levantar sobre ellos buenos edificios. Ya no hay terrenos municipales ni tampoco del Estado que pedir, pues el perímetro de la ciudad ha llegado a las chácaras que rodean la población. En este reparto gratuito de solares, ni el Gobierno ni tampoco el Municipio se han reservado nada. Esta ciudad necesita, como que no los tiene, mercado, cuartel, teatro, parque municipal y locales para escuelas; siendo así que el día que Iquitos se engrandezca y necesite de estas construcciones, le será necesario principiar por comprar terrenos que en otro tiempo se regalaron.

Como edificios públicos se puede citar la Casa de Gobierno, la Factoría y la Iglesia Matriz. El aspecto actual de la primera revela la desidia de sus moradores. Es todavía un edificio magnífico, indudablemente lo mejor que se ha hecho en el Perú como casa de gobierno después de la del Callao; sin embargo, como Carazá inconclusa en su interior y no se la ha refaccionado desde el año de 1863 en que se le construyó, acabará por venirse abajo si se sigue mirando con indiferencia, su rápido deterioro. El patio principal, pavimentado en parte con fondos de botella, muchos rotos o hundidos está tan profundamente tupido de yerba y cargado de basura que su vista es la mejor prueba que puede tener un extranjero que arribe a esta orilla del Amazonas de lo que es el desgobierno en el Perú. En este enorme local están las oficinas de la Aduana, las de la Subprefectura, las del juzgado de Primera Instancia, y además el Correo, la Capitanía del puerto, la Cárcel y el Cuartel de Policía.

Con la Factoría del Estado pasa lo mismo que con la Casa del Gobierno. Se gastó en levantarla cien mil libras esterlinas y hasta hace pocos era la primera del río Amazonas, - 312- no existiendo en el Perú ninguna igual. Desgraciadamente pronto será la última, aumentándose cada vez más el deterioro del local y el de las máquinas. Existen en ella fundiciones para fierro y bronce, máquinas completas para aserrar maderas, para hacer ladrillos y tejas. Tiene una maestranza con un gran martillo a vapor y talleres de herrería y de carpintería. Tiene también tres calderos, una máquina a vapor y mucha maquinaria desarmada y hasta encajonada. Todo está notablemente deteriorado. Sólo funcionan las sierras. Casi todo lo demás está paralizado, y como la acción oxidante del aire en Iquitos es enérgica, muy en breve lo poco que todavía sirve hoy, quedará convertido en fierros viejos.

Actualmente está escriturada a razón de dos mil soles por año. ¿Por qué no se busca quien la tome por diez años sin pagar nada con tal que la refaccione? Iquitos necesita una buena factoría. Tan cierto es esto que la casa Welche cansada de pagar caprichos al Estado por trabajos mal hechos, ha traído su propia maestranza y sus mecánicos contratados directamente de Europa.

La iglesia Matriz se ha construido al medio de la única plaza que posee la ciudad. No tiene gusto ni armonía en su arquitectura. Los primeros cuerpos de las torres principian tan cerca del suelo que parece que se hubieran hundido por efecto de un temblor. Lo mejor sería demolerla y levantarla en otro lugar con mayores dimensiones y mejor material de construcción. Retirada de allí la Iglesia desaparecería el obstáculo que impide cuadrar, como la de Lima, esta plaza, que como repito, es la única que tiene Iquitos.

Las primeras noticias que se tienen de Iquitos se remontan al año de 1684, siendo el padre Acosta en sus crónicas el primero que habla de la existencia de unos indios llamados Iquitos, indios que habitaban a orillas del río Nanay. Posteriormente, el padre Fritz, alemán, de la Compañía de Jesús, hizo varias reducciones de indios salvajes en el Amazonas peruano, entre los cuales estaban los iquitos. Les fundó una iglesia y levantó el pueblo de su nombre en la confluencia del Nanay con el Amazonas o sea en lugar distinto al que hoy ocupa. Reducido a prisión el padre Fritz en el Brasil, sus misiones quedaron abandonadas. Esto, unido a las continuas correrías, que hacían los portugueses en el Amazonas peruano para robarse los indios y hacerlos esclavos en el Pará, dio por resultado que los semisalvajes iquitos se internaran al bosque.

Un siglo más tarde fueron nuevamente reducidos por los jesuitas, quienes los trajeron al sitio en que hoy está la ciudad. -313- En 1826 fue visitada por el teniente de la marina británica, Henry Listen Maw, quien declara haber encontrado un pueblo con una iglesia muy limpia, la que no estaba consagrada. Encontró habitado el pueblo por mestizos moyobambinos, que en compañía de indios salvajes colectaban zarzaparrilla para el Intendente de Moyobamba.

En 1840, habiendo sufrido el pueblo de Borja una feroz invasión de salvajes, sus pobladores abandonaron sus residencias y vinieron a establecerse en Iquitos, donde fundaron un barrio aparte del que ocupaban los semisalvajes.

Principia el movimiento civilizador de Iquitos en 1863, época en la que la comisión de marina, enviada por el Gobierno a Loreto designó este puerto como lugar adecuado para levantar el apostadero fluvial. La elección de este sitio, en la que sólo se consultó el favoritismo, fue mal hecha por haberse levantado el puerto en lugar cuyo canal está fuera del brazo principal del río. El Gobierno compró los terrenos donde se halla hoy Iquitos, edificando sobre ellos la casa que posee y la factoría.

Con motivo de haberse traído a fuerza de oro alguna gente para llevar a cabo las obras de edificación y para tripular dos vapores Napo, Putumayo, Morona y Pastaza, Iquitos dejó de ser la miserable rancharía que era en 1863, para transformarla en algo mejor. Formaba parte de la reducida población o civilizada, los numerosos empleados fiscales, la guarnición, por ese entonces mandada por el mayor Remigio Morales Bermúdez, hoy Presidente de la República, y por los mecánicos ingleses contratados en Europa para armar la maquinaria de la factoría y que ganaban una y dos libras esterlinas al día. Indudablemente una buena parte del producto del guano de las Islas de Chíncha se gastó en Loreto con bastante liberalidad, en llevar a cabo una labor altamente nacional y civilizadora.

La crisis financiera del Perú iniciada en 1873 acabó con este ficticio progreso de Loreto que había durado varios años y que importó a la Nación, lo menos doce millones de soles. Comenzó entonces a faltar el dinero, como que los contingentes fiscales se hacían cada vez más escasos y como consecuencia vino el éxodo de empleados fiscales y el de los contratistas ingleses.

En 1878, ya Iquitos estaba casi abandonado: las casas no tenían ningún precio y se ofrecían gratis con tal que habitaran en ellas. La vegetación invadió las calles y éstas quedaron convertidas en bosques. La desolación y la ruina fueron completas. Los vapores nacionales, cuyos nombres he dado ya, fueron -314- vendidos a vil precio, y por tal motivo su tráfico regular quedó paralizado. Unos pocos años más en igual desamparo y la pérdida del naciente puerto fluvial hubiera sido un hecho.

Tal era la crítica situación de Iquitos, cuando en los ríos afluentes del Amazonas peruano se descubrió el caucho y el procedimiento adecuado para su beneficio. Las primeras planchas imperfectamente obtenidas fueron enviadas al Brasil, donde se vendieron a buen precio. Este favorable buen éxito despertó el espíritu industrial de varios extranjeros y de numerosos peruanos, los que se lanzaron a los ríos en busca de la codiciada goma. Por esa época el árbol que la producía hallábase todavía en cantidad considerable en la misma orilla de los ríos y por tal causa las ganancias fueron colosales. El ensanche que en pocos años tomó esta providencial explotación dio vida propia a este puerto, y salvó a Loreto de la tutela económica del gobierno de Lima. Esto aconteció poco más o menos en 1881. Desde entonces todo ha sido riqueza y progreso para este privilegiado suelo, progreso que puede seguir en aumento si se quitan las trabas comerciales y administrativas de que me ocuparé oportunamente.

Iquitos, es el centro más importante de todo Loreto. Vive de la explotación de las gomas de sus ríos, y da vida con sus contingentes de dinero a todas las provincias del Departamento. Por su población, comercio, situación fluvial y aspecto urbano está llamada a ser la capital de Loreto. Orgullos de provincia y falta de buena comunicación entre Lima y este puerto,

impiden por el momento que esta sentida necesidad se realice. Todo es cuestión de tiempo. El día que mueran los hábiles y muy respetados políticos moyobambinos, don Manuel del Águila, don Vicente Nájjar y don José Reyes Guerra, y se establezca una línea de vapores segura y quincenal con Yurimaguas, Moyobamba tendrá que ceder a Iquitos el honor de ser la Capital del Departamento.

No faltan al presente quienes desean hacer dos departamentos de lo que hoy es uno sólo, únicamente para contemplar a Iquitos y a Moyobamba y quien sabe si para atrapar alguna senaduría o prefectura. Esto, por el momento no sería de ningún provecho, y por hoy, sólo traería mayores gastos de administración, y por tanto mayores desembolsos para la aduana de este puerto. Si Moyobamba quiere dividir el Departamento para ser siempre capital, que lo haga cuando tenga rentas propias para vivir.

Trataré ahora de exponer algo sobre la parte comercial de la provincia del Bajo Amazonas, concentrada en este puerto. -315- Iquitos es la única ciudad del Departamento que por la importancia de sus capitalistas da vida a la explotación de las gomas elásticas de todos los ríos peruanos, y a las industrias del sombrero de paja, del tabaco, de la ganadería y de la fabricación de aguardiente. Su comercio abarca todo Loreto. Moyobamba y sus distritos le envían sombreros y un poco de café; Tarapoto, Saposoa y Yurimaguas, fréjoles, tabaco, ganado vacuno, sombreros, aguardiente y un poco de jebe; los ríos Marañón, Ucayali, Morona, Pastaza, Tigre y Napo, caucho, jebe y aguardiente. El único río que por su situación se está independizando del comercio de Iquitos es el Yavarí, gran productor de gomas y del cual me ocuparé cuando lo visite.

De todos estos artículos, el tabaco y el sombrero son los únicos que tienen poco mercado. Pasa lo contrario con las gomas elásticas, cuya demanda es tal, que las mismas casas compradoras radicadas aquí mandan sus lanchas hasta los más lejanos puestos de los caucheros para negociarles sus productos por dinero y por mercaderías.

Las principales casas de comercio en Iquitos son las siguientes: Welche y Cía., Mourraille, Hernández y Cía., Morey y Águila, Kahn hermanos, Maxius y Levi y Pinto hermanos. Ninguna de ellas trabaja con menos de cien mil soles, estando a la cabeza de todas la casa alemana Welche y Cía, que tiene en movimiento un capital de un millón de soles.

Estas y otras casas de menor cuantía son las que importan cuanto se consume en Iquitos y las que exportan las gomas. Pocos son los productores de caucho o jebe que mandan directamente sus productos al extranjero. Casi todos hacen sus negocios por intermedio de una tercera persona.

El comerciante bajo la forma de habilitador hace aquí de banquero. No hay cauchero o shiringuero (explotador de jebe) que no tenga su cuenta corriente en alguna de estas casas. El crédito ha echado profundas raíces. Basta que un hombre posea cuatro, cinco o más peones para que cualquiera le habilite su empresa de buscar caucho. Para nada se tiene en cuenta la nacionalidad ni los antecedentes del individuo. Y cosa rara: las estafas y abusos no son comunes. Ello es natural siendo tan enriquecedor el negocio de las gomas.

El año pasado (1893) se ha cobrado en aduana por importación 13818765 soles y por exportación, 7260203 soles. Estimando en dos millones de soles el valor de la mercadería que viene del Brasil y que no paga derechos de acuerdo con los tratados vigentes, puede calcularse el comercio de Loreto -316- en siete millones de soles por año o sea cuatro de exportación y tres de importación.

La aduana de este puerto fue establecida en 1881 por don Tadeo Terry, prefecto de Loreto durante la dictadura de Piérola. No es tema para una correspondencia, analizar su organización interior, ni tampoco probar que no han sido justos los motivos que ha tenido el actual visitador, señor Idiaquez, para separar de su puesto al administrador señor Carlos Conroy. Me limitaré a decir que desde Iquitos es imposible evitar los abusos de Yavarí. El año pasado se han contrabandeado miles de kilos de goma. El hecho se ha descubierto en el Brasil, siendo el presidente del Estado de Manaos el que en su mensaje nos ha dado la prueba, asegurando haber recibido en Manaos de procedencia peruana en el primer semestre de 1893, 848437 kilos de goma, siendo así que los datos oficiales de la Aduana del Perú sólo anotan la cantidad de 558751 embarcados en todo el año de 1893 con destino a Manaos.

¿Dónde se hace este grosero desfaldo de las rentas fiscales? Todos saben que no es aquí sino en el Yavarí, como también se sabe la forma cómo se realiza el fraude. No obstante, nadie pone remedio al mal porque se dice que es imposible hacerlo. Cuando viaje por el Yavarí explicaré la manera como se enriquecen allí con el contrabando.

Si es tarea fácil decir algo sobre Iquitos comercial, difícil es ocuparse del tópico bajo el aspecto social. Digamos primero lo que se ve, para decir después algo de lo que no se ve.

Ostensiblemente observo un pueblo rico, obsequioso, liberal, trabajador, audaz, progresista y civilizador. Como consecuencia, aquí todo el mundo tiene dinero. No hay empleado, ya sea fiscal, industrial o comercial, que no esté pagado al día, lo que nunca sucede en Lima, ni jornalero que gane menos de diez soles en la semana. Un artesano en los ramos de carpintería, herrería o albañilería no trabaja a jornal por menos de cinco soles diarios.

Los sueldos de los empleados subalternos, fiscales o de comercio son iguales a los que ganan en Lima; pero como se vive sin las exigencias sociales de la Capital, siempre sobra dinero. Los de rango superior están mejor pagados que en la costa. El administrador de la Aduana gana trescientos soles, el prefecto cuatrocientos, el juez de primera instancia trescientos. Un empleado interesado en una casa de comercio no da un mes por menos de trescientos soles. Como se ve hay buena base económica para el bienestar social. Es general encontrar numerosos jóvenes nacidos en diversas provincias del Perú, incluso -317- muchísimos limeños, a quienes no falta una chacarita o una casa compradas con sueldos, y además una reserva de cuarenta o cincuenta libras en oro.

Aquí no hay mendigos, ni hospitales de beneficencia. Todos tienen dinero para llamar un médico y pagar las medicinas. No hay vagos ni pelicheros, como tampoco existe esa juventud malograda de Lima que vive de sus padres. Muy al contrario, los jóvenes principian a trabajar desde los catorce años, y cuando cumplen veintiuno son dueños ya de un capital.

Todo pueblo rico es obsequioso y éste no se exceptúa de la regla. No hay comida por modesta que sea que no termine con champagne. En estos días se ha fundado una sociedad para dar funciones teatrales con fines humanitarios. Para llenar el objeto faltaba un teatro, y en 24 horas se colectó 1500 soles para su construcción.

No hay sentimientos religiosos. Dudo que exista una ciudad en el mundo en la que las obligaciones con la iglesia estén tan abandonadas como se les tiene aquí. En Loreto nadie se confiesa, ni nadie fomenta el culto con sociedades como las «Hijas de María» u otras parecidas. Esto es en lo místico el reverso de la medalla de lo que pasa en Cajamarca, en Lima y en Arequipa.

Cuando se le pregunta a una señorita si va a misa, responde que no porque hace mucho calor; y no se crea que aborrece la religión, ni muchos menos a sus ministros. Nadie más querido y respetado que el padre Pedro, el cura vicario de esta Doctrina, y el dignísimo obispo de Chachapoyas, el cual en su visita en setiembre último, recibió un acatamiento y una serie de banquetes tan costosos, como no los vio nunca en la religiosa Cajamarca. Como se ve, falta el sentimiento religioso. La Iglesia es un pasatiempo, no una necesidad espiritual.

Como ya lo he dicho, Iquitos y, en general todo Mainas, está habitado por un pueblo eminentemente trabajador, audaz, progresista, civilizador. El hombre de la región fluvial no descansa nunca, como que nunca sacia su sed de riqueza. No le arredra el hambre, las enfermedades, las fieras, los salvajes, ni las contrariedades morales. En la región del caucho se le ve surcar en una débil canoa, acompañado de unos cuantos peones y provisto de escasos víveres, durante treinta o cuarenta días, al termino de los cuales desembarca en una playa situada en lo más recóndito de los ríos. Allí principia a internarse por dos o tres días más por trochas peligrosas en busca del codiciado árbol gomero. Al fin le encuentra, y al medio de la -318- mancha de árboles hallada, forma su campamento. En él se le espera la flecha traidora del salvaje, el ataque igualmente traidor del tigre. Nada de esto le arredra: lucha con la Naturaleza, con el salvaje, con las fieras, con su gente misma, muchas veces insubordinada y amenazando asesinarle.

Al agricultor o al ganadero lo vemos luchando, también, valientemente por arrancar al suelo montañoso sus ricos productos. Acompañado de escasos peones, muchos de ellos semisalvajes, arriba a una orilla tupidamente cerrada por gigantescos árboles. El bosque principia en la orilla del río y por muchas semanas tiene que pasar la noche en la canoa, por ser imposible encontrar en tierra un palmo de terreno sin vegetación. Al cabo de un año el trabajo trasforma ese bosque impenetrable en deliciosa pradera, cuyo pasto da alimento a numeroso ganado vacuno. Son numerosos los árboles que ese infatigable trabajador ha tenido que derribar, muchos de los cuales tuvieron uno o dos metros de diámetro.

Iquitos, al presente, sigue siendo el verdadero puerto de la región montañosa y el único que está en conexión directa con Nueva York y Europa por medio de la navegación

trasatlántica. Hasta hace seis años era el segundo puerto del Perú y uno de los lugares más comerciales de la República. Hoy la caída de las gomas sudamericanas le ha puesto casi en ruina. La población, que en sus mejores días alcanzó a 30000 habitantes, llega ahora 1920, a 12000. Numerosas tiendas de comercio se han cerrado, como también algunos grandes almacenes para el depósito de mercaderías. Sus calles y plazas están desiertas a toda hora del día, y en muchas de ellas, las vacas se alimentan con la yerba que ha crecido por el abandono en que se les tiene.

La caída de las gomas amazónicas es debida a la competencia que le hacen las plantaciones inglesas del Lejano Oriente. Semillas de árboles de jébe y caucho fueron llevadas y cultivadas hace muchos años en Ceylán, Java, Borneo -319- y la Península de Malaya. Las semillas han dado el fruto que hoy sorprende al mundo, y el mercado de la goma que antes estaba en Pará, Manaos e Iquitos, hoy se halla en Singapure. Las gomas de Loreto necesitan navegar 2500 millas antes de llegar al océano, y pagar fuertes impuestos de exportación. Ésta y la anterior causa han muerto la industria gomera no sólo en el Perú sino también en el Brasil y en Bolivia.

El espíritu industrial de los loretanos trata de sustituir el caucho con plantaciones de algodón. Loreto tiene numerosos recursos a más del algodón. Todos los productos de los trópicos crecen en su suelo con extraordinaria abundancia. Petróleo ha sido descubierto en los ríos Marañón, Ucayali y Napo. También se ha descubierto oro en abundancia en el Bajo Napo, habiéndose hecho importantes estudios por la Consolidated Goldfield Limited.

-320-

Capítulo X

La comunicación

Determinadas las causas físicas que han detenido el progreso nacional, réstanos estudiar bajo el mismo aspecto geográfico, las de carácter biológico.

No ha estado en nuestras manos darle a la costa más agua de la que baja de la cordillera, ni tampoco disminuir la altura de los Andes y menos variar la orientación del Amazonas. Todo esto parece imposible, pero es realizable aprovechar íntegramente para el regadío de las tierras toda el agua del subsuelo y la superficial que anualmente se pierde en el Pacífico. También es posible vencer el desierto, la cordillera y la montaña por medio de la comunicación, sanear el territorio y lo que es muy importante, modificar las condiciones

morales de los pobladores y aumentar su número por la autogenia y las corrientes inmigratorias.

Estudiar las causas por las cuales no nos ha sido factible realizar estos propósitos, y dar sucinta idea de las condiciones morales y materiales sobre las cuales se fundó la República, es labor indispensable a nuestro plan.

-321-

Principiaremos por la comunicación, siendo necesario analizar lo que es ella y lo que ha significado y significa actualmente como factor geográfico entre los motivos que buscamos para conocer la causa de nuestra desfavorable situación presente.

No es tanto la distancia como los malos caminos lo que separa a los pueblos del Perú. Es más fácil ir del Callao a Arequipa que de Lima a Yauyos. Se tiene para el primer viaje la navegación y el ferrocarril. Para el segundo, a razón de seis a siete leguas al día, se necesita, caminando por cuestas y desfiladeros pavorosos, hacer un viaje que toma mayor número de días.

Dotados los incas de eso que se llama verdadero concepto político, y convencidos en su notable clarividencia de que sin caminos su imperio carecía de unidad, abrieron la gran vía troncal que iba desde el Cuzco hasta Quito y que por el sur llegó a extenderse hasta el río Maure. Aún quedan vestigios de este camino, y en los sitios en que se conserva en buenas condiciones se le puede medir en ocho metros de ancho. Es menester conocer la cordillera de los Andes en los sitios obligados por donde la ruta tuvo que pasar, para formarse idea de la maravillosa obra de ingeniería construida por el gobierno precolombino. Realizada la conquista, los españoles aprovecharon en su totalidad las vías que encontraron, y sin grandes modificaciones en la gradiente ni en el trazo, las convirtieron en caminos de herradura. Siendo el terreno plano en la Argentina, con facilidad usaron para la carreta el tiro por bueyes. El Perú no tuvo igual suerte. Lo accidentado del relieve hizo obligatorio el caballo, la mula, el burro y la llama. Siendo casi llanos los terrenos de la costa, pudo haberse establecido la vialidad argentina en el -322- tráfico de las pampas, pero estando ellas cubiertas de arena movediza, lo que les da inestabilidad, el ensayo no fue satisfactorio. La República, que entre otros beneficios nos proporcionó el de abrir los puertos del Perú al comercio y navegación extranjera, acabó con la vía terrestre intensamente traficada que existió entre Bogotá, Quito, Lima, Chuquisaca y Buenos Aires. Los viajes a mula entre estas capitales, gradualmente fueron perdiendo su necesidad, hasta que en forma absoluta quedaron sustituidos por la vía marítima.

La decadencia de la minería en los primeros 75 años de la República, y el abandono en que quedó la sierra a causa de su ruina industrial y del incremento que tomó la costa, desde la época en que se descubrió el guano, hicieron innecesario el mejoramiento de los caminos. Nuestra parte andina dejó de producir en la forma intensa en que lo hacía en tiempo de la colonia, y sus necesidades, entre ellas la vialidad, fueron consideradas como asunto de segundo orden. La comunicación directa se hizo costosa y difícil. La vía al Cuzco por Jauja, Ayacucho y Apurímac, fue sustituida por la indirecta del Callao, Islay, Arequipa y Puno. La de Ayacucho se hizo más práctica desembarcando en Pisco. Lo mismo sucedió con todo

Ancachs. Libertad, Piura, Cajamarca y Amazonas. Los puertos de Casma, Huanchaco, San José y Paita tomaron por este motivo importancia que antes no tuvieron.

Gran parte de los caminos interandinos, por estas circunstancias, quedaron solitarios. Hubo otra causa que los puso en peores condiciones: el poco celo que tuvieron las autoridades para repararlos después de cada invierno. Caminos que antes de 1821 eran limpiados y arreglados todos los años con gran prolijidad, los hemos conocido desde hace -323- 34 años en el más completo abandono. La extraordinaria facilidad con que se movían los ejércitos beligerantes durante la guerra separatista de América, pudo realizarse, entre otras causas, por la existencia de caminos limpios, casi sin una piedra sobre la vía.

A la poca necesidad de mejorar los caminos andinos, uniose la falta de conocimientos técnicos para su mejoramiento, la carestía del acero, y la ineficacia de la pólvora para volar grandes rocas. La dinamita, a cuyo poder debe la ingeniería las obras más colosales realizadas en la época contemporánea, comenzó a tener uso intenso en el Perú en la segunda mitad del siglo republicano. La colonia no nos dejó una sola vía de gradiente uniforme. Las sinuosidades de los cerros, la agresividad de sus espolones, el declive pronunciado de las cuestas y en general la accidentación del territorio no pudieron ser vencidas, y como lo vemos hoy en el Perú, el camino no solamente sube y baja sino que también, en cada cien pasos toma nueva orientación. Las mismas causas impidieron darle buen ancho a la vía la que nunca es mayor de dos metros, siendo a veces tan estrecha, que sólo una acémila puede pasar por ella.

Si durante la República no hubieron anhelos ni necesidades supremas para mejorar los caminos de herradura, tampoco los hubo para construir carreteras. El escaso provecho que ellas dieron en Europa haciendo uso de acémilas para el tiro de los vehículos, restó entusiasmo a los propagandistas nacionales. La altura de la cordillera y la forzosa necesidad de llevar la gradiente entre 4 y 6 por ciento, dieron por resultado que cada carreta necesitara de seis a ocho mulas de tiro para transportar de subida 10 a 12 quintales. Esta experiencia fue obtenida en Ancachs en 1884, en la primera -324- carretera que se construyó en el Perú en las inmediaciones de Macate por una compañía inglesa llamada Patara Mining Company. Necesitando cada carreta ocho mulas y siendo las carretas numerosas, fue imposible alimentar por la escasez de pastos, las doscientas mulas que se pusieron en servicio. Por esta misma causa fracasó la carretera que se abrió entre Tambo Colorado y Cerro de Pasco y la de Sicuani al Cuzco llevó siempre vida lánguida.

Ha sido una desgracia para el Perú que el uso y las ventajas del camión y el automóvil se hubieran evidenciado en la segunda década del siglo actual. También lo ha sido, el hecho de que la maquinaria moderna para la apertura y lastrado de carreteras recién hoy principie a conocerse en el Perú. Si uno y otro invento hubieran aparecido en 1860, todo el Perú estaría hoy cruzado de carreteras para automóviles y gran parte del dinero que se gastó en la incompleta y exigua ferrocarrilización, hubiera tenido inversión más eficaz. Si con 50000000 de libras esterlinas se hicieron apenas 15000 millas de ferrocarriles, con esa suma se habría cruzado el territorio lo menos con 15000 millas de carreteras. El primer tomo de esta obra tiene la relación de los caminos para automóviles que el Estado construye al presente.

Nuestra comunicación es marítima, fluvial, lacustre y terrestre. Recién hoy principia a ser aérea.

Siguiendo el plan de ilustrar las materias de que nos ocupamos con la colaboración de los mejores tratadistas nacionales, y siendo la Historia de la Marina del Perú del señor Rosendo Melo lo mejor que se ha escrito sobre nuestra navegación marítima comercial, copiamos de su libro editado en 1907, la parte pertinente al tráfico por mar.

-325-

Hacían antes el cabotaje goletas y bergantines de escaso tonelaje, en general poco diligentes, algunos de los cuales eran almacenes flotantes cuyos armadores iban de puerto en puerto vendiendo o permutando mercadería. Se cita viaje de Tumbes al Callao en el que después de ocho meses y algunas arribadas, hubo de traerse el buque remolcado desde Casma.

El año 1834 sólo había en el Callao una lanchita de alquiler para el movimiento de carga en la bahía, siendo así que ese movimiento sólo se hacía por medio de lanchas.

Cinco años más tarde y no obstante las guerras civiles y las intervenciones extranjeras, el movimiento marítimo en el Callao, principal puerto peruano, revelaba ya notable reacción; hubo en diciembre de 1838, en el indicado puerto, cuarenta y nueve naves entradas por 32 salidas.

En ese mismo año se organizó la sociedad marítima «Compañía de Asia». Estaba constituida por acciones de quinientos pesos cada una y el estado la favorecía con la exclusiva de la importación de artículos de Asia y Filipinas, con la única restricción de que los accionistas fueran peruanos.

La estadística del puerto del Callao arroja el monto de la actividad de la navegación por veleros. De 1841 a 1860 ingresaron al Callao 3735 veleros ultramarinos, con 4283848 toneladas. Como son excepcionales los arribos a los puertos peruanos sin comprender al Callao, en la estadística de este puerto queda casi totalmente incluida la de todo el litoral.

En 1860 la marina mercante nacional constaba de 15 fragatas, 33 barcas, 33 bergantines y 29 goletas, con capacidad las 110 naves de 24234 toneladas.

Otro período, de 1861 a 1867, acusa un arribo de 2237 veleros trasatlánticos con 2520103 toneladas. Comparando ambos períodos resulta para el primero un promedio de 186 buques para cada año y para el segundo 319, casi el doble; pero para tener la clave del aumento debe recordarse que en esos últimos años el guano fue abono casi único en el cultivo mundial, y los buques venían de todas partes a buscarlo en nuestras islas.

Por esta razón el aumento de veleros trasatlánticos se manifiesta así: 1868 tuvo 438 arribos o entradas, y siguen 1869-583-1870-507. De 1870 a 1879 los arribos ascendieron a 9367 veleros con 5427907 toneladas, casi mil por año; pero el promedio es difícil de determinar, porque sólo en 1870 fue de 1494 naves. Se había hecho el más grueso contrato de consignación de guano y se embarcaba con actividad febril, como si se tratara de escapar

objetos de un incendio; -326- se fletaba la mayor cantidad de buques posible, arrollando todas las dificultades económicas, que en definitiva sólo gravan al país, para exportar la mayor cantidad de guano antes de que los numerosos opositores que tuvo ese contrato lograran fuerza para anularlo.

Están considerados, sin embargo, entre esos arribos los de las naves nacionales procedentes de Hong Kong con chinos, de Chile con trigo, del Ecuador, Colombia y Centro América con madera y otros productos.

Había 23 fragatas, algunas de más que mediano porte, dedicadas al embarque de chinos de 1870 a 1874, año en el que cesó tan inhumano tráfico, y en el intervalo importaron 46190 asiáticos, en 93 arribos.

Los catorce barcos trigueros, también de cierto porte, que importan en el decenio 228920 toneladas de trigo, representan 503 arribos.

Los otros 2297 arribos corresponden al cabotaje o sea al porteo de productos nacionales o nacionalizados, entre puertos nacionales.

A ese número de veleros puede agregarse el ingreso de vapores, que fue en los diez años de 5165, con 4270178 toneladas y 392512 pasajeros; datos que permiten formar concepto del desarrollo alcanzado por la navegación en el Perú. Ese desarrollo se dificultó desde que Chile, afrontando una violenta crisis económica suya y apoyado en el poder militar de dos naves, se echó al azar de las armas buscando lo que le hacía falta: cesó bruscamente cuando se hizo evidente en el Perú que éste no se había percatado de los peligros que ofrece la angustia de vecinos bien armados.

Todo fue barrido por la furia sin causa del vencedor, y nuestra bancarrota tan completa, que la fecha de nuestra derrota definitiva en la guerra del Pacífico marca un nuevo período.

Cúpole en suerte al Perú ser uno de los primeros países sudamericanos cuyas playas visitó antes que otras el vapor. Cochrane propuso a Chile servirse de ellos, pero la propuesta no fue adoptada: en cambio el Telica visitó puertos del norte, en 1829.

Varios proyectos, eco del desarrollo de la navegación en el Atlántico, se sucedieron sin alcanzar la meta, hasta que salió a la palestra la Compañía de navegación a vapor en el Pacífico.

Las acciones se pagaron en diez dividendos y al año de organizada la sociedad, en febrero 7 de 1840, se expedía -327- patente de navegación a sus dos primeros vapores gemelos, de 700 toneladas de registro, 150 caballos de fuerza en su máquina y 198 pies de eslora por 50 de manga. Tenían aparejo de bergantín y corte bastante esbelto para su época. Los vapores se llamaban el uno Perú y el otro Chile.

La Compañía desarrolló muy poco en sus cinco primeros años de actividad; no se estimaba el valor del tiempo, el comercio se rehacía muy lentamente, los recursos en los puertos eran escasos y los dos vapores tenían su centro muy distante, siendo infinitamente menos

traficado que años después. Es indudable que ella hubiera agotado sus recursos económicos antes de afianzar la regularidad y ampliación de sus operaciones; pero en 1846 obtuvo del gobierno inglés un subsidio de 175000 duros anuales con cargo al servicio postal y a título semejante le asignaron el Perú 14400 pesos, Chile 66800, Bolivia 5000 y 4200 Colombia.

En 1852 aumentó su flota con cuatro vapores de 1100 toneladas y 450 caballos de fuerza: Lima, Santiago, Quito y Bogotá; y con este refuerzo se llevaron los viajes hasta Panamá. Poco después se agregaba otro contingente: Valparaíso, Cloda, Bolivia, Guayaquil, San Carlos, Nueva Granada, Anne, Inca y Morro.

En 1865 la P. S. N. C. extendía sus viajes al río de La Plata. Dos años más tarde elevaba su capital a dos millones de libras y establecía como extremos de su línea Panamá en el Pacífico y en el Atlántico Liverpool. En 1870 la línea del Estrecho hubo de prolongarse hasta el Callao. Inauguró la nueva línea el espléndido trasatlántico Sorata, de 4038 toneladas de registro y 4000 caballos de fuerza destinado a carga y pasajeros. El capital se había elevado a tres millones de libras y la flota de 54 vapores, a hélice el mayor número, comprendía: 120000 toneladas de registro y una fuerza nominal de 21395 caballos. Los trasatlánticos rendían viaje semanal en el Callao, con provecho incontestable del comercio; pero al establecimiento en dicho puerto de los nuevos impuestos de puerto acordados a la Empresa del Muelle y Dársena, se suspendieron esos viajes, restableciéndose la forma anterior, esto es: la línea del Estrecho limitada entre Liverpool y Valparaíso, con trasbordos en este puerto a vapores de la línea de cabotaje para pasajeros o carga de puertos al norte del último nombrado.

Luego vinieron naves de otras Compañías: Kosmos, Lamport & Holt, Gulf line, Merchant line, West line; vapores -328- de carga el mayor número de arribo eventual y que explotan el comercio interoceánico.

Pero la competidora más formidable de la P. S. N. C. fue la Compañía Sudamericana, que después de ruda campaña contra su rival, vive hoy con ella en amigable fraternidad, dividiéndose el porteo de las costas occidentales de América del Sur en viajes que por algún tiempo llegaron hasta las de América del Norte.

La flota de estas grandes compañías, que se dividen el cabotaje constan de las siguientes unidades, hoy en 1906:

La inglesa:

Tns. H. P.

*Orita 9500 10000

Oriana 8000 10000

Oronsa 6000 9000

Ortega 8000 9000

Quillota 4000 3700

Quilpue 4000 3700

México 5548 5000

California 5548 5000

*Panamá 5464 5000
*Victoria 5464 5000
*Oravia 5321 5000
*Orissa 5317 5000
*Oropesa 5303 5000
*Galicia 5300 4000
Potosí 6000 3500
Callao 4500
Bogotá 6000 3500
Flamenco 6000 3500
Esmeralda 6000 3500
Duendes 6000 3500
Sorata 4581 3500
*Guatemala 3327 3000
Corcovado 4568 3550
Sarmiento 3603 5000
Inca 3593 3000
Magellan 3590 3000
Antisana 3584 3000
*Chile 3225 3000
*Perú 3225 3000
*Puno 2398 3000
Pizarro 2160 2000
Arica 1571 1250
Ecuador 1768 1250
Quito 1089 1000
Manaví 1041 1000
*Rupanco 1000 800
Taboga 649 500
Chiriqui 643 400
Asistense 214 120
Perlita 49 50
Chica 49 50
*Perico 268 100
Chalaca 35 50
En construcción
Kenuta 5000
Lima 5000
Huanchaco 4500
Junín 4500

* Vapores a doble hélice.

La flota sudamericana consta del cuadro que sigue:

Nombre del vapor Tonelaje

de
registro Capacidad
para
carga Fuerza de
máquina
caballos
Huasco 2272 5000 6000
Aysen 2272 5000 6000
Tono 1645 4000 3000
Lebu 1645 4000 3000
Tucapel 1917 4500 5000
Lintarí 1710 3800 4000
Palena 1600 3400 3800
Loa 1483 3200 3500
-329-
Aconcagua 1390 3000 3100

Imperial 1549 3000 2000
Mapocho 1549 3000 2000
Maipo 1504 2950 2000
Cachapoal 1449 2755 1900
Amazonas 1145 2500 1800
Itata 1201 2600 1500
Maule 623 1000 600
Malleco 443 700 450
Lircai 303 600 400
Cautin 414 600 400
Remolcador y Mataquito 300

De 1906, época en que Melo hizo su publicación, a la fecha, la navegación mundial ha sufrido importantes transformaciones por muchas causas, entre ellas la guerra europea que al fin terminó en 1918 y la apertura del canal de Panamá. La primera disminuyó notablemente el tonelaje, aumentó los fletes y ocasionó al Perú trastornos económicos que salvó el alto precio de los artículos de exportación. Salvó también nuestra crisis del tonelaje la existencia de cinco vapores nacionales pertenecientes a la Compañía Peruana, vapores pequeños pero de nueva construcción, algunos de los cuales fueron hasta Europa y Estados Unidos.

La terminación del canal de Panamá ha modificado radicalmente la navegación de nuestras costas. El trasbordo en Colón ha sido suprimido y va en camino de ser eliminado en su totalidad. Lo mismo puede decirse de la navegación por el Estrecho de Magallanes, también en vía de terminar por larga, peligrosa e innecesaria. Hoy es posible arribar a Nueva York a los doce días después de haber salido del Callao. En esto hemos ganado a Chile, Argentina y el sur del Brasil. Naturalmente, la comunicación con Europa también se ha hecho directa, empleándose para Liverpool casi igual tiempo del que necesitan para llegar a ese puerto los que salen de Buenos Aires.

La comunicación lacustre se realiza desde hace muchos años en el Lago de Titicaca por medio de cuatro vapores pequeños, cuyos nombres son Yupará, Yavarí, Inca y Coya. En 1880, el señor Agustín Tello estableció la navegación de lanchas a vapor en la laguna de Junín con fines comerciales. Lo mismo acaba de hacer la América Vanadium Company en la laguna inmediata a la mina Minasragra.

La navegación fluvial se ha hecho en el Amazonas desde 1851, año en que se firmó en Lima un tratado de comercio entre la República del Perú y el Imperio del Brasil. Sobre la base de dicho tratado, la Compañía Brasileira del Amazonas celebró un convenio con el Ministerio de Hacienda del Perú para hacer entre Pebas, Nauta y el Pará un tráfico de tres a seis viajes por año, mediante una subvención de 20000 pesos anuales. El Marajo y el Monarca de 400 toneladas cada uno, fueron dedicados a este servicio. Los resultados de este contrato, en verdad bastante oneroso para el Perú, fueron magníficos. Debiose a él el desarrollo comercial que por primera vez tomó lo que entonces se llamaba Mainas.

En 1862, el Gobierno construyó y puso al tráfico los vapores Morona, Pastaza, Napo y Putumayo. La historia de estos vapores es interesante. Sus servicios fueron valiosos; no así sus utilidades que nunca fueron manifiestas. Como ya hemos dicho, en 1881 fueron vendidos a vil precio. La bonanza de las gomas volvió a traer nuevamente al Amazonas peruano a la Compañía de Navegación Brasileira; en esta vez sin ninguna subvención. El Saviá y el América fueron dedicados a la carrera de Yurimaguas, el Joao Alfredo -331- y otros a la de Iquitos a Manaos. Posteriormente, en 1901, se establecieron las compañías inglesas, Booth Line y la Red Cross S. S. Company, las que atienden las necesidades comerciales de la región peruana del Amazonas, despachando mensualmente dos vapores, uno desde Liverpool y otro desde Nueva York, ambos directamente hasta Iquitos.

La riqueza del caucho fomentó el establecimiento de numerosas flotillas de lanchas a vapor. Las tuvo y las tiene el Estado desde 1886, para su servicio de policía fluvial y para el tráfico público entre Puerto Bermúdez en el Pichis y las poblaciones del Ucayali y el Amazonas. Como es natural, el número de las embarcaciones fiscales es inferior al de los armadores particulares, cada uno de los cuales tuvo en la época en que el caucho se pagaba bien, dos y hasta más de estas lanchas, las que únicamente estuvieron dedicadas al comercio y transporte de productos.

Copiamos de los artículos de Raimondi, la admirable descripción que hizo de la manera de navegar los ríos de montaña de escaso volumen de agua, ríos en los cuales nunca pudo traficar una lancha a vapor. Esa descripción pone de manifiesto la única forma, por cierto peligrosa, que tuvo el montañés, en el siglo pasado para penetrar en la región recóndita de la selva. Estos viajes, en los cuales se empleaban a veces seis meses y gran caudal de sacrificios y privaciones, ponen en evidencia la entereza de espíritu y el carácter superior de los habitantes de Loreto. Relaciones escritas por abnegados padres franciscanos, nos dan idea de la manera como el salvaje y la inculta naturaleza se defienden del audaz explorador que pretende arrancar sus frutos a las vírgenes regiones de Oriente. Teniendo el hidroavión todas las condiciones de rapidez, estabilidad -332- y fuerza de que carece la balsa y la canoa, y al igual de éstas, necesitando apenas cuatro a seis pulgadas de agua para su

movilidad, será el vehículo predilecto de la selva en los ríos de poco caudal o de mucha corriente. No lo tuvo el habitante de oriente en la primera centuria, y su falta fue una de las causas de nuestro atraso en la comunicación fluvial. La cita de Raimondi a que hemos aludido dice:

Las embarcaciones que se usan en la navegación de los ríos de la provincia litoral de Loreto, son de cuatro clases, y se conocen con los nombres de balsas, canoas, monterías y gariteas. Las balsas se hacen de algunos palos livianos de un árbol que se conoce en el país con el mismo nombre de árbol del palo de balsa; (*Ochroma piscatoria*) estos palos son amarrados entre sí por medio de algunos bejucos. En el medio de la balsa se construye un tabladillo más elevado, sobre el que se ponen las cargas para que no se mojen. Las balsas sirven solamente para el transporte de las cargas y para atravesar algún río.

Las canoas son embarcaciones estrechas y largas, formadas del tronco de un árbol, excavado y adelgazado en sus extremidades, principalmente en la anterior o proa, para que corte el agua con más facilidad. Las canoas comúnmente se hacen de cedro (*Cedrela brasiliensis*). Las dimensiones de las canoas varían mucho, habiendo algunas que pasan de una vara de ancho y veinte de largo. Los salvajes no emplean otra clase de embarcación.

Las monterías son botes formados de varias piezas, como los que se usan en el mar, pero pequeños y poco profundos.

Las gariteas, como las monterías, son botes formados de varias piezas pero las gariteas son más grandes y más profundas. Además, las gariteas tiene un verdadero timón que se mueve sobre goznes, mientras que en la montería, un gran remo hace la función de timón. Por último, las gariteas siendo más profundas que las monterías, el tabladillo en donde van los pasajeros es elevado, formando como una especie de puente; en las monterías, al contrario, el tabladillo está apoyado sobre el fondo de la embarcación.

Para defender del sol y de las lluvias a los pasajeros que navegan en los ríos, en estas tres últimas clases de embarcaciones, en la parte posterior, o sea en la popa, construyen con macrocarpa, (Ruiz et Pav.), un techado semicircular, que -333- cuando está bien hecho es impenetrable a los más fuertes aguaceros. Este techado es conocido en el país con el nombre de pamacari.

Las cargas se colocan sobre un tabladillo en la parte media de la canoa y se abrigan de las lluvias por medio de una cubierta hecha de hojas de la misma planta entretrejidas y a la que dan el nombre de armayari.

Para conocer la destreza de los indios en la navegación de los ríos del interior del Perú, es preciso verlos en los malos pasos del Huallaga y del río de Santa Ana, o en los tortuosos y pequeños riachuelos, llenos de palizadas, que forman a cada paso una barrera, tanta en la superficie como debajo de la misma agua.

Trasladémonos por un momento con la imaginación a uno de esos puntos en donde el río se halla estrechado entre dos rocas y su cauce lleno de grandes peñas. El río, hallándose comprimido en esta garganta, aumenta la velocidad; la canoa arrastrada por la corriente

marcha con la rapidez de una flecha; al mismo tiempo el agua, chocando contra las peñas, forma elevadas olas que amenazan sepultar la canoa; el más diestro indio haciendo de popero, parado en la parte posterior de la embarcación, con la cara pintada, su aire medio salvaje y animado, la cabellera flotante sobre las espaldas y sus ojos centellantes, con el timón en la mano, espera el peligro, casi conteniendo el aliento, dos grandes piedras se presentan delante de la embarcación; una parte del río se precipita entre ellas y la canoa parece que va ya directamente a chocar con la peña; pero el indio parece que ha previsto el lance y con diestro golpe de remo, la proa de la embarcación pasa directamente arrastrada con la velocidad del rayo por el estrecho intervalo que dejan entre sí las dos peñas. El viajero al salir de esa angosta puerta, cree haber salvado el peligro, y al contrario, se encuentra luego enfrente de otro peñasco y el cauce del río sembrado acá y allá de numerosas piedras, que impiden el libre paso del agua, produciendo infinidad de olas, que la superficie del río parece en ebullición. La frágil canoa, llevada por la indómita corriente, marcha en línea recta a estrellarse contra la peña; las orillas cortadas a pique; el espantoso ruido del agua que choca por todas partes; la densa atmósfera de vapor que no deja distinguir con claridad los objetos, todo concurre a aumentar la confusión.

En este lance todo es movimiento: la embarcación se bambolea como una liviana caña, las olas se elevan por los costados e inundan la canoa, la proa se hunde en el agua para volver -334- a salir; el popero, por un lado, los remeros, por otro, hacen los mayores esfuerzos; y todos gritando con mucha fuerza a un tiempo, confundiendo el eco de su voz con el ruido del agua, para no ver y desafiar el peligro, se dejan arrastrar por la bulliciosa corriente, en medio de este aterrador espectáculo, evitando con gran destreza los choques y las oladas, hasta haber pasado el peligro que por todas partes los sitiaba. Entonces, un aire de alegría aparece en el rostro de todos los indios, felicitándose de no tener que lamentar desgracia alguna, y todo recuerdo del peligro se acaba con una copiosa libación de su querida bebida que llaman masato.

En 1894, según nuestros apuntes de esa fecha, la capitanía del puerto de Iquitos tenía matriculadas las siguientes lanchas a vapor.

Bermúdez, armador Mouraille Hernández y Cía. 96 toneladas.
Río Negro, armador Mouraille Hernández y Cía, 49 toneladas.
Curaca, armador Mouraille Hernández y Cía. 6 toneladas.
Yurimaguas, armador Morey y Águila, 20 toneladas.
Santo Tomás, armador Morey y Águila, 5 toneladas.
Carlos, armador Dávila y Hnos, 16 toneladas.
Yankee, armador Dávila y Hnos. 18 toneladas.
Mayo, armador Luis A. Texiera, 40 toneladas.
Loreto, armador Joaquín Brito, 13 toneladas.
Hernán, armador Wesche y Cía. 107 toneladas.
Lanza, armador Wesche y Cía. 44 toneladas.
Rita, armador. Wesche y Cía. 8 toneladas.
Contantana, armador Wesche y Cía. 8 toneladas.

Iquitos, armador Abel Linares, 34 toneladas.
Onza, armador Guillermo Souza, 89 toneladas.
Río Tigre, armador Anselino A. del Águila, 20 toneladas.
Samiria, armador Manuel Reátegui, 13 toneladas.
Mosca, armador Manuel Reátegui, 13 toneladas.
Yaquerana, armador Antonio Saavedra, 19 toneladas.
Perla, armador Andrade y Hno. 7 toneladas.
Sara, armador Demetrio Torres, 14 toneladas.

-335-

La comunicación terrestre se ha hecho en su mayor parte por caminos de herradura. Los ferrocarriles comienzan en 1845. Toman gran desarrollo en los años de 1869 a 1874, vuelven nuevamente a construirse en el período de 1904 a 1908, no habiéndose hecho nada notable en los años posteriores. La carretera hizo sus ensayos en 1883 en Ancachs, en 1899 en Junín y 1890 en el Cuzco. Desde hace tres años toma notable desarrollo. El aeroplano en el Perú está en pañales. Promete mucho para el transporte de correspondencia, de carga valiosa y de pasajeros; pero el año de 1920 no encuentra nada efectivo en estos propósitos.

Pertenece a Causas Económicas la historia de nuestros ferrocarriles. En ese libro nos ocuparemos, no sólo de su costa y de los errores técnicos de construcción, sino también del poco tino que hubo para la elección de las comarcas escogidas para el tráfico ferroviario. Nuestro primer libro tiene sucintamente algo sobre el particular y la relación de las vías que hay existentes. También dijimos en ese libro algo de lo que ocurre en la apertura de carreteras. Réstanos manifestar que el ferrocarril andino recién principia a dar frutos en el Perú, habiéndose terminado los de Huancayo, Cerro y Cuzco en 1908. Menos suerte han tenido los de Pacasmayo a Cajamarca y Chimbote a Recuay. Ambos, antes de llegar a la cordillera fueron destruidos en 1878 por terribles aluviones y sólo en 1904 se principió a reconstruir la parte ya hecha, estando todavía a menos de la mitad de su kilometraje. Los ferrocarriles de la costa son más antiguos; pero no son ellos los que han resuelto la vialidad nacional. Virtualmente en todo el siglo trascurrido, no hemos tenido otro medio de locomoción que la mula. Hoy mismo, de 10000 -336- poblaciones que tiene el Perú, según Tizón y Bueno, apenas 300 están comunicadas por ferrocarril.

Dichas estas generalidades, creemos conveniente copiar las relaciones escritas por algunos viajeros, a fin de que en forma casi gráfica nos sea posible exponer las originalidades consiguientes a esas excursiones, y las penalidades y peligros sufridos en los caminos existentes en la República. Principiaremos por la costa, para continuar con la descripción de un viaje hecho de Lima a la sierra, terminando con la pintura de lo que son los caminos en Oriente y la manera primitiva como por ellos se viaja.

Jorge Juan, Schudi, Raimondi y algunos otros naturalistas atravesaron por tierra nuestro litoral. No siéndonos posible repetir lo relatado por cada uno de ellos, nos limitaremos a extractar del libro de Raimondi los comentarios que hizo del viaje de Jorge Juan en 1740. Exceptuando dos pequeños trechos que median, uno entre Lima y Huacho y otro entre Lima y Lurín, que son los únicos comunicados por ferrocarril, el resto de nuestro litoral en

lo que toca a caminos por tierra, encuéntrase en la misma condición en que lo halló don Antonio de Ulloa en el año ya citado. Dice Raimondi.

Atravesando en balsas a la salida de Tumbes el río que baña esta población, siguió su camino por espacio de 2 leguas entre el bosque de algarrobos; tomando la playa llegó al lugar de Malpaso, situado como a 6 leguas de Tumbes. Llámase así un trecho como de media legua, donde el terreno, hallándose cortado como a pique sobre el mar, no deja paso para el caminante, sino en la época en que la marea está muy baja. Bien desgraciado sería el viajero que se arriesgase a pasar por allí en las horas de creciente, pues hallaría una muerte -337- segura por las fuertes olas del mar que lo estrellarían contra la peña.

Continuando el camino muy cerca del mar para evitar la fatigosa marcha en la arena suelta que cubre todo aquel terreno, llegó a la quebrada de Mancora, que dista de Tumbes 24 leguas y por la cual corre en invierno un pequeño arroyo de agua dulce, donde beben las numerosas mulas; que viven en los espesos algarrobales situados en sus inmediaciones. En verano quedan solamente unas pequeñas pozas, que sirven de bebederos a dichos animales, pero el agua se vuelve muy salobre, y sólo la necesidad los obliga a tomarla.

Después de otras 24 leguas de penosa marcha a través del desierto y pasando la quebrada de Pariña, que también tiene sus algarrobales, llegó don Antonio de Ulloa al pueblo de Amotape, donde hizo una observación para calcular la latitud, que halló de 4° 51' 43" sur.

El 21 salieron de la ciudad de Piura, marchando por terreno despoblado y cubierto por una espesa capa de arena, en dirección hacia el pueblo de Sechura, situado a poca distancia de la desembocadura del río de Piura en el Pacífico. Pero en esta ocasión iban con más comodidad, pues desde la ciudad de Piura hasta Lima se acostumbraba entonces viajar en literas.

No se sabe cómo se haya enteramente perdido una costumbre tan cómoda para los viajeros, que podían recorrer la Costa del Perú sin fatigarse y al abrigo de toda intemperie.

Las literas que se usaban en aquella época, eran cubiertas y llevadas por mulas; suspendidas por medio de largas cañas llamadas de Guayaquil, a los bastos de dos de estos animales, uno situado por delante y el otro por detrás. Estos vehículos se hallaban dispuestos de modo que no tocasen el agua en el vado de los ríos, ni tuviesen embarazo en las subidas y bajadas por los caminos que ofrecen algunas desigualdades.

En la mula de adelante iba acabalgado un muchacho para guiar el animal y en la de atrás se acomodaba alguna maleta o pequeño baúl con lo necesario para el camino. Otro hombre llamado el peón de la litera iba a bestia para dirigir la marcha y servir al viajero en lo que se le ofrecía.

El 26 de noviembre llegaron los viajeros a Lambayeque, población mucho más grande que Mórrope, situada a 4 leguas de distancia.

El 4 de diciembre dejaron Trujillo y pasando a vado el río de Moche, llegaron al pueblo del mismo nombre que dista unas 4 leguas.

Al siguiente día, la marcha fue más penosa, pues tuvieron -338- que atravesar dilatados arenales y dos cuestras para llegar al río de Santa, cuyo laso es bastante peligroso, por ser uno de los más grandes ríos de la Costa del Perú.

El paso del río de Santa presenta hoy las mismas dificultades que en la época que lo atravesaron don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa; y siendo interesante la descripción que da este último en la relación de su viaje voy a reproducirla aquí literalmente:

El río de Santa se explaya en el paraje, por donde regularmente se vadea cosa de un cuarto de legua, formando cinco madres o brazos principales, por los cuales corre en todas las sazones del año con mucho caudal; pásase a vado, y hay para ellos hombres destinados con caballos muy altos, y enseñados a resistir la violencia de su corriente que siempre es grande. Danles el nombre de chimbadores, y tienen el cuidado de buscar y conocer el vado para guiar después por él las cargas y pasajeros; sin cuya providencia no sería practicable, porque es muy frecuente el mudarlos, con las avenidas, y difícil el encontrarlos; experimentándose aún en los mismos chimbadores muy de continuo la desgracia de que variándolos repentinamente en algunos de sus brazos, los arrastre la corriente, y haga perecer entre sus ondas. Cuando es invierno en la Sierra, que corre muy cargado, no admite vado en muchos días; y entonces es forzoso que se detengan los pasajeros hasta que aminoren las aguas, particularmente si van acompañados con algunas cargas de mercaderías; porque hallándose escoteros, tienen el recurso de poderlo pasar en balsas de calabazos, rodeando seis, o ocho leguas más arriba del pueblo, donde tiene más comodidad para ello; pero nunca sin peligro, pues suele suceder que cayendo en alguna violenta corriente, arrastre consigo la Balza hasta meterla en la mar. Cuando nosotros lo pasamos estaba bajo totalmente, y no obstante por tres experiencias, que se hicieron en su orilla, y convinieron todas entre sí, hallamos, que 29½ segundos de tiempo corría el agua 35 tuesas; esto es, en una hora de tiempo 4271 tuesas, que hacen una legua y media marítima. Esta violencia del agua es algo menor, que la que M. de La Condamine señala en la relación de su viaje del río Marañón al Pongo, Estrecho de Manceriche; pero no hay duda, que cuando el río de Santa aumenta su caudal con el exceso, que suele, sobrepujará su aceleración a la de aquel pongo; pues estaba en esta ocasión en la mayor menguante que acostumbra.

-339-

La hacienda de Huacatambo se halla en la quebrada de Nepeña cuyo nombre no parece en la relación del viaje.

De Huacatambo siguieron los ilustres viajeros a la población de Casma, que se componía entonces solamente de diez o doce casas, y pasando el riachuelo que baña la quebrada, fueron a descansar en la hacienda de Manchan. Al siguiente día, la jornada fue más penosa, pues tuvieron que pasar por unas cuestras sinuosas llamadas las Culebras, las que son molestas para las cabalgaduras, y debían serlo mucho más para las literas, por la dificultad de seguir las vueltas y la inclinación del camino.

Desde el pueblo de Huarmey empieza un largo despoblado formado por extensos arenales interrumpidos por cerros; y como no se puede recorrerlo con cargas en un solo día, es preciso pasar la noche en el camino. Así es que el día 13, habiendo salido de la población de Huarmey, fueron a descansar en un paraje llamado los Callejones, cuyo nombre trae su origen del camino, que pasa al través de varios cerros formando unos estrechos callejones. En aquella jornada atravesaron un cerro que ofrece un paso peligroso, principalmente para las literas, llamado Salto del Fraile, formado de peña viva cortada en barranco hacia el mar, donde basta un tropezón de las bestias para caer al precipicio.

Siguiendo su viaje a Lima, pasaron de la villa de Huaura a la de Chancay, población más grande que las anteriores, pues tenía desde entonces unas trecientas casas de adobes, quinchas y rancherías, y entre sus habitantes se contaban numerosas familias españolas, muchas de las cuales eran bastante distinguidas.

El mismo día de su llegada a Chancay salieron por la tarde y pasando a vado el río de Pasamayo que estaba algo crecido, fueron a dormir al Tambo del mismo nombre, para poder subir en la madrugada la cuesta cubierta de arena de los cerros que limitan el valle de Chancay por el lado del Sur.

El 18 de diciembre de 1740, continuaron su camino entrando a Lima, después de una fatigosa marcha de 12 leguas, habiendo recorrido en su dilatado viaje por la costa, desde Tumbes hasta la capital del Perú, 264 leguas.

Don Antonio de Ulloa concluye la relación de su viaje de Tumbes a Lima, con algunas consideraciones generales sobre la Costa del Perú, las que añadidas a lo ya dicho, dan una cabal idea de esta particular región de la América del Sur.

En cuanto a los recursos, dice Ulloa en su Relación, se hallaban con abundancia en las poblaciones del tránsito, aves, -340- carnes, pan, frutas y vino a un precio moderado, pero era muy difícil encontrar quien preparase la comida. En los pueblos pequeños había tambos o posadas, que se reducían a un cobertizo simple donde se encontraba tan sólo las paredes, de manera que los viajeros tenían que llevar hasta las ollas para cocinar.

La amplitud del relato hecho hace innecesario dar cabida en nuestro libro a la completa descripción del viaje hecho por Raimondi de Lima a Trujillo por tierra en 1859. Siendo el paso del río Santa lo más interesante de esa descripción y lo que pone de manifiesto la forma primitiva y peligrosa como se viajaba por el Perú hasta la época en que se estableció la comunicación regular, primero a la vela y después a vapor, recomendamos su lectura en el tomo IX del Boletín de la Sociedad Geográfica.

Raimondi, que fue un sabio en todos los ramos del saber humano a que se dedicó, también lo fue en el difícil arte de viajar. Recorrió en veinte años casi todo el territorio, y si adquirió celebridad en movilización, también la obtuvo por la buena forma con que trató a las gentes que encontró en los largos viajes que hizo por el Perú.

Es por esto, que como investigador de la naturaleza peruana, sus apuntes sobre la comunicación son de extraordinario interés. También lo son las observaciones que le sugirieron las dificultades halladas en los caminos. Además, a pesar de hallarnos en el año de 1920, nueve décimas partes del territorio tienen la misma vialidad y los mismos tropiezos que halló Raimondi en los años de 1858 a 1878. Hablar pues de lo que era el camino de herradura en el Perú en esos años, es repetir lo que él es en la actualidad. Esta circunstancia da al relato que copiamos mayor interés y -341- y pone de manifiesto el motivo principalísimo por el cual medio Perú está desconocido y casi en estado de barbarie.

Desde mis primeros viajes vi la necesidad de tener bestias propias, para poder seguir mis estudios en los lugares poco frecuentados o enteramente desconocidos.

En cuanto a la montura o silla, la más apropiada para los caminos quebrados del interior, es sin duda la del país que se conoce con el nombre de silla o montura de cajón; porque, cuando es bien construida, no se apoya sobre el lomo, que es la parte más delicada de la bestia, sino sobre las costillas, como lo ha observado también M. Herndon en su obra sobre el valle de Amazonas. Apoyándose dicha montura, como hemos dicho, sobre las costillas, la presión ejercida por el jinete se halla repartida sobre una mayor superficie del cuerpo, y de consiguiente maltrata menos al animal.

Respecto a las bestias de carga, he tenido que vencer mayores dificultades, a causa de que ninguna de las clases de aparejos que se usan en las distintas partes del Perú, evita que las bestias se maltraten, principalmente cuando tiene que trajinar por regiones de terreno muy quebrantado, donde los caminos forman una serie constante de subidas y bajadas.

Cualquiera que haya viajado en la sierra por caminos cortados en la peña, o llenos de pequeñas piedras angulosas, habrá visto la imposibilidad de seguir un largo viaje con la misma bestia, si no se tiene la precaución de mantenerla continuamente herrada. Pero en el interior del Perú, si se exceptúan las principales poblaciones, no es fácil conseguir herraduras ni una persona práctica en el arte del herrador; de consiguiente, aun teniendo bestias propias, frecuentemente sucede que en los largos viajes por caminos algo extraviados y malos, las bestias llegan a desparsearse y a maltratarse tanto, hasta no poder seguir la marcha aun sin carga alguna; y el viajero, sea porque se halle en lugar desprovisto de recursos, sea porque no quiere interrumpir sus trabajos, se ve en la dura necesidad de abandonar alguna mula en el camino.

Por experiencia propia me vi obligado a salvar también esta dificultad, haciendo que mi criado aprendiese a herrar las bestias, y llevando en viaje un surtido de herraduras y todos los útiles para aplicarlas.

En cuanto a la clase de bestias más apropiadas para los largos viajes por el interior, son sin duda alguna preferibles las mulas a los caballos. La pisada segura, tanto por la pequeñez - 342- de su casco que se adapta mejor a las desigualdades del terreno, cuanto por su instintiva prudencia; la mayor resistencia a las fatigas y el convenirse más fácilmente con toda clase de alimentos, hacen de la mula el animal indispensable para los largos viajes en los quebrados caminos del interior.

Un caballo no sólo presta útiles servicios en la región de la Costa, sino que sirve también en el interior en todos los caminos no muy quebrados; y además, marchando acompañado con bestias mulares, por un particular instinto de esta clase de animales, sirve, como se dice en el país, de madrina a las mulas, las cuales cobran tanta afección por el caballo, que no se alejan de él un solo instante, y esta instintiva afección evita que se pierdan las mulas durante la noche. Así, en la mayor parte de los casos, basta cuidar el caballo para que las bestias mulares de ambos sexos puedan comer enteramente sueltas, sin peligro de que se pierdan.

Yo mismo en mis últimos viajes he adoptado el sistema de tener siempre un caballo, y he podido notar del modo más patente la intensidad de esta afección instintiva de las bestias mulares hacia el caballo; pues aun cansadas hacían todos los esfuerzos posibles para seguirlo; y las he visto también, cuando estaban hambrientas, dejar la comida para seguir al caballo, si se retiraba éste del potrero donde pastaban juntos.

Cuando se viaja por los caminos más trillados del interior para visitar las principales poblaciones, no se toca con otras dificultades que las que presenta el desnivel del terreno, y el viajero halla en todas partes una generosa hospitalidad y los recursos que necesita; pero no acontece lo mismo si quiere apartarse de aquellos caminos, para visitar pueblos habitados puramente por indígenas. En primer lugar, será preciso que sepa la lengua quechua, o vaya acompañado de una persona que le sirva de intérprete; porque sin hacerse entender, es claro que no podrá proporcionarse el más pequeño recurso. Además de la dificultad de la lengua, tiene que luchar con la apatía y el carácter desconfiado de los indios. Sea que este carácter resulte, según algunos, del maltrato que han sufrido durante la larga dominación española, sea debido, como yo creo, a su especial organización; lo cierto es que el indio siempre desconfía del blanco, y raras veces presta voluntariamente sus servicios.

Conociendo por experiencia el carácter sumamente desconfiado y poco hospitalario de los indios, había adoptado la costumbre, en todos los lugares donde se podía conseguir algo, de no preguntar nunca si tenían tal o cual cosa, sino entregarles -343- antes la plata en su propia mano, para quitarles el recelo, y enseguida decirles lo que quería.

Otras veces conseguía lo que deseaba tan sólo con dar pan o alguna golosina, como un pedazo de azúcar, un dulce, etc., a la mujer de la casa.

Puedo asegurar que nunca he necesitado de amenazas ni pasar a las vías de hecho tomando por la fuerza lo que quería; y cuando regresaba a algún punto que había visitado una vez, ya tenían confianza en mí, y me proporcionaban lo que podían.

No es raro llegar a unos de estos desdichados pueblos y encontrar todas las casas cerradas, por hallarse los moradores en el trabajo de sus chacras que a veces están muy distantes de la población. En tal circunstancia, si el viajero no se decide a ir en persona o mandar a su criado a participar su llegada a la autoridad, se verá obligado a esperar en el pueblo hasta la noche, para tener el mínimo auxilio.

Pero el accidente más terrible para el viajero que recorre el interior del Perú, es el de llegar a una población un tanto retirada el día en que los indios celebran alguna fiesta; porque es muy difícil que encuentre ni a una sola persona en su sano juicio. En estas ocasiones, que no son raras en el interior, es forzoso que el viajero se resigne a sufrir toda clase de majaderías, y a perder quizá todo el día sin poder hacer nada, considerándose por feliz si logra un poco de forraje para sus animales.

Visitando pueblecillos muy apartados, sucede a veces que las pequeñas autoridades locales se resisten a prestar todo recurso, aunque el viajero lleve notas del subprefecto o prefecto, o aún del su remo gobierno. En este caso, la mayor amenaza que se puede hacer a un indígena, es la de decirle que se le hace responsable de los resultados. Por su mismo carácter desconfiado, no pudiendo medir el grado de responsabilidad que se le echa encima; se figura que tal vez le confiscaran sus bienes; le quitaran su ganado y causaran su completa ruina; y esta sospecha o duda va tomando mayores proporciones en su cavilosa imaginación, hasta transformarse en una verdadera fantasma.

El viajero que, después de haber recorrido la Costa y la Sierra, quiere penetrar a la región de los bosques o montaña, tiene que superar mayores obstáculos que los ya indicados. Mientras se limite a visitar las partes de la montaña donde hay cultivo; de caña, coca, cacao, etc., si es verdad que marcha -344- por malos caminos, puede sin embargo casi siempre andar a bestia, porque donde hay haciendas con cultivos, hay también algún camino o senda para extraer los productos. Pero si desea penetrar más al interior, para visitar, por ejemplo, las minas de oro de la provincia de Carabaya, estudiar el curso de algún río o recorrer regiones enteramente desconocidas, para pagar algún tributo a la ciencia geográfica; entonces tendrá que vencer un sinnúmero de dificultades, tales como la marcha a pie, la falta de toda clase de recursos y el peligro que ofrecen los salvajes.

Un viaje de Lima a Jauja, hecho y descrito en 1867 por un chileno Manuel Concha, y que sin ninguna alteración copiamos, dice tanto acerca de la manera de viajar a mula en ese año de 1867, que inútil nos es comentarlo. Su lectura pone de manifiesto la causa por la cual Morococha y Cerro de Pasco, dos de los más ricos centros mineros del Perú, han vivido inexplorados hasta el presente, y el por qué la sierra de Junín estaba tan distante de Lima como hoy Lima lo está de Ayacucho. Sí eran siete días los que se necesitaban caminar a caballo por ásperas sendas y tierras inhospitalarias para ir de Lima a Jauja, y si este viaje a más de ser caro era penoso y en él hasta la vida se exponía, ¿cómo pudo ser posible que la industria andina tomara el desarrollo que principia a tener? Un tren que sale hoy de Lima para Huancayo o para el Cerro, conduce en 16 horas que dura el viaje, tanta carga como hace 25 años, para ambos lugares se llevaba en mula en tres meses.

Dice Concha en su relación:

Desde Lima hasta la antigua ciudad de Jauja o Atunjauja, que tantos embarazos y estorbos opuso a los conquistadores, existe una distancia nada despreciable; según unos de ochenta leguas peruanas (que constan de cien cuadras de cien varas cada una), según otros de ciento

setenta leguas chilenas. A pesar de tan opuestas apreciaciones, nosotros, sin emitir nuestra opinión, no podemos menos de decir y afirmar que, -345- además de ser excesivamente prolongado, es peligroso en muchas partes, intransitable en algunas e infernal en toda su extensión.

Desde Chaclacallo, pequeña reunión de ranchos, a la que ni aún se le puede dar el nombre de lugarejo, situado a una altura de seiscientos cincuenta y nueve metros sobre el nivel del mar, primera pascana o alojamiento, distante de Lima doce leguas chilenas más o menos, el valle, fertilizado por el Rímac, principia a estrecharse poco a poco hasta llegar a presentar, en el resto de su extensión, el aspecto de una verdadera quebrada, en la que se ven hasta cerca de Zurco, pequeños algodones perdidos y abandonados en su mayor parte.

Desde la hacienda denominada Chosica, no muy distante de Chaclacallo, principió a desplegarse ante nuestros ojos una decoración de un aspecto de salvaje grandeza, si es posible expresarse así. Principiamos a ver elevadas montañas despejadas de vegetación que se extendían paralelamente a uno y otro lado del estrecho valle, por los cuales nos era necesario marchar casi siempre a media falda por un camino aéreo semejante a la cornisa de una casa, con un abismo vertical a un lado y al fondo del abismo, el río despedazándose majestuosamente entre grandes pedrones con un ruido semejante a un mar que principia a agitarse.

Podemos decir, con la mayor exactitud, que el Rímac desde su nacimiento se desliza por un áspero lecho de rocas y estrechado por un bosque, en algunos lugares casi impenetrable, formado de caña brava, sauces, molles, etc., y una multitud de otros árboles que prestan cómodas y seguras guaridas a los ladrones, que abundan en este trayecto a pesar de la patrulla que tiene establecida el gobierno y que recorre la extensión de camino comprendida entre Polcache y Chosica.

Podríamos narrar muchos curiosos episodios acerca de los ladrones de este camino y sus robos; pero éste no es nuestro objeto: solamente diremos que son generalmente negros y que pocas veces asesinan; su objeto es robar y casi siempre al robado le dan alguna pequeña cantidad para que continúe su viaje o llegue adonde Dios le ayude.

El caprichoso zigzag de esta ruta nos colocaba repetidas veces en situaciones en que, por indiferentes que fuéramos, no podíamos menos de detenernos y contemplarlas llenos de admiración, pues lo que nos rodeaba era imponente.

No lo olvidaremos: en una ocasión nos encontramos suspendidos sobre un precipicio vertiginoso, a cuyo alrededor sólo veíamos un círculo, verdadero círculo trazado por un compás -346- colosal y formado por desafortunadas montañas de rocas, pero de tal configuración, que al elevarse iban contrayendo el círculo, por manera que el que presentaban en la superficie de sus desiguales cumbres, era, en gran parte, menor que el formado por sus colosales cimientos. Admirados ante tanta grandeza de tan salvaje aspecto, tornamos los ojos a nuestro alrededor y solamente vimos por doquier titánicas murallas, que parecía que se iban a desplomar sobre nuestras cabezas. El lugar por donde penetramos había desaparecido por las vueltas que nos fue preciso hacer; el de nuestra salida nos era igualmente desconocido e invisible. Nos encontrábamos suspendidos sobre un precipicio

que tenía para tragarnos sus fauces abiertas constantemente; estábamos convertidos en el punto céntrico de aquel círculo que formaba la base del cubilete colosal formado por los Andes.

Todo esto tiene un aspecto desolador, salvaje y triste, pero sublime e imponente. Un ruido solamente se oye: los tumbos del río que se despedaza a gran profundidad entre colosales rocas desprendidas de las montañas por algún sacudimiento volcánico, en las que se ven, en forma de nichos, el lugar que ocuparon en otra época.

La soledad es absoluta y ni aún se ve al atrevido cóndor, rey y señor de los Andes. Uno que otro quisco de raquílica estructura extiende penosamente sus descarnados brazos por entre las grietas.

Algunas veces nos veíamos obligados a trepar una escalera de piedra de un metro de ancho y de desiguales escalones o tramos, cuya ascensión, además de peligrosa era difícil, y dependía nuestra vida de una mala pisada de la mula, porque tal es la caballería que requiere este camino; así es el paso denominado el Infiernillo, cuya escalera es de mármol abigarrado; otras veces caminábamos por senderos aún más estrechos, conservando siempre el insondable precipicio a un lado, y la elevada y perpendicular montaña al otro.

Y tanto más peligrosa nos parecía la ruta, cuanto que nuestra caballería tenía que caminar por el borde del precipicio, derrumbando los menudos guijarros porque nos era preciso seguir paso a paso a los animales de carga que por instinto de conservación caminan por la orilla para no chocar con la muralla formada por la montaña; de esta manera se explica cómo un animal, con una carga de algún volumen, puede transitar por esos aéreos surcos más bien que caminos.

El traje original del cholo, siempre a pie tras de sus recuas de asnos o llamas, la ausencia de todo objeto que revele -347- la actual civilización, el camino en estado de pura naturaleza, etc., todo contribuía a que nos formáramos la ilusión de que éramos el primer hombre de otras regiones que penetraba en esa comarca.

Nos llamó igualmente la atención las ruinas que con frecuencia vimos de antiguas poblaciones de súbditos de Manco Capac y Atahualpa.

Las principales pascanas o alojamientos que existen en el trayecto comprendido entre Lima y la cordillera son: Chaclacallo, Cocachacra, pequeña aldehuela de cien habitantes; Zurco, mayor que la anterior y por consiguiente de más recursos; San Juan de la Matucana y San Mateo. Hay además algunas haciendas, como Chosica, por ejemplo, en donde se recibe franca hospitalidad; pero no aconsejamos que ningún viajero se aloje en la hacienda llamada Santa Ana o Candelaria, pertenecientes a un italiano, el hombre más miserable que se puede imaginar, porque por mucho dinero que lleve, está expuesto a perecer de hambre o por lo menos a enfermar de incomodidad.

Desde la cordillera de Autaranga, que cuenta catorce mil pies de elevación sobre el nivel del mar, descendiendo hacia el Oriente, se principia a seguir a corta distancia el río Jauja.

En esta parte del camino todo es distinto del anterior, todo cambia de aspecto; a la aridez del terreno sucede una vegetación raquílica compuesta de extensos gramales llamados pastos de puna; a las elevadas y pedregosas montañas suceden otras de un orden más inferior que contienen tierra vegetal; los caminos, de estrechos y peligrosos, se convierten en planos y algún tanto cómodos, por largas llanuras de excelente terreno para siembras, pero que sin embargo permanece virgen y solamente produce un pasto espontáneo y poco nutritivo, sin duda a causa de la altura en que se encuentra y de los fríos excesivos a que está sujeto.

A tres leguas más allá del establecimiento de Morococha, donde el viajero encuentra franca y desinteresada hospitalidad y cómodo alojamiento, está situado el pequeño pueblo denominado Pachachaca. Antes de llegar a él nos fue preciso descender una cuesta sobrado larga y perpendicular, desde cuya elevación dominamos, a vista de pájaro, el valle en que está situado, parejo y uniforme como una mesa de billar, por cuyo centro no corre sino que serpentea, formando las curvas más originales que se pueden imaginar, un pequeño riachuelo tributario del de Jauja.

-348-

Todo es original y miserable en estos lugares allende los Andes.

Se ve con frecuencia en la puerta de los ranchos una larga vara con un manojito de pasto verde a su extremidad: este emblema significa que allí se vende chicha. Otras veces el palo tiene un canasto sin fondo a fuer de viejo: se vende pan; y cuando se ve tremolar un harapo de lienzo de cualquier color, se expende aguardiente. No pocas veces, en un mismo palo, se enseñorean estas tres heterogéneas insignias o emblemas muy fraternalmente reunidas.

Los caminos, en estas largas llanuras, son una especie de surcos semejantes a los que formaría un poderoso arado, por cuyo centro marcha un animal; por manera que el jinete, a poco esfuerzo, puede tocar tierra con los pies y quedar convertido en un coloso de Rodas.

En la época de las aguas estas vías son sumamente incómodas y hasta peligrosas.

Se ve progresivamente crecer el río Jauja hasta una legua más o menos, antes de llegar a Oroya, en donde, impetuoso como un torrente, desaparece para volver a aparecer tranquilo y sereno trescientos metros más allá, formando por consiguiente un puente natural por el que atraviesa el camino.

Al llegar a Oroya lleva una masa de agua considerable, y aquí se pasa por un puente de cimbra de cuarenta metros de largo, mediante una contribución o derecho por animal. El peaje de este puente se remata anualmente y produce una cantidad de soles al municipio de Tarma.

Es casi indispensable alojarse en Oroya, porque desde aquí hasta Jauja sólo resta una jornada, pero muy larga. En la sala en donde nosotros pasamos parte de la noche, y que debe estar destinada a este objeto, vimos en sus murallas blanqueadas una multitud de nombres propios, pertenecientes a otros tantos viajeros, al pie de los cuales se leían algunas invocaciones al Todopoderoso: plegarias sin duda de algunos enfermos que marchaban a

Jauja en busca de salud. ¡Cuántos de estos infelices habrán hecho un viaje inútil!... Y para formar un desagradable contraste, al lado de estas tristes invocaciones, leímos, y no en escaso número, otras inscripciones y figuras obscenas.

En esta pascana se abandona el río para tomar una dirección contraria y para no volverlo a ver, porque corre a una legua de Jauja y a gran profundidad, por lo que sus aguas son inútiles, para enseguida ir a engrosar al Marañón o Amazonas.

-349-

Al aproximarnos a Jauja vimos a ambos lados del camino, tanto en el valle como en las laderas, sobre todo en éstas, una serie no interrumpida de terrenos preparados para recibir la semilla del trigo o cebada, y como el terreno toma varios colores, el aspecto que presentaba era pintoresco.

Repuesto el viajero algún tanto de los infernales caminos por donde ha transitado, y como para recordarlos, si fuera posible que los olvidara, dos leguas antes de llegar al término de su viaje se ve obligado a subir y bajar las más incómodas cuestas, hasta que por fin, molido y zarandeado, divisa las torres de las iglesias de Jauja y encuentra el término de sus fatigas, después de haber recibido durante siete días los rayos abrasadores de un sol tropical, una nevada o una lluvia que le ha calado hasta los huesos, y de haber andado 160 leguas.

Raimondi, que viajó por todos los caminos que van de la cordillera a la región oriental, condensó en un magnífico artículo sus impresiones de viaje.

La provincia litoral de Loreto, considerando su extensión tiene muy pocos habitantes, de manera que casi todos sus caminos son enteramente despoblados y faltos de recursos; siendo muy común viajar a veces muchos días sin encontrar un lugar habitado. En la mayor parte de estos caminos se han construido, de trecho en trecho, algunos techados que se conocen en el país con el nombre de tambos, y adonde el viajero no halla otro recurso que un abrigo contra las fuertes lluvias durante la noche.

Otras de las dificultades que presentan las vías de comunicación en esta dilatada provincia, es que en un camino de pocas leguas hay que atravesar un gran número de ríos, o más bien de impetuosos torrentes, los que careciendo de puentes es preciso pasarlos a nado, con gran peligro de ser arrastrado por la fuerza de la corriente.

Los principales caminos que sirven de entrada a esta apartada provincia, son tres: uno del norte, otro en la parte media y otro en el sur del Perú. El del norte es el principal que, como hemos dicho, conduce de Chachapoyas a Moyobamba.

El citado camino, desde Chachapoyas a Taulia, que dista como siete leguas, no es muy malo y se puede marchar a bestia con comodidad; pero desde Taulia hasta Río Negro, que dista menos de ocho leguas de Moyobamba, el camino es pésimo -350- y además enteramente despoblado. De Taulia se sube continuamente hasta la frígida Puna de

Piscohuañuni, que es el punto más elevado del camino y también línea divisoria que separa las aguas tributarias del Marañón de las que afluyen al Huallaga. Algunos trechos de la subida no pueden ser peores, tal por ejemplo, la cuesta llamada de Doval, poco distante de Taulia.

Para formarse una idea de esta cuesta, imagínese una escalera formada de muchos palos redondos y puestos transversalmente a manera de gradas sobre una capa de barro ligoso. Las bestias, subiendo sobre estos palos, que continuamente se hallan mojados, resbalan a cada paso y caen; feliz todavía el caminante si su mula no pone un casco entre los intervalos que dejan a veces los palos entre sí, porque en este caso peligran tanto el viajero como la bestia.

Pasado el Río Negro continúa el camino a la ciudad de Rioja, que dista poco más de dos leguas, y de este punto a Moyobamba, atravesando en el camino los ríos Tonchiman, Indoche e Indañe.

Otro camino que sirve de entrada a la provincia de Maynas, y que la pone en comunicación con el centro de la República, es el de Huánuco. Este camino es transitado por todos los que navegan por el Huallaga, y aunque malo, es sin embargo mejor que el de Chachapoyas a Moyobamba, porque en general, es bastante seco, y sobre 40 leguas que es la distancia de Huánuco a Tingo María, tiene solamente diez de despoblado.

El camino que pone en relación la parte sur de la República con la provincia litoral de Loreto, es el que sale del Cuzco y pasa por el valle de Santa Ana.

Este camino se dirige del Cuzco a la ciudad de Urubamba, la que dista seis leguas y se halla situada en la orilla del río llamado en este punto de Urubamba, porque baña la ciudad y que es el mismo que pasa por Santa Ana. El camino al salir de Urubamba continúa en la quebrada hasta el pueblo de Ollantaytambo, célebre por sus ruinas y que dista cuatro leguas. En este punto se deja la quebrada principal para entrar en otra secundaria por la que se sube hasta una rígida puna, rodeada de cerros cubiertos de nieve perpetua; se pasa por un portachuelo y se baja al otro lado por una quebrada que desemboca un poco más abajo en el mismo valle de Urubamba, que aquí llámase de Santa Ana. Se sigue el valle hasta el pueblo de Echarate el que se considera como el embarcadero del río de Urubamba o Santa Ana y que dista del Cuzco -351- como cuarenta leguas. Este camino, aunque no muy bueno, se puede sin embargo transitar a bestia y es bastante poblado, encontrándose a cada paso haciendas de coca, cacao, café, etc.

Además de estos tres caminos principales, existen algunas sendas, más o menos transitadas, que sirven de comunicación entre la provincia litoral de Loreto y los demás departamentos; pero la mayor parte son tan escabrosas y tienen trechos tan peligrosos, que sólo los indios acostumbrados, o el naturalista ávido de observar la virgen naturaleza en sus más recónditas regiones, pueden transitarlas.

Una de estas sendas sale de Buldibuyo, en la provincia de Pataz, atraviesa la cadena que separa esta provincia de la litoral de Loreto y baja al pueblo del Valle, cerca del Huallaga.

De Tayabamba, en la misma provincia de Pataz, salen otros dos senderos, de los que uno baja al pueblo de Tocache y otro al de Pizana: ambos cerca del Huallaga.

De Huacrachuco, en la provincia de Huamalíes, hay otra senda que también baja al Huallaga, pero es mucho mejor que las anteriores, porque casi se puede transitar a bestia.

De Chavín de Pariarca, en la misma provincia de Huamalíes, sale un pequeño camino que atravesando la cadena de cerros que separa el Marañón del Huallaga, baja a las montañas de Monzón, cuyo río es navegable por pequeñas canoas y desemboca al Huallaga cerca de Tingo María.

De Huánuco y del Cerro de Pasco salen dos pequeños caminos, hacia las montañas del Pozuso, los que continúan por una senda hasta el puerto del Mayro, situado en la confluencia del río Pozuso con el Palcazo, en donde embarcándose, se puede bajar directamente al Ucayali, por medio del río Pachitea.

Por Jauja, Ocopa y Huancayo hay sendas que pasando por Lomas y Andamarca se dirigen al Pangoa y al antiguo embarcadero de Jesús María, situado en la confluencia del río Perené con el río Ene, y por donde pasaban, al principio de este siglo, los misioneros de Ocopa que se dirigían a Sarayaco.

De Huancavelica y de Ayacucho salen caminos que se continúan por medio de senderos en las montañas de Huanta hasta la confluencia del río Mantaro con el Apurímac, desde cuyo punto empieza el río Ene que es navegable.

Por último, del Cuzco sale un camino del valle de Paucartambo, continuando por una senda hasta el río «Madre de Dios», cuyo curso todavía no se conoce.

-352-

De todo lo que hemos dicho sobre los caminos de la provincia litoral de Loreto, se ve que en general se hallan en muy mal estado, ya por la falta de puentes sobre los numerosos ríos que a cada paso atraviesan el camino, ya porque es necesario hacer la mayor parte de los caminos a pie, empleando numerosos brazos para el transporte de las cargas, cuando faltan para los trabajos más indispensables de la agricultura y de las otras industrias.

Después de haber manifestado el estado en que se hallan las vías de comunicación en esta importante provincia, me es satisfactorio hacer conocer que, desde tres años a esta parte, parece haberse despertado en todo el Perú un gran espíritu de empresa para abrir caminos que faciliten la comunicación de los diferentes departamentos con los caudalosos y navegables ríos que surcan en toda su extensión la rica e inagotable comarca que es el objeto de nuestro estudio.

Un manifiesto deseo de conocer tierras nuevas y de adquirir fácilmente fortuna, nos llevó en 1894 a Loreto. Nuestras impresiones fueron consignadas en una serie de artículos. De

ellos tomamos los acápites de un viaje que principió en Pacasmayo y terminó en el Yavarí. Este viaje se realizó 34 años después del que hizo Raimondi, y como se ve por nuestra descripción, la movilidad en 1894 en nada había cambiado ni mejorado. Hoy día, la vía de Moyobamba hállase en peor condición, habiéndose abierto el camino del Pichis que antes de 1890 no existía, vía que casi es la única para ir de Lima a los ríos navegables.

Octubre 1.º.- Para trasladarse a Iquitos, centro de la región Amazónica del Perú, sólo existen dos vías: la marítima por Panamá, Colón, Barbados y Pará; y la terrestre por Pacasmayo, Cajamarca, Chachapoyas, Moyobamba y Yurimaguas.

La segunda vía es indudablemente más penosa que la primera; no tiene sino la ventaja de ser menos costosa, pues sólo aporta, cuando más, cien soles.

El punto de partida es Pacasmayo, unido por tren a Yonán, algo como 65 kilómetros. Desde esta estación principia la marcha a bestia, por tres días, hasta llegar a Cajamarca, de -353- cuya ciudad se pasa a Chachapoyas, en un tiempo que nunca puede ser menor de siete días.

Notable es lo accidentado del terreno por el cual pasa el camino que une el mar con Chachapoyas, siendo tres los ramales de la cordillera que tienen que atravesarse. Entre los dos últimos se ha abierto profundo paso el río Marañón, que no hace bien alguno en la larga carrera que media entre su nacimiento y el pongo de Manseriche. Lo profundo de su cauce impide que sus aguas sirvan de regadío a las miserables planicies que forman sus playas; en cambio ese río es el obstáculo más invencible que la naturaleza ha puesto en el norte del Perú, para la comunicación de la costa con la montaña.

Cuatro días se emplean para bajar y subir el Marañón; y sin embargo, en línea recta, de uno a otro punto culminante de ambas cordilleras, no habrá más de quince leguas.

El Marañón corre tranquilo y majestuoso por la ardiente quebrada que él mismo se ha formado, y como no tiene puente alguno que lo atraviese en todo el departamento de Amazonas, es menester recurrir a la navegación de él, la que se hace en balsas, a pocas cuabras del pueblo de este mismo nombre. Esta travesía, que en época de vaciante, o sea cuando el río está bajo, se hace con toda felicidad, es peligrosísima en tiempo de aguas.

Los balseros han plantado en una de las orillas un gran tronco, que tendrá dos metros de altura, y que les sirve de medida. Le llaman el rollo, y en verano está completamente seco; pero en invierno se hace invisible por algunos días. Cuando el rollo está tapado por las aguas, la travesía es peligrosísima y los balseros sólo la emprenden por cuenta y riesgo de los pobres navegantes; lo que quiere decir que no se hacen responsables del seguro naufragio, que siempre acontece en estas crecientes.

El naufragio generalmente tiene lugar en una onda, que por lo accidentado del hecho se forma en medio del río. Los balseros son valientes en el peligro; pero cuando la balsa no obedece al remo, se insubordinan y tirándose al agua, dejan a la mano de Dios el equipaje, y lo que es peor su carga humana.

Un accidente de esta naturaleza pasó hace dos o tres años a los señores diputados Rubio y Hernández. El caso fue bien trágico, pues los balseiros abandonaron la balsa en pleno río, la que siguió por muchos kilómetros el curso, entonces impetuoso del Marañón. El señor Feliciano Hernández cayó de la balsa y se ahogó. Más suerte tuvo su colega don Manuel Rubio, -354- que pudo saltar sobre una roca, en el momento preciso en que la balsa pasaba rozando sobre ella. Allí pasó la noche, y al día siguiente, cuando su nombre se había inscrito en la lista de los muertos, apareció en el pueblo de Balsas, después de haber caminado muchas horas a pie. Lo más raro del trágico suceso es que todo el equipaje se salvó, pues la balsa quedó varada después de haber navegado muchos kilómetros.

Parece que este suceso ha decidido al Gobierno a pensar en la construcción de un puente, habiéndose hecho ya los estudios correspondientes, por el ingeniero Hohagen, en el punto llamado Jupén.

El viaje hecho hasta Chachapoyas, salvo el paso del Marañón, no presenta, pues, obstáculo mayor. Los caminos en que se viaja son iguales a todos los que atraviesan la cordillera de los Andes en la América del Sur. Pero una vez que de la capital de Amazonas se camina hacia el Oriente, el panorama varía por completo. Ya no hay camino, propiamente dicho, se viaja a pie por un sendero que los indios arrieros seguían en época muy remota. Jamás en esas quebradas se ha oído el estampido de un tiro de pólvora volando una roca; siendo así, que para salvar cada peña grande que se atraviesa en la vía, es menester dar enormes y peligrosísimos rodeos. A esto se añade, que el terreno es suelto y cenagoso, habiendo sido necesario construir largas calzadas de palos redondos, para pasar estos pasos que se llaman atolladeros.

Las gradientes para la subida y bajada de los cerros son de 30 y 40 por ciento y están hechas, generalmente, en forma de escalones. Aquí les dan el nombre de saltos, porque de escalón a escalón, media una altura de cincuenta centímetros.

Es tan malo dicho camino, que un hombre a pie puede llegar a Moyobamba en cuatro días, lo que a mula no se puede hacer en menos de ocho.

Puentes, hay algunos, pero faltan los principales; de manera que cuando carga el río, que atraviesa en el punto llamado Salas, es menester aguardar horas y a veces muchos días en una de las orillas, hasta que las aguas sean vadeables. En ambas orillas de dicho lugar no existe ni una choza, los viajeros quedan a la intemperie, muchas veces sin poder encender fuego para cocinar, por la torrencial lluvia que todo lo inunda.

En tiempo de aguas el correo queda detenido generalmente ocho o quince días en una orilla, hasta que el postillón aprovecha una ligera vaciante y pasa con gran peligro de su vida el torrentoso río.

El peor de los casos en el citado camino, es el descenso -355- rapidísimo de los últimos contrafuertes de la cordillera de Pisco-Huailluna a las hermosas planicies que riega el Mayo y sus afluentes. El punto culminante de este paso se llama la Ventana, y desde él se contempla una de las más exuberantes y extensas llanuras que la Naturaleza ha regalado al

Perú. El espíritu se recrea ante ese mar de verdura, cuyos límites se pierden en lontananza y el patriotismo se enorgullece al palpar nuestras riquezas.

Después de tan hermosa vista viene la bajada de la Ventana, que es el esfuerzo más heroico del hombre para convertir en camino de herradura, sin pólvora, pico, ni lampa, un elevadísimo y empinado cerro de piedra. Esta bajada dura tres horas y es menester hacerla a pie en todo su trayecto, pues toda ella es igual.

Noviembre 1.º.- Moyobamba es el comienzo del Oriente del Perú. Mainas, el país rico del caucho, está en la región fluvial. Para llegar a ella es menester ir a Yurimaguas, el puerto donde se embarcan los viajeros que vienen del Pacífico. En línea recta, entre Moyobamba y el citado puerto sólo hay 14 leguas, pero ¿qué importa que la distancia sea corta cuando no existe camino de herradura? Noticia es ésta bien desagradable para aquel que no está acostumbrado a viajar a pie. Varias son las malísimas vías para llegar a Yurimaguas. El viajero tiene que decidirse por una y como está ciego en el asunto, toma consejo.

El que estas líneas escribe ha escogido la vía de Tarapoto, porque así se lo obligan sus negocios, y sólo podrá hablar sobre el trayecto de Balzapuerto por referencias de personas que merecen fe. Ellas dicen que camino de herradura no existe: sólo se ha trabajado una trocha o sendero más o menos ancho por el que sólo puede pasarse a pie. A esto añaden, que entre Moyobamba y Balzapuerto pasa el último ramal del nudo de Pasco, el que naciendo en dicho nudo viene a terminar en las orillas del Alto Amazonas, y como dicho ramal está cubierto de tropical vegetación, es menester subir y bajar dichos cerros en pleno bosque, siendo por lo general tan tupido el ramaje de los árboles que casi nunca se reciben los rayos solares. El suelo, por tal causa, es húmedo, lleno de fangales y accidentado por numerosas quebradillas, que si son secas en verano, se convierten en riachuelos cuando llueve. La mucha accidentación del terreno hace impracticable el camino por una sola de las bandas del río principal, siendo necesario a cada momento pasar a la otra para caminar por la ribera opuesta. Sólo así se explica que al Mashuyacu, uno -356- de los ríos que forma la quebrada por donde se interna el camino, sea preciso pasarlo y repararlo dieciocho veces. El Escalerayacu, otro río principal, es menos exigente, pues sólo pide que se cruce doce veces, y un tanto menos el Chucloyacu, que se atraviesa en el camino ocho veces. Estas vadeadas hay que hacerlas a pie, generalmente con el agua a media canilla cuando estos señores Yacus que son afluentes del Huallaga están en vaciante. Cuando crecen por efecto de la más insignificante lluvia y el agua sube hasta la pantorrilla, ya no hay paso posible. De manera que si en verdad sólo existen cuatro días de viaje en este camino, pocos son los que lo hacen en menos de seis en los meses lluviosos, de los cuales sólo se exceptúan tres en el año: junio, julio y agosto. Siendo el camino malo, sólo se caminan tres leguas y media por día, o sea catorce en cuatro días, que es la distancia que media entre Balzapuerto y Moyobamba. En la costa este trayecto exigiría ocho horas de viaje y en la sierra doce.

Balzapuerto, en otro tiempo capital de la provincia de Alto Amazonas, es hoy miserable ranchería poblada escasamente por semisalvajes. En él principia la navegación por canoa en el Cachiyacu y después en el Parapapura, para llegar al Huallaga a medio kilómetro del Yurimaguas. De bajada se navega dos y medio días y de surcada ocho. Sabiendo que para hacer este viaje es menester entrar al río más de 40 veces, pregunté: ¿Qué traje usa el

viajero que en cuatro días se mete al río tantas veces? Se me contestó, el más sencillo: un pantalón, una camiseta, un sombrero de paja y unas zapatillas de lona con suela doble. Así avanza con paso firme en aquellos accidentados terrenos, recibiendo sobre su cuerpo torrenciales lluvias. Pero si quiere conservar la salud, debe cambiarse vestido inmediatamente que llegue al Tambo, poniéndose ropa seca y un poco doble. Cuéntanme que con esa precaución nadie se enferma. Horriblemente más penosa es la movilidad del equipaje y en general de toda carga. Burros y mulas se pasan la gran vida por aquí. A semejanza de sus dueños, que por ser loretanos no pagan ninguna contribución fiscal, ni municipal, estos animales viven en gran holgura, porque para ellos no hay caminos. El pobre indio los reemplaza y los supera; sube y baja con una desenvoltura admirable escaleras de piedra cuya gradiente es a veces hasta de sesenta por ciento, pasa ríos caudalosos y fangales horribles, en los que queda atollado hasta las rodillas.

Todo esto con sesenta libras de peso en las espaldas. Hombres, mujeres y niños viajan con carga de la misma manera y por -357- lo general con medio cuerpo desnudo, especialmente el carguero que sólo viste un pantaloncillo que termina en las rodillas. Así lleva su carga a la espalda, sostenida por una faja que afianza sobre la cabeza, y sin ponerse siquiera una jerga para aminorar la dureza del cajón o maleta que transporta. Lo más curioso es que así camina numerosos días y no se hace la menor lastimadura en la piel. Suda copiosamente y cuando llega a la orilla de algún río caudaloso, goza notablemente en darse un corto baño, junto con la carga lleva su cama y su comida. Consiste ésta únicamente en plátanos y fréjoles. Algunos van armados de escopetas y cazan por el camino loros y monos, que comen después de asarlos, ofreciendo al patrón la mejor parte del mono que es la mano. Ganan cinco pesos por viaje de seis días de los cuales se comen en el camino dos.

El camino por Tarapoto se puede hacer todo a bestia; siendo bueno cuando el terreno está seco. Hay escasez de piedras y los cerros que se faldean son de arcilla roja por lo que es un suelo duro cuando no está mojado, pero resbaladizo cuando cae la menor lluvia. El trazo de la vía es malísimo, las gradientes muy fuertes, no hay un sólo puente, siendo varios los torrentosos ríos por atravesar. Los fangales son numerosos en tiempo de aguas y en ellos queda atollada la bestia, a veces hasta el pecho, por lo que muchos prefieren hacer el trayecto a pie. Este viaje dura seis días y en su tránsito se pasa por los pueblos de Tabalosos y Lamas. Este último, según consta en el acta de su fundación, que existe en su archivo, fue bautizado con el título de El triunfo de la Santa Cruz de los Motilonos de Lamas.

El vapor que hace la carrera hasta Yurimaguas, sale el 15 de cada mes para Iquitos. Para ir de Tarapoto a Yurimaguas puede escogerse uno de los tres caminos que existen: el Pongo, Chasuta o Shapaja. Cualesquiera puede tomarse por hoy, menos el de Chasuta, en donde hace dos meses que sus pobladores asesinaron al subprefecto Bello y sus cuatro soldados. Estos semisalvajes siguen insubordinados y no hay hombre de cara blanca que se atreva a penetrar donde ellos.

Noviembre 25.- Al fin he podido abandonar Tarapoto y al salir de él, desaparece de mi espíritu la desagradable impresión que nos causa el oír hora a hora el tañido de la campana parroquial tocando a muerto, y el ver día a día conducir al cementerio numerosos cadáveres, en su mayor parte correspondientes a las primeras edades.

Es la viruela que ocasiona ese continuo toque fúnebre y -358- ese acarreo de muertos, siendo lo peor de este flagelo que la mortandad va en aumento, como que nadie sabe curar la viruela, ni nadie tampoco está vacunado.

La vía más corta que une a Tarapoto con el río Huallaga es la de Shapaja. Ella puede andarse a bestia en cuatro horas, siendo el camino malo y lleno de fangales como todos los de Loreto. Las otras vías son más largas y en todas ellas hay que caminar a pie.

Shapaja es un fundo agrícola y a la vez uno de los puertos de la provincia de San Martín. Está situado a pocos kilómetros de la desembocadura del Mayo en el Huallaga. En el punto en que se unen los dos ríos, el Huallaga tiene quinientos metros de anchura y profundidad de algunas brazas. Su aspecto es majestuoso e imponente para todos aquellos que, viniendo del Pacífico, no han visto en movimiento descendente un caudal mayor de aguas.

Aquí terminan los caminos de tierra y principian las peripecias de la navegación fluvial en un río que hasta el Pongo de Aguirre se ha declarado innavegable. A Shapaja jamás podrá llegar una lancha a vapor, no conociéndose más embarcaciones que la canoa para surcar y la balsa para la bajada.

Es la balsa un armazón de veinte palos, amarrados unos a continuación de otros con bejucos, los cuales con la carga, quedan casi sumergidos en el agua. Por esta causa para colocar los fletes y llevar a los pasajeros, es menester armar sobre estos palos una segunda armazón de ramas y cañas, armazón que se llama barbacoa, y queda situada a sesenta centímetros sobre la primera. Sobre esta débil embarcación se atreve el viajero a descender por las correntosas y desordenadas aguas del Huallaga.

La salida de Shapaja es desagradable: todos nos hablan de numerosos peligros y se despiden aconsejándonos ir a medio vestir, pues por lo menos se nos espera un baño en los malos pasos. El dueño del fundo recomienda a los bogas, una y diez veces mucho cuidado. Estos para tener valor se embriagan miserablemente. Sin embargo, la vista del importante Estero les disipa en algo los efectos alcohólicos; entonces se amarran fuertemente a la balsa y principian a luchar, remo en mano, contra ese oleaje que sólo es comparable con el aspecto del mar en sus fuertes bravezas. Son enormes piedras subfluviales las que quitan al Huallaga su natural velocidad, ocasionando esas corrientes en todo sentido que se manifiestan en forma de enormes olas. Ellas pasan -359- sobre los bogas, les ahogan muchas veces, y bañan hasta el pecho a los viajeros que perfectamente amarrados van sobre la barbacoa a mayor altura que los pobres bogas.

Tres son estos malos pasos y se llaman Estero, Chumia y Yurayacu. Todos igualmente malos, y sólo la forma especial de la embarcación y su imposibilidad de hundirse, disminuye los naufragios. La balsa rechina, se deja tapar completamente por las aguas, da vueltas ya en un sentido, ya en otro, pero al fin sale de ese pequeña Mollendo, aunque muchas veces con un boga menos o parte de la carga perdida.

A las cuatro horas de haber salido de Shapaja se pasa por delante del pueblo de Chasuta, hoy completamente abandonado por sus semisalvajes pobladores, los que se han internado en los bosques después que asesinaron al subprefecto Bello y a sus cuatro soldados.

La navegación en el Huallaga sigue tormentosa, y llena de cuidados por parte de los bogas, hasta la salida del pongo de Aguirre. Pasada esta estrechura, en la que el río se ha abierto paso por medio del último ramal de la cordillera de los Andes, viene la calma en las aguas, la que se extiende considerablemente de orilla a orilla. El panorama cambia por completo: el río deja de ser encajonado por cerros altísimos que no forman playas, para entrar con mansedumbre en dilatadas p[am]pas. Las alturas son cada vez más bajas, hasta que al fin desaparecen. Principian entonces las islas cubiertas de tupidos bosques, como también cubiertas de esos mismos bosques están todas las orillas del Huallaga.

La navegación que hasta el pongo sólo se hace de día, después de su paso no se interrumpe en la noche. En la balsa se duerme y se cocina, y la embarcación se va al garete arrastrada por las aguas y sin ningún peligro. Qué sensación tan extraña, tan nueva, tan indescriptible la que se experimenta cuando se viaja por primera vez en los ríos de nuestro Oriente, especialmente cuando se viaja de noche y cuando la luna alumbra magníficamente las tranquilas aguas de sus cauces. El silencio de aquella soledad sólo es interrumpido por el arrullo de las aves de monte o por el encantador canto de algún pájaro silvestre. Qué caudal de ideas nuevas, de pensamientos confusos, de recuerdos vagos, de fantásticos presentimientos vienen entonces a nuestra mente y nos causan indefinible sensación. De mí puedo decir que nunca olvidaré la impresión que guardo de la nocturna navegación en el Huallaga.

-360-

Diciembre 15.- El Sabiá, de la Compañía de Navegación del Amazonas, es el vapor dedicado a los viajes mensuales que dicha Compañía hace entre Yurimaguas e Iquitos. El sabiá es un vapor de 160 toneladas y cien caballos de fuerza. Su construcción es original: cada noventa centímetros, no tiene proa ni hélice, siendo movido por una rueda de cuatro metros de altura por seis de ancho, colocada en la popa, la que sólo caía en agua dulce doce pulgadas. Su timón es triple y rapidísimo en sus evoluciones.

El calor y los zancudos hacen imposible la vida en los camarotes. Los pasajeros prefieren dormir al aire libre en hamacas o en catres de campaña, unos y otros cubiertos con mosquiteros. El número de pasajeros con quienes me embarqué en Yurimaguas en viaje a Iquitos, en diciembre de este año, alcanzó a veinticuatro. De todos ellos yo era el único que venía del Pacífico. La mayoría estaba formada por mujeres, las que, desde hace tiempo abandonan los pueblos del valle de Moyobamba, donde nacieron, para buscar mejor vida en Iquitos.

Salimos de Yurimaguas a las ocho de la mañana, habiéndose hecho durante el primer día de navegación algunas paradas en los embarcaderos de las haciendas de caña con el objeto de embarcar cañaza (aguardiente de 18 grados). La navegación no fue interrumpida durante la noche. Al siguiente día a las ocho de la mañana cruzamos la boca del caudaloso Huallaga, cuyas aguas muy tranquilamente se entregan al Bajo Maraón. Éste al recibir tan importante afluente, dilata considerablemente su anchura, distanciando sus orillas a lo

menos tres veces más de lo que se observa en el tributario río. A partir de esta unión, el viaje se hace sobre una dilatada superficie de agua. Los árboles de la ribera se ven ahora más pequeños; y si no fuera por las enormes vueltas que da el río, el paisaje tendría mayor majestad.

Las numerosas haciendas formadas en ambas bandas del Marañón, algunas de las cuales ya podrían convertirse en pueblos por lo habitadas que están, obligaron al Sabiá a repetir sus paradas el segundo día de viaje. En estas haciendas se cría ganado, se cultiva caña de azúcar para hacer aguardiente y se explota jebe, bálsamo peruano y marfil vegetal. Estos últimos productos en muy pequeña escala. Cada una es un centro agrícola e industrial, poblada por colonos civilizados traídos de Moyobamba, Tarapoto, Lamas y demás pueblos de las orillas del Mayo, como también por indios semisalvajes -361- catequizados por el patrón mediante su valor y su astucia. Estos últimos son dignos de estudio. Los hombres tienen el cabello crecido por detrás y recortado por delante en forma de cerquillo. Por lo regular usan muy poca ropa y tienen la cara pintada con colores indelebles. La mujer envuelve medio cuerpo en una especie de mantilla sujeta a la cintura, la que se llama pampalina, y lleva sobre su busto un saquito que apenas le cubre el seno. Su mirada revela falta de atención. No habla español y está menos civilizada que el hombre. Por lo regular, los dueños y administradores de estas haciendas son hombres ricos, rudos, valientes, y trabajadores. La extensión de sus terrenos no tiene límites, como que por lo regular viven sin vecinos. Su gente es propia y ella nunca les abandona. Como mercado tienen a Iquitos, y para su comunicación con esa ciudad los vapores Sabiá y América. Todo les es propicio para el enriquecimiento. El principal de estos fundos agrícolas en el Marañón es Parinari. Tiene dos lanchas a vapor, trapiche para caña, fábrica de tejas y de ladrillos. Tiene también su río propio el tributario Samiria, de donde se explota jebe y bálsamo.

Al tercer día pasamos por delante de la boca del Ucayali, la que vimos a distancia. Cruzada la boca de este afluente entramos al rey de los ríos, al majestuoso Amazonas, cuyas orillas pobladas de gigantescos árboles todavía se distinguen aunque ya muy pequeños. A la caída del sol de este día, divisamos a Iquitos cuya situación es cercana al afluente Nanay. Delante de él, el Amazonas hállase bifurcado en dos grandes brazos por la presencia de una isla, cosa muy común en estos ríos. La ciudad, que apenas a seis millas de distancia se divisa como un punto en el horizonte, principia a destacarse en forma grata a la vista a medida que el vapor acorta la distancia. Visto desde el río, Iquitos, tiene el aspecto de una gran población. La factoría con su gran chimenea, las casas de comercio, la casa de Gobierno, todo ello detrás de un desembarcadero en que hay muchos vapores fondeados, hacen un conjunto agradable, el que por desgracia sólo dura hasta que se pisa tierra, momento en el cual la desilusión es completa. El Sabiá viró con elegancia frente al puerto y echó anclas a medio metro de la orilla. Como no hay muelle, tendió un tablón entre la borda y tierra y de esta manera quedó en comunicación con la ciudad. Igual maniobra hacen los vapores trasatlánticos, siendo los barrancos del Amazonas casi perpendiculares. Toda nave que llega a Iquitos es recibida con las mismas formalidades que se acostumbra en los puertos peruanos del Pacífico. Como no hay playa las falúas y las boyas -362- son innecesarias. El capitán de puerto se presentó a pie y sin uniforme. Revisó los papeles en menos de cinco minutos y tan pronto como declaró la comunicación del vapor, el barco fue invadido por una avalancha de gente, entre la que reconocí a muchos limeños que hacía años no veía.

Capítulo XI

El habitante

Sería incompleta la sicología del hombre que nos proponemos estudiar, si no comenzáramos por analizar los componentes sociales del Perú en los orígenes de la época republicana. Fueron nuestros antepasados protagonistas del magno suceso que nos dio patria, fueron los autores de las orientaciones que dieron existencia a nuestra vida nacional, y es a ellos en gran parte a quien debemos lo que somos. A pesar de sus escasas virtudes nos dieron vida independiente y cumplieron una tarea de valentía física y de sacrificio moral que nosotros no hemos sabido imitar. Nos faltó civismo y perseverancia y por esto nuestra labor resulta deslucida e incompleta.

Unidos a las generaciones pasadas por el indisoluble lazo de la herencia y dispuestos a recoger cuanto nos legaron, seríamos injustos si las juzgáramos con dureza, si hiciéramos recaer sobre sus actos y su idiosincrasia cuanto nos ha hecho infelices en la centuria. También lo seríamos, si solidarios en sus vicios y deficiencias, creyéramos que todo -364- cuanto de avieso nos ha ocurrido es exclusivamente de nuestra responsabilidad.

Dos hombres de notable facultad intelectual estudiaron nuestro estado social y político en los tiempos coloniales. Uno de ellos, Tadeo Haenke, tiene la ventaja de haber florecido en los comienzos del siglo XIX y de haber descrito cuanto sus ojos vieron y cuanto su criterio supo juzgar, como vulgarmente se dice: bebió en la fuente. Su trabajo, por este motivo es de mérito extraordinario. Este sabio vivió entre las personas que nos dio a conocer, conversó con ellas y dotado de notable espíritu de observación, supo describir las costumbres y hacer la sicología de la población colonial en los últimos días de su existencia. Javier Prado acomete la difícil labor de exponer lo que fue el Reino del Perú ochenta años después de que éste hubo terminado. Por esto, su trabajo es analítico, de reconstrucción. Es el producto de cuando hubo leído; y como su cultura es vastísima y su observación notable, consiguió su propósito, habiéndonos dejado en su sintética monografía un monumento histórico de notable valor, una fuente de consulta de la que nunca será posible prescindir.

Existiendo estos dos trabajos, sería majadería nuestra pretender escribir sobre asuntos que ellos trataron magistralmente. Por esto, en su integridad copiamos cuanto dijeron sobre el particular.

Siendo nuestro anhelo ser amenos en el relato y observar método en nuestro trabajo, dividiremos este capítulo en secciones; en cada una de las cuales intercalaremos separadamente las opiniones de los autores citados. Esto es más natural y realiza mejor el plan de tratar en su oportunidad los diversos factores de la herencia.

-365-

Antes de entrar en materia debemos hacer otra indicación, siendo ésta la concerniente al programa que intentamos seguir. Hasta ahora, quienes socialmente han tratado del problema biológico del Perú, lo han hecho dividiendo la población en razas. Prado y Haenke hablan del blanco (español y criollo), del negro y del indio. Los primeros, dueños de la riqueza y del gobierno, y los segundos sometidos a la esclavitud y en extrema pobreza. Paz Soldán en su valioso libro de geografía y cuantos después de él han escrito sobre lo mismo, han separado al habitante en la misma forma. A nuestro juicio, esta división conduce a error. Quien no nos conozca y nos juzgue por los apuntes de los autores citados, pensará que aquí sigue dominando el blanco como en tiempo del coloniaje, lo cual no es cierto, estando constituida la clase dirigente por muy buen número de gentes de pura raza india y por una abrumadora cantidad de mestizos. Un crítico un tanto mordaz cuyo nombre silenciamos, dijo que había tanta similitud por el aspecto, color e indumentaria entre algunos representantes a congreso y los primeros mayordomos de casa grande, que sin conocerlos nunca podía diferenciarlos. Esta observación un tanto irrespetuosa pero verídica, la encontramos también en la oficialidad del ejército, en el clero, en la administración pública, en las carreras liberales y en forma más general en la industria y en el comercio. No son muchos los presidentes de pura raza blanca que ha tenido el Perú. En Chile nos llaman los cholos. El nombre no es original. El adjetivo cholo es genuinamente peruano y fue inventado por los españoles para calificar a los mestizos de blanco e indio. Lo mismo sucede con la palabra monos en el Ecuador, aplicada por los quiteños a las gentes de Guayaquil y después generalizada a todos los habitantes de esa República.

-366-

Al expresarnos así no queremos manifestar que hayan desaparecido en el Perú las razas puras. Indudablemente que las hay; pero también existe y nadie se ha ocupado en calificarla, una subraza que podemos llamar peruana, producto de todas las que ha tenido el Perú, y cuyos caracteres diferenciales son consecuencia del predominio en ella del negro, del indio y de los sucesivos cruzamientos de estos con el hombre enteramente blanco. Tiene origen esta subraza en la unión moral y material de individuos que convivieron en el territorio durante cuatro siglos. Al presente quedan miles de familias de pura raza blanca y centenares de comunidades de genuina descendencia india, pero no habiendo nada que impida el cruzamiento, ni siquiera el prejuicio social de los años anteriores, los componentes actuales tienden a fundirse en un solo crisol. Esta fusión se ha realizado en Méjico, en Salvador y también en Bolivia, y lo único que puede impedir el que todos seamos cholos en el Perú es la inmigración de razas netamente europeas, o sea la repetición de lo que acontece en la Argentina y especialmente en Cuba, hasta ayer poblado por un 70 por ciento de negros y mulatos, pero hoy ya con mayoría de raza blanca completamente pura.

Nuestro estudio netamente de carácter geográfico, nos exime ocuparnos en particular de cada una de las razas y subrazas existentes en el Perú. Para nuestro propósito, un análisis de esta naturaleza, no tendría utilidad. Además, la materia ha sido magistralmente tratada por Hipólito Unapue y Atanasio Fuentes, y a estos autores pueden ocurrir quienes aspiren a profundizar el asunto. Una división por regiones es más conducente al fin que nos hemos propuesto alcanzar, existiendo caracteres notablemente diferenciales -367- entre el hombre de la costa, el de la sierra y el de la montaña. Sin embargo, no habiendo en esta división toda la amplitud que requiere la exposición psicológica que queremos hacer del habitante del Perú, sin prescindir de ella ni dejar de tratar en su oportunidad del hombre por regiones, metodizaremos nuestro trabajo, separando nuestra población en dos grandes grupos: clases superiores y clases populares. Como acontece en toda nacionalidad, entre las dos está la que en todas partes se llama la clase media. Esta clase carece en el Perú de caracteres definidos no obstante que existe, aunque existe en forma vergonzante y por tanto en condición social difícil de estudiar. Nadie quiere pertenecer a ella y para nosotros será penoso apuntar las profesiones que genuinamente le pertenecen.

Clase superior

Socialmente concurren a ella las personas de esclarecido origen, las que brillan por su fortuna, las que sin tener ninguna de estas condiciones se han hecho acreedoras a la estimación de las personas que figuran en primera línea. Constituyen estas tres entidades el grupo más numeroso de la clase superior, y figuran en él lo más selecto de la nacionalidad. El comercio, aunque en menor número, también aporta caudal notable de personas de calidad superior, aunque algunas de ellas tienen escasa y muchas veces nula representación social. Valen por sus negocios, se han impuesto por el éxito, y aunque por su origen, maneras y su misma industria no pueden codearse con las gentes de primera categoría social, sin embargo ocupan situación espectable y a ellos hay que acudir en toda iniciativa financiera.

El arte, la poderosa intelectualidad, las profesiones liberales, -368- las carreras eclesiástica y militar, dan regulares contingentes a la clase superior. Hay gentes en esos grupos que sólo valen por su saber, su energía, su admirable disposición para el comando humano. Hay entre ellas, quienes aunque de humilde origen y con poca cultura y sin fortuna, hacen papel en el mundo político, no obstante que voluntaria o forzosamente se hallan fuera del selecto mundo social.

En todos estos grupos de que venimos tratando, predomina el blanco, estando el mestizo en mayor número que el indio y los negros en minoría absoluta.

Veamos ahora las causas que han originado la modalidad de esta población superior. No conociéndolas ni profundizándolas, ¿cómo es posible juzgar a nuestros hombres, y encontrar lógicos sus actos, sus errores, sus anhelos, sus continuas laxaciones? Este estudio es indispensable, pero antes de acometerlo hay que buscar la herencia, ir a la fuente, saber

lo que éramos en los últimos días de la colonia y qué lote de vicios y virtudes nos legaron nuestros predecesores. Los trabajos de Haenke nos dan los siguientes apuntes.

Son los limeños, en general, de buena disposición y de una viveza que generalmente los distingue de los habitantes de otras partes de América. Manifiéstase ésta en los movimientos de su mirada y aún en la pronunciación más suelta, sin aquella languidez que se advierte en Buenos Aires y Chile. Tienen una percepción muy pronta, y se nota en las conversaciones la peculiar facilidad con que, sin muchas preguntas, se imponen en los asuntos que se tratan. Generalmente tienen feliz memoria: se ven jóvenes de muy corta edad graduados en las ciencias que se enseñan en sus Universidades, y se oyen con frecuencia actos del mayor lucimiento; pero lo que se hace más reparable es el desenfado y poca timidez con que se presentan a los actos públicos. Esta desenvoltura, hija sin duda del método de su educación, hará tal vez resplandecer en ellos un mérito que, examinado en el fondo, estribará sólo en su buena memoria.

-369-

Uno de los caracteres que sobresale más entre estos habitantes es la generosidad; pues sin embargo de que en las grandes capitales o la frecuencia de los huéspedes, por una parte, o el lujo que cercena las facultades por otra, hacen gravosa la hospitalidad, en la capital del Perú se ejerce con mucha facilidad en las casas de los amigos o personas para quienes se lleva recomendación. Se desprenden con facilidad de sus alhajas; son suntuosos en sus banquetes y pródigos del dinero; lo miran y gastan con la mayor indiferencia. Pero este mismo desprendimiento, que contenido dentro de sus justos límites haría el mejor elogio de los limeños, es por desgracia la causa de la mayor parte de sus ruinas. Llevan al exceso sus gastos, y lo peor es que, apoderándose este furor de derrochar de las clases más pobres, les acarrea incalculables daños, especialmente en los criollos. El chapetón es verdad que empieza a viciarse desde que llega a Lima, pero debe confesarse que a él se debe el tal o cual arreglo que se conserva en muchas familias. Acostumbraba decirnos un amigo que había puesto su estudio en conocer a los limeños: El chapetón, decía, viene regularmente a edificar a este país; pero el criollo, su hijo, queda para destruir cuanto su padre edificó.

En efecto, cuando una casa se halla atrasada se busca al chapetón para que la levante. Éste se afana, la adelanta y la pone en tono; pero he aquí que sus hijos acaban con todo, ayudados y aún instigados por la madre.

No se halla ni se experimentan delitos atroces en estos vastos reinos, donde puede ser tan fácil la impunidad con la fuga a países y pueblos que distan entre sí tanto, y se caminan centenares de leguas sin tener otros enemigos de temer que las estaciones, los malos caminos, la escasez y la lluvia. Son compasivos en extremo, y desde que se hace público un delito todos conspiran a ocultar al reo, a disculparle, y hasta a empeñarse en su defensa. Pero su humanidad en nada se conoce más que en el trato de sus esclavos: los visten, calzan y alimentan bastante bien, según su condición; y a pesar de que en estos suele haber demasiado motivo para los castigos, el más riguroso es ponerlos en una panadería, donde los hacen trabajar y les dan algunas correcciones. Raros son los esclavos que se quejan de que sus amos los traten con severidad. Ellos con el poco castigo, por el contrario, suelen ser consentidos y flojos servidores.

Hay en Lima toda la política y urbanidad que se adquiere en el trato de una Corte. Los vicios que se les achacan son una especie de veleidad, que se suelen cansar de lo que emprenden, varían de dictamen, y con poca firmeza acostumbran arrepentirse de sus tratos. Con efecto, fatigan su viveza trabajos de mucho tesón y constancia.

Son fastuosos, aman los trenes y los vestidos ricos, y aunque -370- en Lima se anda mucho de capa, la llevan de grana toda especie de personas blancas. Usan una redecilla de hilo finísimo y medias de seda de las mejores fábricas. Las capas son horadadas, las casacas de paños finos, y así todo lo que se ponen. Las calesas son las más costosas que caben en este género de carruajes; las que destinan para el paseo público charoladas, cuestan hasta mil y dos mil pesos. En suma, el vestido de los hombres es lo más costoso que en América se gasta.

Son ambiciosos por los empleos, y tratan de adquirirlos por cuantos medios creen oportunos. Aman las riquezas para sus faustos; y por eso muchas casas ilustres, despreciando las perjudiciales preocupaciones que hay en la Península, ejercen abiertamente el comercio. Sujetos principales se emplean en la mercadería por menor, con tienda abierta; y se admiten en el trato y concurrencias de las principales sociedades a los maestros de las embarcaciones y a otros, que no deben desmerecer, no se les eleva a tanto en otros países.

Saben disimular en el trato con los españoles europeos, a quienes llaman chapetón, y se ve cuán poco traspira el sentimiento que a veces tienen de la riqueza rápida, personas que, siendo inferiores en nacimiento y quizá en capacidad y aptitud, se les prefiere; sufren la fortuna de estos y ahogan prudentemente sus quejas. Bien sea por lealtad o por respeto, en pocas partes se ve más obedientes vasallos. En la Corte de Lima, al modo que en las de Europa, predomina el mismo genio de adulación y de intriga.

Aquella se ejerce con frecuencia en muchas y pomposas ceremonias y arengas que se dirigen a los Virreyes. En las que suelen hacerse al tiempo de su entrada no se economizan epítetos, ni se omiten las menores circunstancias que ilustren su familia. Por otra parte, una brillante soberbia los aparta de la concurrencia al Palacio de los Virreyes, se niegan a su obsequio hasta aquel punto que no haga reparable si este los distingue o no tiene cierto agasajo y popularidad que los encanta sobremanera. Resalta este espíritu de orgullo en la manía que todos muestran por mudar hasta el nombre de las cosas, ampliándolas siempre que conducen a su engrandecimiento. Así llaman caballero a todo hombre blanco, ópera a cualquier concierto de instrumentos, ayo al maestro de primeras letras, santo y ángel a cualquiera que tiene alguna apariencia de devoción; y de este modo siguen el mismo sistema de todas las demás cosas.

Son dados a los placeres, al juego y a una vida regalada y ociosa. Idólatras de las mujeres, casi siempre estiman poco la suya propia. Se ven sujetos de carácter y personas cuyo estado los aparta de ciertas concurrencias, asistir a ellas con el disimulo y empacho que en otras partes. Se ve hombres graves entregados al juego y otras disoluciones. La juventud se corrompe -371- fácilmente, y en Lima es crecido el número de mujeres prostitutas, cuyo lujo y riqueza prueban los muchos hombres acomodados que con ellas viven y las mantienen, hasta que se arruinan y sacrifican sus caudales.

Es indecible lo que ganaría Lima con la sola providencia de recoger a tanto ocioso y vago como se encuentra a cada paso, aplicando muchos de ellos a grumetes de los navíos en las ocasiones de levás.

Nótase el genio de la intriga, al que contribuye mucho su espíritu inquieto y su gran viveza, en las ocasiones que vaca cualquier empleo que proporcione mando u honor. Se mueven entonces todos los resortes de la política y el favor, hasta para el nombramiento de elector de la Universidad, en los empleos del Consulado, en las prelacías de convento, y últimamente en todas las elecciones públicas toma parte toda la ciudad, y no queda persona grande ni chica, mujer u hombre, que no se mezcle con un fervor increíble por sus amigos, parientes, etc. Discúrrense las más complicadas o ingeniosas estratagemas, y se oye con este motivo antecedentes tan singulares que, al paso que entretienen por mucho tiempo las conversaciones de las tertulias, dan a conocer de cuanto son capaces, y cuan peligrosos políticos serían si mudasen de objeto; pero, en Lima, todo se reduce (como ellos dicen) al número uno, esto es al individuo.

Sin embargo de tales defectos, veo que sus buenas cualidades aventajan en mucho a las malas. Son dulces en su trato, tienen afabilidad y buena explicación, especialmente en materias amorosas en donde despliegan todos sus chistes y gracias, distinguiéndose en esto con particularidad las mujeres. Diferéncianse éstas de los hombres aventajándolos, no sólo en aquellas cualidades físicas que parecen como inculcadas en el varón, sino en los dotes del ánimo y sus propiedades morales. Al más ligero examen percibe un observador atento la superioridad de la limeña sobre el criollo, formando un contraste admirable y que la distingue de todas las demás de su sexo en otros países. Tienen el cuerpo más fornido (a proporción) que el de los hombres; el espíritu más sagaz y penetrante; las ideas más sólidas y permanentes; ejercen sobre los hombres un influjo general; son hermosísimas, agraciadas y tan halagüeñas que arrebatan y enamoran; muestran, en sus palabras y acciones, cierto señorío y grandeza que las realza sobremanera; tienen el alma y chiste de las andaluzas, con otros muchos atractivos, y una facilidad en el hablar que las hace muy recomendables. Parece que la fecunda naturaleza ha derramado sobre ellas sus más preciosos dones. Desde muy temprano despliegan todos los resortes de su alma, y aún más que la física perfección de su cuerpo se anticipa la de su espíritu. Se oye a las muchachas discursos, razones y proposiciones que manifiestan -372- lo mucho que se les adelanta el uso de la razón. Una limeña de diez años exige, en la conversación de un hombre bien criado, el mismo respeto y atención que una de quince en Europa. Encuéntrense en ellas, por lo común, más formalidad y honradez que en los hombres, y son muy humanas y compasivas. No tienen para con los hombres todo aquel amor y tesón con que estos las aman, hasta parecer que las idolatran. Por Europa, en las ciudades corrompidas, las damas que pierden el respeto al público y a su reputación, hacen gala del sambenito. Pero en las damas americanas no sucede así: disimulan sus desórdenes, y rara vez admiten en sus calesas a quien no sea o su marido o su inmediato pariente. Puede decirse que más reina la hipocresía que el escándalo. Sin embargo, cuando se comparan las limeñas con las europeas, cuando se examina con atención el espíritu de beatismo e hipocresía tan difundido por Italia y Francia antes de su revolución, y aún por la misma España, fácilmente se prefieren las limeñas, y se conoce que llevan a aquellas muchas ventajas. La práctica de los cortejos, que ha estado tan radicada en

todos aquellos pueblos, sería en Lima la mayor degradación a que pudieran llegar el hombre y la mujer.

Acostumbran los caballeros visitarse desde muy temprano, y ocupan la mañana en tratar sus negocios. Los más de ellos entienden bien los judiciales, y han estudiado las leyes. Andan de capa y gorro los ancianos, y los mozos llevan también su capa con una redecilla blanca, y el vestido de género rico o muy buen paño. Aficiónanse algunos al uso de la patilla, y gastan sombreros redondos del mejor castor; el paño de la capa es de lo más exquisito, bien de grana o azul de San Fernando, con bordado en la esclavina.

Preséntanse igualmente las mujeres con una ostentación que no se conoce en Europa; y sea por imitación, sea por mal ejemplo o por natural deseo de brillar o sobresalir, manifiesta la limeña sobre este punto un prurito particular. Con efecto, son costosísimos los trajes que usan desde la cuna; guarnécenlos de encajes de los más finos y ricos, usan sortijas, cintillos y brazaletes engastados en piedras preciosas, y nada cede su magnificencia en el aparato de las camas y de los costosos ajuares de las casas. Pero los exorbitantes gastos a que obliga este lujo, aumentado por el indiferente aprecio y poco cuidado con que miran tan costosos adornos; las romerías bastante frecuentes a los varios pueblos de las cercanías; la precisa asistencia al teatro, a los toros y a toda clase de diversiones, en un país donde los placeres se compran a precio demasiado caro, hacen que, en Lima, el mantenimiento de una familia principal exponga a la ruina la más opulenta casa.

Las tapadas, que ya no subsisten en España y con cuyo disfraz tenían las mujeres un velo para sus intrigas amorosas, -373- como lo atestiguan nuestros cómicos, y con el que bajo la obscura nube del manto conciliaban, sin pérdida de su buena fama, los placeres de la libertad con la opinión de un aparente recato, se hallan todavía en la América meridional. Encubren sus ahuecados y el campanudo guardapié, aunque en el día han variado de traje pues visten a la europea; pero conservan el traje de tapada con sayas o basquiñas de la misma hechura y tamaño; pliéganlo, a lo largo con pliegues longitudinales y transversales, del mismo modo que el manto, con el cual se tapan perfectamente la cara, descubriendo sólo la órbita del ojo, de manera que al más celoso marido y al más vigilante padre es imposible, cuando no muy difícil, el conocerlas. Adquiere con este ahuecado vestido la figura femenina un volumen tal, que no da pie para inferir su arte y venir en conocimiento de la tapada, a menos que la voz, la figura de los brazos, u otras semejantes señales den indicios de la persona.

Pero al paso que con tan cuidadoso esmero procuran taparse aquellas damas desde la cintura arriba, tienen otro no menos por descubrir los bajos, desde la liga hasta la planta del pie. La más recatada limeña descubre sin escrúpulo la mitad de la caña de sus piernas. Y por muy escandaloso que parezca a nuestras europeas este traje, el uso común de él en todo aquel país acostumbra insensiblemente la vista, y hace al fin que no cause la menor novedad, por extraño y chocante que parezca al principio.

Cuando van de guardapié, traje que usan las personas blancas de noche, llevan sombreros blancos jerezanos con un cintillo, sus mantillas y rebozos. Con ellos se disfrazan perfectamente, y de este modo concurren a bailes las que no están convidadas, o a

cualquiera diversión pública, y a todas aquellas concurrencias en que tienen interés en que no las conozcan.

La ocupación ordinaria de las mujeres es, por la mañana, los templos, y luego sus visitas. Atienden también a su familia y, excepto un corto número de señoras, pocas se ocupan de labores de mano, acostumbra a llamar oficiales de sastre que deshacen y remontan los vestidos, y se emplean en todas aquellas obras y reparos que se necesitan en un buen menaje.

Para que nada falte a la decencia y ostentación con que procuran portarse las familias más distinguidas de aquella capital, usan también de coche a la europea; pero la mayor parte se sirve de calesas que se diferencian de las nuestras en que su caja es cerrada, con asientos en ambos testeros a la manera de berlinas, tiradas por una mula sobre la cual va montado el calesero, y a la zaga un lacayo. Concurren en estos carruajes a los paseos públicos, y en ellos se conoce bien el carácter de presunción de todos los limeños. Confúndese frecuentemente el artesano con el poderoso; cada uno procura igualar al de más alta jerarquía; y como es consiguiente cuando el lujo ha subido -374- a tan alto punto, reina mucho el capricho en esta clase de diversión. Se tiene por indecoroso presentarse a pie en el paseo, y muchas personas se ven obligadas a mantener calesa por no apartarse de los principios de la opinión. Así es que se consideran en Lima, por un cálculo juicioso, más de dos mil carruajes de esta clase.

De un extenso y erudito discurso pronunciado por el señor Javier Prado en la Universidad Mayor de San Marcos en 1894, tomamos los acápites aislados que van a continuación. Forman ellos parte de un estudio sociológico notable, en el cual, con habilidad y erudición extraordinarias, se exponen los componentes sociales adversos sobre los cuales se fundó la República.

Habiendo sido el Perú el centro del imperio incaico, y continuando en esa superior condición en la época del Virreinato, natural era que en ningún otro país sudamericano se hubiera extendido más que en él la nobleza española. Téngase también en cuenta, que los impuestos que ella demandaba no podían ser atendidos en otros países pobres en aquella época, como Chile, de la espléndida manera que lo permitían las riquezas del Perú.

Así, había en el Perú, un duque con grandeza de España, cuarenta y cinco condes, cincuenta y ocho marqueses, caballeros cruzados de las religiones militares, y numerosos hijosdalgos.

Con el mismo propósito que en España, de mantener el lustre de las familias de América, y sujetos a las complicadas leyes que regían en la Península sobre la naturaleza de los mayorazgos, ya fueran regulares o irregulares, sobre la manera de fundarlos, sus probanzas y su pérdida, se desarrollaron en el Perú los mayorazgos. Estos significaban moralmente una injusticia irritante, al favorecer con grandes fortunas a un individuo con perjuicio de todos los de su misma sangre, que quedaban sin derecho sobre los bienes de sus padres; establecían socialmente divisiones de familia y fomentaban hábitos de ocio y de ignorancia

entre los elegidos por el sólo hecho de la suerte; y económicamente, la vinculación de la propiedad, condición esencial de los mayorazgos, producía los mismos funestos resultados que hacía desmerecer muchísimo el valor de los bienes raíces en poder de manos muertas.

Los nobles peruanos, como los de la Península, además de su privilegiada categoría social en la que conforme a su tradición, no debían ocuparse en oficios de villanos, como eran los trabajos industriales y aún los intelectuales, se hallaban colocados -375- dos también legalmente en condición superior: su testimonio tenía mayor fe en juicio, sus compromisos debían darse por hechos, no se les podía embargar sus bienes, armas etc., ni encarcelárseles por deudas que no fueran en favor de la real hacienda, y entonces en cárcel especial, no se les podía aplicar tormento, ni penas infamatorias, y estaban exentos de servir las contribuciones que pagaban los plebeyos.

Pero la nobleza peruana no hacía sino reflejar el carácter, las costumbres y los vicios dominantes de la clase blanca, en la época del Virreinato; de manera que al estudiar los distintivos de ésta, quedan hechos, también los de la aristocracia peruana.

En primer lugar, los españoles se establecieron generalmente en la costa; y sus costumbres deben buscarse en la vida de ciudad. En los campos, cerca de las poblaciones, tenía la gente acomodada grandes y magníficas granjas y haciendas; pero su cuidado se hallaba confiado a mayordomos, por lo común mestizos; y los dueños, los patrones, iban sólo a pasar en ellas temporadas de recreo y diversión.

En países meridionales, en los que la vida era sumamente fácil y barata y en los que abundaba el dinero, obtenido sin dificultad por la raza dominadora, los matrimonios debían tener su origen en el amor, con sus idilios y borrascas, con sus ternuras y encantos; y no en ningún cálculo interesado y prosaico.

Establecida la unidad y la indisolubilidad del matrimonio, y celebrado él en la forma sacramental con los caracteres y efectos que estatuye el Concilio de Trento, personas extrañas a la comunidad católica no hubieran podido como hoy, contraer unión autorizada y legal, si ellas hubieran sido toleradas en las ciudades del Virreinato.

El régimen civil de la familia reposaba sobre las bases de la patria potestad: el varón era el jefe, representante y administrador de la sociedad conyugal. La mujer casada no tenía personería legal sin autorización del marido. El ejercicio de los derechos civiles se alcanzaba a los 25 años; y hasta el reinado de Carlos IV, los varones menores de esa edad y las mujeres menores de 23, no podían casarse sin el consentimiento paterno. La herencia era forzosa, estableciéndose los mismos principios aceptados después en nuestra legislación civil, a no ser en caso de existir mayorazgos, que modificaban, según he indicado el régimen de las sucesiones.

Pero aunque legalmente correspondía al marido la autoridad de la familia, era la mujer la que moral y realmente dominaba en el seno del hogar.

Todo estudio sobre el Perú, considerado bajo su aspecto interno sería incompleto, si no se tomara en cuenta el papel y la influencia que ha ejercido la mujer en la sociedad peruana.

Representaba la hija de los españoles en el Virreinato el refinamiento -376- en la selección de un tipo hermoso y distinguido por sí. Nacida en un clima cálido y débil y en un medio social que no exige que la mujer se halle preparada para ruda lucha por la vida, bajo su aspecto material y práctico, la mujer peruana, de mediana o baja estatura, de color moreno o blanco pálido, de ojos grandes y oscuros, empapados en expresión, de cabellera abundante, pie primoroso, formas mórbidas, movimientos de gracia instintiva y aristocrática, posee una belleza delicada, insinuante, profundamente sugestiva. Y sobre la belleza física se eleva la belleza espiritual con los tesoros de ternura apasionada, en sus sentimientos nobles y abnegados, de la sorprendente vivacidad de su ingenio, el venero inagotable de su fantasía, la extremada suavidad y cultura de su trato, y su admirable adaptación intelectual y social.

Tal es la mujer a quien la ley española hacía penetrar al hogar en calidad de menor, bajo el tutelaje del marido, y que bien pronto, por acuerdo tácito, dirigía de un modo irresistible el gobierno de la familia.

Los hijos de las clases superiores eran criados con toda la ternura y el engrimiento con que rodeaban al fruto de su amor padres apasionados, ricos y ostentosos. Los grandes príncipes de la Europa no han disfrutado tal vez de mayor lujo y mimo, que los hijos de los criollos en el Perú. Así, en los ajuares de las criaturas de los peruanos se encontraban en soberbia profusión las telas más finas que se tejían en Europa, y las piedras preciosas de mayor estimación y valor.

La ostentación de las familias de aquella época no se encontraba en primer término en el adorno del mobiliario de la casa, ni en refinadas satisfacciones de las comidas; pues, si respecto al mueblaje había casas en las que se lucían riquísimos muebles con incrustaciones de nácar (enconchados), objetos de arte y cuadros de afamados pintores europeos; era él, por lo común, en las diversas ciudades, modesto, pesado y monótono; y respecto a las comidas, si en los últimos tiempos se imitaban en opíparos banquetes, sobre todo en Lima, las costumbres francesas, eran ellas también, por lo general, en aquellos tiempos, sencillas, estimulantes, sanas y baratas.

El lujo excesivo, sin límites, se desplegaba en los vestidos, en los coches y en las fiestas y diversiones. El vestido de los hombres era de las más ricas telas, entonces a la moda, comparativamente más consumidas en Lima que en ninguna otra parte; el de las mujeres, tan costoso y recargado de joyas, que los de muchas señoras valían S. 40000, y más de S. 2000 los de algunas mujeres de la plebe. En los encajes finísimos de Flandes, en telas de terciopelo y de seda, en hebillas de diamantes para los zapatos, en perlas, en toda clase de pedrerías, en bordados de oro y plata, se concibe que podía llegarse a cantidades que de otra suerte, para las apartadas colonias de América, parecen -377- fabulosas. Como prendas características en sociedades de intrigas y discreteos amorosos, los hombres usaban la tradicional capa española y las mujeres la célebre saya y manto peruano.

El número de coches y calesas doradas era inmenso, llegando estas últimas de 5000 a 6000, sólo en Lima; y tanto en esto, como en el servicio de domésticos libres y esclavos, que convertían las casas en poblaciones, como escriben Juan y Ulloa, hacían las familias opulentas, lujo de la mayor vanidad y ostentación.

La instrucción de los hijos varones -más engreídos y consentidos por las madres que las mujeres- era aún peor que la de las niñas.

Es preciso detenerse en este punto: fuera de notables excepciones, que acreditan la sorprendente disposición de los criollos para las ciencias y las letras, eran estos, por lo general, sumamente ignorantes; y no sólo ignorantes, sino llenos de las supersticiones y prejuicios, que desde la cuna habían recibido de la madre, de las amas y sirvientes, de las prácticas religiosas y de las costumbres sociales.

El gobierno español y la Iglesia, como hemos visto, tenían interés en que las cosas no pasaran de otro modo.

No me refiero a los campos, donde la ignorancia llegaba al punto de que apenas había quien supiera leer y escribir; ni a los pueblos, donde las escasas escuelas estaban confiadas a maestros tan torpes como crueles, sino a las pocas ciudades donde existían colegios y aun universidades.

Relativamente al número de los que podían recibir instrucción, eran pocos los que frecuentaban los establecimientos de enseñanza; continuando en ellos el maestro la misma perniciosa tradición que el gobierno, los padres y los frailes, el medio social, todos de consuno, contribuían a hacer más profunda en el espíritu del joven.

Queda dicho que la instrucción se atendía por los eclesiásticos; y en ella mediante un régimen de castigos infamatorios, que fomentaba la hipocresía y rebajaba el carácter de los jóvenes, se perdía un tiempo precioso en aprender «multitud de cosas inútiles y cuestiones frívolas».

En este deplorable estado intelectual del Perú, en la época de la dominación española, dos eran las profesiones liberales a que se dedicaban de preferencia los criollos: la abogacía y la medicina.

La minería, confiada a prácticos, no era por cierto la carrera a la que se dedicaban los orgullosos y perezosos criollos; las puertas de la milicia les estaban cerradas en los cargos principales y de honor que servían los españoles; las industrias, pueden decirse que no existían en el Perú, si se exceptúan las humildes fábricas en que trabajaban los indios; el comercio por mayor se hallaba monopolizado en manos de unos pocos, -378- el por menor era considerado como indigno de los señores españoles y criollos; y el gobierno político, con su complicado engranaje, se movía sin que los naturales influyeran en las determinaciones de la autoridad. Pero como por otra parte disfrutaban los criollos de las grandes riquezas que les proporcionaban los mayorazgos, haciendas, minas, encomiendas, etc., en un país en que el medio social contribuía, en todas sus manifestaciones, a la acción del clima y de la raza, era natural que se formara el espíritu y el carácter criollo, con los distintivos que en ningún pueblo americano, han sido más pronunciados que en el Perú.

Una clase social, orgullosa y rica en las ciudades, sin participación en el orden político ni ocupación en las tareas prácticas, necesariamente tiene que ser cortesana, indolente y

viciosa; y su vida debió concentrarse, como se concentró en el Perú, en la vida de salón, en fiestas y diversiones profanas y religiosas, aristócratas unas, populares otras.

¡Triste y penosa es, por cierto, señores, la impresión que deja en nuestro espíritu la historia de nuestros antepasados! Con justicia, el siglo XIX condena esa historia; pero, sin embargo, en su crítica se observa un sello de benevolencia. Es que en el fondo de esa triste historia, en el centro de ese organismo enfermo, moral e intelectualmente, de esa sociedad débil, perezosa, viciosa y cortesana, se sienten los latidos de un corazón noble y generoso, y se perciben los destellos de una inteligencia superior; elementos que bien aprovechados en diverso medio social, podían haber elevado a una raza y hecho grande a un país.

Terminado el Virreinato, la democratización consiguiente al sistema republicano proclamado en 1821, fue puramente nominal. Quedaron en pie los mismos elementos sociales, la ignorancia y el caciquismo en provincias, las jerarquías y las desigualdades de clase en la capital. Las gentes superiores, con el nombre de republicanos, quedaron tan absolutistas y tan godos en sus procedimientos como en los tiempos del Rey; las clases pobres, tan esclavas e idiotizadas como si las palabras independencia y libertad nunca se hubieran pronunciado. Todo cuanto Prado y Haenke dicen del estado social del Perú en los primeros años del siglo XIX, pudiera haberse repetido en los años de 1830 y 1840, con sólo añadir a las clases superiores estudiadas por -379- ellos, una nueva, el militarismo, formado en su mayor parte por los próceres de la independencia y con pocas excepciones constituido por hombres valientes, rudos, de oscuro origen y sin concepto de la justicia ni del derecho. Otro elemento social, escaso pero de gran influencia, modificó también nuestra existencia. Fue éste, la presencia de numerosos ingleses, franceses y otros extranjeros, quienes se hicieron cargo de la industria y el comercio.

Iniciado el Perú en la vida social republicana bajo estos auspicios, tres hechos la han modificado sustancialmente, dándole al fin la modalidad y los caracteres que hoy encontramos en ella. Han sido estos, la acción civilizadora del tiempo, la fabulosa riqueza del guano y la guerra con Chile. En Causas Históricas tendremos oportunidad de relatar los acontecimientos relacionados con estos magnos sucesos, como también hacer visible el profundo surco que ellos abrieron en nuestra vida social y en la orientación definitiva que al presente nos han dado. Por ahora, lo que interesa saber es lo que somos en la actualidad. Si no estudiamos nuestra sicología presente, difícil será explicar las causas por las cuales el habitante de la primera centuria no ha podido imitar al norteamericano en la conquista del territorio. Además, conociendo lo que fuimos en 1821 y lo que somos hoy, fácil nos es formarnos concepto de lo que hemos ganado de entonces a la fecha, y porque han ocurrido muchas cosas de nuestra vida pública, especialmente aquellas relacionadas con la explotación de las riquezas de nuestro suelo. Entremos en materia:

Las postrimerías de la centuria republicana encuentran a las que fueron clases extrasuperiores en la más completa decadencia. Ya nadie luce títulos de nobleza, y aunque algunas familias recuerdan con discreta ostentación su origen -380- aristocrático, no es por sus pergaminos por lo que se las distingue, sino por su fortuna, pasando completamente

inadvertidas las que tienen lo primero pero no lo segundo. La pobreza en que viven la mayor parte de las gentes que descienden de noble abolengo, es algo digno de estudio; y esto que vemos en Lima en proporción extraordinaria, también lo encontramos en Arequipa, Cuzco, Ayacucho y Cajamarca, siendo excepción Trujillo. Heredaron las personas de que tratamos, dinero y pergaminos, pero heredaron también la indolencia y la ociosidad de sus padres, la ostentación y el despilfarro, el poco apego a los bienes terrenales, el horror que nuestros nobles antepasados tuvieron por el trabajo. Faltales energía, valor físico y moral, inteligencia y audacia. Si alguna vez actuaron en política fue en segunda línea, no habiendo sido para ellas la industria, el comercio o el militarismo fuentes de ningún provecho. Socialmente, esto ha sido una desgracia; también lo ha sido en el orden político y económico. El ejemplo de lo que todavía pasa en Chile con la aristocracia antigua y su benéfica influencia en la vida pública, nos releva de añadir algo en apoyo de nuestra opinión. Aprovechando esta debacle nobiliaria, consiguieron imponerse en nuestro elevado mundo social, algunas familias en las que asociáronse de un lado la riqueza y de otro los pergaminos. Con estos elementos y dotadas de extraordinaria discreción para escoger a las gentes a quienes honraban con su amistad, y con talento y energía en lo político y en lo comercial, lograron, y por muchos años, mantener singular supremacía. Una familia que no se codeaba con ellas era considerada como de segunda categoría. La existencia de gentes más ricas y un espíritu general de democratización que ya asusta y que hasta a esas mismas familias ilustres ha penetrado -381- y las desconcierta en estos momentos, parece que pone término a su reinado, reinado que ha durado por lo menos medio siglo.

La discreción en el comportamiento, el talento y sobre todo el dinero, forman un conjunto de cualidades favorables para entrar en buena sociedad. Lo que no triunfa socialmente es la unión de la huachafería con el dinero, así se cuente éste por millones.

Hechas estas observaciones, permítasenos entrar en el fondo de nuestro análisis, o sea en el estudio de las cualidades psicológicas que distinguen en el Perú a la clase superior.

Lo que a primera vista salta en ella es el brillo de la imaginación, la viveza del discurso, la prontitud para responder. Va esto acompañado de una voluntad débil, susceptible de extraordinarias y valentísimas resoluciones, pero incapaz de perseverar en ellas, ni de luchar con parsimonia y con igualdad. Además, no se tiene interés en que los hechos se impongan, ni en que se haga lo que deseamos sino en que triunfen las ideas, en que se apruebe la forma que le hemos dado a nuestras aspiraciones. Es cierto también, que en la mayor parte de los casos es un ideal generoso lo único a que nuestra mente aspira, ideal cuya exposición verbal vale mucho más que la idea. En esto hay mucho de superficialidad. Cuántas veces un orador, un dirigente, un miembro notable de una institución pública, hace cuestión de una palabra, de un proceso, de una fórmula disciplinaria, abandonando completamente el espíritu y el fondo del asunto que se debate.

Siendo débil la voluntad, la susceptibilidad es defecto visible en el carácter, y nos conduce a personalizar las cuestiones que debatimos, y a cometer cobardías e inconveniencias, en su mayor parte hijas del despecho. Pocas veces caemos -382- rendidos de cansancio o moralmente heridos de muerte, siendo lo común abandonar el campo de lucha antes que

ella termine, o prescindir de la esencia de las cosas para buscar lo cómico o suplir con la burla el argumento serio y de buena ley que no se encuentra.

Hay en nuestro pueblo superior, extraordinarias cualidades de iniciativa. Por lo regular se discute y se plantea bien, pero se ejecuta mal o no se ejecuta. Son numerosos nuestros hombres de pensamiento, pero pocos los de acción; siendo común hallar espíritu práctico en las medianías y completa carencia de sentido común en nuestras mejores intelectualidades. Nuestros brutos son nuestros mejores administradores y los que con más acierto, perseverancia y método realizan la labor nacional y la que corresponde a los negocios privados. Es común que los intelectuales llamen brutos a las personas que carecen de cultura científica y de fácil palabra. En este sentido, bruto no quiere decir falto de inteligencia y lo que es más importante de sentido común, sino falto de clasicismo, por lo menos de ilustración. Siendo los brutos, en su mayor parte dueños de la fortuna y los hombres que en la industria y en el comercio se han enriquecido con el trabajo, no gozan de simpatía entre los intelectuales, por lo regular todos pobres. Y como en verdad hay brutos que casi son analfabetos, no deja de tener justificación el abismo que los separa de las clases ilustradas.

Somos imaginativos e idealistas. Nadie se conforma con lo bueno, se aspira a lo superior y como no hay fuerza económica ni fuerza moral para conseguir lo difícil y lo extraordinario, las obras cuando se concluyen resultan medianas, siendo general que no se concluyan definitivamente. Lo mismo pasa en materia legislativa y en todo lo que se relaciona con reglamentación. No se tiene en cuenta para el -383- acierto el estado sociológico de nuestro pueblo, sino los adelantos que la materia ha alcanzado en Europa. En la discusión, no es el que tiene mejores ideas ni un espíritu práctico más manifiesto el que triunfa, sino el que más habla y el que tiene más cultura. La oratoria tiene un poder colosal. Por lo regular se aprueba lo que está bien presentado, lo que está bien dicho y apoyado en argumentos brillantes. Carecen nuestras multitudes de capacidad para ver lo que les conviene, y casi siempre siguen la opinión del dirigente que las fascina con la palabra. De Casós, en la tribuna parlamentaria, se cuentan relatos casi inverosímiles.

Siendo nuestros hombres débiles de voluntad, la paciencia, el método, la perseverancia no son comunes. No hay presidente de la República, ni alcalde municipal, que no desee terminar su obra en el período de su actuación, y que no tenga la puerilidad de inaugurarla inconclusa para que el sucesor no alcance esa satisfacción. La labor lenta pero segura que con sólo el tiempo hace prodigios, no es para nosotros. Un plan hacendario que necesitara 15 años para ponerse en práctica, un plan ferrocarrilero que exigiera 25 años u otro plan parecido no puede fascinar a las multitudes. Nadie quiere aguardar. A este respecto, se vive al día y se vive mal. Más tenacidad hay en Bolivia. Su plan ferroviario, que ya dura 18 años y que se sigue con el mismo entusiasmo con que se comenzó no ha tenido imitación en el Perú. Mayor fue la tenacidad de Chile, que persiguió la conquista de Antofagasta, Iquique y Pisagua desde el año de 1841. Pasan así las cosas en el Perú, porque la energía está muy distante de ser inflexible, y la voluntad de ser tenaz. Todo está modificado por la flexibilidad del análisis, la movilidad imaginativa, la disociación sentimental.

Una voluntad intensa pero desigual, que carece de lentitud y no toma tiempo para coordinar ni poner en práctica sus anhelos, es una voluntad de la que no se puede esperar mucho. Si la sensación es rápida e incompleta y hay carencia de esfuerzo científico, las adaptaciones profundas y las reformas organizadas son raras.

Nada de esto quiere decir que el alma nacional sea pequeña. Al contrario, es muy grande y caben en ella todos los anhelos, todas las idealidades por estupidas que sean. Por ser así, el pensamiento no se limita a querer hacer lo que es fácil, lo que es posible, lo que no tiene quiebra, sino que siempre busca lo grande, lo irrealizable de momento. Un alma mediocre nos hubiera llevado a entendernos con Chile en los años anteriores a 1879, en que esa nación tenía sus cuestiones con Bolivia. Tomamos un camino contrario, y esto, a sabiendas de que la defensa de los territorios costaneros bolivianos, lejos de producirnos bienes, podía acarrearlos, como en efecto nos acarreó, situaciones peligrosas y desgraciadas. Y como el alma nacional no ha cambiado ni se ha deprimido a pesar de la derrota en la guerra del Pacífico, hoy, sin tener ejército ni escuadra, ni vislumbrar apoyo por ninguna parte, seguimos aspirando con tenacidad que nos hace honor la reivindicación de los territorios conquistados por Chile. Bolivia, con otro concepto, se atiene a la realidad y renuncia a lo que es pedazo de sí misma, llegando en su afán utilitario a transigir y hasta recibir dinero de ellos. En el Perú, estos acuerdos son imposibles. La mentalidad nacional no los comprende. Lo más curioso en estas aspiraciones patrióticas, como en otras de diversa índole, es que no es la conveniencia la que las mantiene vivas, sino las sugerencias del honor y del heroísmo, la grandeza de la idea y la hermosura de la forma literaria con que siempre se presentan.

Hay en nuestros mejores pensadores gran caudal de sabiduría, profundidad en el concepto, orden, claridad y brillo en las ideas y en la expresión, pero carecen de fuerza para el análisis, de integridad moral, de rectitud y algunas veces de nobleza. Las contradicciones y las miserias de la vida les irritan y les desalientan. Pocos son los que miran con benévola indulgencia, con sentida pena las caídas de los demás, sus vicios y defectos. Es muy común encolerizarse, amenazar con la huida, y efectivamente dejarlo todo abandonado cuando los reveses se multiplican. Todos ellos conocen la ineficacia de la acción individual en un ambiente que siempre es adverso; y sin embargo, nadie pone los medios para formar una conciencia colectiva dotada de un espíritu sano y de fecunda solidaridad. El porvenir causa intranquilidad y tristeza, el pasado pesar y despecho, siendo pocos aquellos cuya alma se mantiene serena ante el desastre y que no se rinden a los reveses del sentimiento herido.

A estas condiciones psicológicas de nuestra personalidad, hay que agregar otras, y entre ellas hállase la pereza física y moral de los individuos. En el terreno espiritual hay pereza y cobardía; en el material, timidez e inconstancia. Nuestros gobiernos abusan y virtualmente establecen un régimen tiránico porque conocen la indolencia de nuestras clases superiores, su disposición a soportarlo todo. No es un abuso ni diez lo que mueve la opinión contra el régimen gubernamental, sino un cúmulo de atropellos y la repetición de estos atropellos por varios meses y algunas veces por varios años. Cuando un gobierno viene abajo es porque su irrespetuosidad por la ley y por los ciudadanos llegó al colmo. Hasta ahora no hemos tenido una revolución justa en el Perú que no haya triunfado. En el orden material, no solamente hay pereza sino vergüenza por el trabajo. Jamás entre nosotros un hombre de cara blanca abrió la tierra con sus manos para depositar en ella la semilla, ni llegó a manejar

un pico y una lampa para abrir un camino, o un barreno y una comba en las profundidades de la tierra para arrancar el oro o la plata contenidas en un filón. Un mozo de buena familia prefiere ganar ocho a diez libras en el servicio del Estado, dinero que en su mayor parte gasta en calzado y en tener limpia la camisa, que trabajar como carpintero o albañil a un jornal que hoy alcanza a ocho soles. Al respecto España nos dejó exagerados prejuicios. Antes de 1879, las madres impedían a sus pequeñuelos jugar con útiles de carpintería para que sus manos no se encallecieran y tuvieran el aspecto de las de los artesanos. Cuando se proclamó la República, no solamente la moral estaba relajada, los hábitos viciados y el privilegio tenía hondas raíces, sino también hallóse el trabajo desacreditado con la esclavitud.

El doctor Eduardo A. Roos, profesor de sociología de la Universidad de Wisconsin, habiendo estudiado el desdén por el trabajo en la América Latina, dijo lo siguiente en su libro *El trabajo y las clases sociales al sur de Panamá*.

Durante el régimen de explotación colonial, el trabajo fue íntimamente asociado a la servidumbre, y la exención de todo esfuerzo útil fue la marca de salón de la casta superior. Repetidas veces, en las solicitudes al rey de España contra los edictos que trataban de abolir o mitigar la esclavitud, en la que gemían los indios, el español interrogaba: «¿Quién, entonces, cultivará las tierras y guardará los ganados?» «Si no contamos con el servicio personal de los nativos ¿quién nos servirá?» La idea de tener que trabajar y servirse ellos mismos en sus casas era tan difícil concebirla, como la de comer yerbas como Nabucodonosor.

Así se arraigó la idea de que el trabajo es vil, que debe haber -387- una casta superior que piense, goce y gobierne y que debe ser atendido, aunque el resto perezca. Toda la religión, filosofía social y ética de los coloniales se ajusta a esta parasitaria manera de vivir. La separación de España, hace un siglo, y la adopción de instituciones liberales, no rompieron los viejos hábitos de pensar. Las tradiciones coloniales viciosas viven, así es que aún hoy Hispanoamérica está gangrenada con el desprecio al trabajo, que se revela de mil maneras.

Ningún pasajero de primera puede sacar del coche una maleta de mano, no por el esfuerzo que implique, sino porque ningún caballero se atreve a que lo vean haciendo algo que signifique utilidad.

Un hormiguero de hombres y niños arremete los coches y vehículos, y con sorpresa llena de incredulidad y disgusto, ven a un caballero cargar su maleta. El cuadro es divertido, porque no se imaginan que él la lleve, y una media docena de ellos se le presentaron, unos detrás de los otros, atribuyendo el mal éxito de los anteriores a alguna falta de atención debida.

Ninguna persona que se respete a sí misma puede presentarse en la calle con un paquete en la mano. Ningún señor puede cargar la montura entre la casa y el corral. Un viajero que lustre su calzado, es muy sucio ante los empleados del hotel. En Quito, donde el servil indio ha dejado el profundo estigma a todo lo que sea trabajo manual, las plazas son frecuentadas por hombres bien vestidos, de cuello blanco y que nunca trabajan, algunos de ellos conformándose con saciar el hambre con maíz tostado que guardan en sus bolsillos.

Un profesor de ciencias alemán encontró a sus pupilos muy lejos de la idea de hacer experimentos ellos mismos, esperando que el profesor los hiciese, y si rompían una retorta o un tubo de prueba en el laboratorio, llamaban a un sirviente para hacer la limpieza.

Los americanos tienen la fama de ser maravillosamente prácticos; así la escuela de ingenieros del Perú solicitó enviar sus estudiantes de minas para que adquiriesen alguna experiencia en una de las grandes minas administradas por americanos. El primer ingeniero los recibió muy gustoso y fueron puestos bajo su dirección. Aguantaron dos días. Los ingenieros en ciernes se negaron rotundamente a ponerse blusa y pantalón de obrero, caminar entre lodo y agua y poner manos en la grasienta maquinaria. La idea de la educación técnica de un caballero era la de permanecer en un sitio limpio y observar el movimiento de las máquinas, mientras que un profesor les explicaba la manera de operar.

Los astrónomos americanos han notado cómo le molesta al asistente del observatorio, el cuidar los instrumentos y limpiarlos o desempacar costosos aparatos. Confrontando una caja que contenga tal vez instrumentos importados por valor de dos -388- mil pesos, su impulso es de pasar la molestia a un peón de cincuenta centavos de salario por día. La idea de la observación astronómica de este contemplador de las estrellas, consiste en recostarse en un colchón con su vista dirigida a un telescopio meridiano y llamar al instante que pasa una estrella, mientras que un asistente ajusta los instrumentos, otro anota lo observado y un tercero computa su significación. Él desea reducir su persona exclusivamente al proceso mental, que sólo concuerda con la alta dignidad de la ciencia.

En el Perú, el cholo ambicioso imita a la «gente decente», esquiva el trabajo verdadero, se coloca un cuello alto y blanco, prefiriendo un empleo miserable antes de trabajar como carpintero o herrero. Se somete a cualquier parasitismo, aceptando cualquiera dependencia servil, con el objeto de evitar el sudor honrado y poder usar camisa blanca, girar un bastón y hacerla de «dandy» en una esquina o a la puerta de la iglesia.

La tradición de una clase superior y parásita es la causa de que los sudamericanos requieran demasiado servicio personal inútil. La señora de la casa es muy reacia a acudir a la puerta cuando suena el timbre. Esperando en el vestíbulo ¡cuántas veces he oído a la dueña de la casa o a su hija correr en busca de una sirviente india para abrir la puerta! En el Perú, cuando una señora aparece en la calle, es seguida a una distancia respetable por una sirvientita que la lleva el paraguas. En el Cuzco, las señoras peruanas se manifestaron al principio muy amigas y admiradoras de las señoras del hospital de misiones, reconociendo en ellas su abnegación y sacrificios. Pero, después, cuando se enteraron de que estas señoras inglesas barrían y limpiaban el polvo a la vista del público, las condenaron socialmente. Las familias de alto tono dijeron: «deben haber sido cholitas en su tierra», y las eliminaron de la sociedad.

Una señora tocará el timbre para que su doncella le ponga las chanchas o le alcance alguna cosa en su cuarto. No importa la hora avanzada en que los amos regresen de la calle; los sirvientes deben esperarlos. Yo me enteré del caso de una señora que despertó a sus criados a la una de la madrugada, reconviniéndoles por haber intentado recostarse en sus camas. El extranjero que se sirve a sí mismo es despreciado por el sirviente y no se le atiende.

El rector americano de la universidad del Cuzco, en las numerosas excursiones arqueológicas con sus alumnos, les indujo con el ejemplo de cuidar ellos mismos a sus animales, arreglar el campamento y cocinar sus alimentos. Una vez que se rompieron los prejuicios, se encargaron de su tarea muy gustosos, volviéndose tan confiados en sí mismos como los jóvenes yanquis.

«Todo el pueblo peruano es aristocrático», dice un publicista limeño; «los blancos, debido a las tradiciones de los -389- conquistadores, y los indígenas, al régimen de los incas. El orgullo castellano y el de los incas se combina para producir una raza aristocrática hasta la médula». En verdad nunca he tenido ocasión de observar una arrogancia como la que se nota en las damas que asisten a las misas en la elegante iglesia de San Pedro en Lima. En esas caras hermosas y bien delineadas, marmóreas, con la palidez de los trópicos, se entrona la profunda convicción de superioridad. Sus miradas dicen: «Cualquiera que sea la suerte de los demás, a nosotras se nos debe atender». En efecto, el gobierno hace desesperados esfuerzos para proporcionar recursos a las familias decadentes de las clases elevadas, por medio de puestos inútiles en los servicios de la administración.

Nuestra pereza intelectual y el divorcio que existe entre el ideal y la realidad, entre la evolución que se provoca y la rutina que reina, ha prestigiado el brillo en la forma y lo que es más el culto de la apariencia. Hay pasión por el decorum en el estilo y en la vida, y estando tratada magistralmente la materia por el ilustre sociólogo, señor Belaunde, en su artículo, Nuestro decorantismo, copiamos de él lo siguiente:

Las ideas pierden su eficacia cuando no son enunciadas en las ocasiones solemnes en medio de aparato y brillo. Insinuar es perder el tiempo. Para convencer y sembrar ideas es indispensable hablar ex cátedra, con robusta entonación y en estilo campanudo. Pero grullo es personaje amable y simpático y cuya compañía es saludable y hermana del buen sentido, si viste modestamente y habla quedo; pero se convierte en el huésped más incómodo e insoportable si se emperifolla y rebruñe, ahueca la voz y adopta gestos pomposos. ¡Ojalá nuestro ambiente intelectual estuviera constituido de verdades vulgares, pero sencillas; y no de huecos lugares comunes decorativos. Y gran dicha sería que prefiriésemos el saber simple y refranescos de Sancho a la grandilocuente y sentenciosa sapiencia de Don Quijote.

La vida institucional sólo se manifiesta por festividades y actuaciones solemnes. Sociedad que no da veladas y en que no se pronuncian discursos es sociedad muerta o inútil; aunque vaya realizando modestamente su fin. En nuestras innumerables sociedades obreras, la preocupación del cuerpo directivo, en que cada función ostenta significativo título, es la actuación anual; y el celo de los directores sólo se aprecia por el mayor o menor brillo de las festividades. El Ateneo no existe sino en el nombre; sus socios no discuten ni dan conferencias, ni publican -390- la revista; y sólo da muestras de vida pomposa y rotunda, cuando se trata de preparar una velada de gran fuste. Algo parecido le sucede al Instituto Histórico. No contentos con una institución para las grandes solemnidades, hemos creído

conveniente tener dos. Su fin teórico puede ser otro; pero su función efectiva es la de dar esporádicamente las notas más altas del decoratismo de buen tono.

Todas las cosas se hacen para la mera presentación, para el instante teatral, único e inefable. Nuestra vida colectiva, incoherente y dispersa, sólo se concentra y se aviva en los momentos fugaces y culminantes de la comedia humana.

Muchas veces no nos explicamos el encumbramiento de ciertos personajes. No tienen ellos ni fortuna, ni talento, ni audacia, ni carácter, ni siquiera una posición heredada. Y sin embargo son buscados para todos los puestos, desempeñan las más altas funciones y el público los señala siempre que hay un vacío que llenar. Estudiando el caso, al parecer inexplicable, nos encontramos que tales hombres, son correctos, solemnes, el paso grave, la mirada seria, el ademán rítmico, la palabra reposada y sentenciosa. Son los mejores adaptados al medio. Surgen por decoratismo. Los decorativos constituyen una escuela y forman una casta privilegiada y hermosa. El Pacheco nacional, a las casualidades del personaje queirociano, debe unir la de ser decorativo en grado heroico y eminente.

Son también del doctor Belaunde, las ideas emitidas en el artículo Nuestros Rencores. Manifiesta en él, que por debajo de la formidable y chillona algarabía, se agita la murmuración intencionada, el chisme tendencioso, y que las fuerzas negativas no solamente actúan a la luz del sol si no se deslizan suave y calladamente en los íntimos corrillos. Si hubiera lógica y congruencia en nuestras actitudes negativas, dice, frente a la serie de hechos que combatimos, se levantaría la ordenada serie de ideas contrarias que debíamos sostener y defender. No sucede así porque las ideas positivas aparecen esporádicamente o mueren de modo oscuro ante la confabulación del silencio general, ante la acción sonora de arriba y el ataque sutil y maquiavélico de abajo. Obsérvese nuestra vida social, económica y política, añade, y se verá con el rencor es en ella elemento sustancial. Buscando -391- la causa, la encuentra en la falta de actividad y de ideales, terminando su artículo con la siguiente conclusión:

Pueblos soñolientos y perezosos son presa fácil de los rencores y de las envidias. En América, el mal o la enfermedad por antonomasia, causa y compendio de los otros males, es la anemia síquica. Nada queremos ni deseamos intensamente. Cuando la naturaleza no dominada todavía y la vida social en los comienzos de su organización, nos invitan a la acción y nos brindan espontáneamente grandes ideales y hermosos fines, individuales y colectivos, nosotros permanecemos impasibles, rumiando tristezas o injustificadas desesperaciones; y apenas interrumpimos nuestro sopor, para luchar por instantes en medio de la general incoherencia, pretendiendo realizar una utopía, de golpe, como al impulso de un fiat soberano, para caer luego, decepcionados y abatidos, a la inmovilidad musulmana. La filosofía pragmática, la filosofía de la acción está hecha para nosotros. La educación, en ningún país más que en el nuestro, no debe tener una función de perfeccionamiento, sino de dinamogenia. Debemos preferir a ser cultos y pulidos, ser activos, volitivos e inquietos. Poco importaría que en esta obra se consumieran o extinguieran los oropeles de nuestra mentida cultura. Gran suerte sería para el Perú el dejar de ser una nación de prematuros

envejecidos, seudorefinados y decadentes, para convertirse en un pueblo de luchadores primitivos, rudos y fieros.

En otro artículo, comentando Nuestra Ignorancia, manifiesta que en materia intelectual prevalecen las teorías novedosas, los matices secundarios, el comentario de última hora, la crítica fragmentaria y brillante; que en literatura desconocemos las obras clásicas y las de nuestro propio idioma, y que en historia, jamás nos dedicamos a profundizar hechos que requieren atención cariñosa, que exigen vida y calor. Si alguna vez, dice, nuestra tornadiza y coqueta mentalidad se enfrenta a la realidad económica es para exhibir con ruidosa complacencia los conocimientos exóticos que hemos adquirido en fáciles y superficiales lecturas, admirándonos de la ignorancia que en Europa existe de nuestra geografía y de nuestra historia, pero sin cuidarnos -392- de saber algo más de ellas de lo que se enseña en el colegio de instrucción media. Nuestra ignorancia, añade, no es dinámica sino estática, no es consciente sino infatuada. En su deseo de revelar la esencia de nuestro espíritu efectivo y observando lo que pasa, no en nuestras clases inferiores sino en las superiores, dice:

Los hombres que llegan a cierta posición no quieren absolutamente abrir su espíritu a nuevos estudios y a nuevas disciplinas aunque sean de su profesión. Poseyendo apenas el indispensable capital intelectual para llenar su función, repugnan, de modo sistemático, escuchar a los que tienen una idea nueva en su mismo ramo y desprecian a los que cultivan ramos distintos. La palabra latero es aplicada indistintamente, por aquellos varones inmutables y serios, para designar a un charlatán insubstancial o al hombre que tiene en sí la inquietud de un pensamiento nuevo. Y se confunde lamentablemente la pedertería con el entusiasmo intelectual. De ese modo se hace muy difícil el progreso, principalmente en los elementos tradicionales, de los que se dedican a una especialidad. Esta misma estrechez de criterio determina las divisiones profundas entre las profesiones. Nuestra ignorancia nos lleva a mirar desdeñosamente las ciencias que no conocemos. Aquí el abogado, cree de mentalidad inferior a todo médico o ingeniero; y a su vez los médicos e ingenieros consideran a todos los abogados como insulsos y peligrosos charlatanes. No existe esa especie de solidaridad intelectual entre todas las profesiones y que revela la profunda unidad de los conocimientos humanos. No se trata de predicar el enciclopedismo, pernicioso e imposible; pero sí el interés por las cuestiones que pueden ampliar nuestro radio de cultura. No se exige que se sepa de todo; pero sí un criterio amplio; y el hábito de escuchar y de inclinarse ante la opinión de los que algo saben, en la materia en que vamos a intervenir.

Nuestro espíritu se cierra a toda idea que pueda proporcionarnos un igual o un inferior; pero no sólo se cierra, sino que combate esa idea, sin comprenderla, con una acritud intensa. Nuestra ignorancia es cerrada y agresiva. ¡Pobre del hombre que convencido de una idea la expone a la confabulación del silencio o la conjunción combativa de las ignorancias graves y enorgullecidas!

¿Y qué decir del desprecio que los llamados hombres serios tienen por la cultura literaria, artística o científica, y por la propagación de esa cultura? El literato, el poeta, el artista y el periodista están descalificados en concepto de esas gentes. Pertenecer a una sociedad literaria, trabajar en ella, dar conferencias, -393- escribir en los periódicos, no es cosa de hombres serios; sino de muchachos o de gente que sufre de hipo de notoriedad.

Aquí causaría escándalo que un ex presidente de la República fuese al Ateneo a dar una conferencia, o que un vocal de la Suprema escribiese un artículo literario o sociológico en una revista. Eso no puede pasar en el Perú ¡Dichoso país el nuestro! En Inglaterra un primer ministro suspende sus funciones para hablar a los estudiantes de Cambridge sobre la esencia de la materia y el inmortal Gladstone reposa de sus trabajos políticos, releyendo, como insigne helenista, los clásicos griegos. En Francia, un ministro de obras públicas deja su bufete para dar una conferencia sobre un pintor insigne; y el monumento a Rousseau en el Panteón, provoca en la Cámara un debate sobre aquel filósofo, que nuestros estirados representantes calificarían de poco serio. Aún en España, que tanto se parece a nosotros, Cánovas prologaba libros, Silvela disertaba en el Ateneo sobre las ideas éticas, y Moret, desde la presidencia de aquel instituto, pronuncia discursos y da conferencias.

Nosotros no podemos comprender tales cosas. ¿Y por qué? Hay que decirlo con franqueza y con valor: porque tenemos la peor forma de ignorancia; la ignorancia estática cerrada, agresiva e infatuada. Ella nos mantiene aislados en el camino de la vida y nos impide gozar de la verdadera amistad, que no puede tener otra base que la mutua comprensión; la solidaridad intelectual. A despecho de nuestra aparente amabilidad y la efusión superficial de nuestro trato, nuestras almas van solas y herméticas. Lo único que puede unir las ideas y los sentimientos; pero carecemos de unas y otros.

Nuestra ignorancia, hermana de nuestra incoherencia, de nuestros rencores y de nuestra pseudoironía, tiene el mismo origen: nuestra insanable pobreza síquica.

La influencia que el elemento civil ha tenido en la marcha de los negocios públicos ha ocupado planos superiores al de las clases militares y clericales. El elemento civil superior que interviene en la política, está constituido por los magnates de la industria y el comercio, por los abogados, los médicos y los grandes propietarios. No son muchos y durante la centuria han carecido de riqueza, de ciencia y de perseverancia para hacer productivo el suelo nacional. Faltándoles estos elementos, no tuvieron otro recurso para conseguir el incipiente desarrollo material del país que entregarlo para la comunicación y las finanzas a contratistas extranjeros. -394- El doctor Alejandro O. Deustua, comentando el libro de García Calderón en el capítulo concerniente a la cultura del país, manifiesta que nuestros hombres superiores toman la política como un adorno, por el gusto que proporcionan las discusiones, las luchas de enredo, los pequeños egoísmos, las inquietudes y sorpresas de escena. Que se ejercen funciones públicas, por el gusto de ejercerlas, que nunca se distingue los medios de los fines y que todo es causado por un principio antiguo de anarquía, de amor a la retórica y de ambición republicana de figurar.

La clase media

Sigue al círculo superior, una clase original por falta de caracteres propios, por lo desatendida que pasa y por no haber hecho el profundo surco que marca su camino en las sociedades europeas. Como ya hemos dicho, la clase media en el Perú vive avergonzada de su existencia y hace prodigios de simulación para confundirse con la clase superior a la cual no pertenece. Está constituida por la pequeña industria, la pequeña propiedad, el pequeño comercio y el burócrata en todas sus variantes. Tiene poca influencia en la marcha institucional de la República, especialmente aquella que actúa en la función pública. La situación del territorio y lo difícil que se hace la comunicación ha impedido su bienestar. Es una clase pobre, sana, a la cual no hay que atribuirle los males nacionales. Sufre pacientemente nuestras crisis económicas y morales y limita su aspiración a comer y a tener con qué educar a sus hijos. La circunstancia de no poder conseguir una y otra cosa sino al amparo del Estado o contando con la protección que le dispensen los magnates de la industria y del comercio, da por resultado que su acción -395- sea nula y su voluntad tenga poco peso en los destinos de la República. Está además dividida y disgregada, al contrario de lo que pasa en Europa donde la unión y la sociabilidad entre los que forman una clase o agrupación los hace fuertes y respetados. La desunión entra en el carácter nacional.

Sin mucho que decir de la clase media cuya vida económica está asegurada por el hecho de pertenecer a profesiones a las cuales no se puede ingresar fácilmente por el conocimiento especial que exigen, como por ejemplo, la de linotipista, dedicaremos el capítulo a la masa común de empleados, a esa que no está bien pagada porque desempeña por lo general en la industria, en el comercio y en la administración pública, labor cuyo esfuerzo no requiere especialidad alguna. Su número es excesivo, y sus quehaceres muchas veces apenas requieren las débiles energías de la mujer y del niño. Por esta causa, el capital, indiferente y frío no tiene por qué preferir en la remuneración a un sexo sobre otro. Paga al hombre o a la mujer por igual, en relación con la faena que encomienda al individuo. El cajero de detall, el mecanógrafo, el vendedor de cintajos o telas, el de perfumería y el de otros muchos objetos, cuya venta no requiere conocimientos especiales, como el modesto empleado sedentario de una oficina pública, no ganan más, porque la mujer, más apta para esos menudos menesteres, ganaría lo mismo o menos, y porque además son muchos los que por desgracia se dedican a la mecanografía, a la venta de telas o a la copia de documentos oficiales. Es cuestión, en primer lugar de calidad de trabajo, y en segundo de concurrencia.

Si los obreros en el Perú obtienen casi todo lo que quieren, es porque son pocos en relación a la potencialidad de -396- las industrias. No pasa lo mismo con el tipo social del empleado. Para un puesto creado o vacante hay diez que lo soliciten. Por consiguiente, el empleado es barato.

Clases populares

Siendo reducido el número de personas que constituyen la clase media y más reducido aún el de la clase superior, el resto de los habitantes del Perú, cuyo total se calcula en 4500000, pertenece a las clases populares y está constituido casi en su totalidad por gentes humildes, de escaso jornal, analfabetos y sin estímulos ni elementos morales y materiales para alcanzar mejores condiciones de vida. Esta idiosincrasia tiene su origen en el pasado. España nunca colonizó sus posesiones sino que las explotaba, al mismo tiempo que las engrandecía. El número de hombres blancos que sometieron al Nuevo Mundo fue insignificante. Las colonias inglesas de América fueron pobladas por familias provenientes de Holanda, Francia, Alemania y Suecia, tanto como de las Islas Británicas. Por el contrario, España, no permitió sino que sus propios súbditos poblaran sus posesiones. Las colonias inglesas atrajeron gran número de puritanos, cuáqueros, hugonotes, presbiterianos, y católicos romanos, los cuales prefirieron las fatigas de las selvas a la opresión política o religiosa de Europa. Las colonias españolas no ofrecieron asilo a los amantes de la libertad ni a los laboriosos y honrados, sino a gentes soñadoras y altivas o ávidas de riquezas mineras. ¡Qué diferencias, por razón de pueblos y de civilizaciones, entre la colonización inglesa y la española. Los indios norteamericanos, como no habían salido del período de caza, no pudieron ser esclavizados. El colono inglés les fue arrojando y este mismo -397- colono se encargó de trabajar las tierras. En el Perú, el español, vino a tratar con razas que habían hecho notables adelantos en agricultura, en artes y en política, razas a quienes subyugaron, dedicándolas al cultivo de la tierra y a la extracción de oro y plata. Por esto, el español del período colonial nunca estuvo en el caso de labrar la tierra y hoy sus descendientes hacen todo, menos humillarse en el trabajo corporal.

Siendo la clase popular constituida por indios de raza pura, la más numerosa del Perú, daremos preferencia a su estudio, principiando por exponer la situación en que se hallaba en los días de la colonia, especialmente en aquellos que sirvieron de eslabón a los períodos monárquicos y republicanos. Haenke, Prado, Torres Saldamando, Mendiburu, Lorente, Odriozola, el general Miller, Jorge Juan, Antonio Ulloa y otros muchos nos dan preciosas noticias del estado de abyección, de aniquilamiento a que llegó en los últimos días del virreinato. Javier Prado dijo de ella lo siguiente en 1894.

Cuando llegaron los hombres blancos, Atahualpa y su corte los recibieron con cariño, hospitalaria y generosamente. Los españoles aprisionaron al Inca, y le cortaron la cabeza. Ante semejante conducta, los indios se aterrorizaron; el cielo no se había desplomado en venganza de la mayor de las profanaciones; sintieron miedo, tristeza profunda, incurable; se encontraron desorientados, sin rumbo y sin guía; su resistencia fue completamente débil. Estaban vencidos por su carácter, por el temor y por la superstición.

Los españoles, acostumbrados a luchar con pueblos viriles, experimentaron, a su vez, pena y desprecio por estos hombres que se rendían, sin resistir, sin protestar, sin quejarse.

Movidos los españoles por el primer sentimiento, y también como plan político, dictaminaron las leyes más bondadosas en favor de los indios, como las que contiene la legislación de Indias. En ellas se ordena que los indios, considerados entre las personas más miserables y humildes, gocen de los privilegios de rústicos y menores, sean favorecidos y amparados, se remedien -398- sus daños, y que vivan sin molestia; que los españoles los tengan bajo su protección y los traten como verdaderos hijos espirituales; que se respete su libertad, y no se les sujete a servidumbre, que las leyes que fuesen en favor de los indios se ejecuten, sin embargo de apelación; que no sean ellos sacados de sus provincias y tierras; que se emplee a los indios en sus oficios, de labranzas y ocupaciones naturales; que no se les ocupe en trabajos que entrañen peligro de vida; que sean enseñados en la religión cristiana y en la lengua española; que sean castigados con mayor rigor los españoles que ofendiesen a los indios, que si el mismo delito se cometiese entre españoles. Se les permitía, en fin, a los indios, casarse, mudar de domicilio, adquirir bienes, comerciar libremente, aprender oficio mientras no tributasen, y la facultad de disponer de su propiedad por testamento.

Como fruto del segundo sentimiento, del de desprecio por una raza sin energía ni dignidad, comenzaron bien pronto los españoles a considerar como cosas, a individuos que no tenían la menor conciencia de lo que era la personalidad humana. Y en este camino fueron después ya ineficaces y estériles, todas las leyes y los actos parciales que favorecían a los indios; el concepto que merecían ellos a los españoles, estaba formado; y, en armonía con él, no varió la conducta general observada por los españoles con la desgraciada raza indígena.

Las reducciones y las encomiendas debían tener por objeto, el que los indios fueran doctrinados en la Santa Fe Católica y Ley Evangélica; y que unidos y educados, fueran amparados y protegidos por la persona a quien se le encomendaba su cuidado. En cambio, los indios debían recompensar los inmensos beneficios que recibían de sus protectores con un moderado servicio personal y con un pequeño tributo.

Éste fue el espíritu de las reducciones y de las encomiendas; pero el hecho práctico fue que los españoles, con insaciable avaricia, explotaron del modo más indigno a aquellos pobres indios, que, en el círculo infernal de encomiendas, de mitas, de tributos, de obrajes, de repartimientos, pasaban de la propiedad de los padres a los hijos de los españoles, sin que sus sufrimientos tuvieran término, y sin poder gozar jamás de las satisfacciones de la libertad y del descanso.

Los encomenderos -dice un escritor tan juicioso como imparcial, citando autorizadas opiniones- trataban a los indios con menos consideración que a las bestias.

En los obrajes no era la condición del indio menos infeliz que en los demás trabajos a que se hallaba esclavizado. «En ellos -dicen los autores de las Noticias secretas de América, es donde se juntan todos los colmos de la infelicidad, y donde se encuentran las mayores lástimas que puede producir la más bárbara inhumanidad... El gobierno de estos obrajes, - 399- el trabajo que hacen en ellos los indios, a quien toca esta suerte verdaderamente desgraciada, y el riguroso castigo que experimentan aquellos infelices, exceden a todo cuanto nos es posible referir». Comenzaba el trabajo antes de que aclarase el día; repartidas las tareas, cerraba la puerta el maestro del obraje y permanecían los indios encarcelados. Al medio día, se permitía que, durante brevísimo término, las mujeres introdujesen miserable alimento. Después se volvía a cerrar las puertas; y si al obscurecer el día no habían concluido los indios sus tareas, eran castigados, azotados, martirizados, sin excusa que pudiera abonarlos, con la más refinada maldad.

El trabajo en los obrajes era una forma de las mitas, «conscripción anual por la que un crecido número de hombres, nacidos y reputados por libres, son arrancados de sus pueblos, y a distancias de más de cien leguas, para forzarlos al trabajo nocivo de las minas, al de las fábricas y otros ejercicios violentos, de los cuales apenas sobrevivía una décima parte para volver a sus casas».

El indio que lograba salir con vida de estas aniquiladoras tareas, especialmente de las minas -en las que la esclavitud, el trabajo abrumador y el castigo temerario superaban, tal vez, a los de los obrajes-; el indio que podía haber economizado algo de su trabajo, absorbido casi por completo, por su encomendero, no se hallaba aún libre: ahí estaba acechándolo el corregidor para que le pagara el tributo, y recibiera por el exorbitante, el absurdo precio que fijara la codicia de la autoridad, los más ridículos e inservibles objetos, que tenía el pobre indio la obligación de pagar; y de esta suerte y con otros pretextos de servicio personal, de juicios, de penas, el corregidor despojaba al indio de sus más humildes bienes y lo esclavizaba en los mayores excesos de trabajo; y si aún podía el indio salvar de los encomenderos y de las autoridades políticas, ahí estaba el cura para, en forma de diezmos, de derechos por matrimonios, bautizos, entierros, colectas para procesiones, mediante todo género de explotación, devorar los últimos residuos de fuerza y de bienes que había conservado el pobre indio.

¡Desgraciada suerte la de esta raza! Había visto desaparecer el gobierno de sus mayores; había visto destrozarse los ídolos que simbolizaban su religión; había presenciado la destrucción de sus monumentos, palacios, templos y de sus altares, y había visto elevarse en estos el culto de otro Dios; había visto el abandono de su agricultura y de sus industrias; habían sido, en fin, profanadas sus mujeres, rotos los lazos de su familia; y a todo se había resignado. Pero, a pesar de su humillante sumisión, estaba destinada a un martirio, sin fin, indescriptible; no conocía por cierto, el pobre indio; en su ignorancia y en su aislamiento, que habían siquiera leyes que lo favorecían, y que existían monarcas que exigían su cumplimiento. -400- Su miserable existencia, durante la época de la dominación española, no tenía siquiera la explicación religiosa y política que lo había hecho sobrellevar con agrado, con amor, el régimen de los Incas, hijos del Sol y padres de sus súbditos.

El indio se concentró y se volvió aún más callado, más reservado, más indiferente, más perezoso y profundamente hipócrita y servil. ¿Para qué quejarse si sus lamentos no habían

de ser escuchados? ¿Para qué ser comunicativo, cuando el único confidente que podía encontrar en su mísero destino, era su propio espíritu, cuya suavidad y dulzura no comprendía el español? ¿Para qué enfurecerse contra lo existente, si el indio, tímido, débil y miedoso, tenía la conciencia de que no podía luchar contra sus opresores? ¿Para qué trabajar, si su trabajo, por más constante, por más fructífero, jamás lo iba a aprovechar él, sino que debía ir a aumentar la riqueza y la avaricia de sus señores? ¿Cómo no ser hipócrita y servil, cómo no había de ocultar el indio su odio profundo, irreconciliable hacia los blancos; y cómo no había de arrastrarse a sus plantas, con aire humilde, con la sonrisa del esclavo; si a lo único que podía aspirar era a que el español y sus hijos criollos, suavizaran en algo su martirio; le dejaran algunos minutos de descanso; le permitieran celebrar algunas fiestas, de familia y religiosas, para degradarse en ellas y humillarse aún más?

Separación profunda entre la raza europea y la indígena, tenaz resistencia de la inercia por parte del indio a todo movimiento evolutivo, a toda asimilación provechosa, en el orden social; impotencia del progreso ante la fuerza repulsiva de una civilización paralizada y de un pueblo agotado por el sufrimiento, en todas sus energías, son hoy ya, para nuestra desgracia, leyes hereditarias de muy difícil modificación.

Aún el mestizo, resultado del cruzamiento del indio con el blanco, de constitución vigorosa, de físico en que predomina el elemento indígena, de espíritu un tanto melancólico, sobre todo en las mujeres, y de carácter indolente y perezoso, sacrificaba su origen indio para formar un elemento intermedio, de condición superior y a menudo ventajosamente favorecida por los blancos, que le confiaban el trabajo y aún la dirección de sus chacras.

Predisuestos, pues, los indios, como es justo reconocerlo, por espíritu de raza y por la misma organización social del imperio teocrático de los Incas, y encadenados dentro del régimen de la opresión, degeneraron por completo en su carácter, en sus sentimientos y en sus ideas. Quedaron arraigados todos los vicios de los débiles: refinada hipocresía, instinto de hurto y latrocinio, no de robo, cobardía, pereza invencible, supersticiones absurdas, embriaguez hasta el delirio.

En esta tristísima condición se han secado en el indio (hablo, como siempre, de la raza, no de los individuos) las fuentes -401- del amor por el prójimo y la gratitud por beneficios que, por más grandes que sean, es incapaz de reconocer. Su maldad y sus venganzas son encubiertas, frías, alevosas e implacables.

Pero, sobre todo los vicios del indio, en aquella vida desgraciada -en la que estaba condenado a prescindir de las cosas más necesarias para su conservación- la embriaguez lo dominaba irresistiblemente, absorbiendo su vida, formando su única satisfacción, por encima de todos los peligros y de todos los martirios. El indio desde aquella época se embriagaba «por el nacimiento, por el corte de pelo, por el matrimonio y por el entierro. Licores quiere para ser maltratado y para consolarse del maltrato; borracho emprende su viaje, se emborracha en el camino y al regresar a la casa; borracho concluye las diversiones y los negocios. Valor pide para combatir y para trabajar y llama valor a la chicha y al aguardiente. Su adoración a Dios es una borrachera y no se embriaga a solas sino por pueblos y calles». Excitado por la bebida, arranca a su quena los más dulces e inspirados acentos; bajo la acción de la embriaguez, no considera a la mujer sino bajo su aspecto

carnal, y no respeta su pudor ni las leyes de la naturaleza; y, por último, embriagado, hace el indio materia de vanidad y ostentación su mismo vergonzoso estado.

Si las propiedades de la bebida, la chicha, y de los alimentos, la coca y el ají, populares entre los indios, no hubieran neutralizado, según la opinión de un distinguido escritor, la funesta acción del alcoholismo, vicio secular del indio, a través de tres civilizaciones, ya su raza, si no se hubiera extinguido del todo, habría llegado al último extremo de aniquilamiento físico, de degradación moral y de embotamiento intelectual, de idiotismo o de imbecilidad.

Razón tenía, señores, al comenzar esta parte de mi estudio, para decir, que era ella la más triste. Hemos presenciado el abatimiento, la esclavitud, la degradación de una raza, bajo un régimen que legalmente la amparaba, y que prácticamente la martirizaba y la explotaba de modo inicuo.

Y sin embargo, esta raza, a pesar de su debilidad y de sus vicios ingénitos, había tenido condiciones dignas de ser estimadas y aprovechadas. Era dócil, sufrida, infatigable, de espíritu ingenioso, de hábitos tranquilos y perseverantes; acostumbrada a obedecer y a dejarse dirigir por el gobierno.

Los españoles, menos crueles por cierto, que los ingleses y holandeses, no mataron al indio, pero lo han salvajizado.

Una vez, a fines del siglo pasado, la raza indígena no pudo soportar ya más sus sufrimientos; sus sollozos comprimidos, sus odios reconcentrados durante tres siglos, su sed de venganza, estallaron impetuosos, sanguinarios, personificados en un caudillo ilustre, por su cuna, sus antecedentes, su educación, su -402- inteligencia y su arrojo. Fue José Gabriel Tupac Amaru el que encendió la tea del incendio.

Los indios acudieron presurosos a la llamada de su antiguo Cacique, y entonces, y a pesar de los esfuerzos de Tupac Amaru, para moderar la ira salvaje, cuán terriblemente comenzaron a saldar sus cuentas con los blancos aquellos infelices indios. «Las víctimas de la larga e insoportable tiranía, llegado el día de la venganza, no supieron moderar las iras, que la mansedumbre evangélica rara vez había aplacado en favor suyo; no respetaron las haciendas, porque el derecho de propiedad no podía aparecer sagrado a los que oficial y privadamente eran sin cesar despojados hasta del precio de sus jornales; y no acataron las leyes del pudor por la escandalosa corrupción que veían reinar en torno suyo, aún en los encargados de inspirarles sentimientos virtuosos, con la fiel observancia de sus votos». No hubo tropelía, devastación, crimen ante el que se detuvieran los indios. En lugar de hacer causa común con los criollos, declararon guerra a muerte a todos los blancos, «ninguna raza estuvo enteramente a cubierto de su furor implacable; porque de los más allegados en la sangre o en el infortunio solían recibir las injurias más graves».

Esa guerra sin cuartel contra toda la raza blanca, perdió la causa de la revolución. Indistintamente, españoles y criollos, todos, amenazados y espantados, se reunieron ante el peligro común; el que subsistió -tan rabioso y frenético fue el espíritu del alzamiento- aun después de que en Tupac Amaru se cumplió la atroz sentencia cuya perversidad salvaje y

torpeza absurda, no ha sido superada en ningún otro documento que pueda encontrarse en los anales de la barbarie.

El tremendo y general escarmiento con que terminó esta rebelión, volvió a sumir en estado de ciego abatimiento, silencio y apatía profunda, a la raza india. Han venido después, los días de la Independencia, el régimen republicano, y pasará, tal vez mucho tiempo, antes de que la raza india llegue a considerar como hermanos a los hijos de los españoles.

Y de esta suerte, separadas, divorciadas, sin lugar a formar jamás un cuerpo homogéneo, han vivido las diversas razas en el Perú, durante la época colonial; y no habiéndose ellas fusionado, no han existido tampoco los sentimientos y esfuerzos comunes, los ideales y los intereses nacionales, que son los únicos agentes que pueden conducir a los pueblos por el camino del progreso.

Como ya hemos manifestado, Haenke escribió su obra, el Reino del Perú, en los últimos años del siglo XVIII. Sus apuntes tienen pues el mérito de ser contemporáneos al indio - 403- de su época. Esta ventaja, que indudablemente da gran valor a su trabajo, tiene en contra la circunstancia de no haber vivido entre ellos y por tanto la de no haberlos estudiado ni comprendido. Por este motivo, sus opiniones son exageradas, sus prejuicios formados en fuente netamente española. Su servilismo al régimen colonial llega al extremo de negarle vigor físico al indio y de llamarle cobarde. Prescindiendo de todo esto y sin vituperar su conducta, pues la época no era para que un extranjero sicólogo dijera nada favorable al indio, su trabajo es de mérito indiscutible, y difícil nos sería pasarnos sin él. Por esto le copiamos en su totalidad.

Es el indio un problema que nadie puede resolver porque nadie lo acierta a definir. Tan obscuro en su origen como en sus facultades físicas y morales, ha casi trescientos años que vivimos con ellos sin poder dar razón o idea cabal de su constitución, porque embarazan el discurso para acertar con la propiedad de su definición.

El indio es frugal cuando come de su hacienda, pero no tiene término su apetito cuando es a costa del español: el indio es cobarde, pero muy cruel cuando se ve superior; y parece religioso a fuerza de superstición; y parece de entendimiento porque abunda en malicia.

Digamos que el indio es de endeble constitución física que no puede tolerar grandes trabajos; y por eso se ve que, aún en Lima, donde están más adelantados y racionales, jamás se aplican a oficios de mucho esfuerzo, sino a zapateros, sastres, botoneros, barberos, y otros sedentarios que no piden gran fatiga.

Digamos más: que a esta endeble constitución física corresponde una alma mezquina y de pocas facultades, que no pudiendo comprender ni las cosas que exigen muchas combinaciones, ni las verdades muy elevadas y sublimes, se contenta, en cuanto al entendimiento, con la malicia; en cuanto a la religión con la superstición, así como, en lo material, se satisface con los oficios que requieren poca fatiga. De modo que en fuerza de

este análisis puede considerarse al indio como un ser de naturaleza y alma débil, y si bien por falta de robustez no se aplica a grandes trabajos, no cabiendo en su alma, por la cortedad del vaso, la ambición ni el entusiasmo, no se afana por ser, no se afana por saber, ni tampoco por tener.

-404-

Es también del caso considerar que el indio no tiene un dominio absoluto sobre las tierras que trabaja, siendo las más del Rey que se las da en recompensa del tributo que satisface, y en esto se mezcla la buena o mala versación de los caciques, sus odios y predilecciones. De todo lo cual se deduce la consecuencia apuntada de que el indio, así como por la cortedad de sus fuerzas no se afana por trabajar, así tampoco por la cortedad de su espíritu no se afana por ser, por saber, ni por tener.

No se afana por ser, porque además de que su alma no lo lleva a cosas grandes, conoce que no puede pasar de cacique, de curaca o de mandón; y tan contento está con su bastoncillo de puño de plata gobernando a una docena de indios, como un general a la cabeza de una armada, o un político al frente de un Consejo.

No se afana por saber, porque su alma no alcanza a mayor esfera, y conoce que aunque supiese no le serviría para su adelantamiento.

No se afana por tener, porque siendo frugal por naturaleza, aún no ha llegado a persuadirse que lo que adelanta no serviría a labrar la fortuna del español. Estos principios que constituyen, en nuestro entender, el carácter general de 100 indios, se harán más evidentes con las ideas que vamos a dar sobre sus usos y costumbres.

Sus casas se reducen a unas desaliñadas chozas, y las camas a un pellejo de carnero, y encima una mala frazada o manta, pudiendo asegurarse que no hay en todo el Perú cincuenta indios que usen colchón. Los más no gastan cama, y se echan a dormir sin desnudarse jamás, llegando su desaseo y miseria al punto de no mudarse la ropa hasta que se les cae a pedazos. Es una observación singular que se ha ofrecido repetidas veces sin que podamos dar razón de su origen, que cuando por cualquier accidente o casualidad duermen los casados en la habitación de un español, se mantienen sentados toda la noche en cuclillas (posición que acostumbran mucho) mirándose a la cara uno a otro, pero sin acostarse juntos, callados o hablando. Aquí es de notar que las más de sus conversaciones no tienen otro objeto que las repetidas noticias de sus antepasados, sus agüeros y supersticiones, y sus frecuentes discursos contra los españoles. Se encuentran, con todo, indios de muy bella índole; pero la experiencia muestra que son pocos, y menos sin duda que entre las mujeres.

Ya sea efecto de su situación o de su carácter, se nota en todos los indios una suma malicia y desconfianza. Al comprar algo al español, piensa el indio que lo engaña, y cuando vende procura siempre engañarnos, haciéndose el desentendido cuando no lo logra. Si recibe dinero lo cuenta muchas veces; pero rara vez da la plata cabal al pagarla; y por lo regular se queda con un real o medio que saca después, si se le pide, de -405- un trapo anudado, en donde por lo general guardan el dinero. Cuando van de guía con algún pasajero o los nombran los alcaldes para llevar bagajes, piden anticipado el pago de estos, y siempre se retardan si el interesado no les aviva usando del rigor.

Su morosidad y genio poco activo obligan casi siempre a acompañar las requisiciones con amenazas y aun con hechos y persuadidos algunos de que el indio podría ser manejado por el bien como los demás hombres, se han visto precisados a contrahacer el tono de amenaza y de rigor. Tan acostumbrados están a él, y tal vez desde sus emperadores, que entra como parte muy esencial en su carácter, siendo cierto que sólo obran a impulso de la amenaza y del miedo. El agradecimiento y el bien operan poco en esta raza de hombres. No conseguimos de ninguno de ellos, aunque se les pagaba con generosidad y se les ofrecía alguna otra recompensa, que nos acompañasen dos leguas más allá del término a que los obligaban sus justicias. Lo mismo experimentamos con varios que parecían dóciles, y lo mismo aseguraron los párrocos y todas las gentes que los tratan, y habiendo hecho intención con las ideas de humanidad y filosofía sacar de ellos los servicios que eran necesarios sin vejarlos, había siempre que salir tarde, y por último empezar a reñir. Los extranjeros no deben extrañar que muchos españoles abusen de su superioridad con una gente por una parte acostumbrada al rigor, y por otra la más tímida y cobarde.

Es común en un chapetón apalear y hacerse respetar de una cuadrilla de aquellas gentes que merecen ciertamente la compasión; pero si se embriaga o junta mucha porción son temibles, por la osadía con que irritan al español, aparentando después la más rendida humildad cuando se halla sólo o se le pasa la embriaguez.

Sus frecuentes borracheras lo arrastran casi siempre a continuas querellas y discusiones, de tal modo que una nación con otra, un pueblo con otro, aunque sean de una misma doctrina o provincia, jamás se pueden ver; se arman y se matan en riña por la cosa más tenue; pero tal es su inconstancia que, si en el mismo acto se presenta la chicha y beben de ella, se acaba la contienda y se echan todos a dormir. En este estado los llevan sus mujeres o parientes, y cuando despiertan ya se les olvidó lo pasado, quedándoles sólo la molestia de enterrar al que murió o de curar al que salió herido.

Los más sienten poco el morir, y cuando un español los castiga lo único que dicen es: mátame, que me has de pagar el entierro, sintiendo sin duda más esto último que la privación de la vida. Se les ve en los hospitales a algunos próximos ya a expirar, que se levantan y empiezan a llamar y llorar pidiendo comida, si la ven pasar para otros enfermos. Cuando se sienten heridos, por leve que sea la herida, toman su sangre en la -406- mano, se enfurecen y exclaman que han de vengarse; pero su pusilanimidad los amilana en la ocasión, y se reputan por muertos con el más corto motivo. Esta misma cobardía los hace alevosos, astutos y tan crueles e inhumanos con los vencidos, que parece no cabe en su pecho la piedad y la compasión. El agravio hecho a uno solo se hace entre ellos causa común.

Los indios todo lo dudan, y son tan incrédulos que a cuanto se les dice o pregunta responden generalmente: así será, taita, sin mezclarse a averiguar lo cierto. Por esto, sin duda, juran en falso con la mayor facilidad; mienten y levantan falsos testimonios, con tal serenidad y frescura que causa admiración.

A la pobreza y desaliño de sus casas corresponde la de los bienes que componen el ridículo aduar de los indios. Hablando del más acomodado, sólo tiene una yunta de bueyes, un arado

y un corto rancho para encerrar su escasa cosecha. Los demás que componen la parte principal, no poseen la cuarta parte de estos escasos bienes, y viven entregados al ocio y a la embriaguez. Conservan, sin embargo, la buena costumbre de unirse hermanablemente para los trabajos rurales de sus sementeras y mieses, y en la fábrica de sus casas conservan igualmente tan laudable uso. Junta el propietario los materiales, y todos los del lugar se convidan, como para una fiesta, a hacer las tapias juntos; y al otro día llevan sus estacas y hacecillos de yerba para cubrir la casa y en poco tiempo queda ésta hecha.

Los alimentos más comunes que acostumbran son: las papas, el maíz, el camote y la yuca. Estos cuatro frutos les sirven en lugar de pan: solamente los de la costa compran pan cocido, cuando lo tienen en su mismo pueblo o pasan por alguno donde se amasa. En el valle de Jauja, en Huaylas, Huánuco y otros valles abundantes de trigo, comen también pan; pero por lo regular en estas provincias, como en las de la costa, mantiénesse con papas y camotes asados, maíz tostado (que llaman cancha) o cocido (que llaman mote). Con éste y su ají o pimientos muy picantes comen el pescado sea el que fuere, crudo, con un poco de sal y ají, los que viven cerca del mar. Así estos, como los de la sierra, consumen igualmente la leche y requesones de sus vacas, y algunas veces el queso; y aunque crían pollos y gallinas, jamás matan una, aunque estén enfermos. Tampoco comen los huevos, y todas estas cosas y los quesos de vaca y cabras los guardan para venderlos en la plaza de Lima, Tarma, Pasco, Huánuco, Cajamarca, Huaraz, Trujillo, Lambayeque y Piura, por la parte del norte; y por la del sur en Ica, Huancavelica, Huamanga, Cuzco, Arequipa, Puno, Chuquisaca y otras del otro Virreinato. He aquí unos frutos y modo de vida que no conocían en tiempo de sus emperadores Incas, y que les han proporcionado los españoles.

Los indios, desde que cesaron los repartimientos, han mejorado -407- de suerte; pero esta mejora debe entenderse en un sentido limitado, pues sólo se ha verificado en cuanto a la opresión que aquellos les causaban, siendo cierto que en el día trabajan menos, y parece quieren desquitarse de lo que los hicieron sudar los corregidores para el pago de los doce millones de pesos que les repartían.

Anteriormente llegaba un corregidor a unas rancherías de indios, y repartía entre ellos una pieza de terciopelo. Inmediatamente iban a venderla al pueblo más cercano con un mil por ciento de pérdida del precio en que se las habían repartido, o tal vez por lo que les querían dar, y como quedaban obligados al pago por entero, aquí eran los clamores, las prisiones, los azotes, las fugas y transmigraciones, sin que por eso perdieran nada los corregidores, pues pagaban los parientes de los que se huían o no tenían con qué.

La combinación de estas y otras noticias derramaría bastante luz para conocer lo que debe hacerse con aquella indolente nación. Por nuestra parte, convendremos siempre en que el indio necesita ser estimulado al trabajo con algún rigor, como lo eran en tiempo de los emperadores Incas, según los fastos antiguos de la historia, aunque parezca que se vulnera de algún modo la libertad del hombre, siendo cosa llana que ésta no consiste en que cada uno haga lo que quiera, sino que hagan lo más conforme al cuerpo de la sociedad en que viven. Esto mismo desvanece a nuestro entender las representaciones que han hecho tantos, con una piedad mal entendida, contra la mita del Potosí.

Cuarenta y siete años después de haberse proclamado la libertad del indio con la independencia del Perú, continuaba éste bajo el gobierno de la República y a pesar de tener los derechos de ciudadano que le concedió San Martín, tan envilecido, ignorante y oprimido por el egoísmo de los ricos y la tiranía de las autoridades, como en los tiempos en que gobernaba Abascal.

El señor don Agustín de la Rosa Toro, persona cultísima y que como pedagogo adelantó a su época por las novedades que estableció en la enseñanza primaria, en una memoria que presentó a la Sociedad Amiga de los Indios, decía en 1868 de nuestros desgraciados indígenas, lo que sigue:

-408- Trescientos años de tiranía sobre los infelices indios, durante los cuales sólo vivieron para sus amos, debían producir en ellos la degradación de su naturaleza, el odio al trabajo, y un profundo aborrecimiento a los blancos; porque el despotismo envilece, porque el trabajo no agrada sino cuando trae consigo los goces de la propiedad y porque es natural del corazón humano detestar al que nos humilla. Habitados los indígenas a ser engañados a cada paso, se vieron precisados también a engañar y desconfiar de todo hasta caer en la hipocresía y simulación, que ha llegado a caracterizarlos. Y en tan cruel estado, oprimidos por el dolor, se entregaron a la vergonzosa embriaguez que los ha embrutecido más y contribuido a su exterminio. Es verdad que pasaron los tiempos del coloniaje y que la República abolió el tributo y el diezmo; pero la desaparición de estas exacciones, en una naturaleza ya corrompida, ha producido más mal que bien, porque ha fomentado la ociosidad en que vegetan y los vicios consiguientes que los consumen. Por otra parte, aunque desde la proclamación de nuestra independencia política, muchos gobiernos han dictado medidas saludables para los indios, las autoridades encargadas de hacerlas efectivas han abusado con frecuencia de su cometido, imitando a los antiguos corregidores, que se distinguían por su avidez de riquezas. Este inicuo proceder y el terror que han sembrado por doquiera muchos señores de espada con sus vejaciones y arbitrariedades, haciéndose dueños de vidas y haciendas en nuestras continuas guerras civiles, no han dejado saborear a los indios los beneficios del gobierno republicano, y los han precisado a maldecir esta institución y a acabar de desconfiar de la veracidad de los hombres, que no han cesado de halagarlos con promesas no cumplidas. Por esto, mientras los salvajes de nuestras selvas son tratables para los viajeros, a los que se franquean con la sinceridad y sencillez de un niño, los indígenas de los Andes son casi siempre inhospitalarios, y prefieren que se les arranquen por la fuerza las provisiones de boca que les pide en venta un transeúnte a proporcionárselas voluntariamente.

El indio no se inquieta con el porvenir. Sólo piensa en el presente; y por eso no trabaja más que lo que necesita para satisfacer las necesidades de él y su familia durante el año. Se le ve vegetar en la indolente ociosidad, entregado a las más grosera concupiscencia, y muy especialmente a las libaciones alcohólicas, que abrevian su existencia. La pobre mujer es la que lleva todo el peso de la vida; pues, en tanto el marido se halla abandonado al sueño, o al licor, ella trabaja en el campo, o teje en la casa, o fabrica el pan, o prepara el mal condimentado alimento de la familia, o viaja como una bestia de carga, llevando a la

espalda al hijo, y en la cabeza y en las manos las vendimias que va a expender en el mercado.

-409-

El desaseo, la dejadez y el abandono, han llegado a constituirse en rasgos distintivos de la raza. Sin hablar de los animales que pululan en el cuerpo de los indígenas, basta decir que el andrajo que les sirve de vestido jamás se la quitan ni para dormir; que su cama se reduce a dos pellejos de carnero; que las mujeres llevan debajo de su faldellín los restos de los faldellines de sus antepasados, a los cuales guardan una especie de veneración; que sus habitaciones, en fin, sobre ser tan reducidas y expuestas a la intemperie, están llenas de las más repugnantes inmundicias, viviendo allí sus dueños, con los perros, los cuyes, los chanchos y otros animales. Doloroso es decirlo, pero es la verdad: los indígenas se encuentran hoy en peores condiciones sociales que en tiempo de los incas; pues han perdido en moralidad, en laboriosidad y en comodidades de la vida, sin que el régimen colonial ni el sistema republicano haya hecho disfrutar los bienes que prodiga la civilización europea implantada en nuestro suelo. Es cierto que los conquistadores introdujeron en el Perú su rico idioma y nuestra augusta religión. Pero la primera apenas se habla en la sierra, y de la segunda ignoran los indios de los Andes los principales dogmas, no saben generalmente la doctrina cristiana, abrigan las más torpes supersticiones, conservan muchas prácticas de su antigua idolatría, y cada domingo se quedan pueblos enteros sin presenciar el santo sacrificio de la misa. Más se cultivaba, aunque a su modo, el sentimiento religioso antes de la conquista; más honestas eran entonces las costumbres; más se utilizaba la actividad individual en el bien público, y más atendidas estaban las necesidades de cada familia. Mejores eran en aquellos tiempos los caminos, y más surtidos de recursos se hallaban los tambos. Canales y acueductos para la irrigación cruzaban el territorio, y lo que hoy son áridas pampas en la costa y andenes desolados en la sierra, eran, por esa época, topos de tierra cultivada, donde florecía la agricultura con su riqueza y sus encantos. Proporcionadamente se cuidaba más de la educación e instrucción; pues no sólo había un decurión encargado de vigilar el aseo interior en el hogar del padre de familia y fomentar los buenos sentimientos de los hijos, sino que, además, la administración pública establecía en los pueblos conquistados y anexados al imperio maestros que enseñasen el idioma general de éste.

No deben los indios al coloniaje la habilidad de hacer las telas finísimas que hoy todavía admiramos, ni la de fijar en ellas los colores indelebles que han desafiado al rigor del tiempo en el seno de las tumbas.

La indignación se subleva y el espíritu se abate al reparar los restos de la antigua prosperidad al lado de la actual decadencia: al observar los acueductos de Nasca, Cañete y Cajamarca; al explorar la gran vía de 800 leguas que unía la capital de -410- Tahuantisuyo a la de los Siris, con sus terraplenes en los precipicios, sus túneles en algunos montes y sus calzadas en los atolladeros; al recorrer, en fin, el puente flotante del Desaguadero y los oscilantes del Apurímac y del Parapas, que existen para apostrofar a los opresores de la raza incaica.

Conocedores por los recortes apuntados de lo que era la raza indígena en la colonia y lo que siguió siendo durante la primera mitad del período independiente, veamos lo que es al presente y lo que ha ganado en cultura y civilización en los 50 años que han transcurrido desde 1868.

Carranza, en sus artículos sobre la raza indígena y hablando sobre las condiciones físicas y morales del indio, lo describe así:

El indígena de la cordillera es un ser robusto: fuerte para resistir las fatigas de largos viajes a pie; y capaz de cargar a grandes distancias pesos considerables.

De constitución sana, como la de todas las razas puras: de estatura mediana, ancho de espaldas y corto de piernas; de una fuerza vital más poderosa para la resistencia que para la acción; poco sensible a las bajas temperaturas, y tanto al menos, como el europeo, a las influencias patológicas de los climas cálidos; y en fin, con una organización desarrollada en una atmósfera seca y poco oxidante, ofrece a las miradas del médico un temperamento linfático tan bien acentuado en su constitución física, como en los atributos de su carácter.

Su fisonomía triste y severa, con cierta mezcla extraña de maliciosa distracción, es la de un ser que revela una intelectualidad paralizada, en medio de un lento, pero seguro progreso.

La conquista, lejos de comunicar un nuevo impulso a la inteligencia del indio: la paralizó. El espíritu de esta raza, parece que hubiera sufrido un sacudimiento tan profundo, que lo hubiera dejado inmóvil, en un punto de su evolución progresiva, permaneciendo desde entonces en una completa inmutabilidad; de manera que, psicológicamente, es el indio de nuestros días, en el orden de los tipos morales, lo que el mahamud conservado por las nieves del mar siberiano, en el orden de los tipos orgánicos.

En su mismo artículo, Carranza, declara que el indio de hoy es el mismo de los tiempos del imperio si se le estudia -411- en su carácter intelectual, y que se halla muy distante de ser artista en el sentido europeo de la palabra.

Manifiesta más adelante, que el canto y la poesía, que en todos los pueblos han sido las primeras manifestaciones del sentimiento estético del espíritu humano y que encierran la expresión más pura de su índole y de carácter, han sido también para el indio la expresión más sintética y profunda de su naturaleza melancólica y contemplativa. En una y otra, es a su juicio, donde debe buscarse la índole artística del indio, y al respecto dice:

Las variadísimas escenas de la naturaleza andina, sus paisajes, ya mustios y agrestes, como los de la puna; ya luminosos y ricos de vegetación, como los de sus valles; ya de una magnificencia africana, como los del litoral; ya en fin, silenciosos y sombríos, como los de sus páramos; han debido excitar el sentimiento estético del indio, comunicando a su imaginación esos colores poéticos de los panoramas de la cordillera.

Los cuadros tristes no debían dominar, pues, tan completamente en la poesía indígena, ni las imágenes sombrías debían formar el fondo de sus concepciones poéticas, ante aquella asombrosa variedad de la naturaleza. Pero aun admitiendo que la tristeza de ciertos paisajes hubiese impresionado más su imaginación, que la esplendidez de otros, debería encontrarse una completa armonía entre sus sentimientos melancólicos, y el medio físico en que despertó su fantasía.

Sin embargo, no sucede así, como puede demostrarse por un estudio general de su poesía.

Los pocos yaravíes y huainos primitivos que han llegado hasta nosotros, no revelan ese sentimiento profundo y elevado que debió inspirar al indio los espléndidos paisajes de Urubamba y el callejón de Huailas, bajo el cielo más magnífico que el hombre puede contemplar; fue indiferente a las grandiosas bellezas con que la cordillera asombra a la imaginación. Su alma no se bañó jamás en la luz crepuscular de la montaña, ni se impresionó con la silenciosa solemnidad de la puna.

En vano se busca en la poesía quechua alguno de aquellos cuadros que en Ossian y en los cantos populares de otros pueblos, testifican las hondas huellas que las bellezas naturales dejaron en su imaginación, según la índole estética de la comarca en que se desarrollaron sus facultades poéticas.

Al leer los yaravíes y huainos primitivos, y aun aquellos que evidentemente fueron compuestos después de la conquista, -412- no se sospecha que hubieran herido la fantasía del indio, ni fugitivamente siquiera, las tempestades de la cordillera, las frías soledades de sus páramos, el trueno que retumba en esos espacios silenciosos, donde se levantan, como gigantescos fantasmas, picos nevados que se pierden entre nubes tenebrosas. Se creería que jamás sus miradas se extasiaron en los sublimes esplendores del cielo de la puna, en las noches serenas; ni que su imaginación se tiñó nunca con los colores de la aurora, en las mañanas raras de la montaña.

El amor parece haber absorbido el espíritu entero de esta raza. En vano se busca en sus cantos primitivos algún sentimiento guerrero, alguna de esas grandes pasiones que han conmovido tan profundamente el alma de otros pueblos en la infancia de las sociedades humanas.

Una suave tristeza, en medio mismo de los placeres; quejidos que nacen, más que del dolor presente, de sombríos presentimientos que siempre han atormentado al indio; y en fin, su constante, desconfianza del bien actual, y sus continuos temores de su infelicidad futura; comunican a la poesía indígena un colorido característico que refleja fielmente la imagen de un ser que se consume en la monotonía de secretos tormentos.

Un amante que describe su pasión al pie de un torrente, sentado bajo un quechual, a la incierta luz de la aurora, sin más testigos que el koillor luminoso de la mañana, o la ave solitaria que también canta sus amores, es el tema constante de sus yaravíes, concluyendo todos con los tristes acentos de la despedida de los amantes, que, sin racional motivo, se entregan al llanto de una separación eterna.

También en los huaynos, se dejan oír los lamentos de un corazón celoso. El indio hace testigo de sus penas a esa colina que antes fue confidente de su ventura; o al quechual bajo cuyas ramas vio el amante a los resplandores del crepúsculo, por vez primera a la ñusta de sus encantos.

El canto matutino de las aves, la fresca brisa de la aurora, la luz fulgurosa de las estrellas y algunas pálidas flores de la mezquina vegetación de las punas; forman todo el ornamento de sus cuadros poéticos, tan exuberante en la variedad de los matices de sus pasiones amorosas.

Si alguna vez la opresión despierta en él los sentimientos de odio y de venganza, no se entrega a esos trasportes de viril furor, en que el hombre encuentra en sí mismo fuerzas desconocidas para desafiar a la humanidad y al destino. Una aptitud increíble para el sufrimiento, ha enervado en esa raza gran parte del poder dinámico de su espíritu.

La idea de resistencia, el sentimiento de lucha; parecen extraños al carácter del pueblo que dominaron los incas.

Cuando las desventuras llenan de terrible amargura el alma del indio; cuando sus dolores presentes son tan intensos que -413- desvanecen la esperanza de sus mejores días; busca en el silencio y en la embriaguez de sus mismos sufrimientos, el remedio que otros pueblos y otras razas han buscado en los grandes combates de la vida.

Hay, pues, en la poesía indígena, acentos de una melancolía crónica cuyo origen es preciso buscar en distintas fuentes, de las que pueden derivarse del medio físico en que el indio ha vivido.

No es en las ciudades donde debemos buscar y estudiar al indio. En ellas viven las clases acomodadas y el mestizaje. El indígena netamente indígena, aquel que no tiene nada de sangre española, concurre a los centros poblados los domingos y días de feria. Este indígena continúa habitando las aldeas de comunidades, las grandes estancias y en un inmenso número se le encuentra remontado en lo más recóndito de las serranías. Por lo regular hace su casa lejos del camino, evitando así contacto con gentes que por ser más civilizadas que él sólo pretenden explotarlo. En esas soledades, en esas abruptas quebradas vive tranquilo y feliz. Las inquietudes de la vida social moderna no le perturban. Sin más necesidad económica que la de comer y vestir, sin ese estímulo que atormenta al hombre culto en su insaciable deseo de ensanchar el campo de su actividad y de sus goces, vegeta en el sosiego de una vida escasa de aspiraciones y concentra toda su felicidad en el amor a su familia y en la adoración que tiene a la vaca, al carnero o al burro que posee. El suelo rara vez es suyo, y por esto le cultiva y le mejora únicamente cuando pretende arrancarle frutos para su subsistencia. Una personalidad cuya existencia se desliza en la más extraña monotonía y que por no ser rico vive exento de preocupaciones, no tiene oportunidad para ejercer ninguno de los nobles deseos que superiorizan al hombre culto y libre.

Desarrollados sus sentimientos a expensas de la -414- intelectualidad, su espíritu hállese entregado a la melancolía, a la voluptuosidad de una tristeza subjetiva. Encerrado en sí mismo, sin más afectos que sus escasas relaciones domésticas, privado de todo estímulo expansivo, su vida es siempre igual y de ninguna utilidad para él ni para la nación en que vive. Las bellezas del exterior no impresionan su imaginación, las riquezas del cacique no despiertan su fantasía, ni reducen su voluntad. Las condiciones estéticas de su carácter son de tal naturaleza que todo lo ve bajo el prisma de un tinte lívido.

Raimondi dice: «Raza profundamente sentimental por la reducida esfera en que ha movido su inteligencia, no ha podido elevarse nunca hasta la contemplación del Universo. Espíritu esencialmente concentrado por el respeto a la autoridad patriarcal que cuidó de él en su infancia, y por el despotismo de los conquistadores que abatió su carácter después, ha sido siempre ajena a las grandes expansiones del alma, que en otros pueblos han conducido al hombre a interrogar a la Naturaleza el secreto de sus bellezas y de su destino».

Carranza atribuye a varios motivos el descenso social en que vive hoy la población indígena del Perú. Investigando las causas de su profunda decadencia y teniendo en cuenta el grado de civilización y cultura que alcanzaron anteriormente, las atribuye a la profunda ignorancia y vicios del clero, a la anarquía política y a la revolución económica que se ha operado en el país por motivo de su independencia. Hablando de las condiciones morales del indio y la índole de la raza, por cierto muy singular bajo muchos aspectos dice:

La sociedad indígena, en su brusca caída, no tuvo tiempo para medir la energía de la fuerza que la abrumaba, ni para apreciar la suya; de manera que toda reacción se hizo, imposible. -415- El Imperio de los Yupanquis había desaparecido en un día, como herido por la cólera celeste; y el indio acostumbrado a mirar en el poder de sus incas el poder mismo de la divinidad, al verlo aniquilado por un grupo insignificante de aventureros españoles, creyó que eran seres superiores al hombre los que habían destruido en un instante la grandeza secular de sus príncipes. Desde entonces, la energía de esta raza quedó paralizada; y el indio no pensó en resistir seriamente la dominación de sus conquistadores, entregándose a ellos con un sentimiento de fatalismo casi supersticioso; condición que si hubiese sido hábilmente explotada por los españoles con una conducta más humana, tal vez habría cambiado en breve tiempo la índole de esa raza preparándola a entrar fácilmente en la civilización europea. Pero, nada se omitió para exacerbar sus desgracias, y para infundirles una permanente aversión a todo lo que fuera extraño su incaísmo.

El indio en la imposibilidad de resistir o de emigrar para cortar todo contacto con una raza resuelta a aniquilar la suya, procuró apagarse moralmente, concentrándose dentro de sí mismo como para ocultar su espíritu y su carácter, ya que no le era posible ocultar su personalidad entera. Así opuso a sus conquistadores una resistencia pasiva con una constancia peculiar a su temperamento, la que, habiéndose hecho hereditaria, continúa hoy mismo bajo un gobierno que ha proclamado la igualdad civil y política de la raza opresora y la oprimida, colocando al mismo nivel al antiguo señor y a su esclavo.

El indio, acostumbrado a temer el engaño y el despotismo feroz de los españoles, no ha creído hasta ahora en la libertad que él mismo conquistó como soldado en las campañas de nuestra independencia; y siempre desconfiado, frente a frente de la raza dominadora, tiene

por sus descendientes las mismas prevenciones y antipatías que tuvieron sus padres por los ascendientes de aquellos, y la misma repugnancia por una civilización que se le reveló cubierta con la sangrienta túnica de su nacionalidad.

Más adelante, estudiando la acción de los curas sobre las comunidades indígenas, hace notar lo grande que ha sido la responsabilidad de estos servidores del señor en el abatimiento moral del indio. Las primeras misiones católicas, dice, redujeron a los indígenas por el ejemplo de una vida austera, dulcificada por sentimientos de caridad. El reemplazo de ese ejemplo por la avidez desenfadada de los párrocos, presentó a los indios una monstruosa contradicción entre las -416- máximas morales del cristianismo y la depravación de sus procedimientos. Termina así:

La institución de las fiestas católicas, en las que con preferencia se rinde culto a la imagen de los santos y de la Virgen, ha servido en el país para mantener viva la superstición y el espíritu fetichista de los indios, y asimismo ha sido y es aún la principal fuente de inmoralidad en las costumbres indígenas. En efecto, aquellas fiestas sirven de pretexto y ocasión para dar pábulo a los vicios dominantes de esa raza: la embriaguez y la sensualidad. No puede concebir el indio una fiesta religiosa sin la embriaguez y sus orgías, a las cuales asiste siempre el párroco animando, con los escándalos de su propio ejemplo, los de sus feligreses. En esos días, se reúne toda la comunidad parroquial para dar libre expansión a sus instintos bajo la acción alcohólica. La propensión natural del hombre a buscar en los excitantes cerebrales un medio de sustraerse a las amarguras de la vida real, y una inclinación particular e irresistible del indio a la embriaguez, hacen que éste se entregue sin freno y sin medida, a los excesos de la borrachera cuando la ocasión es propicia; y en verdad, que las fiestas religiosas parecen haberse inventado para proporcionarles ese buscado solaz a su naturaleza. ¿Será menester pintar el cuadro de los desórdenes de una de esas solemnidades del culto, en nuestras poblaciones indígenas? Diremos brevemente que allí encuentra el indio todas las oportunidades de satisfacer su sensualidad; sin respeto a ningún lazo de familia, ni a las prohibiciones de la naturaleza; que allí, irritados los odios de vecindad, por efecto de la reunión misma y del licor, estallan con toda la ferocidad de los primitivos instintos humanos; de manera que los días consagrados al culto, son aquellos en que se cometen casi todos los crímenes que ocupan a los tribunales de nuestras provincias. Véanse los cuadros estadísticos de criminalidad entre nuestros indígenas, y se notará que más de 60% de los homicidios y atentados contra el pudor, cometidos durante el año, han tenido por causa o motivo inmediato aquellas orgías fomentadas a nombre de un Santo o de la Virgen.

El párroco, no sólo es el principal personaje en estas festividades por ser el representante vivo del Ser a quien se rinden aquellos religiosos homenajes, sino que es el único a quien aprovechan tales fiestas, pues a él se le paga una rifa más o menos onerosa, según el ceremonial que las exigencias del culto y las costumbres de cada localidad imponen a los devotos a cuyo cargo corre la novena, la misa y la procesión del Santo o Virgen que se adora. Siendo este ramo de ingresos el más considerable de las rentas parroquiales, se

explica fácilmente por qué en vez de restringirse el número de fiestas religiosas, se procura aumentarlas entre nosotros.

-417-

Pero, no sólo es el culto así paganizado, una de las más poderosas causas del abatimiento moral del indio, sino principalmente la conducta de sus mismos párrocos, que con su ejemplo, estimulan a sus feligreses a cierta clase de desórdenes, funesta para la tranquilidad doméstica y para la moralidad de las familias.

No queremos trazar aquí el cuadro de esos desórdenes que todos conocemos; pero hay algo en que no se ha fijado la atención de los que se han ocupado de estos asuntos. Nada inspira más desprecio al hombre, cualquiera que sea su condición, que la mentira. Parece que la veracidad fuera la más alta expresión de la dignidad del hombre como es la honestidad en la mujer: un hombre que engaña, es un ser que se presenta degradado a los ojos de los demás: y el indio nada respeta tanto como esa honradez en la verdad; acaso no percibe claramente la inmoralidad de la vida íntima de su párroco, tan opuesta generalmente, al celibatismo prescrito al sacerdocio católico: tal vez juzga que los derechos parroquiales, comúnmente expoliatorios, son un tributo sagrado que deben pagar sin murmurar: pero lo que seguramente impresiona su espíritu y lo conturba hasta confundir todas sus vagas nociones morales, es el engaño, la intriga y la mentira que ostentan los curas en sus relaciones civiles y en su vida social.

Nada hay en efecto más contrario ni más opuesto a la sinceridad, que la conducta de los párrocos. Predican contra la usura y la avaricia y ellos dan el ejemplo de estas faltas y vicios: condenan la impureza, y ellos no tienen cuidado de ocultar su vida relajada; amenazan a los mentirosos con las penas eternas, y sin embargo, los indios ven que sus curas faltan sin miramiento a su palabra empeñada, engañándolos en sus relaciones civiles. Esa ausencia completa de toda dignidad exterior, ofrecida como ejemplo de costumbres en la persona de la mayoría de nuestros párrocos, ha influido sin duda poderosamente a degradar de una manera progresiva el carácter y el espíritu de la población aborígene, que lejos de todo centro culto no tiene un tipo más noble y elevado que imitar que el del sacerdote que preside sus fiestas, y que es su único director de su vida íntima y su único maestro en la vida social.

Los párrocos, lejos de estimularlos mostrándoles un horizonte más vasto para sus aspiraciones, y en lugar de crearles necesidades para elevar su cultura al nivel de su condición, les enseñan, con su propio ejemplo, a continuar viviendo como manadas humanas, sin goces para el espíritu, sin placeres sociales, sin comodidades en el hogar, ni vínculos de cultura.

La casa del cura es en general tan pobre, tan desaseada y tan desnuda de todo lo que hoy requiere el menaje más indispensable de una habitación cualquiera, que en poco se diferencia -418- de esas cabañas miserables en que habitan sus feligreses indígenas.

Así, pues, el párroco, en las poblaciones del interior lejos de ser un agente moralizador y un elemento activo de acción, es al contrario (hablamos de una manera general) un elemento de barbarie, y un motor de los vicios de la raza indígena. Conserva, sin embargo, grande

influencia en el espíritu del indio, y acaso los párrocos son hoy mismo los únicos que podrían, si quisiesen, transformar esas sociedades entorpecidas, impulsándolas hacia la civilización y cultura de los pueblos europeos.

En efecto, el párroco, es el único poder capaz de limitar entre los indios el vicio de la embriaguez, disminuyendo el número de su fiestas religiosas, y prohibiéndoles que en estas solemnidades del culto se prolonguen las orgías, a que se entregan, sin freno ni medida, durante muchos días. Ellos que dirigen la voluntad de esa raza, porque son dueños de su conciencia, han sido y son todavía los únicos que disponen del medio más poderoso que pueda emplear una clase social para levantar el espíritu de un pueblo.

Estudiando Carranza la segunda causa apuntada, la anarquía política republicana, manifiesta que las guerras civiles modificaron los hábitos de trabajo y riqueza en las poblaciones del interior y habituaron a los indígenas a romper poco a poco los vínculos de subordinación y jerarquía a que estuvieron sujetos durante la colonia.

Apuntados en términos generales los principales motivos que hoy mismo mantienen inculto al indio y que han influido en su abatimiento moral, intelectual e industrial, debemos manifestar que el indio de hoy no es mejor ni peor que el que existía en la época en que su raza constituyó una gran nacionalidad, y que continúa a pesar de cuanto se ha hecho para envilecerlo en posesión de ese conjunto de aptitudes y capacidades de que tan magníficos testimonios dejaron, en épocas pretéritas. Como raza fue y es hoy una fuerza productora, no siendo muchos los pueblos que le son superiores en las labores de la agricultura y la minería. Carranza dice al respecto:

-419- Los valles interandinos muestran en sus sembrados todo el orden y cuidado que los indios emplean en el arado y en la limpieza de las sementeras. No hay en esas regiones espacio cultivable que no esté hábilmente aprovechado, como se puede notar por los andenes o muros levantados en las laderas más escarpadas para detener el descenso de la tierra vegetal, que es arrastrada por las lluvias torrenciales hacia el fondo de las quebradas, cuando no encuentran aquel obstáculo. Los incendios de los pastos de las punas, y las grandes humaredas con que procuran abrigar los campos en las noches de heladas; revela el grado de progreso muy notable, que habían alcanzado los indios en conocimientos agronómicos por la simple observación inteligente de los fenómenos de la naturaleza. En la distribución de las aguas de regadío, son también muy expertos, así como en el tiempo y oportunidad en que han de regarse las sementeras.

Para los trabajos penosísimos de las minas, no tiene rival el indio. Otras razas pueden ser superiores en energía moral; pero ninguna es comparable al indio en la resistencia y en el vigor para dominar la inclemencia de los climas de las altitudes andinas, donde generalmente están los asientos minerales. Es por otra parte, un peón inteligente en este ramo de la industria, y muy práctico en el beneficio de los metales.

El indio es pues buen agricultor y excelente minero; tiene todas las condiciones de magnífico peón para los trabajos en estos dos ramos industriales; por consiguiente, es un poder productor y un elemento económico considerable, que sólo espera el impulso que se dé a su actividad para aumentar la riqueza del país, como pudiera esperarse de cualquier otra raza que, poblase nuestro territorio; y si hoy se presenta sólo como una fuerza estática, no es culpa suya sino de la clase social que la dominó y que hoy mismo es en el hecho su poder directivo. Esa clase social es la que tiene toda la responsabilidad de la decadencia del país, y no la raza aborígene; ella que ha podido aprovechar esa fuerza inmensa, en vez de mantenerla inactiva; ella que no ha tenido ni la iniciativa intrépida para el trabajo, ni la energía paciente para levantar el espíritu del indio, despertándolo de su secular letargo. Está probado, en efecto, que donde se hace sentir la acción vigorosa de la voluntad europea, el indio se transforma: sus fuerzas latentes, como elemento productor inteligente, se hacen visibles, y muestra en las labores agrícolas y pastoriles, tanta aptitud, como cualquier otra raza humana de las más adelantadas.

Esto último lo vemos ahora confirmado en las labores agrícolas del litoral, y especialmente en los trabajos mineros y metalúrgicos que en vasta escala se lleva a cabo en -420- Morococha, Cerro y Oroya. Es en estos lugares donde se ha puesto en evidencia, que la raza indígena, lejos de ser un inconveniente o un obstáculo para el engrandecimiento nacional, es una fuerza superior bastante poderosa para mejorar las condiciones económicas del país. Ella conserva la misma energía que en otro tiempo le sirvió para levantar el monumento social y político que los españoles aniquilaron al destruir el Imperio de los incas.

Sería laborioso para nosotros e inadecuado a nuestro plan, estudiar las causas por las cuales esa fuerza, esa energía indígena no ha producido benéficos afectos. Sin embargo, y a pesar de que nuestro propósito es diseñar al indio en líneas generales, debemos manifestar que somos opuestos a la tesis de Carranza en la afirmación que hace de que el indio por su propia naturaleza es inepto para asimilarse a la civilización europea. Hablando de los aborígenes de Chorrillos y de todo el litoral, dice:

Aquí, hace más de trescientos años que los indios han vivido bajo la influencia constante de la cultura europea, a punto que han olvidado su idioma nativo, y con él sus tradiciones religiosas y políticas; y sin embargo viven como sus antepasados: tienen sus mismos hábitos, sus mismas preocupaciones, su mismo espíritu, en fin, de tal manera, que no hay en su cultura y en sus aspiraciones variación alguna: son hoy, lo que fueron antes y como serán siempre, mientras su raza exista. No hay probablemente ejemplo de una repugnancia igual a la civilización de la raza conquistadora, en ningún otro pueblo, como ésta que nos ofrece la población aborígene del Perú. ¿Cómo puede explicarse este hecho si no es por una idiosincrasia particular de la naturaleza moral de esta raza? Como se ve, ella ha sufrido profundas modificaciones en su intelectualidad bajo la influencia de la sociedad española: ha olvidado su idioma, que es para un pueblo, como olvidar su conciencia: ha perdido el recuerdo de sus tradiciones, de su historia, y con ella toda reminiscencia de su teocracia incaica; pero ha continuado con su espíritu supersticioso, con sus hábitos y costumbres

sociales, y manteniendo su inteligencia en el mismo estrecho campo -421- en que se agitó la de sus antepasados. Se han hecho cristianos, es cierto, y han adoptado el idioma español para expresar sus ideas; pero éstas no son más elevadas, ni más variadas que las de la sociedad incaica, ni el catolicismo en ellos es la religión espiritual del evangelio. La misma luz crepuscular que alumbró el entendimiento y comunicó sus matices a la imaginación de sus abuelos, ilumina hoy la paralizada intelectualidad de esta raza singular, que no habiendo comprendido ni la elevación de la moral cristiana, ni la profundidad de sus dogmas, ha creído que la religión más noble y sublime que se haya revelado al hombre, está encerrada en el más grosero de los cultos, que se haya impuesto a la dignidad humana.

No creemos que el indio no haya querido europeizarse ni que sea refractario a la civilización de la raza blanca, sino que esta raza y hasta el mestizo, con toda intención le han excluido de su comunión, no habiendo tenido con él más contacto que el que existe entre el amo y el esclavo. Carranza escribió sus artículos en 1882. Hoy, 1920, ya no existen indígenas en Chorrillos. Todos ellos se han civilizado y lo mismo pasa con los que fueron indígenas del litoral y que hoy no viven sometidos al régimen de comunidades. Los hijos del indio semibárbaro de la puna que por circunstancias raras crecen y se educan en Lima o en las grandes capitales de provincia, tan civilizados y tan útiles a ellos mismos y a la patria como los descendientes de los blancos o de los mestizos. ¿Cuál de estos indios criado y educado en Lima, aspira conocer y vivir en la jalca en que nacieron sus padres? Pero no solamente se ha civilizado el indio del litoral, sino también el indígena que vive en las inmediaciones de los grandes centros mineros del interior. En Oroya, Cerro, Morococha, no solamente visten a la europea, usan botas, trabajan con overall y han desterrado el poncho y las ojotas, sino que juegan football y permiten que sus hijos aprendan inglés y que los norteamericanos los lleven a Nueva York para acabarlos de civilizar.

-422-

Lo que sí es cierto es que el indio, como dice Carranza, es una fuerza estática, siendo lo contrario cuando actúa colectivamente. Es entonces una fuerza activa y poderosa, capaz de grandes cosas bajo la dirección inteligente de sus autoridades. Carece de energía personal, pero como raza es tan arrojada y valiente como cualquier otra en la acción colectiva. En las campañas de nuestra independencia reveló excelentes cualidades militares, combatiendo bajo los estandartes reales y en el ejército libertador. Después, en las guerras civiles, ha mostrado tanto valor como el que ha ostentado cualquier raza europea. Así, en el asalto de Arequipa, el año 57, pereció más de la mitad del ejército sitiador, sin que el resto hubiese dado señal alguna de flaqueza de ánimo. En la última lucha con Chile hay episodios que prueban cuan grande es el arrojo del indio bajo la disciplina, y bastará que citemos los combates sangrientos de Tarapacá, Arica y Huamachuco, para demostrar que esa raza tiene virtudes militares muy notables, y que, combatiendo en filas, es igual al mejor soldado, siempre que sus jefes y oficiales den ejemplo de entereza y disciplina.

Pero, no es en el ejército donde el indio ha mostrado únicamente sus virtudes para el sacrificio y la abnegación. Entregadas a su propia acción las poblaciones indígenas de las provincias del Centro, han revelado durante el segundo período de la guerra con Chile, una

audacia sorprendente, como se vio en la lucha encarnizada que los pueblos del valle de Jauja sostuvieron contra el cuerpo de ejército invasor comandado por el Coronel Canto; y la tenaz resistencia que las comunidades de indios opusieron después, ya en Huanta y Ayacucho, ya en otras regiones de la República; contra los que creían aliados del enemigo común. En el vado de Quiulla, -423- se hicieron acuchillar los montoneros del general Cáceres por la caballería chilena, antes que dispersarse; y en Pucará, el coronel chileno Urriola, hizo una espantosa matanza en una partida de guerrilleros que, sin armas de fuego, osó resistir a los invasores, hasta entablarse una lucha de cuerpo a cuerpo. Igual intrepidez mostraron los de Huanta y Julcamarca cuando aquel jefe invadió Ayacucho. Es evidente que si las poblaciones del interior hubiesen estado armadas, los invasores no habrían pasado de Huancayo, y que su misma permanencia en esa ciudad hubiera sido precaria.

Siendo disciplinado se presta voluntariamente a realizar los trabajos de utilidad pública. Cada vez que se hace necesario abrir un camino o colocar un puente, acuden los indios en masa a la llamada de sus gobernadores, recibiendo como única remuneración un poco de coca y mucha chicha. El espíritu de solidaridad hace prodigios en la sierra. El individuo que nada hace por sí y que por lo regular vive entregado al ocio, se transforma en el Cabildo en donde generalmente se reúne la comunidad. De sus acuerdos, de los que nunca queda nada escrito, sale sin embargo la obra de un camino o de un puente, sale la obediencia o resistencia a las medidas de la autoridad la compra de un terreno y en algunas ocasiones la organización de improvisados ejércitos, como los que auxiliaron al general Cáceres durante la ocupación chilena que terminó en 1883.

Carranza, en la narración que hizo de sus impresiones en un viaje a las provincias del centro en 1883, cuando Lima estaba ocupada por las fuerzas de Chile, describió admirablemente la noche que pasó en Huando, población de 800 almas, en su paso de Iscuchaca a Lircay.

-424-

El mismo autor viajaba en mayo de 1883 entre Huancayo e Iscuchaca. En Acostambo presencié una asamblea de indios y más adelante en Julcamarca la llamada de los guerrilleros al toque de los cuernos. Hay en ambas descripciones manifiesta poesía, profundo espíritu de observación, riqueza de sentimientos. Carranza, que fue médico, periodista y político notable, fue también literato. Van a continuación los trozos a que hacemos referencia:

Nosotros llegamos a Acostambo a las 7 de la noche de uno de los últimos días de mayo de 1883. El General Cáceres había emprendido su retirada a los departamentos del Norte, siguiendo el camino fatal de Huamachuco: llevábamos un pasaporte con su rúbrica. En los primeros tapias que dan entrada al pueblo, fuimos detenidos por una avanzada de guerrilleros de la aldea: eran tres indios altos, esbeltos, de chaqueta, calzón corto y montera. Llevaban lanzas y hablaban regularmente el castellano.

¡Alto ahí! nos dijeron, saltando de las tapias con aire amenazador. ¿Dónde van? nos interrogaron. Sorprendidos con esta aparición detuvimos nuestras bestias, y ya con más calma, contestamos que éramos viajeros recomendados por el General; y para probarlo, presentamos el pasaporte que tenía estampada la firma de aquel caudillo. El indio de más

edad hizo que le trajeran un tizón de la choza vecina, y a su luz reconoció la autenticidad del documento, manifestando suma complacencia al ver la rúbrica del General Cáceres. Desde ese momento, fuimos atendidos y agasajados en el pueblo. Se nos proporcionó alojamiento, cena y forraje. Al siguiente día fuimos honrados con una escolta de lanceros de infantería que habría dejado satisfecha la vanidad de cualquier cacique.

El pueblo estaba en asamblea; y contamos cosa de 100 guerrilleros acampados en la plaza: el resto del contingente militar de Acostambo era a la sazón degollado en Quiulla, cerca a la Oroya, por los chilenos que expedicionaban sobre Cáceres.

No hay en todo el interior del Perú indios más hermosos que estos, ni más racionales. Sus ancianos son muy respetados y en los días críticos se congregan en el atrio de su iglesia parroquial; y chacchando coca, discuten con una gravedad romana las serias cuestiones del momento, siendo sus resoluciones acatadas por el pueblo, como fallos de la misma sabiduría.

Esta costumbre revelaría un alto grado de progreso político en esa comunidad de indios, si el ejemplo en las clases cultas -425- del país no mostrase que el progreso está más bien en aproximarnos al tipo de las sociedades donde uno sólo debe gobernar.

La sed suele hacerse insaciable en esas regiones, y el viajero busca a cada momento un manantial o un arroyo donde aplacarla. Hacía tres horas que caminábamos sin encontrar agua, y vimos a la distancia una choza; nos dirigimos a ella a pedir algo que apagase la sed; encontramos a una india que ordeñaba su vaca: era joven y de agradable aspecto, y tenía a su lado un chiquillo que nos miraba con asombro y curiosidad, ocultándose entre los pliegues del faldellín de su madre. La mujer nos presentó un mate lleno de leche y no quiso recibir su valor, diciéndonos en quechua con tono afectuoso, que eso lo hacía para que la Providencia protegiera a su marido que estaba en el ejército del General Cáceres: «tal vez, añadió, a estas horas busca él también quien lo auxilie en alguna necesidad y no hay quien le dé un pan». Su consternación fue grande al pronunciar estas tristes palabras. Nos preguntó después, con increíble candor, si conocíamos a su marido; y como le contestásemos que no, ella replicó: «cosa extraña, porque es muy bueno y servicial, y un pastor muy honrado en la estancia de Seklla».

Tan natural es que los campesinos supongan que todo el mundo está encerrado dentro de los linderos de su aldea, que se sorprenden que haya quien no conozca a cualquiera de sus vecinos.

Ya tarde llegamos a Julcamarca. Habíamos caminado catorce leguas, como median nuestros padres.

El sonido lúgubre y salvaje de unas cornetas de cuerno, nos anunció que estábamos en la campiña de Julcamarca; población de mil quinientas almas, situada en una gran altura, y en la vertiente occidental de la cadena que separa ese valle del de Huanchuy.

Fuimos atendidos por el gobernador Quevedo, el que nos informó que tenía reunido un cuerpo de guerrilleros para enviarlos a Iscuchaca: el toque de los cuernos era llamando a los que faltaban.

Nada hay más pavoroso ni más imponente que el sonido de esos instrumentos bélicos de los indios. Sus notas son lúgubres y cavernosas; parece que llamarán a degüello, y los cuadros más siniestros se presentan a la imaginación del que oye, en medio de aquellos solitarios cerros, sus monótonos y prolongados ecos.

Este es el instrumento músico con que amenizan sus fiestas y sus corridas de toros, en las que nunca faltan dos o tres víctimas de su brutalidad.

-426-

Su gran fuerza colectiva la vemos en los ayillos, reducciones voluntarias, donde los indios viven sometidos al sistema de parcialidades. La provincia de Pasco posee 44 ayillos o comunidades como vulgarmente se les llama, y casi la mitad de la población o sean 45000 personas viven asociadas bajo este régimen. Lo mismo pasa en la provincia del Dos de Mayo y en casi todas las del Cuzco y Puno. Ayabaca, con 41616 habitantes, tiene congregados comunalmente a 39950. En mejor condición está Jauja, provincia en la cual, los comuneros, en una población de 103000, sólo ascienden a 29000.

Este comunismo agrario tiene por base la anual de la tierra entre los congregados, reparto que se hace en forma equitativa y sobre el concepto de la igualdad. Esta distribución se hace por las autoridades del ayillo, las cuales son también elegidas anualmente. «Estas autoridades, dice el doctor Francisco Tudela en su estudio Socialismo Peruano, tienen diversas jerarquías y desempeñan sus funciones con los nombres de segundos, alcaldes, ilacatas, regidores, exigiéndose para su ejercicio el ser casado». Todos ellos usan trenza, vara y capa de pana. Esta trenza, larga y negra, llevada a toda luz por un indio, es un timbre que equivale al orgullo que un blanco pone en los pergaminos y papeles de nobleza. Trasquilarse a un alcalde es hacerle a él y a su raza la más villana de todas las afrentas. El alzamiento de los indios en Huaraz en 1885, tuvo por origen el corte de trenza a 14 alcaldes.

Hablando el doctor Tudela sobre la organización del ayillo, dice:

Los indígenas de ciertas comunidades -en las de Puno y Cuzco sobre todo- dan una gran importancia a las investiduras, -427- siendo frecuente escuchar que unos a otros, en sus riñas, se echen en cara el no haber desempeñado ningún cargo.

En relación con las fiestas y ceremonias religiosas, que constituyen preocupación preferente de las comunidades, se desempeñan por los indios otros servicios que dan lugar a que los designados para ejercerlos reciban también títulos especiales, como los de alféreces, altareros, capitanes de bailes, fiscalillos, mayordomos, sacerdotes, quillallos, obreros, etc.

En las comunidades que poseen muy vasta extensión de tierras cultivables se observa el sistema consistente en alternar las regiones destinadas a la distribución anual, de manera que las tierras de labranza descansan durante períodos más o menos largos.

El cultivo de la tierra se hace en proporciones muy limitadas a fin de no producir más de lo que es preciso para atender a la satisfacción de las necesidades de la comunidad y para adquirir otros artículos de que se carece.

Las economías que a veces hacen, provenientes de la venta de sus productos, las destinan generalmente a celebrar las festividades religiosas.

En las comunidades que se extienden a la región montañosa, es costumbre frecuente señalar a los hombres recién casados un pedazo de selva que ellos se encargan de desmontar y preparar para el cultivo, reconociéndoseles generalmente un derecho de propiedad sobre esas tierras, el que se trasmite de padres a hijos, quedando excluidas de la herencia las mujeres.

En la mayor parte de los ayllos no se permite que los mistis (hombres blancos) adquieran, en ninguna forma, propiedad sobre ningún trozo de tierra que pertenezca a la comunidad.

Por otro lado, los individuos que la componen no están impedidos para contratarse como peones en las minas y fundos vecinos. Tal sucede, por ejemplo, en las comunidades del departamento de Puno.

Pero este hecho dista mucho de encontrarse generalizado, siendo, por el contrario, muy notable la tendencia a la inacción y al ocio entre los miembros de las parcialidades. Según informes que tenemos a la vista, correspondientes a la provincia de Ayabaca, es notable en esa región la falta de voluntad para el trabajo. Sólo se aprovecha allí de los productos que rinde el suelo sin otro esfuerzo de parte del cultivador que el enterrar la semilla y esperar el fruto que la bondad de la tierra da, generalmente, sin necesidad de riego ni cuidados.

La vida comunal tiene desiertas las aldeas. Hay capitales de distrito que apenas congregan perennes veinte o cuarenta vecinos. El resto del distrito vive en chozas miserables -428- esparcidas en las faldas de las colinas o en las abras de las quebradas. Esta falta absoluta de sociabilidad ha creado un gobierno político sui géneris y ha exigido de la autoridad provincial el reconocimiento oficial del funcionario comunal. ¿Cómo sería posible conservar el orden y garantizar la existencia de las poblaciones diseminadas en los campos, si estas mismas poblaciones no nombraran un alcalde que ejerciera funciones judiciales y administrativas? Además, la comunidad por intermedio de su alcalde y en Puno del ilacata, está obligada a prestar servicios gratuitos al gobernador, al cura, al juzgado de paz y al Concejo Municipal. No hay nada que mantenga en mayor atraso a la sierra del Perú que su vida comunal; sin embargo, dada su actual idiosincrasia, es bien difícil y hasta peligroso suprimir la existencia de los pagos, nombre que también se da a las comunidades.

El aislamiento en que viven las gentes del ayllu y el escaso contacto que mantienen con las autoridades de la provincia nombradas por el gobierno central, les da la misma autonomía que tiene un estado en una república federal. Su manifiesta independencia, prácticamente hállase reconocida por el subprefecto, siendo de advertir que entre las comunidades indígenas y los funcionarios públicos existe la más completa armonía. Dice Tudela:

El régimen de las comunidades, como ya lo hemos dicho, está perfectamente encajado en el régimen político y administrativo de la República. La desaparición de esas instituciones en una forma violenta, produciría trascendentales trastornos, tanto desde los puntos de vista social y económico, como desde el punto de vista administrativo; porque las autoridades del ayllu subordinadas por tradición y por costumbre a las autoridades políticas, constituyen el apoyo más firme con que éstas cuentan para hacer efectiva su acción. Esparcidas las familias indígenas en vastísimas extensiones de territorio, si no tuvieran -429- esa organización propia, requerirían de parte del Estado, al mismo tiempo que una nueva demarcación política, un personal de autoridades y jueces mucho más numeroso que el actual y un recargo muy considerable en las fuerzas de policía y de gendarmes.

Por otra parte, las autoridades del ayllu, constituyendo un eslabón intermediario entre los funcionarios políticos subalternos y el indio, salvan a éste de muchos abusos que se ejercitarían por autoridades poco escrupulosas si éstas se vieran, de pronto, investidas de un poder difícil de controlar, sobre una raza sujeta a un régimen de envilecimiento secular.

Insistimos, pues, en que la reforma es indispensable; pero, al mismo tiempo, sostenemos que, para llevarla a cabo, debe procederse con la prudencia y el tino que reclama siempre la corrección de un vicio profundamente arraigado.

Estimándose la población india de la República en tres millones de habitantes y viviendo ésta casi en su mitad por el sistema de comunidades, su labor en pro del progreso y la civilización nacionales ha sido casi nula en la primera centuria. El fraccionamiento del suelo entre individuos que no son propietarios produce resultados desfavorables bajo el concepto de su mayor rendimiento. Quien labra tierra que le será cambiada al fin de cada año, pone poca atención en su mejoramiento. Además, el colectivismo indio suprime de hecho la libertad del domicilio. El comunero no puede salir del ayllu en que nació sin perder sus derechos a la tierra gratuita que se le da. Esta circunstancia mata el espíritu de aventura, el deseo de mejoramiento y la idea de hacer fortuna, idea innata en los hombres selectos de toda sociedad. No existiendo aspiración individual, ninguna familia del régimen colectivo produce más de lo que es estrictamente necesario para satisfacer sus necesidades. En tales condiciones, nadie extenderá los cultivos más allá de lo indispensable para comer, vestir y pagar en conjunto las fiestas religiosas. Como consecuencia de esta inacción y ocio, la mayor -430- parte del suelo que ocupan los ayllus, permanece improductivo por falta de trabajo y las industrias minera y agrícola existentes en sus inmediaciones carecen de operarios para su labor.

Tienen los indígenas sus fiestas religiosas y en ellas sus días de esparcimiento. En esos días se derrocha dinero, se come y se bebe en exceso, se aumenta la criminalidad y se pone en práctica costumbres poligámicas. En 1908, siendo Ministro de Instrucción y Justicia el doctor Manuel V. Villarán, le acompañamos en un viaje al departamento de Junín. En una serie de artículos dimos a conocer nuestras impresiones. Hablando sobre las fiestas de indios dijimos lo siguiente:

Llegamos por fin a un pueblo, que no sé como se llama, porque en él no nos detenemos. Sus pobladores están organizados bajo la forma social de comunidad, en la cual el terreno es de todos en general. La gente que observamos a nuestro paso está animada, vestida de fiesta, alegres las mujeres y los niños, borrachos algunos de los hombres. Hay música en la calle, petardos de dinamita que asustan nuestras cabalgaduras y repiques de campanas. ¿Es acaso este alborozo por verle la cara a un señor ministro? Nada de esto: se festeja la Santa Cruz. Hoy es el 3 de mayo, y en este día, siendo esta conmemoración tan general en el Perú y en Bolivia, las indiadas se divierten y se emborrachan.

En la mañana ha tenido lugar una misa con sermón, con cánticos, con mucha profusión de flores y de luces. En la sierra todo tiene carácter religioso. El noventa por ciento de las veces que el indio bebe y baila lo hace en celebración de una efeméride eclesiástica. Un bautizo, una confirmación, un matrimonio, un entierro, el mismo sacramento de la Eucaristía, y hasta las ofrendas que se hacen al Santo Favorito para que llueva o para que no hiele, principian dentro del templo con gran devoción y terminan afuera, en borrachera deshecha. Todo esto sin contar con la Cruz de Mayo, las Pascuas, la Semana Santa, las fiestas de Santiago el Mayor, San Antonio y el Patrono del pueblo. Un curato en la sierra es una minita, y el que de su ministerio no saca de cuatro a cinco mil soles, es porque es un abandonado. Es cierto que toda esa suma no es para el señor cura. El señor obispo toma de ella la parte no módica -431- que le pertenece, y algo cae en las manos del señor vicario. Con todo, el negocio es bueno. El año que no hay ganancias, lo cual es raro porque los nacimientos y las muertes no pueden faltar, tampoco hay pérdida.

De todas estas fiestas, ninguna tan solemne en estos pueblos de comunidades andinas como la del Santo Patrón. Se busca como mayordomo a un comunero rico, a uno de esos que saben salir de los estrechos límites de la aldea, y sea en las minas, o en el comercio, en la compra de chácaras en los terrenos libres, se ha formado una posición financiera superior. No se invita a nadie de los pueblos vecinos. De esta manera, el hartazgo de comida y de bebida es descomunal. Todo sobra en este día, especialmente el alcohol.

En la tarde principia el baile. A las ocho de la noche se queman unos fuegos de artificio que se piden al cohetero de la ciudad inmediata. Cuando estos terminan, colocan al frente de la plaza las piezas quemadas y los hombres que en pie quedan por haber bebido poco, tomados de las manos de las mujeres, danzan en círculo y gritan hasta la hora en que la campana parroquial toca las nueve. En este momento, en medio de enorme algazara, del «guaje» (grito salvaje de guerra), se verifica el desbande de las parejas, cada una de las cuales va por su lado. Les despierta el crepúsculo matutino, y antes que los albores del nuevo día disipen las sombras de esa noche de orgía, cada cual ha vuelto a sus ocupaciones cotidianas. Todo queda como si nada hubiese pasado. Y esta haraganería, que sólo acontece en algunos pueblos de comunidades y únicamente en el día del Santo Patrón, no tiene como

razón filosófica refinamientos que la indiada no posee, sino principios solidarios, aspiraciones a indisoluble unión comunal, para que de esta manera numerosos hijos nazcan del pueblo, sean del pueblo y para el pueblo.

El indio que no cultiva tierras en comunidad, hállase convertido en arrendatario vitalicio de la hacienda en que nació. La tierra que trabaja no es suya, pero teniéndola a un canon fijo, invariable y por lo regular módico, su arrendamiento es casi una enfiteusis y su situación la de un propietario. Esta locación no se paga en dinero sino en trabajo personal a beneficio del locador que es el dueño de la hacienda, quien durante los días del año que le ocupa está obligado a pagarle un muy módico jornal. Este contrato nunca escrito, que no consta en escritura alguna, que está basado en la -432- buena fe de los contratantes y en la mutua necesidad en que uno y otro están de cumplirlo, da al locador la seguridad de tener en sus dominios número preciso de labradores domiciliados. Por su parte, el indio locatario tiene para él y su familia sin ninguna retribución pecuniaria una extensión conveniente de tierra de labranza que cultiva para sí. El contrato es bueno y las condiciones mutuamente equitativas, pero los resultados en la práctica no han sido satisfactorios, debido a la rapacidad, egoísmo y espíritu estrecho de los hacendados de la sierra, quienes por lo regular no aspiran a explotar la tierra sino explotar al indio. Dominados por la codicia, dedican su actividad a impedir que el locatario gane dinero. No comprenden que el bienestar del indígena tiene que repercutir en el mejoramiento de la hacienda. En su deseo de tener esclavos y no colonos, préstales a sus arrendatarios dinero en especies a interés usurario, y de año en año arrastran al indio un saldo que cada vez se hace mayor, saldo del que hacen responsables a los hijos cuando los padres deudores mueren. Este feudalismo serrano ha inmovilizado la mayor parte de la población indígena interandina, la ha mantenido en la ignorancia y la esclavitud más completas y ha sido causa, como lo ha sido el ayllu, de la vergonzosa haraganería y la completa infecundidad como factor negativo de progreso y de trabajo en que durante cien años ha vivido el indio en el Perú.

El profesor Roos, ya citado, dice lo siguiente, a propósito de los arrendatarios vitalicios:

A pesar de todas sus apariencias de modernismo y liberalismo, el Perú es feudal hasta la médula. En los grandes ranchos al norte del lago Titicaca el observador queda colocado en una región en pleno siglo trece. El pastor indio gana cincuenta centavos al mes por cada cien cabezas de alpacas, llamas -433- o merinos que cuida y por cada cincuenta cabezas de ganado vacuno. Si un animal se pierde tiene que pagarlo con su salario. Él puede usar tierras para su casa, cultivo de papas y pastos para su pequeño rebaño, del que viste su familia. En conjunto: sus entradas son de dos o tres pesos al mes con los cuales tiene que pagar a su amo por el trigo, maíz y coca que le ha suministrado con una buena ganancia.

Si un indio es arrendatario de un blanco, tiene que entregarle todos los años un quintal de lana de alpaca a un precio fijo de ocho pesos. El amo vende el quintal en Arequipa a veintidós pesos cincuenta centavos. El indio debe entregar también una oveja de valor de sesenta centavos por veinte. Además y todavía, debe ayudar al propietario blanco durante la época de la trasquiladura y matanza de ganado sin otro salario que alimentos, coca y

aguardiente. En el caso que tenga la temeridad de rehusar estas obligaciones feudales, los pastores del propietario del rancho matarán su ganado sin compasión, cuando éste pase la línea limítrofe a los terrenos del socio civilizado.

Si como lo hemos manifestado, es humilde como también infecunda la situación del indio de raza pura, no es muy superior la del mestizo que vive en las ciudades, villas y aldeas. De sus filas sale el obrero, aquel que trabaja en las artes mecánicas, en la industria, en el comercio, en las obras públicas y en el servicio doméstico. También el gendarme, el policía, el arriero, el mercader de ferias, el negociante en reventa. Un buen número de ellos son propietarios de pequeñas parcelas de terreno, las que casi nunca les dan producto para vivir de su exclusiva labranza. Una hectárea de terreno pertenece muchas veces a cuatro o cinco personas. La indumentaria del mestizo es superior a la del indio de la estancia y también a la del indio comunero. El menaje de la casa no tiene la desnudez de la choza. A esta clase pertenece la gente que se engancha para las faenas agrícolas y mineras. Respecto al enganche, el profesor Roos, en 1915, decía lo siguiente:

Las compañías mineras en el Perú reclutan la mayoría de sus trabajadores de subsuelo por medio de agentes que «enganchan» -434- a los cándidos indios. El «enganchador» llega a una villa algunas semanas antes de la fiesta anual del santo patrón del pueblo. En esa ocasión el indio acostumbra el despilfarro, porque su vida social recreativa y emocional gira alrededor de la fiesta. Obsequia a la imagen con vestiduras y joyas, paga al cura por las misas y por una fiesta para sus numerosos amigos y parientes, sin reparar en los gastos. Así se le ofrece entonces el «enganchador», que le sigue la pista, y le ofrece treinta o cincuenta soles, exigiéndole únicamente que firme un documento para pagar la deuda con su trabajo. Después de serenarse de la fiesta, el indio se presenta donde el «enganchador» y se le envía a extraer los metales de las minas a catorce mil pies sobre el nivel del mar. La «Cerro de Paseo Mining Company» solamente tiene cuatro mil aborígenes ocupados bajo este sistema. El obrero gana, se dice, setentaicinco centavos diarios, de los cuales una tercera parte le corresponde porque el resto es para pagar la deuda. En término medio se requieren cuatro meses para que sean libres otra vez. Los fundos de la montaña, al este de los Andes, como también los de la costa, consiguen a los nativos de las serranías según este método.

Con frecuencia, el indio firma el contrato cuando está borracho, sin darse cuenta de dónde va a trabajar y de qué manera: por lo tanto, puede ser enviado a cientos de millas de distancia a cavar en una fría galería de mina o en una ardorosa hacienda de caña. Arrastrado lejos de su hogar a una hacienda de la costa o a un fundo de café de la montaña, el pobre hombre encuéntrase esclavo sin un ápice de protección legal y totalmente a merced de su patrón.

Repetidas veces se me aseguró que las leyes del Perú no compelen al deudor a trabajar la deuda; pero para repetir las palabras de un diplomático extranjero, «Lima no gobierna fuera de las ciudades». El peonaje está arraigado en las costumbres y las víctimas no conocen sus derechos legales, y más aún, el gobernador o subprefecto, que está al lado del capitalista o enganchador, amenaza con la prisión si la deuda no se paga. El jefe de la «Cerro de Paseo

Mining Company» señala una pérdida anual de doce mil quinientos pesos al año por adelantos en contratos de enganche, y se queja de la creciente dificultad en inducir al «enganchado» a venir a las minas, porque la «Liga pro indígena» estigmatiza el enganche como un estratagema para evadir el pago de un justo salario que le corresponde al indio por el trabajo rudo de las minas con peligro de su salud. Los administradores, sin embargo, insisten en que el indio carece de iniciativa y que ninguna oferta de buenos salarios atraerían obreros de lejos.

-435-

Dejemos la sierra, que ya bastante hemos dicho de sus clases populares y descendamos a la costa. En el litoral, las comunidades indígenas son escasas y el número de los agrupados cada vez más reducido. Chancay, con 49408 habitantes, apenas tiene 11 aylllos, llegando los congregados a 1298 individuos. Cultivándose todavía las tierras en común en Catacaos, Eten, Monsefú, Lurín, Chincha, Ica y algo en Nazca. Son los comuneros por lo regular, indios de raza pura y descendientes directos de las antiguas tribus que dominaron los valles costaneros. Hay gentes en estas agrupaciones que no han mezclado su sangre con ninguna otra raza y que hasta conservan su idioma y su lealtad al recuerdo de la muerte del inca Atahualpa. Raimondi tiene en sus escritos algunos apuntes sobre los indios de Catacaos y Eten. De unos y otros, respectivamente dice lo siguiente:

Aunque parece que estos indios tuvieran origen en distintos puntos; sin embargo el tipo más común es el mismo que se nota en los naturales de Eten, Monsefú, Mórrope, etc. Gruesa cabeza braquicéfala, muy ancha por la parte de los temporales, ojos poco francos, medio oblicuos y con cejas prolongadas a los lados de la cabeza y que se juntan casi con el ángulo exterior del ojo; color cobrizo y dos pliegues profundos que dividen las mejillas de la boca.

Los hombres comúnmente llevan los pies desnudos, pequeño sombrero de junco y poncho de algodón con franja, con dibujos azul y blanco. Estos ponchos no se fabrican aquí, sino en la provincia de Lambayeque y en la sierra.

Las mujeres de raza indígena usan vestido muy simple que consiste en el capuz que no es sino un gran saco con tres aberturas, amarrado a la cintura con ceñidor cubierto por grandes pliegues del citado capuz. Usan collares con cuentas de vidrio de color y las más ricas los llevan de oro. Muchas usan también aretes de oro.

Como los etanos hablan una lengua distinta del castellano y del quechua que es el idioma de los indígenas del Perú, se han emitido mil hipótesis sobre su origen. Muchos les atribuyen ascendencia china y como algunas veces los díceres, aunque sin fundamento, circulan de boca en boca con mucha -436- rapidez, sobre todo cuando se trata de cosas extrañas, por la propensión de los hombres ignorantes a admitir con más facilidad el error que la verdad, se tuvo como creencia común que los habitantes de ese pueblo eran de origen chino, y para dar más veracidad a esta creencia se ha asegurado que algunos chinos que fueron a Eten se entendieron perfectamente con sus habitantes, hablándoles en su lengua.

Ahora, siendo mi primer cuidado descubrir el error donde se halle, diré: que es absolutamente falso que los chinos hablaran en su idioma con los habitantes de Eten; que yo mismo he averiguado y probado, con las personas más notables del lugar, que la lengua de sus habitantes es muy distinta de la china; que por los caracteres físicos y modo de vestir, son idénticos con los de Monsefú, Reque, Chiclayo, y con los de Lagunas, Mórrope y Jequetepeque; que si se admite origen chino para los etanos es preciso admitirlo también para los otros pueblos citados; que si los habitantes de Eten hablan idioma distinto del quechua y los demás pueblos el castellano, sería debido a que los de Eten han conservado su idioma, mientras que los vecinos lo han perdido hablando el que introdujeron los españoles; en fin, que si se debe admitir una inmigración para los habitantes de Eten, yo la haría venir de Centro América, de donde son los nombres de algunos pueblos, como los de Jequetepeque, Chérrepe, etc.

Es escaso también en la costa el arrendatario vitalicio en las condiciones que se pactan en la sierra. La esclavitud del indio y la rapacidad del amo son cosas exclusivamente serranas. Hay en la costa mejor concepto del trabajo, mejor espíritu de asociación entre los dueños de las haciendas y sus yanacónes. Las peonadas no tienen participación en la tierra ni en sus utilidades, pero tienen, además del jornal, gratis, leña, casa, agua, artículos alimenticios a bajo precio y algunas veces médico. El yanacón es un arrendatario. Oblígase a pagar un canon anual por la parcela de terreno que ocupa, contribuye a la limpia de las acequias y por lo general está obligado a vender sus cosechas al dueño de la hacienda a un vil precio.

Si en la sierra predomina la raza indígena pura y también el mestizo de indio y español, no es en la costa el indio -437- sino el mestizo el que forma la mayoría de la población. Habitado el litoral desde los comienzos del siglo XVII por blancos que no sintieron como en Norteamérica repugnancia por individuos de otro color, la mezcla con las razas india y negra ha sido general, verificándose hoy, no sólo entre las razas puras, sino también, y esto es lo más común, entre las numerosas variedades de la remezcla de las tres razas primitivas. La mayoría de los mestizos tienen de blanco e indio o de blanco y negro, pero hay mucha gente que tiene de blanco de negro y de indio. Lima y Callao llevan la supremacía en esta sui géneris amalgama, cuyas características físicas son color bronceado, pelo áspero y a veces ensortijado, estatura mediana, facciones agradables, ojos grandes y soltura en los movimientos. Moralmente, posee incompletos los vicios y virtudes de las razas de que procede. Como todos los injertos, no se distingue por la energía de la voluntad. Hay vivacidad, inteligencia, memoria, valentía, facilidad de expresión, espíritu de trabajo y apasionamiento en la manera de sentir. Si Ica, Camaná, Sechura, en sus clases populares, poseen en alto grado estas cualidades, Piura, Chiclayo y Trujillo son las menos despiertas.

Fue el negro factor importante en la población costeña en los tiempos del coloniaje. No solamente dio su sangre para mezclarla con la del blanco y en pequeña cantidad con la del indio, sino que modificó sustancialmente la psicología de nuestro poblador popular costeño, dándole algunas de las condiciones morales que les son pertinentes. Veamos lo que fue el

negro en la época de la colonia y lo que Prado dijo de él, en 1892, en su estudio Estado Social y Político del Perú durante el Coloniaje.

-438- Importados los negros de África, desde los primeros tiempos de la conquista, por especuladores ingleses, holandeses, franceses, españoles y portugueses, que los compraban a vil precio, fueron traídos y vendidos en el Perú, en calidad de esclavos. Desde entonces, y como un recurso invariable para proveer de brazos el territorio americano, se permitió y regimentó por el gobierno español, el comercio de negros esclavos, el número y la manera como debían ser traídos, y las contribuciones que por este infame negocio debían satisfacerse a la real hacienda.

Los negros vendidos «alma en boca, costal en huesos, a usanza de feria», eran considerados por los españoles en condición inferior aún a la de los indios; de aquí el rigor y crueldad con que las primeras leyes y conducta de sus amos, los esclavizaron y atormentaron. Se les empadronaba, se les marcaba con hierro candente -prohibido por Carlos III-, se castigaban la fuga de casa de sus patrones, las reuniones y amancebamientos con la raza india, sus negligencias en el trabajo, con las penas más bárbaras, infamantes y de efectos más irreparables. Tales leyes y tales actos parecerían verdaderamente incomprensibles tratándose del pueblo español, si ya no se hubiera explicado esa mezcla extraña de fiereza y magnanimidad, de crueldad y de caridad, de desprendimiento y de avaricia, que dividía el carácter de los conquistadores de América.

Los vicios de sensualidad, robo, superstición, ociosidad, característicos en los negros, tenían que ejercer más perniciosa influencia en el Perú, en relación con el número extraordinario con que se propagaron y del lugar inmediato al blanco que ocupaban en las casas.

Del cruzamiento de los negros con los blancos -que a despecho de las más severas disposiciones en contrario, se generalizó, con la mayor rapidez y exceso- provenían los mulatos, generalmente vanidosos, osados, insolentes, lujuriosos, perezosos, y aficionados a hacer ostentación de sus vicios y del favor que gozaban con sus amos.

Y en medio de los negros, de los mulatos y de los zambos, nacía el hijo de los españoles; siendo cosa muy rara que él no recogiese tristemente la multiplicada herencia de los afectos y pasiones, instintivos en la raza africana.

«Los blancos, dice nuestro más ilustre historiador, libertaron y favorecieron a un gran número de negras, y de sus relaciones con ellas resultó la abundancia de mulatos, que las familias de Lima apañaron con entrañable afecto, y criaron en medio del lujo y del engreimiento más escandaloso. No hay por qué dudar que asociada la descendencia española, en su tierna edad, en roce continuo con una multitud de sirvientes domésticos de ambos sexos, y entregada en gran parte a nodrizas negras, recibió impresiones dañosas que -439- alteraron su carácter, imitó ejemplos perniciosos y tomó costumbres de que brotaron más tarde, tristes y vergonzosas consecuencias... De entre esos negros consentidos y regalados en las casas, salieron muchos ladrones y facinerosos, y las familias se hicieron punto de honor el apañarlos y disculparlos; empeñándose por ellos con escándalo y

petulancia, para sustraerlos de la mano de la justicia, con lo que muchos, fiados en poderoso patrocinio, avanzaron camino y cobraron celebridad en sus crímenes».

Para cometer sus robos, se organizaban frecuentemente los negros, los mulatos y aún los blancos y mestizos, en famosas partidas de salteadores y bandoleros, que perturbaban la tranquilidad, no sólo de los campos, sino también de las ciudades.

«El negro -decía Ruiz- es ladrón desde que nace», hallándose aquí el principal móvil de sus impulsiones y actos criminales.

Tampoco debe olvidarse la irresistible lascivia, que corriendo impetuosa por la sangre africana, hacía a los negros más atrevidos y en sus costumbres más licenciosos, en armonía con la tolerancia con que ellas eran permitidas y aún favorecidas por sus amos.

Hasta las mismas danzas, en las fiestas religiosas, se convertían en materia de provocación y desenfreno sensual de aquellos negros, de instintos lujuriosos. En sus diversiones profanas, con sus cantos duros, monótonos, descompasados, y con sus bailes sin gracia, groseros, obscenos, concluían por caer rendidos los negros bozales, sudorosos, calenturientos, entre los excesos de la embriaguez y de la liviandad.

Los negros criollos, los mulatos, los zambos, en particular las mujeres educadas entre los blancos, encubrían, en parte, los instintos heredados de su progenitores. Algunos se dedicaban especialmente en las cofradías, al culto religioso, que era siempre para ellos, de carácter supersticioso. De la ignorancia y esclavitud en que ha vivido esta raza, no podían esperarse, tampoco, otras ideas.

En las ciudades los bailes de los negros, como la resbalosa, la zamacueca, tomaban mayor compostura y gracia; llegando a ser tal la reputación y estima de que gozaban los negros como danzantes, que eran ellos los maestros de baile de las delicadas y aristocráticas limeñas.

Resumiendo: los negros, considerados como mercancía comercial, e importados a la América, como máquinas humanas de trabajo, debían regar la tierra con el sudor de su frente; pero, sin fecundarla, sin dejar frutos provechosos. Es la liquidación constante siempre igual, que hace la civilización en la historia de los pueblos: el esclavo es improductivo en el trabajo, como lo fue en el Imperio Romano y como lo ha sido en el Perú; y es en el organismo social un cáncer que va corrompiendo -440- los sentimientos y los ideales nacionales. De esta suerte, ha desaparecido el esclavo en el Perú, sin dejar los campos cultivados; y después de haberse vengado de la raza blanca, mezclando su sangre con la de ésta, y rebajando en ese contubernio el criterio moral e intelectual, de los que fueron al principio sus crueles amos, y más tarde sus padrinos, sus compañeros y sus hermanos.

El negro de raza pura casi ha desaparecido en el Perú. Lo que queda no puede tomarse en cuenta. Existe hoy el mulato de negro y blanco y su número es reducido. Este mulato es tal vez lo mejor que tiene la clase popular de la costa en cultura. El negro bandolero de caminos ha desaparecido. Ya no son asesinos ni ladrones. La libertad que a destiempo les dio don Ramón Castilla les sacó de los campos y les trajo a la ciudad, donde la tuberculosis, las enfermedades venéreas y el alcohol acabó con la mayoría de ellos. Nuestro negro está completamente civilizado y se le puede considerar como la gente decente de las clases populares.

Un viaje de negocios que hicimos en 1915 al departamento de Lambayeque, nos dio oportunidad para escribir una monografía de carácter sociológico. No nos sería posible afirmar que lo mismo ocurre en Ica, Piura y la costa anchina; sin embargo, con ligeras variantes, las clases populares de todo el litoral, exceptuando Lima, Arequipa, y una que otra capital, encuéntranse en el mismo nivel de cultura que existe en las poblaciones del departamento de Lambayeque. Dicha monografía en la parte pertinente a nuestro capítulo, dice lo siguiente:

Al presente, la inmensa mayoría del pueblo Lambayecano está constituida por una raza genuinamente india. Negros hay pocos; blancos mucho más que negros, y mestizos más del doble de blancos y negros. Se habla el español, aunque muy mal pronunciado por las clases bajas. Éstas, en lo que -441- respecta a sus costumbres, son de una originalidad completa. No usan calzado, duermen sobre esteras tendidas en el suelo y se alimentan casi exclusivamente de pescado y de maíz.

Poseen las clases superiores, pasión por el trabajo, energías y simplicidades muy dignas de estudio. El lujo no existe. Se vive con holgura, con decencia, pero sin pretensiones. Como consecuencia la riqueza es general. Pocas son las gentes que están al día, siendo el ahorro factor económico y universal.

El comercio y la vida agrícola lo absorben todo. La ganadería y la industria están en segundo término. La minería no existe.

La vida intelectual es pobre. Las gentes de aquí comprenden con el espíritu práctico que les caracteriza, que antes que alimentar el espíritu hay que nutrir el estómago. Piensan ellos, y piensan bien, que lo primero a que debe atender un pueblo que aspira a ser feliz, es a proporcionarse la riqueza material, base de todo bienestar, y base también del corpore sana, indispensable para aspirar una mejor cultura. Abogados hay pocos, y el papel de la prensa, representado por numerosos periódicos, es más bien el exponente de una lucha de intereses materiales y de una continua protesta contra los abusos de los gamonales que la expresión de un propósito de mejoramiento político y social.

La vida licenciosa, la holgazanería y el alcoholismo no se ven en las poblaciones grandes, ni tampoco en las haciendas; en cambio, su existencia en algunos pueblos y villorrios es causa del atraso y de la imbecilidad en que se encuentra. La prostitución no existe. El concubinato es cosa bien común, no siéndolo así el matrimonio.

Hay muy poca religiosidad. Dios, sus cosas y sus hombres están muy en segunda mano. Chiclayo, con quince mil habitantes, apenas tiene una iglesia en servicio. La raza indígena sigue siendo idólatra. Sus festividades religiosas le sirven únicamente para emborracharse. En las clases superiores, en esta materia, hay indiferentismo. Los padres descalzos son muy estimados. Poseen el privilegio de ser oídos y de levantar hacia Dios los corazones de las gentes pecadoras. Sus misiones y sus fiestas son fecundas en resultados espirituales.

Se ama a la patria con más intensidad que en Lima. A la hora del peligro nacional se da sin miserias dinero y carne de cañón. Se lucha poco por el mejoramiento político. Los partidos tienen muy pobre organización. La mayoría de los hombres que acompañaron a Ferro en la revuelta de 1910, lo hicieron más por vengar agravios regionales, motivados por el mal reparto de las aguas, que guiados por un ideal político. El gamonalismo hace mucho daño.

La gente en su inmensa mayoría, es buena, hospitalaria y progresista. El bandolerismo casi ha desaparecido. Hay muy -442- buenos elementos en el departamento. Da gusto cambiar ideas con ciertos hombres, charlar largamente con ellos, y apreciar el conjunto de cualidades superiores que les distinguen, entre las que predomina la lealtad, la dignidad y el buen juicio.

Existiendo en las clases populares de las provincias de Lima y el Callao cultura superior a la que existe en el resto del litoral, y hallándose las ideas de las clases obreras contaminadas con las doctrinas traídas de fuera por elementos disociadores, la lucha entre el capital y el trabajo ha tomado en los últimos diez años caracteres de intransigencia. El último paro general aconteció en mayo de 1919. Durante la última semana de ese mes, lo más ruin y canallesco de nuestro pueblo pretendió en Lima y Callao por medio del robo y del crimen oponer su voluntad en nombre de teorías y de reivindicaciones que rechaza el sentido común. Tuvo ese movimiento tendencias trágicas y como pretexto un estado de hambruna que no existe ni ha existido en ninguna parte del Perú en la clase proletaria, ni en ninguna otra de la colectividad nacional.

Fomentaron y prestigiaron la dolorosa situación de vergüenza y escándalo que presenciamos en ese paro general, las exigencias egoístas de la política que conmovieron a las muchedumbres con promesas de imposible realización, la timidez de la prensa periódica por miedo a la merma de sus ventas cotidianas; por último, la debilidad de los gobernantes, casi siempre sin confianza en la opinión y sin fe en las instituciones encargadas de su defensa. La existencia del hambre sólo vive en la enfermiza imaginación de quienes están interesados en soliviantar a las masas populares, siempre ingenuas y siempre impresionables.

Comprueban la no existencia del hambre en Lima y el Callao los fenómenos que a diario nos es dado constatar. El -443- obrero nacional cada día trabaja menos. La semana para él cuenta cinco días y con el jornal de esos cinco vive siete cómodamente. Se regala según sus gustos y aficiones. Basta considerar el hecho de que la plaza de toros es pequeña para

contener al público que paga enormes precios; hasta concurrir los domingos al hipódromo y ver las tribunas populares repletas de obreros que juegan un dinero que necesariamente ha de sobrarles desde que lo dedican al vicio y al placer; basta, en una palabra, observar con espíritu sereno y tranquilo las modalidades todas de la existencia del proletariado en el país para convencerse que vive en un medio hospitalario y generoso donde sus ganancias cubren ampliamente sus necesidades.

Las clases populares por lo regular son injustas en las exigencias que las llevan a las huelgas. No solamente se les ha dado cuanto es posible darles dentro la potencialidad económica y social del país, sino lo que todavía se discute en países superiores al nuestro: la jornada de ocho horas. Aquí, donde la eficacia del obrero es mínima, esta jornada de ocho horas le ha sido concedida por un simple decreto, atentándose así a la vitalidad de las industrias, al mismo tiempo que se aumentan los gastos generales al prescribirse el alza del jornal.

Réstanos decir algo de la población de nuestra montaña.

El coronel Palacios, que como prefecto de Loreto en 1888 tuvo oportunidad de estudiar el departamento con el claro criterio que poseía, dijo sobre el habitante de nuestras selvas, en una conferencia que dio en la Sociedad Geográfica de Lima, lo siguiente:

He pasado la vista por todos los pueblos del Departamento de Loreto, y para concluir con el aspecto general de esta región, -444- sólo me resta emitir algunas ideas sobre la condición social y política de sus habitantes.

Estos pueden clasificarse en tres clases: es la primera compuesta por los naturales que viven en el fondo de las selvas independientes de nuestra civilización; es la segunda, la de estos mismos, preparados por la catequización evangélica y atraídos por nuestro comercio; y es la tercera, la clase proveniente del cruzamiento español y de los emigrantes extranjeros.

Los salvajes, como se sabe, se organizan en tribus en el interior de los bosques, viven de la caza y de la pesca y cultivan en pequeña escala la yuca, el plátano y otras plantas. Se hacen la guerra entre sí, se roban las mujeres y los niños y comercian con los civilizados, ofreciéndoles canoas, muchachos cautivos, algunas resinas, como caucho, copal, etc., en cambio de armas de fuego, herramientas de agricultura y aguardiente. Los del norte han convertido en una industria las cabezas humanas que, por medio de la deformación, reducen a un volumen muy pequeño y que los civilizados solicitan mucho, dando una escopeta en cambio de cada una de ellas.

Por lo general son inofensivos, y el daño que hacen es casi siempre en defensa propia, y puede decirse que por instinto de conservación.

Me limito a estos ligeros datos al referirme a los salvajes, porque no creo oportuno, en este trabajo, detenerme en estudios antropológicos que han servido de tema a eminentes publicistas.

La clase de los catequizados que habitan los pueblos, los caseríos y las haciendas formadas en las márgenes de los ríos, está completamente vinculada a nuestra civilización. El comercio y la agricultura explotan su trabajo por medio de compensaciones, que si no satisfacen por completo todos los derechos conquistados por los principios liberales de la humanidad, revisten sin embargo formas suaves, que los dirigen, aunque lentamente, a ese orden de conquistas.

La tercera clase, que podemos llamar la clase directora, y que está compuesta por el cruzamiento de los españoles y por los extranjeros de todas nacionalidades que concurren a esa localidad al desarrollo y la civilización, es la que dirige el movimiento comercial, introduce mercaderías de los mercados europeos, obliga su aplicación en las clases inferiores y extrae con auxilio de ellas los productos que exportan a otros países. Además del tipo que os presento, podéis juzgar el de la clase a que me refiero, por el personal de los representantes de Loreto aquí presentes. Además os presento el tipo de la mujer de los pueblos civilizados que corresponde a la última clasificación.

Ahora, su estado político, como derivado del social, es más fácil destacarlo. Lo político se basa en lo social, los intereses políticos se derivan de las fórmulas sociales; y las sociedades, según sus tendencias, según los principios de su constitución, formulan e imponen su existencia política.

-445-

En Loreto, donde la sociedad presenta las mil incongruencias apuntadas, poblaciones tan heterogéneas sin más causa de afinidad que la explotación en común de sus riquezas, donde todas las nacionalidades se han reunido persiguiendo un solo fin, donde todo converge al interés particular, necesariamente el nacionalismo es noción abstracta; la falta absoluta de estabilidad impide germinar el amor al suelo, y cualesquiera nacionalidad sería aceptada sin resistencia, por cuanto no se trata de defender intereses generales, sino los muy particulares de cada ocupante.

Los peruanos allí nacidos, influenciados por las demás nacionalidades también miran en menos el valor del nacionalismo de aquellas regiones; los europeos aceptan tácitamente cualquiera bandera, y sólo queda el elemento brasileño de antecedentes históricos bastante conocidos, y que influye por su posición media en las inclinaciones de los demás componentes.

En Loreto, la política no alcanza a desviar la tendencia general de sus pobladores; y para que el Perú pueda retener esa sección bajo el régimen político en que vive, necesita escuchar a los que se inspiran solamente en el interés general de la Nación.

En Loreto, la política hasta hoy se reduce al interés; todo principio de autoridad degenera en abuso y expoliación, y por eso, los loretanos que son valientes e infatigables campeones en la lucha del trabajo, no pueden tener otras nociones sociales que las que persisten en ese ambiente y no podrán jamás separar los intereses generales de los particulares, ni menos comprender que la Nación es otra entidad distinta del ciudadano, ni que los intereses del Perú sean diversos de sus especiales conveniencias.

Nosotros tuvimos oportunidad de visitar Loreto en 1894. Pasamos en él tres meses, y en una serie de artículos que publicamos en El Comercio de Lima ese mismo año, dijimos del habitante montañés y en especial del que habita Iquitos lo que va a continuación:

Lo que no consiguieron las misiones evangélicas ni las comisiones científicas de todos los tiempos, lo ha alcanzado el industrial de las gomas elásticas, a quien el espíritu del lucro ha llevado a lo más recóndito de las selvas. Para él no es un misterio lo interior de los bosques. Hace diez años que lo desconocido principiaba en las mismas orillas de los ríos principales. Hoy, geográficamente hablando, la palabra desconocido no existe en Mainas. El cauchero no solamente conoce todos los ríos principales, sino que ha navegado los afluentes de ellos y las centenares quebradas que alimentan de agua a los primeros. Él conoce los caminos de tierra que unen al Yávary con -446- el Ucayali, al Huallaga con el Ucayali y éste mismo con el Purús. Y por último, no ignora la posición de los grandes lagos existentes en el interior de los bosques, y las vías para llegar a los terrenos altos, propios para la agricultura.

Pero si éstas son sus adquisiciones en Geografía, cuanto más importantes son sus esfuerzos por dominar y civilizar a los infieles. Algo providencial ha colocado a la yarina (comida del salvaje) junto a los árboles de caucho, siendo por esta causa imposible penetrar por primera vez a un cauchal sin avistarse con los infieles y entrar en relación con ellos. Reúne el cauchero astucia y coraje para adueñarse de ese terreno que los infieles ocupan, el que siempre conquista, ya sea que se bata con ellos o que por otros medios consiga atraerlos de amigos. Esto último es más corriente. El salvaje gusta de ser obsequiado, y mediante el regalo de escopetas, cuchillos, hachas, etc., clava en tierra la lanza que es su señal de paz, y se deja dominar por el blanco, quien con engaños le saca de la selva, le traslada a otro lugar y le convierte en semisalvaje y esclavo.

Los infieles que prefieren la guerra, luchan con valor, aunque a traición y siempre en retirada. En sus derrotas pierden sus hijos que le son robados por el cauchero, quien fácilmente encuentra comprador de ellos. Los niños infieles tienen precio desde que cumplen tres años de edad. Por lo general, una criatura salvaje de cinco años vale en el puerto de Iquitos de 80 a 100 soles.

Excusado es decir que este modo de comercio se hace en forma oculta desde que las leyes lo prohíben; pero como las autoridades están convencidas del notable servicio que reporta a la civilización de Loreto este comercio, se hacen de la vista gorda, y hacen muy bien, porque el niño salvaje educado fuera de los infieles se convierte más tarde en un mozo vivo, inteligente y servicial. El salvaje así educado, es tres veces más inteligente que el indio de la puna a quien se civiliza en Lima. Igual servicio se presta a los salvajes que el blanco saca de la selva para convertirlos en sus peones, pues si bien es cierto que estos quedan siempre salvajes, en cambio los hijos que nacen en el fundo agrícola, ya no son infieles, y cuando llegan a ser hombres son elementos útiles para la sociedad en que viven. Algo parecido a lo que sucedió en Norte y Sudamérica con los negros de África. El loretano ha resuelto civilizar al infiel por la razón o el exterminio. O le convierte en un hombre útil o le elimina.

He dicho ya en mis anteriores correspondencias que Iquitos es el primer centro social y comercial de Loreto. Se le calcula una población fija de diez mil habitantes, y un perímetro urbano no menor al del Callao, si se considera como parte integrante de la ciudad las nuevas calles abiertas el año próximo pasado, y que al presente están perfectamente delineadas, cercadas y con no pocas casas en construcción.

Iquitos no posee ningún censo, siendo menester suplir esta deficiencia con la observación y la consulta, pudiendo calcular -447- de una manera aproximativa la procedencia de los pobladores de este puerto fluvial de la siguiente manera: 20% de Chachapoyas, 4% de Lima, 3% de los demás lugares del Perú, 13% de extranjeros, y 60% de Moyobamba, Tarapoto, Nauta y el mismo Iquitos. Entre los extranjeros predominan las nacionalidades portuguesa y brasileña.

La población loretana esta en mayoría y ha conseguido imprimir a este pueblo el carácter que le distingue, carácter que en manera alguna se asemeja al de cualquier otro pueblo del Perú. Un cuarenta por ciento de población forastera ha cambiado en lo ostensible su modo de ser y hay que decir en lo ostensible porque si se levanta esa capa superficial formada por la civilización superior venida de fuera, se encontrará al pueblo que habitó las márgenes del «Mayo» en toda la fuerza y originalidad de sus costumbres.

Por más gimnasia de imaginación que se haga, nunca podrá quien no pisó este suelo, tener idea de lo que es Loreto y sus pobladores. El hombre de la región de los bosques es original en su música, en su hablar, en su alimentación, en su aspecto físico y su condición moral; en una palabra en su modo de ser.

No es para una correspondencia un estudio de esta naturaleza; pero no puedo resistir al deseo de hablar sobre alguna de estas originalidades. Su instrumento musical es la concertina, y su tocata favorita es una derivación del yaraví, pocas veces acompañada de canto. En el baile, la mujer saca al hombre, siendo una especie de marinera lo que se danza, la que tiene gracia especial. La alimentación está constituida por el paiche (pescado salado), y el plátano que se come verde y sancochado, y como bebida el café.

Su hablar es especialísimo, no tanto por los modismos y pronunciación singular, sino por las construcciones gramaticales. Para decir «José debe ser pariente de la mujer de Pedro» hacen las siguientes confusiones: «Del Pedro su mujer, el José su pariente ha de ser, quizás». Para manifestar a una persona que pierde su tiempo en reiterar una solicitud, se le dice: «En vanamente te afliges, porque no se ha de poder». Cambian todas las efes en jotas y todas las erres dobles en sencillas y viceversa, así dicen Fanita por Juanita, el fez por el juez, el baranco, por el barranco, el curra por el cura, cajue por café, etc.

El tipo de la mujer loretana no tiene igual en el Perú. Ella es bella como que ha nacido del cruzamiento de la hermosa jebera con el español. Es escultural en sus formas, viva y de talento natural; pero histérica por naturaleza, lo que le hace algo inconsecuente en sus afectos, ardiente y caprichosa en sus deseos.

En los niños existe la extravagancia de comer tierra, velas de esperma, arroz crudo, greda, carbón de palo, té. Tan incomibles materias en estómagos de estómagos de niños ocasionales graves enfermedades, motivo por el cual las madres les azotan con crueldad - 448- cada vez que les sorprenden en semejantes comidas. Creen aquí que para desterrarles el vicio es menester fomentarles otro; y en esta idea les enseñan a fumar tabaco, lo que no deja también de ser extravagante, pues en verdad que es original, el ver a una criatura de dos años con tremendo cigarro en la boca.

Tampoco debo olvidar en estas ligeras observaciones, el hecho muy notable de no existir en el hombre nacido en la montaña el vicio de la embriaguez, tan común en la sierra y en la costa. En Iquitos todas las noches hay bailes, (o sea lo que en la costa se llama jarana), los que nunca terminan por escándalos pues cada cual bebe lo que quiere sin que nadie le exija el tomar más. Esto último es debido al carácter algo indolente del loretano, cuyo corazón pobre en defectos, es tan escaso de amor que casi no tiene cariño ni por la vida.

Cuanto he relatado se refiere a esa enorme colectividad que forma el pueblo propiamente dicho. Réstame decir algo de la crême de Iquitos, de esa clase que existe en todas partes con el nombre de gente decente y que constituye la buena sociedad de un lugar.

Aquí, el distintivo más ostensible de dicha clase social es el cosmopolitismo más completo y el egoísmo más marcado. Cada cual vive para sí y nadie se preocupa de nadie. Los limeños, en todas partes tan queridos, tan unidos y que por todo el Perú forman el grupo indispensable en una reunión de buen tono, viven en Iquitos en la más completa desunión. Ellos no inician nada, no se asocian nunca y muy pocas veces se les ve en casas de otros paisanos. Nadie visita, y cuando las prácticas sociales nos obligan a hacerlo, se emplean diez minutos en cada casa; y cosa rara, hay una tendencia grande a fomentar costosas reuniones, y a celebrar con gran fausto las rarísimas bodas que aquí se efectúan. Para esas reuniones invítase a lo más selecto de Iquitos, no faltando nadie a la cita, especialmente el bello sexo, representado por muy hermosas señoritas. Flores, música, luces, juventud, exquisitos licores... nada falta, y sin embargo, qué frío el que se siente en esos salones. Nadie se anima, nadie se pone comunicativo, entusiasta ni galante con las niñas: sólo se oyen las frases obligadas de la buena educación. Cuando se sirve la cena la fiesta está helada: el champagne se vierte en abundancia, pero no produce reacción alguna. Al fin, una familia se despide y todas la siguen.

No existe en Iquitos un club ni un centro social extranjero. El señor Carlos Barandiarán acaba de organizar un club de tiro al blanco, el que se ha inaugurado con muy buenos auspicios. Desgraciadamente durará lo que han durado todos los centros sociales de esta localidad.

Y bien: ¿qué causa en Iquitos esta apatía social? me limitaré a decir lo que ya he repetido varias veces: este pueblo es en todo un pueblo original.

Al presente, las condiciones de sociabilidad y cultura en que vive el habitante de nuestros bosques sigue siendo, con muy ligeras variantes exactamente iguales a las que encontró Palacios en 1886. La población de Iquitos y también su riqueza aumentó con posterioridad a esa fecha, pero con la baja del caucho, nuestras ciudades de Montaña sufren desde hace pocos años terrible crisis financiera. Se intenta ahora sembrar algodón y fomentar la industria ganadera, todo ello, hasta ahora en muy pequeña escala.

Hoy como ayer existen 115 tribus salvajes, casi todas viven en el mismo estado de aislamiento y de barbarie en que estaban cuando las visitó Raimondi en 1859. Una de las más numerosas de estas tribus es la de los Huitotos, cuyo número llega a 25000. Ocupan el Alto Putumayo, algo del Caquetá y parte del Napo. La mayoría son inclinadas al trato con los blancos, habiendo habido exageración en las revelaciones que un irlandés Casament hizo al gobierno inglés después de su visita al Putumayo. Son también numerosos los Amahuacas y Mojos, cada uno con 6000 pobladores. Unos y otros son de estatura mediana, color algo oscuro, usan flecha, arco, rompecabeza y son hostiles a los blancos. Usan casas regulares y casi no llevan vestidos.

Los Campas llegan a 16000. Los hay de dos clases: bravos y mansos. Los primeros son notables por su valentía en sus guerras contra los blancos y tribus vecinos. Habitan la región del Tambo y el Gran Pajonal. Su número llega a 3000. Los campas mansos están divididos en las subtribus denominadas cashivos, campas, chonta-campas, lorenzos y otras pequeñas agrupaciones, hablan la lengua campa, usan la tradicional cushma, que es una especie de camisa -450- muy larga y sin mangas, tejida de algodón. El campa manso tiene facciones nobles, es amigo del blanco, se asimila sus costumbres, aprende fácilmente el manejo del rifle y se dedica con gusto al cultivo del café y a la industria del caucho.

Los machigangas fueron tributarios del imperio incaico. Se cree que emigraron del Cuzco bajo el comando de un príncipe Inca. Llegan a 4000. Viven en las cabeceras del Tono, del Piñipiñi, del Conispata, Alto Urubamba y afluentes. Son de baja estatura y facciones regulares. Tienen trato amistoso con los blancos. Usan la cushma del campa y hablan su mismo idioma.

Los piros apenas llegan a 600. Son excelentes bogas, valientes y buenos tiradores. Usan cushma, pero con colores y dibujos originales. La viruela ha hecho estragos en esta tribu, antes muy numerosa y hoy confinada al Alto Manu y al Madre de Dios.

Los sirineiris llegan a 7000. Se encuentran en las inmediaciones del Inambari y también en la banda izquierda del Manu. Los ticunas viven en número de 15 a 20000, y pueblan la orilla izquierda del Amazonas entre Leticia y Pebas.

El ingeniero, Jorge M. von Hassel, que pasó diez años entre las tribus salvajes de nuestro Oriente, y que ha publicado un completo estudio de sus relaciones con dichas tribus, estima el máximo de los salvajes en 152000 y el mínimo de ellos en 122000. Son de él los siguientes acápite:

Ninguna tribu de la cuenca amazónica peruana cuenta con forma alguna de Gobierno; todas, inclusive las más fuertes y poderosas, se componen de una agrupación de familias, y

el jefe de éstas dispone de todas. Las familias que viven en las cercanías constituyen una subtribu, y eligen o reconocen -451- un jefe de familia como jefe de la subtribu o tribu. Por ejemplo la tribu aguaruna que sobresale de otras tribus por su más desarrollada cultura, tiene tres a cuatro subtribus, cada una encabezada por un Curaca, pero estas subtribus no tienen entre sí ninguna cohesión. Por eso una subtribu puede estar en guerra con otras vecinas, sin que las demás se mezclen en sus asuntos. Algunas veces, por una causa común, se unen para conseguir el fin que anhelan. Esta división de las tribus ha facilitado a los caucheros su introducción a la montaña; sin eso tal vez las extensas planicies de la cuenca amazónica todavía fueran propiedad exclusiva de las tribus salvajes.

Las principales enfermedades son las fiebres y en muy pocos casos la pulmonía; son muy expuestos a la viruela, como a todas las enfermedades contagiosas. La viruela se presenta en forma de epidemia y acaba muchas veces con casi una tribu entera. Las tribus de la planicie baja sufren también de beriberi. Entre unas tribus aguarunas observé enfermos epilépticos.

La estatura de los hombres es regular, de 140 a 160 centímetros, pero existen excepciones. Las tribus más robustas son las de los campos y huachipairis. En el color existen muchas variaciones. Los jahuas y huarayos son de color claro y las tribus del Putumayo muy oscuro; en estos últimos influye de seguro el calor de la línea ecuatorial y también el cruzamiento con negros esclavos escapados de Colombia y el Brasil. Facciones regulares tienen los campos, aguarunas, antipas, muratos, jahuas, conibos, shipibos y shetibos. Las mujeres son de estatura un poco más baja que los hombres y entre las tribus antropófagas lo son siempre más las personas del sexo bello.

Casi todos los salvajes tienen una más o menos desarrollada inteligencia, y aprenden fácilmente, una vez llevados de las montañas a sitios civilizados, todas las costumbres de los blancos. Admirable es después de corto tiempo verlos manejar con perfección las armas de fuego, etc. Papel importante representan los indios civilizados como prácticos y tripulantes de vapores fluviales. La industria cauchera y shiringuera tiene miles de colaboradores entre ellos.

El mayor motivo de hostilidades entre las tribus es el robo de las mujeres. Como la aspiración de cada guerrero es el tener un gran número de ellas, trata de conseguir las asaltando las tribus vecinas, las que en venganza hacen otras incursiones semejantes, estableciéndose así una guerra continua.

La cuestión mujeres es motivo más poderoso de las mil guerrillas entre las tribus más importantes, que las venganzas que pueden existir entre unas y otras o el espíritu guerrero por sí mismo. El joven aguaruna tiene la obligación de tener por lo menos una cabeza preparada de un enemigo, antes de -452- que pueda agregarse a la casta de guerreros, con el derecho de poseer mujeres. Las cuestiones de los caucheros resultan de la defensa de unas tribus contra los ataques de los caucheros, del odio contra los blancos y del deseo de tener las armas y mercaderías de estos.

En casi todas las tribus que tienen trato con los blancos se ve la mezcla entre estos y los indios, pero la mortandad es casi más grande que entre los de la misma sangre.

Muchas tribus ya han desaparecido y otras más están próximas a desaparecer; por lo general, todas están sujetas a una reducción rápida. Los motivos que conducen a este fatal fin son: 1.º Las enfermedades contagiosas, especialmente la viruela; 2.º Las guerras con las tribus vecinas y los blancos; 3.º El aguardiente; 4.º La industria gomera que obliga muchas veces a trabajar en regiones inundables expuestas a fiebres; 5.º Las correrías de los caucheros para conseguir esclavos; 6.º Gran mortandad entre los niños; y 7.º Consecuencia de la poligamia.

Cada jefe de familia tiene un número de mujeres que varía entre dos a siete. Una de ellas es la favorita por corto o largo tiempo. Todas se dedicaban a los quehaceres de la casa y a los cultivos de las chacaras. Las mujeres son muy sumisas y entre ellas sin celos y en buena armonía. Entre las tribus en que la mujer es más reconocida está la de los aguarunas.

Las comidas principales de todas las tribus de la cuenca amazónica son: la yuca, el plátano y el maíz, agregando a estas la carne de los animales del monte. Pocas son las que hacen uso de la sal, y algunas la consumen solamente en forma de picante mezclada con ají. Algunas de las tribus que viven en las orillas del Amazonas y del Ucayali son geófagos, pues comen una tierra salitrosa llamada comúnmente coolpa (quechua); el uso de esta coolpa se ha degenerado en vicio y se conoce a los individuos que se entregan a esta mala costumbre por la hinchazón de la barriga. La escasez de la sal en el bajo Amazonas y la que exige el cuerpo humano, ha inducido a estas gentes a comer esta tierra salada, transformándose con el tiempo en vicio.

Capítulo XII

Climatología y enfermedades

Son deficientes en el Perú en el orden científico los estudios meteorológicos. Observaciones barométricas, pluviométricas y termométricas en forma continua, solamente se han hecho en Lima, Cailloma y una que otra ciudad más de la República. Viajeros y hombres de ciencia que han recorrido el territorio no han tenido oportunidad ni tiempo para sistematizar sus observaciones. Pocas de estas observaciones han sido dadas a la publicidad, y casi ninguna tiene los cuatro años seguidos y necesarios para conocer a punto fijo la temperatura media de una población.

La Sociedad Geográfica ha hecho cuanto ha podido para subsanar la deficiencia indicada, siendo meritorios los cuadros parciales publicados en sus boletines sobre observaciones hechas en unas 30 poblaciones del Perú. La obra de Raimondi al respecto es incompleta, careciendo de método y continuidad. Por este motivo, el trabajo de don Hipólito Unanue acerca del clima de Lima es tal vez lo mejor que se ha escrito.

-454-

No siendo uniforme la altura del suelo del Perú y fluctuando la elevación del terreno desde el nivel del mar hasta 24000 pies sobre dicho túnel, la climatología nacional en presiones atmosféricas, en grados de calor y en lluvia, recorre toda la graduación de los diagramas respectivos. Nuestra temperatura va desde el frío siberiano al calor de las Antillas. Más sensible es aún la diferencia de lluvias. El contraste que existe entre ciertos tablazos y pampas del litoral donde jamás cae del cielo una gota de agua, y la precipitación observable en las pampas del Sacramento o en el nudo de Pasco, es algo que en forma absoluta pasa del mínimo al máximo. No es menor la mudanza de presiones atmosféricas que sufre el habitante del Perú según el lugar en que vive, siendo éstas en ciertas alturas tan bajas que materialmente la vida se hace imposible y el soroche puede causar hasta la muerte.

Variantes climatológicas tan manifiestas ocasionan graves inconvenientes y son causa, entre otras muchas geográficas, de lo difícil que es la asociación humana en nuestro territorio. Un hombre que vive a 12000 pies de altura no ve las cosas con el mismo espíritu amplio de otro que respira las auras del mar en las poblaciones costeñas. La raza, las costumbres, y las aspiraciones de los argentinos son iguales en todas las latitudes de su territorio porque con poca diferencia su climatología es igual. Lo mismo, aunque no con tanta amplitud, puede decirse del chileno y del boliviano. Este último es genuinamente andino por la presión atmosférica y la temperatura, y por esto con notable uniformidad procede en todos sus acuerdos con el mismo espíritu. Virtualmente en el Perú, por las variantes mencionadas, hay tres entidades humanas, y como cada una de -455- ellas piensa y actúa de acuerdo con el medio físico en que vive, la igualdad de opiniones en asuntos de carácter netamente nacional no siempre es manifiesta.

Si uniforme es la climatología en el Perú en sus líneas geográficas que van de norte a sur, no ocurre lo mismo en aquellas que marcan la longitud. Con poca diferencia, el hombre que vive en la costa de Piura es exactamente igual al que habita en el litoral de Lima, Ica y aún Tarapacá. En la sierra y en la montaña, respectivamente, vemos con ligeras variantes las mismas costumbres y la misma fisonomía en las gentes que habitan en Hualgoyoc y en el Cuzco, o en las que navegan el Marañón o el Madre de Dios. Esta igualdad se altera cuando se viaja de este a oeste, y el fenómeno tiene su explicación en la altura del suelo, altura que como sabemos es originada por la cordillera de los Andes en las cuarenta leguas, que por término medio tiene de ancho.

Cedemos la palabra al ya citado publicista señor Riva Agüero, quien con frases verdaderamente poéticas, ha descrito el singularísimo «mustrario de geografía» que se observa en el Perú por motivo del levantamiento andino.

La extraordinaria diferencia de alturas hace, en los Andes del Perú, que un reducido espacio, de una o dos jornadas, presente superpuestos los más contrarios climas, como singularísimo muestrario de geografía.

Abajo, en los cañones angostos de las más profundas quebradas, están los valles o yugas, tórridos y bochornosos rincones sin horizonte y sin vientos, encajonados entre cerros disformes y elevadísimos. Junto a los pedregales del río torrentoso, crecen los plataneros de hojas rasgadas, los montes de caña brava y huarangos, los nogales redondos, los pacaes verdinegros, los paltos claros y las espinosas tunas. En estas tercianientas riberas, plagadas de mosquitos, alternan los plantíos de ají, maíz y caña dulce; en huertas pequeñas se agrupan los chirimoyos, los naranjos, los limos y los tupidos papayos; y a veces sobre las pircas o las tapias del camino, resalta, -456- exótico y triunfal, el laurel rosa. En los valles algo más altos y espaciosos, la caña dulce prevalece casi tanto como en la Costa, y sus cuarteles van desalojando los potreros de alfalfa y los maizales. Abundan los magueyes silvestres y desaprovechados; se alzan los grandes patis; y en derredor de los pueblos y caseríos, fructifican los granados, los ciruelos, las higueras y los membrillares.

De estos como islotes cálidos, hoyos tropicales clavados en medio de las cordilleras, se sube en pocas horas por agrias cuestas a la tierra templada, a la zona quechua propiamente dicha. Esa es la verdadera sierra, la región fresca y saludable, de cielo puro o despejado pronto por las tempestades: chacras de panllevar, laderas de alcacer, multiplicados andenes que fajan los collados como cintas de verdura, y tenues arboledas de alisos, manzanos, eucaliptos y molles. Detrás de las colinas cultivadas en diversicolores retazos, se amontonan irregulares círculos de cumbres severas, y asoman los nevados diamantinos; por las herbosas gargantas se despeñan los arroyos: y las veredas que se enroscan en las pétreas moles, rematan el paisaje con unas líneas delgadas, blanquecinas al mediodía y de oro pálido al atardecer. En esas tierras se hallan las más célebres y numerosas ruinas incaicas; en esos agrestes y callados repliegues, se desmoronan las intiphuatanas y las antiquísimas fortalezas; y los sumisos descendientes de quienes las construyeron, labran, con bailes y cantares, los terrenos comunistas de sus ayllos, cuyos sembrados se escalonan, en artificiales graderías, desde los cauces de los ríos hasta muy cerca de las cimas estériles. Más arriba, en las ondulaciones y llanadas que se hacen desde estos cerros medianos hasta las punas, se extienden aún los campos de labranza, con cultivos de papas y quinua, y los pastos para mucho ganado vacuno y lanar (jallcas). Apenas interrumpen de tiempo en tiempo la monotonía de las lomas verdes, algunas chozas redondas, de piedra suelta y techo de paja, algún quishuar aislado, matas y zarzales mirtáceos, y la triste procesión de los cardos pequeños, que trepan por las alturas circunvecinas. En las vegas angostas y un tanto abrigadas (huayllas), pacen caballos chicos y peludos; en las faldas breñosas, corren las ovejas y las cabras de ojos lucientes; y por los caminos, en elegante desfile, alargando los cuellos, se mueven los llamas, lentos y suaves.

De la región frigidísima pero todavía habitable y fértil, que alcanza hasta los 4000 metros sobre el nivel del mar, se pasa por abras heladas, a la Puna desierta y bravía. Allí los duros pajonales amarillentos alimentan rebaños lanares, guardados por míseros pastores; los tarucos y las vicuñas en manadas, se ocultan tras de los riscos rojizos y violetas, estriados de nieve, que encierran las más preciosas minas; cae a diario el granizo; y los charcos congelados brillan como láminas -457- de plata. Y más arriba aún, sobre los penachos de

las nubes, queda la región polar o inaccesible de los picos nevados y los ventisqueros, que recortan entre las peñas el cristal de sus aristas bajo el azul profundo de la atmósfera y la refulgencia mágica del sol.

Toda esta diversidad de templos y aspectos se agolpa verticalmente de tan apretada manera que, en infinitos lugares de la Sierra peruana, pueden verse desde el ardiente bajío, los trigales, las frías estancias de las punas y los conos de nieves perennes.

Nuestra Costa ofrece también sus contrastes: la esterilidad de los arenales siniestros, con el florido y deleitoso verdor de los valles que los interrumpen; la furia de las rompientes en las playas abiertas, con la mansedumbre de los ancones y de la alta mar, ora de color celeste, ora verdegrís. Pero tales contrastes no son comparables con las antítesis continuas de la serranía, que aparecen, a más de la diferencia y oposición de sus climas, en casi todos los rasgos de sus genuinos paisajes.

Prados de vívido esmalte, entre murallas de cerros plomizos; una leve cortina de taras, queñuales o saucos, entre las calvas rocas; un barbecho colgado en un ribazo abrupto; derrumbaderos y precipicios vertiginosos, y apacibles campiñas de cereales con hileras de álamos sobre el fondo sombrío de las sierras; andenerías, que se empinan como aparadores y retablos de sementeras varias, y cumbres peladas como las cabezas de los cóndores; corrientes de agua helada y purísima en los herbazales de la puna, llocllas lodosas en los barrancos, y vados con pedrejones inmensos; la tristeza pungente de las mesetas desoladas, y el encanto humilde y mimoso de las quebradas pequeñas bajo el soberbio ceño de la Cordillera eterna; pobres cabañas de la égloga más rústica, junto a derruidos monumentos ciclópeos de leyenda y de misterio; y sobre la recia lobreguez de los históricos sillares, sobre la nostálgica dulzura de los campos y el virginal sudario de las nieves, se vierte el ánfora divina del cielo, el dorado esplendor de la luz clemente.

La altura en el Perú no sólo influye en la flora sino también en la fauna, hallándose la civilización y el progreso en razón inversa de la elevación. ¡Qué diferencia tan manifiesta entre los hombres de la puna y las gentes que viven a la orilla del mar. La desconfianza, la reconcentración, la mentira, la avaricia del primero hacen contraste con el genio liberal, expansivo, franco, derrochador y audaz de los pobladores del litoral. El uno se abriga con ropa de lana, -458- usa yanques, sombrero de fieltro y jamás deja el poncho. El que se halla a la orilla del mar viste de algodón y copia en todo la indumentaria europea.

Raimondi nos da una idea completa de la acción de la altura peruana sobre la flora de nuestro territorio en un magnífico artículo que lleva por título Geografía Botánica.

La más interesante característica de la costa del Perú es la falta de lluvias. El Creador, que dio a nuestro territorio en su parte marítima tierras ricas y planas como no existen en ningún lugar de la sierra, les negó la lluvia que necesitan para ser fértiles. Tienen nuestros desiertos cisandinos tanto suelo adecuado para el cultivo, como el que existe en la provincia

de Buenos Aires. Su aridez y desolación es algo que desconsuela, que anonada, que hace daño al espíritu y pone de manifiesto nuestra impotencia centenaria ante los inescrutables designios de Dios que hizo así nuestra costanera naturaleza. Esas pampas y tablazos, indudablemente en otros tiempos cubiertas de vegetación, tienen ahora algo de la aridez lunar. Es cierto que para modificarlas por medio de la irrigación se nos dio las riquezas del guano y del salitre; pero también lo es que por causas diversas nos fue imposible aprovechar sus rendimientos. Tiene la costa un millón de habitantes porque sus tierras no pueden por hoy alimentar más pobladores. Tiene la sierra casi tres veces más, porque el cielo irriga sus campos y la semilla que se planta fructifica. Sólo Piura y Lambayeque, si tuvieran lluvias periódicas, podrían alimentar en su suelo hasta dos millones de habitantes. Como causa geográfica, la sequedad de la costa es una de las que más aminora la importancia del territorio peruano.

Las mismas causas que han originado la carencia de lluvias -459- en la costa del Perú, han determinado también la constitución de su clima, reputado como agradable a causa de ser desconocido el frío intenso, ni alcanzar tampoco las altas cifras de calor que corresponden a su latitud tropical. El territorio de Piura es la única excepción de esta normalidad climatológica.

Siendo inalterables las condiciones atmosféricas de la costa y su temperatura apenas variable en diez grados, hay quienes estiman el clima del litoral como el mejor del mundo. Efectivamente lo es: truenos, rayos y relámpagos jamás turban la tranquilidad de su cielo. El paraguas o la capa de jebe son innecesarias, y la vida humana sería en ella si la falta de trastornos violentos atmosféricos no trajera por consecuencia para quienes residen largo tiempo en la costa del Perú, lenta disminución de energías, relajación general de la función corporal y espiritual.

El doctor Middendorf, en su interesante estudio sobre el clima de Lima, en la parte en que comenta los inconvenientes de nuestro monótono clima costanero, dice lo siguiente:

Por lo pronto se hace uno sumamente sensible a ligeros cambios de temperatura, siendo así que esos cambios son enteramente corrientes entre nosotros.

Si baja el termómetro algunos grados bajo de 20° las gentes principian a sentir frío, y si pasa de 26° todo el mundo se queja de grandes calores.

El hecho de que un tiempo fresco se considere frío, proviene de que la baja de la temperatura se relaciona casi siempre con neblinas, que penetrando de humedad los vestidos aumentan la sensación friolenta. Por eso es que en Lima en el invierno se usan telas de abrigo como las usan en otros países para tiempo de nevadas y de heladas. El hecho de que en verano la sensación de calor no corresponda a lo que marca el termómetro, se podría explicar por la falta de descargas o compensaciones eléctricas de la atmósfera. Se experimenta una sensación de bochorno como antes de una tempestad, sólo que -460- la tempestad no estalla y la sofocación continúa hasta después de la puesta del sol, desapareciendo sin embargo, siempre, en la noche.

El efecto deprimente del clima lo sienten tanto los extranjeros como los naturales, y entre estos sobre todo los que han nacido y crecido en la sierra y que después han llegado a establecerse en la capital.

Estos inmigrantes se enferman fácilmente del pecho, y muchos son los indios y mestizos que bajan constantemente a la costa que contraen y mueren de tubérculos en el pulmón.

En el europeo la depresión se manifiesta por la disminución de la fuerza para trabajar y de la disposición para hacerlo: se vuelve perezoso, descuidado, se peruaniza. Para contrarrestar estos efectos no hay mejor cosa que salir todos los años de Lima en los meses de verano y residir algún tiempo en la ribera del mar; por lo cual todos los que tienen cómo hacerlo salen por lo menos a dormir en el campo en esa estación, viniendo de día a la ciudad a atender a sus ocupaciones. El que no lo puede hacer trata de compensarse en algo con baños fríos diarios, de lo cual pueden disfrutar también los pobres por la abundante provisión de agua de la ciudad.

Para concluir, haremos notar otra particularidad del clima que, aunque no produce directamente el relajamiento del cuerpo, ejerce sin embargo influencia deprimente en la disposición del espíritu, y se refleja así de modo inmediato y nocivo en la actividad del cuerpo.

Como la capacidad de trabajo disminuye notablemente en el verano por la falta de descargas eléctricas, la tensión del espíritu en el invierno es también afectada por la falta de luz.

En efecto, durante varios meses se vive en una atmósfera plomiza, cuyo aspecto sombrío en semanas enteras apenas es interrumpido por el brillo ocasional y pasajero del sol.

Esta falta de luz no es una propiedad del clima de la costa del Perú en general, sino una particularidad que se limita a Lima.

Como el hombre generalmente sólo llega a apreciar los beneficios de que goza cuando los pierde, así se reconoce y aprecia la influencia vivificante de la luz del sol cuando en un cielo encapotado y permanentemente sombrío se vislumbra otra vez el fondo azul.

Tenemos la convicción que el decaimiento moral que con razón tanto se reprocha a los pobladores de Lima, proviene principalmente de esa causa, y no de las condiciones de calor que, por otra parte, son iguales en muchas otras regiones, y en muchos lugares en el mismo Perú, sin que allí produzcan los efectos señalados para Lima.

-461-

Hizo el doctor Middendorf sobre el clima de la costa y en especial sobre el de Lima, observaciones muy importantes. Raimondi, Carranza, Hipólito Unánue, también los hicieron, pero sus estudios carecen de la sencillez sintética que prestigian el trabajo del

doctor Middendorf, quien residió diez años en la República donde escribió su libro El Perú. Son de él los siguientes importantes datos:

Nos parece oportuno tratar ahora más detenidamente acerca de las condiciones climatológicas de Lima y del litoral peruano en general.

La costa del Perú se extiende desde los 3° hasta los 18° latitud sur y sin embargo no se puede decir que tiene clima tropical. Es mucho menos cálido que el de otras regiones de las mismas latitudes tanto en el hemisferio del sur como en el del norte, y en el Brasil, por ejemplo, la temperatura anual de la costa del Atlántico es cuatro grados más alta que la del Perú.

Esta diferencia notable se debe principalmente a que el verano en el Perú es mucho menos caluroso. Durante 10 años de observaciones hechas por mí en un termómetro centígrado que guardaba en un cajón de mi escritorio, jamás llegó a marcar 30° al revisarlo. En el verano de 1883 que fue muy fuerte, llegó a 29,5° por unos cuantos días de febrero, de dos a cuatro de la tarde, pero en los veranos corrientes la temperatura oscilaba entre 24° y 28° cuando más.

El punto más bajo en el invierno, a la intemperie y a las 6 de la mañana es de 15° bajando excepcionalmente a 13,5°. Se puede, pues, decir que la diferencia de temperatura de invierno y verano es por lo común de sólo 12° y en casos extremos de 15°; y estas diferencias que son inferiores a las que tan bruscamente se presentan después de una tempestad en zonas templadas, están aquí repartidas paulatinamente en todo el año. Aunque por estas circunstancias las estaciones no están tan claramente marcadas como en los países fuera de los trópicos, se dejan sentir, sin embargo, diferencias apreciables.

El tiempo fresco dura desde fines de junio hasta mediados de setiembre. En julio y agosto la temperatura en la mañana es de 15° y en la tarde de 16° a 17°. Después del equinoccio de setiembre se hace sentir también en el Perú una ligera primavera.

Las plantas introducidas de la zona templada comienzan a brotar, como la parra, la higuera, los manzanos y los perales; y las indígenas reverdecen, a la vez que los árboles echan brotes.

-462-

Los meses de octubre y noviembre son quizá los más agradables, marcando el termómetro de 18° a 21°. En diciembre comienza el calor, pero por lo general no es molesto antes de mediados de enero. El verdadero verano dura de mediados de enero a mediados de abril. En febrero y marzo la temperatura de la mañana es alta, pero refresca siempre en la noche.

Jamás se experimenta aquí la desesperada situación de los viajeros en las Indias occidentales, que después de un día de calor sofocante tienen en espera una noche pesada también.

A mediados de abril comienza la temperatura, a refrescar sensiblemente, sobre todo de noche, y este tiempo, lo mismo que el mes siguiente, forma junto con los de octubre y

noviembre la mejor parte del año. A veces desde principios de mayo el tiempo es fresco y húmedo, después viene casi siempre en junio una serie de días de sol, que se llama «el veranito de San Juan».

Más aún que por el mayor o menor calor, se diferencian las estaciones por cielo despejado en el verano y cubierto de densas nubes en invierno con las descargas consiguientes de humedad.

En realidad en la costa del Perú casi nunca llueve, propiamente hablando, salvo uno que otro caso excepcional. Cuando durante el verano son más frecuentes los aguaceros en la sierra, sucede a veces en Lima que al pasar una gruesa nube deja caer un ligero chaparrón de gotas gruesas, y esto sucede, por lo general, poco antes de la puesta del sol. Esto dura un cuarto de hora o poco más, y se nota el olor de la lluvia y un aire fresco, pero a poco desaparece todo con la evaporación rápida de la humedad en las baldosas y empedrados caldeados.

En enero, hasta antes del medio día, el cielo está generalmente cubierto y sólo después de las 11 se sobrepone el sol; también en febrero sucede en uno que otro verano que el sol está oculto la mitad del día.

Los meses de más sol son marzo y abril. En mayo el cielo vuelve a cubrirse.

El cambio de tiempo sobreviene a veces repentinamente con una apreciable baja de la temperatura, pero que pronto vuelve a regularizarse. Las nubes al principio están altas, después sus capas se posan en las cumbres de los cerros, y poco a poco van descendiendo más y más. En cuanto la niebla se pone en contacto con el suelo, suelta una pequeña descarga, una lluvia fina llamada garúa, que a veces es una llovizna pulverizada. Ésta es bastante abundante para enlodar las calles, pero no es impulsada por el viento, y por consiguiente carece de la fuerza para arrastrar y limpiar las casas que ha humedecido. El polvo del verano que cubre las hojas de los árboles y plantas, no es arrastrado, sino que se vuelve lodo, el que después al secarse se forma en costras. Las casas, aún cuando hayan sido recién pintadas, toman en el acto un color sucio terroso.

-463-

Desde fines de junio hasta mediados de setiembre las nieblas que se asientan en los cerros rara vez se despejan; y en algunos inviernos no se ve el sol durante semanas enteras, reinando una luz opaca y amortiguada. Entretanto el nivel de la altura de las nubes se altera constantemente, ya subiendo, ya bajando, y según esto resultan los días húmedos o secos. Si viene una serie de días muy húmedos en los cuales la llovizna sólo para poco tiempo y no tiene la humedad del suelo cómo evaporarse, entonces la cosa es incómoda y se da un cuenta de los defectos de los techos. La capa de barro que los constituye se remoja poco a poco, y el agua cae a las habitaciones. De noche se despierta uno con el ruido de las goteras y hay que levantarse para proteger las alfombras del piso con baldes y vasijas, y a veces tiene uno que cambiar el catre de sitio. Lo cielorrasos, que son de crudo, presentan por lo común señales claras de humedad. Estos inconvenientes se podrían suprimir fácilmente con masa de cartón para techos o cualquier otra cosa parecida, pero hasta ahora según antigua

costumbre en Lima se dejan las cosas como están y se limitan a componer los malos sitios de los techos echándoles bastante ceniza.

Al paso que en el invierno descienden sobre la costa espesas nieblas, en la sierra el cielo está despejado, y el aire seco y trasparente.

La capa de nubes de las regiones inferiores varía de espesor, entre dos y tres mil pies. Las partes bajas inmediatas al mar están libres de neblina, y la zona húmeda principia generalmente a unos 1000 pies sobre el nivel del mar, subiendo hasta 3 o 4000 pies. Navegando en invierno a lo largo de la costa se distingue una espesa faja de nubes que se mueve por las alturas de tierra que por lo general oculta la vista de la Cordillera; otras veces las nubes envuelven los flancos de los cerros como un ceñidor, y en cuanto el viento las levanta aparece la vegetación producida por la humedad como una ancha cinta verde, que serpentea entre los arenales de la costa y las desnudas cumbres de la sierra, siguiendo las sinuosidades de las faldas de los cerros.

Saliendo a dar un paseo fuera de Lima por el ferrocarril trasandino, se atraviesa en hora y media la región de neblina fría y pegajosa, llegando a Chosica a 2800 pies, que es un lugar de buen temperamento para enfermos y donde se encuentra un cielo brillante y despejado y un aire puro y seco.

Esto se observa aún más marcadamente en los meses de invierno haciendo un viaje del puerto de Mollendo a Arequipa. El ferrocarril sale de la costa describiendo vastas curvas ascendentes hasta vencer los cerros del litoral a una altura de 3000 pies, tras de los cuales se extiende con ascenso suave la gran pampa de Islay. En la estación Tambo, 1000 pies más - 464- arriba, se encuentra uno todavía en piso seco y árido. Poco después entra el tren en la capa nebulosa y al cuarto de hora ya está uno rodeado de yerbas y plantas verdes. Eso dura un par de horas. Después se despeja la atmósfera, decrece la vegetación y al llegar a la alta meseta se ven otra vez los arenales tan secos y áridos como en la costa.

Al señalar la altura de 1000 pies como la zona donde principia la masa nebulosa, debo hacer presente que hay diversos apartamientos de esta línea, tanto superiores como inferiores, según la forma de los cerros y la dirección y sinuosidades de los valles, así como su mayor o menor exposición a los vientos y corrientes aéreas.

En el valle de Lima las nubes bajan hasta 500 pies del suelo, y muchas veces hay garúa en las partes altas de la ciudad, mientras las bajas están secas. Los cerros de la ribera derecha, en la cual se levanta el San Cristóbal y especialmente las quebradas al pie del cerro inmediato de San Jerónimo, están mucho más expuestas a neblinas y son por tanto mucho más húmedas, que los cerros del lado izquierdo del valle. El cerro de San Bartolomé que está en el centro del valle se cubre de vegetación mucho después que los demás cerros y eso sólo en sus crestas. Detrás de este cerro, en la vega izquierda del valle, se extiende una llanura arenosa que por una depresión de las alturas inmediatas recibe los vientos del sur, y es allí frecuente que brille el sol cuando todo el resto del valle está envuelto en la niebla.

La particularidades del clima de la costa peruana se explica por la acción de varias causas.

En efecto, el que la temperatura sea más baja que en otros países situados entre los trópicos, proviene en primer lugar de la existencia de una cordillera inmediata cubierta de nieves perpetuas; después, de la dirección de esta cordillera del sudeste al noroeste, por lo que la costa que corre paralela a ella recibe los vientos fríos del sur y el aire cálido de los valles profundos de las regiones ecuatoriales es retenido y refrescado por esas corrientes.

Además ejerce gran influencia una corriente oceánica fría que viene de las altas latitudes australes del hemisferio, a lo largo de la costa, y que sólo al llegar a la línea ecuatorial sesga al occidente.

El calor solar, evaporando fuertemente el agua del mar y elevando la temperatura de los arenales de la costa, produce una corriente ascendente. El aire más fresco del mar sopla, pues, sobre las tierras llevando consigo las masas de vapores; sin embargo éstas no pueden resolverse en lluvia en las regiones bajas de la costa, sino que por la corriente ascendente de aire caliente se ven como vapores acuosos transparentes que son arrastrados a las altas regiones, hasta que llegadas esas -465- masas de vapores marítimos a las capas atmosféricas frías de las inmediaciones de la cordillera nevada se condensan en nubes que, resolviéndose, causan las abundantes lluvias que caen en la sierra durante los meses de verano.

En el invierno, hay por una parte menos evaporación marítima y por otra las tierras de la costa reciben menos calor solar, así que tanto el viento marino como la columna ascendente de los llanos, son mucho menores. Por esto es que las nieblas que surgen del mar no son arrojadas a gran altura, sino que se posan en los cerros bajos donde se resuelven parcialmente llovizna, convirtiéndose el resto en vapores acuosos transparentes por la sequedad de las capas atmosféricas más altas.

Raimondi estudió con interés la influencia que sobre el clima de la costa tiene la corriente marina de Humboldt. Copiamos los acápites pertinentes al tema.

Haciendo ahora abstracción de todas las causas accidentales que pueden hacer variar la temperatura del agua del mar, es un hecho innegable que el agua de la corriente de Humboldt, que baña la costa del Perú, es al menos de ocho grados más fría que la del mar situado a igual latitud afuera de la corriente, que, como se ha dicho, por una latitud igual a la del Callao sería a lo menos de 26° a 28° según Humboldt.

Como el aire que pasa sobre esta gran masa de agua relativamente fría, no puede tener una temperatura muy superior a la de esta última, resulta que los vientos de mar que soplan en la costa del Perú son muy frescos, y de consiguiente todos los lugares situados en esta región tienen un clima relativamente templado como el de los países extratropicales.

Para dar una idea de la influencia que tiene la baja temperatura de la corriente de Humboldt sobre el clima de la costa, nos bastará por ahora decir que la temperatura media de Acapulco, ciudad situada en la misma costa occidental de América, a los 16° 5' 19" de

latitud norte, es mayor de 25° centígrados; mientras que la temperatura media de Lima que debía ser más elevada por hallarse esta ciudad a los 12° 2' 34" de latitud sur, llega apenas a 19°.

Sin salir del Perú se puede claramente demostrar la influencia de la baja temperatura de dos lugares, observada en la misma época y colocado casi en la misma latitud; pero uno de los cuales, Lima por ejemplo, se halla situado cerca del Pacífico, y el otro, la hacienda de Cosñipata, en los valles de Paucartambo al este de la ciudad del Cuzco.

Comparando las observaciones horarias de temperatura que hice en los últimos días del mes de junio de 1865 en la hacienda -466- de Cosñipata, con las que se hicieron en Lima en la misma fecha, resulta una diferencia de 6° a 9° entre los dos lugares. Así, mientras en Cosñipata el termómetro señalaba una temperatura mínima, de noche, de 18° y una temperatura máxima, de día, de 26° 6; en Lima bajaba el termómetro hasta 13° de noche y de día no pasaba de 17°.

Es preciso notar que la hacienda de Cosñipata se halla a 705 metros de elevación sobre el nivel del mar y Lima solamente a 150 metros.

Se podría objetar que la baja temperatura de los lugares del Perú cerca del mar no es debida a la corriente marina sino a la proximidad a la cordillera.

A esta observación contestaré que sin desconocer la influencia que puede realmente tener la proximidad de la cordillera sobre la temperatura de los lugares del Perú situados cerca del mar, esta influencia es sin embargo muy pequeña; puesto que los pueblos un poco retirados del mar, situados en las quebradas de la misma región de la costa, y de consiguiente más próximo a la cordillera, tienen, sin embargo, un temperamento mucho más cálido, que los expuestos a los vientos del mar.

La corriente marina del Perú tiene, pues, como la conocida con el nombre de Gulf-Stream en el Atlántico, aunque de un modo contrario, una acción bienhechora sobre el litoral que baña; pues si esta última al salir del ardiente golfo de Méjico, atraviesa el Atlántico llevando un gran contingente de calor a las frías regiones del norte de Europa que hace más templados sus crudos inviernos; la corriente peruana trae de las regiones polares sus frías aguas, que refrescando a su vez la corriente aérea, mitiga el calor que producen los abrazadores rayos del sol en los áridos arenales de la costa y hace muy suave y agradable el clima de todas las poblaciones situadas a poca distancia del mar.

Pero si es un hecho que la corriente de Humboldt, cuando sigue su marcha regular, tiene una acción favorable sobre el clima de la costa del Perú, no sucede lo mismo cuando el curso de este gran río de agua salada se paraliza y cambia bruscamente de dirección; lo que acontece con alguna frecuencia, como se ha dicho, en los meses de diciembre a marzo, que corresponden a la estación de verano.

Cuando se verifica este fenómeno, esto es, cuando la corriente marina en vez de dirigirse de S a N marcha de N a S la temperatura del agua del mar es más elevada que de ordinario; y en este caso no es raro ver a una infinidad de peces, zoófitos e infusorios que habitan los

mares cerca del ecuador, adelantar hacia el sur siguiendo la corriente de agua cálida apropiada a su organización.

-467-

Es en estas ocasiones que se presenta, el hermoso fenómeno de la del mar que aparece algunas veces en el Callao y en Chorrillos, y que es debido, como lo ha podido observar el doctor Carranza, a una multitud de diminutos zoófitos llamados noctículos. Pero es también en estas ocasiones, que por los bruscos cambios de temperatura a que está sujeta el agua del mar, variando las condiciones de existencia de muchos animales, tiene lugar una gran mortandad en los distintos habitantes del Océano; resultando después, por su descomposición verdaderos miasmas marinos que favorecen el desarrollo de alguna epidemia.

Sabido es que el terrible azote de la fiebre amarilla es originario o endémico de algunos parajes del Golfo de Méjico, y que no se desarrolla en otros lugares, sino es importada y encuentra condiciones favorables. Ahora, una de estas condiciones es una elevada temperatura en el agua del mar, y puede decirse que gracias a la frescura del agua de la corriente de Humboldt, la fiebre amarilla no hace con más frecuencia sus desoladoras visitas a la costa del Perú.

Pero basta que por cualquiera causa se eleve la temperatura del agua del mar y haya descomposición de materias animales, para que se reúnan las condiciones más favorables al desarrollo de los gérmenes de tan terrible flagelo, importados de otro lugar.

Es un hecho comprobado que en las dos ocasiones en que apareció la fiebre amarilla en la costa del Perú, la temperatura del agua del mar era más elevada que de ordinario.

No siendo uniforme la altura del territorio andino, exceptuando el Collao, las pampas de Bombón y las llanuras de Jauja, la temperatura en toda la sierra del Perú varía desde lo más cálido en ciertas horas del día como sucede en los cañones profundos del alto Marañón, hasta el frío glacial de las punas. Por lo general en casi toda la sierra el clima es templado y seco, pudiendo estimarse en 17 grados la temperatura media anual de todas las poblaciones abrigadas por los cerros o que no están sobre el nivel del mar a más de 2500 metros.

La atmósfera, casi en todas partes es despejada y pura, tempestuosa desde noviembre hasta marzo y mucho viento en agosto.

-468-

La sequedad higrométrica en los tiempos en que no llueve, mantiene el cielo en singular transparencia. Por esta causa, los fríos meses de junio a setiembre en la costa, son durante el día, los más calurosos de la sierra. Explícase el fenómeno por la extraordinaria intensidad con que irradian sobre el suelo los rayos solares, no encontrando obstáculo atmosférico en el paso. En las noches serenas de mayo y junio, dice Carranza, la luz sideral alcanza un grado de intensidad desconocida en otros lugares del mundo; en ellas el resplandor vago e

incierto de algunas nebulosas, como las de Orión, tienen fijeza y claridad extraordinarias, especialmente en Jauja, Arequipa y Ayacucho. En aquellas noches que pudieran llamarse cósmicas por la magnificencia del cielo, la Vía Láctea despide brillante luz plateada y las dislocaduras y bifurcaciones de sus nebulosas dejan ver con claridad los contornos de sus espacios oscuros.

Las lluvias no son exageradas ni corresponden a las que caen en la zona tórrida meridional. Raimondi las calcula para el valle de Jauja en 60 a 70 centímetros por año. Enero, febrero y marzo son meses de mucha agua. Mayo, junio y julio de sequía. Exceptuando las poblaciones de Cerro. Yauli, Huancavelica y todas las de Puno, rara vez nieva en las demás. Las granizadas son frecuentes, pero causan poco perjuicio. Caen generalmente mezcladas con lluvia y no suelen precederlas. Las descargas eléctricas aumentan la cantidad de lluvia y casi nunca dañan las poblaciones, las que en su mayoría se hallan defendidas por pararrayos naturales, como son las altas montañas que le rodean. Los cambios atmosféricos muchas veces son repentinos y ofrecen al habitante de las alturas espectáculos llenos de emoción y grandeza. Dice Raimondi, en una descripción que hizo de un viaje de Macusani a Ayapata.

-469- Eran las dos de la tarde; el sol alumbraba el paisaje con su vívida luz; las inmensas moles de blanca nieve que coronan la dentellada cordillera, producían el más hermoso contraste con el fondo azul del cielo; unas pocas aves jugueteaban en las tranquilas aguas de la inmediata laguna, gran número de tímidas vizcachas se veían sentadas sobre las piedras; y por último, un grupo de graciosas y ágiles viruñas que pastaban a poca distancia, animaban aquel apacible cuadro que no me cansaba de contemplar. De improviso aparece en el cielo despejado una pequeña nube tempestuosa, la que poco a poco fue adquiriendo una grande extensión. Espesos vapores envuelven prontamente a los gigantescos picos nevados, y los caloríficos rayos del sol son reemplazados por un molesto aire húmedo y frío, seguro anuncio de la tempestad. Pocos instantes después todo el cielo no era más que una oscura y pesada bóveda, y el agua de la laguna ya no reflejaba el bello azul del cielo, sino parecía de color plomizo, simulando un baño de líquido metal. Todos los animales guiados por el instinto del peligro que les amenazaba, se retiraron de la escena, buscando las aves un seguro asilo entre las peñas: escondíanse las vizcachas en sus madrigueras; huyendo las vicuñas en veloz carrera.

De repente la instantánea y viva luz del relámpago se abre paso a través de aquella bóveda cenicienta, e inmediatamente el estallido del trueno hiere el oído; grandes descargas eléctricas, seguidas de un ruido atronador como el disparo de gruesas piezas de artillería, convierten el lugar en un verdadero campo de batalla, entre los elementos de la naturaleza. El lúgubre aspecto de unas elevadas y negras peñas, salpicadas de nieve e iluminadas a pequeños intervalos por ráfagas de luz; el silbido del viento en las estrechas gargantas de la cordillera; el seco y multiplicado ruido del granizo que cae sobre la desnuda roca; el eco del trueno repercutido por los cerros; y por último, la estruendosa caída de grandes masas de hielo que se desprenden de los picos nevados, concurren a cambiar en breves instantes la antes apacible y risueña escena, embellecida por el radiante astro del día, en otra de desolación y terror, que recuerda al viajero, que presencia aquella titánica lucha, su debilidad e impotencia cuando se halla frente a frente con la imponente naturaleza.

En las jalcas y en las punas llueve más que en las quebradas. Prácticamente en sus alturas no hay sino dos estaciones, verano, que es el tiempo de sequía, de mayores fríos y de heladas; e invierno, época de lluvias, en que los pastos mustios y tostados por la acción de las heladas vuelven -470- a tomar su bello color verde. Corresponden a esta estación los días nebulosos, tristes y húmedos. Ellos hacen contraste con la limpidez atmosférica y el bellísimo azul oscuro del cielo de los días de verano, limpidez que es la principal causa de las heladas. Carranza ha estudiado las causas atmosféricas y telúricas que influyen en la producción de este fenómeno llamado la helada, de efecto terrible para las cosechas aun en la costa.

La helada es el agostamiento de las plantas por la acción de un brusco descenso de la temperatura de sus hojas y tallos. Este fenómeno es en general independiente de las oscilaciones de temperatura del ambiente, pues depende, más que del frío atmosférico, del que resulta de un aumento considerable de evaporación en la superficie húmeda de los vegetales. Así si explica, por qué mareando el termómetro, en el aire un calor superior a cero, el frío en la superficie húmeda de las plantas, puede estar al mismo tiempo a muchos grados bajo el punto de congelación del agua. Esto es lo que sucede justamente cuando se moja el depósito mercurial de un termómetro: la columna del instrumento baja con una rapidez proporcional a la intensidad de la evaporación del líquido que cubre su recipiente; en tanto que otro termómetro seco, colocado junto a él, mantiene su indicador en un punto fijo de la escala. La razón está en que el primero marca los grados de frío producido por la evaporación del agua que moja su cubeta y no los grados de calor del ambiente, mientras que el segundo termómetro señala la temperatura fija de la atmósfera en el momento de la observación. La diferencia en ambas escalas, será tanto más considerable, cuanto más instantánea sea la evaporación en el termómetro húmedo, pudiendo descender la escala de este a 0° y aun bajo 0° al lado de la otra que acaso marcaría 10° o más sobre 0°.

Como se ve, el frío de la helada, no es el de la atmósfera, ni está en relación con la temperatura general del ambiente: es un frío propio, completamente local, que depende de una causa especial y peculiar a las plantas como a todo cuerpo húmedo: es decir, de la evaporación.

Sería pues un error suponer que para la producción de la helada, fuese necesario que la temperatura del aire bajase a 0° cuando en verdad, aquel fenómeno puede realizarse, aun bajo una atmósfera con 0° de calor. En efecto, se ha observado que puede formarse la escarcha, o sea la congelación superficial de un depósito de agua a una temperatura aérea, de 6 y más grados. Esto -471- se ha visto en Bengala, y otras regiones intertropicales de las más cálidas: y en los valles andinos, suelen helarse los cañaverales aun cuando la temperatura del ambiente no descienda de 8°.

Los indios acostumbran, desde tiempo inmemorial, quemar los pastos de la puna durante el invierno (junio a setiembre). En esa estación el aire de aquellas regiones llega a su maximum de sequedad, aumentando en la misma proporción su poder diatérmico de

manera que, en las noches, la radiación del suelo es tan grande, que la temperatura baja muchos grados, congelando la savia, no sólo de las hojas y tallos de las plantas, sino la de sus raíces, desgarrando sus tubos capilares, que, así destruídos, matan la planta como pudiera hacerlo el fuego mismo. En tales condiciones del ambiente, nada es más racional, sin duda, que emplear un medio que se oponga al descenso del calor nocturno, para que la tierra conserve una conveniente temperatura que abrigue las raíces de los vegetales que sustenta. Esta consideración que se presenta al simple buen sentido, la tuvieron sin duda los indios, desde muy remotos tiempos, induciéndolos a emplear aquel procedimiento, que a primera vista parece contrario a la conservación de los pastos de la puna.

Si bien las hojas y los tallos de la paja (ichu) y de las otras gramíneas de aquella fría región andina, son así destruídos por el fuego, no lo son sus raíces, a las que nunca alcanzan los efectos destructores del incendio. Preservadas éstas de las llamas, encuentran en el calor artificial de la tierra que las cubre, un abrigo que las defiende del ambiente helado que los secaría en otras condiciones. La savia conservada en las raíces por este procedimiento, vuelve a circular con nueva vida en la primavera, haciendo retoñar los pastos con tal vigor, como si hubiesen recibido los cuidados de un conservatorio. Este efecto no sólo es producido por el calor artificial y fugaz del suelo, sino por otras causas que se derivan del incendio mismo, como la elevación de temperatura del aire; el humo, que hace disminuir el poder diatérmico de esa atmósfera seca y enrarecida en las noches serenas del invierno andino; las cenizas que deja en el terreno la vegetación consumida por las llamas para bonificar el suelo; y en fin, el carbón de la paja que extendiéndose como un manto negro en dilatados espacios, absorbe una gran cantidad de calor solar para fijarlo en las capas inferiores de la tierra.

Atribuimos muy especialmente a esta última causa, los efectos que sobre la vegetación producen los pastos incendiados; porque todas las demás causas, salvo acaso la bonificación de la tierra por las cenizas, no son tan permanentes que puedan explicar la acción tan segura como singular del fuego en la conservación y desarrollo de las plantas en esas zonas elevadas de la cordillera. En aquellos ambientes sube el termómetro centígrado a 45° y aún más en los días despejados; tal es la intensidad -472- de los rayos solares atravesando una atmósfera en extremo diáfana. Este enorme calor es absorbido y fijado en el suelo por la capa negra de carbón que el incendio deja sobre el terreno, en una proporción fácil de calcular, teniendo presente la ascensión del mercurio en un tubo termométrico cuyo receptáculo se tiñe de negro. El calor así almacenado en la tierra, durante el día siguiente, mantiene en las noches la temperatura del suelo en cierto grado conveniente para la vegetación.

Pocos espectáculos tan hermosos e imponentes presenta la cordillera, en las noches oscuras, como esas candeladas de sus punas, miradas de gran distancia. Las cimas incendiadas, enrojando el horizonte, simulan volcanes en erupción: otras veces, se ve una llanura cubierta por olas de fuego que avanzan amenazantes hasta la cumbre donde está el espectador. Los resplandores de estos grandes incendios alcanzan a verse a prodigiosas distancias, diez y aun veinte leguas (100 kilómetros).

El clima de nuestra zona de montaña, según Raimondi, es cálido y húmedo, siendo el promedio de su temperatura de 21 a 22 grados centígrados. Su atmósfera rara vez es límpida y hállase tan cargada de humedad, que bastan pocos días para que todos los objetos de uso, especialmente los libros y el calzado se cubran de un tapiz de vegetales microscópicos.

Hallándose el aire constantemente refrescado por las continuas lluvias, por la acción vegetativa y por la incesante evaporación del agua que cubre gran extensión de terreno, el calor molesta poco. Sólo en las horas en que el sol se halla alto y en las anchas y arenosas playas de los ríos, en épocas de vaciante, se experimenta terrible sofocación. Viajando por el río Ucayali, Raimondi observó varias veces 34 centígrados en la canoa y a la sombra. La arena en la playa, en estos días, calienta tanto que es imposible pisarla sin experimentar ardor en los pies.

Las lluvias en la región de los bosques son copiosas y frecuentes. Pocas regiones del globo reciben mayor cantidad -473- de agua. Qué diferencia entre la escasa cantidad que desciende al Pacífico por la vertiente occidental de los Andes y la que va al Océano Atlántico.

Las tempestades no se forman como en la sierra, con la aparición de una nube tempestuosa que va creciendo poco a poco hasta cubrir el cielo con una capa espesa y oscura. En la montaña, la tempestad comienza con truenos, rayos y relámpagos en muchos puntos y frecuentemente en direcciones opuestas del horizonte. Estas tempestades no duran mucho en el mismo lugar y corren con el viento, descargando por intervalos el vapor acuoso condensado en las nubes. El granizo es raro. Los truenos son muy sonoros y los rayos caen sobre las copas de los árboles más altos. Generalmente llueve de noche y muchas veces en forma tan sorpresiva que hay peligro de ser arrastrado por la corriente de algún arroyuelo si el viajero acampa cerca de él en las noches tempestuosas de enero a mayo. Raimondi describe así un interesante caso.

Navegando en el río Cachivaco, en el camino de Balsapuerto a Jeveros, en compañía de don Remigio Sanz, gobernador de esta última población, descansamos la noche del 15 al 16 de noviembre de 1859, en la plaza de Huayrayaco, en la orilla del mismo Cachiyaco. La noche muy serena, sin una nube, prometía dejarnos descansar tranquilamente, por cuya razón, y por ser algo tarde, los indios no construyeron las chozas o tejados con hojas de palmera, como acostumbran para abrigarse de las fuertes lluvias: nos contentamos entonces con plantar los indispensables y delgados toldillos para defendernos de los molestos zancudos que tanto abundan en las cercanías de los ríos, cuando una hora más tarde se levanta un fuerte viento, signo inevitable de la proximidad de una tempestad, los toldos se agitaban con mucha fuerza y hacían doblar los palos a los que se hallaban asegurados, de modo que apenas podían resistir a la fuerza del viento. La noche se hacía más y más oscura y sólo nos alumbraba de cuando en cuando la viva e instantánea luz de los relámpagos: el trueno con su aterradora voz rompe el sepulcral silencio de estos solitarios bosques; luego se descarga -474- la lluvia, la que empezando por gruesas y raras gotas, va aumentando repentinamente hasta caer el agua a torrentes, y los delgados toldos se hallan inmediatamente atravesados por la lluvia, la que inunda nuestras camas. No hay remedio, es

preciso resignarse a sufrir la tormenta, la que dura algunas horas. Cesa el aguacero, entonces el aire agitado por un ligero viento favorece la evaporación y un frío glacial invade todo el cuerpo e impide dormir. Sin embargo, el cansancio amortigua la vida y el cuerpo entra en una especie de letargo, de suerte que, si no se duerme, al menos se dormita. En este estado de entorpecimiento, por decirlo así, el indio medio salvaje, acostumbrado desde su tierna infancia a luchar contra la naturaleza, y de consiguiente con sentidos más ejercitados que los nuestros, se halla siempre en guardia, escucha los más pequeños ruidos, y diestro en la interpretación de este lenguaje de la naturaleza, conoce luego cuando su existencia se halla amenazada. Poco tiempo había pasado después de haber cesado la lluvia, cuando de improviso una voz terrible se levanta y se oyen las amenazadoras palabras de yaco hunttamun (el río crece por la avenida). A este grito sucede una alarma general en el pequeño campo; un ruido imperceptible a nuestros oídos había hablado con mucha fuerza a los de los indios. El agua que había caído durante algunas horas, sobre una gran superficie de terreno, se había reunido en canales, y abiértose paso hacia el río; éste recibiendo en un momento numerosos e improvisados afluentes, aumentaba enormemente su caudal de agua, la que se oía de lejos venir con un ruido que poco antes había sido sensible solamente a los oídos ejercitados de los indios; pero que aumentando poco a poco de intensidad, se hizo más tarde perceptible con mucha fuerza también a los nuestros. El agua del río, no pudiendo ser contenida en su cauce, venía invadiendo las playas, y en breves instantes el lugar donde habíamos acampado debía ser cubierto por el agua. Imagínese una noche oscura como las tinieblas, nuestras camas y equipaje tendidos sobre la playa, el ruido del agua que iba aumentando más y más amenazándonos con una inminente inundación, y nosotros mojados todavía por la recia lluvia, casi sin saber en donde podíamos poner en salvo todos nuestros efectos. En medio de esta confusión, los indios expertos a esta clase de desgracias, transportaron en un momento todos los efectos al lugar más elevado del bosque inmediato, y esperamos allí que aclarara el día. El agua venía con precipitación, y media hora después, nuestro campo se hallaba ya invadido por este temible elemento; en menos de una hora había en este lugar más de seis pies de agua. En estos casos no se puede continuar al momento la navegación por la corriente que aumenta de un modo notable, y por las grandes palizadas que trae el río, debidas a los árboles desarraigados por el agua, cuando ésta invade los terrenos. Si no continúa la lluvia, -475- el río baja casi con la misma, prontitud, y después de cuatro o cinco horas, la fuerza de la corriente ha disminuido suficientemente para permitir la navegación.

Hechos estos ligeros apuntes sobre climatología, entremos en el tema de enfermedades, uno de los menos estudiados en el Perú, no obstante su importancia como causa de la despoblación nacional y origen de la falta de brazos que se observa en las industrias. Como motivo geográfico, es la enfermedad evitable la que más ha influido en el estancamiento material de la República. Durante 80 años nuestro coeficiente de mortalidad debe haber fluctuado entre 40 y 50 por mil. La salubridad pública, ciencia de novísima creación aparece en la América Latina en 1902 y sólo principia a dar sus frutos en Cuba y en Panamá, respectivamente en 1902 y en 1904. El conocimiento de esta ciencia llega al Perú en los mismos años pero su importancia no fue apreciada en la magnitud que tiene.

La viruela ha causado y sigue causando la horrorosa mortalidad que durante cien años ha diezmando la población del Perú. Extinguida al fin en Lima en la forma epidémica en que aparecía cada siete años, aún continúa haciendo estragos en otros lugares de la costa, en la sierra y en la montaña. El doctor Graña, en su discurso académico de 1916, titulado La población en el Perú a través de la Historia, afirma que no hay agente más opuesto a la expansión demográfica de las regiones andinas como la viruela. A su juicio, ella ha sido el fantasma devastador de la raza indígena, constituyendo hoy mismo el más serio factor de su agotamiento. En esas regiones, la viruela es el tributo fatal de cuantos allí nacen. «Pasar la viruela» es un hecho tan natural e inevitable como la caída del cordón umbilical -476- o los fenómenos de la dentición. Naturalmente, siendo subida la mortalidad en dolencia tan terrible y contagiosa, el número de víctimas se cuenta en el Perú por decenas de miles cada año. Se cree que fue importada de Santo Domingo en 1517 y que llegó al Perú en 1524, en donde, según afirma el doctor Graña ocasionó la terrible enfermedad conocida con el nombre de «epidemia de Huayna Capac».

La negligencia de la época republicana para poner término a esta enfermedad, hace contraste con las actividades de la colonia en la campaña emprendida contra ella en los comienzos del siglo XIX. A los cinco años de que Jenner sorprendiera al mundo con su agente profiláctico, dice el doctor Graña, Carlos IV organizó la Real Expedición Filantrópica de Vacuna. Presidida por don Francisco Javier de Balmis, médico honorario del Rey, trajo de España el fluido salvador, cultivándolo durante el viaje en cierto número de niños no inmunes. La conservación y difusión del preservativo en Lima fue encomendada a la Junta Central Conservadora, de la que fueron presidente el virrey, copresidente el arzobispo y miembros de ella los hombres más conspicuos de la época. La vacuna se repartió por todo el territorio, labor que en el periodo republicano estuvo encomendada primero a los párrocos, más tarde a las autoridades políticas y después a vacunadores especiales, que fueron suprimidos casi completamente después de 1847.

Cincuenta años republicanos que terminan en 1903, y en los cuales no hubo en el Perú la menor campaña activa contra las erupciones variolosas, ocasionaron la despoblación del Cuzco, Ayacucho y de otras muchas ciudades de la República. En 1903, con Manuel Candamo en el Gobierno y -477- Federico Elguera en el Municipio de Lima, se inaugura el programa de la salubridad pública: Mucho se ha hecho de entonces acá para concluir con la viruela, pero hasta hoy los medios empleados para su extinción no son completos. Aún nos faltan cuatro institutos vaccinógenos repartidos convenientemente en la República y un cuerpo de cien vacunadores, todo lo cual no importaría más de Lp., 15000000, con las cuales se salvarían de 20000 a 30000 vidas anualmente con provecho para la nación de cuatro o seis millones de libras por año.

Otra endemia que periódicamente hace su aparición en la sierra en los meses de mayo a setiembre y que causa tantas muertes como la viruela, es el tifus exantemático. Entre las causales que aumentan y elevan la estadística de su mortalidad se destacan en primer término la miseria y la suciedad. Hablando sobre ellas, en un estudio que en 1903 publicamos sobre Mortalidad y natalidad en el Perú, dijimos lo siguiente:

Por muy optimistas que sean los cálculos sobre natalidad entre nosotros, puede asegurarse que con un 60 por mil de muertes al año no hay esperanzas de que progrese la población

andina del Perú. Si se exceptúan Lima y algunas pocas ciudades más, donde el crecimiento de la población en los últimos treinta años resulta evidente, no creemos errado afirmar que el desarrollo de las del resto del país ha sido nulo; y quizás ese mismo crecimiento que se nota en Lima y en las otras ciudades importantes del Perú sea, en parte, a expensas de los demás centros, cuyos moradores buscan fuera de ellas mayores facilidades y ventajas para la vida.

En toda la sierra del Perú la mortalidad es enorme. Por esta causa, nuestras poblaciones del interior no pueden progresar. Con una temperatura nunca menor de diez grados ni mayor de veinticuatro, con un aire seco, vivificado por el ozono que producen sus tempestades, sin variantes violentas, sin corrientes peligrosas, edificadas las poblaciones al pie de torrentosos riachuelos, con manantiales de purísimas aguas, casi todas recostadas en los últimos declives de las cordilleras y a -478- poca distancia de caudalosos ríos, lo que favorece la sequedad del suelo y la no existencia de pantanos, con un piso pedregoso y frío, refractario a la vida microbiana de la tuberculosis, la malaria, la fiebre amarilla, enfermedades que son el azote de los trópicos, la región andina del Perú parece haber merecido complacencias divinas, haber sido creada en horas de luz y poesía.

Debido al enrarecimiento del aire, debiera ser el corazón la víscera más propensa a enfermarse, siendo por un fenómeno raro no fácil de explicar, la que menos sufre en la sierra. Si en la costa y en la montaña el hígado aumenta de volumen, en las alturas, son los pulmones los que adquieren extraordinario desarrollo y dan a la sangre superabundante oxigenación. Las funciones del estómago no sufren las alteraciones consiguientes a los fuertes calores de la costa; y aunque sufrieran, es tal la variedad de aguas termales, las hay para tantas dolencias, que aquello es la tierra ideal de la hidroterapia. Y si todo es así ¿cómo es posible que la mortalidad tenga un promedio de 70 por mil, al igual de Veracruz, Tampico, Cartagena, y la Guayra? ¿Qué se hace allí para aniquilar la vida cuando todo conspira a conservarla? El niño nace robusto. A los 14 años pudiera servir de modelo. El raquitismo no existe y mucho menos la anemia, pudiendo decirse que no son gentes enfermas las que mueren sino personas en pleno estado de vigor. La alimentación, formada en su mayor parte de maíz, es abundante y nutritiva, y con excepción del alcoholismo que por lo regular embrutece al indio pero no lo mata y a lo cual se entrega el indígena pasados los treinta años, sus costumbres son puras, y aunque no son raros los incestos, la lujuria es desconocida.

Si en la sierra todo favorece la existencia, en cambio hay algo terrible y que inevitablemente produce la muerte: la inmundicia en el más alto grado. Si en el mundo entero, el hombre y hasta por instinto el que no es culto, huye de todo aquello que no es limpio, en los valles andinos y en las altiplanicies, se goza viviendo en la suciedad como la puerca en el fango de su chiquero. Todo lo que es antihigiénico esta convertido en regla de buen vivir: el baño se considera nocivo, también el lavarse la cara antes que el sol caliente, y los orines, que hasta en los salvajes son eliminados antes que principien a descomponerse, en la sierra se guardan y se emplean en ciertas dolencias, en la rara terapéutica del indio, en los momentos que llegan al máximo de su fermentación y en que desprenden olores pestilentes.

La india usa seis o siete fustanes, siendo así que le serían suficiente dos o tres para su abrigo. Como ellos son de lana y tienen alto costo, los retienen muchos años en el cuerpo. Para mantenerlos limpios podían lavarlos de cuando en cuando, -479- pero tal necesidad no se ha hecho sentir en ellas. Se calza por lujo, quitándose los zapatos cada vez que tiene que pasar un riachuelo o que el camino se pone fangoso. Abriga su busto con una camisa de algodón, un monillo y una llichá, especie de manteleta, cubriéndose la cabeza con un sombrero de lana alto y alas anchas de pésimo gusto. Como por lo regular es de baja estatura, su aspecto es el de un globo mal hecho y peor inflado. Ni aún a la hora de dormir esta gente cambia sus ropas; las aligera un poco, quitándose la llichá, el monillo y dos o tres faldellines, pero los demás fustanes quedan pegados a su carne por toda una vida. Como es natural los piojos abundan en esas ropas y no es a rosas a lo que huelen. Para formarse una idea de lo perfumadas que deben estar, basta saber que esa mujer hace sus necesidades en el suelo, en lugares casi abiertos y muchas veces concurridos, y que por pudor se ve obligada a no levantarse sus ropas.

Está tan generalizada la idea de que bañarse es nocivo a la salud, que no hay un sólo indio que lo haga en los ríos, ni posada u hotel que tenga baño. La gente culta usa tinajas o grandes bateas, y en ellas hace sus abluciones generales con agua templada. Se tiene tal miedo a la agua fría, que es muy general, aún en la gente ilustrada, ponerla al sol durante una hora, y no lavarse con ella hasta que «no se le quite el hielo».

Pero todo esto es pálido y de pobre consecuencia comparado con la manera como se tratan los detritus orgánicos. Esta función, la más importante de la vida higiénica, está en condiciones todavía inferiores a la de los indios salvajes de la montaña y aún a la de los llamas, animales que tienen un solo lugar, por lo regular las corrientes de agua, para aligerar el contenido de los intestinos. En la sierra del Perú, el corral de la casa, el solar contiguo a ella, el jardín, la huerta, el camino, hasta la calle, la plaza y el atrio de la iglesia están convertidos en lugares W. C. La vista y el olfato son testigos de tan indecentes costumbres, y cuando la paciencia del que no nació en el seno de tanta inmunda gente se agota, sólo queda en el alma un sentimiento de profunda conmiseración, de infinita tristeza. Pudiera la decencia municipal, el pudor lugareño, o el prestigio que se desea para el suelo en que se ha nacido, limpiar de día lo que de noche se hizo: ¡vana esperanza!: allí quedará todo aquello, semana tras semana, hasta que piadosa lluvia, con más amor que los comuneros del lugar, hará aquella limpieza. Aun los cultos y acaudalados convierten el corral de su casa en lugar reservado, y el estiércol de los caballos, de las gallinas, de los marranos y del carnero quedarán mezclados con los de la gente de la casa, y todo en putrefacción será objeto de emanaciones pútridas y nocivas. Y si alguno, creyendo hacerlo mejor, coloca un excusado sobre la acequia urbana que pasa por su casa, no hará otra cosa que infestar -480- sus aguas, tal vez en el comienzo de su carrera por el pueblo, mucho antes de que su corriente llegue a la plaza pública, convertida en mercado y donde se lavan los platos de la comida que se expende y se toma de ella para beber y para el cocido.

Agua, suelo, subsuelo, todo está envenenado. Microbios de fiebre perniciosa, de difteria y sobre todo de tifus, pululan por millones, y como resultado de su existencia diezman las poblaciones una vez cada año en los tres meses que dura la estación seca. Pero no es únicamente las acequias de regadío las que sufren este contagio en su paso por los pueblos. Igual suerte corren las fuentes de agua potable. En Cerro de Paseo existen dos lagunas cuyo

uso se aplican, una para lavar ropa y otra para abastecer de agua la ciudad. Situadas las dos en una hondonada de terreno y convertidas sus orillas en excusados públicos no es por arrobas sino por quintales la cantidad de materia orgánica que arrastran hacia ellas las primeras nevadas que vienen en octubre al final de cada verano. Catorce mil almas beben de esas aguas y se envenenan con el microbio de la tifoidea que tan horrorosa mortalidad hace en esa minera población.

Algo igual pasa en Arequipa y en Cuzco con las aguas que se conducen a las ciudades por acequias descubiertas.

Los mercados dan asco: tienen su sitio por lo general en la plaza matriz; en ellos, una mujer sentada en el suelo, coloca en lienzos sucísimos la carne y el pan que consume el vecindario; y en la tarde guarda lo que no ha vendido en los mismos trapos, y la almacena todo en un cuarto donde duerme ella, su marido, sus hijos, su criada, su perro, sus cuyes, su carnero, sus gallinas y hasta su puerco.

Las cocinas de los hoteles, las de los pobres y también las de los ricos, dan náuseas. Oscuras por la falta de luz, por el humo de la leña o de la «bosta» (estiércol seco del ganado vacuno), y por el hollín lustroso que se pega a las paredes al techo, sirven de noche para dormitorio de la cocinera, del «tapaco», de la «tapaca» y toda la servidumbre de la casa. Allí, en montón, al lado de las brasas y de las ollas en que se hizo el cocido del día, y acompañados por varios animales domésticos, se acuestan en el suelo sobre pellejos de carnero y en indecente promiscuidad ocho o diez personas. Un agujero en la pared, a raíz del piso, conduce al corral las aguas grasientas con que se lavan la carne, las ollas y los platos de servicio; y como ese corral no tiene más desagüe que el que excluye las aguas de lluvia, allí quedan corrompidas y fétidas cuando no llueve.

¿Todavía algo más sobre la sierra? No; aunque se quisiera pasar sobre ascuas sin quemarse como se ha hecho hasta ahora sería imposible realizar tal propósito al querer describir - 481- lo que precede y acontece en el parto de una india, lo que ocasiona la horrorosa mortalidad de los recién nacidos y otras muchas cosas de higiene personal, asquerosísimas por supuesto, que pasan desapercibidas, y que matan por millares a la gente de esta raza, con la misma eficacia que las balas del combate.

Hasta el día en que semejantes costumbres no se modifiquen, la mortalidad de las poblaciones andinas continuará fluctuando en un promedio de un 60 por mil. Son los ricos y los que se han educado en otro ambiente, los que están obligados por amor a Dios, por afecto a sus semejantes, por pudor, por no sufrir más vergüenzas a los ojos de los forasteros que los visitan, a influir en la higienización de su pueblo. Igual obligación toca a los prefectos, gobernadores y directores de colegios.

Si de la sierra se pasa a la montaña, el espíritu compensará el desagrado que le proporcionó la región fría del Perú, con la satisfacción de encontrar en el pueblo montañés, no las costumbres higiénicas de la costa sino todavía algo mejor que esto. El montañés se baña diariamente, se lava de continuo y tiene horror a las ropas sudadas. Las usa ligeras, de algodón y siempre las tiene limpias. En las ciudades, las basuras se arrojan a los ríos; y no es el suelo como en la sierra lo que sirve de excusado, sino pozos adecuados abiertos en

tierra de cultivo tan húmeda y absorbente, donde no hay el menor temor de que las materias amoniacales se eliminen por la atmósfera.

El paludismo y el beriberi hacen estragos en sus comarcas. Contra la primera no hay más que no usar ropas húmedas, no excederse en las comidas ni bebidas, acostarse temprano y evitar en lo posible las picadas de los mosquitos.

Si en la sierra el tifus, la viruela, la verruga y la uta diezman la población, en los valles del litoral y en la montaña, la endemia malárica agota la población propia y cierra el paso a la de afuera. También existe el paludismo en las quebradas profundas de la sierra, y en general en las cuencas del Apurímac, del Huallaga y del Marañón en partes netamente andinas. Carranza dice:

Carecemos de datos suficientes para indicar con precisión la altura máxima en la cual termina toda influencia palúdica en el Perú; sin embargo, expondremos aquí algunas observaciones que hemos hecho.

-482-

En la quebrada de Matucana, la malaria termina en Cocachacra a 1395 metros de altura sobre el nivel del mar, pues si bien se observan en otoño algunos casos de intermitentes, en San Bartolomé y Agua de Verrugas a 1775 metros, no está bien averiguado, si dependen de influencias locales o si tienen su origen en Cocachacra, que está a poca distancia.

En las quebradas de Canta, Yauyos, Huaitará y Huamaní, el nivel de la zona palúdica no sube más allá de Matucana.

Los valles profundos de la cordillera; como los del Pampas, Pachachaca y Huarpa, que están a una altura media de 2100 metros, sobre el nivel del Océano, tienen su atmósfera siempre envenenada por el paludismo: pero a 50 ó 100 metros de elevación sobre el fondo de estos valles, cesa completamente su acción.

En el magnífico y espacioso valle de Ninabamba, de la provincia de La Mar, cuyo nivel es poco más alto que el de aquellos, aunque su clima es aún bastante cálido para ser favorable al cultivo de la caña y el añil; las fiebres intermitentes son raras, y en general de carácter benigno.

En la quebrada de Huanchui, a tres leguas de Ayacucho, la malaria es endémica. Allí, la altura barométrica, del fondo del valle puede estimarse en 2360 metros.

El valle de Abancay, a una elevación, más o menos igual a la del Pampas, (1840 metros) está también bajo la influencia de las fiebres palúdicas.

Según estas observaciones generales, puede señalarse el nivel de 2500 a 1500 metros como los límites extremos de la zona en que el paludismo deja sentir sus efectos en las quebradas occidentales e interandinas de nuestro suelo.

A menor elevación, parece que desapareciera la acción de la malaria en los valles y quebradas de la vertiente oriental: pues en Chanchamayo a 800 metros sobre el nivel del mar, no se conocen las fiebres intermitentes.

En las riberas del bajo Apurímac, el paludismo es endémico, pero su acción está limitada a ciertas regiones, de nivel muy bajo, 700 metros aproximadamente, como en Chaupimayo.

Tales son las observaciones que hemos hecho o que hemos recogido de personas competentes, respecto a los niveles hasta donde alcanza la influencia palúdica en las tres zonas del Perú.

Su intensidad no es igual en esas tres regiones. La malaria, generalmente benigna, en las quebradas del lado oriental, es grave en la costa, y destructora en los valles interandinos.

Nada hay comparable a la rapidez con que hiere a la vitalidad humana la infección palúdica en las riberas del Pampas. Basta permanecer algunas horas en su atmósfera envenenada para sentir poco después un ligero malestar, al que -483- sigue un coma profundo precursor de la muerte. Muchas veces no hay tiempo para esperar un segundo acceso, ni la violencia del mal permite socorrer útilmente al enfermo.

No lejos de la hacienda Ibias en el Departamento de Ayacucho, hay un lugar a orillas del río Pampas, donde los jesuitas cultivaron en otro tiempo la caña, y el índigo, lo cual prueba que su clima no fue entonces muy insalubre; pero es hoy un campo abandonado y siniestro cual todos huyen, aterrados por los terribles estragos de sus fiebres perniciosas. En el Pulcai, en las mismas riberas de ese río y a un nivel más bajo; la intensidad de sus efectos es verdaderamente espantosa; pero basta subir 60 metros sobre el nivel del río para que su acción cese completamente.

En la región oriental, no parece que las afecciones palúdicas son tan funestas ni tan comunes como en esta parte de los Andes. En Chanchamayo no existe el paludismo, como hemos dicho; y sin embargo, apenas podrá encontrarse un lugar en condiciones más favorables para mantener y propagar los gérmenes pantanosos, como la península formada por el Chanchamayo y el Tulumayo. Allí la humedad del suelo es notable: y una enorme cantidad de restos vegetales forma en la estación lluviosa, lodazales extensos que facilitan la fermentación de esas materias, cuya actividad debe suponerse muy grande por la alta temperatura del clima.

No existen monografías sobre el paludismo en el Perú. Los únicos trabajos a base científica, hechos respectivamente por los doctores La Puente y Gastiaturú, concretan sus observaciones a la ciudad de Lima. Parece mentira que una dolencia que hace tantos

estragos en la costa y en la montaña no haya merecido más atención de nuestro cuerpo médico. Gastiaburú comienza su monografía con los siguientes acápites:

El estudio de la malaria entre nosotros, ofrece gran interés y, al hacerlo, además de satisfacer nuestra curiosidad científica, contribuimos con no escaso contingente, a resolver problemas de orden económico íntimamente ligados a los conocimientos médicos.

En efecto, la malaria invade toda la costa del Perú, atacando a la mayoría de los habitantes de ella; si nos fijamos ahora que las personas atacadas en mayor número, están dedicadas a las faenas agrícolas, vemos que a consecuencia de esta invasión, la agricultura se ve privada de gran contingente de -484- brazos en las épocas de recrudescencia de la malaria, sin contar que en razón de ciertas condiciones climatológicas, el paludismo dura todo el año, produciendo el retraso consiguiente a la inutilización de los individuos infectados por el germen malárico.

Ahora bien, se sabe que una de las fuentes de riqueza nacional es la agricultura, y que si no está más desarrollada, es por la falta de brazos.

En otras partes se salva este inconveniente mediante la inmigración; entre nosotros a las dificultades propias, a nuestro medio social y económico, se une ésta, que dada su intensidad, es necesaria tenerla presente al llevar a la práctica la provisión de brazos para la agricultura.

Limitándonos a lo que pasa en Lima, vemos que la malaria se extiende casi exclusivamente en los alrededores, en diez leguas a la redonda aproximadamente y al hacerlo ataca al 80% más o menos de la población rural.

Todos los individuos quedan, desde luego, inhábiles para el trabajo.

Esta invasión de la malaria en la población rural hace que el número de enfermos asistidos por el paludismo en los hospitales, sea más del 50%.

Como bien se comprende, esta concurrencia de enfermos en número tan elevado, perjudica en cierto modo la marcha progresiva de los hospitales; haciendo que se gaste una suma de dinero que bien se podría aplicar en beneficio de los mismos establecimientos, si se llevase a cabo la profilaxis del paludismo bajo sus distintas formas.

Finalmente, ya sea por muchos casos ya sea por la terapéutica desviada o por ciertas anomalías, la enfermedad se prolonga indefinidamente; esto aparte de que inutiliza al individuo como obrero y lo vuelve fuente incesante del contagio, lo predispone a otras enfermedades entre las cuales tenemos a la tuberculosis, que termina con estos individuos víctimas del trabajo y del medio.

El paludismo de la costa, ha sido la principal causa de la despoblación de nuestros valles. Un dicho popular afirma que blanco que trabaja la tierra del litoral, es blanco que cava su sepultura. Una cosa igual puede decirse del serrano. Si nuestros agricultores del litoral tuvieran que pagar la vida de los peones andinos que perecen por causa del paludismo, el algodón y el azúcar nacionales serían invendibles en los mercados extranjeros. El raquitismo del habitante -485- de la costa no tiene otra causa que el paludismo. Hay hombre que se pasa la vida entera sufriendo cada año en los meses de estío repetidos ataques de terciana. Su extenuación es tan marcada, que ni aun en invierno, meses en los cuales se ve libre de la fiebre, le es posible trabajar más de seis horas. La República durante cien años no ha hecho nada por combatir la malaria, no obstante que hacen veinticinco que se conocen los métodos para extirparla.

Si en la costa, el paludismo aniquila al enfermo y le predispone a la tuberculosis, en la montaña, la enfermedad ocasiona la anemia y la muerte. Otra dolencia característica de los bosques, así como la Uta y la verruga lo son de las quebradas andinas calurosas, es el beriberi, dolencia que se cura viajando por mar.

No solamente es pavorosa en el Perú la mortalidad de los adultos, sino también la mortalidad infantil. El mal de siete días, la enteritis en el período de lactancia y la viruela después, ocasionan en casi todos los lugares de la República pérdidas de 50 y hasta 70 niños por cada mil.

-486-

Capítulo XIII

Conclusión

Nuestro trabajo ha llegado a su fin. Animados del propósito de exponer las causas geográficas que han determinado el atraso moral y material del Perú en los años de su primera centuria, fue nuestro anhelo hacer un análisis profundo de dichas causas, habiendo conseguido únicamente esbozar las líneas generales de tan vasto asunto.

Hay en este libro materia para varios tratadistas, cada uno de los cuales en su tema necesitaría para hacer labor a conciencia, no solamente leer lo poco que sobre cada materia se ha escrito, sino por algunos años viajar por el Perú. Sólo conociendo el territorio, sus diseminadas poblaciones y sobre todo al habitante, es posible saber lo que es nuestra nacionalidad y darse cuenta de los motivos por los cuales ha progresado poco. Y como no es únicamente el conocimiento del territorio lo que necesitamos, sino también el de las otras repúblicas latinas americanas a fin de hacer comparaciones, un viaje por todas ellas se hace indispensable. Si no tenemos idea general de lo que es la riqueza en las diversas

secciones del continente americano, ¿cómo es posible decir que nuestro suelo es rico pero de difícil explotación?

Conocemos todo el Perú con excepción de Apurímac, y las tres Américas excluyendo el Paraguay, y habiendo viajado no como un fardo, según la expresión de Víctor Maurtua, sino animado de un espíritu de observación y siempre permaneciendo numerosos días en cada lugar, tiene nuestro libro el mérito de ser copia fiel de lo que hemos visto y no de lo que nos han contado o hemos leído. Por esta causa, tenemos la pretensión de afirmar que nuestros errores, que indudablemente los hay en la obra que hemos escrito, son de concepto más bien que de ignorancia.

Nuestros viajes han tenido propósitos comerciales, nunca analíticos. Sin fortuna y obligados a ganarnos el sustento con el esfuerzo individual, y lo que es todavía más sensible, sin el anhelo de llevar a cabo algún día la obra hoy concluida y que sólo hace dos años pasó por nuestra mente el propósito de escribirla, nunca tomamos apuntes, y en su mayor parte es la memoria la que nos ha dado los datos a que nos hemos referido. Por esta causa, nuestro trabajo es deficiente, teniendo únicamente el mérito de la originalidad, siendo en su conjunto el primero que se lleva a cabo en el Perú y tal vez en la América Latina.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo